# El Sueño del Búho

Félix Machuca

Una conjura contra Trajano

NOVELA

algaida

# El Sueño del Búho

Félix Machuca

algaida

# Índice

Capítulo I
Capítulo II
Capítulo III
Capítulo IV
Capítulo V
Capítulo VI
Capítulo VII
Capítulo VIII
Capítulo IX
Capítulo X
Capítulo XI
Capítulo XII
Capítulo XIII
Capítulo XIV
Capítulo XV
Capítulo XVI
Epílogo
Nota histórica
Bibliografía
Agradecimientos
Créditos

A Sol y Patricia, a las que les robé
su tiempo para encontrar el de la
Híspalis de Trajano.

## A UN CÉSAR

En la noche propicia a los lemures
y a las larvas que hostigan a los muertos,
han cuartelado en vano los abiertos
ámbitos de los astros tus augures.
Del toro yugulado en la penumbra
las vísceras en vano han indagado;
en vano el sol de esta mañana alumbra
la espada del fiel pretoriano armado.
En el palacio tu garganta espera
temblorosa el puñal. Ya los confines
del imperio que rigen tus clarines
presienten las plegarias y la hoguera.
De tus montañas el horror sagrado
el tigre de oro y sombra ha profanado.

Jorge Luis Borges

# CAPÍTULO I

# EL GUERRERO QUE LUCHABA A FAVOR DE SUS ENEMIGOS

*Bosque de Sarmizegetusa*
*Capital de la Dacia, actual Rumanía*
*Finales de julio del 106 d. C.*

## REBANANDO CUELLOS

El bosque desprendía un espeso olor a muerte, un quejido sordo e inquietante como el eco helado y suplicante del alma sufriente de un condenado al submundo. Todo estaba sometido a un silencio ensordecedor y a un frío palpable que encogía de miedo el dulce calor de aquella veraniega mañana dacia. De los árboles no colgaban frutos ni los pájaros sentían la necesidad de cantar. De aquellos espesos y frondosos árboles pendían manos, piernas, torsos de guerreros despiezados por la imparable maquinaria de las legiones de Marco Ulpio Trajano. Gladios y falces, espadas romanas y esa especie de guadañas que utilizaban los dacios se habían revelado como más mortíferas e implacables que los ojos de las gorgonas. Todo lo que habían rozado yacía herido; todo lo que habían atravesado reclamaba su sitio en la barca de Caronte camino del averno. Ni la carnicería mejor abastecida del Macellum, el gran mercado alimentario ubicado en el monte Celio de Roma, dispensaba tanta y tan variada carne como el bosque que rodeaba la capital dacia. La carne rota y abierta de legionarios romanos y de soldados dacios y sus aliados dibujaba un mosaico realista donde Marte debería ocupar, encerrado en un medallón orlado, el céntrico honor de la composición. Había caído Sarmizegetusa, la capital del reino dacio de Decébalo. Roma era más grande que nunca. Y un emperador nacido en Itálica, con antigua sangre turdetana en las venas, se encargaba de buscar el oro de aquel reino al otro lado del Danubio, con el que iba a entrar, triunfante y maquillado de rojo, en la capital del Imperio.

Unos ciento sesenta soldados auxiliares, dos centurias, a los que se les había negado el honor de entrar en Sarmizegetusa, rendida ya a las águilas de Roma, limpiaban el bosque cercano a la capital antes de que buitres y lobos convocaran una indeclinable apoteosis

depredadora. De esas dos centurias que purgaban el bosque, una se encargaba de recuperar cadáveres y malheridos legionarios romanos; la otra remataba enemigos moribundos y rapiñaba la parte de su botín de guerra. Scaeva, un soldado auxiliar de la Legión II Trajana Fuerte, de los pocos que un mes atrás habían sobrevivido al brutal enfrentamiento en el valle de Tapae, originario de Híspalis, rebanaba cabezas de guerreros dacios y aliados caídos en combate. Tenía la orden de apiñarlas en un claro del bosque. Debidamente conservadas en miel y una combinación de hierbas, llegarían frescas e intactas hasta Roma, donde Trajano quería exhibirlas como una parte del espectáculo que montaría para celebrar su triunfo. Scaeva, apodo que indicaba que era zurdo, tendría no más de veinticinco años. Manejaba las armas con destreza: tanto en la batalla como en la orgía carnicera que cerraba cada victoriosa contienda. Era inmune a los ojos suplicantes de los malheridos y degollaba con esa fama que precedía a los romanos en el arte de hacer perder la cabeza a los derrotados. No lejos de él trabajaba otro hispano, también bético y de la Legión II Trajana Fuerte, Tercio, natural de una floreciente ciudad río arriba del Betis, Ilipa Magna (Alcalá del Río), a menos de un día de camino de Híspalis. Tercio le gritó a Scaeva:

—Llevo cortadas más de cincuenta cabezas de estos miserables dacios, y todas en honor de nuestros compañeros muertos en Tapae el mes pasado. ¿Y tú, Scaeva?

El hispalense no contestó. Acabó de rebanarle el cuello a un moribundo y de cercenarle la muñeca, donde llevaba varios aretes de oro. Prosiguió su trabajo hasta que Tercio se le acercó. De nuevo le preguntó, esta vez con mucha curiosidad:

—¿Qué cuchillo es ese que empleas para degollar enemigos, Scaeva? No parece ser romano.

Scaeva contestó:

—Este cuchillo degolló hace mucho tiempo cabezas romanas; hoy está al servicio de Roma y de un emperador que lleva en sus venas sangre de los antiguos guerreros de nuestra tierra que lo utilizaron contra los legionarios. El tiempo, Tercio, convierte al enemigo en tu amigo y al invasor en tu vecino, hasta el punto de que eres capaz de morir por él y de cortar cabezas en su honor.

A Tercio no le dio tiempo a pensar en lo que Scaeva le dijo. De entre los muertos, casi del mismo lugar donde el Zurdo había degollado y cortado la mano a un guerrero dacio, con la rapidez de un lince, saltó un pequeño manejando una falx, las legendarias espadas curvas de los dacios que recuerdan vagamente a las guadañas. Tercio gritó:

—¡¡Cuidado!! ¡¡A tu espalda!!

## El amuleto

Scaeva evitó el guadañazo del niño dacio y cuando lo tuvo frente a frente vio en los ojos del chico una seguridad y un valor encomiables. Tercio desenfundó su gladio y parecía que el metal transpirara sangre. Fue a lanzarlo sobre el pecho del muchacho, pero Scaeva levantó su mano para evitarlo sin perderle la mirada a ese crío que había intentado matarlo. Aún tenía en sus manos el arma. Desafiante.

—¡¡Ha querido matarte, Zurdo. ¿Y lo vas a dejar ir?!!

—Es valiente. No tendrá ni doce años. Y es capaz de dominar el miedo y no intimidarse con la muerte.

—¡Pero ha querido matarte. Y lo intentará otra vez. Es un pequeño demonio dacio!

—Es un guerrero, Tercio. Tú también lo habrías hecho.

Terció se tornó, pensativo, y siguió mirando al niño con desconfianza. Scaeva, mientras se aproximaba al joven, prosiguió en tono admirativo:

—Está rodeado de soldados enemigos y ni siquiera así se ha escondido. Ha preferido pelear y vengar, quizá, la muerte de su familia. Es un valiente, Tercio. Y me lo voy a quedar.

—¿Te lo vas a quedar? ¿Como botín de guerra? Yo prefiero el oro de los brazaletes y anillos de los muertos.

Scaeva se situó en el recazo de la falx que, amenazante, mantenía el chico. Hizo un rápido movimiento con su gladio y la quebró. Desarmado, siguió encarándose con el auxiliar romano sin un atisbo de intimidación en el rostro. Tampoco intentó correr y escapar.

—Dime, ¿qué nombre le ponemos? ¿Qué se te ocurre, Tercio?

Tercio hizo un gesto con la boca, como un desagrado.

—Llámalo Can…

El Zurdo ya lo tenía atrapado. Respondió sin dejar de mirar al niño.

—Mejor Valentiniano. Por su valentía. Amárrale las manos y los pies hasta que terminemos el trabajo y no dejemos una cabeza sobre los hombros de los vencidos.

Prosiguieron su tarea. Los malheridos dacios pedían a gritos que los remataran, las moscas zumbaban sobre la orgía de la sangre derramada y el arroyo que alimentaba de frescor el bosque de la capital dacia era tan rojo como las paredes de las grandes *domus* romanas. Tercio no quitaba sus ojos de encima de Scaeva, pero lo pilló entretenido, mirando al cielo y manoseando el amuleto que le colgaba

del cuello y que escondía su coraza metálica. Era una concha antigua de las que solían enlosar los altares perdidos, olvidados y derruidos de los lugares sacros turdetanos. Scaeva salió de su ensimismamiento y le dijo a Tercio:

—Que Salambó, la Venus romana, te proteja. Muchas gracias por tu aviso. Te debo una jarra de buen vino con miel cuando salgamos de este bosque infernal.

—Pronto estaremos en Híspalis, y llevaremos plata suficiente para emborracharnos todos los días y gozar de las muchachas más bellas del mundo.

—¡¡Por Venus, ni lo dudes!!

Ambos rieron, aunque también sintieron ese frío espectral que te atenaza el cuerpo cuando la muerte te rodea. Tercio apuró al Zurdo:

—Acabemos cuanto antes. Este bosque está repleto de muertos y los demonios pronto saldrán del inframundo para reunirse con los espíritus de los caídos. Ningún amuleto, entonces, nos valdrá para tanta adversidad.

A doscientos metros de donde se encontraban los dos soldados auxiliares béticos se levantó un alegre ruido de voces y aclamaciones. Valentiniano miró a través del bosque. Torció el gesto, dolorosamente, como si previera su inminente final. Le pareció ver entre aquel tupido laberinto de mirtos y pinares la conclusión de su vida sin haber matado a un solo romano. Y eso era algo imperdonable para un guerrero dacio.

## El rey del mundo

Aquel estruendo de vítores y aclamaciones precedía la llegada de Trajano para inspeccionar la recogida de heridos y cadáveres de sus legionarios. Lo acompañaban algunos oficiales de su pretorio, del Estado Mayor, y su guardia de confianza. Cabalgaba sereno, distante y, a la vez, condescendiente con las bromas de los soldados auxiliares que lo aclamaban y le pedían oro por el valor demostrado en la toma de la capital dacia y por toda la campaña.

—¿Queréis oro? Pues terminad el trabajo que estáis haciendo y buscad el tesoro de Decébalo. ¡¡¡Ciento sesenta y cinco toneladas de oro y el doble de plata. Acabad el trabajo y buscad ese oro, porque una parte es vuestro!!!

Realmente la conquista de la Dacia había sido trabajosa, tanto como para un desdentado roer un hueso. En tiempos de Domiciano, el prefecto del pretorio, Cornelio Fusco, perdió en el valle de Tapae la

Legión V Alauda y él mismo fue sacrificado. Después, Trajano quiso acabar con el problema dacio y se embarcó en dos campañas durísimas (101-102 y 105-107) que le exigieron legiones, dinero, ingenieros, arquitectos y muchísimo valor para doblegar a unos guerreros que luchaban para morir y morían matando, y en último caso, suicidándose si la batalla les era adversa. Dicen que Trajano llevó consigo a trece legiones para que cayera la niebla del olvido sobre una nación rica en minas de oro y demasiado orgullosa para vivir bajo el mando de Roma. Los dacios eran lobos con cabeza de dragones, y nadie los iba a tratar como a perros. El emperador italicense abrió caminos, conquistó ciudades, perpetró alianzas con pueblos adversos a los dacios y levantó, para ir directo al corazón de la capital enemiga, un portento de obra militar: el puente de piedras y maderas de Drobeta sobre el caudaloso Danubio, encargado a su arquitecto de confianza, Apolodoro de Damasco.

—¡¡¡Por Júpiter. Daos prisa en cortar esas cabezas, que en algún rincón de este bosque perderéis las vuestras cuando veáis tanto oro y plata!!!

Rieron los generales que lo acompañaban y los auxiliares empezaron a golpear los escudos y a gritar, acompasado al ritmo, su nombre:

—¡¡¡Trajano, Trajano, Trajano!!!

Augusto espoleó a su caballo y fue a dirigirse, poco a poco, saboreando cada grito de sus soldados como si fuera un sorbo de *mulsum,* ese vino caliente y endulzado con miel de romero que tanto le gustaba, al claro del bosque donde se apiñaban las cabezas de los dacios. En el cielo, los buitres dibujaban la corona circular del vuelo de la rapiña. Las ratas se dieron por invitadas al banquete y devoraban los rostros de los cadáveres más alejados del centro de operaciones de los auxiliares huyendo en tropel al escuchar las pisadas de los caballos. Trajano se fijó en un soldado que degollaba utilizando un cuchillo que le resultaba vagamente familiar. Había descartado para el trabajo la *spatha* y el gladio. Sin embargo, utilizaba aquel cuchillo afilado, tan peculiar… Trajano cruzó la mirada con la de Scaeva y algo se encendió entre ellos, quizá un embarullado y lejano encadenamiento de sentimientos y simpatías cómplices. Augusto levantó la mano y mandó parar. Gritó:

—Dime, soldado, ¿qué clase de cuchillo es ese?

Tercio quiso intervenir, pero un oficial de Trajano lo silenció:

—No es a ti a quien se dirige César. Habla cuando se te pida, soldado.

Scaeva contestó:

—Un viejo cuchillo familiar con el que honro a mis antepasados con victorias.

Trajano sonrió desde lo alto de su caballo, derrochando liderazgo militar.

—Realmente debe de ser muy viejo ese cuchillo. Tan viejo como los que utilizaban los íberos de las tierras del sur de Hispania. También tu acento me resulta familiar. ¿De dónde eres, soldado?

—De la Bética, Augusto. Como mi amigo Tercio, otro bravo guerrero que ha peleado por Roma.

—Creí que, como tú, se había empleado más en honrar exclusivamente la memoria de vuestros antepasados…

Trajano dejó caer su ironía dibujando una leve y maliciosa sonrisa en los labios. Luego prosiguió:

—El valor es siempre la mejor manera de honrar la memoria de nuestros antepasados. Pero no olvides, soldado, que hoy el presente y el futuro se llaman Roma. Y que a Roma no le gusta compartir sus victorias con las cenizas de lo que no pudo ser.

En ese momento, el niño dacio, Valentiniano en su nueva condición de prisionero de guerra de Scaeva, rompió a gritar en probables insultos y maldiciones que nadie entendía y que, ciertamente, parecían cómicas en su profunda tragedia. Era como la furia de una pulga en medio del lomo de un elefante. Todos rieron, menos Scaeva, que se dirigió al césar y le pidió permiso para llevárselo de regreso a Híspalis:

—Todo tuyo, soldado. Háblale más de Hércules que de Gerión y enséñale cómo transformamos la falcata ibérica en el gladio romano para ser invencibles. Quiero que sepas que los auxiliares que hoy limpiáis este bosque maldito formaréis parte de mi desfile militar en Roma. Yo comparto la gloria de los vivos con los vivos, y la de Roma, con los romanos…

El Zurdo le dio las gracias al emperador hincando su rodilla en tierra y fijando la mirada en el suelo. Tercio hizo lo mismo, y Trajano prosiguió su camino, en busca de Decébalo, de su oro y de sus minas. Ahora el Imperio estaba más cerca de llegar a hacer realidad el sueño de Alejandro Magno: en el 113, siete años después de arrasar la Dacia, Trajano tenía en sus manos un imperio de 5,18 millones de kilómetros cuadrados. Era el rey del mundo conocido.

Cuando se alejaron, Tercio le preguntó a Scaeva:

—¿Irás a Roma a disfrutar de ese triunfo?

—Vuelvo a Híspalis a disfrutar de mis padres, de mi casa y de sus campos de trigos y olivos. Vuelvo a casa, Tercio. En Roma no tengo nada que hacer.

El campamento estaba muy relajado. El vino de la victoria y el sexo del poder se adueñaron de aquellos soldados que, días atrás, coqueteaban con una muerte cierta. Las fogatas del campamento proyectaban las sombras en los árboles de la bacanal: violaciones repetidas, atracones de carne de res, pendencias de soldados por alguna pieza de plata, vomitonas incontenibles provocadas por el exceso y la distensión de un estómago que ya no estaba contraído por el estrés de la guerra. No lejos de una fogata estaban dispuestos a pasar la noche Scaeva, Tercio y Valentiniano, aún amarrado, pero desafiante. Hasta allí llegaban los alaridos de la fiesta.

—¡¡¡Puta dacia, muévete, muévete, ¿o es que no sabéis follar?!!!

—No le gustas demasiado, Publio; debe de ser eso: no le gustas tanto a la dacia como los ocho soldados anteriores que hemos entretenido a su *porcus,* a su coñito…

—¡¡Jajajajajajajaja!!

Rieron con burla clara los compañeros de Publio que no estaban muy lejos del lugar donde violaba a una joven y aterrada mujer.

—Publio, prueba mejor con tu mano. Seguro que te quiere más que ella…

Los soldados volvieron a explotar en carcajadas que, de repente, fueron ahogadas por un desgarrado grito de dolor.

—Tomad la mano de la mujer. Besadla.

Publio no había podido soportar las chanzas de los compañeros sin acomplejarse. Sacó su gladio y le cercenó la extremidad a la muchacha. La mano estaba cerca del fuego y movía los dedos por la compulsión nerviosa que aún electrizaba sus tendones. Lejos de enfriar los ánimos, se redoblaron las carcajadas.

—¿Y cómo me follo a una manca, Publio?

—¡¡Eres un asno!!

—¡¡Ve y busca una entera para tus amigos!!

—A mí no me importa si la traes sin cabeza, pero con el coño repleto de vida, Publio. Busca bien en el bosque. ¡¡Hazlo por tus amigos!!

—¡¡Jajajajajajajaja!!

El Zurdo, Tercio y el chico dacio no participaban de la fiesta. Valentiniano parecía interiorizar aquel horror poniéndole etiquetas a cada agravio que veía, y esas etiquetas eran toda una declaración de venganza. Solo había que esperar. Tercio se echó sobre su manta y se dispuso a dormir. Scaeva hacía recuento, con mucha prudencia, del botín de oro y plata que había recogido de brazos y cuellos de los

soldados dacios. El niño clavó sus ojos en unos brazaletes de oro, los mismos que el Zurdo había cortado de la mano de un guerrero dacio poco antes de que el chico lo atacara con su falx. No se le olvidó al hispalense aquella mirada tan especial. Guardó bien su botín de la codicia de los otros y se echó a dormir. Aquella noche lo hizo completamente feliz: tenía oro y plata suficientes como para llevar el bienestar a la casa de sus padres, había hablado personalmente con Trajano, el emperador le había otorgado la gracia de regalarle un joven prisionero de guerra y Tercio parecía tan buen soldado como amigo. Lo tenía todo para vivir y dormir tranquilamente. Y así fue hasta que…

—¿Qué te pasa, Scaeva? ¿Por qué sudas así? ¡¡Despierta, despierta, por Salambó!!

El Zurdo se despertó agitado en mitad de un campamento exhausto y que pronto iba a recibir las patadas de los suboficiales para que los soldados volvieran a su rutina.

—Dime qué te ha pasado, Scaeva.

—Ha sido un mal sueño, quizá provocado por la carne y el vino de anoche.

—Dime. ¿Qué has soñado?

—Estaba en nuestra tierra, en casa de mis padres, disfrutando de la visión de un campo espléndido de trigo y olivos. Una cosecha abundante, Tercio. Veía a mis padres abrazados, felices ante tanta abundancia. Hacían planes para comprar más caballos o más tierras. No lo sé muy bien. De repente, oscureció…

—¿Y? Sigue, por Salambó. ¿Qué más vio tu alma en sueños?

—Se hizo de noche de súbito y dos gatos se peleaban delante de la puerta de casa.

—¡¡Por Júpiter, eso es señal de muerte!!

—Lo sé. Peor aún. De entre los olivos cercanos a la casa saltó un búho, que entró por una ventana y, tras recorrer la casa, salió por otra. Ya sabes qué significa eso. Hasta los germanos saben lo que significa que un búho entre en tu casa.

—Cierto. Pero también sé que hay formas de limpiar los malos augurios. Ya te dije que hemos estado demasiado tiempo rodeados de muertos, y que los demonios del inframundo y los espíritus de los cadáveres iban a traernos problemas.

El Zurdo se levantó. Llegó hasta el arroyo y despejó el mal sueño metiendo la cabeza en el agua. Empezaba a amanecer, y tenían que seguir buscando, bosque adentro, a compañeros heridos y a dacios por rematar. De vuelta se encontró con Publio, degollado, y con la joven dacia violada repetidamente la noche anterior, con el estómago

abierto. Se había vengado y después se había suicidado. También había cercenado las dos manos del romano y su miembro viril, y las ratas se lo comían sin miedo a una terrible indigestión. La guerra nunca termina cuando un rey capitula.

## ORGULLO LOCAL

El Zurdo desayunó ligero. Unas gachas y un poco de queso. No quería que otra pesada digestión lo llevara al país de los sueños de donde su alma había regresado trayéndole tan amenazantes augurios. Tercio lo acompañó toda la jornada, orgulloso de que su amigo hubiera hablado de tú a tú con el emperador y de que este le hubiera regalado un esclavo. Eso no sucedía siempre, y el de Ilipa Magna no paraba de comentarlo, ufano, entre los soldados que quisieron saber cómo se había desarrollado aquel encuentro. Valentiniano mantenía su misma actitud, y desde que había visto cómo violaban y martirizaban a aquella mujer dacia a que probablemente conociera, su mirada no era ni limpia ni noble. Algo la enturbiaba. Y, pese a su escasa edad, aquellos ojos concentraban un odio de siglos. Seguía atado y enroscado en una amarga tristeza de la que se defendía pensando en la venganza.

—Veo que sigues trabajando con ese cuchillo por el que se interesó nuestro emperador…

—Y ahora, Tercio, veo que tú también te interesas…

—Dime, Scaeva: ¿qué historia hay detrás de esa afilada hoja?

—Una larga, gloriosa y triste historia, amigo. La historia de nuestros antepasados.

—¿De nuestros antepasados? ¿De mis abuelos?

Scaeva lo miró con cierta destemplanza.

—De los que nos precedieron. Muchos años atrás. Tantos que ya ni se recuerdan.

—Pero tú sí sabes algo. Tú recuerdas cosas. ¿Yo soy romano, Zurdo?

—Tú eres un soldado de provincias que ni siquiera puedes ser legionario. Los legionarios son todos ciudadanos romanos. Y, además, ganan un veinte por ciento más que nosotros.

—Yo creí que era casi romano, que luchaba y peleaba por Roma.

—¿De verdad, Tercio? ¿Crees que eres un romano auténtico? ¿Con sangre y antepasados de las tribus de Rómulo y Remo? ¿Por qué crees que eres un soldado auxiliar y no un legionario? ¿Por qué llevas una cota de malla metálica en vez de la armadura de los legionarios? ¿Por

qué los legionarios pelean con un escudo cuadrangular y nosotros con uno ovalado? No somos romanos. Somos los pies descalzos que sostienen un imperio.

Tercio se rascó la cabeza e hizo un gesto de que no le importaban mucho aquellas diferencias.

—Nunca me he parado a pensar en eso. Realmente soy un guerrero y solo me interesan las armas, el vino, las mujeres y que el dinero con el que me paga Roma sea puntual.

—¿Con tan poco puedes vivir?

—Vivo y salvo vidas. Como la tuya…

Tercio comenzó a reír e insistió en conocer la historia del cuchillo.

—Dime, Zurdo. ¿Qué historia hay tras ese cuchillo?

Scaeva se tomó un respiro. Limpió la hoja contra la hierba del bosque y buscó un sitio adecuado para sentarse. Invitó a Tercio a que hiciera lo propio y comenzó a desgranar su historia.

—Mucho tiempo atrás, tus antepasados y los míos formaban una nación. Éramos un pueblo libre gobernado por leyes antiguas y con guerreros valientes que defendían con orgullo esa libertad. Este cuchillo pertenece a uno de aquellos guerreros que pelearon contra Roma para no ser esclavos de leyes extrañas y humillantes. Ha ido pasando de generación en generación, de padres a hijos.

Tercio sintió curiosidad.

—¿A ti te llegó de mano de tu padre?

—Y a él de su padre y del padre de su padre… Y por mi padre conozco lo poco que sé de la historia de nuestro pueblo. El dueño de este cuchillo peleó contra Roma y las águilas que ahora defendemos lo vencieron. Peleó y se negó a considerarse un vencido. Era un jefe guerrero. Hasta su nombre se ha perdido, como la lengua de nuestros antepasados. Pero yo llevo su sangre y su cuchillo. También el deseo de que su afilada hoja conozca el honor de la victoria, aunque sea a costa de hacer grande a la nación que borró de la tierra a la suya.

Tercio se quedó pensativo. Balbució algunas palabras inconexas, como si todo aquello le pareciera demasiado abstracto, muy poco práctico, para salir adelante en una vida tan dura como la de ellos. Al fin y al cabo eran soldados y fuera del ejército no eran nada. Ni sabían hacer mesas, ni lucernas para iluminar las casas. Dejar las armas significaba bordear la pobreza. ¿Y de qué servían la sangre, la memoria, el pasado y descender de una estirpe noble perdida en el tiempo para sobrevivir en un mundo tan hostil como el del Imperio? Tercio le preguntó:

—¿Por todo esto no me dejaste matar al niño dacio, a Valentiniano, como tú lo llamas, cuando te atacó?

—Quizá. Sobre él también ha caído la maldición que asola este mundo: Roma. Donde pisan sus legiones, nace la esclavitud. Ese chico me hizo recordar a los hijos de mi antepasado, los hijos del guerrero que no pudo vencer a Roma con cuchillos como este.

Tercio asintió y miró hacia donde Valentiniano estaba amarrado y en silencio. ¿Pero estaba allí Valentiniano?

—¡¡¡¡Por Júpiter, ¿dónde está el niño, Tercio?!!!!

## La búsqueda

No era recomendable despojarse de la malla protectora, de la *lorica hamata,* pero para buscar a un niño en el bosque no se necesitaba la impedimenta del combate. Tanto el Zurdo como Tercio se desprendieron de las suyas y se resguardaron con una coraza de cuero. Hacía calor, habría que correr; se eliminaba así la pesada cota de malla y los movimientos serían más rápidos y ágiles para darle caza al pequeño lobo con el fuego del dragón en sus entrañas. Ambos se adentraron en el bosque, y Tercio comenzó a gritar:

—¡¡¡Valentiniano, Valentiniano, Valentiniano!!!

Scaeva, a su espalda, rompió a reír.

—¿Por qué ríes, Zurdo?

—Porque el niño no sabe que se llama Valentiniano, y tus gritos, de surtir algún efecto, solo lo avisarán de dónde estamos y por dónde lo buscamos.

Terció también rio.

—A veces pienso como los asnos, Zurdo.

—Los asnos se van a molestar contigo si te oyen decir eso…

El bosque era impenetrable, y su sonido, repleto de silencio. Tan solo los pájaros hacían ruido, y algún que otro venado que huía de los auxiliares traspasando aquel apretado follaje como si fuera una cortina de agua muy verde. Siguieron bosque adentro hasta que el sol estuvo en todo lo alto y decidieron parar, beber y descansar.

—Puedes llevarte otro, Zurdo. Otro niño. Nos hemos retirado bastante del campamento y tenemos que acabar nuestro trabajo. ¿Para qué seguir?

—No, Tercio. Quiero a ese niño. Otro cualquiera no me vale.

El Zurdo pronunciaba estas palabras mientras acariciaba su viejo amuleto, aquella concha que alguna vez bañó de fe el suelo de un lugar sagrado ibérico.

—Hace mucho calor, tanto como en los veranos de nuestra tierra. Disfruto bañándome en las riberas de Ilipa Magna. Una vez, tiraron un

as de oro al fondo del río, para que se lo quedara el que buceara mejor.

—Y lo encontraste tú…

—No, Zurdo. Lo encontró uno que era medio hombre y medio sapo. Pero yo me bañé tanto tiempo y con tanta satisfacción que me resulta imposible olvidar aquel día. Echo de menos todo lo que dejé atrás.

—Pues regresa conmigo a Híspalis.

Tercio hizo una mueca de rechazo con la boca.

—Nunca me perdería entrar en Roma con el emperador. Formamos parte de su grandeza. Hemos peleado bien, con valentía y furia. Y no conozco la capital del Imperio. Dicen que hay palacios y templos tan grandes como los del Olimpo.

—Sé que cuando Vespasiano y Tito derrotaron a los judíos toda Roma se engalanó y por sus calles principales se levantaron andamios de tres y cuatro pisos, donde se colgaron tapices para conmemorar la victoria.

—¿Tapices?

—Sí, Tercio. Grandes telas pintadas con escenas del asedio a Jerusalén embellecidas con marfil y oro. En Roma todo se hace a lo grande cuando una victoria es grande.

—Más razón para no acompañarte a Híspalis. ¡¡¡Iré a Roma, por Salambó!!!

—Si eso te hace feliz, ve.

—Creo que ese día me sentiré más importante que nunca y más feliz que una noche en el lupanar de Híspalis.

Como para subrayar el deseo de su amigo, Scaeva quiso sentenciar con una frase obvia:

—Hay días que están hechos para ser feliz y otros para…

Inopinadamente, el bosque se despojó de sus ruidos. Callaron los pájaros, las chicharras, y un silencio espeso se apoderó de aquel lugar.

Ambos compañeros de armas se miraron, y con la mirada se dieron la alerta. Habían peleado muchas veces juntos y sabían interpretar las señales del bosque, los sonidos del silencio que enmascaran un posible peligro, una indeseable sorpresa. Tercio cogió el gladio y su escudo oval. Scaeva se agachó para hacer lo mismo, pero, justo en ese instante, Valentiniano apareció frente a él con un arco. Apuntaba a Tercio. El Zurdo le dijo:

—Chico, tira ese arco, no seas estúpido…

Valentiniano comenzó a hablar en voz alta. Era un diálogo imposible. Nadie entendía a nadie. Scaeva quiso potenciar sus gestos para transmitir sosiego, eliminando la tensión del momento, pero Valentiniano reaccionó como le ordenó el odio que guardaba en su

alma. Disparó una flecha que se hundió en el escudo de Tercio. Luego echó a correr bosque adentro. El Zurdo lo siguió. Corrió tras él como un atleta en los juegos. Y repentinamente su conciencia se perdió en un confortante limbo que oscureció todos sus sentidos. Cayó fulminado al suelo. El bético había caído en la trampa. Un guerrero fugitivo de Decébalo lo estaba esperando tras un árbol de dos metros de diámetro de tronco. Hasta allí lo condujo Valentiniano para que su compatriota descargara sobre la cabeza del hispalense un tremendo golpe con una estaca. Jadeante, pero con una satisfacción indescriptible en su rostro, Valentiniano le dijo al guerrero:

—Atraviésalo. Mátalo. Es un perro romano que no merece morir peleando. Si hubieras visto lo que yo vi anoche no lo dudarías.

—¿Qué viste anoche?

—¿Te acuerdas de Boare, la hija del mejor cazador de osos de la ciudad?

—Sí, claro. Una mujer bellísima. Rubia y alta. Suave como una brisa de verano.

—La vejaron, humillaron y violaron las veces que quisieron. Luego le cortaron una mano. Pero Zalmoxis, nuestro dios, se apiadó de ella, y encontró una muerte honrosa.

El Zurdo seguía inerte en el suelo.

—Por la noche, cuando los romanos dormían borrachos, pese al dolor y la sangre perdida por el corte de la mano, se hizo con una espada y se fue a buscar al romano que la había dejado manca. Lo degolló. Y luego se abrió el vientre.

El chico miró fijamente al guerrero y le ordenó como si fuera su general:

—¡¡¡Mátalo, mata a este perro romano!!!

El fugitivo sacó su espada y fue a clavarla en el cuello del soldado auxiliar bético Scaeva. Un descendiente de la nobleza guerrera ibérica iba a morir a muchas millas de distancia de su tierra, en una guerra que, quizá, nunca fue la suya, pero a la que acudió para que el trigo y el aceite de las tierras de sus padres no se los robaran también los mismos que les robaron a sus antepasados los ríos, las montañas, la libertad y hasta su propia historia.

## ABRASAX

El Zurdo despertó en el campamento que los auxiliares tenían en el bosque. A su lado estaba Tercio, cuidándolo y aplicándole paños de agua fría sobre la cabeza, que, en ese momento, era tan sensible que

sufría el pisar de las hormigas como si fuera el martilleo constante de la fragua de Vulcano.

—Descansa, Zurdo. Y voy a ir pensando en pedirte ese amuleto. Ya te ha salvado dos veces la vida en menos de dos días. Descansa.

Scaeva no podía articular palabras. Balbucía palabras inconexas: gatos, padres, búhos, Valentiniano… Si hubiera podido, le habría pedido a Tercio que se la cortara y la arrumbara junto con las de los dacios derrotados. Nuevamente perdió el conocimiento. Así estuvo todo un día, con su noche, recobrando ligeramente el sentido para luego caer en una confortable y flotante inconsciencia que dormía el dolor insoportable de su cabeza. Tercio no lo abandonó en todo ese tiempo.

—¿No mejora, Tercio?

—No, centurión. Recobra ligeramente la consciencia, pero luego cae en un sueño profundo.

Aquel centurión, pese a estar muy encima de las tareas encomendadas, lucía impecablemente: su *decursio albata,* la túnica corta, parecía recién lavada y estaba blanca como la nieve; sobre su *lorica hamata* se apreciaban los medallones y las *phaleras,* especie de collar retorcido, con los que había sido condecorado; el gladio enfundado en su cadera izquierda; las piernas protegidas por espinilleras metálicas, grebas; y sobre la cabeza, un casco con un penacho muy rojo que lo adornaba lateralmente. Era imposible que los soldados lo perdieran de vista. Su visión era simplemente espectacular y muy práctica en el campo de batalla o en aquel bosque donde, de una manera continuada, debía ir resolviendo los problemas que le llevaban sus suboficiales: el *optio,* su lugarteniente; el *signifer,* el portaestandarte y tesorero y, por último, el *tesserarius,* el oficial de enlace entre el centurión y los mandos superiores. El centurión le advirtió a Tercio:

—Vamos a dar por terminado el trabajo. El *tesserarius* me acaba de traer noticias del emperador a través de uno de sus generales. Hay que levantar el campamento. Si no se recupera de aquí a mañana, habrá que trasladarlo al hospital, junto con los heridos.

—Así son las cosas en la guerra, centurión.

Este dio media vuelta y gritó con fuerza a los auxiliares que allí se encontraban:

—¡¡Vamos, terminad vuestra tarea. Mañana levantamos el campamento y dejamos este bosque inmundo. También tenemos derecho a disfrutar de lo que nos hayan dejado vivo en Sarmizegetusa. No quiero despertar a mi *vitis,* mi vara de mando: algunos perezosos sabéis que pica tanto o más que una avispa africana…!!

—¡¡Centurión!! —lo llamó Tercio.

—Dime, soldado.

—Conozco un remedio mágico para los dolores agudos de cabeza, pero tengo que tener su permiso para encontrar los ingredientes, y eso me va a obligar a ir hasta la capital.

El centurión hizo un gesto de contrariedad, no porque dudara de los efectos sanatorios de la magia, sino porque quería seguir manteniendo un control directo sobre sus hombres. Y Tercio, en Sarmizegetusa, podría ponerse a disfrutar antes de tiempo…

—Por Júpiter, ¿qué necesitas para hacer ese encantamiento curativo, soldado?

—Alguien que sepa escribir y un pergamino de color escarlata…

—¿Escribir? Yo no soy Virgilio, pero puedo ayudarte. O cualquiera de mis suboficiales. Lo del pergamino no es tan fácil, pero en la ciudad seguro que lo encuentras. Ve rápido. Y te quiero de regreso antes de que caiga la tarde.

Tercio lo agradeció, montó en un caballo de los auxiliares de la caballería númida y galopó hasta la capital.

Cuando llegó, se encontró una ciudad cuyas murallas habían sido derribadas y recordó lo que le dijo Scaeva sobre Jerusalén y los soldados de Vespasiano y Tito; habían incendiado las casas y sus techos habían caído sobre las cabezas de sus moradores; profanaron los templos y ahora eran objeto del pillaje para el botín de Roma; la matanza de civiles había sido una carnicería: habían pasado a cuchillo a niños, mujeres, ancianos y soldados de la guarnición de la ciudad, pese a la insistente y firme orden del emperador a sus generales:

—No sigan matando. Quiero prisioneros. Quiero hombres, mujeres y niños para vender en Roma. Necesitamos prisioneros para venderlos como esclavos. Que cese la matanza.

Entre tanta confusión, con incendios aquí y allá, violaciones en las calles, gritos, súplicas, dolor y muerte, Tercio comenzó a buscar algo inaudito: un pergamino de color escarlata. Un pergamino rojo. Entraba y salía de casas, de templos, de lo que parecían edificios públicos. Y no encontró nada. Se le ocurrió que si en algún lugar podía encontrar un pergamino rojo sería en el palacio de Decébalo. Pero ¿quién podía acceder allí? Indudablemente estaría ocupado por el emperador y su pretorio, los oficiales de mayor rango, que lo habrían convertido en el Estado Mayor desde donde dirigir uno de los aspectos más complicados de una guerra: gestionar su final. Pero ese era el único sitio donde Tercio entendió que podría encontrar un pergamino bermellón. No lo dudó y se plantó ante las puertas del palacio de Decébalo, guardado por los pretorianos de Trajano.

—¿Qué quieres, soldado, dónde pretendes ir?

—Mi nombre es Tercio y vengo con permiso de mi centurión para buscar un pergamino rojo.

Los pretorianos se miraron sorprendidos y rompieron a reír.

—Tercio, debes de estar loco. Y como loco que eres, te respetamos. Dicen que los locos traéis buena suerte. Deja que te toquemos.

Los pretorianos empezaron a tocar, entre bromas y veras, el pecho y la cabeza de Tercio, ahora muy confundido.

—No, no, no soy un loco. Vengo a buscar un pergamino rojo para un remedio mágico que sane a un compañero nuestro. Es la única solución que tenemos para salvarlo.

Medió un pretoriano:

—¿A qué legión perteneces, soldado?

—A la II Trajana Fuerte. Soy un soldado auxiliar de infantería, cumplimos las órdenes dadas por César de cortar las cabezas de los dacios que cayeron en el bosque de la ciudad.

—No podemos dejarte entrar, pero te aseguro que si en este palacio hay un pergamino rojo, no tendrás que esperar mucho para tenerlo.

El jefe de la guardia le dio una orden escueta a un pretoriano:

—Celio, no vuelvas sin un papel rojo. Y no tienes todo el día para buscarlo.

El pretoriano salió corriendo a buscar, en mitad de aquel infierno, un pergamino rojo. Había órdenes tan extrañas de cumplir que mejor era obedecerlas que entenderlas.

Antes de que cayera la tarde, Tercio estaba en el campamento de los auxiliares en el bosque, con el pergamino rojo. Fue a toda prisa a presentarse ante el centurión para, inmediatamente, ponerse manos a la obra de sanar a Scaeva.

—Centurión, debe escribir en este pergamino la palabra ABRASAX, que es la palabra mágica que cura.

El centurión pasó el peor momento de la guerra justo en aquel instante. No escribía. Dibujaba. Intentaba dibujar las palabras. Y tras no menos de cinco minutos, el centurión había escrito ABRASAX, con un dudoso pulso, en el papel. Le preguntó a Tercio.

—Bien. ¿Y ahora qué?

—Ahora debo convertir este papel en un emplaste y aplicárselo a Scaeva sobre su cabeza. Dicen que es un remedio infalible. Yo mismo lo he podido comprobar.

—Pues date prisa y encomiéndate a Asclepio, el dios de la Medicina, doctor…

El centurión se fue sonriendo de su ironía chusquera. Pero también él, cuando los remedios médicos no funcionaban, echaba mano de la

magia. Como todo el mundo en Roma.

## ROMA Y LOS TRAIDORES

Antes de que la noche se cerrara en una boscosa oscuridad, tan solo violada por la luz de las candelas de los soldados de guardia, el Zurdo comenzó a dar señales de vida. Sobre su frente tenía un asqueroso mejunje de papel rojo con vetas negras, rastro de la tinta empleada por el centurión donde se había disuelto la palabra mágica ABRASAX. Pero parecía que funcionaba, porque Scaeva abría los ojos y parecía que su dolor de cabeza era más soportable. Tampoco es mentira que en su memoria había serias lagunas de desorientación y olvido. No recordaba casi nada de lo que le había pasado, y Tercio tuvo que refrescarle que estaba en la Dacia, había ganado una guerra importantísima para Roma, el mismísimo Trajano se había interesado por el cuchillo familiar y no tenía que preocuparse de su botín de guerra. El de Ilipa Magna no había soltado, en todo el tiempo que estuvo inconsciente, el zurrón de cuero donde lo guardaba. El Zurdo pidió agua. Y le dieron vino. El Zurdo pidió queso de cabra y le dieron un conejo. El Zurdo pidió que le quitaran aquel asqueroso emplaste de la cabeza y nadie le hizo caso. Tercio lo amenazó:

—Si te lo quitas, te amarramos las manos. Dentro de poco se pasará a verte el centurión con sus oficiales. Nadie quiere perderse tu curación mágica. Todos tendremos algo que contar a nuestros nietos cuando les narremos, al calor del hogar, lo que vivimos en la Dacia.

Scaeva sonrió. Y lo de los nietos le iluminó la oscura consciencia en la que vivía su memoria desde que le dieron un brutal estacazo en el bosque. Recordó al niño dacio.

—¿Y Valentiniano?

Tercio y los soldados que se habían acercado a verlo se miraron. Scaeva observó la complicidad ilegal de aquellas miradas y se reincorporó. Preguntó nuevamente con un atisbo de contrariedad:

—¿Dónde está Valentiniano, Tercio?

Este no lo dudó. Es más: se podría pensar que estaba deseando contarle a su amigo la clase de niño que se quería llevar a Híspalis. Fue tan directo como cuando manejaba el gladio en la batalla.

—El niño y el guerrero dacio que casi te mata en el bosque nos tendieron una trampa. Valentiniano me disparó conscientemente al escudo para que tú corrieras tras él hasta el lugar donde te esperaba el desertor, y allí te cazaron. Pero el lobezno aún no tiene los colmillos afilados.

—¿Qué quieres decirme, Tercio?

—Que el fugitivo lo traicionó. Te pudimos encontrar gracias al desertor. Llegó hasta nosotros con Valentiniano y nos dijo dónde estabas. A cambio, quiso hacer un trato.

—¿Qué trato?

—Le conseguíamos un caballo, ropa romana y comida suficiente para poder escapar a las montañas del norte y allí perderse entre las tribus alejadas y perdidas en las brumas de la Historia, a resguardo de las garras de Roma.

—¿A cambio de qué?

—Nos llevaba hasta donde tú estabas y nos entregaba, además, a Valentiniano.

—¿Y qué ha sido de Valentiniano?

Scaeva tenía agarrado su amuleto. Tercio no comprendía la ligazón que su amigo había alcanzado con aquel diablo de los Cárpatos, capaz de asesinarte sin que le temblara el pulso, pese a los pocos años que tenía. Terció le respondió:

—El centurión se encargó de ambos.

El Zurdo quiso levantarse, pero sus piernas aún no le respondían. Tercio lo animó a que se calmara.

—El centurión se encargó de ambos, Scaeva. Yo creo que acertadamente. Muy acertadamente. Al dacio lo utilizó para que nos llevara hasta donde tú estabas, y una vez allí hizo lo que se suele hacer con los desertores: le cortó la cabeza. El centurión dijo algo así como que Roma no paga traidores.

—¿Y con Valentiniano? ¿Qué hizo con él?

—Lo salvó el emperador.

—¡¡¿Cómo?!!

—A ese perro lobo lo salvó el emperador. Es un regalo que te hizo Augusto, y los regalos que hace el emperador se respetan. Pero te diré algo.

—¡¡¡Dime, por Salambó!!!

—Hacía mucho que no sentía una satisfacción como la que sentí ayer por la noche cuando vi que amontonaban la cabeza del desertor con las otras que mañana llevaremos en el convoy hasta la capital. Y junto a esta satisfacción…

—Por Júpiter, Tercio, no eres un actor de teatro declamando un verso de Plauto en Miles Gloriosus. ¡¡¡Ve directo al grano!!!

Tercio era consciente de que estaba jugando con el Zurdo, y le placía verlo así, inquieto, ansioso, quizá para neutralizar esa imagen que tan poco le gustaba a medida que veía su cada vez más fuerte dependencia del niño.

—Voy directo al grano. Junto con esa satisfacción sentí otra tanto o más grande que la que te acabo de contar. No sabes, Zurdo, cómo disfruté viendo al centurión azotar con su *vitis,* con su picante vara de vid, la espalda del niño.

—¿El centurión hizo eso?

—¿Qué esperabas que hiciera con alguien que ha tendido una trampa a uno de sus soldados y casi lo mata? Yo habría sido más duro. Lo sabes.

Scaeva no dijo nada. Se mostró reflexivo y durante un tiempo no dijo palabra. Los soldados jugaban a los dados. Y Tercio, tras comprobar que el Zurdo no quería seguir hablando, se sumó a mover el cubilete. Lo hizo con fuerza y dándole el aliento de la suerte. Quiso saber qué le deparaba el futuro más inmediato. Antes de tirarlos, pronunció en voz alta: ¡¡¡Roma!!! Y los tres dados sacaron la máxima puntuación: un seis en cada uno de ellos.

—¡¡¡Magnífico augurio, Tercio!!!

Se abrazaron los tres, porque ese era el número de Venus. Y Venus era un magnífico augurio para el viaje a Roma en que iba a participar en el triunfo de Trajano. Bebieron, rieron, lo celebraron… hasta que llegó el centurión acompañado de su *optio* y el *tesserarius*. Cuando vio los dados con aquella puntuación y a Scaeva totalmente recuperado, dijo muy serio:

—Mañana salimos para Sarmizegetusa y, ¡¡por Júpiter!!, ya me repetirás cómo era la palabra que te escribí en el pergamino.

## PERDIDOS EN EL TIEMPO

Aquella capital, aquellas cercas, aquella ciudadela, aquella gran torre palaciega habían sido apisonadas por la furia de las legiones de Roma. Como en Masada, la rebelde ciudad judía, los ingenieros militares romanos construyeron un *agger,* un terraplén de piedras y tierra para asaltar sus murallas y pasarla a hierro, fuego, mutilaciones, vejaciones, violaciones y muerte. Una ciudad más que la voracidad imperial romana apartaba del curso de la Historia. Nunca más Sarmizegetusa se situaría en un mapa. La borraron de la memoria de los hombres y se perdió, como lágrimas en la arena, entre los atajos implacables del tiempo. Se volatilizó una nación, una capital, una lengua y unas costumbres para que Roma escribiera una de sus gestas más gloriosas. Sarmizegetusa no podía escribir nada, porque las guerras las escriben los vencedores, y los vencidos tratan de olvidarlas contándolas a sus hijos en silencio, bajito, como una insoportable

vergüenza. Scaeva entró en la capital con las dos centurias de auxiliares de la Legión II Trajana Fuerte. Y sus ojos, pese a estar acostumbrados ya a los horrores de la guerra, no daban crédito a lo que veían. La sangre corría, como un arroyo enloquecido y caudaloso, por las calles declinantes de la ciudad, y no había muro destruido donde no se desparramaran cadáveres de mujeres y niños dacios. Los guerreros habían caído por centenares en la parte oriental, por donde, al parecer, habían realizado su último y agónico contraataque. Los restantes habían huido a los bosques cercanos o hacia el norte, siguiendo a su rey, Decébalo. El submundo, al lado de aquel podrido paisaje, debía de ser un paraíso como dicen que fueron los jardines del poderoso senador Lúculo en Roma. El Zurdo imaginó que así sucumbió la nación de sus antepasados, y no pudo reprimir un sincero sentimiento de empatía con los vencidos. Quizá, en el fondo de su alma, él también podía sentirse otro dacio.

Valentiniano iba a su lado. Con las manos fuertemente atadas y sujeto a una cuerda de la que tiraba el Zurdo, como si fuera un potro por desbravar, y sin mostrar dolor por el castigo que sobre su espalda dejó firmado la picante vara de vid del centurión. Eso sí: aquella macabra visión de la capital había borrado de sus ojos el espectro vengativo que parecía oscurecer la celeste claridad de su mirada. La sustituía una especie de alucinación, de ojos que ven lo que hay al otro lado de la vida, de ojos que viajan a donde nadie quiere ir. A su alrededor todo eran gritos de alegría o de miedo; trompetas de vencedores y cuerdas de presos: aseguran que Trajano hizo unos 500.000 que supusieron la limpieza étnica de la región y unos ingresos nada desdeñables para las arcas públicas. La Dacia había desaparecido del mapa, como si el Vesubio hubiera explotado en mitad del valle de Tapae convirtiendo en pompeyas sepultadas todas las ciudades dacias. Se esfumaron tragadas por el fuego y la ceniza de la guerra, sombras espectrales de una historia que se detuvo allí en el verano del 106 d. C.

Pasaron por una casa destruida donde Scaeva decidió entrar al oír el llanto de una niña. Tiró de la cuerda de la que llevaba a Valentiniano, pero el potro se resistió con todas sus fuerzas. Jaló el hispalense, pero el niño se tiró al suelo y buscó con las piernas una parte de muro contra la que apoyar los pies y ofrecer la mayor resistencia a los tirones del Zurdo. Un legionario, Denter, cordobés, cercano por paisanaje a Tercio y a Scaeva, quiso ayudar, y le propinó con su *caligae,* con la sandalia, un tremendo puntapié en el costado. Después le escupió en la cara con todo el desprecio que despliegan los vencedores sobre los vencidos, ay de ellos. Valentiniano no se inmutó,

pero fijó en su cabeza el rostro de aquel cordobés, como si el futuro que no tenía fuera a ser benévolo con él para brindarle la oportunidad de cortarle los huevos. Denter lo miró y no advirtió el odio concentrado en los ojos de aquel muchachito. Vivía en la soberbia de los victoriosos. Valentiniano se sintió sucio, muy sucio, pero nunca derrotado. La boca de aquel legionario estaba abarrotada de dientes pútridos y destartalados. El niño sentía resbalar el pegajoso escupitajo del bético sobre el rostro, preso de asco y odio.

—Verás qué pronto se pone en pie —le dijo a Scaeva.

—No. Olvídalo, Denter. Yo sé cómo tratar a este lobo dacio. No lo arrees más.

El chico vertió su primera lágrima en todo este tiempo. La niña que lloraba se había asomado a la puerta, y gateó entre los muertos y los derribos para ir a abrazarse con aquel indomable dacio al que el destino jugaba a convertir en un hombre muy duro siendo tan solo un niño. Scaeva tenía un problema. ¡¡¡O dos, por Salambó!!!

## Rumbo a Híspalis

Scaeva y Valentiniano habían invertido dos semanas largas en llegar hasta el puerto de Massalía, la actual Marsella. Atravesaron bosques, montañas y ciudades ya plenamente romanas. Durante el largo camino, enseñó al joven dacio algunas palabras en latín, al menos para que fuera familiarizándose con términos útiles para una mínima comunicación. El niño era espabilado y aprendía deprisa. Manejaba y entendía expresiones empleadas para comer, para designar utensilios domésticos y armas. Se negaba, en cambio, a aceptar su nombre romano, hasta el punto de que antes atendía a un ladrido que a ese *Valentiniano* asignado contra su voluntad. Quería que se le conociera por el suyo, su nombre dacio, que curiosamente significaba «dragón del norte» y tenía un sonido muy bárbaro, muy poco musical. El Zurdo insistía con el nombre latino, más por el significado que tenía que por una cuestión de autoridad. Estaba seguro de que cuando el niño manejara el latín y entendiera el alcance de su nombre, no le resultaría tan desagradable como ahora.

Tercio y el Zurdo se despidieron en la destruida capital dacia y se citaron en Híspalis después de que Roma acabara por aburrirlo, empobrecerlo o encanallarlo. En cualquier caso, para después del triunfo de Trajano que, de hecho, no se celebraría hasta casi un año después de la despedida, ambos iban bien surtidos de un botín de guerra que había hecho olvidar a los auxiliares y a los legionarios las

terribles fatigas y las innumerables pérdidas de amigos que se llevó por delante una campaña tan violenta. Antes de marchar se abrazaron, y Scaeva le dijo:

—Estoy seguro de que en menos de una semana te conocerán todas las chicas de pelo color naranja de la Subura, esa zona tan miserable de Roma.

—¿Solo de la Subura? —replicó Tercio con una amplia sonrisa.

Quien no se pudo unir a la nueva vida de Scaeva y Valentiniano fue aquella niña llorosa, asustada y sola que se abrazó al joven dacio el día en que entraron las dos centurias que limpiaron el bosque en Sarmizegetusa. ¿Quién era aquella niña? ¿Por qué se abrazó a Valentiniano? ¿Por qué hizo llorar por primera vez durante los terribles días vividos en la toma de la ciudad, al niño dacio? ¿Quién se hizo cargo de ella? ¿Quién se la llevó: Proserpina o Abeona, la diosa del inframundo o la que protegía a los jóvenes que abandonaban por vez primera la casa paterna? Su destino, como el de todos, estaba escrito, pero nadie sabía interpretar las palabras que el futuro garabatea tan caprichosamente. Tercio y el Zurdo intercedieron por la chica. Y no cayó, en principio, en malas manos. Se la quedó el centurión, el mismo que se llevaba escrita en una tablilla de cera para Roma la palabra *abrasax*. Al parecer, su esposa le daba frecuentes dolores de cabeza…

Massalia, Marsella, era una ciudad hermosa de la Galia. La fundaron mucho tiempo atrás los griegos de Focea que establecieron allí una colonia para comerciar con el mundo mediterráneo. Prosperó gracias al talento de sus ciudadanos y a la protección de Mercurio. Su puerto era uno de los más importantes del mundo romano. Cuando Valentiniano pudo ver aquellas enormes tinajas; las *dolias* para envasar el vino; las ánforas acumuladas en el puerto, llenas de aceite, recién llegadas de la provincia hispana de la Bética, se mostró confuso y empezó a palparse el cuerpo porque no creía que estuviera vivo. Había pasado de un mundo de altas montañas, osos fieros, bosques espesos y hombres y mujeres rubios y de piel blanca a otro muy diferente. En Massalia la luz era azul y transparente, como siempre había pensado que era la que bañaba el cielo de Zalmoxis. Y había hombres y mujeres de colores variados: negros, mulatos, blancos, pelirrojos, rubios, albinos…Pero lo que más le impresionó fue el mar. Cuando lo vio por vez primera quedó tan desconcertado que pensó que era irreal. Trató de agarrarlo, abarcarlo quizá, con sus brazos, extendiéndolos, conmocionado por la dimensión de su color y tamaño. Fue gracioso. Creyó que el rugido de las olas combatiendo contra la playa era la lengua en la que el mar se expresaba. Miró al Zurdo y le

preguntó, en un torpe latín:

—¿Qué idioma es ese, qué habla, qué dice…?

Rio el hispalense y comprendió que el tiempo que invertirían en llegar hasta la soleada ciudad del Betis sería un tiempo ganado para estrechar lazos con el niño. Y quizá emprenderían un viaje determinante para la vida de ambos destinos que se cruzaron en la Dacia como caminos paralelos. Valentiniano miraba al mar y su Danubio le parecía un pequeño charco de invierno. Verdaderamente, el mundo era un espectáculo lleno de sorpresas y de misterios. Quería aprender el idioma del mar…

# CAPÍTULO II

# EL NEFASTO VUELO DE LOS BÚHOS

*Híspalis*
*Octubre del 106 d. C.*

## LOS SUEÑOS QUE TE REGALAN LOS DEMONIOS SE CUMPLEN SIEMPRE

—¡¡¡Esos números son ruinosos, Crátero!!!

—Pero no engañan a nadie. Ha sido un año nefasto para el campo, amo.

—No obstante, el negocio de los alfares sigue arrojando un buen balance. Y el de las salazones, también. Al mar no le importa que no llueva. Tiene agua de sobra.

—Así es, señor. Y aún quedan por ver los beneficios que da la carga del mercante que salió de Marsella y que en esta misma semana llega al puerto.

—Que Mercurio me ampare, Crátero. Esa carga bien vendida puede resarcirme de lo perdido en trigo, aceite y vino. Ya sabes cómo les gustan a nuestras patricias de Itálica, de Carmona, de Écija y Córdoba las sedas de Oriente y los perfumes que hacen los nabateos en Pozzuoli. ¿Hemos honrado hoy a Mercurio? Es lo primero que te tengo dicho que hay que hacer. Antes incluso de que me enseñes esas cuentas que tanto me exasperan.

Crátero era un esclavo griego aplicado, práctico y resolutivo, sobre el que Cara Pescao, uno de los libertos más ricos de la Bética y, sin dudas, el más rico de Híspalis, hacía recaer la administración general y parcial de todos sus negocios. Antes, Cara Pescao había sido, a su vez, el esclavo de un rico comerciante hispalense, pródigo en costear de su bolsillo obras públicas en la ciudad y alegrar las principales fiestas locales con juegos en el circo y representaciones dramáticas en el teatro. Dicen que era dante, y que Cara Pescao, entonces su esclavo, era tomante, como correspondía a su posición y subordinación, lo que manchó para siempre el prestigio público del hombre más rico de la ciudad. Limpiarlo y dejarlo blanco y perfumado como la toga de un senador se convirtió en su mayor obsesión, incluso por encima de multiplicar su patrimonio. Heredó de su antiguo señor la propiedad, la

libertad y el gusto griego por los placeres traseros. Lo de Cara Pescao le vino por el malicioso ingenio de la gente. Sus negocios de salazones de caballas gaditanas y *garum* de Baelo Claudia le aseguraban ese mote; pero también es cierto que su boca era la de un barbo cuando sale del agua. En más de una ocasión, cuando se le espetó, desconsideradamente, que en su vida como esclavo había tenido que acceder, en forma pasiva, a los deseos sexuales de su antiguo señor, se justificó sosteniendo con firmeza:

—Ninguna vergüenza hay en hacer lo que tu amo te manda…

Cara Pescao vivía en una *domus* extraordinaria[1]. Hecha a imagen y semejanza de las de la Campania italiana. Desde allí se trajo al arquitecto que se la construyó, y de Roma al jardinero que intentó convertirle la huerta en una especie de jardines de Lúculo de provincias. Desde luego, pagó una fortuna por traerse desde el Ponto Euxino, el mar Negro, unos cerezos que daban frutos blancos. Cerca de su casa tenía los depósitos de ánforas de salazones, casi pegando al río; no muy lejos de él vivía Fabia Hadrianilla[2], hija de cónsul, mujer de senador, hermana de senador y madre de senador. Fabia, como toda la élite bética que se preciara, tenía casas en Roma, en el Esquilino, lugar que escogieron los béticos para levantar sus hermosas villas. Hadrianilla manejaba con éxito cierta especie de banca privada para proporcionar ayudas a los propietarios campesinos acomodados cuyos intereses mantenían una fundación social para auxiliar a los niños y niñas de la calle. Cara Pescao soñaba con el día en el que él también marcharía a Roma a vivir en el Esquilino. Tras honrar con incienso, monedas y velas a Mercurio, el liberto se asomó al patio central de la casa. Había amanecido, pero el sol ya calentaba como si estuviera a cinco millas de la tierra.

—Hoy tampoco lloverá —dijo Cara Pescao—. Y así llevamos más de un año.

Las ciruelas que había cenado la noche pasada le tenían revueltas las tripas. Le gritó al esclavo atriense.

—Dile a Níger que venga conmigo a las letrinas.

Cara Pescao fue a hacer sus necesidades a unas letrinas exentas de la casa, pero grandiosamente enriquecidas con mosaicos de escenas escatológicas: hombres y mujeres deponiendo; deposiciones gigantes; culos arrojando gases y un homenaje central a las verduras más ventosas: coles, garbanzos, cebollas… En un perfecto latín se leía encima del inodoro: «Aquí caga mi dueño». Cuando el liberto terminó su primer trabajo del día se levantó, se puso en pompa y Níger le limpió el trasero con una esponja.

Cara Pescao entró de nuevo en su casa y, tras un desayuno frugal,

pasó a las termas, que, como rico hombre que era, las tenía privadas. Invirtió en desintoxicarse un par de horas. Sobre las diez de la mañana salió hacia el foro en su litera y oliendo como una princesa persa, no sin antes hacer que uno de sus muchos esclavos saliera a la calle y comprobara que su amo no iba a cruzarse con ningún contrahecho, con ningún etíope, con ningún enano ni con ningún ciego. Evitaría todos estos signos nefastos para encarar una semana en la que esperaba que le llegara desde Marsella un rico, hermoso y costoso cargamento de mercancías que lo iba a hacer inmensamente feliz.

## Las lágrimas del foro

Pese a estar porticado y en algunas de sus esquinas tupido por frondosas parras, a imagen y semejanza de algunos jardines públicos romanos, el foro[3] de Híspalis se resentía, a esa hora de la mañana, del impacto de un sol sin clemencia y que parecía decidido a incendiar la ciudad. El mármol ardía como el fuego, el bronce de los llamadores de las puertas era intocable, la brisa que corría era como el aliento de un dragón, y las sombras de la ciudad se las disputaban los hombres y los perros, todos, al parecer, con la misma falta de intensidad vital, arrugados por aquella ciudad que ardía sin fuego. Cara Pescao estaba ansioso por escuchar noticias del mercante que había salido de Marsella dos semanas antes, pero los hispalenses solo hablaban de procesiones, ceremonias colectivas de expiación de pecados y de escribir a Roma para conseguir que el emperador les dejara prestada la famosa Piedra que Gotea.

—¡Por todos los diablos, de qué piedra estáis hablando! —gruñó Cara Pescao.

—La Piedra que Gotea es el remedio más eficaz que tiene Roma para hacer llover. Se la arrebataron a los etruscos y la guardaron en el templo de Marte, en las afueras de la gran capital.

Cara Pescao se interesó.

—Vamos sigue, sigue. Sigue hablando de esa bendita Piedra que Gotea…

Continuó con la leyenda otro de los hispalenses reunidos en el foro, bajo aquel tupido emparrado:

—Esa piedra se saca en procesión, se le echa agua encima, se hacen sacrificios y se le cantan salmos. Y llueve. Llueve como si Júpiter hubiera bebido cerveza, un barco de cerveza, y llenara nuestras cabezas con su poderoso meado.

—¿Más procesiones? —exclamó Cara Pescao—. ¿Cuántas veces

hemos sacado ya a Salambó? No hay semana desde hace un año en que no la honremos con una procesión, con cantos colectivos y con brotes verdes para que la naturaleza se ajuste a su orden. Pero nunca llueve.

—Los dioses nos han abandonado —dijo un hispalense con los brazos en cruz y la cara contrita.

Cara Pescao, tan práctico, volvió a la Piedra que Gotea.

—¿Pero es efectiva la procesión de la Piedra? ¿Alguno ha estado en Roma y ha visto llover después de que la hayan sacado a la calle?

—Yo. Yo he visto esa procesión, y si todo el ritual se ajusta a la liturgia, siempre llueve.

Cara Pescao se quedó pensativo, y el coro de hispalenses siguió reunido, ciñéndose sus pulcras togas blancas, prisioneros de un silencio solemne, casi de velatorio. Las miradas en el suelo. Gestos de gravedad, como si estuvieran interpretando una tragedia griega. Pero no. La tragedia era hispalense y el elenco era numeroso. Cientos de familias estaban arruinadas o a punto de arruinarse. No llovió cuando le tocaba hacerlo ni cuando no le tocaba. Simplemente, el cielo del suroeste bético se había secado, como si una banda de espíritus del inframundo hubiera envenenado el clima, dejándolo seco y sin alma, muerto, sin vida para propagarla. Más de un año llevaban los cielos enfadados con las nubes, y eso era demasiado tiempo para que una familia pudiera defender sus tierras y su pequeño patrimonio. El Imperio era un gigantesco altar en forma de pirámide social: abajo, extensísima, los miserables, los mendigos, los sin techo ni casa; en medio, una aterrada capa de artesanos y pequeños agricultores que vivían el pánico de ser protagonistas de dar el fatídico paso hacia atrás, arruinándose y cayendo en las bocas insaciables de la mendicidad, de donde raramente se salía. Muy arriba, una élite intocable que lo tenía todo, lo podía todo y quería siempre mucho más. Cara Pescao estaba, aunque no se le aceptara por su condición de liberto, dentro de esa casta. Por su dinero. Solo por eso. Era un nuevo rico con millones de sestercios, pero su prestigio social no valía una miserable moneda de cobre. Quizá podría ganar prestigio en mitad de aquella tormenta de polvo, arena y sequía que asolaba el campo. Quizá. Tenía que consultarlo con Crátero, siempre tan práctico aquel griego. Pero antes lo iba a consultar allí mismo, en el foro, a la entrada del foro. Se despidió de sus amigos y se dirigió hasta aquella alta columna de mármol, bien visible para todos, de forma rectangular, donde descansaba el dios Mercurio, su preferido. Sobre la columna estaban grabadas en hexámetros las cincuentas y seis respuestas del dios a las cincuenta y seis combinaciones que podrían

conseguirse lanzando cinco tabas. Cara Pescao encerró las tabas en sus manos, las sopló para desearse suerte y las arrojó. Le pareció eterno lo que solo es un instante: el tiempo que transcurre entre arrojar los huesos y que estos proclamen la respuesta solicitada al oráculo alfabético. Sudaba. Las tabas giraban y giraban en el suelo como si fueran bailarinas de Cádiz. Por fin se asentaron. Y el resultado del lanzamiento fue el número 11.143, cuya respuesta era…

¿Por qué, imprevisiblemente, Cara Pescao había dejado de sudar y sentía tanto frío en su perfumada nuca? ¿Qué respuesta le había dado el oráculo?

## *Do ut des*

Junto al anfiteatro[4] de Híspalis se encontraba la casa de los gladiadores, como en Roma. Era una vecindad práctica y que, de alguna forma, mantenía a los gladiadores cerca de su teatro de operaciones. El Africano lo regentaba y gozaba de una sólida posición económica. Hijo de liberto, ciudadano romano de pleno derecho, había llegado a la conclusión de que el dinero no mancha y si lo hace porque viene de la mano de oficios tan indignos como trabajar como curtidor, más hedor se desprende de la pobreza. Aún recordaba las palabras de su padre, que salió de la esclavitud gracias a su talento como comerciante, diciéndole en las tardes lejanas de su infancia, mientras paseaban por los muelles de Híspalis:

—Debes hacer algo el día de mañana cuyo beneficio supere el cincuenta por ciento. Y eso significa que no desprecies nunca oficios como el de curtidor, aunque por su hedor lo saquen fuera de la ciudad. La pobreza huele a cadáver. Recuérdalo siempre: los beneficios tienen un olor agradable.

Africano, llamado así porque su padre era originario de Mauritania, era absolutamente feliz. El prestigio social lo había conseguido no abatanando ropas ni curtiendo hediondas pieles de vaca. Lo había hecho como lanista, siendo empresario de su propia cuadra de gladiadores. Era el hombre de los espectáculos de Híspalis. No menos de veinte muchachos se entrenaban a diario en la palestra de la casa de los luchadores preparándose para los juegos conmemorativos de alguna fiesta local o imperial, o para alquilarlos con motivo de alguna boda o fiesta privada. Él era capaz de jugarse sus hombres, pagar las fieras, sufragar las escenografías de los *venatores* para que la ciudad se divirtiera y los gobernantes respiraran tranquilos teniendo a la población contenta y entretenida. Todo gratis. Si había que celebrar

con un buen combate entre mirmillones y tracios para honrar las Vinalias Rusticas (la fiesta de la vendimia) a finales de agosto, él lo pagaba; si había que honrar el final del ciclo agrícola con las fiestas de Dea Caelestis en el circo de Itálica, él proporcionaría los toros, los leones o los elefantes, sin que le costara nada a las arcas públicas; si a Marte había que ganárselo el 12 de mayo celebrando su fiesta en el circo con una sesión especial, Africano buscaba la forma de hacerlo, hacerlo muy bien y pagarlo, sin perder nunca de vista el consejo paterno del cincuenta por ciento de beneficio. Y ese beneficio estaba siempre en su magnífica relación con la administración local: tú me das, yo te doy *(do ut des)*.

Uno de sus mejores luchadores era un tal Corvus, el Cuervo. Un tipo de mediana estatura, musculoso, agrio, malencarado, con cicatrices de látigo o varas de abedul en su rostro y espaldas. Nadie supo de dónde vino ni de dónde era. Su latín sonaba raro, lejano. Oriental, quizá. Estaba peleado con la comunicación. Hablaba lo justo para ampliar su jerarquía entre los muchachos de la casa de los gladiadores. Y cuando se enfrentaba con alguno en los entrenamientos utilizando espadas de madera o sin punta, era tan agresivo y competitivo como en la arena. Entrenaba como luchaba, y eso le complacía tanto a Africano que había hecho del Cuervo su mejor estandarte de propaganda. Dormía aparte de los demás, en una estancia estrecha, pero bien ventilada y sin muchas pulgas. Era el trato de favor, el reconocimiento explícito que el lanista tenía con la estrella de sus gladiadores. En las paredes externas de la casa se leían pintadas en un latín muy popular ponderando su carisma:

«Cuervo, eres la espada de Marte».

«Ningún pretoriano te llega al culo, Cuervo».

«Cuervo, volarás más alto que las águilas de Roma».

«Cuervo, te presto a mi mujer, pero después la matas».

La sequía, la escasez, la hambruna llevaban a los rústicos y jóvenes campesinos condenados a la miseria a probar suerte como futuros gladiadores. Africano vio que los malos tiempos de muchos son los mejores tiempos de unos pocos, y no pasaba un día en el que no examinara las posibilidades de los que se presentaban para ser aceptados como futuros gladiadores. Quería quedarse con los mejores, con los que más talento tuvieran para luchar y combatir, y eso solo podía averiguarse poniéndolos a prueba con el mejor de todos. Con el Cuervo. Si alguno lograba rozarle tan solo, sería señal de que llevaba dentro un buen gladiador. Nadie lo consiguió. Y era un espanto ver como aquellos muchachos se desparramaban por la ciudad, sin techo bajo el que cobijarse ni faena en la que ocuparse para, al menos, tener

un mendrugo de *panis cibarius,* el pan de los mendigos y esclavos, que llevarse a la boca. Híspalis tenía mucha hambre, y algunos hambrientos ya sabían quién era y dónde vivía el hombre más rico de la ciudad…

## UN PLAN DESESPERADO

Algunos de los muchachos que habían ido a probarse como gladiadores y no habían superado la prueba se habían reunido en torno a su desesperación.

—O nos hacemos bandidos o nos morimos de hambre.

—Queda siempre la opción del ejército. Se come todos los días, te pagan con cierta regularidad y tu vida está más segura que en la calle, donde puedes perderla comida por las llagas, los piojos y la enfermedad.

—Pero no hay mucha necesidad de soldados. Desde que Trajano acabó con los dacios, todo el Imperio está en paz.

—Pero nosotros no. Nosotros estamos en guerra con el hambre y llevamos perdidas todas las batallas. Algo tenemos que hacer.

Uno de ellos, quizá el más sano de corazón, dijo:

—Yo voy a seguir intentando ser gladiador. Me voy a sentar delante de la puerta de la casa del lanista y esperaré a que me brinde otra ocasión para enfrentarme con el Cuervo.

El resto del grupo movió la cabeza en claro signo de desaprobación. Nadie daba nada a cambio de nada y aquel chico que había llegado de una finca de Orippo (Dos Hermanas), a media jornada de Híspalis, cercana a la Vía Augusta, decidió abandonar el embrión de la banda que, sin haberlo hablado antes, tenía muy claro qué hacer para no sucumbir. El de Orippo se fue. Los otros siguieron sentados sobre uno de los embarcaderos del Betis, trazando un plan desesperado para no regresar a donde ya nada los esperaba. Lo habían perdido todo: los padres vendieron a sus hermanos más pequeños, bien como esclavos, bien a las bandas organizadas para explotar la lástima convirtiéndolos en mendigos profesionales. Seguramente ya les habrían amputado una mano, dejado tuertos o tullidos, para así despertar la compasión de los ricos y contribuir a que prosperara la empresa de la misericordia. Los padres habrían muerto o estarían dados a la fuga por no poder pagar la hipoteca que pesaba sobre las tierras. Tampoco sería improbable que alguno sufriera un castigo divino por no haber devuelto el dinero. ¿Regresar a casa? ¿A qué casa? Si todo se lo había comido el hambre.

—Mañana iremos a esa casa tan rica. Nos pondremos en la cola de

los que le deben consideración al patrón y, una vez dentro, no habrá ningún Cuervo que pueda pararnos...

—¿Y después? —preguntó abobado uno de ellos.

—Después corre más que el hambre. Y cada uno que elija el camino que quiera.

Otro hizo la pregunta perfecta, la que nadie había planteado hasta ese justo momento:

—¿Y las armas? ¿De dónde sacamos las armas para intimidar a sus esclavos, a sus matones y robar la casa? ¿O creéis que la zorra desprotege su madriguera?

## Una fiesta en Itálica (1)

Allí, en Itálica, a tan pocas millas de Híspalis, en barca a no más de una hora, no había hambre. Abundaba la abundancia. Era la otra cara del rostro angustiado de las calles de la ciudad comercial, de la Híspalis en donde recalaban los sufridores arruinados por la sequía. Ciudad de patricios, senadores, cónsules y viejas estirpes latinas y turdetanas, vivía ajena, como en una burbuja de lujo y bienestar, a lo que estaba ocurriendo en muchas ciudades del suroeste bético. En Itálica vivía la élite, la aristocracia. En Híspalis, los comerciantes, los artesanos, los que le peleaban al día cada minuto para seguir sobreviviendo. Entre una y la otra solo compartían el río, que las separaba y las comunicaba hasta donde Itálica creía conveniente comunicarse.

En la lujosa casa de un familiar del clan de los Ulpio (la familia de Trajano) se preparaba una fiesta privada. A la caída del sol, las antorchas se encenderían para iluminar los jardines, esplendorosos de plantas aromáticas, cipreses, cedros marroquíes y frutales; los candelabros de oro y plata sostendrían velas de una cera de muchísima calidad; grandes lucernas de cerámica, con formas de animales, daban luz a las estancias donde los músicos y las bailarinas amenizarían la ocasión. En la cocina se habían preparado jabalíes, venados, un avestruz que, separándole las alas, dejaba ver una especie de sopera de plata que contenía *garum;* no faltaban ni atunes ni pulpos. Y sobre bandejas de oro daba la impresión de que el cuerno de la fortuna había desparramado todo tipo de fruta conocida a lo largo y ancho del Imperio. Los vinos se enviaron desde Nápoles, Gaza, Éfeso y Antioquía. Y para el marisco se había preparado una especie de tanque de cristal con agua de mar donde cigalas, langostas y grandes cangrejos esperaban el caprichoso impulso de algún comensal para

sacarlos y prepararlos sobre la marcha. El tanque estaba adornado en su tapadera piramidal por un gran caballito de mar que Neptuno montaba eufórico. Servía como asa. Y, por supuesto, era de oro…

La noche transcurría dulce y suave, y la brisa que subía a lomos desde el río hacía volar las ricas telas de las cortinas de la *domus*. Cantaban las fuentes que, en el jardín, se asociaban para configurar una especie de río Tíber, con su isla Tiberina, a modo de barco, en el centro, incluyendo una minirréplica del templo de Asclepio. Este trabajo artesanal se hizo solo para la fiesta y como homenaje de la casa al río que baña la capital imperial a su paso por su corazón político: la colina Capitolina, que también figuraba representada en la escenografía artesanal. Las estatuas de Trajano padre, el emperador Trajano y antepasados notables del clan Ulpio figuraban en un lugar preferente de la casa, que expresaba la calidad y nobleza de su estatus con un potente color rojo en el estucado de sus paredes. Para que la noche fuera perfecta y nadie se sintiera entretenido por cosas que pasaban al otro lado del río, se había contratado a los gladiadores de Africano. El Cuervo pelearía contra sus compañeros aquella misma noche, a vida o muerte, salvo que aquel poderoso Ulpio, propietario de vastas extensiones de tierra de olivar, trigo y vides, así como explotador de minas de plata y cobre en Riotinto, opinara otra cosa. Pero ¿se celebraba algo especial?

—Todos me conocéis y sabéis lo que me gusta agradecerles a los dioses la generosidad que derraman sobre nuestro clan. Mi apellido sienta en Roma a un emperador, antes puso un cónsul en Siria y varios senadores visten la toga blanca y se sientan en el Capitolio. Hoy quiero celebrar la pronta marcha hasta Roma de uno de mis hijos. Estudiará Derecho y aspira también a hacer el cursus honorum, a hacer carrera política.

Un murmullo de aprobación y de simpatía se hizo visible entre los amigos asistentes a la fiesta.

—Brindad conmigo por el futuro de Longino Ulpio, mi hijo. Quién sabe si Minerva le dará la luz suficiente como para sentarlo algún día en la casa imperial…

Todos dijeron que sí, que Longino sería pronto un magnífico abogado y un valiente cónsul, y que terminaría sentándose en el trono que hoy ocupaba su más poderoso familiar: Marco Ulpio Trajano. Tan solo un exquisito y atildado senador bético, cordobés por más señas y perteneciente a la casa de los Annios, no puso mucho entusiasmo en el brindis. Los Annios, como los Ulpios y Aelios, eran linajes béticos que, en su día, en el 69 d. C., apoyaron el ascenso al poder de Vespasiano, ya con dinero, ya con legiones mandadas por algunos de sus hijos más

ilustres. El propio padre de Trajano puso a su disposición la Legión X Fretense. En realidad el movimiento político que empujó a Vespasiano hacia el trono de Roma parece una auténtica conjura hispana, donde la Bética y la Tarraconense apoyan al aspirante a conseguir su objetivo. Bajo el mandato de Vespasiano no es casual que se doblara el número de senadores hispanos en Roma, ni tampoco lo es que, ya siendo emperador Trajano, en una de las monedas acuñadas apareciera Vespasiano asociado a Júpiter y Mercurio, dioses que gobernaban el imperio de la razón y del comercio. La lealtad y gratitud de los aristócratas hispanos con el emperador, y los Flavios en general, se alargó en el tiempo hasta la muerte, en el 117, de Trajano. Descendientes de estos Annios fue un suegro de Antonino Pío. Los Annios eran otra de las grandes familias béticas con aspiraciones de poder en Roma. ¿Por qué Córdoba no iba a poder colocar en la capital del mundo a uno de sus más aventajados y preparados muchachos para gobernarlo? ¿Todos tenían que ser de Itálica?

## Una fiesta en Itálica (2)

Habían comido como lobos hambrientos; habían bebido como camellos sedientos; habían coqueteado con la noche clara y las esclavas más sensuales; las aristócratas, tan estiradas y celosas de su reputación, no habían tenido inconveniente alguno en retozar en aquellas habitaciones, perfumadas con incienso, con algunos gladiadores que, pronto, iban a pelear con el Cuervo. Las bailarinas de Cádiz elevaban más aún su ya internacional reputación de insaciables devoradoras de hombres que podrían intimidar al mismísimo Príapo. Solo Africano parecía indiferente a los placeres de aquella fiesta y se empleaba en el doble juego de no parecer un maleducado evitando tan generoso festín, pero sin perder de vista a sus mejores gladiadores. Había consentido dejar marchar a las alcobas a los más agraciados, quizá porque esa noche la única pelea que ganarían sería en la cama, incendiando las entrañas de aquellas mujeres de alta cuna y de bajas pasiones. Todo en Africano era calculado, medido, ni más ni menos. Muy de madrugada, cuando los sentidos estaban embotados por la comida y los vinos de Gaza y Nápoles, se procedió al espectáculo de los gladiadores. Longino Ulpio le rogó a su padre que la pelea fuera especial para la ocasión. El chico abandonaba Itálica, marchaba a Roma y dejaba atrás, para siempre, la casa paterna, para consagrarse al Derecho y al cursus honorum. Su padre no se lo negó.

—¿Qué deseas, Longino?

—Padre, quiero una lucha de los seis gladiadores contra el Cuervo. No quiero mirmillones contra tracios. Quiero, para ser justos, que el Cuervo pelee como un tracio y el resto sin defensa alguna, sin escudos, ni armaduras, ni cascos, ni protectores.

Se lo comunicaron a Africano, que no quiso contrariar a Longino. Tan solo estipuló otro precio por una pelea diferente. El padre de Longino no le dio importancia a ese hecho. La despedida de su hijo no tenía precio. El lanista corría el riesgo cierto de perder a sus mejores hombres, pero el nuevo presupuesto para una pelea tan especial habría hecho muy feliz a su padre. Todo estaba ya por encima del cincuenta por ciento de beneficios. La noche se cerró en una bacanal de sangre y miembros amputados. Todos celebraban aquella apoteosis del valor, la habilidad y el desprecio por la vida de aquellos gladiadores. Pese al elevado número de adversarios, el Cuervo fue haciéndose fuerte protegiendo su espalda contra la pared y atacando a sus compañeros de escuela con movimientos firmes, rápidos y certeros. Más de un aristócrata militar de los que allí estaban confirmó el comentario de alguien:

—Parece un alumno aventajado de la escuela de gladiadores de Capua.

Uno por uno fueron cayendo sus oponentes. Antes de rematarlos, miraba a Longino Ulpio para saber si les perdonaba la vida. La atmósfera estaba demasiado cargada para que el perdón emborronara un final glorioso para un luchador: morir como hombres tras una brava pelea era la máxima corona que un gladiador podía colocarse en su viaje al Hades. Cuando terminó la carnicería, la sangre se había espesado en el suelo y en los establos reposaban los cadáveres de los bravos luchadores de la escuela de Africano. Todos tendrían el entierro merecido y un recuerdo grabado sobre el mármol de sus sepulturas: «Qué pronto pasamos de la nada a la nada». Africano pensó que era la despedida adecuada.

Con el sol destacando por encima de Híspalis, una barca partió desde el embarcadero de Itálica hacia el puerto. El sol de levante cegaba la visión del barquero, pese al enorme sombrero que cubría su cabeza. En la barca regresaban tres personas: Africano, el Cuervo y un gladiador, Gallo, que no había peleado con nadie, pero que había empleado todo su vigor en apagar el fuego de una de aquellas bailarinas gaditanas capaz de incendiar, nuevamente, Roma. Africano reía en la barca mientras escuchaba la historia. Tan solo el impenetrable rostro del Cuervo permanecía inmutable, ajeno a la comedia de cama y espada que había librado Gallo sin derramar una sola gota de sangre. Todos estaban tan borrachos en aquella fastuosa

casa de Itálica que nadie cayó en la cuenta de que Africano salía con dos gladiadores cuando, realmente, debería haber regresado solo con el Cuervo. En mitad del río y enfilando ya el embarcadero más próximo al complejo portuario[5] del promontorio donde se alzaba Híspalis, se oían carcajadas que espantaban a las garzas y a los patos. Una felicidad que, en cambio, no compartía Cara Pescao, que también había estado en la fiesta. Él fue el responsable de haber preparado el banquete y la sorpresa del avestruz con la sopera de plata llena de *garum* de su industriosa producción. Todos lo habían celebrado, pero Cara Pescao nunca pudo salir de la cocina y participar de la fiesta. La costosa toga de brocados que llevaba puesta regresaba a Híspalis manchada de aceite, salsas y vino. Pese a ser el hombre más rico de Híspalis, en Itálica lo habían tratado casi como a un esclavo. Donde no te quieren, no hagas ningún esfuerzo por entrar. Pero sácale el máximo beneficio al desprecio…

## Cambio de planes

Al llegar a Sevilla, en el embarcadero[6] más cercano al foro portuario, Crátero esperaba a su señor. No le prestó mucha atención a la desastrosa imagen que llevaba, con una túnica persa de brocados dorados absolutamente arruinada por las manchas de grasa y de vino. Sabía que si le comentaba algo, no lo interpretaría bien. El esclavo griego fue a lo importante:

—Señor, me he enterado de que el mercante de Marsella está no más lejos de Caura (Coria del Río) y que hoy mismo llegará a Híspalis. Creo que debemos prepararnos para recibirlo.

—Compra un carnero y lo sacrificaremos a Mercurio[7]. Nunca me ha fallado. Y sí, claro, preparemos a nuestros hombres para desembarcar las mercancías y almacenarlas en las naves portuarias.

—¿Tendremos hombres suficientes?

—¡¡¡Hay hombres desocupados por toda Híspalis, Crátero, por Júpiter!!! —regañó el liberto al esclavo, quizá exteriorizando la gran frustración vivida en la fiesta de Itálica.

Crátero no se inmutó, firme como el palo mayor de un mercante.

—Lo sé, mi amo, pero por eso mismo lo planteo. Demasiados hombres ociosos y necesitados. Una combinación perfecta para que vuelen muchas de las caras mercancías que desembarcaremos. Necesitamos hombres de confianza…

—Para que nos roben confiadamente… —replicó el liberto en tono burlón y mirando con gratitud y emoción a Crátero.

Aquel esclavo le era muy fiel. Podía haberse callado y pagarle así su mal carácter. Cara Pescao le dijo:

—Crátero, tienes nombre de general de Alejandro Magno; estoy seguro de que te las arreglarás muy bien. Por cierto, ¿no es hoy día de pago a mis hombres de confianza?

—Sí, lo es. Ya deben de estar formando cola a las puertas de la casa, señor.

—Pues completa la cuadrilla de estibadores con ellos. Son de confianza, me robarán con confianza, pero me tratarán con sumo cariño. Si la boca les huele a metálico es porque ahí guardan las monedas con las que les pago todas las semanas sus necesarios servicios.

—Así se hará, señor. Voy a prepararlo todo.

Dudó un momento el griego, pero inmediatamente se lanzó a preguntarle:

—Mi amo, ¿le hago traer una toga limpia?

—Cuanto antes, mejor, Crátero. Yo esperaré en los muelles. Allí todo el mundo verá como el hombre más rico de Híspalis trabaja desde muy temprano con la ropa tan sucia como la de un mendigo. Y no debo olvidar que la pobreza es la hermana de la sensatez, como dice el proverbio. ¡¡¡Ve y organízalo todo!!!

Cuando Crátero llegó a la *domus* de Cara Pescao, efectivamente, la cola de servidores, informadores, trabajadores, huérfanos y matones era ya numerosa. Cuatro muchachos que nadie conocía estaban en ella. Crátero preguntó quiénes eran. El más rápido contestó:

—Sabemos de la generosidad del señor con los que bien le sirven. Nosotros queremos servirle bien.

El griego vio en su desesperación la misma que se vivía en las calles de la ciudad y que protagonizaban los hombres desahuciados del campo. A uno de ellos le vio algo más que desesperación. Bajo su ropa se le silueteaba una daga, quizá llena de rencor contra los ricos. Hizo como si lo pasara por alto, como si no se hubiera dado cuenta de nada, y aprovechó la idea de servir bien que le había dado el más espabilado de los chicos para decir en voz alta:

—Hoy llega al puerto un barco de Marsella. Tenemos una carga que desembarcar, así que los que queráis ir a servir al patrón, hacedlo, porque os aseguro que os pagará bien.

La cola lo celebró con vivas a Cara Pescao, y los muchachos desesperados se miraron con complicidad. Era un buen momento para cambiar de planes. Había trabajo y eso les daba la oportunidad de ganar tiempo y ver los días más inmediatos con menos ansiedad. Crátero se fue hacia uno de los matones que trabajaban para su señor

y que se encargaba de ajustar cuentas con los morosos.

—Pon atención, Malleo (Martillo). No les pierdas la vista a esos cuatro muchachos, creo que van armados y nunca antes han estado por aquí. Trabajarán con nosotros desembarcando la mercancía. Tu trabajo consistirá en estar muy cerca de ellos, vigilándolos. No quiero sorpresas.

Crátero creyó que todo estaba bien gobernado. Había conseguido hombres extras de confianza para redoblar la cuadrilla de estibadores que tenía su amo, y también parecía haber detectado un posible problema en la cola clientelar del patrón que, igualmente, estaba en buenas manos para ser neutralizado. Lo único que aún le causaba sorpresa era aquella pregunta que días atrás le hizo su señor tras regresar del foro y consultar el oráculo alfabético de Mercurio. ¿Qué le había dicho el oráculo, por todos los dioses? ¿Por qué vino con la cara tan desencajada y el frío del miedo metido en el cuerpo cuando el sol más apretaba?

## Palabra de Mercurio

Cara Pescao comió y bebió copiosamente en la taberna Bonum Bibere. Estaba feliz. Se le había olvidado la humillación de los aristócratas de Itálica y estaba decidido a sacar provecho del desprecio al que fue sometido. Iba a celebrar la llegada del barco convocando una gran fiesta en su magnífica casa de Híspalis para llenarla de comerciantes, aristócratas en estado de necesidad económica, libertos enriquecidos, artistas y, por supuesto, con la asistencia estelar del Cuervo, el nuevo héroe popular de la ciudad. Mientras engullía un guiso de conejo con romero y bebía un grueso vino tinto de las tierras de Cádiz, el rico liberto no dejaba de pensar en la fiesta, donde, ¡¡por Júpiter!!, no debía faltar Marco Antonio Pyrgus, un magnífico escritor, poeta y cantor local que tampoco recibía de las clases patricias el reconocimiento que demandaba. Se consolaba pensando en Ovidio, desterrado sin causa aparente alguna por el gran Octavio Augusto, al que nunca conmovieron las cartas en las que le suplicaba el perdón y el fin de su destierro donde el viento le daba la vuelta al mundo. Claro que sí. El poeta asistiría a la fiesta, previo generoso pago de un panegírico por lo menos, a decir de los que ya lo habían leído, tan empalagoso como el que Plinio el Joven le había dedicado a su máximo protector, el gran emperador Trajano. Este había vencido a los dacios, pensaba Cara Pescao, pero él estaba en continua guerra con una ciudad que no lo admitía por su pasado sexual, con una

aristocracia que lo miraba como un miserable nuevo rico y con un ronco rechazo colectivo que no podía dejar de envidiar lo apestosamente rico que era. Esa guerra eterna, sin final, merecía ser cantada y alabada por el ingenio de Antonio. Además, no era una mala forma de desquitarse de tanto desprecio como llegaba a sus oídos. Iba a demostrar que nada de todo aquello le importaba y que era un tipo tan feliz, capaz de seguir, como Midas, haciendo oro todo lo que tocara. Incluso el culo de un bonito efebo…

Cerca de él, en la taberna, bebían tres parroquianos desempleados, ociosos y a la búsqueda de trabajo. Cuando lo vieron se tocaron con los codos y elevaron el tono de voz para incomodar tanta felicidad como rebosaba el liberto.

—Los ricos deben dar ejemplo y en tiempos de hambruna ayudar a los que nada tienen…

—Yo prefiero pasar hambre a tener una sombra en mi pasado que oscurezca mi reputación presente…

—No sabía yo que los pescaos murieran por el culo…

Esta última fue directa al corazón. Los tres parroquianos estallaron en risas y siguieron bebiendo copiosamente. Cara Pescao no se inmutó. Continuaba resplandeciente, feliz, sobrado de argumentos para parecer el hombre más dichoso del mundo. Eso sí: no iba a continuar soportando más improperios de unos borrachos holgazanes. Miró al tabernero y le hizo un gesto con la mano para que se le acercara. Mientras iba hasta su mesa, Cara Pescao le habló alto y firme:

—¿Qué más me puedes poner? Tu cocinera tiene manos para darles de comer a los dioses.

Cuando el tabernero estuvo a su lado, ahora en voz baja, le soltó:

—Te pago esta comida y tres más si cuando haya terminado el vino de este vaso esas tres mierdas están fuera de tu taberna. ¿Te gusta el trato?

No le dio tiempo a terminar de apurar el vaso y los tres malhablados ya estaban fuera del apetitoso territorio del Bonum Bibere y gritando desde fuera su rabia contra el poderoso liberto:

—¡¡¡Cara Pescao, maricón!!!

—¡¡¡Tienes un culo más transitado que la Vía Augusta!!!

—Hoy serás dichoso, porque tendrás dinero y marineros.

Los tres, en un perfecto ejercicio coral, gritaron al unísono:

—¡¡¡Cara Pescao, eres maricón!!!

Cuando Cara Pescao salió al puerto ya se veía el mercante llegando a Híspalis. Se encontró con Crátero, que tenía lista y preparada la flota de estibadores, y con Malleo vigilando las cuatro desesperadas

preocupaciones del griego… Cara Pescao llamó a Malleo:

—¿Ves aquellas tres mierdas que están paradas frente al almacén del aceite?

—Sí, patrón, los veo bien.

—Pues me molesta mucho su visión, por Júpiter. Y hoy es un día tan feliz para mí que nada puede estropeármelo.

—Entiendo, patrón. Nadie le va a oscurecer un día tan luminoso.

Quedaron a solas Crátero y el liberto. Cara Pescao miraba al mercante y no dejaba de sonreír.

—Lo veo muy feliz, amo. De mucho mejor humor que esta mañana.

—Cierto. Mercurio y Hércules siguen protegiéndome, Crátero.

—¿Puedo hacerle una pregunta, mi señor?

—Tú sabes hacerlas muy bien. Dime, Crátero.

—¿Qué fue lo que días pasados le dijo el oráculo alfabético de Mercurio en el foro?

—¡¡¡Ah, eso!!!

—Sí, mi amo. Llegó a casa lívido, como si hubiera visto a las gorgonas desde la litera.

—El oráculo me dio como resultado del lanzamiento de las tabas el número 11.143, que te aconseja rotundamente: «no realices la actividad que ahora estás emprendiendo». Y pensé que Mercurio me adelantaba algo nefasto sobre el barco: un accidente, un incendio, un naufragio, un ataque de piratas…

—El barco está ahí, mi señor. Ya casi se puede escuchar el tambor que marca el ritmo de los remeros.

—Sí, ahí está. No hay que preocuparse por nada.

Crátero esbozó una sonrisa y buscó con su mirada a Malleo, porque Mercurio, cuando daba su palabra, rara vez se equivocaba. Y había una actividad pendiente: llevar a tierra una carga muy costosa…

## SALVE, HÍSPALIS

La entrada en el puerto le pareció a Scaeva realmente emocionante. Caía la tarde, pero el sol de poniente, que buscaba los altos cabezos del oeste, silueteaba las ruinas del antiguo templo de Astarté, la diosa de sus antepasados, sobre las aguas. Daba la impresión de que estaba sumergido, ahogado, como un viejo templo atlante que hubiera engullido el mar. Aquellos promontorios se situaban, casi frente por frente, sobre aquel en el que se ubicaba Híspalis, en la banda de levante. Desde el barco la visión era espectacular. Un río ancho, que desde el sur hacia el norte dejaba a mano derecha el promontorio

hispalense y presentaba un largo complejo portuario, fiel indicativo de su intensa actividad comercial. En un buen año, desde estos muelles, salían para Roma más de seis millones de kilos de aceite y otros tantos para el ejército, así como vino para los legionarios y plata para que Roma, aficionada al lujo y con las puertas del comercio abiertas con la India y algún reino de China, se vistiera con las sedas más caras y se perfumara con los aceites y bálsamos más exóticos. La plata de la Bética salía por el Guadalquivir, embellecía Roma y se enterraba en las manos codiciosas de los territorios legendarios de Oriente.

De su ensimismamiento lo sacó Valentiniano:

—Dime, romano: ¿es esta la ciudad de la que tanto me has hablado en el viaje?

Valentiniano, en los dos meses y medio que habían invertido en salir de Sarmizegetusa, pasando por Singidunum y embarcar hasta Híspalis en Marsella, se había soltado con el latín. En total habían recorrido casi cuatro mil kilómetros, una buena parte a caballo. La etapa final, costeando todo el Mediterráneo hispano, con escala obligatoria en Tarraco (Tarragona).

Valentiniano insistió:

—Dime, romano, ¿este es el final del viaje?

—Sí, dacio bárbaro. Esto es Híspalis —dijo con una sonrisa de oreja a oreja el Zurdo.

—Hace calor.

—Tú no sabes lo que es el calor.

—Sí lo sé. Cuando sudas, hace calor. Y yo estoy sudando.

Cogieron sus alforjas de cuero y saltaron del barco. La concurrencia de hispalenses en el muelle era alta, chillona y alegre. Los estibadores esperaban las órdenes de sus capataces para empezar la descarga, y en pocos minutos, todas las putas de la ciudad, los curiosos y los rateros se habían dado cita alrededor del barco, que se llamaba Neptuno. Cara Pescao los vio bajar de él y se quedó encantado con el joven dacio. Ummmm… Miró a Crátero y no tuvo que decirle nada más.

—Pronto tendrá mi amo la información que necesita —dijo el griego.

El Zurdo, al ver la algarabía del puerto, sintió la necesidad de transmitirle al niño que no era aquel un lugar para andar atontado ni enredado en los cuernos de la luna.

—Pégate a mí. Ten cuidado con tus cosas. No hables con nadie. Vamos directos al templo de Mercurio. Y apréndete de memoria esta frase: *«Quod felix, fastum, fortunatumque sit».* (Para que se dé el bien supremo, la felicidad y la buena suerte). Apréndetela de memoria…

Dejaron atrás el puerto y, atravesando el foro portuario, subieron

hasta el templo dedicado a Mercurio. El Zurdo había comprobado cómo en la ciudad había numerosos mendigos y un clima de inseguridad que no era el que dejó cuando se enroló en el ejército tres años antes. Aquello le chocó. Y el niño era muy impertinente:

—En mi tierra no había tantos piojosos como en la tuya…

El Zurdo no le prestó atención y vio como dos muchachos asaltaban la litera de una noble mujer, cuyos esclavos se dieron a la fuga, muertos de miedo.

—No te muevas de aquí, Valentiniano. Vengo enseguida.

El Zurdo llegó al lugar del asalto y no dejó que aquellos dos jóvenes se llevaran los collares de oro y coral que llevaba la dama, o al menos eso intentó. Se enfrentó a ellos, pero iban armados. Le sacaron un cuchillo y una hoz que llevaban envuelta en un sucio trapo. A uno lo pudo tumbar de un potente izquierdazo; al otro lo tenía a su espalda dispuesto a rebanarle el cuello con la hoz. Solo pudo rozarlo, porque, tras él, Valentiniano le aplastó la cabeza con el trozo de una losa de mármol rota del pavimento. El Zurdo miró al niño y no supo qué pensar ni decir. El chico era la cólera de Zeus tronante. Valentiniano, muy por encima de la situación, comentó con sorna:

—Y además de llena de piojos, tu ciudad está llena de ladrones. ¿Por qué no te pegas a mí, cuidas tus cosas, no hablas con nadie y te aprendes de memoria esta frase: «Salgamos cuanto antes de esta ciudad llena de mierda»?

Valentiniano hizo por no reír pero rompió en risas. Y la señora de la litera, también.

—¿Puedo preguntar, como hacen los griegos, nombre, familia y país al que pertenecéis? —dijo la aristócrata.

—Señora, estoy recién llegado tras tres largos años fuera de Híspalis. Estuve en las guerras dácicas, junto al emperador Trajano. Y este chico es mi esclavo.

—¿Estás seguro? —le dijo con sorna e ironía la aristócrata.

—Nunca seré tu esclavo, romano.

La señora de la litera prosiguió:

—Es indomable, pero valiente pese a su extremada juventud. Ya vieron cómo cuidó de mí esa escoria que lleva la litera. Hoy van a saber lo que es una buena rama de olivo sobre sus espaldas.

Los esclavos estaban de vuelta y sintieron más temor que nunca. Esperaban que su señora hubiese muerto a manos de aquellos dos bandidos. Ellos mismos se habrían lesionado y tendrían una coartada perfecta, así nadie podría acusarlos de cobardes ni de abandono de la mujer a la que debían proteger. La dama no dijo nada. Los cuatro esclavos levantaron la litera para proseguir su camino, sabiendo que

aquella noche sería inolvidable para sus espaldas… Descorrió la cortina y fue a pagarle, generosamente, al Zurdo.

—Te lo has ganado. Ya ves que el valor es escaso y, por tanto, caro. Se tienen tantos enemigos como esclavos…

—Gracias, señora. Pero no acostumbro a aceptar el dinero que no necesito.

Aquello sorprendió aún más a la mujer. Se despidió diciéndole:

—Me llamo Fabia Hadrianilla. Todo el mundo me conoce en Híspalis y no te será difícil dar con mi casa. Si alguna vez me necesitas, búscame…

Desde aquel momento, Scaeva sintió un desagradable sentimiento dentro de él, como si algo no fuera a ir bien. Y en su cabeza le martilleaba aquel sueño que tuvo en el bosque de Sarmizegetusa, el de los búhos entrando en la granja de sus padres, esos sueños que te regalan los demonios y suelen cumplirse siempre…

---

1. El sector donde la ficción narrativa sitúa la magnífica *domus* de Cara Pescao se corresponde con la actual Encarnación, donde las excavaciones arqueológicas han descubierto viviendas de la élite hispalense correspondientes al ensanche urbano que se registra en el siglo II d. C.

2. Fabia Hadrianilla es un personaje real de la Híspalis posterior a Trajano y que, probablemente, estuvo emparentada con Hadriano. En la ficción narrativa se ha forzado su tiempo histórico para validarla como personaje de esta historia. Al parecer, según testimonios arqueológicos, tuvo su casa en este sector de la Híspalis altoimperial que hoy es la Encarnación.

3. El foro de Híspalis es una de las grandes incógnitas por despejar por la arqueología local. A ciencia cierta nadie sabe dónde estuvo situado. Se han desechado las zonas de El Salvador y la Alfalfa, tras las excavaciones realizadas tanto en la basílica como en el castillo del agua de la Pescadería. Sí parece tener mucha más base científica la ubicación en el espacio que hoy ocupan la Catedral y la plaza de la Virgen de los Reyes del Foro Portuario o de las Corporaciones.

4. El anfiteatro de Híspalis es también otro enigma urbanístico de la ciudad romana, pero es evidente, por el rango y la importancia que tuvo la ciudad, que contaría con un edificio lúdico como lo tenía Itálica. Los científicos Blanco Frejeiro y Juan Campos lo ubican extramuros, en la parte oriental de Híspalis. La tradición tardorromana fija el martirio de santa Rufina en el anfiteatro. El problema es que no existe ningún elemento material que pueda, siquiera, ayudar a la identificación hipotética de este edificio lúdico. Con el circo pasa algo similar. Por otra parte, la escuela de gladiadores se sitúa en la ficción de la novela al lado del anfiteatro, que era habitualmente el lugar donde se ubicaban, pero no consta prueba alguna en este caso de que fuera así.

5. El de Híspalis fue un puerto comercial de primer orden y uno de los epicentros de distribución y recepción de productos del comercio mediterráneo y atlántico. En dirección norte-sur, arrancaría desde las inmediaciones del actual Parlamento de Andalucía hasta la mismísima avenida de Roma y Jardines del Cristina. Toda la

margen izquierda de este se encontraría colmatada por edificios comerciales, artesanales, administrativos, almacenes, alfares, tabernas e, incluso, barrios portuarios, como el hallado en la calle San Fernando, tras las obras del metro. Este barrio portuario tenía un pequeño templo a Mercurius Augustus, divinidad tutelar de las actividades comerciales y, en este caso, vinculado al culto del emperador.

6. A lo largo de la margen izquierda del río había embarcaderos y puntos de atraque de barcos. Así lo confirman los postes de madera y estructuras más complejas hallados durante las excavaciones en los años sesenta del siglo XX bajo el antiguo teatro Imperial, en la calle Sierpes, y más recientemente en la calle Cuna. Otros arqueólogos especulan con la posibilidad de otro embarcadero en el área de la actual plaza de San Francisco. Todo hace suponer que esa margen ribereña que iba desde la avenida de Roma hasta cerca del Parlamento dibujaba un mundo abigarrado de estructuras y servicios portuarios que no excluiría, obviamente, el reclamo prostibulario. Durante el siglo II, época en que se sitúa la novela, el eje Sierpes-Catedral del río Betis pudo asumir todo el protagonismo de la actividad portuaria al amparo del comercio annonario.

7. Lo más lógico sería pensar que Cara Pescao implorara las bendiciones de Mercurio en el templito que se levantaba en el barrio portuario de la calle San Fernando. Todos los comerciantes tenían en Mercurio su divinidad protectora. De hecho, etimológicamente, *Mercurio* viene de *mercado*. Dado el fuerte carácter comercial de Híspalis, no es descartable que existiera un gran templo dedicado al dios que por naturaleza mejor podía proteger los intereses locales. Hasta el momento no se tiene pista alguna (ni documental ni arqueológica) de su existencia y posible ubicación.

# CAPÍTULO III

# TRAS LOS PASOS DE UN MUNDO PASADO QUE FUE FELIZ Y DICHOSO

*Híspalis*
*Octubre del 106 d. C.*

## CON LA ESPADA Y CON LOS DADOS

Los pies alados de Mercurio eran dorados, preciosos y contrastaban con el bronce anaranjado de su escultura. Era enorme y dominaba el templo que una ciudad como Híspalis, tan comercial y viajera, le había levantado al dios que la protegía. Había muchos fieles cantándole himnos y elevándole plegarias. Valentiniano no se conmovió en absoluto, y pensaba que aquellos romanos desvariaban y que era imposible que un pueblo tan religiosamente ridículo pudiera ser el dueño del mundo. Todo era una inmensa nube de incienso que se fundía, en una apoteosis de olores, con las flores aromáticas quemadas junto con la carne de algunos sacrificios. El Zurdo le besó los pies a Mercurio y extendió su mano para acariciar la de la enorme estatua de bronce en un intento de que el dios le transmitiera su espíritu. Miró al dacio y lo animó a que hiciera lo mismo.

—Solo soy fiel a Zalmoxis. Soy dacio y creo en mis dioses, no en los de los romanos.

Scaeva no le dio importancia, pero sí se la dio a algo que saltaba a la vista. A su alrededor había muchos fieles, algunos desesperados, sollozantes, claramente sobrepasados por la realidad terrenal que vivían. ¿Qué pasaba en Híspalis? ¿Qué había pasado en la ciudad durante los tres largos años de ausencia del Zurdo? Dejó en el lugar de las ofrendas la suya: una especie de montañita de monedas y unas hojas de olivo. Luego, mirándolo fijamente, le dedicó parte de las plegarias que se le rezan cada 15 de mayo, el día de los Mercuralia. Sin mover los labios, interiorizando la oración, el Zurdo desgranó aquella letanía:

—¡Salve, Mercurio! Veloz mensajero de los dioses en todas tus facetas. Desciende desde el Olimpo. Vuela desde la poderosa ciudad de los brahmanes. Levántate y cruza la tierra con tu velocidad legendaria. ¡Y únete a mí en este día! ¿Quién con tu varita otorga y hace

desaparecer el sueño y nos guía a través de sueños? Tú, que cuentas con una inteligencia sin parangón…

Tras quedar en paz con Mercurio, Scaeva pensó que, aunque la tarde noche era apacible, los caminos hasta la quinta piedra miliaria[8], cerca de Orippo, donde sus padres tenían la granja, podrían ser peligrosos. Y no estaría de más pernoctar en una posada hispalense y empaparse de la información que necesitaba para contestarse a esas preguntas que empezaban a obsesionarlo. Dejaron el templo atrás y siguieron viendo por la ciudad muchos mendigos, demasiados niños sin hogar y gente poco fiable en algunas esquinas de la urbe. Se acomodaron en una posada situada al sur de la ciudad, al alcance de la Vía Augusta. Se llamaba Benedicta Gloria, gloria bendita, tenía buena fama gastronómica y sobre sus colchones de paja se podía sobrevivir a las pulgas. Al entrar vieron como casi todos los parroquianos que compartían la taberna con los huéspedes se habían reunido en una mesa donde había tres individuos jugando a los dados. Todos festejaban las tiradas de uno de ellos, un tipo fuerte y malencarado. Cada vez que le tocaba arrojar los dados, la gente le aplaudía y vitoreaba su nombre:

—¡¡Cuervo, Cuervo, Cuervo…!!

El que lo acompañaba debía de ser su amigo, porque expresaba su satisfacción ante la racha ganadora de aquel tipo que, realmente, tenía cierto parecido con los cuervos… Tan solo el otro jugador no lograba encajar bien una noche tan adversa. Un parroquiano gritó:

—¡¡Cuervo lo ganas todo: en la arena y con los dados!!

Otro más apostilló:

—¡¡Tienes la suerte de tu parte!!

El Cuervo los miró sin expresión alguna en la cara. Hizo un gesto con la mano al tabernero y pagó una ronda de vino que fue estruendosamente recibida por sus seguidores.

Scaeva no recordaba haberlo visto antes, pero en Híspalis parecía ser una figura aclamada y con seguidores. ¿Era, quizá, un auriga? ¿Un corredor de caballos? Tampoco importaba mucho eso ahora. Había hambre y cierto cansancio tras el viaje. Comieron pollo, aceitunas, queso y pan. Cuando se disponían a retirarse para descansar, un viejo se acercó a su mesa.

—Otro que viene a pedir —dijo Valentiniano con cierto cansancio.

El viejo, con exquisitos modales, se presentó:

—Salve, viajero. Soy el viejo oráculo Tiberio que sabe interpretar las tablas de Astrampsico. ¿Estarías interesado en hacerme algunas preguntas?

—Lo estoy, Tiberio, pero antes estoy más interesado en que me

cuentes qué pasa en Híspalis. Llevo fuera más de tres años y la he encontrado vuelta del revés. Siéntate con nosotros.

El viejo se sentó, miró los platos casi vacíos y preguntó:

—¿Puedo comer algo de tu plato?

—Ya no queda nada. Te pediré un buen pichón.

—No, gracias. Como poco. Y a mi edad es conveniente no irse a la cama cebado como una oca gala.

—Como quieras.

Scaeva le extendió su plato y el del niño. Pero el niño le paró la mano. En seco. Aquel continuaba siendo el plato del dacio y no lo iba a compartir con nadie, ni siquiera los huesos mondados del pollo. El hombre comenzó a hablar:

—Hace tres años empezaron a sucederse signos adversos. Llovieron piedras ardientes, nacieron terneros deformes, en la ciudad se presentó un hombre con catorce dedos en las manos, las aguas del río tomaron color rojo… Signos adversos. Muy malos. Luego llegó otro año en que granizó durante días y el pedrisco arruinó las cosechas. Y después comenzó una sequía que aún dura. Muchos granjeros se han arruinado y otros tantos se desesperaron y se arrojaron al río con piedras atadas en los tobillos. Lo perdieron todo. Solo los ricos siguen ganando donde otros encontraron la desesperación...

El Zurdo se preocupó. Muchísimo. Hasta el punto de que le pidió al viejo Tiberio, el oráculo de Astrampsico, que le revelara qué guardaba para él el contenido de la pregunta 64:

—¿Voy a ver un muerto?

Tiberio consultó sus combinaciones, diez posibles para cada pregunta, y torció el gesto.

—Estoy cansado, viajero. Necesito descansar.

Fue a levantarse de la mesa, pero Scaeva le sujetó con fuerza el brazo e hizo que se sentara de nuevo. Tiberio hizo un gesto de dolor.

—Perdóname, oráculo. No sé medir mis fuerzas cuando algo me preocupa. Me he interesado por la pregunta 64. Quiero que me la respondas. Te pagaré bien.

—Esa pregunta, viajero, se contesta así: de las diez posibles respuestas, no menos de siete dicen que sí y una en particular informa de que quien pregunta verá dos… Dos muertos. Lo siento, viajero. ¿Tienes familia aquí?

El Zurdo no contestó. Le pagó generosamente y subió a dormir. ¿A dormir o a pensar que aquel sueño de los búhos se había hecho realidad en la casa de sus padres, en la quinta piedra miliaria desde la ciudad, a cinco millas de Híspalis?

Cuando subían las escaleras de madera para alojarse en el cuarto,

escucharon a los parroquianos gritar:

—¡¡¡Todavía no ha nacido el hombre que pueda vencerte, Cuervo!!!

—¡¡¡Ni en la arena, ni a los dados!!!

## Ropas multicolores

Salieron por la puerta[9] sur de Híspalis camino de la granja de sus padres. En no más de una hora estarían allí. El sol despuntaba por levante inundando de reflejos dorados la muralla[10] y el caserío de Híspalis. Caminaron por la Vía Augusta sin apenas hablar, tan solo los salve obligados con los viajeros con los que se cruzaban. El gesto de preocupación del Zurdo era evidente, y la noche pasada no descansó como le pedía un final de trayecto tras tan largo viaje. Demasiadas emociones vividas en tan poco tiempo en Híspalis: evitar un robo con violencia, ver el templo de Mercurio repleto de fieles sin ser 15 de mayo, la abominable revelación que el oráculo Tiberio le había dado tras consultar las tablas de Astrampsico y ese último maldito sueño nocturno que lo llevaba guardado en su alma, como si fuera una inconfesable premonición.

—Romano, no te sienta bien la tierra firme. Eras más feliz en el barco —le dijo Valentiniano.

El Zurdo no le contestó y por vez primera sintió el comentario del niño como una impertinencia insoportable. En otras circunstancias le habría contestado o se habría reído, pero ahora no tenía humor para nada.

—Romano…

El Zurdo estalló y mandó a la mierda al niño.

—¡¡Cállate, mocoso, si no quieres que te despelleje aquí mismo!!

El dacio no se amilanó y siguió con su insolente actitud

—¡¡¡Romano, tienes miedo!!!

El Zurdo le levantó la mano…

—Puedes pegarme. Según tú, soy tu esclavo pero eso no quita para que sea verdad lo que te digo. Tienes miedo. Yo no lo tuve. Allá, en el bosque donde el destino hizo que nos encontráramos…

Scaeva sintió como la sangre le subía a la cabeza y las sienes le palpitaban. Si el niño seguía así, nadie ni nada lo iba a librar de su ira. Aquella última frase lo inquietó. ¿Qué habría querido decir con que él no tuvo miedo en el bosque de Sarmizegetusa? Pasaron por la necrópolis que se levantaba cerca de la Vía Augusta y vieron a locos desnudos sentados sobre los sepulcros, a los que evitaba la gente, y a niños abandonados durmiendo en panteones de familias ilustres, las

casas de los muertos habitadas por los vivos. Muchos de ellos morirían de hambre o serían vendidos como esclavos. Resultaba paradójico, pero escondidos en la ciudad de los muertos, albergaban más esperanzas de vivir que donde moraban los vivos.

—Romano, ¿eres capaz de decirme una cosa? —siguió cargando Valentiniano.

—Si me exasperas, juro que te atravieso con este cuchillo.

—¿De qué tienes miedo? ¿Crees que es cierto lo que te dijo anoche el viejo en la posada?

El Zurdo apretó el ritmo y dejó atrás al niño. Este lo siguió como a tres pasos y nunca sintió la necesidad de alcanzarlo. Vio como su amo salía de la Vía y cogía un puñado de tierra.

—Está sin jugo, muerta, sin vida. Esta tierra no sirve ni para enterrar a un maldito dacio.

—Tampoco sirve para dar de comer a un maldito romano. Esta tierra solo pregona muerte…

Siguieron caminando. Ya no quedaba mucho para alcanzar la quinta piedra miliaria desde que habían dejado Híspalis. Scaeva se perdía en sus presentimientos pensando que los dioses lo habían abandonado, jugando con él como lo hace Neptuno con los barcos en mitad de una tormenta. Luchó contra guerreros tan fieros como dragones, y sobrevivió. Lo hirieron varias veces, pero la vida no le soltó la mano. Cumplió con Marte y con el emperador, luchando en vanguardia como si la guerra fuera suya, como un valiente soldado. Viajó por países remotos para salvar el futuro de sus padres, y ahora todo parecía indicar que ese futuro no existía y que tanta pelea, tanta sangre vertida, tantas miles de millas recorridas buscando la seguridad de su casa caían derrotadas allí mismo, en la granja donde junto a sus padres había soñado un futuro más sosegado, menos agobiante. Scaeva había cumplido con su parte del trato. Llegaba vivo, con dinero y con un joven esclavo. Pero…

—Romano, allí veo una granja. ¿Es esa la que buscamos?

Era esa misma. Desde la Vía Augusta se divisaba. Era el momento de dejar atrás la gran carretera del sur y desviarse por un camino de tierra hasta la casa de sus padres. El Zurdo comenzó a sudar y a sentir lo que casi nunca había sentido: miedo. El miedo que el niño había olido en las gotas de su sudor, en los gritos desesperados de su silencio, en un corazón encogido cuando tenía que estar volando de felicidad.

—¿Quieres que te diga algo, Valentiniano?

—Dime, romano.

—Esta noche he soñado. He soñado que vestía ropas llenas de

colores. Y eso que es bueno para músicos, artistas, sacerdotes y actores no lo es para un soldado. Es otro mal augurio.

Valentiniano observó como el Zurdo atrapaba su amuleto, su vieja concha ibérica, con la mano, en un intento desesperado de que la suerte lo acompañara. De la chimenea de la granja paterna no salía humo…

## La fortaleza

En los almacenes portuarios de Híspalis, donde Cara Pescao había guardado toda la carga que le trajo el barco de Marsella, había una severa vigilancia privada que evitaba, en tiempos tan difíciles, la tentación de robarlos. Los propios comerciantes contrataban sus guardias de seguridad elegidos de entre los más dispuestos de sus clientelas. No obstante, siempre había alguna pérdida, porque Mercurio, dios del comercio, también lo era de los granujas, de los ladrones y de los mentirosos, y a todos amparaba por igual. Pero el almacén de Cara Pescao estaba tan bien guardado como el acceso al propio emperador. No es que sus mercancías tuvieran una fiel y bien pagada guardia pretoriana que las hiciera inaccesibles, pero sí contaba con los hombres de Malleo y con este mismo, el que se encargó con eficacia de aquellos borrachos que llamaron maricón a su patrón mientras comía en el Bonum Bibere. Dicen que aquel día por la mañana aparecieron tres hombres arrastrados por la marea, enganchados y muertos, entre las barcas de barriga plana que cruzaban de Híspalis a Itálica.

Malleo dispuso a sus hombres siguiendo los consejos estratégicos de Crátero. El griego tenía talento para las cuentas, para los negocios, para ver la verdad y la mentira en los ojos de los hombres y para sobrellevar los cambios de humor de su amo. Sabía que, más tarde o más temprano, si la muerte no lo impedía, Cara Pescao le daría la libertad. O quizá lo heredaría. ¿Quién si no los dioses podrían saberlo? El caso es que, a veces, Crátero se perdía mirando los reflejos del Betis, donde creía verse en su lejana tierra, Macedonia, tan llorada y extrañada por su alma. Solo la firme creencia de saber que volvería alguna vez lo mantenía fuerte, lúcido y diligente para no defraudar a su caprichoso señor. Crátero le había ordenado a Malleo que cuidara aquel almacén con su propia vida si fuera necesario, y que tanto él como sus hombres hicieran guardia todo el día, grabándose en la memoria los rostros de los que merodearan por allí haciéndose los perdidos o los despistados.

—Sabes bien, Malleo, que no vamos a enfrentarnos con rateros. Sino con gente protegida y dirigida por Mercurio. Él se divierte dándonos riquezas y alentando a otros para que nos las quiten.

—Lo sé, Crátero, lo sé. Hemos dividido a los hombres y dispuesto guardias en la puerta principal, en la trasera y en las cuatro paredes del almacén.

—¿No tienes vigilantes dentro?

—No. Demasiadas tentaciones hay ahí dentro como para ponerles vigilantes.

—Pero están bien pagados…

—Aun así. No me fío. Mercurio gusta de estas situaciones para divertirse a nuestra costa. Tenemos controles internos, de vez en vez, sí, pero la mejor seguridad la dan las puertas cerradas.

Crátero dibujó una pequeña sonrisa de complicidad. Estaba bien, como actitud, creer a pie juntillas que no se guardaba aquel rico almacén de unos robaperas de la calle, hambrientos y piojosos. La actitud idónea era estar convencidos de que se estaba jugando una partida de dados con un gran tramposo, con el tipo más fullero del Olimpo. Con Mercurio, el granuja más veloz del universo.

—Todo está en orden. Buen trabajo, Malleo. Más tarde es probable que venga el patrón a veros y a repasar su carga. También quiere purificar con agua bendita sus mercancías.

Crátero se marchó y, saliendo del puerto, no pudo evitar oír algo muy desagradable para un romano o un griego supersticioso: los aullidos de un perro. Lejanos, pero nítidamente perceptibles.

—¡¡¡Maldito perro!!! —dijo el griego. Nervioso por el mal presagio se trastabilló y se rompió el cordón de cuero de su sandalia. Otra nefasta advertencia. Crátero empezó a escupir contra el suelo, en un irrefrenable intento de neutralizar todos aquellos signos negativos que le enviaban los demonios…

## UNA MUJER EXCEPCIONAL

La boca del surtidor de la fuente de aquel precioso y soleado jardín era la de un negro de bronce, y de ella manaba un agua musical que invitaba al sosiego. La fuente reflejaba todo un universo fluvial y sus mármoles estaban decorados con esturiones, barbos, carpas y anguilas. La factura era impecable, como tallada por artesanos de Alejandría. En el estanque de la fuente se podía ver peces de colores a los que Fabia Hadrianilla gustaba de dar de comer. Mientras les arrojaba migas de pan blanco, escuchaba a su marido:

—Estamos dando hasta un sesenta por ciento de interés en los créditos agrícolas para los grandes propietarios, aunque también somos muy condescendientes con los amigos, a los que no les pedimos más del ocho por ciento.

—Ese ha sido siempre el precio de nuestro dinero. Y te recuerdo que no lo tienen que devolver. Solo percibimos a cuenta unos intereses para la manutención de nuestras obras sociales y…

Julio, su esposo, la interrumpió levantando serenamente su mano abierta:

—Lo sé. Lo sé. Sé lo que hacemos prestando nuestro dinero a los grandes propietarios agrícolas de Híspalis. Te quiero llevar a analizar la situación de las calles.

Fabia se sorprendió:

—¿Me vas a decir, Julio, cómo está la situación en las calles? ¿Crees que hemos azotado por gusto a los esclavos que llevaban mi litera, como haría cualquier Trimalción para expresar su poder?

—No acabo de expresarme bien. Disculpa querida.

Fabia siguió echando migas de pan en el estanque de la fuente y, por un momento, pareció entregarse, para descargar toda la tensión acumulada tras el violento asalto de la otra noche, a la música del agua. Tocó las palmas para llamar al atriense, el mayordomo de la casa. Llegó de inmediato:

—Señora…

—Diles a los músicos que vengan. Quiero que toquen la flauta y la lira. Hace un día precioso y deseo alegrarlo con música. Nada de panderos ni de tambores. Solo flautas y liras.

Esperó a que el atriense se marchara e invitó a su esposo a que continuara:

—Dime, Julio.

—Querida Fabia, hay demasiados niños en la calle, huérfanos, perdidos, sin hogar o convirtiendo los sepulcros de nuestras necrópolis en sus hogares. Los cazadores de esclavos están haciendo mucho oro. Todo eso es un desprestigio para nuestra clase. Sabes bien de lo que te hablo.

—Lo sé, amado esposo. Lo sé. Y no solo un desprestigio. Es una amenaza para todos. Las clases populares están acostumbradas a que las socorramos. Roma, aunque pasó hace mucho tiempo, aún tiene en su memoria la revuelta de los Gracos.

—No podemos llegar a esa situación…

Fabia relajó la tensión política de la charla.

—Tengo pensado que este año, con los beneficios que nos reporta el empréstito que les damos a los grandes propietarios, aumentaremos el

número de niños que se acogen a nuestras ayudas. ¿Te parece bien?

—Me parece magnífico. Todo ese esfuerzo llegará a Roma y aumentará nuestro prestigio social. Es verdad que tenemos dinero, pero tampoco es mentira que sabemos qué hacer con él cuando las cosas no van bien en la ciudad. Lograremos rebajar la tensión en el campo y en las calles.

Llegaron los músicos y comenzaron a tocar. Fabia, hermosa aún pese a sus treinta y tantos años, se dejó caer sobre un triclinio y se cobijó de los rayos del sol tras unas hiedras que habían trepado sobre un parterre. Ni frío ni calor. Solo, nada más y nada menos, que la temperatura emocional de la música. La seda oriental del vestido de Fabia silueteaba su pecho y sus caderas como si fuera una apetitosa fruta de un otoño cálido y dulce. Julio fue a besar a su esposa. Venus había empezado a trabajar y, al oído de Fabia, le susurraba palabras encendidas para que jugara con Julio. Antes de que Eros calentara más el ambiente, su esposo le recordó algo:

—Estamos en octubre y pronto dejarán de zarpar los barcos hacia Roma. Tenemos algo importante que hacer allí.

Fabia, incendiada ya por el fuego de Venus, le dijo mientras besaba a su marido y le mandaba un aliento fresco de menta y salvia:

—Ahora tenemos algo mucho más importante que hacer aquí…

## Recuerdos de una infancia

Aquel aro colgado de la pared aguó los ojos de Scaeva. Había entrado en la casa de la granja de sus padres, irreconocible, totalmente abandonada, y aquella realidad de ratas descaradas, telarañas como velas, mesas arrumbadas y nidos de pájaros en el tiro de la chimenea chocó con el recuerdo último que se llevó de su casa cuando decidió enrolarse en el ejército. Aquella no podía ser la granja cuidada, limpia y confortable que había dejado en las laboriosas manos de su familia. El aro colgado de la pared lo transportó a su infancia, como la rueda de un potente carro celestial capaz de recobrar los recuerdos más amables y felices. ¡Cuántas tardes llenas de risas y bromas rodaron con aquel aro de madera! Veía a su hermano menor, Arcadio, intentando subir el empinado camino de la loma que llevaba desde la granja hasta la Vía Augusta sin que el aro se cayera. No conseguirlo suponía hacer de caballo para el que fuera capaz de hacerlo y salir victorioso de tan alegre e inocente juego. Días lejanos y plenos donde todo es posible porque no lo amenaza el cuchillo del tiempo o al menos no se tiene consciencia de su insoportable voracidad. El Zurdo salió de la casa y

se recostó sobre uno de los muros de la entrada donde aún vivía una enorme parra que, a estas alturas de octubre, ya había comenzado a cambiar el verdor de sus hojas por el color pardusco sucio de los mantos con las que se cubren los pobres. Valentiniano lo observaba sin decir ni una palabra. ¿Compartiendo su dolor o disfrutando lo que el destino le tenía reservado a uno de los guerreros que derrotó y esclavizó a su pueblo? Bajo aquel emparrado, cosía su madre con Clelia, la hermana más pequeña, que se acurrucaba con su muñeca entre el pecho y los brazos de tan protectora costurera, mientras que su padre miraba con determinación el arado y los bueyes con los que pronto comenzaría a abrir la tierra para oxigenarla y sembrar trigo entre los olivos. Acudieron a la mente del Zurdo, como un potente eco del pasado, las risas de su hermano Arcadio mientras jugaba con él a la morra. Con el aro ganaba siempre Scaeva; con la morra, Arcadio.

—Cinco…

—Ocho…

—Ganas tú otra vez, Arcadio. ¿Cómo lo haces? —recordaba Scaeva su frustración.

La morra consistía en averiguar el número de dedos que se sumaban entre uno y otro, sacando la mano oculta desde la espalda y abriéndola para mostrar quién acertaba el número cantado al azar.

Todo era ya recuerdo y neblina, humo y cenizas de una confortable hoguera con las que suelen quitarse el frío de los años los ancianos o los jóvenes que todo lo perdieron. Reaccionó el Zurdo escapando de los dulces pero emponzoñados besos de la melancolía y llamó a Valentiniano, que estaba asomado al pozo de la granja, intentando ver, a lo peor, desde aquel seco brocal, el futuro tan árido y oscuro que le esperaba con este victorioso pero vencido por el destino soldado romano.

—Vamos, dacio. Vamos a aquella granja, la que echa humo por la chimenea. Vamos a enterarnos de qué le pasó a mi familia…

El niño demostró por vez primera que era capaz de sentir algo más que odio.

—¡¡Que Zalmoxis te ampare!!

El Zurdo lo miró con templanza, pero, desesperanzado, le respondió:

—Antes un gallo dará leche que mi familia haya sobrevivido a esta maldición del cielo…

## Con agua bendita

El liberto Cara Pescao estaba exultante. Se había perfumado, depilado piernas y torso, se había hecho ondular la melena y se había rizado más severamente los pelos de la nuca, como dicen que en su tiempo los llevaba Nerón. Un amplio despliegue de esclavos, ayudantes y servidores profesionales lo escoltaban en su litera hacia el almacén en el puerto de Híspalis. Antes de salir de casa, como siempre, había obligado a uno de sus esclavos a mirar bien para no encontrarse con ningún deforme, negro o animal indeseable. Cuando el esclavo que exploraba los augurios de la calle retornó a la casa diciéndole que, por el contrario, solo había oído una voz preñada de buenos augurios, Cara Pescao le dio con su vara de olivo en el culo, cariñosamente:

—¡¡¡Por Mercurio, el más granuja de los dioses: dime qué palabra es esa!!!

—«Beneficios», mi amo.

Cara Pescao dio un salto y le dijo al esclavo que se fuera al lupanar de Híspalis, que se tomara aquel día libre como si fueran las Saturnales. Le dio unas monedas y el esclavo salió encantado de la casa. Cuando iba camino del lupanar, se reía él mismo de la mentira que le había dicho al amo. En realidad aquel esclavo lusitano había oído:

—Robo…

De la litera de Cara Pescao colgaban campanillas y falos enormes adosados a figuras zoomorfas o de hombres, todas de plata o de oro; el mejor antídoto contra las desventuras. Dos esclavos portaban sendas ánforas repletas de agua bendita hasta la boca, agua traída expresamente de Roma, de la fuente sagrada de la Puerta Capena, con la que se bendicen las mercancías, los barcos y los mercaderes el día 15 de mayo, durante los Mercuralia. Era una exhibición de fiesta y vanidad. A su paso, la gente de Híspalis saludaba al liberto pidiéndole ayudas:

—¡¡Toma y come, por Mercurio!! —Les decía a todos mientras tiraba bellotas, desde su litera, al suelo. También iban algunas monedas de cobre. Pocas.

El liberto disfrutaba viendo cómo se peleaban entre ellos por las bellotas o por las miserables monedas de cobre. Lo hacía sentirse muy poderoso. Aquellos desgraciados eran como perros sarnosos, llenos de llagas y pus, peleándose por un hueso sin carne. Él había peleado toda su vida para hacerse a sí mismo, sirviendo hasta extremos dudosos a su señor. Trabajo, trabajo, trabajo, hasta que Mercurio lo recompensó. Tenía motivos para sentirse satisfecho y despreciar a aquellos miserables vagabundos que no hacían otra cosa que pedir y esperar que se le diera.

—¡¡Vamos, perezosos, más ligero, más ligero; quiero llegar ya al almacén y bendecir la mercancía. No quiero que Mercurio se enoje conmigo!!

Llegaron al almacén y Crátero y Malleo lo tenían todo preparado. Parecía una fortaleza blindada por inexpugnables soldados y puertas. Abrieron la principal y Cara Pescao tomó una rama de laurel, la empapó en el agua sagrada de la fuente romana de la Puerta Capena y empezó a aspergear las mercancías. Oró en voz alta, teatralmente:

—Dame, Mercurio, la gracia de tus palabras con toda su capacidad de seducción. Que ninguno de mis clientes pueda vislumbrar tras ellas el engaño ni sospeche que pretendo venderle cosas inútiles. Inspírame. Hazme partícipe de tu sagacidad en los negocios y aumenta sin límites mis beneficios. Confío en ti para que hagas afluir a mi mente las ideas más ingeniosas, las respuestas más peregrinas…

Se detuvo y siguió rociando con la rama de laurel la mercancía cuidadosamente depositada en el almacén. Luego prosiguió con la oración:

—… Pues he comprobado que cuanto más absurdas son las razones y los argumentos que utilizo para que alguien compre mis mercancías, mejor las vendo. —Esbozó una risa llena de picardía que fue corroborada por los presentes, especialmente por Crátero—. Mantén a raya a los maestros, te lo ruego, y haz que los muchachos renieguen de ir a la escuela. ¡¡¡No hay mejor cliente que el ignorante, ni nadie más fácil de contentar!!! En ti confío y deposito mi porvenir, poderoso Mercurio, señor de todas las añagazas, emperador del mundo.

Los presentes asintieron y Cara Pescao pasó a bendecirse con agua sagrada y también a los más cercanos: Crátero, Malleo, los vigilantes…

—¡¡Por Mercurio, vamos a celebrar con un poco de vino, solo un poco, este día inolvidable. Llenad las copas y brindemos!! —gritó Cara Pescao.

Crátero fue especialmente riguroso con el vino. No quería muchas alegrías, una o dos copas nada más. Luego se cerraron las puertas y Cara Pescao se fue hasta el foro para anunciar que en esa misma semana daría una fiesta en casa donde comería tanta o más gente que en las tres semanas que duró la celebración del triunfo de Julio César en Roma. Exageraba, sin duda. Tampoco había duda de que Mercurio lo había tratado muy generosamente, aunque aquel dios tan mentiroso no le concedió la gracia de ver como en su almacén se habían deslizado tres desesperadas sombras que habían dejado un ánfora de vino en un lugar bien visible…

No era mal escritor. Al contrario, era un narrador bastante bueno, pero se había equivocado de bando. Escribía, cantaba, rimaba hermosas y medidas versificaciones para los aristócratas, haciéndoles creer que su estilo de vida todavía representaba la esencia más pura de los patricios de la edad seminal de Roma. Su ascendencia no era la más apropiada para poder acceder a tan selecto círculo social. Ya podía escribir nuevamente la *Iliada* y la *Odisea* o las *Bucólicas* de Virgilio, que nadie le iba a perdonar ser el hijo libre de un antiguo esclavo chipriota. Podría haber sido un escritor mordaz, como Petronio, o un osado autor teatral, como Plauto, pero prefirió ponerse del lado donde la plata no faltaba y las despensas estaban siempre llenas. Era la miel en la boca de los cerdos. La flor en la cloaca de los aristócratas. Había escrito algunos empalagosos panegíricos para las grandes familias de Itálica, a tanto la pieza, pero una vez que las leía, recibía el aplauso tibio y poco entusiasta de aquellos estirados patricios que celebraban sus rimas con menos pasión que la de un equilibrista y lo invitaban, a través de un esclavo, a comer a la cocina. Siempre a la cocina, lejos del penetrante olor a riqueza que despendían los salones rojos con paredes estucadas de dibujos pastoriles donde charlaban los escogidos.

Alto, enjuto, espigado y, como Claudio el emperador, un poco cojo de la pierna izquierda, gustaba de vestir con elegancia. Tenía dos buenas togas: una roja, para actos especiales, y una blanca, de lana de Tarento a setenta y cinco denarios la pieza. La roja se la regalaron en el Colegio de Barqueros de Híspalis como pago por su glosa del trabajo de uno de los gremios más poderosos de la ciudad. Siendo adolescente cayó de un caballo en una carrera entre muchachos donde se jugaba el amor de una hermosa chica. Se quedó sin chica y casi sin la pierna. Pronto comenzó a aprender que no todo lo que amas te hace bien. No pudo marchar a Roma a estudiar con los buenos profesores, no había dinero para eso, pero estudiando en la biblioteca del templo de Minerva y preguntando aquí y allá logró consolidar una buena formación, extensa en conocimientos literarios, históricos y oratorios. Estaba convencido, cuando pensaba al servicio de quién había puesto su ingenio literario, de que se había enamorado de la peor de las mujeres, a la que, en cambio, le dedicaba sus mejores composiciones. Y cuanto más lo despreciaba, más se afanaba en gustarle, llegando a considerar que su dignidad era tan oscura como la tinta que empleaba para cantarles a esos malditos aristócratas que llevaban en su actitud el germen autodestructivo de un gran imperio.

Estaba casado con la hija de un artesano, un habilidoso y demandado fabricante de calzado. Tenía cuatro hijos y solo la ayuda de su suegro le hacía la vida un poco más fácil. Su mujer intentaba convencerlo de que dejara la escritura y ayudara a su padre, había trabajo de sobra para todos y por su talento podrían crecer en el negocio y llevar una vida menos angustiada. Pyrgos siempre salía con la misma contestación:

—Plauto llegó a no tener ni para comer, pero lo salvó para la gloria la fe en su arte. Yo seré el Plauto de la Bética.

La mujer siempre le contestaba lo mismo, entre dientes, para no ofenderlo:

—Tú no serás, ya eres el mamarracho más grande de la Bética…

Las mujeres solo aman a los escritores cuando les dedican versos; pero no soportan compartir la vida con un escritor.

Aquellas termas[11] hispalenses eran hermosas. Mosaicos de figuras de atletas, ventanas de cristales, estatuas de dioses pintadas de rojo y de corredores de bronce al estilo griego; grifos de plata, fondos de las piscinas tan azules que parecían teñidas con glasto; aquella hierba con la que los salvajes guerreros británicos se pintaban los cuerpos para ir a la guerra. Pero también a las termas había llegado la fragilidad de los tiempos y el agua estaba sucia, llena de aceites y pringues balsámicos, por lo que Marco Antonio Pyrgos apenas la frecuentaba, salvo para ejercitarse en el gimnasio con deberes físicos para entrenar su pierna afectada. Fue allí, en las termas, donde un hispalense le comentó:

—¿Sabes que Cara Pescao va a dar una fiesta descomunal en su casa?

—No lo sabía. No tengo mucho trato con él.

—Es verdad. Lo tratas poco pese a que compartís parecido origen.

El escritor se estaba ajustando su toga blanca frente a una enorme plancha de metal pulido que hacía de espejo. No le gustó el comentario.

—No es lo mismo vender pescado que escribir, amigo. No sé si te das cuenta de la diferencia.

—Claro que me doy cuenta. Él está infestado de oro y tú pasas apuros para pagar la tinta y el pergamino donde escribes.

Pyrgos decidió no continuar la conversación por ahí.

—Me he enterado de algo que podría hacerte ilusión, Marco Antonio.

—Dime.

—Creo que Cara Pescao va a encargarte una composición en su honor. Y te pagará bien y no te esconderá en la cocina cuando la

hayas leído.

Pyrgos se llevó la mano a la cara y se acarició la barbilla.

—Me gustaría verte y oírte. Creo que eres un escritor genial. Asistí a tu velada literaria en el Colegio de Barqueros. Me pareció que Minerva guiaba tu inteligencia, y las nueve musas, tu pluma.

—Eres un adulador. ¿Te ha pagado Cara Pescao para convencerme de que le escriba?

—¿De verdad que hay que convencerte? Te hacía más listo y menos soberbio, Pyrgos. Cara Pescao será un liberto con gustos y pretensiones de nuevo rico, pero te pagará bien si eres capaz de decirle la tercera parte de lo que les dices a los aristócratas de Itálica. La mayoría de las veces palabras vacías. Mejor dicho: llenas de mentiras.

Marco Antonio Pyrgos acabó de mirarse en el espejo. Dio media vuelta y se fue al foro. Antes se despidió del amable y sincero informante:

—Claro, amigo. Nos veremos en la fiesta de Cara Pescao.

## Un ejército de demonios

—Y así fue todo, querido vecino. Esa es toda la historia. Tan brutal como la de todas esas granjas vacías que has visto al llegar hasta aquí. Todos arruinados. A tu padre también le pasó lo mismo.

—¿De qué murió mi madre?

—Al marcharte cayó enferma, con fiebres muy altas. En una semana se la llevó Caronte.

El Zurdo y aquel viejo vecino de una granja cercana se habían sentado en unos taburetes de madera a una mesa de olivo toscamente acabada. Se guardaban del sol bajo una frondosa encina. Sobre la mesa había colocado una jarra de barro con vino rebajado con agua y un plato basto de arcilla con aceitunas machacadas y pan. El viejo vecino le había adelantado al Zurdo la historia de aquellos tres años en que el hogar de Scaeva se había derrumbado desde el techo a los cimientos. Valentiniano se había subido a la encina para coger un nido de pájaros. Se comportaba como un guerrero feroz, pero su alma era aún la de un niño que echaba de menos jugar como los niños.

—¿Y mi hermano, Arcadio, qué fue de él?

—Marchó un año después que tú al ejército. Decía que si tú habías ido a buscar dinero para la granja, él no podía quedarse aquí.

—Eso no fue lo pactado. Habíamos quedado en que él se quedaría aquí para ayudar a mi padre con las tareas del campo.

—Lo sé. Pero ya sabes lo mal que aconseja el orgullo.

—¿No ha llegado ninguna noticia de Arcadio?

—Ninguna. Tu padre me lo habría contado.

El Zurdo bebió y les arrojó unas migas de pan a las gallinas que picoteaban en aquel suelo seco y polvoriento, repleto de hojas muertas y caracoles vacíos. Quedaba por saber qué había sido de su hermanita, la dulce Clelia.

—Vive.

—¡¡¡¿Vive?!!! ¿Dónde está Clelia, vecino? ¡¡¡Por Salambó, vive mi dulce hermana!!! ¿Dónde está? ¿Con quién?

—No, no sé. No sé dónde vive…

—¿Cómo que no sabes dónde vive Clelia?

—No lo sé. Sé cómo salió de la casa camino de Orippo. La vi marchar. Llorando. Y tu padre, abatido.

—Es muy niña aún. No debe de tener más de ocho años. No se sale tan pronto de una casa para ser desposada con nadie. ¿Qué pasó? Cuéntame, por favor.

Valentiniano había cogido un nido de jilgueros. Bajó del árbol y comenzó a comerse los huevos.

—Mira, soldado: tu padre no tuvo suerte con la tierra. Tras aquella granizada del primer año, le costó rehacerse. Pidió un préstamo que mal devolvió vendiendo los dos bueyes y algunas cosas de valor de la casa. El segundo año, un amigo le propuso salir de aquella situación fletando un barco cargado para Cartago. No había quien le diera dinero a un interés razonable y fueron a buscarlo a Orippo, donde un usurero se lo adelantó al sesenta por ciento, obligándolo a que hipotecara la tierra y a tu hermana…

—¿Qué pasó con el barco?

—Nunca llegó a Cartago. Aquel tipo que le propuso el negocio era un estafador y el muy usurero se quedó con la granja y con…

Interrumpió abrumado el Zurdo.

—… Con Clelia. Lo sabía.

—Tu padre no soportó tanto dolor. Perdió a su esposa, a sus hijos y a su hija. Lo había perdido todo, hasta esas ganas invencibles que siempre tuvo para luchar y seguir para adelante. Para colmo, llegó la sequía. Hace un año, al amanecer, lo vimos colgado de uno de sus olivos. Aquella noche los búhos estuvieron cantando sin cesar, y los perros, aullando a la luna la llegada de alguna desgracia.

—¿Lo enterraron?

—Junto a tu madre. En una tumba que no se merecen.

El Zurdo se levantó. Miró al horizonte y, sobrepasado por la dimensión de las malas noticias, pensó que en el ejército no se estaba

mal; aunque fueras un soldado auxiliar, había comida segura, buenos amigos y bárbaros con los que pelear con más posibilidades de sobrevivir que enfrentándote a los ejércitos salvajes de los demonios. Caía la tarde de aquel nefasto día.

—¿Podemos quedarnos esta noche en tu casa, vecino?

—Hay sitio siempre para soldados como tú, y me gustaría que me contaras las batallas en las que has intervenido. Me enorgullece tener en casa a un soldado que peleó con el emperador.

—Ya no soy un soldado, pero ¡te juro por Marte Gradivus que estoy deseando volver a empuñar un gladio!

—Lo entiendo, hijo.

—¿Mañana me enseñarás dónde están enterrados mis padres?

—Claro.

—Voy a empezar a hacer las cosas bien. Primero les daremos a mis padres la sepultura que se merecen; después, buscaré por toda la tierra a mi dulce hermana Clelia, aunque tenga que despellejar a ese prestamista de Orippo. ¡¡¡Por Salambó, pronto volveré a ser tu vecino de granja…!!!

## El golpe de gracia

El prestamista de Orippo era otro liberto que trabajaba para él y para una aristocrática familia de Gades, Cádiz. Sus préstamos, de intereses muy altos, rayando el sesenta por ciento, hacían sociedad con la desesperación del que los pedía, que sabía con certeza que devolverlo era tan imposible como ver a un asno en lo alto de un tejado. No obstante, la necesidad apretaba y el miedo a quedarte en la calle y perderlo todo te obligaba a perderlo todo y a quedarte en la calle. Porque todo el que acudía a él estaba ya medio ahogado, y la cuerda que el usurero le lanzaba le era más útil para ahorcarse que para agarrarse y ser rescatado de un proceloso oleaje económico. La mayoría de las granjas situadas entre la quinta piedra miliaria y Orippo habían caído en sus manos, todas pequeñas propiedades de agricultores que, juntas en una sola propiedad, empezaban a constituir un latifundio del que se encargaba el usurero y que regentaría, cuando vinieran tiempos mejores, para él y para la rica familia gaditana. Ningún granjero de los que habían solicitado su ayuda había salido adelante. Más que un prestamista parecía ser ese instrumento médico parecido a un cincel que utilizan, para heridos mortales, los doctores en los hospitales de guerra, con el que te dan un golpe y te desnucan para arrebatarte del dolor y el sufrimiento de la agonía. A veces, en la

fachada de su casa de Orippo, de entre las mejores de la ciudad, aparecía dibujado ese instrumento médico con una frase: «Aquí vive el golpe de gracia».

—Tú dirás, joven. ¿Qué deseas?

Severo, circunspecto, contestó el Zurdo:

—Quiero saber qué has hecho con mi hermana Clelia.

—No me gusta tu tono y he de advertirte, por si aún no lo sabes, que cuando alguien entra en este escritorio, el que se sienta frente a mí viene pidiendo y yo decido si doy o no.

Scaeva no se arrugó ante aquel miserable, duro con el humilde y, seguramente, muy servil con los poderosos.

—Sé de lo que vives, miserable. Sé que conviertes la desesperación de alguien en tu mejor negocio. Pero escúchame, por Salambó, escúchame bien…

El usurero fijó su vista en el techo dibujando un escorzo de infinita paciencia para escuchar el ataque de bravura de Scaeva:

—No me he arrugado ante los feroces dacios, roxolanos y sármatas contra los que he luchado, junto al emperador, en estos tres últimos años. Ni tú ni la pobreza me intimidáis. Vengo a por mi hermana y si no salgo de aquí con ella o con una referencia cierta de dónde está, te juro por Júpiter que este será tu último día entre los vivos.

Valentiniano miró al ahora impresionado usurero y le hizo un gesto con el dedo, como si le rebanara el cuello. El descarado muchacho dacio le dijo:

—Y los corta bien. Le he visto cortar muchas cabezas en el bosque de Sarmizegetusa…

—Quiero dos direcciones, la de mi hermana y la del hombre que estafó a mi padre, el que dijo que iba a fletar un barco para Cartago y nunca hubo barco ni flete, solo la ruina y la muerte de mi padre.

—No sé de lo que me hablas.

El Zurdo no tuvo más paciencia. Levantó al usurero de su asiento y lo llevó a empellones hasta la fuente del *impluvium* de la casa. Le metió la cabeza en el agua hasta medio asfixiarlo, para que entendiera bien que aquello no era un juego. El usurero pataleaba. Valentiniano se quedó en un segundo plano, por si venían esclavos a socorrer a su amo. Scaeva lo sacó del agua.

—Dime esas dos direcciones. Aunque tengas cara de sapo, no te veo con capacidad de aguantar mucho tiempo bajo el agua. ¡¡¿Me das esas dos direcciones?!!

—Por Salambó, no sé de qué me hablas. ¡¡¡Socorro, ayúdenme!!!, gritó desesperado.

El Zurdo le metió nuevamente la cabeza en el agua con su poderosa

mano izquierda. Con la derecha lo «ayudaba» apretándole la garganta. Hasta el *impluvium* llegaron varios esclavos con palos y armas. El niño no esperó a que entraran en acción. Desactivó al primero que llegó, con un fuerte golpe en la cabeza con un fauno de bronce que abría el jardín posterior al *impluvium*. Luego cogió el arma que llevaba y le hizo frente a otro esclavo. No pudo ni intercambiar golpes. Valentiniano esquivó el primer espadazo que le tiraron, pero el esclavo no pudo hacer lo propio con un tajo que el niño, que se agachó para no ser alcanzado, le había enviado al muslo. La pierna del esclavo no tenía dueño y se encogía y estiraba en el suelo del jardín, como si acompañara los gritos de dolor de su antiguo propietario. Los otros dos esclavos se miraron y entendieron que no merecía la pena jugarse la vida por aquel amo que los maltrataba por gusto. A fin de cuentas, ni las noches, que eran el día y la libertad de los esclavos, el tiempo que la naturaleza les había otorgado para estar con otros de su misma condición y bañarse juntos con otras esclavas, podían disfrutarlas, porque el amo los sancionaba severamente si lo llevaban a la práctica. Los esclavos del usurero no podían decir lo mismo que el Pantomalo del Querolus: ¿no era disfrutar de las noches sin la vigilancia de los amos como vivir libres? El Zurdo insistió:

—¡¡¡¡Dime, miserable!!!! ¿Recuerdas ya lo que quiero saber?

El usurero pidió compasión, misericordia, clemencia al Zurdo, y este le dio un respiro, más para que viera como sus hombres de auxilio yacían en el suelo que para darle oxígeno. Estaba seguro de que aquella desamparada visión lo ahogaría aún más y pronto le daría las dos direcciones.

—Te lo diré, te daré esas dos direcciones —le dijo jadeante y muerto de miedo.

Scaeva y Valentiniano salieron para Híspalis con las dos direcciones y una promesa arrancada y pagada al usurero. De las dos direcciones, una era de visita inmediata: la del estafador que había enviado a la ruina y a la muerte a su padre; la otra requería más elaboración. El usurero había vendido a Clelia a un mercader de esclavos. Es posible que estuviera aún en Híspalis, pero era probable que ya la hubieran vendido, y, por todos los dioses, que aquella pista no lo llevara a un confín del Imperio. En cuanto a la promesa arrancada y pagada al usurero, ¿tenía algo que ver con los sueños de su padre?

## El pastor que quería ser gladiador

Aquel chico que se negó a formar parte de la banda de las sombras

desesperadas y que apostó por plantarse ante el colegio de gladiadores seguía allí, delante de la puerta, para demostrarle a Africano que su voluntad era tan firme como el pulso del Cuervo y su aspiración en la vida era caer en las redes de aquella escuela, como caían los gladiadores que peleaban en la arena con los reciarios. Soñaba con ser un buen reciario y en aquellos días, sentado delante de la puerta de la escuela, ansiaba ver a uno de ellos entrenarse en la palestra vestido con su túnica corta, el brazo izquierdo descubierto con una manga y armado con la red, el tridente y un puñal, listo para pelear contra un secutor. En el anfiteatro de Híspalis, de la mano de su padre, los vio alguna vez. ¿Fue por las fiestas de la bendición de las armas de Marzo en honor a Marte? No lo recordaba bien, pero con toda claridad tenía en su cabeza la impresión que le ocasionó aquel espectáculo. Las gradas repletas de gente; la música de las trompetas y los tambores; los olores de las fritangas de peces y empanadillas de carne que vendían los taberneros cercanos al anfiteatro; el incienso; las flores; el perceptible olor del perfume de los aristócratas que, a través de sus esclavos, tiraban panes y tortas de aceite desde la arena a los espectadores. Aquel día lo pasó realmente bien y se llevó en el corazón el deseo de ser, algún día, gladiador. Cuidando ovejas solo llegaría a ser tan inútil como un burro tocando la lira.

El Africano llevaba observándolo varios días. De los que pasaron por su escuela para hacerse gladiadores, este chico era el que peor dotado estaba para lograrlo, pero le hacían falta hombres tras la carnicería de Itálica, donde cayeron sus mejores luchadores combatiendo con el Cuervo en la fiesta de despedida de Ulpio Longino. Quizá no fuera habilidoso con la espada o la red, pero podría tener otras virtudes que en sí mismas valieran para contribuir a mejorar la escuela. Sabemos que Africano era hombre práctico, calculador, no hay dos sin tres, ni tres sin su mejor suma. Mandó que lo hcieran pasar y lo tanteó:

—Llevas un par de días con sus noches sentado ahí, delante de la puerta del colegio. Ya sabes que no pasaste la prueba, y quien peleó contigo no fue el Cuervo.

—Lo sé, señor. Pero estoy seguro de que con entrenamiento seré un buen gladiador.

—¿A qué te dedicas, muchacho?

—Soy pastor de ovejas. Bueno, lo era. La ruina del campo acabó con mi trabajo. Sé que no es una actividad muy exigente y no hace falta demostrar mucho valor.

—Es verdad. Pero de vez en cuando hay que enfrentarse a algún lobo o a un perro salvaje. ¿Te ha ocurrido?

—Algunas veces, aunque con fuego te aseguras la victoria sobre las alimañas.

Africano lo miró y empezó a tocarle el tórax y los brazos. Su complexión era normal.

—¿Cuántos años tienes?

—No lo sé.

—¿Y tu nombre?

—El Pastor. Quedé huérfano hace tiempo y me acogió una familia granjera a la que le cuidaba el ganado. Ellos me llamaban Simplicio, pero prefiero que me llamen Pastor.

Africano le gastó una broma, el chico parecía noble.

—¿Y al igual que Pan, el protector de los rebaños, tú persigues a las ninfas por el bosque, las seduces con tu flauta y las complaces?

Pastor rompió a reír, refrendando todo el significado del nombre que los granjeros que lo adoptaron le dieron al llamarlo Simplicio. Africano pensó que tal vez no sacaría de él un buen gladiador, pero podría ayudarlo mucho esa sana predisposición que tenía para ser afable y decidido. Quizá si se le instruyera en números y letras podría ser un magnífico administrativo para la escuela, y saldría muy, pero que muy barato. Africano recordaba a los otros tres que habían venido a probar suerte con Pastor.

—¿Qué fue de ellos?

—¿A quién se refiere, señor?

—No me llames señor. Mi nombre es Africano. Y me refiero a los tres compañeros con los que te presentaste en el colegio para pasar la prueba y quedaros como futuros gladiadores.

Pastor se lo pensó por un tiempo, disimulando su amnesia, para luego responder:

—No sé nada de ellos. Los dejé sentados en los muelles del puerto decidiendo qué iban a hacer. Yo les dije que regresaba aquí y no creyeron que fuera una buena idea.

Africano se interesó:

—¿Tenían ellos alguna mejor?

Contestó con rapidez:

—La mía era la buena para mí. Por eso estoy aquí, delante de ti, Africano.

El lanista sonrió la determinación de Simplicio. Lo invitó a pasar y gritó desde el campo de entrenamiento al cocinero:

—Ponle un plato de gachas a este chico. Se llama Pastor. ¡¡Pero cuidará de lobos y toros tan peligrosos como los gladiadores de Africano!!

El colegio estalló en risas, y Simplicio de felicidad.

8. Donde la familia de Scaeva tenía la granja es en la actual Montequinto que, en el siglo II d. C., era un complejo agrícola cercano a la Vía Augusta y no lejos de la actual Dos Hermanas.

9. No existe rastro arqueológico ni documental alguno sobre la posible ubicación de esta puerta sur de la cerca hispalense, pero con todas las cautelas posibles nos atreveremos a proponer una hipótesis tras la consulta con varios arqueólogos: se abriría en algún lugar de la muralla cercana a las actuales calles Abades y Guzmán el Bueno. Tómenlo simplemente como una especulación bien informada, pero especulación al fin y al cabo.

10. Algunos autores incluso sostienen que Híspalis llegó a tener tres cercas, pero propiamente romanas tuvo dos: las que potenció Julio César en época republicana tras concedérsele el estatuto colonial (año 45 a. C.) y las que, posteriormente, en el siglo II d. C., se ampliaron y consolidaron tras el espectacular auge urbano experimentado por la ciudad con la dinastía imperial de los Antoninos. De todas formas, no han quedado rastros visibles de ella, y las que ahora se ven en determinados puntos de la ciudad son de época almohade. El arqueólogo Florentino Pozo recoge propuestas previas no determinantes del probable trazado de la muralla en el siglo II d. C., planteando como vértice suroeste el cruce de Santo Tomás con Constitución. Desde ahí la muralla se orientaría en un eje sur-norte en paralelo al río hasta la plaza de San Martín, lugar en el que giraría hacia el sureste para alcanzar la iglesia de Santa Catalina y, finalmente, la confluencia de San Esteban con la calle Vidrio. El flanco sureste discurriría junto a este viario: calle Céspedes hasta la puerta de Santa María la Blanca, cerrándose al suroeste a través de Ximénez de Enciso, Pasaje de Andreu, Joaquín Romero Murube y Santo Tomás.

11. En cualquier ciudad romana las termas eran abundantes y cumplían un doble objetivo: higiénico y social. En Sevilla no se conoce un número importante de termas, más por dificultades arqueológicas que por el hecho de que no existieran. Híspalis estaba bien abastecida hídricamente mediante un acueducto que transportaba el agua de las fuentes situadas en Alcalá de Guadaíra. Las termas donde se desarrolla la escena con Marco Antonio Pyrgos de protagonista se ubicaron en la actual calle Abades y probablemente alcanzaran los restos hallados en el Palacio Arzobispal y el restaurante Los Seises. Se construyeron en el siglo II d. C., el tiempo histórico en el que se desarrolla esta novela.

# CAPÍTULO IV

# *SEMPER IN CORDIBUS NOSTRIS VIVATIS*
# (SIEMPRE VIVÁIS EN NUESTROS CORAZONES)

*Híspalis*
*Octubre del 106 d. C.*

## TRES SOMBRAS ALBOROZADAS

Nunca habían tenido en sus manos algo tan suave como aquellas piezas de tela. Tocarlas les hacía olvidar la tensión del momento, la tensión del robo que perpetraban en el almacén de Cara Pescao. Una y otra vez deslizaban sus manos sucias por aquellas placenteras telas de color blanco, púrpura, verde… y se trasladaban a un mundo superior, inalcanzable para ellos, donde no existía el miedo al hambre ni la ansiedad de la supervivencia.

Como aquellas sedas debía ser la piel de los ricos y no como las suyas que, pese a que la juventud aún no los había desheredado, ya tenían en sus rostros y en sus cuerpos los estigmas de la dureza del trabajo agrícola. Ni la piel mejor cuidada de las jóvenes que frecuentaban era tan suave como aquellas gráciles y vaporosas telas que venían del otro extremo del mundo, más allá de donde los sabios decían que había llegado Alejandro Magno con sus macedonios, un lugar que no solo no llegarían a conocer jamás, sino que tampoco tenían conocimientos mínimos como para poder imaginárselo.

—¿Es cierto que la pieza de la seda blanca la pagan a 12.000 denarios? —preguntó una de las sombras alborozadas.

—Sí. Pero la seda más cara es la púrpura. Se llega a pagar a 150.000 denarios —dijo la otra sombra.

La tercera no supo qué decir, tan solo hizo un gesto para meter prisas a sus compañeros y salir de aquella ratonera cuanto antes. El efecto del vino del ánfora que habían dejado bien visible en el interior del almacén mezclado con la amapola del sueño había hecho un magnífico trabajo. Tan solo lamentaban que Malleo se mantuviese sobrio. Pero ni él, ni setenta como él iban a parar a estos tres hombres del paso más osado de sus vidas: el de pasar de la nada al todo robándole parte de una mercancía muy costosa a Cara Pescao. El liberto no se hundiría por eso. pero ellos tres podrían flotar en una

cómoda vida lejos de Híspalis, quizá en el norte de África, manejando el dinero de lo robado con un poco de cabeza y sentido de los negocios. Mercurio los había protegido y había sido muy justo dándole al rico liberto un buen cargamento y proporcionándoles a las tres sombras desesperadas una oportunidad para dejar atrás la angustia de sus existencias.

—Creo que es suficiente. Deberíamos dejar ya el almacén y guardar nuestra carga en lugar seguro.

—Es buena idea.

—Pero antes escondamos el cadáver de Malleo.

Escondieron al leal y nada escrupuloso matón de Cara Pescao tras unas amplias tinajas para que ninguno de los vigilantes, ahora amodorrados por los efectos de la adormidera en el vino, pudiera dar la alarma antes de tiempo. Había que ganar tiempo, el máximo posible para llevar la mercancía a lugar seguro. Y después, con absoluta normalidad, dejarse ver por las calles de Híspalis, suplicando un subempleo al primero que lo ofreciera. Incluso, por qué no, al mismísimo Crátero…

## Bailarinas gaditanas (1)

El ombligo parecía un clítoris y, a su alrededor, se había dibujado en azul egipcio un óvalo vertical semejante a una vulva. Las convulsiones propias del ritmo del baile lo sometían a un continuo movimiento de contracción y dilatación muy realista que les recordaba a los presentes los tics de un coño en impecable estado de excitación. Los parroquianos estaban muy contentos y aplaudían y gritaban a aquel grupo de danzarinas gaditanas que iban camino de Oriente en una turné sin regreso posible: las había adquirido (eran admiradas y valoradas en todo el Imperio) un alto sátrapa de una lejana provincia de Partia. Podría decirse que aquella sesión en la taberna Columnarum Trium, Las Tres Columnas, era su despedida del público local. La taberna era prestigiosa y cara, a la manera pompeyana, frecuentada por mercaderes y artesanos adinerados y algún que otro aristócrata cuya libidinosa inclinación era más fuerte que los prejuicios de clase de su rancia estirpe. Estaba situada cerca del teatro[12], entre este y el complejo religioso dedicado a Liber Pater[13], que desde la Vía Augusta impactaba al viajero visual y emocionalmente, dada la potente monumentalidad del conjunto. La taberna estaba atestada de gente. Mármoles, frescos de bacantes danzantes sobre el estuco de las paredes, comida caliente y un vino razonablemente bebible al que no

había que echarle sales de plomo para endulzarlo… Todo dibujaba un atractivo sensual para que su clientela jamás se fuera decepcionada. Pero si, además, había seis hermosas y voluptuosas bailarinas gaditanas, con brazos como serpientes, vientres abrasadores y caderas y piernas tan rápidas como la caballería negra de Numidia, la oferta de Las Tres Columnas era, simplemente, irresistible.

—¡¡¡Movedlos, movedlos otra vez!!!

—El de mi esclava no se mueve como el que tú llevas dibujado en el ombligo. ¡¡¡Por Venus, movedlos otra vez!!!

—¡¡¡El de tu esclava prefiere que lo mueva yo!!!

Las Tres Columnas, jarra a jarra de vino, danza a danza de las gaditanas, iba alcanzando su mejor temperatura. Cara Pescao estaba entre los clientes, junto a Crátero, escoltado por un invencible ejército de perfumes, bálsamos y aceites. Nadie reparó en la llegada de Scaeva y Valentiniano. Ninguna atención era lo suficientemente estúpida como para perderse aquel espectáculo. El Zurdo alzó una de sus cejas para indicarle al niño que al fondo de la taberna había un sitio aislado y tranquilo. Allí se encontraron, nuevamente, al viejo Tiberio, el oráculo.

—Mira romano, allí está el viejo aquel que te llenó la noche de demonios.

—No, Valentiniano. Me la llenó de prevenciones para que la sorpresa no me encogiera el ánimo.

—Pues yo vi como se te encogió el ánimo.

Nuevamente se había formado una enorme algarabía en donde bailaban las muchachas. Las chicas accedían a que les chuparan el dibujo del ombligo por un buen puñado de sestercios, y el de verdad, el que no estaba dibujado, por una cantidad más generosa. Solo el aristócrata sin prejuicios sociales pudo llegar hasta las puertas de la gloria de una de las muchachas. Besar el *porcus* de una mujer era una aberración sexual que desprestigiaba al que lo practicaba, pero las normas se establecen para quebrarlas…

—¿Es verdad que sabe a canela?

—A mí me han dicho que saben a lengua de flamenco.

—¿Acaso tú has probado la lengua de flamenco alguna vez?

El aristócrata no dijo a lo que le supo aquella dorada succión. Solo hizo una interminable onomatopeya con su exquisito latín:

—Usshhhhhhhhhhhjjjjaaaaá…

Todos rieron.

En cambio, en la mesa donde se sentaron los tres, Scaeva, Tiberio y el dacio, solo había seriedad.

—Acertaste en todo lo que me dijiste, Tiberio, y he venido a seguir

preguntándote. Ha sido una señal del cielo haberte encontrado aquí.

—Lamento haber acertado con aquellas respuestas, pero estaban muy claras. Tú dirás lo que quieres saber.

—Busco al maldito estafador que llevó a mi padre a la muerte.

—Esta ciudad está llena de estafadores, soldado.

—Pero este le dijo a mi padre que iba a fletar un barco para Cartago y ni había barco, ni flete, ni nada que llevar a Cartago. Se quedó con todo el dinero que le pidió por adelantado a un usurero de Orippo.

Tiberio lo miró con cierta sorpresa.

—¿Tú eres su hijo?

—¿Tú lo conocías? —respondió el Zurdo.

—Una noche consultó las tablas de Astrampsico. Quiso saber de ti. Las tablas dijeron que regresarías, y no solo. Y me preguntó también por un barco que iba a fletar con un socio de Híspalis hacia Cartago. Las tablas le dijeron que no se metiera, que no era aconsejable el negocio.

—¿Cómo se llamaba el socio de Híspalis? ¿Lo conoces?

Tiberio tomó una aceituna con la que jugó en su desdentada boca.

—Se llama Mendax, el Mentiroso. Y lo tienes ahí. Chupándole el ombligo a esa bailarina…

## Bailarinas gaditanas (y 2)

El Zurdo fue a levantarse, pero Valentiniano lo paró en seco.

—¿Dónde vas? ¿Crees que estás en mitad del bosque cortando cabezas dacias?

Tiberio reforzó el consejo del chico:

—Cálmate. Ya sabes cuál es el venado que tienes que cazar, pero no lo hagas aquí. No te lo perdonaría nadie. Te recomiendo que comas algo, y si eres tan amable de invitarme…

El Zurdo se relajó. Desde que llegó a Híspalis no parecía ser el tipo frío, ajeno a las emociones que, con tanta eficacia, sirvió como auxiliar en la Legión II Trajana Fuerte. El tipo con el que el mismísimo emperador había mantenido una amistosa y cómplice conversación en el bosque de Sarmizegetusa. El tipo al que Trajano Augusto le había regalado un esclavo dacio quizá por una lejana simpatía de paisanaje. No era el mismo. La pérdida de su mundo vital y físico, familia y tierra, lo había desestabilizado y daba la impresión de que ese confortable lugar querían ocuparlo la venganza y el rencor.

—Bebe como los peces grandes que vimos en el mar viniendo desde

Marsella, aquellos que se reían junto al barco. ¿Te acuerdas, romano?

—Sí, lo recuerdo bien. Eran delfines.

—Pues bebe vino como un delfín borracho. No será difícil abatirlo.

—Pero no lo hagas aquí, soldado. Es mejor que lleves al venado a su trampa —dijo Tiberio guiñándole un ojo.

—¿Cómo?

—Fácil. Su debilidad son las mujeres y el oro, y hay un lupanar famoso cerca de la Puerta Norte[14], casi donde arranca el cardo máximo.

—Eres sabio con tablas y sin tablas, Tiberio.

—Soy viejo, soldado. Muy viejo. Y he visto muchas cosas. Los hombres casi siempre repiten los mismos errores, tienen los mismos deseos y sucumben a parecidas ambiciones.

—Tengo hambre. Y me aburren vuestras palabras —dijo Valentiniano.

Tibero miró al niño y rio.

—A tu padre le habría gustado conocerlo.

—¿Estás seguro? —dijo el Zurdo, horrorizado.

—Seguro. Necesitaba un asno joven para la granja…

Rieron los tres. Valentiniano más que ninguno.

El Zurdo pidió tres pichones, algo de pescado y *garum*. Quería que el dacio probara aquella salsa tan fuerte que volvía loca a la Roma que podía pagarla. La fiesta de las gaditanas seguía, y Mendax no dejaba de beber y manosear las turgentes carnes de aquellas bailarinas que danzaban como las bellas y envolventes fenicias. El Zurdo se relajó y recordó que tenía que consultarle a Tiberio una cuestión acerca del trato alcanzado en Orippo con el usurero.

—Dejé un dinero a cuenta al usurero de Orippo para que no vendiera a nadie la tierra de mis padres. Quiero saber algo, Tiberio.

—Dime…

—Que el oráculo me diga lo que dicen los dioses sobre ese acuerdo: ¿me beneficiará?

Tiberio consultó las tablas. Valentiniano untó *garum* sobre un trozo de pan y casi vomitó de asco. No era el mejor *garum* que se despachaba. La respuesta se retrasó un poco por culpa del dacio y la hilaridad que había provocado. Luego habló Tiberio:

—Esa es la pregunta 18 de las tablas de Astrampsico.

—¿Y qué dicen?

Tiberio sonrió:

—Tienes un cuarenta por ciento de posibilidades de beneficiarte; un treinta por ciento de beneficiarte mucho y tan solo el treinta restante te habla de resultados negativos. Creo que debemos brindar,

soldado.

—¿Quieres más *garum,* dacio bárbaro? —dijo el Zurdo recobrando el humor que lo había abandonado nada más llegar a Híspalis.

El niño imitó una arcada sobre la mesa.

Tiberio alzó la jarra de vino y bebió. En ese momento, Mendax se levantó dispuesto para salir a la calle. El Zurdo y Valentiniano lo vieron y, tras esperar un par de minutos por precaución, salieron para seguirlo. Agasajó a Tiberio con una buena bolsa de sestercios. Cuando abandonaban Las Tres Columnas, Cara Pescao miró a Crátero y le dijo:

—Los dioses me sirven mejor que tú. ¿Recuerdas que te pedí hace días noticias de ese chico cuando bajó del barco de Marsella?

—Lo recuerdo, señor.

—Pues ya ves como Eros me lo ha traído personalmente hasta aquí, casi he podido acariciar su delicada piel blanca. Ha estado con Tiberio, el oráculo. Ve y sácale todo lo que sepas de ese dulce pichón…

## El venado en la trampa

Siguieron a Mendax hasta que dejaron atrás aquel espacio urbano tan transitado y concurrido. El Mentiroso llevaba demasiado cuerpo encima como para poder sostenerse en pie: su peso, gordo y seboso, y dos veces más su peso en vino bebido en una tarde inolvidable en la que le chupó el coño dibujado sobre el ombligo a una de las bellas bailarinas gaditanas. Si lograba recordarlo tendría motivos para contarlo a los amigos y reír y celebrar lo bien que le iba la vida desde que hacía viajes falsos a Cartago con el dinero de otros. Llegado el momento, el Zurdo se adelantó al borracho y dejó caer, intencionadamente, una bolsa con relucientes monedas de bronce. Sobre la tarde dorada de Híspalis aquellas monedas parecían refulgir aún más, al menos lo suficiente para que Mendax las viera y la codicia le espoleara los pocos reflejos mentales que torpemente vadeaban el río de vino negro que anegaba su cerebro. El Zurdo fue a recoger la bolsa. Mendax lo vio como otro negocio que Mercurio ponía frente a sus narices, y Valentiniano se rezagó lo suficiente como para establecer una retaguardia de apoyo.

—¡Salve! —dijo el Zurdo.

—Salve —balbució Mendax, que no quitaba sus ojos de la bolsa de monedas.

—Soy extranjero. He llegado hoy a la ciudad y me han recomendado un lupanar en la puerta norte. ¿Estoy muy lejos, amigo?

Con media lengua, el Mentiroso le dijo que él iba para ese mismo sitio, quería pasar la noche con una chica siria y otra egipcia que sabían hablarle muy suave a su falo.

El Zurdo rio para hacerse el tonto y para que Mendax relajara posibles prevenciones.

—Entonces, vayamos para allá. Me complacerá mucho invitarte —dijo el Zurdo.

—De ninguna forma. Invito yo —dijo el Mentiroso—. En Híspalis somos hospitalarios con los viajeros.

Empezaron a caminar en dirección a la Puerta Norte y las calles cada vez eran más seguras para un asaltante. El Mentiroso se acercó a una fuente y metió su cabeza en agua para espantar la borrachera. El Zurdo aprovechó la ocasión y no lo dejó salir. Lo sacó casi asfixiado. Se lo echó al hombro y se lo llevó a un apartado callejón. Allí esperó a que se recuperara.

—Mírame bien a los ojos. No los olvides nunca. Son los mismos con los que mi padre clama venganza desde el averno por haber confiado en ti, Mendax.

Al estafador se le pasó la borrachera y el susto lo dejó tan limpio de alcohol como a una vestal.

—¿De qué me hablas, maldito?

—¿Te hablo de fletar un barco? ¿Te hablo de llevarlo hasta Cartago? ¿Te hablo de la hipoteca que firmó mi padre para avalar con dinero del usurero de Orippo un negocio fantasma?

Tras terminar de hablar, el Zurdo le propinó un puñetazo en la nariz a Mendax.

—Habla. Acabo de romperte la nariz. Ya no podrás olerles el coño perfumado de canela a las bailarinas gaditanas, pero aún puedo cortarte la lengua para que ni siquiera puedas chupárselo.

—No sé de lo que me hablas. De verdad —dijo suplicante y dolorido Mendax.

—Está bien…

El Zurdo sacó un cuchillo, cogió del cuello a Mendax y le apretó la cara con tanta fuerza que abrió la boca y dejó a la vista su lengua. La atrapó y le dijo:

—Es tu última oportunidad: dime dónde guardas la parte del dinero que le estafaste a mi padre, me lo devuelves y te dejaré marchar.

El Zurdo lo soltó, Mendax se rehizo y comenzó a hablar:

—En ese negocio, como en otros tantos, formaba sociedad con el usurero de Orippo. Él adelantaba el dinero al engañado que yo le buscaba, yo me llevaba mi parte y él se quedaba con un poco menos de lo que había adelantado y con las tierras hipotecadas a la víctima.

—En este caso, también se quedó con mi hermana.

—Formaba parte del aval. Así lo exigió el usurero.

—¿Qué dinero te queda?

—Nada. Tenía que pagar algunas deudas pendientes…

—¿Sabes dónde está mi hermana?

—El usurero se la vendió a un tratante de esclavos de Híspalis. Un liberto que…

—¿Dónde vive y cómo se llama?

—Vive cerca del foro portuario y se llama Lucio el Tuerto.

No dijo más, porque justo en ese momento, el cuchillo del Zurdo vengaba, cortándole la vida, la que su padre había dejado un año atrás colgada de un olivo de su granja. De un tirón le arrancó del cuello sangrante un cordón y una medalla de plata muy antigua con la imagen de Astarté. Pertenecía a su padre, y aún recordaba cómo, de niño, la manoseaba cuando lo cogía en brazos. No había tiempo para revivir sueños. Limpió la sangre del cuchillo bajo la suela de su sandalia y marchó a reunirse con el dacio. En el camino pensaba que tenía que volver a Orippo, donde Tiberio, el oráculo, le había anunciado un buen acuerdo para ajustar las cuentas no cerradas con su socio el usurero…

## UNA BARCA VIAJERA

El cincel entraba en aquella pieza de travertino como el aire por debajo de las puertas. Suave, fluido, sin estridencias. El mármol era de primerísima calidad, como todo el que salía de las canteras de Albulae, cerca de Tibur (Tívoli), donde Vespasiano arrancó toneladas de bloques de este apreciado mármol para levantar el Coliseo. En Orippo la obra no era tan ambiciosa. El artesano que hundía su cincel en el travertino estaba construyendo una barquita de unos ochenta centímetros, en la que los bustos de los padres de Scaeva se destacaban en relieve sobre la vela. En la popa se abría una puerta por la que se introducirían las cenizas de ambos ancestros. Los ojos de la barca estaban llorosos y podía leerse la siguiente inscripción: «De vuestros hijos Scaeva, Arcadio y Clelia, a los padres que nos dieron la vida y nos hicieron felices. Que vuestras almas descansen de esta dura vida. Por siempre en nuestros corazones. *(Semper in cordibus nostris vivatis)».* El material era caro; la mano de obra, esmerada; el resultado final, satisfactorio. El único problema es que no iba a resultar barato, pero el marmolista recordaba lo que le dijo aquel soldado recién llegado de la Dacia cuando le hizo el encargo:

—No hay suficiente dinero para honrar la memoria de tus padres…

La urna fúnebre estaría terminada en pocos días, y la barca, lista para albergar los restos de unos padres camino de una inabarcable eternidad.

## Escribir sin agobios

El punzón de hueso de vaca se hundía plácidamente sobre la tablilla de cera en la que Marco Antonio Pyrgos comenzaba a trabajar en su panegírico a Cara Pescao. Era el punzón favorito del literato, con el que había redactado sus más celebradas obras. Mantenía con él cierta relación de mágica dependencia, como si fuera el punzón quien ordenara las ideas y su discurso, y no la cabeza del escritor. Manías. Los escritores están llenos de manías. La peor, quizá, sea la de escribir… mal. No era el caso de Pyrgos, al que nadie le negaba su habilidad y brillantez. Tal vez solo le echaran en cara su absoluta subordinación a la aristocracia inerte, caduca y minada de postillas inmorales que él se encargaba de esconder cuando convertía sus halagos en himnos. Pyrgos se había presentado en casa de Cara Pescao muy temprano, feliz sabiendo que iba a disponer de un espacio que no tenía en su casa, tan estrecha y tan ruidosa por culpa de los niños, su incordiante mujer y por el martillear constante de su suegro remachando clavos sobre las sandalias que hacía. Afortunadamente estaba lejos de aquel infierno y podía escribir sin agobios, como lo hacían los buenos literatos a los que los aristócratas les costeaban una pequeña casa con jardín para que se reuniera con sus musas y produjeran alabanzas sin atisbo de hartazgo para sus ricos apoderados.

El escritorio, amplio, con estanterías repletas de obras de poesía, literatura, historia, oratoria, medicina y hasta jardinería que jamás se habían abierto en aquella casa, estaba situado cerca del peristilo, el jardín trasero, por lo que gozaba de una iluminación perfecta durante muchas horas al día. Debía darse prisa, porque la fiesta la anunciaría Cara Pescao de forma inminente, ya que quería coger por sorpresa a todos. Él y sus esclavos se habían encargado de decirlo por el foro y por las mejores tabernas de la ciudad, para crear expectación y que en Híspalis solo se hablara de lo afortunado que era aquel hombre tan silenciosamente envidiado por los ricos y tan abiertamente despreciado por los pobres, los mismos que llenaban de grafitos las paredes externas de su casa recordándole su subordinación sexual como esclavo de su anterior vida. Pyrgos tenía estructuradas ya las partes y argumentos de su loa. Iba a cantar al esfuerzo, a la astucia, a

la osadía y a la confianza. Sobre esas cuatro patas levantaría el edificio amable y meloso con el que pretendía saciar la vanidad del rico mercader y engrandecer su figura ante los ojos de los invitados. Solo había un problema: que no sabía o no le salía cantar a gente que no fueran aristócratas. Era como si algo en lo más profundo de su corazón le impidiera ser sincero con los que no eran de Itálica, por ejemplo. Un desastre, porque nadie, por mucha pureza de sangre romana que tuviera su linaje, le iba a pagar tan generosamente bien por unos piropos hábilmente encadenados como aquel liberto que, además, le abrió su casa para que trabajara en ella como lo que era, un hombre libre y bien considerado.

¿Se vería Marco Antonio Pyrgos en otra igual, pero en la *domus* señorial de un Ulpio? ¿Qué caballero de la orden ecuestre iba a invitarlo a que declamase sus hexámetros en una velada social sin condenarlo, tras su lectura, a las sombras de la cocina o de las estancias secundarias? ¿Quién de toda aquella apolillada élite social le había dicho siquiera, tras escuchar lo que de ellos cantaba, que agradecían muy sinceramente sus mentiras, tanto por su volumen como por lo bien escritas que estaban? En cambio, Cara Pescao, con el que ni siquiera había cruzado más de dos palabras y, por su parte, estúpidamente distantes, en el foro, había depositado toda su confianza en él y lo trataba como a un igual. A un igual que ni en cien mil reencarnaciones tendría la mitad de la mitad del dinero que aquel liberto manejaba.

Pyrgos salió al peristilo de la casa de Cara Pescao. Llevaba en sus manos un papiro sobre el padre Hércules. La mañana era espléndida, con esa brisa destemplada que apuntan los últimos días de octubre. Un templete redondo, de inspiración griega, cobijaba a Júpiter, que estaba honrado con monedas, ampollas de perfumes caros, vinos exquisitos y humeante incienso de Adén y Omán. Allí fuera vio claramente lo que un esclavo, a base de ingenio y astucia, había conseguido en su vida, mientras que él, que nació libre, ¿qué tenía?, ¿qué había aportado al bienestar de su familia? Aquel hombre era meritorio. Un trabajo digno de Hércules. Ya sabía cómo iba a empezar su canto a Cara Pescao…

## ¿QUÉ PASA CON EL RUBIO EXTRANJERO?

Sobre una máquina de pelea, donde golpeabas un escudo y del otro extremo un brazo de madera te lanzaba un golpe mortal con una bola de hierro sujeta a una cadena, se entrenaban los gladiadores de

Africano. La máquina estimulaba los reflejos y, a la vez, ponía a punto la musculatura de ataque con el gladio. Todo el patio de la escuela de gladiadores practicaba la misma operación, y fascinaba verlos tan ágiles y rápidos a la hora de eludir el golpe de la bola de hierro. La voz del entrenador marcaba la orden de ataque y de defensa, y todos se coordinaban como si fuera la coreografía de una danza oriental. Simplicio, el Pastor, los veía desde la pequeña ventana de cristales de una habitación que daba al patio. Lo estaban instruyendo en los números domésticos de la casa. No parecía poner mucho entusiasmo. Un hombre entró sin llamar.

—¡Salve, soy Crátero y quiero hablar con el Africano!

—¿Qué desea, señor? —le contestó Simplicio.

—Ya te lo he dicho, muchacho, hablar con el lanista de esta escuela, con el empresario de los gladiadores.

—¿Me puede decir algo más sobre usted? No sé si lo conoce…

—Quien no conoce a nadie en Híspalis eres tú, mocoso. Deberás aplicarte bien para no parecer un asno tocando la lira. Ve y dile tan solo que pregunta por él Crátero, el griego.

En ese momento accedió a la pequeña oficina el lanista.

—No hace falta, Simplicio. Ya estoy aquí. Te presento a uno de los hombres de más confianza del liberto más rico de Híspalis y de los más ricos y poderosos de la Bética. Hiciste bien en preguntar quién era si no lo conocías. No tengo tiempo de recibir a cualquiera.

A Crátero le produjo cierta decepción aquel comentario, aunque, evidentemente, no lo exteriorizó. Siempre tan pragmático, fue directo al asunto, pasando por alto la posible grosería del lanista.

—Mi señor quiere invitarte a la fiesta.

—Toda Híspalis habla de esa fiesta, pero no sabemos cuándo se celebra.

—Mañana. Eres de los primeros en enterarte. Mañana a partir de la hora nona —sobre las dos y media de la tarde— y hasta que el alba se despierte.

—Agradecido. Será una velada inolvidable.

Crátero prosiguió:

—Hay más. Mi patrón me dice que cuadre contigo una velada de exhibición del Cuervo peleando con un tigre. Nosotros tenemos los elementos para montar la jaula.

—El Cuervo no pelea con animales…

Crátero se arrimó al oído de Africano mientras miraba con desdén a Simplicio, que recibía así todo el desprecio acumulado por el griego tras el trato grosero con el que le había pagado momentos antes Africano. Al lanista se le iluminaron los ojos, esbozó una irreprimible

sonrisa y contestó:

—Hecho. Tu patrón debe de tener una mina de oro…

Cerraron el trato y Crátero marchó satisfecho a casa. Repasaba mentalmente su carga de trabajo y mentalmente subrayaba el almacén donde Malleo guardaba tan rica mercancía. Había que pasarse por allí y saber si había ocurrido algo. Aquel aullido del perro y la posterior rotura de su sandalia no se le habían olvidado. Por lo demás, todo iba sobre sus pasos. Por la calle, la gente lo paraba y le preguntaba por la fiesta:

—¿El banquete superará al de Vitelio?

—¿Es verdad que el patrón ha encargado polvo dorado para engalanar pavos reales?

—¿Lo de las tetillas de lechonas es cierto?

—¿Hay algún invitado de Itálica?

—¿Qué toga se pondrá tu patrón: la roja o la persa incrustada de gemas y perlas arábigas?

Al llegar a la *domus* de Cara Pescao, vio como unos esclavos raspaban de las paredes exteriores de la casa alguna pintada infame. Bien. Y otros no paraban de introducir comida que llegaba en carros hasta la misma puerta. Cruzó el vestíbulo, repleto de angelitos con falos imponentes para espantar la desventura, y, tras dejar el atrio, pasó al jardín trasero, donde Cara Pescao hablaba con Marco Antonio Pyrgos. El griego le anunció:

—Patrón, el Cuervo peleará a vida o muerte con un tigre. La jaula la colocaremos en este jardín.

Cara Pescao aplaudió de puro contento.

—Gracias, Crátero. Cuéntame: ¿qué se dice por Híspalis de la fiesta?

Crátero le repitió, una por una, cada anécdota que había vivido desde la escuela de gladiadores, pegada al anfiteatro, hasta llegar allí.

—Jajajajajajajajajaja, no me lo puedo creer, Crátero. ¿Te han preguntado si voy a tener invitados de Itálica? Qué chismosos son. Peor que los esclavos hablando de sus amos —dijo abriendo teatralmente los ojos.

De pronto se volatilizó su felicidad, y Cara Pescao le preguntó al griego:

—¿A que no has movido un dedo para que aquel niño rubio que bajó del barco que vino desde Marsella se siente a mi lado en la fiesta? Crátero, quiero a ese muchachito en mi fiesta. Júpiter no solo mea oro para conquistar la cueva de Danae. También se acuerda de mí…

—¡Salve! ¿Eres Lucio el Tuerto?

El tratante de esclavos llevaba un parche de cuero sobre el ojo derecho. Era evidente que tuerto sí era.

—También me llaman algunos Polifemo. Me da igual como me llamen. Sí, yo soy Lucio el Tuerto. ¿Y tú cómo te llamas?

—Scaeva.

El Tuerto miró al niño y advirtió:

—No compro niños.

—Pero niñas sí has comprado. Me consta.

El Tuerto le doblaba la edad a Scaeva. No obstante, era un tipo rocoso, de mediana estatura, con los brazos y las piernas llenos de cicatrices y cierta aspereza y tosquedad en sus modales. Scaeva pensó que bien podría haber sido gladiador, aunque no se apreciaban signos visibles de hierro al rojo en sus rostro.

—¿Por qué me miras así, Scaeva? ¿Nunca habías visto antes un cuerpo lleno de cicatrices?

El Tuerto le enseñó una que le cruzaba el pecho hasta el abdomen.

—Esta casi me deja para siempre en aquel infierno. Pero dejemos de revolver en el pasado. ¿Qué deseas?

—Quiero saber sobre mi hermana.

—¿Tu hermana? Por Júpiter, te aseguro que no se quién es tu hermana. Ni tampoco quién eres tú. ¿Qué te pasa? ¿Estás loco?

Scaeva se rascó la cabeza y observó cómo el dacio le decía que sí con la cabeza al Tuerto.

—¿Ese niño es tu esclavo?

—Sí.

—Si quieres te regalo una vara de olivo con experiencia…

Rieron los dos. El niño hizo un gesto de rabia con la boca.

—Busco a mi hermana. Y sé que pasó por aquí. Te la vendió el usurero de Orippo, y necesito encontrarla.

El Tuerto se quedó pensativo. Como haciendo memoria. Al final se le iluminó la memoria:

—Cierto. Una chica de unos doce años. Bellísima. Educada. Sí, estuvo entre mis esclavos. Pero la vendí antes del verano.

—¿Recuerdas a quién se la vendiste? ¿Sabes si está en Híspalis o en la Bética?

El Tuerto se intrigó:

—¿Tanto quieres a esa hermana? Hoy en Híspalis es muy normal que las familias que se han arruinado vendan a sus hijos. Y sobre todo a sus hijas.

—Sí, la quiero mucho. Y voy a encontrarla.

Desde una esquina del foro portuario[15], donde el Zurdo encontró a Lucio el Tuerto, una voz en grito lo reclamaba:

—¡¡¡Ven, Lucio, ven. Queremos que nos aconsejes!!!

—¡¡¡Voy rápido. Esperadme!!!

Scaeva volvió a insistir:

—¿Te acordarás? —el Zurdo colocó en su mano una bolsa de dinero.

—Seguro. Ven en unos días. Te tendré una respuesta.

Antes de marcharse, quizá legitimado por la fuerza de su generosidad, el Zurdo no se sintió cohibido para saber algo más de aquellas cicatrices que cubrían el cuerpo de Lucio:

—¿Has sido gladiador? ¿Te ganaste la espada de madera?

El Tuerto rompió a reír.

—Un gladiador nunca regresaría del infierno donde yo estuve…

Scaeva hizo un gesto de extrañeza con la cara, de no haber comprendido la respuesta. El Tuerto habló:

—De allí regresé sin el ojo y con este cuerpo cosido como un odre viejo. Tenía menos de veinte años y era soldado auxiliar de la Legión V Alauda en Tapae, en la Dacia.

A Scaeva se le cambió la cara. Fue a hablar, pero el Tuerto levantó su mano para que no le interrumpiera.

—Escucha bien de dónde vienen estas cicatrices. La gente ya no lo recuerda, pero yo sigo soñando con aquel infierno todas las noches. No logro evitar escuchar las voces de mis compañeros, con las piernas cortadas por las falces de aquellos bárbaros.

El dacio rio por dentro y una maravillosa sensación de orgullo le recorrió el cuerpo.

—La Quinta Alauda la comandaba Cornelio Fusco, el prefecto del pretorio de Domiciano. Murió allí, en aquel valle, emboscado por demonios dacios que bajaban de los árboles o salían de los troncos huecos abatidos. De aquella legión solo sobrevivimos dos o tres legionarios, porque nos dieron por muertos. Esa es la historia de estas cicatrices.

Scaeva lo saludó como si fuera su centurión. Y dijo:

—Yo soy el soldado auxiliar Scaeva, de la Legión II Trajana Fuerte, y acabo de regresar del infierno, de vengarte a ti y a todos los valientes guerreros que dieron allí su vida.

Del otro extremo del foro seguían reclamándolo a voces:

—¡¡¡Lucio, ven rápido, no te vamos a esperar más tiempo. Pesado!!!

—¡¡Idos a la mierda remando!! —les respondió.

Luego, en voz baja, siguió hablando para el Zurdo:

—Por Júpiter, eres el primer ángel que se me aparece en carne y hueso veinte años después de aquel abominable infierno.

Del ojo que le quedaba sano se le escapó una lágrima emocionada, y se abrazó al Zurdo como si hubieran vivido juntos aquella terrible vergüenza del ejército romano. Scaeva notó como le deslizaba en su macuto el dinero que le había dado.

—Scaeva, ¡¡juro por todos los dioses que te ayudaré a encontrar a tu hermosa hermanita!!

## Prometeo vive en Híspalis

Pyrgos había trabajado durante todo el día hasta bien avanzada la primera vigilia, la una de la madrugada aproximadamente. Fue entonces cuando se lo comunicó a Cara Pescao:

—Ya está terminado. Cuando quieras te lo leo.

Cara Pescao lo invitó a sentarse en la sala más amplia y confortable de la casa, iluminada con candelabros de oro y plata, con paredes estucadas de rojos y negros orladas de dibujos geométricos y animados en su interior por amorcillos, sátiros y ninfas. El suelo era un enorme mosaico de factura norteafricana, con escenas comerciales que destacaban en su interior el rostro de Cara Pescao. Había estado esperando todo el día a que llegara este momento, pese a que no dejó de controlar desde el mayor al más mínimo detalle de la gran fiesta que iba a dar pasadas algunas horas.

—¡¡¡Por Mercurio, Marco Antonio, lee, lee. Estoy ansioso por escucharte!!!

El poeta fue a arrancar su panegírico, pero lo interrumpió el mercader:

—Disculpa mi desconsideración. Sé que has estado trabajando todo el día y parte de la noche, y sé que no has comido nada. ¿Quieres algo? ¿Vino, queso, frutas o una oca cebada con vino dulce?

Pyrgos se tocó la barbilla. Realmente tenía hambre.

—Vino, queso y algo de fruta, si no hay inconveniente.

—¿Lo hay? ¿Crees que en mi casa hay inconveniente para que uno de mis invitados preferentes pueda comer algo de queso y frutas? Por Júpiter, Marco Antonio…

Cara Pescao hizo un gesto a un esclavo y se tiró, cuan corto era, sobre el triclinio, con las manos a modo de almohada, sobre la nuca. Pyrgos comenzó a leer:

«Admirado y valioso anfitrión:

De pequeño, cuando mi abuelo me narraba la osadía de Prometeo sentado sobre los cordajes de algún barco del río, me espantaba la condena a que fue sometido por Zeus. Ni entendía ni soportaba la desproporción de aquel castigo, el peor de los castigos. Amarrado allí arriba, a una roca del Cáucaso, esperaba todos los días que un águila justiciera le devorara por las tardes el hígado que, como el rabo de una lagartija, se regeneraba durante la noche para que al día siguiente se repitiera, eternamente, tan cruel condena. Es verdad que Prometeo había robado del carro de Helios el fuego de los dioses, pero lo había hecho para mejorar nuestra existencia, para hacernos la vida más confortable y civilizada, y sus únicas armas fueron la osadía, el valor, la admirable virtud humana de no cruzarse de brazos ante lo imposible. Zeus era el límite a nuestra sana ambición; el águila, el verdugo implacable por nuestra transgresión; el fuego, el premio a la noble pelea del hombre por superar lo prohibido. Juro por Mercurio, que bendice cada rincón de esta incomparable casa de Híspalis, propiedad del anfitrión, que lo que más miedo me infundía del mito era entender cómo algunos caprichos de los dioses suponían una frontera infranqueable para que la humanidad progresara y el hombre fuera más libre. Eso me aterraba más que el hecho de sentir en mi propio hígado los picotazos salvajes con los que el águila despedazaba el de Prometeo.

A nuestro anfitrión le gustan más las ocas galas y los patos salvajes que las águilas del Cáucaso…».

Cara Pescao sonrió… y Pyrgos comenzó a sentirse menos incómodo en su examen.

«… pero comparte con Prometeo la ambición, la virtud y la nobleza de los hombres singulares de la Historia. Esa ambición, virtud y nobleza que ha hecho grande a Roma y respetados a los romanos, desde el país de la seda al de las minas de plata y desde los desiertos del sur a las montañas heladas del norte. Nuestro anfitrión posee la virtud del valor. De la osadía. De la astucia. Nació esclavo y hoy es uno de los hombres más ricos de la Bética. Todo lo que toca, como el rey Midas, lo convierte en oro para él y para esta ciudad. No hay en Híspalis un espacio público que no tenga una fuente, una estatua o un altar que no haya sido pagado por su esfuerzo. No hay una fiesta de Isis abriendo el calendario de navegación marítima que no cuente con su generosa ofrenda en plata y en músicos que animen la

ceremonia. Da, ofrece, regala, pero ¿qué recibe? ¿Injuriantes pintadas en la fachada de su magnífica casa que todos envidian y que parecen estar inspiradas por Némesis? ¿Desplantes insolentes de aquellos que se creen mejores que él, pero que no han hecho en tres generaciones familiares ni la mitad de lo que ha hecho el anfitrión por esta ciudad? En Híspalis viven Prometeo y la osadía para mejorar la vida de los hombres. Allí enfrente, al otro lado del río, en el arranque del camino hacia Emerita Augusta, vive Zeus, el dictador de normas implacables que no dejan crecer al hombre condenándolo eternamente a la dictadura de unas leyes insoportables. Es verdad que Cronos se come a sus hijos. Pero a veces el tiempo no tiene nada que devorar en Híspalis porque a sus hijos los han aplastado, anteriormente, un pesado y ciclópeo mundo que ni los anchos hombros de Atlas pueden soportar».

Cara Pescao prorrumpió en aplausos y él mismo sirvió a Pyrgos un generoso escanciado de vino de Gaza en una copa de plata. Lo animó a seguir, y Marco Antonio ya estaba seguro de que había elegido bien el camino para contentarlo.

«Llegó a este mundo excesivamente lastrado, como un barco que lleva aceite al puerto de Ostia. ¿Hay algo peor que venir al mundo sin libertad? ¿Hay una condena prometéica más insoportable que no nacer libre, encadenado por tu origen y pasado? Diréis que no. Pero yo no os daría la razón. La peor condena con la que los dioses pueden arrojarnos al mundo es dejarnos desnudos de valor, osadía y astucia. Si así nos dejaran en la canastilla ya seríamos esclavos de nuestros sueños pequeños. Esas tres cualidades mueven al mundo, incluso por encima de los insoportables caprichos y juegos de nuestros dioses. Con esas virtudes podemos robarles a Helios el fuego sagrado y a los egipcios de Alejandría un valor razonable por sus fardos de papiro».

Cara Pescao le lanzó un guiño cómplice a Pyrgos, que sonrió.

«Con esas tres cualidades se trae nuestro anfitrión de más allá de Partia las sedas que visten y desnudan a las matronas de Roma por precios que aquí está dispuesto a pagar todo el que tiene dinero. Y con estas tres cualidades los comerciantes han ampliado el mundo con sus viajes y valientes operaciones, desafiando a las sirenas de Capri y a la duda insalvable de si es

mejor que tus naves pasen más cerca de Escila que de Caribdis, porque ambas islas son las puertas de la muerte segura de muchos marineros.

Nuestro anfitrión es libre gracias a la astucia, al valor y a la osadía. Prometeo debe susurrarle a la oreja secretos de buenos socios todas las noches. Estoy seguro. El barco excesivamente lastrado que le dejaron para hacer el cabotaje de su vida no auguraba nada bueno. Puertos pequeños, miserables, tal vez nidos de piratas. Pero creyó en él, como Ulises cuando fue a rescatar a sus hombres convertidos en animales por las dulces manos de la bruja Circe. Creyó en él y desafió a su destino. Supo, con trabajo y eficacia, ganarse la confianza de su patrón, que hoy vive lejos de aquí, en Roma, en una excepcional *domus* de la colina de los béticos, en el Esquilino. No hay negocio que cierre nuestro anfitrión que no tenga su correspondiente obsequio en casa de su venerable patrón. A él le debe mucho, pero a él le sigue pagando de una manera generosa, casi como lo haría un buen hijo con su padre».

Cara Pescao soltó una sonora carcajada mientras decía:

«—En realidad, Marco Antonio, es el único padre que he tenido y del que aprendí todo lo que sé. Incluso a perfumarme...».

Bebieron ambos de sus copas de plata y Pyrgos estaba absolutamente convencido de que la escena era de su propiedad y él manejaba los tiempos de aquella velada. Prosiguió leyendo:

«La fiesta con la que hoy nos obsequia es para celebrar la reciente llegada de una estimulante carga comercial a nuestro puerto. Pero no la debería dar él. Deberían habérsela preparado los duoviros, el poder máximo de la ciudad, reconociéndole, en nombre de Híspalis, lo que hace y seguirá haciendo por nosotros. Pero su generosidad es así, y ya habéis podido comprobar, calibrando la suntuosidad de esta fiesta, cómo os quiere y respeta. Antes del vino impagable con el que regará la *commissattio,* esa borrachera protocolaria conducida por el anfitrión al final del banquete, quiero pensar en voz alta en algo que Roma parece no querer ver. No porque sea esquiva a la mirada de la reflexión, sino porque no hay peor ciego que el que no quiere ver. Roma, amigos, la Roma que Trajano acaba de llevar este mismo verano a los máximos límites de su época

imperial, la sostienen hoy los soldados y los mercaderes, el ejército y el trabajo. Es posible que algunos aristócratas piensen que son ellos los que animan con el pretendido aliento espiritual de los sabinos, de quienes aseguran descender de los mismísimos dioses, el paso firme de la mejor nación del mundo. Se equivocan. Roma vuela tan alto como sus águilas por los hombres abnegados y valientes de sus legiones y por los comerciantes que mueven el dinero y lo llevan desde que se convierte en plata en Sierra Morena hasta China para comprar las sedas con las que los aristócratas más apolillados quieren vestir su pretendida gloria. Roma seguirá siendo grande mientras sus mercaderes crucen los mares y sus legionarios defiendan sus fronteras, y sus filósofos entiendan que la única barrera del hombre es el propio hombre. Lo demás es, como la Dacia antes de que llegara nuestro emperador, un territorio por conquistar.

Gracias, anfitrión, por concederme el inmenso honor de cantar sus hazañas. Espero no haber faltado a la verdad, como en otras ocasiones. Salud, señor».

Cara Pescao, visiblemente emocionado, saltó del triclinio y se abrazó a la cintura; bueno, un poco más alto de la cintura, del literato Pyrgos. Era cómico verlo. Tan pequeño y empinándose para abrazar al poeta. Pero también era una situación muy sincera, porque nunca antes nadie le había dicho nada parecido. Es verdad que lo pagaba muy bien, pero tampoco es mentira que Pyrgos podría haberse implicado menos en contar su historia, en no poner en un aprieto a los duoviros, en no haber ridiculizado a los aristócratas… Podía haberse ahorrado todo eso, pero fue más valiente que nunca en su vida y por vez primera escribió para uno de los suyos que no lo trataba como un excremento que flota en esa sentina infesta que, para la nobleza, supone la gente que vive por debajo de sus pies.

—¿Qué toga lucirás dentro de unas horas, Marco Antonio?

—La roja. La que gané en el Colegio de Barqueros de Híspalis en aquellos juegos florales.

Cara Pescao dio unas palmadas y llegó el atriense, el mayordomo.

—Llévalo a mi vestuario, que elija una de mis togas, la que le dé la gana, y despiertas a las esclavas y las pones a coser para que le hagan una igual, de su talla. Quiero que mañana sea el invitado más elegante y sobresaliente de la fiesta. Rápido. No hay mucho tiempo. Por cierto, Marco Antonio, ¿en tu casa tienen noticias de ti?

—Ninguna. He estado encerrado todo el día trabajando.

—No te preocupes. Ahora mandamos a alguien para que tranquilice

a tu mujer y a tus hijos. Y si quieres se la pueden traer para casa, donde la vestiremos para la fiesta de mañana y podrá disfrutar de un día que será para mí inolvidable…

## Desde la hora sexta

Desde esa hora, la sexta, el mediodía y, consecuentemente, la hora de la siesta, ya había público apostado esperando ante las enormes y sólidas puertas de la casa de Cara Pescao, para ver a los invitados. Era la plebe de aquella Híspalis que había hecho la fiesta como una cosa suya. Aunque ni fueran ni estuvieran invitados. Iban a ver. Y, como mirones, a disfrutar.

—Esas son las mujeres de los duoviros. Son muy jóvenes y guapas —dijo una mujer a otra.

—A mí me gusta más la morena que la pelirroja —le contestó.

—En la litera de atrás viene uno de los más ricos comerciantes de aceite de Híspalis, gran amigo de Cara Pescao. Fijaos qué toga lleva.

—¿Y las gemas y los collares de oro de esta otra? Me moriré sin saber cómo es el roce del oro sobre mi pecho —dijo una muchacha, con tono resignado.

—Pero te basta con el roce de mi mano —le dijo un muchacho de al lado guiñándole pícaramente el ojo. Y la gente rio el comentario.

El mismo muchacho preguntó:

—¿Han llegado Africano y el Cuervo?

—Entraron hace un buen rato. Fueron de los primeros en llegar —dijo otro.

—¡¡¡Maldita sea mi suerte. Quería verlo y cruzar algunos saludos con el héroe del anfiteatro de Híspalis!!!

Estaban allí para ver y para pedir, porque esperaban que algo de aquel banquete llegara a sus menguantes estómagos. Prorrumpieron, de manera orquestada, en la invocación del nombre del patrón para que se asomara a la puerta. Dentro de la casa, Cara Pescao, oía como pronunciaban su nombre y le dijo a Crátero que iba a salir. El griego, prudente siempre, le aconsejó que no lo hiciera.

—¿Por qué? ¿Dime qué hago entonces, por Júpiter, Crátero? Es mi público el que me reclama —dijo con pose feliz y teatral.

—Creo que es más apropiado asomarse a la ventana de la parte superior de la casa. Desde allí no correrá ningún riesgo. Son tiempos malos.

—Perfecto. Que así sea. Dile al atriense que en la cocina llenen varios cestos con tortas, panes y huevos.

—Mejor lo diré yo, señor. El atriense está en otras tareas.

Entre las horas octava y nona, la casa del mercader estaba repleta de invitados. Los fue atendiendo con exquisita atención, cordialidad y buen humor.

—¿Sabéis lo que le preguntaba la gente ayer a Crátero por las calles de Híspalis?

—No. Cómo íbamos a saberlo. Cuéntalo tú, queridísimo amigo.

—Que si entre los invitados vendría alguien de Itálica. ¿No os parece delicioso? Son chismosos y estaban delante de la puerta para veros entrar desde mucho antes de la hora sexta. Hoy no han dormido la siesta por veros en vuestro esplendor…

Rieron las ocurrencias del anfitrión, que, con una campanilla de plata, reclamó atención. Cara Pescao comenzó a hablar:

—Escuchad un momento. Quiero explicaros algunas cosas antes de poner a prueba vuestros hígados y páncreas, y también vuestra capacidad de sorpresa. En primer lugar quiero agradeceros que hayáis aceptado mi modesta invitación…

Los invitados comenzaron a celebrar la ironía del mercader.

—Una invitación a un banquete que hago en vuestro honor, porque soy lo que vosotros queréis que sea. Os pido, por los dioses, que la primera copa que alcemos al cielo para brindar por alguien la levantemos en honor de mi patrón, ocupado hoy en su magnífica casa de Roma, en el Esquilino, la zona residencial de los béticos, a quien tanto le debo en la vida. Después observad las reglas imperiales y, cuando vuestro cuerpo os lo pida, acogeos a la normativa dictada por el viejo Claudio. Sabéis mejor que yo que, por precepto legal, podemos expulsar los gases de nuestros estómagos por arriba o por abajo, en beneficio de nuestra salud. Así lo escribió el santo y paciente esposo de Mesalina, aquella emperatriz tan ocupada siempre en alcobas propias y ajenas. Oíd como cumplo los deseos del conquistador de los britanos. —En ese preciso momento, Cara Pescao se levantó levemente la toga y firmó un pedo sobresaliente. La gente prorrumpió en risas y aplausos. El mercader, lanzado, apostilló—: Por Júpiter, he traído comida desde los confines del mundo para este banquete, pero este pedo huele a coles y cebollas de las huertas de Híspalis…

Ya fue imposible poner orden en aquella casa. Todo el mundo se sintió lo suficientemente desinhibido como para mantener unas mínimas reglas protocolarias. En Itálica estas cosas sucedían menos. En Híspalis, mucho más. El anfitrión había pensado considerablemente en su banquete. Sabía que no le era posible emular siquiera al de Vitelio, celebrado en el 69, en que sus asesores gastronómicos tuvieron la habilidad de combinar un menú de más de veinte platos

muy sofisticados. También era estúpido intentar acercarse a aquel despliegue casi olímpico que hizo Julio César cuando, para celebrar una de sus grandes victorias, dio un banquete público de varios días, en que comieron en Roma más de 260.000 personas sobre 22.000 mesas. Descartado. Eso no entraba en su universo de posibilidades, pero sí podía sorprender a aquella turba que ya empezaba a desmadrarse por los jardines de la casa con sus mejores cualidades: la astucia, la inteligencia, la osadía. Iba a ser un banquete teatralmente osado, porque cada una de las partes de este respondería a una idea, a un guion que convertiría a los comensales en espectadores felices y gaseosos. La *gustatio,* los entrantes, tendría como símbolo dominante un olivo, el árbol de la sabiduría y de la paz. Solo la gente sabia es capaz de disfrutar de algo tan efímero como la vida, y solo en tiempos de paz se puede disfrutar de la existencia. Así pues, un hermosísimo y frondoso olivo ocupaba el centro de la escena de aquella gran habitación. A sus pies, en sendas cráteras griegas apostadas sobre el tronco, tan bellas vasijas áticas lucían repletas de aceitunas verdes y negras. Dos efebos, como pastorcillos, tocaban el cálamo, simulando que cuidaban de las ovejas, que eran los invitados. Los efebos también formaban parte del menú… El olivo había sido engalanado con salchichas asadas espolvoreadas de limaduras doradas, varios lirones a la miel se habían colocado entre su follaje, como si estuvieran escondiéndose de aquel gentío, y por cualquier rama del olivo podían verse nidos de becafigos (pájaros) con salsa de huevo, listos para que un esclavo los sirviera a cualquier indicación de un invitado.

La *mensa prima,* los primeros platos, se sirvieron cuando del olivo no quedó ni rastro. Se lo comieron todo o lo guardaron para saborearlo en casa. La *mensa prima* era el reconocimiento del hombre al mar y al campo. Sobre una forzada escenografía de un bosque de cañas, de donde salían faunos persiguiendo a ninfas, discurría una especie de arroyo sobre el que se habían colocado dos pavos reales traídos desde Oriente. Causaban admiración porque muchos desconocían la existencia de esta ave tan exótica y, también, porque Cara Pescao los había mandado rociar con polvo dorado y, de vez en vez, sus graznidos le daban a aquella fiesta un lejano eco de lo que pudieron sentir y descubrir los generales con los que Alejandro celebró en los palacios de Persépolis la toma de Persia. Cuando los faunos y ninfas acababan de jugar a perseguirse, salían portando literas gastronómicas donde se exhibían, en grandes bandejas de plata, pollos, liebres, ubres y vulvas de cerdas, morcillas y un ternero cocido. El ternero iba entero, cubierto por una piel hecha de repostería. Al abrirlo, salieron de su barriga pájaros y palomas que inundaron la

casa.

Frente a este homenaje al campo y a sus duendecillos, el mar se escenificaba con una barca repleta de sirenas desnudas que, entonando suaves cantos, habían hecho sucumbir a la marinería. Los marineros solo obedecían sus órdenes que, obviamente, eran las que a través de ellas daban los invitados. Los pechos de las sirenas eran turgentes y sobre ellos los comensales se limpiarían las manos y las bocas. Los marineros portaban cestos de pesca donde abundaban los mariscos, las almejas, los rodaballos hechos en salsa picante y las ostras. Especialistas en tocar las caracolas imitaban el sonido placentero del mar. Es cierto que todo era muy efectista, quizá demasiado, pero Cara Pescao no estaba educado en sutilezas y le encantaban las sorpresas de impacto.

La *mensa secunda,* postres y frutas, como la *comissattio,* servirían para que la gran obra teatral gastronómica de Cara Pescao hiciera un breve receso. Estaba bien pensado, porque la *comissattio* no era otra cosa que una borrachera protocolaria dirigida por el anfitrión, y Cara Pescao quería que la gente llegara lo más sobria posible a la velada literaria de Marco Antonio Pyrgos. No había escatimado en vinos caros de importación: Gaza, Éfeso, Nápoles, Antioquía… Néctares de las vides más solicitadas por los príncipes y reyes del mundo para saborear la vida. Si los servía antes de que el poeta leyera su homenaje, nadie se enteraría de nada y se corría el riesgo de que algunos, incluso, lo mandaran callar tirándole algún plato a la cara. Cuando se hubiera acabado con las almejas de las sirenas y con las ubres de las ninfas, entonces era el momento del anfitrión, la hora del día más esperada por su inabarcable vanidad. Quizá también el único reconocimiento que ningún otro iba a darle en Híspalis si no se lo daba él. Cara Pescao había sentado en el lugar de máximo honor a los dos duoviros con sus exuberantes esposas, y en su más constatable cercanía, a Pyrgos y a los principales y más ricos mercaderes de Híspalis. Marco Antonio lucía una bellísima toga blanca que, en las terminaciones de sus mangas, resaltaba un dibujo sencillo y elegante, bordadas las iniciales de su nombre, MAP, como si fueran rizos de pámpanos de una parra. Cara Pescao le susurró algo al oído y se puso en pie. El anfitrión reclamó la atención de todos. Iba a hablar el poeta de Híspalis, aquel magnífico escritor que debería estar ya en Roma cantando a los héroes de la patria, pero que parecía condenado a escribirles a las procesiones de Salambó, de Isis y a las saturnalias, cuando no a los estirados nobles de Itálica a cambio de su bien pagado desprecio. Pyrgos comenzó a hablar, pero antes vio como los ojos de su mujer lo miraban con un reconocimiento lejano que alguna vez la

empujó a enamorarse de aquel hombre de letras. Marco Antonio empezó a leer el panegírico:

—Admirado y valioso anfitrión…

En ese momento, los ojos desencajados de Crátero se cruzaron con los de Cara Pescao, que, con un gesto de la mano, le dijo a Pyrgos que callara. Crátero se acercó a su señor para susurrarle al oído:

—Señor, han matado a Malleo y nos han robado en el almacén del puerto…

La noticia le aflojó a Cara Pescao el estómago y se lo hizo encima. Le dio un síncope y comenzó a balbucir palabras que nadie entendía. Se lo llevaron a su dormitorio para que lo atendiera un médico. La fiesta se desinfló como una cometa sin viento que la sostuviera. Tres sombras alborozadas, que habían trabajado específicamente para la fiesta, se acercaron a Crátero:

—¿Qué hacéis aquí? ¿Quién os ha dicho que vengáis?

—Nadie, señor. Tan solo hemos venido a ofrecernos por si podemos ser útiles. Si somos un estorbo, nos vamos, con su permiso.

Pyrgos y su mujer abandonaron la casa de la fiesta más anunciada de Híspalis y la de más corta duración de su historia. Ni él había podido leer su loa al patrón, ni tampoco su mujer pudo divertirse viendo las joyas y los peinados de las ricas mujeres de los mercaderes ni al Cuervo pelear con un tigre. Un esclavo los acompañó hasta casa. En algún momento del camino, a la mujer del poeta se le había olvidado, otra vez, en la lejanía del tiempo, aquella mirada de admiración con la que premió a Marco Antonio cuando se levantó para leer su composición.

—Has hecho nuevamente el ridículo por tu funesta manía de escribir. Alguna vez me harás caso y todo irá mejor. Dedica tu talento a otra cosa y haz lo posible por hacer carrera municipal. Escribiendo para cagones salimos cagados de estos sitios…

---

12. Se apunta con las debidas cautelas que el teatro romano de Híspalis pudo estar ubicado en el solar del actual convento de Madre de Dios, en la calle Madre de Dios. Los que defienden esta ubicación se basan en un epígrafe romano aparecido en este sitio y que hoy está desaparecido. Sí existe, por el contrario, un dibujo del epígrafe que correspondería a una zona del graderío del teatro y formaría parte de la conmemoración del pago de un cierto número de asientos por un benefactor privado.

13. Cerca del edificio de Las Tres Columnas de la calle Mármoles, en el área de influencia de la iglesia de la Candelaria, aparecieron unas grandes placas de mármol con una inscripción referida a Liber Pater, que ha sido interpretado por los científicos como prueba de que allí estaba el templo dedicado a esta divinidad. Igualmente se situaría en ese emplazamiento la *schola* o sede del colegio de los *centonarii,* los fabricantes textiles. Otros autores consideran que las piezas halladas

eran ajenas al templo y que se reutilizaron para otras construcciones. Liber Pater era el dios de la fertilidad, el vino y la viticultura. En Roma era el patrón de los plebeyos. Su culto llegó a compartir liturgia con Baco y Dionisos.

14. Al hilo de la necrópolis del norte, algunos arqueólogos sitúan, hipotéticamente, esta puerta en las inmediaciones de la actual iglesia de Santa Catalina. En torno a una presunta vía que partiría de esta Puerta Norte se habría habilitado la necrópolis del siglo I d. C. y que abarcaría el entorno de las actuales calles Bustos Tavera y San Luis.

15. A. Blanco en los setenta situó este foro portuario o de las Corporaciones en el suroeste de Híspalis. Posteriormente, en los ochenta, otro arqueólogo, Juan Campos, lo situó de forma definitiva en ese mismo sector, incluyendo las termas públicas de Abades y del Palacio Arzobispal en su ámbito de influencia. Subrayó, igualmente, el carácter de las inscripciones que se reaprovecharon en la Catedral y que estaban relacionadas con actividades portuarias. La realidad es que, pese a lo excavado en la zona en los últimos decenios, no se ha documentado ningún resto de edificación o espacio referido a un foro de las Corporaciones. No obstante, no es infrecuente que los técnicos lo sitúen, con mayor o menor prevención, en el ámbito de la actual Catedral y la plaza de la Virgen de los Reyes.

# CAPÍTULO V

# LAS PULSERAS DE ORO DACIO QUE NO PODÍAN VENDERSE

*Híspalis*
*Finales de octubre del 106 d. C.*

## LA IMPORTANCIA DEL RESPETO

Durante algún tiempo estuvo abatido, sin ganas de pelear, de muy mal humor y pensando que tal vez era demasiado confiado, que había asuntos que no podía dejar en manos, siquiera, del eficiente Crátero. Las pesadillas desde el día en que su fiesta terminó sin haber empezado no lo dejaban descansar. Un recurrente sueño lo asaltaba cada noche.

—Crátero, siempre sueño lo mismo. Me veo con dos orejas y ya sabes lo que eso significa.

—Patrón, lo malo es que esas orejas sean deformes o de animales grotescos. Y no es el caso. Debe serenarse.

—¡¡No puedo serenarme, Crátero, y tú tampoco deberías hacerlo!! —le gritó excitado al griego.

—Ya sé que si un hombre rico como yo sueña con dos orejas significa que hablan de mí. Murmuran sobre mí. ¿Qué dice Híspalis de la fiesta, Crátero? Hace muchos días que no salgo, que no voy al foro y que me hundo en el jardín en pensamientos melancólicos. Dime, ¿se ha reído mucho Híspalis de mí?

—Señor…

Una nueva voz intempestiva de Cara Pesacao tronó en la habitación.

—¡¡¡Y no me mientas, todos sois una panda de mentirosos!!!

Crátero se decidió a decirle la verdad.

—Sí, hablan de usted, patrón. Se ríen de usted, patrón. Se interesan por el agotador trabajo que tiene desde entonces su esclavo, el que lo acompaña al servicio para limpiarle el culo…

Cara Pescao, desde su más absoluta tristeza, dejó escapar una sonrisa:

—¡¡¡Malditos sean. Encima tienen gracia…!!!

—Pero, señor, lo peor de los comentarios no son esas bobadas.

—Dime qué es peor que una fiesta en mi honor frustrada por un robo en el almacén.

Crátero se mordió levemente los labios para ver de qué forma se lo decía.

—Patrón, lo peor es que se ríen del robo…

Esa respuesta fue el mejor tónico que la melancólica situación vital en la que vivía el mercader pudo recibir para estimularlo. Volvió a sentir en el interior de su barriga el fuego del coraje, el espíritu de su capacidad de lucha. Se sentó, pensativo, sobre su rica cama abarrotada de almohadones de plumas y sábanas de seda. Pasado un instante, dijo con resolución:

—Crátero, la base de este negocio es la confianza. Y la confianza de la gente se pierde si no te respetan. Tenemos que hacernos respetar. Híspalis no puede reírse de que hayan robado en mi almacén y hacer de ello un chiste. Eso te desprestigia. Necesitamos, más que lo robado, encontrar nuestro prestigio, hacernos respetar. ¿Y sabes cómo te respetan? —le preguntó al griego con unos ojos desorbitados.

—Creo que sí…

—Así es. Encontrando al culpable o inventándonos unos culpables que paguen por ello.

El griego dudó.

—Patrón, no está Malleo. No tenemos a nadie capaz de hacer esos trabajos de forma limpia y satisfactoria.

Cara Pescao se levantó de la cama. No se afeitaba desde hacía tiempo y su cuidada melena parecía ahora una desmochada cebolla. También su cuerpo había dejado de oler a penetrantes bálsamos y aceites, y no despedía mejor olor que un cargador del muelle.

—Lo buscaremos, Crátero. Lo buscaremos. Es más, voy a buscarlo yo. Verás qué pronto se entera Híspalis de la importancia que le da Cara Pescao al respeto de su negocio.

Cara Pescao abandonó la habitación, pegó un chillido al atriense y mandó que le prepararan sus termas privadas. Al esclavo de la esponja se lo encontró en el *impluvium*.

—Tú, acompáñame hasta las letrinas. Voy a mandarles un recado a las cloacas de Híspalis. —Y rompió a reír…

## Las alas del dinero

Los rostros de los padres del Zurdo en aquella vela blanca de travertino lo emocionaron. Estaba en el taller del marmolista de Orippo, que había terminado la urna funeraria para los ascendientes

de Scaeva. Un trabajo exquisito. El Zurdo pasó su mano por la barquita y pensó que, al fin y al cabo, la vida no es más que un viaje a ninguna parte o a la parte que te lleven los vientos del destino. Sus padres soñaron siempre con una vida placentera en la granja, sacándole a un grano de trigo muchas espigas, cuidando de que los olivos produjeran un aceite tan verde como las esmeraldas y sembrando entre sus hijos las semillas de la dignidad y el orgullo, porque la cabeza baja era solo para los bueyes yunteros. Aquella barca que construyeron sus padres con el esfuerzo de una vida se había descuadernado contra las rocas más imprevisibles de una costa inhóspita y letal. De los restos del naufragio solo quedaban lágrimas, muertes, deudas y dos hermanos perdidos.

—¡Has hecho un buen trabajo!

—Gracias, soldado.

—Un magnífico trabajo digno de albergar la última casa de mis padres. Sé que ahora sus almas descansarán sin tormento. Dime el precio.

El artesano pormenorizó su trabajo.

—La pieza de travertino, el lucido del mármol y la mano de obra…

Interrumpió Scaeva:

—Por Salambó, no te he pedido que me digas lo que has hecho y cómo lo has hecho. Te he dicho que estoy contento con el trabajo y que quiero pagarte lo que con tanto mimo has trabajado. Dime el precio y acabamos. Quiero darles descanso definitivo a las almas de mis padres.

—Soldado, son 900 denarios. No hemos hablado de pintar la urna…

Valentiniano miró al Zurdo y este cruzó su vista con la del niño, evitándola de manera que no percibiera en su mirada ningún tipo de inseguridad económica. Pero era evidente que el dinero, desde que llegó a Híspalis, parecía que tenía alas y volaba cada vez más lejos de sus manos, y a sus manos no llegaba dinero alguno que lo repusiera. Había que ir pensando en hacer algo, en trabajar en algo. Pero ¿trabajar en qué? Era un soldado que sabía hacer muy bien su oficio, pero en tiempos de paz no sabía hacer nada. El campo estaba muerto y la temporada marítima había concluido. En los muelles no habría mucha oferta. ¿A quién podía acudir? Además, le quedaba seguir la pista de su hermanita Clelia y rescatar la granja de sus padres para que volviera a las manos de sus legítimos dueños. Sabía que el usurero no se lo iba a poner fácil y que le devolvería, cuando menos se lo pensara, la humillación que le proporcionó en su misma casa, cuando le sacó la información de quién había engañado a su padre con un

falso negocio marítimo en Cartago. Mendax ya criaba gusanos en algún estercolero de Híspalis, pero le dijo la verdad sobre aquel negocio: él era tan solo uno de los muchos anzuelos que el usurero empleaba para amasar una fortuna en tierra de pequeños propietarios, a los que estafaba y arruinaba.

—Tenemos que trabajar, Valentiniano. Queda poco dinero, y con lo que me queda del botín de guerra no voy a tener para rescatar a Clelia si logro dar con ella.

—Olvídate de tu hermana. Yo ya lo hice —respondió el niño con suma acritud.

El Zurdo no quiso oír y siguió hablando:

—Con lo que me queda llegaremos muy justos a las nonas de noviembre, el día cinco. Y para los idus, el 13 de noviembre, ya no tendremos nada…

## Buscando un Malleo

El destino, como el río o el arroyo, siempre busca la mejor forma de cumplirse, sorteando quebradas y deslizándose, suave o abruptamente, por el camino que le trazó la naturaleza. Aquella mañana de finales de octubre, sin que aún las nubes hubieran aparecido por los cielos de Híspalis, Cara Pescao fue a buscar al foro portuario y a las inmediaciones del muelle a conocidos que lo ayudaran en un asunto delicado. Se había quedado sin su hombre en la calle, sin los ojos y los oídos en las tabernas y en las esquinas menos seguras de la ciudad, donde todo se hablaba, donde todo se decía, donde llegaban rumores, noticias, ecos que nacían en las tripas y se depositaban en las sentinas de los bajos fondos de la ciudad. Tener un agente en ese mundo era contar con una ventaja que un mercader de su posición no podía perder si no quería perder algo tan valioso como era la información. Al final del foro portuario, casi pegando al río, tan espesado de cañaverales y concurrido por patos y gaviotas, se encontró con Lucio el Tuerto. Hablaban animadamente, y Cara Pescao parecía esgrimir una sonrisa de satisfacción.

—¿Y me dices, Lucio, que ese tal Zurdo es un soldado que ha regresado de las guerras dácicas?

—Así es.

—A ver. Te refieres a uno que anda por ahí con un muchacho rubio, con pinta de bárbaro, ¿verdad?

—Es su esclavo. Un niño dacio que le regaló el mismísimo emperador Trajano.

—¿El mismísimo emperador? Por Salambó, ese soldado debe de ser especial…

—También a mí me lo parece. Y tiene toda mi admiración. Él y muchos como él han vengado la derrota y han borrado la vergüenza de todos los que luchamos allí hace años…

—Parece un tipo con determinación. ¿Qué busca por Híspalis?

—Es de aquí. Sus padres tenían una granja a un par de horas de Híspalis en dirección a Orippo.

—¿Tenían?

—Sí, la perdieron a manos del usurero de Orippo, y quiere rescatarla, y también a su hermana, que formaba parte del aval que su padre firmó para hacer un negocio con Mendax.

—¿Mendax? Valiente truhan. Sería capaz de vender a su madre por un puñado de piedras.

Cara Pescao se quedó pensativo, pero volvió a preguntar.

—Si trabajara para mí es posible que yo pudiera ayudarlo a encontrar a su hermana. Y, por qué no, si resulta eficiente, le podría adelantar el dinero para que rescatara su granja. ¿Lo verás pronto?

—Seguro. Lo que más desea en esta vida es rescatar a su hermana, y hemos quedado en vernos.

—¿Te importaría hablarle de mi oferta?

—Por Júpiter, creo que le daría una gran alegría. ¿Qué clase de empleo le darías?

Cara Pescao se llevó la mano a la barbilla y respondió:

—Uno que no le será difícil desempeñar. Uno que ya ha hecho luchando por Roma. Un trabajo que me devolverá el respeto y la consideración de mis enemigos como a ti y a Roma os ha devuelto el respeto y la consideración de los dacios. Lucio, el trabajo que tengo es perfecto para ese… ¿cómo se llama?

—Scaeva, el Zurdo…

## La vida es puro teatro

Se había caracterizado como él, como Cara Pescao: melenita a lo Nerón, toga multicolor, el rostro empolvado para dar la sensación de ir perfectamente depilado y, a su lado, un actor hacía de Crátero. Era el teatro de mimos que alegraba las mañanas del mercado de Híspalis y que en estos tiempos de escasez suponía uno de los mayores divertimentos públicos de la plebe. Poca gente en los puestos de carne y pescado y mucha alrededor de aquellos cómicos del mimo que estaban representando una obra titulada: *La fiesta cagada del*

*millonario*. Era tan explícito el título que no había que explicarle a nadie que aquella sátira gestual, donde la crítica más dura y soez se hilvanaba con cantos, bailes, chistes y trucos de magia, se mofaba de la gran fiesta *non nata* que no pudo disfrutar nadie en casa de Cara Pescao. Algún esclavo del rico mercader se quedó a disfrutar con lo que veía y a tomar nota para su amo. Nada de lo que pasara en Híspalis que tuviera alguna relación con el rico liberto podía pasar inadvertido. Sus hombres no solo llevaban a su casa materias primas y abastecimiento de comida; llevaban algo tan importante como todo eso: información. Y de esa información, entre otras cosas, Cara Pescao y Crátero decantaban el estado de opinión que Híspalis tenía, en un momento determinado, del rico mercader.

El Zurdo y el joven dacio empezaron a conocer a Cara Pescao allí, en el mercado, donde invertían esas horas de la mañana para tomarle el pulso a la ciudad. Un rico liberto que era protagonista de una obra de mimos de una compañía callejera significaba algo. O mucho. Comenzó a preguntar, y al cabo se enteró de quién era, a qué se dedicaba, dónde vivía, qué hilos manejaba en la ciudad y cómo unos ladrones le habían chafado una de las mejores fiestas que se iban a dar en Híspalis asaltando su almacén en el puerto.

—¿Tan mala vigilancia tenía una mercancía tan rica? —preguntó el Zurdo a un paisano con el que veía los mimos.

—No, no. Era buena. Al frente estaba su hombre de confianza, Malleo. Un hombre muy eficaz, pero lo asesinaron. Anda buscando quien lo sustituya, y paga bien.

Scaeva miró al dacio, y este hizo un leve gesto de asentimiento con su rostro.

—¿Dónde vive ese tipo?

—¿Vas a pedirle trabajo?

—Voy a ver si me interesa trabajar para él —dijo orgulloso el Zurdo.

—No hace falta que tú se lo digas. Yo mismo te llevaré…

El Zurdo se sorprendió cuando vio allí a Lucio el Tuerto. Se abrazaron como si fueran viejos compañeros de batalla. El Tuerto le comentó:

—Todo lo que estás viendo ahí representado por esos mimos es mierda, pero a la gente del pueblo le gusta la mierda. Se divierten machacando a los que lograron alcanzar sus sueños. Pero todos quisieran ser Cara Pescao.

—Para llegar a ser tan rico hay que aplastar muchas cabezas, Lucio…

—No muchas más de las que tú y yo hemos rebañado en nuestras

campañas, y ya ves en qué situación está él y en cuál nosotros. Valoro la inteligencia, mucho más desde que en la Dacia entendí que la soberbia y la vanidad pueden llevar a la muerte a miles de personas.

—¿Tan estúpido fue Fusco?

—Más que una liebre acosada por perros.

La gente prorrumpió en carcajadas y aplausos. La escena cumbre se acababa de representar. El actor que imitaba a Cara Pescao se enteraba, gestualmente, por Crátero de que le habían robado en el almacén, y el mimo cayó desvanecido, abierto de patas y dejando salir por debajo de su toga un pestilente hedor a cloaca. Los músicos de la compañía percusionaron sus panderos, que imitaban a una apoteosis de expulsión de gases. Los romanos de la calle agradecían siempre un final de mimos con música intestinal.

Lucio, Scaeva y el niño dacio abandonaron el mercado.

—¿Sabes algo de Clelia, Lucio?

—Sí.

—¡¡¡Por Salambó, dime!!!

—Sé que ha estado aquí hasta hace muy pocas semanas y que ahora está en Roma, en buenas manos.

Scaeva acusó el golpe. La había tenido delante de sus narices incluso, quizá pudo haberse cruzado con ella por la calle, pero ahora estaba en Roma. Tan lejos. Se sintió burlado por el destino. Preguntó consternado:

—¿En buenas manos?

—En muy buenas manos. No debes preocuparte. Y hazme caso, dale tiempo al tiempo para ir resolviendo temas pendientes. Ve a casa de Cara Pescao.

—Tenía pensamiento de hacerlo. Ahora no me importa mucho.

Animándolo, echándole el brazo por el hombro:

—Ve a casa de Cara Pescao. Quizá allí la diosa Fortuna te tiene deparada una jugada maestra. Él me preguntó el otro día por ti en el foro portuario. Te está esperando con los brazos abiertos. Ve, Zurdo, ve. Yo nunca te enviaría a una emboscada como aquella en la que Fusco metió en Tapae a una legión completa…

## Padre, háblame de Aquiles

Marco Antonio Pyrgos acostumbraba a emplear varias horas de la tarde a pasear con su primogénito, con el mayor de sus hijos, que aún portaba la toga pretexta, la toga de los niños. Paseaban por la orilla del río o bien le daban unas monedas a un barquero para que los

paseara, relajadamente, por el Betis, mientras hablaban de historia, literatura, mitología. Era la forma que tenía el bardo de instruir a sus hijos, toda vez que en la casa no sobraban recursos para cultivar a los chicos ni había el silencio necesario para que la volátil atención del jovencito no emigrara de Paulo a Paulino, su mejor amigo, con quien compartía una infancia plena. No obstante tenía en Pyrgos un brillante maestro que, como padre, intentaba enseñar no solo lo que sabía como hombre de letras que era, sino también como una persona que no había sido tratada con dulzura por la vida.

—Padre, me gusta mucho la historia de Aquiles. ¿Me la puedes volver a contar?

Con resignación, Pyrgos le contestó a su hijo:

—Te la he contado muchas veces, tantas como pájaros ves ahora en el cielo cruzando hacia el sur. Hoy quería hablarte de…

El niño interrumpió a su padre con zalamerías, rogándole que, por favor, volviera a contarle la historia de Aquiles, el de los pies ligeros.

—Te la he contado tantas veces que ya no se qué podemos aprender de esa historia, hijo mío.

—Me gusta mucho el pasaje en el que Aquiles, tras derrotar a Héctor en combate singular, lo amarra al carro y lo arrastra delante de las murallas de Troya.

—¿Y qué te atrae de una escena tan cruel? Lo mínimo que hay que concederle a un muerto es un entierro satisfactorio, para que su alma descanse en paz.

Los pájaros que viajaban hacia el sur continuaban pasando por encima de sus cabezas, buscando el calor de África, donde pasarían el invierno. El niño contestó:

—Padre, de esa historia me atrae la desesperación del amor, lo que un hombre es capaz de hacer para vengar a su amigo muerto.

—Es cierto que Patroclo murió a manos de Héctor, el príncipe troyano…

El niño volvió a interrumpirlo.

—Yo haría lo mismo si alguien le hiciera algo malo a Paulino. Es mi mejor amigo. Con él he conquistado medio mundo y siempre vamos juntos a la batalla, defendiéndonos, espalda contra espalda, de los ataques de los germanos del Rin. ¡¡¡Todo por la grandeza de Roma!!!

Pyrgos lo dejó hablar. Le gustaba oírlo. Él, con su edad, también había sido un incorregible soñador, un exagerado romántico que soñó con haber podido estudiar Derecho, Letras, Historia y Oratoria con los mejores profesores de Roma, donde solo iban los hijos de la aristocracia. Pero nunca tuvo la suerte de su parte y no hubo patrón que quisiera invertir en inteligencia. Metió la mano en el agua de

forma indolente mientras su pensamiento se imponía a las preguntas de su hijo, hasta quedar absolutamente borradas de su conciencia, silenciadas por la presencia en primer plano de su reflexión:

«Yo he llegado a sentir ese mismo deseo de Aquiles para vengar a Cara Pescao, para demostrarle mi lealtad. Ha sido el único hombre en esta ciudad que me ha valorado por lo que soy. Sé que no somos amigos, pero el lazo que nos une es tan fuerte como el de la amistad entre Aquiles y Patroclo. El lazo de sentirnos ambos guerreros de un mismo batallón que pelea por no sucumbir a las duras exigencias que impone la aristocracia local. Quieran los dioses que acoja bajo su manto protector a mi primogénito y el chico pueda llegar a estudiar en las mejores escuelas de Roma».

El niño lo zarandeó y lo sacó de su ensimismamiento:

—¡¡¡Padre, padre, dime por qué Patroclo, herido, volvía la cabeza cuando Aquiles lo curaba…!!!

—Para evitarle a su amigo que viera su dolor. Solo el amor es capaz de hacer eso…

Y su cabeza se fue, nuevamente, al aciago día de la fiesta de Cara Pescao, cuando viéndolo tendido y sincopado por tan desagradable noticia, el mercader se cagó por las patas abajo y Pyrgos, su cantor más sincero, volvió la cabeza para que el hombre más rico de la Bética no viera en su rostro el dolor que le proporcionaba, una vez más, un destino esquivo…

## Viejas cuentas pendientes (1)

El Zurdo había alquilado una pequeña habitación en una ínsula, un edificio en altura donde los alquileres más baratos estaban situados en los pisos superiores. El edificio, como todos los de aquel tipo, era ruidoso, bullicioso, sucio y estaba ocupado por personas de escasos recursos económicos. En esa situación se encontraban el Zurdo y su joven dacio. El botín de guerra había ido mermando según pasaron los días en Híspalis y pronto, si la diosa Fortuna no se acordaba de ellos, estarían formando parte de la legión de subempleados y menesterosos que vagaban por los campos o esperaban en los foros de Híspalis la posibilidad de ganarse unos cobres para el sustento del día.

—Te verás obligado a venderme, romano —dijo Valentiniano tendido en el jergón de paja que tenía aquella habitación a modo de cama.

El Zurdo no le dijo nada y siguió buscando algo en su zurrón de cuero.

—No te queda otra. No tienes dinero y no parece que te anime mucho la idea de ir a la casa de ese mercader a buscarlo.

El Zurdo siguió hurgando en su zurrón. Torció el gesto: no daba con lo que andaba buscando.

—¿Qué buscas? Estás siempre buscando algo: una hermana, un hermano, una dirección, un estafador, un trabajo…Creo que no fue buena idea la de dejar el ejército. Ahora podrías estar en Roma, junto con tu amigo Tercio, divirtiéndote como solo se divierten los soldados victoriosos, y mira dónde estás.

El Zurdo levantó los ojos y lo miró. El dacio continuó.

—Mira dónde estás, en un miserable cuartucho donde solo los piojos y las pulgas se sienten como en casa.

Scaeva decidió hablar:

—¿Sabes por qué no te he vendido ya?

El dacio lo miró interrogado.

—No.

—Porque estoy seguro de que nadie te querría. Yo busco demasiadas cosas y tú hablas mucho. Ningún amo te querría con esa lengua. Demasiado larga para tan pocos años.

Un jergón de paja y unas lamparillas de aceite era todo el mobiliario de aquel miserable cuartucho al que incluso un burro le pondría pegas como establo. No tenía cocina, para evitar incendios, y las necesidades se hacían sobre unas pequeñas tinajas de barro que había que bajar para verterlas sobre las cloacas de la ciudad. El Zurdo hizo un gesto de contrariedad y le preguntó al niño:

—¿Has visto por algún lado las pulseras, anillos y pendientes de oro que me traje de tu país?

El niño se incorporó del jergón con un rictus de amargor en su rostro. No contestó.

—No recuerdo que las haya gastado. Precisamente esas no. Fueron las últimas que logré capturar cuando saliste de entre los muertos.

El Zurdo miró al niño con desconfianza.

—¿Estás seguro de que no las has visto?

—Estoy seguro, romano, de que no las venderás. Me venderás a mí, venderás tu alma a un criminal, venderás hasta el último aliento de tu vida. Pero esas pulseras, anillos y pendientes no los venderás nunca. Nunca…

## VIEJAS CUENTAS PENDIENTES (Y 2)

Scaeva dejó el zurrón sobre el suelo. Se levantó y miró fieramente al

niño.

—Escucha de una vez para siempre: yo soy el dueño de tu vida. Yo soy el dios que gobierna tu destino. Yo soy la llave que abre la puerta de mi casa para dejarte entrar o para dejarte fuera junto a los perros. Yo soy tu plato de comida o el juez que te condenará a pasar hambre. Yo soy quien decide si tu espalda sigue sin marcas o te la lleno de cicatrices a latigazos. Tú no eres nada y yo lo soy todo sobre ti. ¿Lo entiendes?

El niño se levantó igualmente y lo miró desafiante a los ojos:

—No te das cuenta, romano. Tú eres el esclavo; yo soy el hombre libre. Tú estás esclavizado por tus recuerdos y tus pérdidas, yo lo superé todo, hasta el miedo. No te tengo miedo, porque sé que el día que muera no será peor que los días que he vivido detrás de ti.

El Zurdo le levantó la mano y le pegó con fuerza en el pecho. El niño cayó sobre el jergón, acusando el golpe.

—Levántate, bárbaro. Vamos a la calle. Quiero venderte hoy mismo. Vamos a hablar con Lucio. Pero, antes, dame las pulseras, los anillos y los pendientes de oro que son míos.

El niño se levantó orgullosamente y le respondió:

—No son tuyos. Son míos. Eran de mi padre.

Scaeva se quedó sorprendido, pero intentó no transmitir su estado de ánimo.

—¿Recuerdas aquel día en el bosque de Sarmizegetusa, cuando cortabas cabezas de compatriotas míos y los despojabas de brazaletes y collares?

El Zurdo lo miró sin contestar.

—La última cabeza que rebanaste era la de mi padre. Estaba malherido. Y aquel día fue mi primera acción guerrera, mi bautizo de sangre. Lo acompañaba en la batalla y te puedo jurar que luchamos los dos como auténticos guerreros dacios. No venderás nunca esos anillos, de la misma forma que no has consentido que un usurero se quede con lo que tu padre más quería: su granja.

—Es diferente —dijo poco convencido el Zurdo.

—Oh, claro, sí. Es muy diferente. Tus sentimientos paternos son los de un soldado victorioso. Los míos son los de un esclavo, los de un miserable, y la llave de mi casa la tiene quien puede dejarme entrar o en la calle junto a los perros.

El Zurdo contraatacó:

—Mi hermana Clelia también ha sufrido los rigores de esta guerra y ahora es una esclava que no sé dónde está.

Valentiniano se pensó la mejor respuesta, que quiso que fuera un golpe de gracia sobre el cuello espiritual del Zurdo.

—¿Acaso sé yo dónde está la mía? Duermo con aquella imagen que llena mis noches de angustia y dolor. Se ha pegado a mí como las moscas a la miel. Recuerda aquel día, recuerda: Sarmizegetusa estaba absolutamente tomada por vuestras legiones, entregadas al saqueo, la violación, la destrucción y el fuego. Pasamos por delante de una casa destruida, y una niña pequeña, gateando, llegó hasta a mí para abrazarme.

El Zurdo dudó.

—No lo recuerdo bien…

—Haz un esfuerzo. No creo que vieras en aquella guerra una situación tan humana y conmovedora. Era una niña gateando entre los muros derribados de nuestra casa. Absolutamente sola. Con mis abuelos y madre pasados a cuchillo. Me vio y se vino hacia mí para agarrarme con todas sus fuerzas. Era lo único que le quedaba en el mundo. Dudo que en su vida pueda borrar el terror que vivió aquel día. Esa niña era mi hermanita. Se la llevaron también a Roma. Gracias a tu amigo, que le buscó el amparo de vuestro centurión. ¿Recuerdas ahora?

El Zurdo le dio la espalda al dacio y dijo en voz alta:

—Las guerras se ganan y se pierden. Y tú la perdiste, bárbaro. Dame lo que me pertenece por haber vencido.

—Me lo tendrás que quitar haciendo lo que no hiciste en aquel bosque: matándome. No tengo miedo a morir. Y tú sí. Lo has tenido desde que llegaste a esta maldita ciudad.

El Zurdo volvió a encararlo.

—¡¡¡Nunca he tenido miedo, mocoso!!!

—Claro que lo has tenido. Y en situaciones menos difíciles que las mías. Yo no lo tuve cuando vi que me lo quitabas todo en aquel bosque rematando a mi padre; yo no lo tuve cuando me escapé de tu vigilancia y me propuse vengar la muerte de mi padre cobrándome tu vida y la de cualquier otro romano; no tuve miedo cuando viví aquella horrible noche en vuestro campamento mientras los soldados violaban a una inocente y preciosa dacia; no tuve miedo tampoco cuando me encontré solo, absolutamente solo en el mundo, con mi familia asesinada y mi hermana lejos de mi lado. Y aún peor: cuando comprendí que mi patria había muerto junto con sus soldados, que nunca más la Dacia sería como antes de aquella maldita batalla. Lo perdí todo y no tuve miedo.

—¿Y cuándo tuve miedo yo, mocoso?

—Cuando sobre tu corazón cayó la maldición que compartimos: tus padres murieron, te robaron tus tierras, vendieron a tu hermana como esclava y regresaste a una ciudad que no tenía nada que darte y que

era muy diferente a la que abandonaste por un sueño. Te vi el miedo en los ojos en tus oraciones en el templo. Y cuando intercediste para librar a aquella señora de que le robaran, tras la huida de sus esclavos, en su propia litera. No era la Híspalis que conocías y me habías contado en el viaje en barco desde Marsella, y verla tan del revés te asustó por lo que te pudiera tocar. No sabes cómo te cambió el carácter aquella noche en la taberna, cuando Tiberio, el oráculo, te anticipó dos muertes…

El Zurdo estaba muy incómodo. Quizá la incomodidad que te inflige asomarte a lo que tu alma trata de esconder sin conseguirlo. Y reflexionó. Aquel chico no solo era valiente, también era extremadamente listo. Sería un error, pese a sus impertinencias, venderlo como carne barata. Tal vez una muestra de generosidad por su parte convirtiera aquel ajuste de cuentas en unas cuentas saldadas y bien cerradas.

—Es justo que te quedes con los recuerdos de tu padre, que debió de ser un gran guerrero. Honraremos su memoria a través de esos brazaletes y pulseras, como yo hago con mi cuchillo ibérico.

—Te juro, Scaeva, por Zalmoxis, que cuando sea un hombre libre los usaré para honrarlo mientras me dure la vida.

Se quedaron los dos en silencio en aquella mugrienta habitación, y el Zurdo captó el hecho significativo de que, por vez primera desde que lo conocía, Valentiniano lo había llamado por su nombre. Era la manera que tuvo el dacio de firmar la paz. Ninguno de los dos había ganado aquella brutal guerra que dirigió un brillante y borracho general de Itálica: Marco Ulpio Trajano. Ambos perdieron tanto para que lo ganara todo la capital del mundo: Roma…

## El brazo del destino

*Híspalis*
*Primavera del 107 d. C.*

Como él mismo había calculado, en la primavera del 107 el Zurdo era un miserable exsoldado al que la Fortuna le había dado la espalda. Se había quedado sin familia, sin hermanos, sin la granja de los padres y sin su botín de guerra. Desesperado por lo que le indicaban los arúspices que consultaba y los sueños con búhos y tantos y tantos días seguidos de signos aciagos, entendió que solo de forma extraordinaria podría salir de una situación tan extraordinariamente negativa. Cierto día, en una taberna del puerto, jugando a los dados con tres

profesionales conocidos por sus dotes casi mágicas para sacar del cubilete combinaciones de números inalcanzables para otros jugadores, Scaeva perdió lo poco que le quedaba, y aun así dejó de pagar parte de lo perdido.

—Si no tienes para jugar fuerte, ¿por qué juegas, soldado? —le preguntó muy serio uno de los jugadores.

—No aceptamos tramposos y somos muy exigentes con los que hacen trampas —dijo otro.

Scaeva fue a justificar su falta de dinero, pero se le anticipó el tercero en discordia:

—Aún te queda ese muchachito, el esclavo que te trajiste de la Dacia. Ve a Tercio y suplícale que te lo compre. Porque nuestras deudas se saldan. Si no con monedas, sí con el oro con el que valoras tu vida.

El Zurdo estaba realmente abatido. Nunca había soportado una racha de infortunio tan persistente, tan puntual cada día. Quiso explicarse y pedir tiempo para saldar su deuda, pero uno de los jugadores cogió a Valentiniano del brazo y le dijo de malas maneras:

—Lo que se pierde, se paga. Y tú vas a pagarnos con este miserable jovencito. Lo venderemos y saldarás tu deuda con nosotros. Estoy seguro de que en la ciudad habrá quien quiera pagar bien por él. ¡¡Llévatelo!! —le dijo el que parecía liderar aquel grupo al más subordinado. Obviamente, Valentiniano seguía siendo un joven guerrero dacio.

—¡¡¡Suéltame, miserable!!! ¡¡¡Suéltame antes de que te cierre un ojo para siempre!!! —dijo el muchacho.

Los tres jugadores rieron, y los parroquianos de la taberna encontraron un buen motivo para pasar la mañana. Siempre era bien recibida una ración de golpes, puñetazos y sangre para alegrar las ociosas horas de una ciudad a la espera de que el inicio de la temporada de navegación trajera, junto con las mercancías habituales, noticias y asombros de tierras lejanas. Se levantó el jugador de más jerarquía, un tipo fuerte, sereno y que delataba cierta oscuridad en su alma. Cogió al niño por los pelos y lo revoleó contra la pared. El chico, lejos de dejarse vencer, se levantó como un atleta en las carreras del estadio, saltó sobre aquel tipo y le clavó un puñal en el ojo. Por su parte, el Zurdo, con un izquierdazo, acabó con la mandíbula del más subordinado, y el segundo de la partida levantó las manos y, solicitando calma, se fue, reculando, hacia la puerta de salida de la taberna, diciendo:

—¡¡¡No, no, a mí no me debes nada. Nada en absoluto. Tú y yo hemos arreglado las cuentas!!!

En una esquina del local estaba Crátero, el eficiente liberto de Cara Pescao. El desenlace tan violento de la deuda de juego evitó que intercediera y planteara, allí mismo, una oferta de compra por el joven dacio y otra para que Scaeva ocupara, en la nómina de convincentes disuasores de su señor, la vacante del imprescindible Malleo, el matón que apareció muerto flotando en el Betis tras el asalto de los almacenes portuarios del rico liberto. Pero se le anticipó otro hispalense también necesitado de fuerza, valor, arrojo y espectáculo.

—Me llamo Africano, soy el lanista de Híspalis y me gusta cómo manejas la izquierda. Creo que ese brazo puede enderezar tu destino…

## Los intereses alejan las disputas

Si Cicerón había dejado claro, en una de sus obras, cuáles eran los oficios honrosos y cuáles los odiosos, el Zurdo no iba a prestarle mucha atención a la cómoda moral de un intelectual que escribía con el estómago lleno y para un porcentaje mínimo de ciudadanos, aquellos que integraban la élite, la jerarquía, la clase dominante: ni el uno por ciento de toda la población del Imperio, que alcanzaba los sesenta millones de seres. Scaeva iba a convertirse en gladiador, lo que suponía dejar de ser completamente libre y hambriento para convertirse en un ser dependiente al que podían marcar con un hierro al rojo, pero con el estómago lleno. Además, si la pelea en la arena era su destino y el destino le tenía reservada una salida grata hacia el bienestar, ya podían pensar Cicerón y los aristócratas lo que quisieran, porque una vez ganado el suficiente dinero en los anfiteatros podría mantener su granja y su tierra, ese estatus que según el renombrado escritor romano «es entre todos los oficios por donde se adquiere alguna cosa, el mejor, el más abundante, más delicioso y propio de un hombre de bien: la agricultura».

Scaeva visitó la escuela de gladiadores de Africano que, por entonces, tenía un indiscutible líder: el Cuervo. Aquel tipo esquinado, silencioso, malencarado y con un corazón tan duro como el de las estatuas, era el rey de la escuela y de Híspalis, un auténtico ídolo popular. Pese a que su compañía no era un brillo para los cargos públicos y los aristócratas, era tan grande la veneración que le otorgaba Híspalis que muchas de aquellas narices estiradas se las tapaban cuando la ocasión lo pedía para dejarse ver con el Cuervo. En una taberna. En el foro. En una fiesta local. En un acto religioso. Estar a su lado, aunque fuera para saludarlo, no venía mal para generar

simpatías y recoger sus beneficios entre una plebe que, sencillamente, lo adoraba. El Zurdo no sabía muy bien en qué consistía el objeto de aquella visita, pero tenía claro que no tenía adónde ir, y que si la Fortuna no le sonreía en la escuela de Africano tendría que vender a muy bajo precio a Valentiniano o echarse ambos a los caminos y dedicarse a asaltar viajeros para vivir del robo y la rapiña, algo que solo está bien visto y condecorado en las guerras.

—Hace una bonita mañana para pelear, ¿no te parece, Scaeva?

—Hace una hermosa mañana para que la vida me sonría, lanista.

—Te dije el otro día, en la taberna, cuando peleabas contra aquellos jugadores, que tu brazo puede enderezar tu destino.

Valentiniano, con la osadía de siempre, intervino en la conversación.

—Fui yo el que dejó al más fuerte fuera de combate. Creo que se equivoca. Soy yo el que puede ser un buen gladiador. Póngame a prueba.

El lanista quedó sorprendido por la audacia de aquel niño y esbozó una cómplice sonrisa mientra miraba al Zurdo:

—Si tu amo quiere, yo no tengo inconveniente, pero te puedo asegurar que la prueba es dura.

—Más duro es vivir como vivo —replicó Valentiniano.

El Zurdo puso orden en la conversación.

—Africano, he venido hasta aquí porque me invitaste a enderezar mi destino. Bien. Aquí estoy. Y el que me acompaña todavía es mi esclavo. Su palabra no vale más que la mía. ¿En qué consiste esa prueba que me tienes preparada?

—Vas a pelear con armas de madera con el Cuervo, el gladiador más querido por la gente de Híspalis y el luchador con más talento y menos piedad que he conocido en mi vida de lanista.

El comentario no hizo mella en el Zurdo, que lo pasó por alto, como si se tratara del vuelo de una mosca.

—¿La prueba consiste en vencerlo? ¿Te quedas tan solo con los que son capaces de ganarlo?

—Si fuera así, solo estaríamos en esta escuela él y yo. Valoro otras cosas, Scaeva.

—Pues cuanto antes peleemos, mejor. Quizá tengas razón. Hace un magnífico día para pelear.

El Cuervo estaba preparado en su habitación para demostrarle a Africano que todo lo que le había contado de la fuerza del brazo izquierdo de aquel soldado era pura fantasía. Y si no era así, lo sería a partir de aquella hermosa mañana de arranque de primavera:

—Voy a dejarle el brazo tullido para siempre —dijo el Cuervo tras

golpear con su espada la mesa humilde de su dormitorio—. Saldrá de aquí completamente inútil y me lo agradecerá, porque así podrá organizar su propia banda de menesterosos, tullidos y pedigüeños. Sin duda ese brazo puede cambiar su destino…

Rompió a reír mientras sus risas se multiplicaban por el eco de los pasillos umbríos y cóncavos de la escuela de gladiadores.

## La prueba (1)

Dos horas antes del mediodía, bajo un azul que parecía estar impregnado de lapislázuli afgano, media Híspalis sabía que el Cuervo iba a poner a prueba al soldado que vino de la Dacia quien, días pasados, le rompió la mandíbula a uno en una taberna. El sol estaba casi en la vertical de la ciudad e inflamaba con su joven y fuerte luz primaveral todo el caserío sur de Híspalis, haciendo reverberar las aguas del Betis desde el puerto hasta los embarcaderos de Itálica y hasta los cerros de los antiguos templos fenicios[16]. Las gaviotas disputaban sus raciones de comida entre el pescado que se despreciaba en el río por oler más de la cuenta, y las cigüeñas entraban en la maraña forestal de las riberas del puerto buscando culebras y ranas con las que sacar adelante los polluelos de sus nidos, algunos plantados, descaradamente, sobre las cubiertas de los edificios públicos y religiosos. La verja de hierro que delimitaba la escuela de gladiadores cercana al anfiteatro estaba abarrotada, repleta de curiosos que ya cruzaban apuestas ilegales sobre el resultado de la prueba.

—Tres monedas a que gana el Cuervo.

—Yo apuesto seis también por el Cuervo.

—No seré yo quien se quede sin llevarse nada de un negocio tan claro. También seis a que se lo merienda el Cuervo.

Inopinadamente, la bulla de la verja se silenció. Llegaba alguien importante en la ciudad, transportado en su litera, repleta de campanillas y falos aleteantes que ahuyentaban, al parecer, la mala influencia de los demonios. Sí, sí. Era la litera de Cara Pescao, al que le abrieron con rapidez las puertas del colegio para que entrara. Lo hizo.

—Hace una mañana maravillosa para descubrir algo importante —dijo el liberto dirigiéndose a Africano.

—Todo apunta a que sea así, querido amigo. Salve.

—Me tendrás guardado un lugar apropiado para ver una prueba en la que ando tan interesado, ¿verdad, Africano?

—¿Ves ese balcón de ahí arriba? Ese es nuestro sitio, mercader. Desde ahí no te perderás un detalle de lo que más te interese o preocupe.

—¿Luchará, por fin, el niño dacio, Africano?

—No lo creo. Su amo no lo quiere ver convertido en esclavo.

—Mejor así. Me gustan las pieles suaves y las caras sin marcas. Bastante tuve yo que pagar a aquel médico griego para que las hiciera desaparecer de mi rostro. Estoy encantado, Africano. Empecemos cuando creas conveniente.

Africano hizo tañer una campana, y desde puertas opuestas del patio de entrenamiento salieron el Cuervo y el Zurdo. Iban sin protección. Ni cascos, ni corazas. Y se había pactado que, dada la ventaja que el Cuervo tendría sobre el aspirante, él pelearía con una sola espada y Scaeva con una espada y una daga, todas ellas armas de madera.

—Me gustaría apostar al amo del niño rubio, Africano. ¿Es posible?

Africano hizo un gesto de extrañeza y se puso uno de los dedos sobre las sienes, girándolo y dando a entender que Cara Pescao estaba loco.

—¿Tanto te sobra el dinero como para tirarlo de esa forma, amigo?

—El dinero está, Africano, allí donde los demás no lo ven. Y yo veo que ese soldado está protegido por Pluto.

—No tiene donde caerse muerto.

—Pluto es así de caprichoso. ¿Conoces a algún dios que no lo sea? Ese soldado te hará rico, y a mí me solucionará grandes problemas. Porque tú y yo seguimos siendo buenos amigos, ¿verdad Africano? —le dijo Cara Pescao al lanista mientras le guiñaba un ojo con complicidad.

—Haz lo que quieras. Apuesta por quien quieras. Uno de mis esclavos saldrá ahí afuera y apostará a tu favor el dinero que le des. Y claro que sí, somos buenos amigos y sabemos repartirnos un banquete para que ambos comamos bien y nos saciemos.

—Veinte sestercios por el soldado. ¡¡¡Y que empiecen ya, Africano, por Júpiter, que estoy tremendamente nervioso!!!

Los dos gladiadores se dirigieron hacia el balcón. Levantaron sus espadas y saludaron al lanista y a los amigos de este. Los restantes gladiadores del colegio hicieron un círculo para delimitar el espacio de la pelea. También estaban allí el Pastor, aquel chico que quería ser gladiador y que Africano destinó a labores administrativas, y el rubio Valentiniano. Cara Pescao lo descubrió y sintió como la sangre primaveral se le encendía para iluminarle todos los sueños impudorosos que era capaz de imaginar. Le dijo a Crátero al oído:

—Si el soldado no pasa la prueba, te diriges inmediatamente hacia él y le propones lo que tantas veces te he dicho. Estoy vivamente preocupado por el futuro de esos dos desafortunados seres… —dijo con toda la ironía que era capaz de destilar su desahogada desvergüenza.

## La prueba (y 2)

—¿Qué hacías en el ejército, cocinar?

El Zurdo no contestó al Cuervo. Siguió mirándolo fijamente a los ojos, esperando la señal de inicio.

—Seguro que eras el encargado de pelar las cebollas, las lechugas y las zanahorias, y solo peleabas con mujeres…

El Zurdo no se inmutó. Ya tenía un plan para conocer a su adversario. Dejó pasar un par de minutos y reaccionó lanzándole un escupitajo que le rozó la cara, y vio que el Cuervo era sensible a las provocaciones. Sin duda la soberbia de tantos triunfos había debilitado su capacidad para enfriar cualquier desafío. Con solo escupirle, el Zurdo ya tenía un dato precioso para enfocar el combate. Iba a pelear para provocarlo, intentando que perdiera el control, para que la ira que acumulaba su intratable ego lo traicionara y se pusiera de su parte en la prueba. Sonó la campana y ambos luchadores tomaron posición. Fuera la gente no dejaba de aullar:

—¡¡¡Dale, Cuervo, es un muerto de hambre. Quiere ser gladiador para no pedir limosnas!!!

—Tardarás más en desollar un conejo que en batir a ese intruso, Cuervo. ¡¡¡Hazme ganar dinero!!!

—Pégale fuerte en la cabeza y que sangre. No perderemos nada y yo ganaré mi apuesta.

Ambos luchadores adoptaron una situación defensiva, de estudio de movimientos, esquivos y con las espadas apuntando a la cara del contrario, girando hacia derecha e izquierda, a la espera de que una falta de concentración en la pelea le diera la oportunidad de llegar con nitidez a un órgano vital. Conseguido eso, se daba por acabada la prueba. Giraban y giraban. El primero en lanzar un golpe con su espada fue el Cuervo. Zumbó en el aire. El Zurdo la esquivó agachándose y contraatacando con su daga la pierna del contrario, que lo evitó saltando hacia atrás. La gente aplaudía, y en el balcón, a Cara Pescao le agradaba lo que estaba viendo.

—Si no te lo quedas tú, me lo llevo yo, querido Africano.

—Todo se puede compartir, amigo. Todo. Hay senadores que

comparten a sus mujeres. ¿Cómo no íbamos nosotros a compartir a un gladiador y medio?

—Mejor diría que hay mujeres que comparten sus conejitos. Como Venus, esa puta venerable que engaña siempre al pobre Vulcano. No sé por qué he creído que la parte del mundo donde hay más cuernos es en la fragua del herrero, allá en la barriga del Etna… —Sonrió cara Pescao sin dejar de mirar al Zurdo y al niño dacio.

Abajo, las espadas, pese a estar reforzadas con plomo, ya estaban astilladas. Se habían comprometido en una batalla que superaba la normativa de una prueba. Demasiada intensidad para un protocolo de acceso. Al público le llegaba que allí, en aquel círculo que habían formado sobre la arena de la escuela los gladiadores de Africano, había algún tipo de silenciosa animadversión: ninguno de los dos sentía por el otro una pizca de simpatía profesional. El Zurdo pasó a castigar la soberbia del Cuervo:

—Mírame bien, estúpido gladiador de gallinero. Mírame bien. No fui cocinero en Dacia. Cortaba cabezas. ¡¡¡Como ahora voy a cortar la tuya!!!

El Zurdo hizo un brusco movimiento hacia la derecha para, sobre la marcha, girar a la izquierda, escupir al ojo del adversario y ganar el tiempo justo para colocar su espada en el cuello, pero el gladiador de Africano, el rey del anfiteatro de Híspalis, no era tonto. Logró dominarse y cuando sintió el escupitajo en su ojo hundió la espada en la arena, levantándola y esparciéndola sobre el cuerpo ya sudoroso del Zurdo. El soldado salió trastabillado de la argucia y con arena en uno de los ojos. Pudo reponerse al chocar con los cuerpos de los gladiadores que le hacían el círculo. Se frotaba el ojo salpicado. En ese instante, el Cuervo se lo jugó todo a una carta. Saltó como un lince sobre su oponente y fue a darle con la espada en el hombro. El Zurdo reaccionó con presteza y su daga alcanzó el muslo izquierdo del gladiador. Ambos estaban tocados, pero nunca antes nadie había conseguido llegar a tanto en una prueba con el Cuervo.

Era la primera vez que aquel tipo malencarado y tenebroso escuchó en su interior la llamada del respeto. También de la alerta. Aquel soldado no era un pela repollos ni tampoco un muerto de hambre que buscaba el plato de alubias caliente de la escuela de gladiadores. Sabía luchar. Y sabía provocar. Lejos de que este pensamiento lograra enfriar su natural inclinación a atacar como un toro, lo inflamó por dentro y, lo peor de todo, no supo evitar exteriorizarlo. Empezó a insultar al Zurdo, y a este le encantó comprobar que aquel toro parecía ingobernable, como si le hubieran puesto sobre las astas unas antorchas llameantes. Confirmaba así su estrategia de lucha, la

primera impresión que el Zurdo recibió cuando lo vio presa fácil de la provocación.

—Solo has peleado con campesinos muertos de hambre y con delincuentes, pero no eres capaz de matar a una mosca sin alas —insultó Scaeva.

Nuevamente, el Cuervo le lanzó una serie de espadazos encadenados que lograron romper el arma del Zurdo. Fueron a darle otra espada, pero el lanista lo prohibió. Quería verlo desenvolverse casi desarmado. Había visto en aquellos lances lo suficiente como para intuir que el soldado podría ser un diamante en bruto que le había llegado del tesoro real de un país tan lejano como Dacia.

—Le queda aún la daga, y quiero ver lo que es capaz de hacer con tan poca cosa ante un Cuervo con espada…

El Cuervo, otra vez, salió corriendo hacia Scaeva, con un plan arriesgado, pero útil sobre la arena: saltar cerca de su presencia, girar en el aire buscando la espalda del enemigo y alcanzarle la cabeza con la espada. Estaba protegido por la longitud corta de la daga de su adversario y por el salto distanciado que le permitía realizar su espada, más larga. Si conseguía un salto limpio y un giro ajustado, Scaeva tendría dos monedas en los ojos esa misma mañana para que Caronte se lo llevara en la barca. El Cuervo arrancó en mitad de una ovación de su público y un grito que sonó en toda Híspalis:

—¡¡¡No mato moscas; descuartizo vacas!!!

Scaeva se tiró a la arena, eludiendo el salto de su atacante; dio varias vueltas sobre sí mismo y se puso en pie antes de que el Cuervo hubiera podido estabilizar sus piernas sobre la arena tras su impetuoso salto, tiempo más que sobrado para llegar nítidamente con su daga al cuello y encontrarse con los ojos desorbitados y espantados de un Cuervo que aquella mañana había sufrido su primera derrota en la arena.

—¿Qué decías de las vacas, matamoscas?

## OTRO GALLO EN EL GALLINERO

—Sabes que tarde o temprano a ese soldado me lo quedaré yo. A él y a su precioso y suave esclavo…

Africano no escuchaba a Cara Pescao. Habían pasado casi dos horas de la prueba y bebía vino en el balcón de la escuela, donde el sol tibio de principios de marzo te dejaba el cuerpo como un buen día en las termas.

—Lo sabes, Africano. No podrás tener mucho tiempo a dos gallos

en el mismo gallinero.

—¿Y tú podrás mantener mucho tiempo al gallo y a su pollito en tu casa sin que Scaeva censure tus miradas golosas sobre el pichón dacio?

—Yo tengo un plan, lanista.

—Yo tengo otro. Y no te excluye. Tú formas parte de él.

Cara Pescao apuró su vaso y le dijo al lanista que lo invitaba a comer.

—¿En casa o en alguna buena taberna cercana al río, donde las putas llevan esas pelucas de color naranja tan chillonas? ¿Carne o pescado, qué quieres, Africano?¿Muslo o pechuga? —dijo riendo…

—Un lugar tranquilo donde podamos hablar de negocios. Prefiero quedarme aquí.

—Como tú quieras. Hoy tenía ganas de comer bien, pero no le voy a hacer ascos a lo que comen los gladiadores. Uno de ellos me cae especialmente bien. Él y su ayudante —dijo Cara Pescao con malicia sexual.

—Te hará bien comer ligero. Te veo más gordo, casi vas a tener que reponer tu vestuario. Ya no cabes en las togas y túnicas del pasado año. Cuida tu salud, amigo.

Scaeva estaba descansando de la pelea en los baños de la escuela de gladiadores. Se había sumergido en una piscina de agua templada y bien limpia, con el fondo adornado por mosaicos de escenas atléticas y combates entre luchadores. Africano trataba con dureza a sus gladiadores en los entrenamientos, pero les concedía un trato muy profesional en su vida en la escuela. La limpieza de la piscina, por ejemplo, era una norma de higiene que el lanista llevaba hasta sus extremos por considerar que su mercancía humana debería estar atendida y tratada con tacto. A fin de cuentas, peleaban por ellos y para que Africano ganara dinero. Mucho dinero. Y parecía que, con dos gallos de pelea en el corral, pronto le iban a llegar ofertas tentadoras que el lanista tendría que aceptar. Scaeva dejó vagar su pensamiento mientras flotaba en aquellas aguas cálidas agarrado a su amuleto, aquella concha de mar que alguna vez enlosó el pavimento de un viejo templo ibérico. Se preguntó quién sería el primer político o aristócrata que aprovecharía una fiesta cualquiera para ofrecerle a la plebe el enfrentamiento en el anfiteatro de los dos gladiadores más fieros de Híspalis, o quién se iba a oponer al combate entre una selección de gladiadores de la Bética contra Scaeva y el Cuervo para buscar un solo ganador. Eso era dinero. Mucho dinero. Scaeva se echó agua sobre el rostro. Lejos de él, en el balcón, el lanista conversaba con Cara Pescao. Acababa también de refrescarse la cara con el agua

de una palangana militar. Hablaba:

—Pero igualmente traerán muchos problemas. Scaeva y el Zurdo conviviendo todo el día bajo este techo sería tan dañino para mi escuela como si una catapulta se apostara ahí enfrente y nos bombardeara todo el día.

—Lo sé, amigo. Por eso creo que es aconsejable que se venga a casa.

—Mira, mercader, hay una fórmula intermedia: él entrenará aquí y luchará con mi escuela, y tú le ofrecerás el trabajo que hoy no te puede hacer nadie desde que asesinaron a Malleo.

—No me parece mala idea. Tendrá dos patrones distintos para hacer un mismo trabajo: quitarnos de encima a aquellos que nos molestan en nuestros negocios.

—Creo que lo has entendido a la primera, amigo. Tan listo como siempre.

—Yo sé lo que voy a ofrecerle. ¿Tú también, lanista?

—Yo voy a poner a su alcance la gloria de pelear en el anfiteatro Flavio en Roma, con Trajano en su palco y la familia real aplaudiéndole. ¿Te lo imaginas? ¿Te imaginas a un soldado suyo de las guerras dácicas luchando nuevamente ante los ojos del emperador que los condujo en la batalla?

A Cara Pescao se le iluminaron los ojos y solo pudo decir:

—Cuenta conmigo si necesitas dinero. Quiero estar en esa página tan rentable de la historia de Híspalis…

Llegó un esclavo del lanista con una bolsa de monedas, las que el liberto había ganado en la apuesta del combate de prueba.

—Señor, esto es suyo —dijo el esclavo.

Cara Pescao tomó la bolsa, se levantó del asiento y se dirigió a la parte del balcón de la escuela que daba a la calle. En la puerta aún quedaban hispalenses hablando de la pelea y especulando con un futuro prometedor para alegrar las largas noches de invierno: ya tenía la ciudad el corazón partido por dos líderes, por dos gladiadores que iban a tener a sus seguidores más incondicionales. Cara Pescao lo vio clarísimo, por eso arrojó lo ganado sobre los allí presentes dejando clara una cosa:

—¡¡Esto os lo regala el Zurdo. Apoyadlo, con todas vuestras fuerzas, y os hará muy ricos en las apuestas del anfiteatro!!

Se dio la vuelta, miró a Africano y le guiñó un ojo. El lanista se rascaba la cabeza de pura admiración.

—Yo también veré ese combate en Roma, Africano. Como socio tuyo…

La derrota es amarga, frustrante, ponzoñosa y busca siempre un culpable o una espalda sobre la que descargar la ira. No hay miel que la endulce ni vino que le devuelva la alegría. Por el contrario, las derrotas y el vino hacen amistades fatales, mezclan sangres que se envenenan en el corazón y repercuten en el cerebro que, sin parar, se machaca sin piedad, buscando una venganza, planeando una emboscada, encontrando la paz en la guerra permanente. El Cuervo no encajó nada bien su derrota ante Scaeva, pese a que se trataba tan solo de una prueba con espadas de madera. ¿O era algo más que una prueba de acceso a la escuela de gladiadores? Vivió un par de días encerrado en sí mismo, alejado de todos, practicando en la palestra con espadas de verdad, con gladios cortantes y afilados, expresando así todo el rencor que había acumulado por su derrota ante el Zurdo. Parecía que desparramando miedo ahuyentaría a los que pensaran que había perdido su sitio entre los luchadores. Quería dejar claro que seguía siendo el número uno, el primer gladiador de Africano, el rey de Híspalis, aunque Híspalis ya contara en su foro, en el puerto y en las tabernas que había nacido otra estrella en la escuela de Africano. No soportaba que nadie le hiciera ningún comentario de los que corrían por las calles de la ciudad. Los paraba en seco, con violencia extrema si hacía falta. Al Cuervo no le gustaba oír los graznidos de los pájaros de mal agüero que revoloteaban a su alrededor para disfrutar con su pequeño traspiés. Al fin y al cabo, él mismo se torturaba con lo que pasó:

—Me dije que iba a dejarlo tullido del brazo izquierdo y es ahora ese brazo el que amenaza mi cuello…

De los duros entrenamientos pasaba a su celda. Y allí, en su celda, sin nadie que lo molestara, encendía sobre un tosco altar de piedra torpemente tallada una vela a una pequeña estatuilla de barro que simbolizaba alguna deidad de su incierto origen, que unos creían tracio y otros más oriental aún. El caso es que esas plegarias le concedían los únicos momentos de serenidad que tras la pelea con el Zurdo había sabido disfrutar. Pero era abandonar su celda y cruzarse con las miradas de los compañeros y sus saludos para que desde su estómago arrancara una incontenible furia que descargaba con lo primero que tuviera a mano. Así rompió el duro forjado de un gladio al desvertebrar un muro sólido del pasillo de acceso al patio de entrenamientos.

El único al que escuchaba era a Pastor, quizá el chico del colegio que más fervor le demostraba. El administrativo seguía soñando con

ser gladiador, y el Cuervo le permitía acceder a su celda y colocarse las grebas o el casco. Llegó a jugar con él y a enseñarle pasos y movimientos básicos en la lucha en la arena. Pastor tenía en el Cuervo a un dios hecho hombre, a un dios hecho amigo, a un dios de carne y hueso que Híspalis reverenciaba y al que solo él tenía un acceso tan fácil y espiritual. A su vez, el Cuervo se permitía con Pastor la única ventana abierta para vislumbrar en los seres humanos algo de ternura, corazón y confianza. Medida confianza. Porque sus entrañas y su corazón no eran partidarios de desnudar su inclemencia y mostrar cierta debilidad. Aquella tarde, dos días después de pasada la prueba, Pastor, tras acabar sus cuentas y números de los gastos de comidas, armas e impedimentas consumidas por los gladiadores de la escuela, se acercó a la celda del Cuervo. Había oído algo en la calle y creyó que debería saberlo su amigo, quizá el único amigo que tenía en la vida y al que amaba con todas sus fuerzas.

—Salve, Cuervo, ¿qué tal te encuentras esta tarde?

—Siempre me encuentro bien, Pastor. Pasa. Acomódate. ¿Quieres que te enseñe algunos movimientos de lucha?

—¡Claro que sí! —dijo el muchacho, alborozado—. Pero permíteme que antes te cuente algo.

El Cuervo se calló. No le dio permiso ni tampoco se lo quitó. Y el chico, con más inocencia que tacto, le dijo:

—En el foro hay partidarios ya de Scaeva, y dicen que pronto habrá un nuevo rey en el anfiteatro de Híspalis, y que tras vencerte a ti y a los que se le opongan en Córdoba y en el norte de África, viajará hasta Roma para pelear delante del emperador.

—¿Y tú qué crees, Pastor?

—Yo creo que tú sigues siendo el más fuerte y el mejor.

—Entonces no hablemos más.

—Pero hay algo que también se cuenta y que no quisiera callar.

—No me gusta hablar de este tema, lo sabes, Pastor. Pero dime…

—Te llaman Matamoscas, los que se ríen de ti te han puesto ese mote: Matamoscas.

El Cuervo se levantó airado, cogió un taburete de olivo y lo descargó sobre la cabeza del muchacho. Quedó vencido en el suelo. Sangraba por la cabeza. Cuando el Cuervo se enfrió y se percató de lo que había hecho, se sintió un ser despreciable y dañino, capaz de acabar con lo único que quería en el mundo, y fue aquel sentimiento tan agudo como una puñalada que le hubiera desgarrado el vientre hasta tocar con su fina punta el agudo dolor de la muerte…

Una semana después de la prueba, citaron a Scaeva en casa de Cara Pescao. Hasta entonces nunca había estado en una casa tan exuberante. Acostumbrado a la sencilla granja de sus padres y a las tiendas de campaña de los emplazamientos militares, aquella casa le parecía tan fastuosa que casi lo incomodaba. Mosaicos en los suelos, estatuas de personajes mitológicos y divinidades, columnas de mármol pintadas de rojo y con capiteles dorados, tapices y alfombras orientales, grifos de plata, jaulas con pájaros exóticos, pinturas murales de escenas bucólicas y paisajes marinos… Fue como caminar, en pocos minutos, por los rincones más lejanos del mundo, lugar de procedencia de aquellos bienes y exornos. El incienso que compraba en Puzzuoli a los mercaderes nabateos se quemaba permanentemente en una casa que olía a templo, a fiesta sacrificial, al lujo proclamado sin inhibición alguna por aquel hombre con fama de ser uno de los más ricos de la Bética. Scaeva caminaba junto al atriense y pararon al llegar a una maravillosa puerta labrada con dibujos geométricos y signos solares, hecha de madera de cedro y que Cara Pescao se trajo del norte de África. El atriense llamó a la puerta con una calculada intensidad: lo justo para que lo oyeran y lo indispensable para no sobresaltar. Dentro estaba el mercader con Crátero, ajustando cuentas de sus negocios

—No hemos perdido tanto en el robo del puerto, señor.

—Te lo he dicho. No me importa lo que materialmente hayamos perdido, es más grave la pérdida de autoridad y prestigio. No se puede escuchar en Híspalis que a Cara Pescao le roba cualquiera.

El rico liberto se contrarió al ver que cualquier nadería doméstica le impedía terminar su importante trabajo. Gritó desde el interior de su escritorio:

—¡¡¡Atriense, he dicho que no se me molestara. Que ninguna cuestión es más importante que la que ahora estoy abordando con Crátero!!! Por todos los dioses, ¿tan difícil es entenderlo?

—Perdón, señor, está aquí Scaeva…

Crátero y Cara Pescao se miraron con los ojos del que recibe una gratificante noticia.

—¡¡¡Por Júpiter, ¿y qué haces con él ahí afuera? Hazlo pasar ya!!!

El Zurdo pasó al interior de la estancia y saludó a Cara Pescao y a Crátero sin falsos alardes. Tampoco con desabridas maneras. Un saludo casi marcial: respeto y educación.

—¿Y tu joven acompañante, no ha venido contigo? —preguntó Cara Pescao—. Le habría encantado ver los pájaros persas y del reino

de la India que tengo. Son bellísimos.

—No le gustan los pájaros, señor. Es más: se sube a los árboles y se come los huevos de los nidos. Hasta ahí llega su admiración por los pájaros.

Cara Pescao y Crátero se miraron y rieron.

—Estos bárbaros… Un día nos comerán a nosotros. Y a más de uno le gustará —dijo con doble intención Cara Pescao refiriéndose al joven dacio.

—Mientras que Trajano sea el emperador de Roma, eso no tiene por qué ocurrir mañana —contestó Scaeva.

Crátero creyó necesario intervenir para colocar la conversación en su punto.

—Discúlpeme, señor. Me he tomado la libertad de convocar esta reunión por puros asuntos de negocios. Creo que sería conveniente que yo saliera del escritorio, ordenara en la cocina que prepararan una comida a la altura de nuestro invitado y que mi señor hablara con Scaeva de sus asuntos.

—Está bien, Crátero. Gracias por recordármelo. Eres tan preciso como la flecha que mató a Aquiles. Griego, al fin —dijo guiñándole un ojo…

Quedaron solos en el escritorio el soldado y el liberto, y fue Scaeva el primero en hablar.

—Me dijo Africano que querías ofrecerme algo interesante…

—Yo creo que es interesante, soldado.

—No sé qué puedo darle a cambio a un hombre tan poderoso y rico como tú —señaló el Zurdo viendo los anillos que llevaba en la mano.

—Bagatelas, amigo. Estos anillos son bagatelas. Pero tú no lo eres. Hace días, en la escuela, te vi pelear con el hombre más duro y hábil de Híspalis, y entendí que no eres un cualquiera. Y yo no ofrezco posibilidades a un cualquiera.

—Gracias, mercader.

—Conozco de ti lo suficiente como para saber lo que tengo que ofrecerte, pero me gustaría primero escucharte. ¿Qué necesitas?

—El pasado ni tú ni el emperador podríais devolvérmelo, y es ahí donde perdí todo lo que me interesa en la vida.

—Por Júpiter, Scaeva, hablas como uno de esos filósofos a los que nadie entiende. Habla claro, por favor. En los negocios hay que hablar claro para luego actuar de forma oscura —dijo con humor Cara Pescao.

—Hablaré claro: necesito rescatar la granja de mis padres; necesito encontrar a mi hermana Clelia y necesito vengar la muerte de mi amado ancestro. No podré vivir en paz hasta que el usurero de Orippo

no haya dejado este mundo de forma violenta.

Cara Pescao miró los ojos de Scaeva y creyó ver el mismo color del rencor que esmaltaba siempre los del Cuervo. Ambos parecían estar unidos por uno de los sentimientos más duros de soportar para un hombre: el odio y su alimento diario, la necesidad de venganza. Hizo un gesto de contrariedad con su boca de besugo, como si aquella respuesta no la hubiera esperado nunca de Scaeva.

—No hay ningún problema para abordar tus dos primeras propuestas. La granja la rescato yo y tú me la pagas con tus servicios; a tu hermana empezamos a buscarla y la encontraremos, aunque esté más allá de Siria. En cuanto al usurero de Orippo…

—¿Qué ocurre?

—Es poderoso, muy poderoso.

—También lo eran los dacios, roxolanos y sármatas, mercader. Y aquí estoy.

—Son guerras distintas, Scaeva. Tras ese usurero hay algunos aristócratas de Gades que lo protegen y para los que trabaja. No matarías solo a un usurero, estarías eliminando una mano de obra muy importante para esos aristócratas. Y esas cosas no se perdonan.

El silencio se apoderó del escritorio. Ambos se miraban, pensativos. Cara Pescao dio varias vueltas por la estancia, con las manos entrelazadas tras su cintura mientras buscaba una salida al problema. Scaeva se levantó y fue a despedirse:

—Si no me puedes pagar ese precio, mercader, no quiero seguir interrumpiendo tu valioso tiempo. Ha sido un placer conocerte. Seguramente nos veremos en algún lugar de Híspalis. Esto no es Roma.

Cara Pescao le impidió irse:

—Escucha esto, Zurdo: nunca te levantes de una negociación sin haber escuchado lo que la otra parte te ofrece. ¿Sabes acaso lo que puedo darte?

—Para mí no hay nada más importante que acabar con ese maldito criminal usurero, y tú no puedes hacerlo.

—Ten calma. Estas cosas no se preparan de un momento para otro. Yo no te he dicho que no pueda ejecutarse ese deseo, yo he dicho que ese deseo es muy arriesgado, y como tal hay que contemplarlo.

Scaeva volvió a sentarse. Cara Pescao recapituló:

—La granja te la rescato, a tu hermana la busco y la encuentro, y al usurero de Orippo le buscaremos su día aciago, ese día donde uno puede perderlo todo, incluso la vida. Pero hay que saber esperar.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del soldado. Fue suficiente para que Cara Pescao entendiera que ese mismo día, en aquel escritorio,

Scaeva se iba a convertir en uno de sus hombres más importantes para recobrar el prestigio y el respeto de su reputación en Híspalis. Creyó ver el momento oportuno para que Scaeva escuchara sus pretensiones.

—Zurdo, ahora me toca pedir a mí. Es justo, ¿cierto?

—Lo es, mercader. Qué quieres de mí a cambio de tanto.

—Mucho.

—No tengo nada.

—Tienes todo lo que a mí me interesa. Quiero ganar mi reputación y mi prestigio en Híspalis.

—No te entiendo, mercader.

—Hace meses me robaron parte de un cargamento de mercancías que llegó en un barco desde Marsella. En ese barco donde llegaste a Híspalis. ¿Recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Es curiosa, la vida. Muchas veces, junto al problema viaja su solución. Verás. Nadie ha encontrado a los ladrones que entraron en mi almacén del puerto, ni los vamos a encontrar, pero yo necesito hacer saber en Híspalis que los hemos encontrado y que han recibido su merecido por ladrones. ¿Me comprendes?

—Creo que sí. No importa que te hayan robado o no. Tú quieres un escarmiento sobre los cuerpos de unos inocentes.

—¿Inocentes? Nadie es hoy en Híspalis inocente de nada, y menos esas ratas que viven de lo que roban entre los fardos del puerto. Solo quiero un castigo ejemplar. Te aseguro que no pretendo nada más y nada menos que eso: recobrar mi prestigio, infundir miedo, hacer que me respeten.

Scaeva miró al suelo. No le gustaba la oferta. Era demasiado limpio como para eso, pero tampoco iba a encontrar otra oportunidad para recobrar lo que le habían robado a su padre.

—Guardas silencio, soldado. Pareces no estar conforme con lo que te pido —dijo cara Pescao.

No le contestó. Siguió pensando y buscando un argumento de peso para convencer a su conciencia. Inocentes. Tendría que pasar por encima de unos inocentes para conseguir las vidas que le habían robado. Y su mente lo llevó a la Dacia, a la guerra y al día en que le rebanó el cuello al padre de Valentiniano. Todos eran allí seres inocentes masacrados en beneficio de unos pocos. ¿Era así la vida? ¿No cayó el pueblo del que descendía su estirpe en manos de una Roma expansionista que no contemplaba nunca inocentes para hacer realidad sus ambiciones? En ese momento llegó Crátero al escritorio.

—Mi señor, hace un día muy agradable. Creo que el jardín sería un lugar estupendo para prolongar la conversación.

—Me parece una idea estupenda —dijo Cara Pescao mirando a Scaeva, que parecía muy indeciso.

—A mí también me parece una idea estupenda. Además, creo que podremos disfrutar de la comida, porque de este asunto ya no hay nada más que hablar…

---

16. Alusión al templo del Carambolo ya, probablemente, en ruinas y despojado de sus usos religiosos, comerciales y consultivos para mercaderes y campesinos. Desde el promontorio donde Híspalis se asentaba eran perfectamente visibles, más allá del río navegable y las marismas que se extendían hacia Occidente, los restos del otrora templo fenicio/tartésico donde se honraba a Astarté y Baal, erigido siglos atrás en el cabezo de Camas. Avieno, muchos siglos después, lo recoge en sus escritos históricos, aludiendo a su pasado religioso ya amortizado.

# CAPÍTULO VI

# *FATA VIAM INVENIENT*
# (EL DESTINO ENCONTRARÁ LA MANERA)

(PUBLIO VIRGILIO MARÓN)

*Saturnales, Itálica*
*Años después*

## LA AMANTE

Había dejado en blanco los ojos, los estertores de placer le conmovían el cuerpo, el sudor y el frío se apoderaron de su voluntad y tras un grito rasgado de placer se abandonó en brazos de aquel fornido hombre. Cuando se le fue la vida por el clímax coital comenzó a golpear con sus brazos a su amante y llamarle maricón, «Eres un maricón», un reproche que había que entender justamente al revés. Su conejito parecía tener vida propia, y tras semejante noche de pasión, lejos de darse por saciada, pedía mucho más, como si aquel encuentro fuera el último y como si aquella madrugada hubiera que batir la marca asignada a Mesalina, la esposa del tartajoso y cojitranco Claudio, que en una noche de locura sexual logró acostarse con más hombres que la famosa prostituta siciliana Scila con la que estaba compitiendo y a la que acabó derrotando tras yacer la siciliana con veinticinco amantes. La mujer de Claudio continuó, presa, quizá, del mismo deseo voraz que ahora se había instalado en el bajo vientre de Gala.

Ambos se habían encadenado al dulce pero insaciable secuestro de Eros durante toda la noche, y en aquella lujosa estancia de una bellísima *domus* de Itálica las palabras se habían convertido en susurros, y los pensamientos, en gemidos. Dos perros en celo habrían considerado tanta unión carnal un exceso. Pero ellos no. Y Gala menos.

—Por favor, una vez más…

Gala tenía un cuerpo sinuoso, unas caderas anchas y una grupa que podía competir con las de las yeguas lusitanas, aquellas que los íberos creían que preñaba el viento salado del Atlántico. Era muy bonita. Tez

morena, ojos almendrados, pelo castaño y ondulado. De edad media. La otra media la había desaprovechado en un matrimonio de conveniencia y poco activo, pero supo recomponer su naufragio vital y sentimental para convertirse en una matrona inmensamente rica que gozaba de su amante. Su familia la había entregado muy joven a un potente aristócrata bético con intereses desmesurados en la industria minera, en la oleícola y en la ganaderas que le doblaba la edad. Alianza de familias. Su marido, a cuyos intereses les guardaba absoluta lealtad, vivía la mayor parte del tiempo en Roma, donde era senador. Ella prefirió la vida tranquila y clandestina de Itálica, donde nadie sospechaba de su larga relación con aquel atlético hombre.

—¡¡¡Por favor, una vez más. Como a mí me gusta…!!!

No se le conocían más machos que apagaran el fuego de su pasión. Con este hombre que ahora le acariciaba el clítoris y que esperaba verla en el grado justo y ya cifrado de excitación para introducirle los dedos en la vagina, tenía bastante. Mejor dicho: lo tenía todo. Lo llamaba y acudía. Silbaba y le besaba los pies. Pronunciaba su nombre y estallaba en su alcoba una constelación de colores vivos que era la fiel expresión del cenit de su placer.

—¡¡¡Así, así, sigue así. Uffffffff. Por Venus, me vas a matar!!!

Cuando su amante supo que su clímax sexual había alcanzado el momento más crítico, no la penetró. Jugó con su impaciencia desbocada y se dedicó a infligirle un dulce castigo arrimándole su miembro al caliente horno que habitaba entre sus piernas: suavemente, casi de forma imperceptible, le introdujo solo el glande para, inmediatamente, sacarlo y dejarla con la miel en los labios.

—¡¡¡Cabrón, no me hagas eso. Penétrame, penétrame hasta que acabes con mi maldito nombre. Te lo ruego!!!

Lloraba por ser poseída. Lágrimas calientes como el vino con miel de los campamentos de los soldados donde, ahora, no le importaría caer para ganarles a todos en la batalla del amor. El amante la volvió de espaldas y una poderosa grupa morena, deliciosamente cuidada por aceites y bálsamos orientales, se mostraba en su mejor esplendor, ávida de caer en las redes de aquel atleta sexual. El hombre se echó sobre ella y Gala sintió el vibrante y caliente miembro de su amante. Se dio la vuelta, le cogió el poderoso pene e hizo lo que todas las matronas romanas tenían prohibido hacer, puesto que era una práctica única y exclusivamente de prostitutas.

—Ven, te voy a comer la vida…

Él hizo lo mismo y dibujaron una imposible grafía en números romanos. El hombre no la dejó terminar. La colocó como a una perra y la poseyó por detrás de tal forma que tuvo que meterle un pañuelo en

la boca para que sus gritos no despertaran a nadie aquella plácida y fría amanecida de diciembre en Itálica. Unas horas más tarde se despidieron, exhaustos, pero repletos de vida, y dos esclavas de la absoluta confianza de la señora de la casa acompañaron al amante hasta la puerta. Tras cerrarla, una le preguntó a la otra:

—Oye, ¿no es ese el Zurdo, el famoso gladiador de Híspalis?

*Saturnales, Roma. Domus Áurea*

## La carta

Era una mano fina, pero firme, y no había dedo que no refulgiera con el oro, las gemas, las perlas o los diamantes. Una mano acostumbrada a mandar, a ordenar, a exigir, pero también una mano que revelaba unas formas elegantes, exquisitas, manipuladoras… Escribía sobre una hermosa mesa de madera oriental incrustada en marfil con figuras de elefantes y tigres. Dicen que la primera vez que se vio un tigre en Roma fue como regalo de una embajada oriental que llegó hasta la capital del mundo para abrir mercado y buscar la plata de las minas béticas en tiempos de Augusto, y que este lo exhibió públicamente en un escenario, como había hecho con un rinoceronte en el Saepta y con una serpiente de cincuenta codos de larga delante del Comitium. La mano escribía sobre un pergamino impecable de origen alejandrino. Era el borrador de una carta. Sin más encabezamiento que una breve alusión al año, a las fiestas de diciembre y al lugar desde donde se emitía: la Domus Áurea, el Palacio Imperial de Trajano. Estaba dirigida a la familia Annio, de Córdoba. Decía así:

> «Estimado Tito:
>
> Hace tiempo que no tengo noticias de Córdoba. No sé cómo os trata la vida ni si los dioses os reservaron alguna desagradable sorpresa en vuestros negocios. Deseo que todos gocéis de una desbordante salud, sin la cual ningún afán prospera. ¿Es tan buena la campaña de aceite como me han dicho en Roma? ¿Y las minas? ¿Seguís teniendo la bendición de Pluto para arrancarle la plateada sonrisa al vientre de la tierra que explotáis en Sierra Morena? Yo desde aquí, desde Roma, rezo por la salud y el bienestar de la familia Annio, y le pido a Cronos que en vuestros relojes os queden aún muchas horas felices que disfrutar. Soy una persona serena, bien me conocéis,

pero la impaciencia se ha hecho dueña de mi vida por vuestra perezosa actitud epistolar. Sin vuestras cartas tengo la impresión de que no existís. No sé si se han producido nuevos nacimientos en la familia y desconozco si el frío invierno se ha llevado hasta el averno a algún querido familiar. Escribe pronto y haz que esta inquietud que ahora me embarga la salde con tus buenas noticias.

Quiero revelarte que hemos seguido durante estos últimos años, con verdadero interés, la vida privada y pública del joven Longino Ulpio, aquel chico de Itálica vinculado a la familia del emperador, portador de su sangre y, por lo que hemos podido comprobar, también de su talento y determinación. Su padre lo envió a Roma a estudiar Derecho y a que hiciera el cursus honorum, y según mis noticias, el día que su padre lo anunció en sociedad con una fastuosa fiesta en su *domus* de Itálica, estaba presente un Annio del clan de Córdoba, el mismo aristócrata que, según supimos posteriormente, se mostró en aquella reunión de relevantes ciudadanos de la Bética, vagamente estimulado ante la posibilidad de que otro miembro de la familia Ulpia pudiera acceder al trono de la Domus Áurea. Es más, sabemos en palacio que ese mismo aristócrata, en su circulo familiar de Córdoba, para quien hago extensible esta carta, alardeó de haber brindado en falso por el futuro de Longino Ulpio y, mientras levantaba su copa de plata para invocar la claridad del porvenir del muchacho, él se preguntaba en silencio por qué razón no podía ser un cordobés de su clan familiar el futuro emperador del mundo cuando los dioses amortizaran la vida de Trajano. El muchacho nos ha sorprendido a todos, o quizá nuestro deseo de que el chico fuera un caprichoso e indolente hijo de papá nos empujó a ver en él lo que solo existía en nuestra interesada fantasía. Ni caprichoso, ni indolente, ni miserable, ni torpe, ni soberbio. Desde el principio dio muestras claras de ser un chico maduro para su edad y con los objetivos bien claros en la vida. Pronto llamó la atención del augusto emperador, que, con frecuencia, lo invitaba a palacio y hablaba con su pariente de Itálica sobre el arte de la guerra y la necesidad de estar siempre encima de las cuentas públicas imperiales. Al chico no le aburrían aquellas charlas que, a veces, parecían ya cuentos de abuelo. Por el contrario, las seguía con atención, mostrándose reflexivo e ingenioso en algunas de sus propuestas. Hablaban de la Dacia, de la importancia para el mundo occidental que tuvo la

construcción del puente de Drobeta, realizado por el arquitecto jefe del emperador, Apolodoro de Damasco, y, sobre todo, de la necesidad de cumplir el sueño de Alejandro, abrirse hacia Oriente y animar las transacciones comerciales con los reinos de la India y de China.

Uno de aquellos días, quizá el que me alertó para siempre sobre las intenciones sucesorias de Trajano, empujado sin lugar a dudas por la desinhibición del vino de Antioquía que, relajado, solía beber abundantemente sin mezcla de agua, Augusto se quitó su anillo imperial y se lo colocó en el dedo a Longino. Fue la escenificación del acto de sucesión. Rápidamente el rumor corrió por el Palacio Imperial y llegó a oídos de Adriano, con el que mantiene relaciones muy poco estables, cálidas a veces, otras fría y distante. En los foros, en las tabernas, en el magnífico puerto, de forma hexagonal, que levantó a expensas del de Claudio para que Roma nunca se viera desabastecida del trigo de Egipto, la noticia corrió como un león en el circo tras uno de esos delincuentes que tanto me perturban y que suelen pagar sus delitos sirviendo de distracción pública en los juegos. Así pagan lo que perpetraron saltándose la ley. No creo que tenga que extenderme más en justificar esta carta, pero los Annio deben convencerse de que Longino Ulpio entra en los planes sucesorios del emperador, y de que este, a lo más tardar la próxima primavera, podría estar preparando una expedición militar a Partia, el escollo insalvable para hacer realidad el sueño que comparte con la memoria del gran Alejandro Magno. Longino Ulpio ya está a punto de finalizar su carrera de honor. No es una locura pensar que, con el respaldo de la Casa Imperial, será nombrado procónsul de alguna provincia oriental cercana a Partia (¿quizá Siria?), para estar cerca de Trajano y culminar su formación luchando al lado del hombre con el que comparte sangre, familia y, si nada lo impide, destino universal. Tampoco es descabellado pensar que, de producirse ese nombramiento, Longino Ulpio aprovecharía la primera ocasión que le diera el restablecimiento de la navegación primaveral para ir hasta Itálica y despedirse de sus familiares, una ocasión magnífica para que los Annio no dejen de asistir a la fiesta de despedida y se ayuden a sí mismos para quedar convencidos de que la Fortuna no les es esquiva. Que los dioses os protejan y hagan realidad vuestros sueños».

En las calles de Roma, las Saturnales habían vuelto el mundo del

revés: los esclavos se convertían en hombres libres, los ricos servían a los pobres, las mujeres se vestían de hombres, y los hombres, de mujeres. Cerca del foro de Trajano, un descarado ciudadano, harto de vino barato, escenificaba sobre un colchón de paja en mitad de la calle una escena de amor entre el emperador y su actor de mimos preferido, el muy amado Pylades. Todos se reían del hombre más poderoso del mundo al que las Saturnales habían rebajado a un vulgar adicto al amor griego…

*Saturnales, Híspalis*

## *Io Saturnalis*

Aún resonaba entre las columnas nobles de mármol y capiteles dorados del templo de Saturno[17] el *Io Saturnalis* de los hispalenses: «vivan las Saturnales». La fiesta más caótica del mundo romano comenzaba el 17 de diciembre y consistía, básicamente, en recobrar el tiempo mítico de Saturno, cuando ni las leyes, ni las normas, ni el orden regían la vida de los hombres. Durante ese tiempo mítico no existía la esclavitud, ni la propiedad privada, y todo era comunal, una especie de colectivismo ancestral que remitía a los tiempos dorados de un paraíso perdido. El ciudadano romano sentía aquellas fiestas como muy suyas y en honor de sus caprichos, cosa que se alcanzaba dándole la vuelta a la realidad, volviendo al mundo del revés. La gente se vestía con colores chillones que sustituían a la pesada y seria toga; se tocaban con el píleo, el sombrero de fieltro de los libertos, para simbolizar la supresión de la jerarquía. A los esclavos no se les podía castigar. Los dados no es que estuvieran tolerados. Durante las Saturnales estaba permitido jugar en cualquier sitio, y gente de narices tan estiradas como ecuestres y senadores lucían sus ropas de fiesta. En Roma, en más de una ocasión, se llegó a ver al emperador sin su corona de oro, tocado simplemente con el humilde píleo. Había regalos para todos, y entre iguales se solían intercambiar dádivas, ya fueran para halagar, para ponderar una amistad o, más corrientemente, para gastar una broma.

El foro sevillano, debajo de aquel emparrado tan potente como el de la columnata de Livia en Roma, ahora sin hojas y yacente por el ciclo invernal, estaba repleto de artistas, malabaristas, encantadores de serpientes y músicos ambulantes. Los esclavos despotricaban de sus amos, los mismos que horas antes les habían servido a la mesa y, en las mejores casas de la ciudad, como en la de Cara Pescao, se hacían

fiestas que darían luego para hablar, y mucho, en los juegos para celebrar el principio de año. En casa del liberto se había creado una especie de reino del esperpento: habían coronado a un enano que estaba obligado a dar órdenes muy estúpidas.

—Dígame, señor de las hormigas, ¿cómo puedo hacer este día inolvidable?

El enano, coronado y sentado sobre una especie de escalera de madera a la que se le había adosado una tabla bien sujeta para que se sentara y sintiera como el más alto y poderoso hombre de las Saturnales, contestó con una voz meliflua:

—Cara Pescao hará de caballito y paseará por todo el atrio de la casa a su esclavo más perezoso.

Se sabía cuando empezaba la fiesta en casa del liberto, pero no cuándo terminaba, si no mediaba una desagradable noticia sobre el paradero de sus mercancías en el puerto… Cara Pescao le echó una mirada cruel y bondadosa a la vez al menudo emperador y montó a caballito a aquel haragán africano que apenas hablaba latín, pero que comprendía perfectamente los gustos de su amo. Marco Antonio Pyrgos, el poeta, se había convertido en un inseparable asesor del liberto y aquella noche, con el estilo que lo caracterizaba, se había disfrazado de sátiro para gastarle a su benefactor una broma que solo podía gastarle un hombre tan considerado por Cara Pescao como él. Cuando este acabó de hacer el caballito, cansado y sofocado, llamó a Pyrgos para que empezara su turno. El liberto mandó callar, y el poeta, al que el paso del tiempo y el bonancible clima económico que había disfrutado en la órbita del rico mercader le había dado una atractiva presencia, se situó encima de unas cajas de madera agarrado a una columna de aquel salón, para declamar, muy teatralmente, una cita de una novela griega, una cita escogida con toda la intención del mundo.

—A ver, poeta, ¿qué verso dispararás hoy contra mi corazón para helarme el cariño con el que te pago?

—No podrás quejarte. La jabalina te atravesará y está hecha con el hierro más duro que existe, mucho más que con el que los partos fabrican sus armas: el de la palabra escogida.

—¡¡¡Por Saturno, valiente hijo de puta que estás hecho, Marco Antonio!!! —dijo mientras se reía, y todos los presentes rieron de igual forma.

—¡¡¡Cuidado, Pyrgos, con la columna. Es griega. No te fíes de ella. Últimamente este mercader solo trae baratijas!!! —gritó uno de los muchos que bebían, cantaban y follaban sin compasión en aquella casa que no era de putas, pero parecía de putas y de locos.

—¡¡Calla, botarate, y deja que hable el poeta!! —lo silenció otro que en ese momento lamía la nalga de una mujer. Probablemente no era la suya.

Pyrgos comenzó a leer:

—Cuando Zeus modeló a los hombres, les infundió en seguida las diferentes facultades, pero solo se olvidó del Pudor. Como no encontraba por dónde introducírselo…

La gente comenzó a gritar y a reírse, y a mirar con picardía a Cara Pescao. Los esclavos le ofrecían sus culos, y el liberto aplaudía contento por sentirse tan protagonista y aludido…Él mismo mandó callar.

—¡¡¡Callaos, miserables. Ahora viene lo mejor, por Saturno!!!

Pyrgos prosiguió:

—… introducírselo, le mandó que entrara por el recto. Al principio el Pudor se negó e indignó; después de la insistencia de Zeus, dijo el Pudor: «Pero entro con esta condición de que si entra otro detrás de mí, me marcho inmediatamente».

Todos se revolcaron de risa, y Cara Pescao se tiró con el culo al aire sobre una mesa de oro y ébano decorada con amorcillos y escenas apasionadas de soldados griegos haciendo el amor. Burlonamente, el mercader gritaba:

—¿Que si entra otro detrás de mí me marcho inmediatamente? ¡¡¡¡¡Burrooooooooo. Asnooooooooo. Tontooooooo. Estúpidooooooo!!!!! Si entra otro detrás de ti aprende de este culo al aire que tengo ahora en exposición. Nunca está vacío. Nunca está desocupado. Jamás se hablará con el Pudor. Porque el Pudor es un aguafiestas. Un acompañante aburrido. Un piojo rencoroso. Quizá uno de esos cristianos que consideran inmoral todo lo bueno y lo agradable de la vida.

Aplausos. Grandes aplausos para el culo hablante de Cara Pescao. Sin levantarse, le pidió al rey enano de la noche de Saturno un deseo:

—Oh, rey de las hormigas y de las pulgas. ¿Me permites pedirte un deseo?

—Dime, rey de los *pescaos* y de los culos habitables. ¿Qué deseas?

—Que el negrito al que antes paseé por todo el atrio a caballito saque al Pudor de mi culo.

—Sea. Que pongan al negrito a la grupa del caballo que lo paseó por la casa y lo cabalgue hasta que se sienta como Pegaso, volando más alto que el sol.

Mientras que a Cara Pescao lo sodomizaban en nombre de unas fiestas inolvidables, los presentes se entregaron a beber, comer, cantar y follar con un compás tan mecánico que daba a entender que

ninguno era nuevo en aquella clase de encuentros para despedir el año. En una sala aparte, sentados sobre sus respectivos triclinios, se encontraban Africano el lanista, el Zurdo y el Cuervo. Hablaban más que se divertían. El Cuervo se levantó para echar un vistazo al enorme oleaje de diversión que bañaba aquella casa. Cuando fue a poner la pierna izquierda sobre el suelo, se hizo ostensible que una herida en los tendones se la había dejado inutilizada. Apoyar la pierna y mirar con un profundo rencor a Scaeva fueron dos actos encadenados, un rencor que parecía esperar, sin prisas, una sangrienta contrapartida…

## Un joven Apolo

Su cuerpo se había definido con la edad y la edad había definido, igualmente, su carácter. Casi siete años habían pasado desde que Valentiniano pisó por vez primera el suelo de Híspalis, ciudad donde no solo sus músculos se habían tensado hasta hacerlo parecer un joven Apolo. También la osadía, el arrojo, la determinación, la impertinencia, el descaro y cierta agresividad mal contenida habían fraguado el molde de su personalidad, dándole a aquel joven rubio y de ojos claros la marca de su naturaleza. Él había entrado en el difícil mundo romano, pero Roma no acababa de entrar en él. Como si fuera un vagabundo condenado a no encontrar jamás el refugio espiritual de su destino. Nunca participó del universo invertido de las fiestas saturnales, y se quedaba en la granja de Scaeva dejando que su cabeza vagara demasiado tiempo por el bosque de Sarmizegetusa. No lograba olvidar lo que perdió tan cruelmente en su tierra. Quizá el choque continuo de sentimientos opuestos hacían que tuviera aquella imprevisible acritud.

Su presente no lograba borrar el pasado. Todo a su alrededor lo invitaba a instalarse en la frustración y la rebeldía. En la granja veía el bonito monumento funerario que el Zurdo les había levantado a sus padres, pero él no solo no pudo darles un entierro decente a los suyos, sino que convivía con el hombre que remató a su padre siete años atrás. Había perdido a su hermana, que si el destino era benevolente aún podría vivir en la casa romana de un centurión. Scaeva había logrado rescatar a la suya, Clelia, esclavizada en una rica casa romana y ahora madre y felizmente casada en Híspalis. Y su propio amo había logrado rehacer su vida, encontrar el camino donde el destino se hace, llegando a ser uno de los gladiadores más aclamados en los anfiteatros. Él, pensaba Valentinianio, se había convertido en un granjero cuya gloria no iba más allá de hacer trabajar a los bueyes y

cuidar que los zorros no se comieran las gallinas. Diez años de su vida radicalmente opuestos a lo que su padre había previsto para aquel joven guerrero dacio. Lo enseñó a ser libre, valiente y orgulloso, y había terminado siendo el esclavo de un famoso gladiador al que la Fortuna le devolvió lo que le quitó.

Alguna que otra vez le propuso al Zurdo entrar en la escuela de gladiadores. Veía en la arena el único piso firme que le devolvería la libertad. O la muerte, que era la forma más extrema de sentirse libre de aquel sepulcro en vida en el que se consumía. El Zurdo no lo consintió nunca. Dejó la granja en sus manos, esa era su responsabilidad, y le concedió que estuviera cerca de él en algunos entrenamientos y en determinados combates claves, pero nada más.

—Ya sé, romano, por qué no me dejas hacerme gladiador —le dijo en cierta ocasión, algunos años atrás, cuando el Zurdo ya era aclamado en los anfiteatros de la Bética.

—Te estás volviendo sabio, Valentiniano. Dime, ¿por qué?

—Porque te vencería. Tengo quince años menos que tú, no he perdido la rabia peleando y algún día, si un aristócrata pagara un atractivo enfrentamiento entre un famoso gladiador y su esclavo, algunos ganarían mucho dinero. Y tú probablemente lo perderías todo, perderías tu vida.

—Los dioses, Valentiniano, te dieron el cuerpo y la belleza de Apolo, pero no sus virtudes del equilibrio y la razón. Sigues siendo esclavo de tu mal humor. Algún día eso te costará caro.

—No soy esclavo del mal humor. Lo soy tuyo, y eso quizá es lo que agria mi carácter. En cuanto a que me saldrá caro… —Valentiniano miró fijamente a los ojos del Zurdo. Y dibujó en su boca una mueca de reproche y decepción—: ¿Más caro aún? ¿Qué más puede pagar un guerrero que ha sido esclavizado y convertido en un guardagallinas? ¿Dónde encuentro mi dignidad? ¿Estercolando? ¿Dónde encuentro mi libertad? ¿Obedeciendo tus caprichos y negando los que nacen en mi corazón? Hay muchas formas de comer el pan *cibarius,* el pan de los esclavos, de tan mala calidad que hasta los puercos lo rechazan. Yo lo como todos los días cuando pienso en esto, y eso alimenta y engorda mi desesperación.

—No es buena idea que dejes la granja y te metas en la escuela de gladiadores. El Cuervo haría lo posible por quitarte de en medio. Sabes que me odia, y sabes lo que tú significas para mí. Cualquiera de sus sicarios te degollaría mientras durmieras. Hazme caso. Trato de protegerte.

—Deja de tratarme como a un niño. No lo era en aquel bosque de mi país. Y ya sabes que, como ese Apolo del que acabas de recordar,

en aquel bosque, siendo solo un niño, ya me comporté como un hombre.

El Zurdo levantó su mano para que el dacio no perdiera los estribos y formara una de sus recurrentes escenas de volcánica rabia, pero Valentiniano continuó:

—Me comporté como un hombre y como el mismísimo Apolo al que tanto invocáis. Como él, te tendí una trampa con mi arco y mi carcaj. ¿No es así como siempre lo representáis en vuestros templos? Ya ves. Un niño tan valiente convertido hoy en un miserable recolector de nabos y lechugas.

—¿Por qué quieres ser gladiador, Valentiniano?

—Porque yo también quiero echarme al camino donde el destino encuentre la manera…

—¿Qué me quieres decir?

—Que quizá pueda recobrar la paz de mi espíritu volviendo a la Dacia…

---

17. Nada se sabe de la ubicación del templo de Saturno en la vieja Híspalis. En Roma estaba situado en el extremo occidental del foro. Saturno estaba representado por un dios de madera con una guadaña en la mano. Las fuentes aseguran que su figura estaba rellena de aceite. Las piernas se cubrían de tallos de lino que se retiraban, exclusivamente, el 17 de diciembre, día de la Saturnalia. Saturno era una deidad agrícola, y su templo en la capital imperial guardaba el tesoro nacional de Roma, el Aerarium.

# CAPÍTULO VII

# *DIES NATALIS SOLIS INVICTIS*
# (EL NACIMIENTO DEL SOL INVENCIBLE)

*El Sol Invicto, Híspalis*

## *POMPA CIRCENSIS*

El mismo día en que finalizaban las Saturnales, el pueblo romano, el itálico y los provinciales santificaban el nombre de Apolo. Saturno era la semilla y el vino: la capacidad de procreación. De ahí la desproporción en todas sus manifestaciones, desde la comida al sexo. Después de estas enloquecidas fiestas, coincidiendo con el solsticio de invierno, la fe del Imperio miraba al cielo para ver el nacimiento del Sol, la llegada de Apolo, el invencible dios que renacía tras la muerte y generaba vida suficiente como para que la tierra, las cosechas y los hombre siguieran su camino vital: *«Dies natalis solis invictis»*. Toda buena fiesta que se preciara tenía su procesión, los espontáneos que se incorporaban junto a los fieles cabales, un sacrificio y un conjunto de espectáculos y competiciones. El del Sol Invicto se llamaba Pompa Circensis y consistía en un desfile celebrado el día antes de los juegos, donde la gente se disfrazaba de los distintos dioses del panteón olímpico. Híspalis era una fiesta y comentaba con entusiasmo el gran banquete preliminar que los gladiadores celebraban antes de competir en la arena. Ya la ciudad no disfrutaba del emocionante pulso por el liderazgo entre el Cuervo y Scaeva. Ambos estaban retirados, pero no dejaban de asistir a los juegos. Como veteranos de guerra, como leyendas de un tiempo dorado donde Híspalis alargó su fama y prestigio con la bravura que ambos exhibieron.

El Zurdo se había convertido en un aventajado hombre de negocios. Tenía casas de lenocinio en diversas poblaciones cercanas, vitales a lo largo de la Vía Augusta. La granja había prosperado gracias al trabajo de Valentiniano y al dinero que se ganó en la arena, que invirtió en animales, maquinaria y abonos para que el olivo y el trigo multiplicaran sus frutos. Igualmente su alianza con Cara Pescao había sido muy ventajosa, más aún cuando llegó a un acuerdo con Africano para, por razones de edad, rescindir de mutuo acuerdo la vinculación profesional que los unía. El lanista le dio una despedida en el

anfiteatro a la altura de su prestigio como gladiador y de su indiscutible fama social. Libre de su lazo con la escuela de gladiadores reforzó su acuerdo con Cara Pescao como jefe de seguridad de sus amplios intereses, tan encima de ellos llegó a estar que Híspalis no volvió a dudar del prestigio del mercader. Que el gladiador más afamado de la Bética fuera el hombre encargado de la seguridad del liberto no generaba ningún tipo de duda. No es mentira que tuvo que acabar con una partida de salteadores de caminos para descargar sobre ellos la responsabilidad de un delito que no cometieron, probablemente el único que no cometieron, porque su lista de transgresiones legales era larga. Se ocupó de limpiar el camino hacia Córdoba, donde operaba la susodicha banda de asaltantes, para presentar ante Híspalis a los responsables del robo del almacén de Cara Pescao. Y a partir de ahí comenzó a recobrar prestigio su patrón, el mercader, y este cumplió con todo lo pactado. Con casi todo. La granja la rescató de las manos de la usura, peleó por buscar a Clelia al otro lado del Mediterráneo, y solo apartó en un rincón del tiempo, allá donde las prisas no lo son y habita la paciencia, el encargo de buscarle un día aciago al usurero de Orippo. Quizá por todo esto, por haber variado tanto el rostro que le presentaba su destino, Scaeva disfrutaba viendo por el foro de la ciudad el desfile procesional de la Pompa Circensis mientras hacía tiempo para decir unas palabras en el banquete de homenaje que se les brindaba a los gladiadores. Para muchos de ellos sería la última comida, tal vez el último placer que disfrutaran en una vida que había sido dura, exigente, agria y tan escasamente afortunada que tuvieron que enrolarse en ganársela a todo o nada porque en la calle no tenían ningún futuro. Eran otros desheredados de un imperio en el que Augusto inventó el estado del bienestar, esa especie de sueño falso que subsidiando pan, embelleciendo ciudades y multiplicando juegos disfrazaba la vida real de los ciudadanos ajenos a las élites, haciéndolos partícipes del fulgor, el poder y la gloria imperial que mantenía a la población absolutamente convencida de que vivían en el mejor de los mundos posibles. Era una vivencia emocional, sensorial, pero en absoluto real. La realidad era que el dinero se iba a manos llenas hacia Oriente para que los gustos de las clases dominantes se satisficieran en su vanidosa panoplia de placeres culinarios, estéticos y aromáticos. Plinio el Joven, el abogado, historiador y colaborador de Trajano, estimaba que en tiempos de Domiciano más de cien millones de sestercios en lingotes de plata y oro salieron de Roma para adquirir pimientas, sedas e incienso. Y a las meridionales y lejanas tierras tamiles de la India llegaron cincuenta millones. Mucho para los de arriba; casi nada

para los de abajo. De ahí la necesidad imperial de fabricar un sueño que pareciera real para todos aquellos ciudadanos dependientes y a los que algún intelectual despreciable y clasista denominó la sentina de la sociedad. Se decía que Trajano celebró su triunfo sobre los dacios con un encadenamiento de espectáculos desde el año 107 al 110, en que murieron en la arena once mil animales salvajes y cerca de cinco mil parejas de gladiadores. El sueño costaba dinero, pero había que alimentarlo para que el pueblo siguiera creyéndoselo mientras dormía despierto.

—Scaeva, ¿tardarás mucho en ir a la escuela para dar tu discurso? —le preguntó Marco Antonio Pyrgos, que lo acompañaba viendo el desfile de la Pompa Circensis.

—Vamos para allá. El desfile ha terminado y estoy deseoso de leer tus palabras, brillantes como siempre, poeta…

## La última comida

Un jabalí enorme, asado y relleno de manzanas, pasas, ciruelas y caramelizado con miel de abeja de romero presidía una larga mesa donde confraternizaban los gladiadores que al día siguiente iban a morir. Era una mesa ruidosa, abundante de vino y de brindis, presidida por Cara Pescao, que la había sufragado, sentado junto al lanista Africano, Scaeva y Marco Antonio Pyrgos. Los rostros de los gladiadores delataban su origen: muchos de ellos campesinos que habían sido derrotados por las dificultades agrícolas y que no encontraron más camino para subsistir que la lucha en la arena. Otros eran esclavos vendidos por sus amos por mal comportamiento e indeseable actitud. También había prisioneros de guerra y algún que otro loco que, como en su día Nerón, quería medir su valor en el anfiteatro como bestiario. Un bestiario era un gladiador que se enfrentaba con sus armas a un animal feroz: león, oso, toro o lobos hambrientos. El día era frío, pero estaba soleado, y todos disfrutaban de aquel convite como si fuera el de una boda. Resultaba curioso pensar que muchos, la mayoría de los que allí estaban, podían morir o sufrir lesiones tan severas que jamás se recuperarían del todo de ellas, pero nadie le daba importancia a aquella circunstancia. Daba la impresión de que lo único sobresaliente del día de los juegos era saber morir. Porque de morir nadie se escapaba, y en aquella escuela de gladiadores, Africano enseñaba a morir con honor y valor.

Scaeva le hizo una observación al lanista:

—Echo de menos al Cuervo…

—Está en el anfiteatro, echando un vistazo a los últimos preparativos para mañana. Si le sobra tiempo, vendrá para brindar con los compañeros.

—¿Seguro que es eso? ¿No hay otra razón que lo empuje a no estar presente aquí en un momento como este?

—Sé que te odia, Zurdo. Sé que jamás olvidará aquel día en el anfiteatro cuando os enfrentasteis. Sé que eso jamás lo va a superar, pero hoy tiene cosas que hacer en el anfiteatro. ¡¡¡Por Salambó, te estoy diciendo la verdad!!!

Cara Pescao miró al lanista y le hizo una señal con el dedo índice. Había llegado la hora de las presentaciones y de dedicarles unas sentidas palabras a los luchadores que iban a dar su vida para que los hispalenses se divirtieran. Se levantó Africano que pidió silencio para presentar al Zurdo.

—Todos lo conocéis. Su fama lo precede, y aunque ya no pisa la arena para luchar, hasta hace pocos años lo hacía y era un gladiador invencible. Él y el Cuervo han sido los dos gladiadores más celebrados de esta escuela, y quiero que en este día en el que celebramos el Sol Invicto sea él quien os desee suerte, valor y honor para que mañana seáis dignos luchadores del lanista Africano.

Cara Pescao carraspeó y miró al lanista como diciéndole: «Amigo, algo importante se te está olvidando decir». Africano lo entendió:

—Y, por supuesto, quiero expresar mi gratitud al mercader más hábil y rico de la Bética, aquí presente a nuestro lado, patrocinador de este convite y de los juegos que mañana se celebrarán en el anfiteatro. Antes de que Scaeva pronuncie su discurso, pido que levantemos nuestras copas y brindemos por su generosidad y por su salud.

El brindis se cumplimentó y le tocó hablar al Zurdo. Llevaba en su mano un papiro, pero era mucho más hábil manejando la espada que leyendo. Se había aprendido de memoria lo que le había escrito Pyrgos, y, a fin de cuentas, el poeta estaba sentado a su lado, por si había que auxiliarlo con alguna frase atascada.

> Hermanos y compañeros:
>
> Antes que vosotros he vivido este momento que hoy nos reúne a todos, y sé que sentados ahí no se siente miedo, ni ansiedad, ni dudas. Africano nos prepara bien para la pelea y para afrontar la muerte, que sabemos que es la única caricia que recibe el gladiador para hacer llevadera la derrota. He vivido estos momentos y recuerdo que lo que más deseaba era terminar la fiesta y sentirme con los pies en la arena y con la espada en la mano, dispuesto a sobrevivir o morir. Y a morir luchando, peleando, hasta que el hierro enfríe para siempre el

calor que alimenta nuestro espíritu. El reloj de sol de nuestra escuela tiene una frase en su centro: «Úsalas bien». Se refiere a las horas, y nos aconseja que no las desperdiciemos. Ni en el gimnasio, ni sufriendo, ni saliendo de aquí sin haber aprendido a vivir y a morir. Y en el anfiteatro luchando, peleando, conscientes de que en cada uno de nuestros movimientos, heridas y muertes estamos sometiendo a examen las horas principales de nuestras vidas, las que nos llevarán al submundo en un carro tirado por los corceles del honor y el valor, o las que seguiremos disfrutando en vida coronados por el laurel de la gloria.

No tenemos mucho que perder y sí mucho por ganar. Todos los compañeros que elegimos la arena para vivir lejos de la calle lo que en la calle no podíamos encontrar entramos en esta escuela con el objetivo de escapar de un laberinto donde había más de un minotauro. La justicia, el crimen, el hambre, la insurrección, la locura… Estábamos rodeados como Tito rodeó Jerusalén y la doblegó. Pero nosotros tuvimos más suerte que Jerusalén. Pese a estar rodeados, pese a tener tantos minotauros cerrándonos la salida del laberinto en el que vivíamos, las puertas de esta escuela estaban abiertas, para enderezar nuestras vidas y para hacer felices a los espectadores que nos adulan y vitorean. Ellos solo nos piden una cosa: que seamos honrados en nuestra pelea, que la última hora de nuestra vida la usemos bien.

Un sabio cordobés, Séneca, decía que las cenizas nos igualan a todos. Llevaba razón. Todos los que hoy estamos en esta mesa seremos algún día, que los dioses lo hagan lejano, cenizas. En una lápida de la necrópolis[18] existente cerca del puerto, en el camino a Gades, he leído: «Yo era lo que tú eres; tú serás lo que soy…». Y no me he encontrado a nadie en lo que llevo vivido que haya sabido regresar de donde Caronte lo dejó con su barca para contarnos cómo es la vida donde la vida ya no existe. A todos nos iguala la muerte. Vosotros, los que mañana coquetearéis con ella sin contemplaciones, sabéis mejor que nadie que cuando las armas hablan, callan las leyes. Pero vocifera el pueblo. Grita y se divierte el anfiteatro, orgulloso del valor y la garra con los que los gladiadores de la escuela de Africano defienden tan romanas virtudes. Hoy hablo en nombre de esta escuela para animaros a que subáis su fama un poco más arriba de donde está. He hablado yo, pero bien podía haberlo hecho el Cuervo, cuyas obligaciones le han impedido

estar con nosotros. Pero quiero dejaros en la memoria la cita de un gran hombre, las palabras de un valiente guerrero que doblegó el espíritu de la Galia y que pasó por Híspalis hace muchos años. Era Julio César. Y dijo: «Los cobardes agonizan ante su muerte; los valientes ni se enteran de ella». Gladiadores, hermanos de esta escuela, alzad vuestras copas y sabed que ni las escuelas de Capua, Rávena y la hoy devastada Pompeya son capaces de forjar luchadores más valientes y osados que los de Africano en Híspalis. ¡¡¡Por vosotros, por vuestra gloria, por vuestro honor…!!!

El Zurdo apuró su copa, miró a Marco Antonio y lo estrechó en un abrazo sincero:

—Te diré algo, amigo Pyrgos: mi espada al lado de la red de tu palabra no valía ni para tronchar un conejo…

Pyrgos se lo agradeció apretándole un hombro y diciéndole con reconocimiento:

—Yo no he escrito nada sobre el Cuervo. Eso es de tu cabeza. Que es tan noble y justa como tu espada.

## SANGRE Y RISAS (1)

El anfiteatro estaba repleto. Lucía multicolor. Y hasta el vocerío del público parecía ser de colores. De la barriga del macizo edificio se escapaban gruñidos de leones y osos que eran vitoreados por los espectadores, que hacían chanzas sobre el hambre que podían albergar aquellas fieras.

—¿Les gustará la carne humana? —le dijo un espectador a otro.

—Seguro que la pasada noche ya la habrán probado. Habrán descuartizado a algún delincuente para acostumbrar a las fieras al sabor de la carne humana. Ya verás cuando salga cómo empezará a oler y a enloquecer por comer de esa carne que ya les es familiar.

Las flautas, los tambores y las canciones no dejaban de animar aquella fría y soleada mañana. Apolo había vuelto a la vida, y la vida se celebraba en Roma con sangre y risas. El día sería largo. Cara Pescao había invertido mucho dinero en aquellos juegos. El dinero le sobraba. El prestigio había crecido, día a día, desde que se le unió el Zurdo, y ahora pensaba que no había mejor inversión para su dinero que la política. Aún no se lo había dicho a Pyrgos ni a ningún otro de su cercano entorno, pero Marco Antonio Pyrgos, el poeta, el literato que pudo triunfar en Roma pero que no contó jamás con el apoyo de

los aristócratas para conseguirlo, pese a las espléndidas composiciones que les dedicaba en las fiestas privadas de Itálica, era el elegido. Pyrgos era el hombre nombrado por el patrón para hacer la carrera de edil. Por eso el rico mercader se había volcado con estos juegos en nombre del Sol Invicto sin escatimar un sestercio. Para su patronazgo era vital tener a uno de los suyos, de confianza, ejerciendo un cargo público, y si además estaba cercano al gobierno de la ciudad, mucho mejor. Tomó esta decisión en días pasados, tras haber disfrutado de un sueño que le presagiaba buenos augurios: había visto su rostro con una nariz bonita, perfecta, casi de estatua griega, lo que denotaba gran sensibilidad, previsión para los propios asuntos y relación con hombres buenos y bien situados. No obstante, había optado por la prudencia del silencio y por confirmar la bondad del sueño. Para primavera quería visitar el famoso templo de Hércules en Cádiz, donde preguntaría a las tablillas de los oráculos por el destino de su apuesta. Junto a Cara Pescao estaba Scaeva, adulado y saludado por todos, que no paraban de rememorarle aquel enfrentamiento de antaño que fue el final del Cuervo. Mientras los gladiadores se dirigían a la tribuna presidencial, donde se sentaban los políticos y aristócratas principales de Híspalis, el Zurdo se quedó embobado en el reflejo que el sol hacía rebotar sobre uno de los cascos de un mirmillón, y su mente retrocedió en el tiempo, justo a aquel combate que le habían recordado hacía solo unos minutos y en el que el Cuervo y él se enfrentaban a muerte.

Su carrera había sido imparable desde que ingresó en la escuela del lanista Africano. En tan solo un año se puso a la altura de los más cotizados gladiadores de la Bética, la Lusitania y el norte de África. No le hizo falta entrenar mucho. La guerra le había enseñado a luchar en condiciones muy desfavorables, como soldado auxiliar que fue. Con Africano aprendió lo que tenía que aprender para perfeccionar sus innatas habilidades y sacar ventaja de la fuerza de su brazo izquierdo. El salto a Roma estaba muy cerca, y el sueño de su lanista de que participara en uno de los muchos juegos que patrocinaba Trajano estaba a punto de cerrarse limpiamente, como una esclava abrocha sobre el hombro la gentil túnica de su señora. O él o el Cuervo iban a pelear en Roma. Tan solo faltaba que…tan solo faltaba que un caprichoso aristócrata local quisiera enfrentarlos en Híspalis. Y ese aristócrata, senador en Roma, hijo de Itálica, marido de Gala, buscó la fórmula. Reunió el dinero y organizó unos juegos fantásticos: se trataba de congregar en el anfiteatro de Híspalis lo mejor de cada casa, y se contrataron gladiadores de la Lusitania, de la Tarraconense, de la Galia, de Britania, de Germania, de Siria, de Tracia, de Moesia,

de Capua… Todos lucharían contra todos. Y solo quedaría uno vivo sobre la arena.

El final, pese a la calidad, bravura, empuje y determinación de los gladiadores que se enfrentaron, lo decidieron el Cuervo y el Zurdo, no sin que antes la arena del circo fuera un enorme charco de sangre, más caudaloso que si en vez de dos bueyes blancos de Umbría sacrificados en honor del Júpiter Capitolino agradeciendo una victoria sobre los bárbaros, se hubieran machacado más de cien cabezas con aquellos potentes martillos que utilizaban los sacerdotes para el sacrificio. La sangre de los muertos y los moribundos proclamaba la fastuosidad de unos juegos con los que Híspalis quiso acercarse a los que organizaba la casa imperial en Roma.

El combate entre ambos gladiadores fue brutal. Y Scaeva, embobado en el reflejo del sol sobre el casco de un mirmillón, lo recordaba claramente, como si los golpes entre el Cuervo y el Zurdo se estuvieran registrando allí mismo, abajo, en la arena, en ese mismo día en que se celebraba el Sol Invicto…

## Sangre y risas (y 2)

Sobre su piel podía verse cómo se le erizaba el vello. Recordaba una jornada que hubiera marcado a cualquiera. No se le iba de la mente cómo actuaron aquel día Caronte y Hermes, dos figuras auxiliares de los anfiteatros, encargados de rematar a los moribundos. Caronte portaba un martillo pilón, y Hermes comprobaba si aún latía vida en los moribundos aplicándoles sobre sus maltrechos cuerpos un hierro candente. Si daban muestras de vida, Caronte la martilleaba con todas sus fuerzas, hasta convertir el cráneo del desgraciado en un vomitivo revuelto de sesos, cerebro y huesos. ¡¡¡Crashhhh!!! Era un sonido seco, aplastante, que, en cambio, divertía muchísimo al pueblo.

—Otro que no utilizará jamás una peluca…

—Seguro que no tendrá necesidad de ir más al barbero…

Y reían. Scaeva tenía grabadas aquellas risas en lo más profundo de su alma. Ahora, tantos años después, seguía oyéndolas.

—¿Te encuentras bien, Zurdo? —le preguntó Cara Pescao—. Te veo como ausente. ¿Es el amor? —dijo con maldad.

Scaeva no le contestó. Mejor dicho: no lo oyó. Seguía retraído en recordar aquel día en que él y el Cuervo pelearon bravamente para la admiración de todos. Le parecieron interminables las horas que ambos habían estado luchando contra otros gladiadores en la arena, pero el caso fue que, al final, el senador italicense que sufragaba los juegos se

salió con la suya y cuajó en la arena el sueño del pueblo: verlos luchar entre sí. No se puede decir que recordara con exactitud todas y cada una de las secuencias de la pelea. Sí, en cambio, tenía presente que fue un combate agónico, puesto que ambos luchadores se conocían a la perfección y sabían que, tan solo un error, un mínimo error, iba a decantar el signo del combate. Es verdad que llegaban extenuados, pero también es cierto que esa animadversión mutua que nació desde el día en el que el Zurdo lo venció en la prueba de acceso a la escuela del lanista se fue agrandando con el tiempo y con la irresistible carrera hacia la cúspide de Scaeva. Ambos sabían que uno de los dos moriría a manos del otro, que una vanidad no sobreviviría a la otra, y que el odio acabaría por convertir en cenizas a uno de ellos. De ese odio mutuo sacaron ambos las fuerzas que no tenían, que habían invertido a lo largo del día para ir deshaciéndose de los gladiadores con los que luchaban. Así pues, sobre la arena, las espadas no las manejaron ni la fuerza ni la destreza. Fueron el odio y el rencor más salvaje los que las movieron y las guiaron, buscando siempre la conclusión de aquella insoportable lucha de egos.

—¿Te sientes bien, Zurdo? —le preguntó Pyrgos—. Estás a mi lado, pero no estás aquí. Hemos visto como el bestiario acababa valientemente con un par de leonas y ni siquiera te has levantado para aplaudir.

—Oh, sí, poeta. Estoy bien. Tan solo recordaba cosas. Cosas que me pasaron ahí abajo.

—Pues todas fueron muy buenas, por eso eres hoy lo que eres. Anímate. Voy a pedir que nos traigan un trago de vino caliente.

Allí abajo, en la arena, siempre le ocurrieron cosas buenas. Incluso aquel dramático combate con su compañero de escuela, con el Cuervo. Pero muchas de aquellas cosas buenas le dejaron un pozo de inestabilidad, de amargor, que, en cambio, no le había dejado la guerra. Cosas raras de la cabeza. Porque en la Dacia la muerte y el horror los tuvo muy cerca, tanto como en la arena, pero en el anfiteatro la muerte era un espectáculo interpretado, muchas veces, contra la voluntad de los protagonistas y no por la necesidad de defenderse de un enemigo que lucha por la libertad de su pueblo y por la inviolabilidad de sus templos. Siguió recordando el combate con el Cuervo cuando una ráfaga de viento inesperado levantó sobre el cielo del anfiteatro el velo de seda de una mujer, inflado por el viento. Curiosamente, la tarde en la que se jugaba a vida o muerte su existencia contra el Cuervo pasó lo mismo. Un pañuelo, un velo ¿o fue un cuervo sobrevolando el cielo abierto del anfiteatro lo que se alió con Scaeva para acabar con su máximo enemigo? Quizá agotado por

el esfuerzo, con los reflejos muy gastados por la lucha interminable, el Cuervo miró tontamente al cielo, un instante tan solo, lo justo para que el Zurdo se agachara y moviera con destreza por su flanco izquierdo y tajara por detrás la pierna derecha de su oponente: el corte fue más que suficiente, porque le afectó a los tendones y la pierna quedó ingobernable, como suelta. Con el Cuervo desactivado en la arena, Híspalis se dividió en dos bandos para solicitar su muerte o su perdón. Se deliberó en la tribuna de autoridades y Africano expuso, como lanista, un argumento incontrovertible:

—Ha peleado como Marte y arrancarle la vida no es justo. El Cuervo es un símbolo de los gladiadores de esta escuela y sería estúpido desperdiciar sus conocimientos. Creo que se ha ganado la espada de madera, pese a la derrota.

—Vivirá arrastrando esa pierna toda su vida —dijo un aristócrata.

—Pero permitirá con su sabiduría que otros gladiadores luchen tan bien como él. Les ruego al presidente de los juegos y a los hombres más relevantes de Híspalis que se sientan en este palco que lo perdonen. Ganamos todos. Las leyendas hacen más fáciles las vidas del pueblo.

A Scaeva lo sacó del ensueño para traerlo al tiempo presente la voz parsimoniosa de Marco Antonio Pyrgos:

—Toma, Zurdo, tu vino caliente. Verás lo bien que te sienta.

—Gracias, poeta. Siempre sabes darle a tu público lo que necesita…

Rieron los dos, y el vino espantó los recuerdos pasados del Zurdo. Se levantó de su asiento principal en la tribuna y fue a cruzar su mirada con la de una bellísima mujer, que se la devolvió e, inmediatamente, la esquivó bajándola con estudiado y falso recato. La mujer se volvió de espaldas y le dio a la esclava que la acompañaba algo en su mano. No mucho después, en un receso de los juegos, la esclava encontró a Scaeva y le entregó el mensaje de su señora. Lo abrió el Zurdo y leyó:

—Te espero en Itálica. No sé si un viejo gladiador como tú podrá con la fiera que tengo en mi alcoba…

## Año Nuevo en Itálica

—¿Sabes, amor mío, que el otro día en los juegos en honor del Sol Invicto vi en tus ojos algo muy raro?

Scaeva besaba los hombros de Gala dejando que la sensualidad de sus labios humedeciera la delicada piel de su amante.

—¿Qué viste? ¿Los ojos de las gorgonas, quizá?

—Déjate de bromas. Vi la misma expresión de fragilidad que aprecié tras aquel combate en el que venciste al Cuervo y lo dejaste cojo para siempre.

El Zurdo continuaba besando la espalda de Gala mientras ella, mirándose sobre una pulida plancha de cobre, se cepillaba el pelo con extrema sensualidad.

—A mí, en cambio, me gustó tu mirada. No sabría decirte si eran los ojos de una loba en celo o los de una pudorosa vestal.

Gala sonrió coquetamente y le confesó:

—Me enamoré de ti por aquellos ojos tan feroces y tiernos a la vez. Transmitían tanta fragilidad que no encajaban con la bravura de un hombre que peleaba como un espartano de Leónidas. —Un breve silencio se apoderó de aquel momento de intimidad. Gala volvió a la carga—: ¿Te pasaba algo? Los juegos estuvieron divertidos. Además, tu amigo Cara Pescao fue muy generoso regalando fichas sorpresas entre la plebe. ¿Sabes qué regalaba?

—Lo que se suele regalar en estos casos: comida, bebida, ropas, algún que otro animal doméstico. Regalos. Simples regalos. También algunas horas de placer con mis mejores prostitutas.

—Pero a ti, Scaeva, te pasaba algo. Estabas como ausente, perdido en alguna lejana niebla del tiempo. Estuve observándote. No eras tú, y además tenías aquella expresión en tus ojos… ¿Estás enamorado de otra?

Scaeva se puso en pie, evasivo, quizá importunado por lo que acababa de escuchar. Se dirigió a la capa invernal con la que se cubría del frío y sacó de uno de sus bolsillos una bonita caja de regalos.

—Sí, Gala, estoy enamorado de otra. De una mujer más joven y hermosa que tú. Mira, estos regalos son de ella, pero como me has descubierto, te los voy a dar a ti.

Gala se ovilló en la cama, sonriendo con cierta maldad.

—Vaya. Eres tan inelegante como los centauros que fueron a la boda del rey de los lapitas y sedujeron y violaron a las invitadas. Así que me das los regalos de tu nuevo amor. ¿Se puede saber por qué?

—¿Los lapitas? ¿De quién me hablas, Gala?

Gala lo miró y sonrió. No quería ser cruel, pero su formación excedía a la de aquel hombre que se hizo a sí mismo como soldado y que si algo sabía del mundo de las letras y de la historia se reducía a lo que su padre le había contado sobre aquel viejo y vencido pueblo del que descendían y al que Roma hizo desaparecer del mapa.

—No es importante, Scaeva. Más me importa saber por qué me das los regalos que no me corresponden —retomó la conversación sonriendo con picardía.

—Porque es Año Nuevo. ¿Te parece poco?

Gala sonrió y palmeó la cama como diciéndole «ven para acá, acuéstate aquí, a mi lado». Scaeva saltó sobre ella y comenzó a hacerle cosquillas hasta que Gala estalló en una risa nerviosa y casi infantil.

—¡¡¡No me hagas cosquillas, sabes que no puedo aguantarlas, por favor, amor mío!!!

—Sea. No hay más cosquillas. Pero ¿también te negarás a mis besos?

—Tus besos pueden cubrir mi cuerpo, Zurdo. Pero antes me gustaría ver los regalos de tu novia que se van a quedar en mi alcoba —prosiguió Gala con la broma.

Scaeva abrió la caja de regalos hecha de madera de cedro con los contrafuertes de oro. Estaba adornada con dibujos de las nereidas, cincuenta bellas hermanas que vivían en el fondo del mar, en el palacio de su padre, Nereo, sentadas sobre tronos dorados. Al abrirlo, Gala se encontró con un camafeo de oro que guardaba un caramelo de miel; igualmente la sorprendió un delicado broche para el pelo del mismo metal, que representaba al dios Jano. Era Año Nuevo y el mes de enero estaba dedicado al dios bifronte, el que veía el pasado y el futuro, de ahí que los romanos se regalaran dulces en un día tan señalado, para desear un azucarado porvenir a sus familiares y amigos.

—Ven, mi amor. Yo voy a ser tu mejor regalo. Soy tan dulce como la miel…

Gala se puso el camafeo y, con el broche, ajustó su ondulado pelo. Dejó caer al suelo la túnica y un escultural cuerpo se ofreció enteramente, sin admonición alguna del pudor, a su amante. Scaeva se regodeó mirándola, uno, dos minutos quizá, hasta que Gala no soportó tanta espera y comenzó a acariciarse los pechos. Scaeva musitó no sé qué cosa sobre Venus. Miró a Gala y la vio encenderse a sí misma: una de sus manos apretaba el pezón de un pecho; con la otra, exploraba los territorios más placenteros de su sexo. El Zurdo avanzó hacia ella, la empujó sobre la cama y comenzó a besarle los pies, que tanto la excitaba. Lo hizo con la misma devoción con la que los persas besaban los pies de sus emperadores. Allí estaba, en Itálica, en la casa de un rico senador perdido en la intrigante Roma, un hijo de la guerra besando los pies de su emperatriz, acariciando sus muslos y cubriendo con su boca la entrada profunda de la cueva de Gala, donde sin duda se encontraba la enloquecedora aventura del placer. Sin límites. Gala comenzó a lagrimear empujada por el deseo, por la ansiedad de ser poseída. Desnudó apresurada y torpemente a Scaeva y se sentó sobre su pene, abrazados ambos como si fueran una flor de loto. La bella

aristócrata jadeaba, suspiraba, reía y gemía, todo a la vez, y en un impulso extremo de agónico placer se zafó del nudo con el que el amor los tenía encadenados para dejarse caer sobre los hombros de Scaeva. Fue entonces cuando no dio crédito a lo que veían sus ojos: las espaldas del Zurdo estaban marcadas, arañadas, como si una mujer hubiera clavado las uñas como firma del mismo placer que Gala estaba experimentando en ese mismo instante. Controló como pudo el fuego de sus celos y se dejó caer nuevamente sobre el miembro del Zurdo, pero no fue igual. Durante aquella posesión, en su cabeza retumbaba la broma (ahora firme sospecha) con la que había comenzado aquella visita en la que un gladiador como él tenía que poder con una fiera como ella: ¿estás enamorado de otra, Zurdo?

## UN PLAN POLÍTICO

Cara Pescao los había citado en sus termas privadas. Guardaba la máxima discreción con aquel asunto y no quería a nadie a su alrededor. Además, las Saturnales, la celebración del día del Sol Invicto, los juegos y el Año Nuevo habían sido muy intensos: comió vorazmente, durmió poco y cabalgó demasiado como caballo de placer de aquel negrito perezoso que tenía como esclavo y que solo (¿¡¡¡solo!!!?) le servía para hacer salir de su transitado recto al Pudor. La combinación de vapor de agua, baños calientes y fríos, así como una estricta dieta, le vendría estupendamente para su desatendida salud. Junto con Cara Pescao estaban sudando la gota gorda el poeta y el Zurdo, los tres envueltos en delicadas toallas amarradas a las cinturas, disfrutando de un escenario visual que muy pocas casas en Híspalis podían tener. Scaeva se quedó prendado de un mural donde se representaba a chicos practicando distintas especialidades deportivas: lanzamiento de jabalina, de disco, carrera, salto y pelota. Estaban ejecutadas con tan buen pulso y gusto que le pareció que se movían, que estaban animadas, como si aquella pared roja sobre la que destacaban estas figuras deportivas fuera una ventana abierta al estadio. A Pyrgos no se le escapó la fascinación que aquel mural ejercía sobre el exgladiador, y le hizo un comentario al borde de la pedantería:

—Deben de estar inspirados en una magnífica *domus* siciliana, concretamente en la villa de Casale…

Scaeva lo miró fijamente, se encogió de hombros y dejó en evidencia la petulancia del poeta, sin duda tan sabio como pedante en esta ocasión. Cara Pescao interrumpió la improvisada charla cultural:

—Bien, bien, bien. Estamos todos los que tenemos que estar, y ni Crátero está invitado a este cónclave. Lo que aquí se hable hoy lo vais a olvidar nada más salgáis por esa puerta.

Pyrgos y el Zurdo se miraron y asintieron: nada saldría de allí.

—He pensado en hacernos más fuertes aún de lo que ya somos. He pensado que mi patronazgo lo tiene casi todo, menos algo fundamental para amortiguar los reveses y vaivenes de la vida. Tenemos dinero, posición, reconocimiento, negocios estables, prestigio entre la plebe, pero nos falta lo más importante…

—¿Después de todo eso crees que nos falta algo más? —preguntó Scaeva mientras Pyrgos permanecía silencioso a la espera de ver por dónde salía Cara Pescao.

—Lo fundamental, Zurdo. Nos falta lo fundamental.

—¿Se puede saber qué es lo fundamental?

Cara Pescao se levantó de su banca en la sauna y al ponerse en pie se le escapó una ventosidad. Realmente estaba más obeso, y las fiestas le pasaban factura. Miró al poeta y le dijo entre risas:

—No, no me mires así, Marco Antonio. Pensarás que mi culo está tan abierto como el arco de un acueducto y que por ahí se escapan sin control todos los vientos de mi enorme barriga. Llevas razón: la procesión de músicos del Día de Isis entra y sale de mi culo sin problema alguno…

Todos rompieron a reír.

—¡Por Júpiter, patrón, ¿qué comes últimamente?! —le preguntó Scaeva, que se quitó la toalla para taparse la nariz. A Cara Pescao se le iluminó la cara:

—Por todos los dioses, Zurdo, Príapo a tu lado era un bebé. Me gustaría faltarte el respeto, pero eres tan egoísta que todo lo bueno lo quieres solo para ti —le dijo mientras le miraba el pene y se reía de su propia inclinación sexual. Prosiguió—: Olvidemos estas pequeñeces que reclama la debilidad de mi naturaleza. Os respondo a lo que Scaeva me preguntó antes de que olierais lo que he comido estos días. Nos falta poder político.

Se produjo un silencio absoluto, tanto que se podía escuchar el crepitar de la madera en la caldera donde ardía para calentar el sistema de aguas de las termas del liberto.

—Nos hace falta que uno de los nuestros haga política —concluyó Cara Pescao.

—Yo no estoy preparado para eso —se autoexcluyó Scaeva.

Y Pyrgos comprendió que el elegido era él. Su patrón; el hombre que les había dado una vida digna a él y a su familia; el mismo que iba a mandar a su primogénito a Roma para que cursara Derecho, el

que lo había provisto de una vivienda notable cerca del cardo máximo[19] y, sobre todo, el patrón que había logrado sosegar la inclemente y ponzoñosa acritud de su esposa, que le espetaba que ser poeta era una forma como otra cualquiera de ser un muerto de hambre; ese hombre se había fijado en él para que hiciera carrera política. La noticia ni le agradó ni le desagradó a Marco Antonio. Se debatía entra la vanidad del cargo y la insoportable actitud que su mujer adoptaría al verse esposa de un reconocido político de Híspalis. Pyrgos solo dijo:

—No tengo ascendencia noble por ningún venero de mi sangre. Eso podría excluirme de tu elección, amigo.

Cara Pescao puso su barriga a la altura casi de la nariz del poeta y le respondió con absoluta seguridad:

—En Roma tengo a un aristócrata que va a respaldar lo que le pida. Le encantaba mi acueducto —dijo dándose palmadas en sus nalgas—. Y no es otro que mi patrón…

## Juno en Itálica

Era una enorme concha de alabastro, perfectamente ejecutada por finos artesanos en Alejandría, con soportes de oro en los laterales y una profundidad cercana al medio metro, donde Gala se relajaba reclinando su hermosa cabeza sobre lo que sería la bisagra de aquella enorme venera. Estaba tomando un baño muy caliente. Su servicio le había enriquecido el baño con aceites y pétalos de flores. Las muchachas que le servían estaban desnudas, esperando a que Gala, tras el baño, les propusiera lo que era habitual en estas ocasiones: compartir juegos y baño con las esclavas. Pero aquel día la señora no parecía estar de buen humor. Apenas hablaba sino para dar órdenes, y no fue capaz de sonreír durante aquella fría mañana de enero.

En su cabeza no había sitio que no ocupara Juno, la diosa de los celos, la misma que convirtió en grulla a una princesa pigmea que osó decirle que era más hermosa que ella. Y los celos no la dejaban pensar. Su obsesión seguían siendo aquellos arañazos pasionales que había descubierto el día de Año Nuevo en las espaldas de Scaeva. Pensaba:

«¿Será de un amor o de alguna de sus prostitutas? No me importa lo último. Sí me consume pensar que pueda ser lo primero, que pueda estar enamorado de otra mujer más joven y hermosa que yo».

Una esclava introdujo su mano en el agua y fue a acariciarle el pubis.

—¡¡¡No lo hagas!!! —dijo de forma imperativa.

Las esclavas se alejaron del baño y se mantuvieron a una distancia prudente, sin entender lo que podía pasarle a su señora. Gala continuaba pensativa y reclinada en la bisagra de la concha de alabastro, en aquella lujosa bañera. Su cabeza era un torbellino de impulsos y sospechas que le imposibilitaban pensar con frialdad. Hizo un esfuerzo por controlar su mente y desterrar de su casa la mala influencia de Juno, la diosa de los celos.

«No podría vivir sola en esta jaula de oro. Él ha sido mi vida y mi pasión durante estos últimos años en los que mi esposo me cambió por el poder y la intriga en Roma».

—Mi señora, ¿necesita más agua caliente? —se atrevió a romper el silencio una de las esclavas.

Gala hizo un gesto negativo con la mano, sin pronunciar palabra. Seguía pensando:

«Si pudiera seguirle, lo haría. Pero no quiero significarme, no puedo dejar ningún rastro de sospecha que perjudique mi reputación y ponga en peligro mi matrimonio y mi casa», suspiró profundamente.

Una esclava osó acercarse y atenderla.

—Mi señora, haría por usted lo que me ordenara. No quiero verla sufrir. ¿Podemos hacer algo?

Gala se conmovió y sacó ganas de donde no las había:

—Claro que sí. Traed vino y los olisbos griegos de fino cuero. Vamos a jugar en Lesbos…

Las esclavas le obedecieron y aquel esfuerzo íntimo por volver a un estado de ánimo positivo le aclaró la cabeza y le proporcionó una idea.

«Haré pasar a una de mis esclavas por prostituta, a la más leal, y la mandaré a que fisgonee. En las casas de putas la ciudad habla sin miedo».

Las esclavas volvieron con el vino y los olisbos, los consoladores griegos. Se metieron en el baño y Juno se marchó velozmente de aquella casa camino del Olimpo en un carro tirado por dos pavos reales. Gala volvía a gemir de placer. Sin Scaeva, pero fantaseando con él.

## El llanto de Príamo

Apareció rígido y con un tono azul oscuro en el rostro. La boca tenía restos de un vómito mortal, y las ropas de la cama donde dormía estaban desechas, quizá producto de la convulsión que sufrió antes de

irse con el barquero. El primogénito de Marco Antonio Pyrgos, aquel adorable muchacho al que le encantaba escuchar las aventuras de Aquiles en la boca de su padre y que se perdía con él en ensoñaciones mitológicas paseando en barca por el Betis, apareció muerto en su habitación. Nada ni nadie podía prever un final tan prematuro ni tan cruel. Inmediatamente se pensó en algún mal demonio que se hizo con el reloj vital del chico ensombreciendo caprichosamente sus horas. La casa del poeta, desde por la mañana, parecía el campamento aqueo de Aquiles cuando llevaron muerto a su amigo del alma, a Patroclo. Gritos, llantos, desesperación y desconsuelo. A la madre hubo que trasladarla lejos de allí, con otras mujeres que lloraban también sus lágrimas. Marco Antonio Pyrgos deambulaba como un fantasma atendiendo a los amigos que, con urgencia, se habían presentado en aquella sencilla pero confortable casa del cardo máximo para acompañarlo en tan durísimo trance.

—Si quieres estar a solas con tu hijo y abrazarlo en la frialdad de estas horas, hazlo, poeta. Nosotros nos encargamos de todo —le dijo Scaeva.

Marco Antonio lo miró como si fuera un mineral.

—No te preocupes de nada de lo que no tengas que preocuparte ahora, Marco Antonio. Scaeva lleva razón. Puedes dejarlo todo en nuestras manos. He mandado hacerle una bonita sepultura. Creo que te gustará —dijo Cara Pescao.

Marco Antonio permanecía abrazado al cuerpo inerte de su primogénito. Se rehizo y dijo:

—Voy a lavarlo, a untarlo con aceites y perfumes, y a guardarle el luto que seguro le hubiera gustado. Solo os pido una cosa, amigos.

—Lo que necesites.

—Lo que quieras.

—Solo quiero que lo guardéis el tiempo justo que invierta en escribirle mi despedida, que deseo se lleve con él al averno.

—Te ayudaremos también a acicalarlo —dijo Scaeva.

—Mejor que lo haga solo, Zurdo. ¿No es verdad que lo prefieres así, Marco Antonio? —preguntó Cara Pescao.

—Así lo deseo. Gracias por vuestras nobles intenciones.

Pyrgos pasó a lavar el cadáver ante los ojos de sus amigos. Lo bañó en bálsamos y aceites, y para perfumarlo utilizó una esencia de romero y espliego. Luego dijo en voz alta, dirigiéndose a sus dos inseparables compañeros:

—Necesito un lienzo de lino y un manto. Ambos han de ser blancos.

—Yo me ocupo —dijo Cara Pescao.

Quedaron en la habitación a solas el Zurdo y el poeta, que se sentó en un pequeño taburete para fijar sus ojos en lo que la muerte había convertido a lo más preciado de su vida. Una lágrima, tan solo una, pero que encerraba todo un turbulento mar de amargor y pena, corrió por su desencajado rostro. Habló como si lo hiciera consigo mismo:

—Ayer estuvimos haciendo planes para su marcha a Roma. Estaba ilusionado con ir a estudiar Derecho. Cara Pescao quiso darle las oportunidades que a mí se me negaron…

—Me dijo Cara Pescao que lo íbamos a necesitar, que sería el abogado que nos aconsejaría en nuestros negocios para no tropezar con la justicia —le respondió el Zurdo.

Se hizo un largo silencio. De pronto, la casa se llenó de llantos y gritos. La madre del muchacho había vuelto y con ella un coro de penas que no dejaban de expresar en voz alta y dolida las virtudes del chico. Pyrgos salió de su ensimismamiento, pero, tras procesar la algarabía, regresó a su privado valle de lágrimas secas, a su dolor inexpresivo. Al tanto llegó Cara Pescao acompañado de uno de sus esclavos, con el lienzo de lino y el manto blanco.

—Aquí lo tienes, amigo.

Pyrgos besó su rostro en señal de suma gratitud y colocó sobre el cuerpo de su primogénito el lienzo de lino y el manto blanco.

—¿Por qué lo cubres así, poeta?

—Porque así cubrió Aquiles a Patroclo cuando lo llevaron muerto al campamento aqueo. Mil veces mil le conté esta historia a mi hijo, y mil veces mil le parecía nueva. He creído que le gustaría.

El Zurdo y Cara Pescao se miraron y ambos comprendieron qué dura es la muerte, pero, más aún, la muerte que no guarda su turno y se adelanta en las familias, llevándose a los hijos antes que a los padres o a los abuelos.

—Ahora me voy a escribir, si me lo permitís. Pero antes hagamos como Aquiles ante el cadáver de su fiel amigo: os pido por favor que os coloquéis cada uno a mi lado, como hizo Aquiles con los mirmidones, y que lo lloréis conmigo por última vez.

El dolor silente de aquella habitación solo lo perturbaban los gritos desesperados de las mujeres, y sobre todo de la madre del chico, a la que se le oía gritar: «¡¡¡Vuelve hijo; regresa Marco Antonio…!!!».

## No te fíes de los dioses

Pyrgos se sentó sobre su escritorio, cogió un papiro y afiló su pluma, y se puso a escribir las últimas palabras que le dirigiría a su hijo.

Querido y adorable Marco Antonio:

Miro el futuro y me embarga el miedo que nunca he sentido. Las primaveras en Híspalis eran mis paseos contigo por el puerto, y mis inviernos las historias que te transmitía alrededor del brasero, mientras te prevenía de que no abusaras echando sobre la madera tantas hierbas aromáticas como te gustaba volcar, no por el olor que supuestamente pretendías arrancarle a aquel perfumado fuego, sino porque tu encendida imaginación veía en las humaredas que se ocasionaban el final de alguna ciudad asaltada por los cartagineses de Aníbal a su paso por Hispania y que, en una de nuestras charlas, yo te había tratado de explicar previamente. Siempre tuviste el don del ingenio y el de la fantasía, dones que ahora nadie aprovechará, porque en el lugar a donde te lleva el barquero esas virtudes, tan vitales, no les sirven para nada a las almas frías y fantasmales que la habitan.

La muerte, hijo, es la derrota de la vida, y la vida la de la muerte. En esa especie de rueda de molino se mueve nuestro cruel destino terrenal. A ti no te dieron tiempo para sobrepasarla y dejar en la tierra la huella de tu batalla, algunas banderas de tan furioso combate como supone vencer a la muerte dejando en la tierra rostros, gestos, voces y caracteres que se parecieran al tuyo. Esa rueda de molino te dejó ser hijo. Un hijo adorable, maravilloso y que llenó mis horas más duras y vacías con la ilusión de ver tu futuro pleno y abundante de éxitos intelectuales. Pero te negó que fueras padre. Te negó que sobrevivieras a la muerte. Si yo pudiera hacerte regresar hoy, ahora mismo me iría hasta el templo de Mercurio y le pediría que engañara a su tarea de conducir las almas de los muertos hasta las puertas del averno y, a cambio de la mía, te devolviera la tuya, mucho más noble, virtuosa y entera que la que yo ya he desperdiciado aquí.

Mientras te lavaba y perfumaba para tu último viaje he recordado la historia de Aquiles y Patroclo que tanto te gustaba. Hoy, en cambio, me veo más bien como Príamo, el rey de Troya, viejo y vencido por el dolor, reclamándole a Aquiles el cadáver de su hijo Héctor. Sé que lo sabes porque también te conté esta hermosa historia como ejemplo de que la nobleza de espíritu se sobrepone al impulso animal de la venganza y del desquite más violento que anima las almas de los hombres en guerra. En todo corazón, por duro que sea, siempre se esconde un lugar para volver a ser hombre y dejar de ser un jabalí

acosado por venablos y por la muerte. Hoy me he sentido como Príamo rogando ante Aquiles que le devolviera el cadáver de Héctor. A sabiendas de que Aquiles, el de los pies ligeros, lloraba a su vez en el campamento aqueo la muerte de Patroclo a manos de Héctor. Aquel viejo rey troyano había sido padre de cincuenta hijos; diecinueve del mismo vientre; los restantes, de otras damas de palacio. Su estrella le tenía deparado un destino atroz, insufrible para cualquier mortal: perder su reino y ver cómo sobrevivía al único hijo que le quedaba y al que vio morir en combate delante de las murallas de Troya. Aquiles admiró el coraje y el amor de aquel señor de pelo y barba canosas, ya en el final del camino de su vida. Se apiadó de su dolor y de su desdicha, y lloró junto a él las pérdidas irreparables que ambos habían sufrido. Yo no he tenido a ningún Aquiles que me acompañara en el llanto, pero sí a dos buenos amigos que han velado tu sueño definitivo y han llorado tu marcha con mis lágrimas. Eso me ha unido más aún a ellos. Pero ha servido para separarme de ti para siempre. La de Príamo es la historia más triste de todos los reyes de la tierra. Yo me siento hoy el hombre más desdichado del mundo.

Hijo, yo sé que en los umbrales del templo de Zeus los griegos tenían colocados dos barriles. En uno estaban todos los males, y en el otro, los bienes. Zeus se complace en lanzarnos rayos, mezclando su naturaleza. Unas veces te manda la desdicha y otras la buena ventura, pero el que solo recibe penas vive con afrenta, padeciendo una gran hambre que lo persigue por la tierra. Así expresaba Aquiles su diálogo de penas compartidas con el viejo Príamo, y así siento que ha sido mi vida hasta hoy. Al principio de esta despedida, adorado Marco Antonio, te decía que aunque mi corazón lata y mi cuerpo no tenga fiebres, siento que he muerto también hoy contigo. Porque ni las primaveras serán tan luminosas como tus sonrisas ni los inviernos tan cercanos como el de un hijo y un padre compartiendo un brasero y hablando de mil fantásticos relatos. He sido a tu lado, indistintamente, durante estos dieciséis años de vida que me iluminaste con tu cálida y sonora presencia, el hombre más feliz del mundo y en un solo día tan nefasto como este me he sentido como Aquiles y Príamo, Patroclo y Héctor. He recibido de los barriles de Zeus rayos que me alcanzaron para darme penas y días venturosos, pero el que he recibido hoy es terrible porque descarta cualquier alegría a mi futuro. Nunca te fíes de los dioses. Cuando se aburren en el Olimpo

juegan a matar con nosotros. Hoy han jugado cruelmente contigo y conmigo. Nunca te olvidaré, Marco Antonio. Porque solo tú fuiste capaz de hacerme sentir joven e importante cuando más me despreciaron fuera y dentro de casa. Descansa, hijo mío, y que la eternidad te conceda lo que te robaron los demonios.

Tu padre, Marco Antonio Pyrgos.

## UN RENCOR INSUPERABLE

—¿Y dices que una prostituta preguntaba por Scaeva?

—Sí, Cuervo. Una prostituta ha estado preguntando insistentemente por él. Decía que lo admiraba desde que era gladiador y quería saber si tenía mujer o a alguna amante conocida.

El Cuervo estaba sentado en una taberna cercana al puerto y colindante con una casa de putas. Con un cuchillo, le sacaba forma a una madera de ciprés.

—Resulta extraño que una puta haga esas preguntas. Todo el mundo sabe que ese cerdo se acuesta con una de sus meretrices, esa gaditana que fue bailarina y dicen que en la cama se mueve como si bailara. Qué extraño…

—Sí, parece extraño…

El Cuervo se rascó el mentón con el puñal y dejó sobre la mesa la madera con la que se entretenía. Sacó de su bolsa unas monedas y le pagó a su informante, uno de los muchos que tenía trabajando en el puerto.

—Toma. Y no te lo bebas todo. Quiero que tengas las orejas bien abiertas. Me interesa saber qué piensa, qué hace, qué siente y qué le duele a ese cabrón de Scaeva. Algún día sabrá quién es el Cuervo. Porque para mí la pelea del anfiteatro aún no ha terminado.

—No te preocupes. Mantendré abiertos los oídos y me enteraré de por qué esa loba tiene tanto interés en saber con quién se acuesta tu amigo…

El Cuervo era refractario a cualquier broma que le gastaran y que incluyera en la misma bolsa a él y al Zurdo. Clavó con dureza el cuchillo sobre la mesa donde tenía apoyada la mano su informante que, impresionado, la retiró sobre su pecho, asustado.

—¡¡Era tan solo una broma, Cuervo!!

—¡¡¡Ve con esas bromas a tu puta casa. Largo de aquí, perro sarnoso!!!

El sol estaba claudicando por entre los cerros del otro lado del río,

de la banda del oeste. La noche se haría pronto dueña de aquel puerto donde las tenues luces de aceite empezaban a luchar contra la penumbra de los garitos. Desde el río llegaba un aire frío, gélido. El Cuervo se levantó y se fue hacia la escuela de gladiadores, donde vivía y enseñaba a pelear a los jóvenes luchadores de Africano. El corte de los tendones de la pierna derecha le hacía muy dificultoso el caminar. La pierna no se flexionaba hacia atrás, y se veía obligado a impulsarse con la cadera.

—Quién lo vio y quién lo ve —dijo un parroquiano.

—Las glorias del mundo pasan pronto —le contestó otro, secuestrado por una profundidad vinatera.

El Cuervo abandonaba el puerto con aquel andar trabajoso e inconfundible, sin dejar de pensar en la prostituta que quería saber con quién se acostaba el Zurdo.

—¿Por qué una puta quiere saber con quién se acuesta el dueño de los prostíbulos de Híspalis? Es absurdo. Todo el mundo sabe que Scaeva se acuesta con su concubina. Esa prostituta nos está engañando, y voy a enterarme de qué razones tiene para hacerlo…

El Cuervo se perdió entre las sombras de una ciudad que deseaba curarse del frío con la cálida procesión de Isis en el próximo equinoccio de primavera. Perdido entre la bruma que se escapaba del Betis y la oscuridad de aquel final de enero, el caminar del Cuervo era la viva imagen de un demonio suelto por el mundo, alimentado por un rencor insuperable…

## La sonrisa de Gala

Los senos de Gala estaban libres, desnudos y se reflejaban como dos redondos frutos sobre la plancha de cobre donde se miraba para peinarse. Esta vez no era ella la que cuidaba de su sedosa melena, sino la esclava más leal y prudente de su casa, la misma que había estado deambulando aquellos días por el puerto de la ciudad haciéndose pasar por prostituta y preguntando a las profesionales por los amores de Scaeva.

—Entonces, ¿no tengo de qué preocuparme? —le preguntó nuevamente Gala.

—No, mi señora. No tiene de qué preocuparse. Scaeva no está enamorado de ninguna chica más joven y hermosa que mi señora, solo se acuesta con una de sus putas. Una belleza gaditana que fue bailarina.

—Creía que yo lo dejaba exhausto, que en mi casa trabajaba tanto

que no tendría fuerza para continuar fuera.

—Debe de ser un hombre excepcional —le contestó la esclava.

—En verdad lo es. No solo en la cama, también tiene un corazón especial.

Gala se miró en el espejo y, por unos instantes, se quedó absorta en lo que había dicho, como pensando en el valor humano y sentimental que tenía su amante. La esclava interrumpió su ensoñación:

—¿Puedo confesarle algo, señora?

—Habla con libertad.

—Me cuesta confesarlo, mi ama.

—No seas tonta. Habla con libertad.

La chica apretó sus labios y no sabía encontrar las palabras para ser precisa en su confesión.

—Venga, habla. No pierdas más tiempo —la animó Gala.

—Señora, alguna vez me he quedado observando, tras aquella cortina, las horas de amor que se gastaban en esta alcoba.

Gala le dio la espalda al espejo, miró a su esclava con una sonrisa cómplice y le dijo:

—¡¡¡¡Ummmmmm. Así que me espiabas…!!!!

—No, no la espiaba.

—¿Ah, no? ¿Entonces qué hacía detrás de una cortina mientras mi amante y yo hacíamos el amor? ¿Cómo se le puede llamar a eso? —preguntó Gala con ironía.

—Verá, señora, yo es que estoy enamorada de Scaeva y he soñado muchas veces que estaba con él.

—Y me espiabas para suplantarme, ¿verdad? Tú me veías sobre su verga, pero en realidad eras tú la que te sentías cabalgar sobre su poderosa espada. ¿Qué no harías detrás de esa cortina mientras yo y mi amante dejábamos a Venus convertida en una estrecha vestal?

La esclava sonrió, y Gala se excitó con aquella confesión. Le hizo que soltara el cepillo del pelo y que se arrodillara. Abrió sus piernas e invitó a la muchacha a que la besara en sus partes más íntimas.

—Te prometo que si me haces sentir como lo hace mi amante, la próxima vez lo compartimos.

La esclava puso todo el empeño del mundo en complacerla, pero antes de que empezara a llorar por ser poseída, Gala le preguntó:

—¿Estás segura de que nadie ha sospechado de ti y de lo que preguntabas en Híspalis? ¿Estás segura de que no has dejado ninguna pista que conduzca a nadie, a nadie he dicho, a esta casa?

La chica no contestó. Siguió haciendo su trabajo con una lengua que se movía como un bajel al ritmo furioso de una tempestad, y fue suficiente para que Gala olvidara su miedo y lanzara un gemido de

placer:

—¡¡¡¡Ahhhhhhhhhhhhhhhh, por todos los dioses!!!!

## NO QUIERO SER POLÍTICO

Marco Antonio Pyrgos fue hasta la casa de Cara Pescao a darle las gracias por el bonito sepulcro que le había pagado a su llorado hijo.

—He venido a agradecerte lo que has hecho por mi hijo y lo que la muerte ha impedido que siguieras haciendo. El muchacho estaba muy ilusionado con estudiar en Roma…

—No tienes nada que agradecerme, Marco Antonio. Me has servido bien, me has premiado con lo mejor de tu talento y confieso que me sería difícil acostumbrarme a vivir sin la puntería y la sabiduría de tus palabras.

Hacía una mañana espléndida, una de esas mañanas de finales de enero que, por el deseo irreprimible del tiempo en Híspalis, pregonan la inminencia de una primavera suave y cálida. Estaban en el jardín, bajo un par de árboles nada conocidos en la ciudad y que le habían traído al mercader desde Siria. Sus hojas eran muy verdes, daba frutos de color naranja y su flor, le dijeron al mercader, era tan aromática y lujuriosa como las noches palaciegas de los reyes orientales.

—Creo que allá donde esté mi hijo se sentirá orgulloso del sepulcro que le pagaste para que el tiempo conservara sus cenizas. Las figuras de Aquiles y Patroclo llorando sobre su lápida fueron una idea magnífica. ¿Puedo saber de quién fue?

—Mía.

El poeta se extrañó.

—Sí, mía. ¿Crees que soy un asno? Le dije a Crátero, mi mejor sirviente, que es griego, que me contara la historia de Aquiles y Patroclo, y se me ocurrió esa imagen.

—Espléndido, patrón. Ya ves que no solo tienes sensibilidad para hacer negocios…

Cara Pescao rio y le dijo

—Y también sabes que tengo sensibilidad para hacer política. Sé que es pronto para hablar de ese asunto, aún está muy reciente lo de tu hijo, pero hemos de darnos prisa, porque pienso partir hacia Roma en el primer mercante que salga para Ostia tras la apertura de la temporada de navegación, y para eso falta poco más de mes y medio.

El poeta frunció el gesto y le dijo a Cara Pescao:

—Patrón, no quiero hacer la carrera política. No me interesa hoy nada de lo que hace vivir a los hombres.

Cara Pescao le cogió la mano a su amigo y le dijo con esa insuperable capacidad para ver el lado práctico de las cosas:

—Querido Marco Antonio, hoy no tienes ganas nada más que de morirte, pero has de encontrar las fuerzas necesarias para seguir viviendo y viviendo intensamente. Tienes en casa dos hijos más que alimentar, y son tan hijos tuyos como Marco Antonio. ¿Te perdonarías abandonarte y abandonarlos? ¿Sería justo que hicieras eso con niños que llevan tu propia sangre y tus apellidos?

El poeta quedó pensativo y le contestó:

—Dame tiempo, patrón. Dame un poco de tiempo. Solo te pido eso…

---

18. La importancia que los romanos le daban a la memoria posibilitó que las necrópolis se situaran en espacios visibles y frecuentados, como lo eran las grandes vías que llevaban a las ciudades y salían de ellas. En Híspalis podríamos describir tres zonas de enterramientos perfectamente documentadas. Una al norte, concentrada, posiblemente, en torno a una vía que partiría de una presumible puerta situada aproximadamente en las inmediaciones de la iglesia de Santa Catalina, que se correspondería en la actualidad con el entorno de las calles Bustos Tavera/San Luis. Otra al sureste, que coincidiría con el eje que marcan hoy las intervenciones efectuadas en la avenida de Roma, San Bernardo, el palacio de San Telmo, la calle San Fernando y la avenida de Carlos V. Algunos especialistas la vinculan a la antigua vía de Gades (Cádiz). La tercera área cementerial se ubicaría en el flanco noreste, en la vía de salida hacia Carmona, Écija y Córdoba. Los técnicos apuestan que sería una prolongación del decumano, en la actual calle Águilas, cerca de una probable puerta ubicada en el entorno de la iglesia de San Esteban y la calle Imperial.

19. La ciudad romana se ordenaba sobre dos ejes: uno de abscisas y otro de ordenadas, o lo que viene a ser lo mismo, un decumano y un cardo máximo. En Híspalis el decumano comunicaba el este con el oeste de la ciudad y, presumiblemente, su traslación a tiempo presente abarcaría las calles Luchana, Rojas Marcos, Estrella y Don Remondo. Por su parte, el cardo máximo sería el eje de ordenadas, que transcurriría de norte a sur por las actuales calles Alhóndiga, Cabeza del Rey Don Pedro, Corral del Rey y Abades.

# CAPÍTULO VIII

# EL DIOS DEL FIN DEL MUNDO

*Híspalis*
*Marzo del 113 d. C.*

## ARUSA, LA JUDÍA

Sus ojos eran almendrados y del color de la miel; su pelo, ensortijado y negro y sobre la tez morena de su rostro se perfilaba una personalísima nariz que le daba empaque, personalidad y gracia a su bellísima faz. No tendría más de diecisiete años, y era su cuerpo un estudio de curvas de arquitectura que ni el mismísimo Vitrubio habría osado trazar tan perfectas y tan hermosas. Descendía de unos refugiados judíos que escaparon de Jerusalén cuando Tito y el padre de Trajano, entre otros generales, doblegaron la durísima resistencia de los zelotes y los guerreros hebreos en el año 70 d. C. Dejaron Oriente atrás y se vinieron a uno de los confines occidentales más comerciales del Imperio: Híspalis. Aquellos abuelos tuvieron sus hijos, y estos, ya plenamente hispalenses, se casaron con otros judíos instalados en la ciudad del Betis y dedicados al comercio de especias, perfumes e incienso. Arusa era hija de la tercera generación hebrea de aquellos abuelos que en el 70 emigraron lejos de una Jerusalén pasada a cuchillo y descoyuntada en su fe tras la destrucción del templo, pero habían traído con ellos la semilla de un nuevo credo, de un nuevo mensaje religioso que habían aprendido de Juan, el último de los apóstoles del Nazareno. Arusa era judía de raza, pero su fe era difícil de discernir, porque se movía en esa confusa frontera en la que el protocristianismo y el judaísmo convivieron durante los primeros tiempos.

—¿Por qué llevas esa concha en tu cuello, Scaeva? —preguntó, con su dulce voz, Arusa.

—¿Por qué llevas tú ese pez, Arusa? —contestó el Zurdo.

—Es el signo de mi fe, el símbolo de mi credo.

—La concha también significa para mí algo de eso.

—¿Te importaría llevar un pez en tu cuello?

—No creo que me haga ninguna falta, Arusa. Como símbolo es una mierda. Muchos delincuentes y enemigos de Roma empiezan a

llevarlo.

—El Maestro no fue un delincuente. Es imposible que un hombre que predicó el amor, la pobreza y la caridad sea un delincuente.

Scaeva prefirió callar y mirar los ojos tan hermosos de aquella judía con la que llevaba un año manteniendo relaciones muy secretas. Se habían citado para verse en su granja, en el camino de Orippo, donde se venían viendo clandestinamente desde que se enamoraron perdidamente. La familia de la hermosa hebrea no habría consentido que su hija mantuviera relaciones amorosas con un exgladiador que ahora era un proxeneta…

—Algún día te colocarás este pez al cuello, amor mío…

—Algún día me explicarás por qué razón los que creen en un solo Dios como tú estáis siempre pidiendo que abandonemos nuestra fe y sigamos la de ese Nazareno. Vuestro Dios os hará libres, pero los tuyos estáis siempre haciendo prisioneros de vuestra fe a los que ya tenemos la nuestra.

—Dices cosas horrendas.

—Pero hago cosas que también te gustan. Déjame que te bese —dijo Scaeva.

Arusa se mostró esquiva, coquetamente evasiva.

—Ya tienes bastantes besos de esa furcia bailarina con la que yaces todas las noches.

—¿Celosa, mi amor?

—En absoluto. Tan solo preocupada de que vivas en pecado. El fin de los tiempos se acerca y tú no haces nada por salvar tu alma.

Scaeva se levantó del prado donde estaban tirados, reconfortados por un tibio sol de marzo que venía preñado de primavera. Se puso de espaldas a Arusa y habló en voz alta:

—Vosotros, los cristianos, sois seres negativos, lúgubres y nefastos. Solo habláis de la llegada inminente del fin del mundo y de que lo bueno que te da la vida es pecado, inmoral, detestable. No os entenderé nunca.

Arusa se levantó y se abrazó a Scaeva por la cintura, estrechando sus pechos sobre la espalda del Zurdo.

—Ya lo comprenderás todo. Ahora necesito que me beses.

Scaeva la tomó en sus brazos y la besó apasionadamente. Intentó avanzar en el juego del amor, pero la judía se lo impidió. Se lo dijo con exquisita feminidad:

—¿Sabes, Scaeva, lo que significa Arusa en mi lengua?

—No. Pero Arusa es bonito. Suena bien.

—Arusa significa «la novia». Y solo soy eso: tu novia… No sigas, por favor.

Valentiniano llevó, como siempre hizo en el último año, a Arusa hasta Híspalis. Scaeva no quería ocasionarle problemas a la judía y evitaba que lo vincularan a ella, por lo que hacía lo posible y lo imposible por que no coincidieran nunca en ningún lugar de la ciudad. En un año de idas y venidas, el joven dacio consiguió cierto grado de familiaridad con Arusa. Se habían contado sus mutuas experiencias vitales y, curiosamente, entre los tres, entre Arusa, él y Scaeva, se podía trazar un triángulo de vértices emocionales convergentes donde el ángulo mayor lo formaba la pérdida de sus pueblos, la destrucción que Roma había perpetrado sobre las viejas historias de sus tribus, clanes y territorios. La Dacia ya no existía como tal, sino como la tierra de asentamiento de colonos romanizados que Trajano envió para darle un corazón y un alma romana al país que había destruido. Scaeva vivía de los vagos y lejanos recuerdos que su padre le había ido transmitiendo, generación a generación, de aquel pueblo íbero del suroeste hispano donde vivían según sus leyes y sus dioses, y a los que Roma también eliminó de la historia. Por último, Arusa, la gente de su credo y raza, parecía acomodarse mejor a un destino tan desolador: su nacionalismo y su Dios los hacían muy fuertes, pese a que la Historia los colocó frente a la mayor y mejor engrasada maquinaria imperial desde los tiempos de Augusto, pero que pagaron con una nueva diáspora tras la destrucción de Jerusalén. Los tres eran hijos de pueblos derrotados, vencidos y, menos en el caso de Arusa, borrados del mapa, como si un colérico terremoto se los hubiera tragado.

Aquella tarde, camino de Híspalis, Valentiniano miró a Arusa, unos años más joven que él, para decirle:

—Tengo un plan, Arusa, y voy a explicárselo a Scaeva. ¿Me podrías ayudar?

—¿Qué plan es ese?

—Quiero entrar en la escuela de gladiadores.

—Sabes que mi religión desprecia esa clase de espectáculos.

—Pero yo no te hablo de religión. Te hablo de que me ayudes a encontrar el sosiego y la paz que no tengo, y de eso sí habla tu religión.

—¿Y vas a encontrarla en el anfiteatro? ¿Jugando con la vida de los más débiles? ¿Asesinando a sangre fría a un hermano tuyo?

—Me educaron en la Dacia como a un guerrero, y los guerreros no vemos hermanos cuando peleamos, solo nos enfrentamos a otros para saber quién es el más valiente, el más listo y el menos impresionable por la muerte.

—Creo que no voy a poder ayudarte, Valentiniano. Así no.

El dacio siguió el camino hacia Híspalis, ya divisaba su puerta sur y las necrópolis que, a ambos lados de la Vía Augusta, jalonaban la entrada en la ciudad. Solía dejarla fuera de la puerta, para que tampoco vincularan a la chica con él. Arusa bajó del carro y le dio las gracias al joven.

—No lo hagas, Valentiniano. No vayas a la escuela de gladiadores. La sangre solo atrae a la sangre.

Valentiniano la miró, entre la decepción y la frustración, pero fue incapaz de negarle un saludo de despedida sin su gota de acidez:

—Adiós, Arusa. Volveré a recogerte cuando mi amo quiera. Ya ves, tampoco tu religión acepta la esclavitud y tú tienes a uno que te lleva y te trae para que te beses con un pagano.

No muy lejos de la puerta sur de Híspalis, por donde estaba entrando en la ciudad la hermosa Arusa, el Cuervo, junto a una de sus ratas, que le informaban de lo que ocurría en las cloacas de la ciudad, comentó:

—¡Qué hermosa es la hija del judío!

—Bien hermosa que es, Cuervo.

—No me convence en absoluto que esté ligada sentimentalmente con el esclavo de Scaeva —dijo con mala baba el chivato.

La rata lo miró a los ojos y en sus miradas se encendió la chispa que ilumina unos ojos cuando se cree haber dado con una certeza. Dijo el Cuervo, haciendo resbalar las palabras por su boca y ensalivándolas de sospechas:

—Con el esclavo no, pero sí con su amo. Ya creo que comienzo a entender por qué aquella puta falsa quería saber si Scaeva tenía una novia decente…

## El vino y la esposa

Marco Antonio Pyrgos se sentía caer en picado hacia un abismo tenebroso y el único agarre que encontraba para soportar un descalabro tan brutal era el del vaso. El de un vaso, otro, otro y otros muchos más de vino. Aquel hombre pulcro, sobrio, atildado y tan seguro de sí mismo no acababa de superar la pérdida de su hijo. Había perdido la ilusión de vivir. Lloraba a escondidas, y su alma se había vuelto oscura y melancólica. Escribía, quizá, mejor que nunca, pero pagaba con su vida destilar tanto dolor acumulado hasta convertirlo en hermosas frases que quedaban prisioneras en los anaqueles de su estudio. Nunca quiso leérselas a nadie, ni a sus mejores amigos ni a los

amigos que velaron las últimas horas del chico entre los vivos. Era una literatura entre un vivo y un muerto, entre el amor y la desolación. El vino le daba el calor a un cuerpo que sentía siempre frío. El vino le daba el valor que no tenía para seguir en pie y entre los mortales. El vino le daba, también, la chispa de luz necesaria para ver entre tanta oscuridad y escribir y pensar como ningún estoico lo había hecho en Roma. Hizo suyo aquel epitafio que vio en una tumba cerca de la de su hijo: «Bebe, come, juega y sígueme». Por todos los dioses, no había un minuto del día que no lo llevara a la práctica como si fuera un mandato del mismísimo césar.

Sus borracheras no eran públicas, pero sí sus efectos. Porque en el foro, en la calle y en las casas donde Pyrgos estaba tan ponderado no se hablaba de otra cosa. Una noche, a pocos días de que la ciudad celebrara el día del barco de Isis y se impusiera la temporada de navegación sobre el *mare clausum,* Scaeva visitó la casa del patrón, y hablaron.

—Lo sé, Zurdo, lo sé. Sé que bebe demasiado. Y sé que sufre demasiado. Es un tipo especial. No siente ni padece como los demás. Está hecho de otra pasta. De lo contrario, no escribiría lo que escribe.

—Debe de ser así, patrón. Pero pasan los días y lo necesitamos fresco, vivo, listo para defender nuestros intereses.

—Eso tampoco es mentira.

Cara Pescao se levantó de su silla y se quedó mirando un hermoso fresco en su pared, donde se representaba a Príapo pesando su elefantiásico pene sesquipedal, de pie y medio de largo, sobre una balanza que contrapesaba el otro platillo repleto de oro. Otra advertencia plástica de la casa del mercader para espantar a la pobreza y el mal de ojo de los envidiosos. Cara Pescao habló:

—Hace unas semanas le dije que tenía que sacar fuerzas de donde las tuviera, que aún tenía dos hijos, una casa, una mujer y unos amigos por los que seguir luchando. Me pidió tiempo. Necesitaba tiempo para madurar si quería y podía enfrentarse a una carrera política.

—¿… Y bien? —interrumpió Scaeva con curiosidad.

—… Y aún sigue sujeto del vaso. No ha dado señales de vida.

—Apenas nos queda tiempo. Tú querías salir para Roma tras la fiesta de Isis. ¿Siguen en pie esos planes?

—Calculo que tenemos un margen de quince días. Pasados estos no podemos esperar más.

Cara Pescao le dio un beso al pene de Príapo y se dio la vuelta. Miró con cierta preocupación a Scaeva y fue a comentarle algo, pero no lo hizo. Él mismo se censuró. El Zurdo apreció la inhibición del

patrón.

—¿Me ibas a comentar algo, patrón?

—Tonterías. No merecen la pena dedicarles ni un minuto.

Entró Crátero en la estancia. Saludó al Zurdo con medida exquisitez y le dijo a Cara Pescao algo al oído. El liberto frunció el ceño.

—¿Malas noticias, patrón?

—No son buenas, Zurdo. No son las mejores.

—¿Se pueden saber?

Cara Pescao se ajustó la túnica, juntó las manos, las puso debajo de su barbilla y comenzó a hablar:

—Creo que ya puedo decirte lo que antes me callé.

Scaeva fue a preguntarle, pero Cara Pescao no le dejó:

—No, no, no, por favor, no me interrumpas, Zurdo. Es todo demasiado complejo y delicado. Crátero, por orden mía, ha tenido a varios informantes encima de Pyrgos. Lo han vigilado hasta en su propia casa, pagando dinero a unos vecinos cercanos para poder escuchar lo que allí estaba pasando. No es el vino el único culpable del pésimo tono vital de nuestro amigo el poeta.

—No te entiendo, patrón.

—No seas impaciente. Déjame proseguir. Tengo información de que su esposa lo culpa de la muerte de su primogénito. Lo atormenta diariamente con eso. Dice que si se hubiera dedicado a hacer suelas para las sandalias en la zapatería de su suegro no habrían fijado en él su mirada los ojos envidiosos de muchos hispalenses. Que solo sabía escribir mierdas para gente como nosotros, que lo estábamos utilizando…

—¡¡¡Víbora!!! —comentó el Zurdo.

—Tan venenosa como la que mató a Cleopatra, querido Zurdo.

Callaron por un momento, y Cara Pescao volvió a poner el problema en su punto justo.

—Creo, amigo, que Pyrgos no bebe tanto para olvidar a su hijo, que también, sino para poder sobrellevar la tortura de esa víbora que tiene por esposa.

—Poca salida tiene este laberinto.

—¿Tú crees, Zurdo? ¿Realmente crees que una víbora puede detener todo lo que nos estamos jugando? Te estás haciendo mayor, amigo…

Cara Pescao palilleó con sus dedos a un esclavo.

—¿Qué desea mi señor?

—Dos vasos de oro llenos de vino.

Miró de nuevo a Scaeva y repitió:

—¿Realmente crees que una víbora puede detener todo lo que nos

estamos jugando…?

## UN NUEVO GLADIADOR

El sol aún no había reventado en una esplendorosa mañana de mitad de marzo, pero tenía todas las intenciones de hacerlo. Se le veían ganas de dibujar un bonito y alargado reflejo como una veta de plata en el río Betis. El Zurdo y Valentiniano viajaban hacia Híspalis en el carro tirado por los bueyes de la granja, con ese ritmo cansino pero seguro que imponen a su marcha estos animales. No hablaban. Uno miraba hacia un lado de la Vía Augusta y el otro a la opuesta. De vez en vez se gastaban saludos con los granjeros conocidos de la zona que llevaban hasta Híspalis sus mercancías. Scaeva se decidió a hablar:

—Creo que ayer noche quedó muy clara nuestra relación. Hablamos largo tiempo. Precisamente para eso, para que quedara clara nuestra relación.

—Así es, romano. Quedó muy clara nuestra relación. Tú me cedes a la escuela de gladiadores y yo te paso una parte de mis ganancias.

—El hecho de que yo te ceda a Africano no te desvincula de mí. Prestarás otro servicio a otro señor a cambio de un acuerdo que alcanzaremos el lanista y yo, pero tú sigues siendo de mi propiedad.

—Así lo comprendí ayer y así aprecié tu generosidad, sobre todo con el dinero que tengo que pasarte —dijo con toda la ironía de la que fue capaz el joven dacio.

—Es bueno que las partes estén claras en los negocios, Valentiniano. No sabes lo generoso y paciente que he sido contigo.

—Y tú pareces olvidar que nunca te pedí que me trajeras contigo, ni que remataras a mi padre, ni que hayas hecho tan poco por buscar a mi hermana en Roma. A la tuya la encontraste cuando te lo propusiste. Quién sabe lo que habrá sido de la mía. Es la última sangre familiar que sobrevivió a vuestra locura militar, a esa horrenda manía que tiene Roma de quedarse con lo que no es suyo para destruirlo completamente.

—Mi pueblo pasó por eso…

—El mío también, pero jamás me trataste como tu reflejo en un espejo. Fui tu esclavo, no un guerrero al que respetabas por su coraje.

—Si te hubiera tratado como un amo trata a un esclavo a estas horas estarías muerto.

—Yo, en cambio, te he salvado la vida al menos dos veces en estos años…

Ambos callaron y tan solo el traqueteo de las ruedas cubiertas de

latón rechinando sobre el gastado empedrado de la vía suavizaba la tensión del silencio.

—Romano, atiende bien a mis palabras: voy a salir vivo de Híspalis. Voy a hacerme el mejor gladiador de Africano, y cuando tenga el dinero suficiente, te compraré mi libertad y regresaré a mi tierra.

Scaeva lo miró, movió la cabeza con escepticismo y le contestó:

—No tienes a donde volver. Tu pueblo, como el mío, no existe. Solo existe Roma.

—No. No es así. Tu granja es un pequeño santuario de lo que fue tu pueblo. Ahí vive el espíritu de lo que te transmitió tu padre y de lo que, a su vez, le transmitió el suyo. Solo te falta tener un hijo… —dijo con cierta malicia el dacio. Scaeva lo miró y no se mordió la lengua:

—Yo lo tendré. Seguro que lo tendré. Tú no tienes nada seguro, ni tu propia vida cuando entres en la escuela de gladiadores.

—Sé valerme solo.

—Sé que te falta mucho por aprender y que hay pájaros en esa escuela que quieren caer sobre ti como los buitres sobre la carne muerta.

En ese momento, justo en ese momento, un cuervo grande y negro de plumas brillantes se posó sobre el hombro de Valentiniano y le dio dos picotazos en la oreja.

—¡¡¡Sal de mi cabeza, pájaro inmundo!!! —lo espantó el joven dacio.

Scaeva no dijo nada. Se quedó pensativo mirando la puerta sur de Híspalis, que cada vez tenían más cerca. Valentiniano miró al Zurdo sabiendo lo que se callaba.

—Habla, romano. Di lo que estás pensando.

—Tú lo sabes igual que yo. Eres dacio, pero tu educación es tan romana como la mía.

—¿Te da miedo hablar? Siempre con estas cosas has demostrado poco valor. Recuerdo las malas noches que pasaste cuando llegamos a Híspalis, le preguntaste al oráculo por tus padres y te dijo que veía dos muertes.

—Y así fue. Las de mis padres. Yo que tú me guardaría de los negros presagios.

—Yo de lo que me quiero guardar es de la angustia, del miedo, de la pena de no ser nada en ningún sitio. Eso es lo que me aterra. Creerme que soy el último dacio sobre la tierra y que no podré enamorarme o morirme en mi lengua.

Scaeva calló por un instante. Luego, ya en la puerta de Híspalis, le dijo:

—Vas a una escuela donde después del lanista el hombre con más

poder se llama Cuervo. Te acaba de picar uno en una oreja. Te aseguro que el que vive allí no te va a picar la oreja. Cuando menos te lo esperes, te machacará. Sabe que así me hará daño, tanto como el que yo le hice a él aquel día en el que dejó de servir para lo único que le daba prestigio y estima en su vida: ser un gladiador.

El chico se quedó pensativo, como dándole valor, un poco de valor, al presagio del cuervo. Luego dijo:

—Te lo repito. Saldré de allí vivo, con dinero para comprar mi libertad y listo para volver a casa. A lo que quede en la Dacia de mi casa…

## *Navigium Isidum* (1)

La fiesta del barco de Isis de aquel año coincidió, como era preceptivo, con la primera luna del equinoccio de primavera. El culto de Isis, como muchos otros orientales, arraigó con fuerza en Roma y en las provincias occidentales, hasta donde llegó en barco de mercaderes, por la fe de los soldados de las legiones y por seguidores de la «Señora de los países del Sur», una de sus muchas denominaciones. Isis era hija de Ra, dios solar, y esposa y hermana de Osiris. Para los egipcios era Ast, que significa «trono», y en un trono la tenían los mercaderes y los marinos, a los que protegía esta reina que había alcanzado, desde Oriente a Occidente, todos los lugares del mundo conocido a través del mar. Sus nombres más frecuentes y usados para dirigirse a ella e implorarle y rezarle eran Gran Maga; Gran Diosa Madre; Reina de los Dioses; Diosa de la Maternidad y el Nacimiento; La Gran Señora; Diosa Madre; Señora del Cielo, de la Tierra y del Inframundo; Señora del Año Nuevo. En definitiva, la reina de los mil nombres.

La procesión del *Navigium Isidum,* el Barco de Isis, era una de las cimas del calendario religioso, comercial y festivo de la ciudad. El *iseum*[20] de la diosa estaba situado en el cabezo donde se ubicaban los potentes edificios vinculados al puerto y el foro portuario. Su estatua medía un metro veinte de altura y estaba labrada en un alabastro negro de magnífica factura. Solo los sacerdotes y veladores del templo podían verla a lo largo del año. El resto de la población tenía más o menos vetada su visión hasta el día fijado para darle gloria, honor, vítores, danzas y música en una procesión que la llevaba hasta su barco, en el río Betis. En esa procesión participaba Híspalis al completo, y tenía un orden de participación registrado escrupulosamente. El cortejo lo abría un grupo de mujeres resplandecientes vestidas de blanco que sacaban de sus senos pétalos

de flores y alfombraban el suelo por donde pasaría el cortejo. Otras, igual de resplandecientes, portaban espejos a sus espaldas, vueltos hacia atrás, para reflejar la imagen de la Gran Señora. Otro grupo de mujeres se situaban cerca de Isis y simulaban, con movimientos de brazos y dedos, estar peinándola y acicalándola. No faltaban las mujeres que perfumaban el itinerario de la procesión, arrojando, gota a gota sobre la gente, bálsamos y perfumes. Una multitud de hombres, mujeres y niños portaban velas, antorchas, luminarias y toda clase de utensilios luminosos con el fin de agradar a la Gran Maga y ganarse el favor de la que es origen de los astros del cielo. De forma burlona, otros se disfrazaban de magistrados, legionarios, filósofos y gladiadores. Armoniosos instrumentos, zampoñas y caramillos resonaban detrás con suave y cadencioso acento.

El Cuervo estaba acompañado por tres de sus ratas informantes, más para ser vistos e impresionar que por ver e impresionarse con la procesión. Sus comentarios eran escasamente piadosos:

—Esta diosa es una mierda egipcia. No se por qué la gente le profesa tanta devoción.

Una de sus ratas le siguió el juego:

—Quizá porque han venido a lo que hemos venido nosotros, a disfrutar de un tiempo maravilloso y de unas mujeres bellísimas. A todas les gusta celebrar el Barco de Isis en la cama de cualquiera.

El Cuervo dijo con sarcasmo:

—Me arrodillaré al paso de Isis para implorarle la mejor cama de Híspalis.

El cortejo proseguía su cosida formación. Entre los jóvenes más hermosos de la ciudad se había escogido a un selecto coro que, ataviado de blancas y festivas vestiduras, entonaba un cántico bellísimo compuesto expresamente para la ocasión por un hábil poeta. Muchos pensaron que tanta elegancia y gusto en las letras no podía ser de otro autor que de Marco Antonio Pyrgos a quien, por cierto, a diferencia de años atrás, no se le había visto por las inmediaciones de la procesión. Eran muy visibles los flautistas consagrados al gran Serapis, el toro sagrado de los egipcios, Apis, tras su muerte y fusión con Osiris. Scaeva y Valentiniano presenciaban el cortejo. Al Zurdo le encantaba oír aquellas flautas oblicuas que entonaban una y otra vez las melodías del templo dedicadas al toro sagrado. Pero la multitud era ruidosa, y su encendido fervor isiático no le permitía al Zurdo disfrutar de aquel espectáculo sensorial, desbordante de olores intensos y música melodiosa, lo que le causaba cierto grado de frustración.

—El pueblo no sabe lo que hace ni lo que dice —comentó con

acritud.

—El pueblo se divierte. Es lo que le toca, romano. Bastante tiene con sobrevivir a un día y a otro. Personalmente, lo único que me gusta de esta fiesta es el barco de Isis.

El Zurdo lo miró con extrañeza y le preguntó:

—¿Se puede saber la razón?

—Porque un barco es para mí lo que mejor simboliza mi libertad. Vine en barco y me iré en barco.

En ese momento, el Zurdo vio, no muy lejos de él, a la hermosa judía, a su amor callado y oculto. Arusa, pese a no ser pagana, participaba de esta fiesta como todos los judíos de la colonia hispalense, sobre todo en lo que significaba de día, cuando la navegación marítima se abría y el comercio, del que vivían, reactivaba su desinflada intensidad invernal. Valentiniano la vio y le dijo a Scaeva:

—Allí, enfrente de ti, está Arusa, tan bella como siempre. Ella podría darte los hijos que necesitas para alegrar tu no muy lejana vejez…

Scaeva miró a Valentiniano con cierto desprecio mal disimulado.

—Te lo repito, dacio impertinente. Yo tendré hijos. Tú, posiblemente, una bonita tumba con el epitafio de un gladiador joven.

El Zurdo se separó de Valentiniano y se acercó a Arusa, que estaba espléndida coronada por una diadema de flores blancas que contrastaban con su rizado y hermoso pelo negro. Scaeva le hizo un guiño para que se apartara de sus familiares, y con la cabeza le indicó que se dirigiera al lado opuesto de la procesión. Se encontraron al margen de la multitud y, escondidos tras una columna potente de un edificio público, comenzaron a besarse, ajenos, por culpa del amor, a los ojos encendidos por la furia, la venganza y el dolor de un Cuervo que había estado muy vigilante a los pasos de ambos.

—Ya sabemos que Scaeva tiene una herida profunda en el corazón. Puedo hacerle más daño que el que él me hizo a mí en el anfiteatro.

Una de sus ratas sugirió groseramente.

—Cuervo, para ti el Zurdo, y para mí, la judía.

El Zurdo lo miró y escupió al suelo, casi al lado de la sandalia de aquella sabandija, y se fue arrastrando la terrible cojera que transformaba sus andares en algo monstruoso. Tenía ganas de beber. El día iba a ser largo, y ya tenía dos motivos para emborracharse y volver a reír o, por lo menos, sonreír. Dos piezas en sus manos para vengarse del Zurdo, para saldar con él la cuenta más importante de su vida, la de aquel día en el anfiteatro de Híspalis donde habría preferido la muerte con honor de un gladiador a convertirse en el cojo

más atormentado e infeliz de la ciudad.

—¡¡¡Abre bien los ojos, estúpido: para mí serán el Zurdo, la judía y el joven gladiador dacio. Lo juro por Isis. Lo juro por lo que me queda de vida…!!!

## *Navigium Isidum* (y 2)

Las calles de Híspalis que bajaban hasta el puerto donde estaba amarrado el Barco de Isis, profusamente adornado con flores y construido a la manera egipcia, olían como si fuera un bosque de canela y de incienso. El suelo era una alfombra de pétalos y hierbas aromáticas, la gente saludaba con risas, cantos y efusivas manifestaciones de fe el nacimiento de un nuevo ciclo agrícola y comercial. La procesión seguía su desarrollo guardando un estricto celo en su orden. Pasaban ahora por delante de la multitud los iniciados en los sagrados misterios de la diosa: ellas dulcemente perfumadas y llevando velos transparentes sobre sus cabezas; ellos con las cabezas rapadas y empapadas en aceite que, con el sol de la mañana, refulgían como si fueran astros luminosos y terrenales alumbrados por la luz de su fe. Iban tocando sistros de bronce, plata e incluso de oro. Los sistros eran una especie de sonajeros metálicos en forma de aro o herradura, con varillas internas donde colgaban pequeños crótalos que sonaban al agitarse rítmicamente. En las representaciones iconográficas de la Gran Diosa Madre, se la veía portando el sistro como uno de sus símbolos más recurrentes. Tras los iniciados venían los sacerdotes consagrados en el secreto de Isis, vestidos con blanquísimas túnicas de lino ceñidas estrechamente a sus cuerpos, desde el pecho a los pies. Portaban los insignes emblemas de los poderosísimos dioses. El primero llevaba en su brazo extendido una lámpara que resplandecía vivamente. Otro sacerdote sostenía sobre sus manos un altar. El tercero caminaba llevando levantada una palma de oro finamente trabajada y el caduceo propio de Mercurio. No muy lejos de allí, Scaeva y Arusa seguían comiéndose a besos la primavera de sus labios protegidos por las enormes columnas[21] de aquel edificio público:

—Vamos a la granja —propuso el Zurdo.

—No puedo moverme de aquí, tengo que ir con mi familia al río.

—Quiero poseerte hoy mismo. Llevas un año rechazándome.

—Para eso tenemos que formalizar nuestra relación y tener la bendición de mis padres, y eso no va a ser fácil mientras seas lo que eres.

El Zurdo la rechazó y, enfadado, le dijo:

—Estoy harto de amar sin amor. Eres como Venus convertida en vestal, un hermoso contrasentido.

—No puedo ir más allá de donde vamos. Mi conciencia no lo permite.

—¿Y piensas que así voy a dejar de acostarme con la mujer más hermosa de mi prostíbulo? ¿Piensas acaso que el fuego que tú me prendes debe apagarse solo? Estás loca, Arusa.

—Yo lo hago. Me consumo sin esperanza alguna de que un día podamos arder juntos. Soy una hoguera con cenizas de hielo.

Unos chicos burlones empezaron a meterse con la pareja. El Zurdo se agachó, cogió una piedra y amenazó con lanzársela. Los chicos se fueron corriendo mientras gritaban:

—¡¡¡Venus, Venus, Venus no los vuelvas locos!!!

Ambos rieron y entendieron que era hora de volver a sus respectivos lugares para ver la procesión. Eso sí: quedaron en verse, pero evitando cualquier movimiento que pudiera delatar su relación, en el río, al final de la procesión.

Proseguían su camino los sacerdotes cargando simbólicos objetos. Uno con la mano izquierda abierta representaba a la justicia y en la otra portaba una especie de teta de oro de la que bebía leche. Otro llevaba una criba repleta de ramitas de laurel, y otro más, un ánfora. Detrás de los sacerdotes venían los dioses con pies humanos: desde Anubis hasta Isis. La Gran Diosa Madre la portaba una alta dignidad sacerdotal en una urna de oro. No se asemejaba a animal alguno ni a ningún ser humano. Debido a que tan altísima religión se ocultaba bajo un gran misterio, su representación simbólica era una iridiscente urna de oro, vaciada con exquisito arte, de fondo redondo y cincelado por fuera con atractivas representaciones egipcias. Cuando la comitiva llegó al embarcadero más potente del río situado bajo el cerro donde se levantaba el templo, los sacerdotes dejaron con cuidado sus objetos sagrados en el suelo, y el de más alta dignidad pronunció una solemnísima plegaria no sin antes haber purificado su boca con luz, huevo y azufre. Sobre el embarcadero los fieles habían competido por dejar cestos con perfumes y exvotos que solicitaban a la Gran Reina Madre faustos presagios, y se derramaban sobre las aguas del Betis unas sopas hechas de leche. Estas ofrendas se subían al barco de Isis, que sobresalía, anclado al fondo del río, por su faraónico esplendor, diseñada su popa en forma curva, imitando el cuello de un ánsar y armado todo él con madera de tuya. El barco parecía una joya: brillaba por la calidad de las planchas de los metales que lo revestían: plata y oro. Y en el mástil, una enorme vela blanca llevaba bordada

una leyenda en la que se manifestaba el deseo de una próspera navegación en el nuevo periodo náutico.

Scaeva y Arusa se miraban de forma intensa y esquiva. El Zurdo iba a embarcarse en una de las naves de Cara Pescao, para acompañar al barco de Isis río abajo. Arusa y su familia aguardaban el momento en el que el barco de la Gran Diosa Madre echara a navegar. Los niños depositaban en el río barquitos pequeños de madera implorando a la diosa un año venturoso para la familia. Llegado el momento, el barco levantó el ancla y maniobró para alejarse, de forma simbólica, en dirección al mar. Sonaron flautas y címbalos, tambores y cantos. Y mientras Isis se alejaba en su barco, la procesión se reorganizaba en el embarcadero para regresar al templo de la diosa en el mismo orden en el que habían llegado. Una vez en el Iseo, el sumo sacerdote y los que habían llevado las divinas efigies, también los iniciados en los venerables misterios, entraban en la cámara de la diosa y colocaban debidamente las imágenes que, según los fieles, parecían estar dotadas de vida. Arusa y su familia, pese a considerar toda esta ceremonia un rito reñido con sus creencias, nunca pensaron que, como sus antepasados en el desierto del Sinaí, estuvieran faltando a la lealtad de su credo, cuando aquellos lo hicieron adorando a un becerro de oro. Más bien lo tomaban como un acto protocolario que no manchaba sus creencias y que, en cambio, era muy necesario para no desentonar en la sociedad en la que vivían y comerciaban. Al césar lo que es del césar y al Maestro lo que Juan les dijo a sus bisabuelos en Jerusalén lo que es del Maestro. Sobre una alta tribuna, uno de los sacerdotes habló a los fieles y expresó faustos votos por el césar, por el Senado, por los caballeros y por el pueblo romano, por los marineros y por las embarcaciones que navegan bajo la soberanía imperial. Luego, hablando en griego, proclamó el inicio oficial de la navegación. Toda Híspalis fue un clamor, y los fieles, rebosantes de gozo, portando ramas de mirto, laurel y coronas de flores, besaban los pies labrados en plata de la diosa, expuestos en las escalinatas del templo. El día era radiante; el sol, poderosísimo; la brisa, suave y dulce como el agua con miel, y una banda de palomas, surgidas de algún columbario de la ciudad, voló por el intricado juego de columnas blancas del templo, para que todos lo celebraran como un bendito presagio. Entre la multitud de fieles, en un lugar destacado solo para los aristócratas, podía verse la serena belleza de Gala acompañada de su esclava. Había ido a la ceremonia con el objetivo de cumplir con el rito religioso y con el de ver a Scaeva para invitarlo a una agradable jornada en su *domus* de Itálica, pero ni ella ni su esclava más leal lo vieron. El Zurdo se había quedado con Cara Pescao en el barco que

acompañó río abajo a Isis. Solo una rata pareció darse cuenta de algo.

—Cuervo, deja de beber y escúchame.

—Dejaré de beber, pero si lo que me dices es una estupidez de las tuyas…

Sacó su cuchillo y realizó su movimiento preferido para intimidar a sus sabandijas: clavarlo sobre la mesa donde bebía, muy cerca de la mano del informante.

—¡¡¡Por Hércules, siempre con tu mal humor!!! Te gustará lo que voy a decirte.

—¡¡Habla!!

—Creo haber visto en el templo de Isis a aquella mujer que se hacía pasar por puta, la que preguntaba días atrás si Scaeva estaba enamorado de una chica que no fuera su meretriz preferida.

Al Cuervo se le encendieron los tres registros imperecederos de sus ojos: el del odio, el de la venganza y el de la muerte.

—¿Seguro, maldito?

—Seguro.

—¿Sola o acompañada?

—Creo que es la esclava de la patricia de Itálica esposa del senador que patrocinó los juegos del anfiteatro donde tu pierna…

Cuervo sintió dentro de su estómago el ardor de una batalla naval, como si tuviera entre su esófago y su estómago los barcos incendiados en Salamina. No le había sentado mal el vino, pero el odio y la venganza habían incendiado todos los órganos de su cuerpo. Pateó al informante, se puso en pie como pudo y le ordenó a la rata a que lo llevara, trabajosamente, sin dudas, hasta las escalinatas del templo de Isis. Aquel montón de rencor y negrura sintió que tenía motivos para dar las gracias al cielo. No podía ser cierto que la Fortuna, nuevamente, lo hubiera mirado con tanta amabilidad. ¿Era Gala, la mujer del senador que propició el juego que lo invalidó como legionario, la amante secreta de Scaeva? ¿Por qué si no una esclava suya se habría interesado tanto en andar por los prostíbulos de Híspalis para saber si el Zurdo estaba enamorado? Y si así fuera: ¿qué pensaría su confiado marido, aquel riquísimo senador absolutamente seguro de que en Itálica tenía una matrona fiel y decente, y no una vulgar *culiola,* una puta que lo hacía por el culo?

—¡¡¡Por Isis!!! Cárgame hasta su templo. Llévame sobre tus espaldas y compra en la primera floristería que veas una corona grande para dejarla en las escalinatas del templo.

—¿Te sientes afortunado, Cuervo?

—Mucho más que eso. Me siento poderoso. Como si esta pierna tuviera la fuerza que siempre tuvo y esta mano aún sintiera, al tocar el

hierro de una espada, la dulce piel de la victoria y no la de la derrota.

—Te veo feliz. ¿Pedimos algo de beber?

—Pídelo pronto.

La rata fue a por vino a la taberna, y el Cuervo se quedó pensativo:

—Si esa Gala es la amante de Scaeva no solo puedo hacerle mucho daño a ese cabrón malnacido, puedo ganar dinero, mucho dinero, extorsionándola. Vuelvo a ser afortunado. Tengo en mis manos las vidas de las tres personas que más ama: el joven gladiador, Arusa y Gala. Solo le quedará la puta. Como a mí. Y hasta en eso su desgracia será más ácida que la mía.

—¡¡¡Aquí está el vino, Cuervo. Bebamos!!!

—¡¡¡Por Isis!!!

—¡¡¡Por Isis, la Gran Diosa Madre, la Gran Maga!!! —contestó piadosamente la rata mientras chasqueaba su lengua contra el cielo de la boca, paladeando la aspereza vital de aquel vino hispalense.

## UN PASEO A CABALLO

Se había levantado temprano, recién estrenada la aurora, y ya la brisa de la mañana era templada. Le habían preparado su caballo favorito, del color del barro rojo apagado de los vasos griegos, sobre el que cabalgó durante varias horas por los cerros y arroyos cercanos a Itálica. El campo era una alfombra de amapolas y lirios, y Gala respiraba hondo aquel aire tonificante de una primavera recién estrenada. Llegó a casa con cierta excitación. El vaivén de su montura embravaba la fuerza de su deseo, que pronto sería apagado por la visita que más esperaba. Descabalgó, dejó el caballo cerca de las caballerizas y un esclavo procedió a secarle el sudor, limpiarlo y cepillarlo. Su esclava más leal la recibió con una amplia sonrisa, le fue quitando las ropas y le tenía preparada su tibia bañera en forma de gran concha.

—Date prisa. Quiero recibirlo en el embarcadero —le dijo excitada.

—No creo que sea buena idea, mi señora.

—Llevas razón. Ese caballo enciende mi ímpetu, y debo refrenar mis impulsos. Lo esperaré aquí, como siempre.

El sol ya estaba en lo alto del cielo y Scaeva no había llegado. En cambio, sí le llegaron dos cartas: una desde Roma, firmada por su esposo; la otra desde Híspalis, anónima. Preocupada, le dijo a su esclava que fuera al embarcadero de Itálica por si podía enterarse de algo. Era muy raro que Scaeva faltara a una de sus citas. En realidad, jamás lo había hecho. Gala comenzó de nuevo a sentir celos,

inseguridad, sospechas.

—Puede que se le haya complicado la mañana, señora. Ha empezado la temporada náutica y los negocios lo complican todo —le dijo la esclava, quitándole importancia al retraso.

—Sí, puede ser —dijo nada convencida. A continuación le dio una orden repleta de ardientes deseos—: Vete al embarcadero y espéralo como si tú fueras la que vas a acostarte con él. Si me lo traes pronto, cumpliré mi promesa de compartirlo.

La esclava se arrodilló en el suelo y fue a besarle los pies, ya desnudos y dispuestos a relajarse en la bañera. Gala se lo impidió.

—No malgastes tus besos. Guarda tu efusividad para después, vas a necesitarla…

La chica salió hacia el embarcadero y Gala cogió las cartas, dispuesta a leerlas. Dudó el orden de lectura. ¿Roma o Híspalis? ¿Lo más lejano y nuevo que venía desde la capital del mundo o lo más cercano y posiblemente conocido que le llegaba desde la otra orilla del río? Se inclinó por la que llegaba de Roma, firmada por su marido. Decía así:

> Queridísima y amantísima esposa:
>
> Ruego a los dioses que cuando recibas esta carta te encuentres tan bien como siempre y tan hermosa como Venus. No sabes lo largas que se me hacen las noches en esta ciudad repleta de sombras, intrigas y rumores maledicentes sin tener en mi casa nadie en quien confiar. No sé de ti desde que se cerró el pasado octubre la comunicación marítima, pero esa fatal circunstancia, lejos de separarme, me une más a ti y a tu corazón.»

Gala hizo un alto en la lectura y dibujó una perversa sonrisa en su florida boca. Pensó:

«Viejo mentiroso. Por tu cama habrán pasado todas las meretrices, *culiolas* (anales) peregrinas (extranjeras) y *quadranturias* (las más baratas) de Roma. Siempre te importó más el dinero que el amor. Yo no concibo lo uno sin lo otro. Por eso sigo contigo…».

Prosiguió leyendo:

> Sabrás disculparme que esta carta se ocupe más de asuntos políticos que sentimentales. En Roma están pasando cosas alrededor del emperador y si no somos capaces de situarnos en posiciones ventajosas mellarán la salud de nuestro patrimonio. Trajano ha decidido, con la excusa de que Armenia es el balcón que anhela Partia para asomarse amenazadoramente a nuestras

fronteras orientales, invadir con urgencia el imperio parto. Es un hecho, y ya prepara su máquina de guerra para hacerlo realidad. El joven Longino Ulpio se embarcó para Híspalis para despedirse de la familia en Itálica, donde dará una gran fiesta. Luego, por expreso deseo de Trajano, se unirá a él en la campaña de Partia. Queridísima esposa: ese joven y brillante familiar de Trajano corre serio peligro de muerte. Así me lo ha hecho saber el círculo más inmediato del emperador. En la Domus Áurea todos lo dan por seguro sucesor del augusto, pero hay intereses en Córdoba y en la mismísima Roma por bloquear este deseo imperial.

Gala tomó asiento. Como si la intensidad de las noticias requiriera el descanso de una silla para afrontarlas con el necesario relax. Sus hermosos dientes blancos apretaron su labio inferior en un inequívoco gesto de interés y cierta preocupación. Siguió leyendo:

Tu clara inteligencia no necesita mayores explicaciones. Amantísima Gala: si Longino es asesinado en Itálica el favor que hoy tenemos del emperador no nos lo garantizará, probablemente, su sucesor, ya sea Adriano o ese Tito Annio Vero del que tanto se habla en voz baja en el Palacio Imperial. Debes poner en marcha todos los mecanismos de prevención para auxiliar a la familia del joven Ulpio y sumar esfuerzos para salvarlo de cualquier intento homicida. Podría decirte que hoy Itálica y Córdoba están en pie de guerra, pero no sería certero. Hay familias aristócratas en Córdoba y en Itálica que juegan juntos esta partida de cartas, como compañeros. Eso dificulta más aún que las noticias que te lleguen sean veraces y no estén dobladas por intereses muy ajenos a los nuestros.

Gala dejó de leer y sostuvo la carta en su mano derecha para fijar sus ojos, absolutamente ausentes, en una preciosa vista de su jardín, donde las flores estallaban colores. Dejó vagar su mente y se preguntó algo que aún la carta no había sabido explicar: La conspiración, la trama ¿se maneja desde Roma o desde Córdoba? La mano que todo lo mueve ¿es de plena confianza de Trajano o uno de sus envidiosos enemigos? Gala salió de su ensimismamiento y volvió a la carta.

Queridísima esposa: ten los ojos abiertos, muy abiertos y suma fuerzas con los Ulpios de Itálica, porque te digo con absoluta seguridad que la conjura contra el joven Longino no se mueve ni en Híspalis ni en Córdoba. Probablemente ambos

escenarios lo sean de una batalla, pero la guerra se declaró en Roma y nadie sabe quién está detrás de ella con seguridad. Si Trajano regresa de Partia vencedor y con salud, no habrá problemas y todo se disolverá como la miel en el agua caliente. Que Júpiter no quiera que sea de otra forma, porque entonces, querida Gala, nuestra lealtad a Trajano sería interpretada por su sucesor como una molesta carga que eliminar de su camino. Cuídate y cuida de lo nuestro, que es lo que yo hago ahora en Roma. Cuando abras esta carta es posible que Longino Ulpio esté ya remontando el Betis. Cuídalo como si fuera nuestro hijo. Al fin y al cabo, podemos considerarlo así. Ojalá Venus te ponga pronto en mi alcoba. Tu esposo fiel: Casio Iunius.

Gala guardó la carta con sumo cuidado para mostrársela al padre de Longino, que no vivía muy separado de su espaciosa y carísima *domus*. Seguramente ellos también tendrían noticias de Roma recién llegadas con el primer barco que zarpó de Ostia. No sería mala la ocasión para confrontarlas y sacar conclusiones para proteger al joven Longino. Si algo desagradable le ocurriera al muchacho, todo el futuro de su marido y de su bienestar estaría a merced de lo que la Fortuna le deparara a Trajano en Partia. Pero de las guerras muchas veces se regresa sin aliento, sin vida y con una corona de flores para tu tumba. Y esas tumbas eran enormes, porque cabían el muerto y todos los vivos que murieron con quien protegía, alentaba y alimentaba sus intereses. Había que moverse con inteligencia, serenidad y efectividad.

Gala vio sobre su escritorio la otra carta, la que le llegaba de Híspalis, y estuvo tentada a no abrirla. ¿Había algo más urgente donde centrar la atención que las noticias que acaba de leer recién llegadas de Roma? Se sentó a reflexionar y, por vez primera en mucho tiempo, no extrañó la ausencia de Scaeva, que aún no había llegado para cumplimentar su cita primaveral. Recordó lo que había pensado al principio de leer la carta de su marido: no concebía el amor sin el dinero, sin el bienestar que no estaba dispuesta a sacrificar por nada ni por nadie. Por eso tenía que apoyar a su esposo en mantener su patrimonio sano y salvo. Solo así su amor con Scaeva seguiría sano y salvo también. Tomó la segunda carta y la abrió. Sus ojos se redondearon como si hubiera visto resucitar a un muerto, y sus manos comenzaron a sudar. Le entraron ganas de correr, de huir, dominada como estaba por el pánico. A punto estuvo de dar la orden de que le preparan su caballo para galopar por el campo y que, nuevamente, el roce suave del lomo del animal sobre su clítoris la transportara al mundo sensual y evasivo donde combatía con sexo la soledad de su vida, pero estaba atenazada por el pánico. Era incomprensible. ¿Cómo

una de las mujeres más poderosas de la Bética podía sentirse tan vulnerable por una carta? ¿Qué decía aquella epístola? ¿Qué peligraba en la vida de Gala, tan cómoda y placentera solo un día antes y aparentemente tan amenazada e insegura ahora?

## Un accidente mortal

Fue, con permiso de Pyrgos, a buscar el bálsamo para su dolor en la ensoñación de una tarde navegando por el río. El sol de Híspalis era lo suficientemente benefactor como para darles calor a sus manos y a su frío corazón, helado para la vida desde que a su hijo Marco Antonio Pyrgos lo raptaron los fantasmas del inframundo. Quizá a solas, solo ella y sus recuerdos, conseguiría poner orden en el caos emocional que la invadía donde la razón no encontraba solución a las exigencias de su corazón y su corazón no quería entender lo que le dictaban las leyes inexorables de la vida y la lógica. Se le buscó un barquero de confianza para que el paseo por el Betis fuera placentero. Debería llevarla por donde saltaban los delfines y aquellas riberas del oeste cercanas a los viejos y derruidos templos de Astarté, donde la vida explosionaba por esta época en un sinfín de juncos, aves y árboles ribereños. El barquero debería buscar el paisaje más dulce que necesitaba el infierno de los nervios de la mujer de Pyrgos, por órdenes expresas del médico que le recomendó y pagó Cara Pescao. Ajada, sin apenas arreglar, secuestrada por el dolor, la mujer del poeta era un alma en pena con fuerzas tan solo para arremeter contra su marido y la responsabilidad que hacía recaer sobre él para justificar la muerte del primogénito.

A media tarde, el barquero decidió regresar a Híspalis. La mujer no había dado muestra alguna de agarrarse a la vida, de querer vivir al ritmo y el color de las flores de la ribera, tan solo musitaba palabras repletas de odio y rencor:

—Quiero verte morir, Pyrgos. Solo tú eres el culpable de la desgracia que ha caído sobre nuestra casa. No tengo otra misión en el mundo que la de acabar contigo, Marco Antonio Pyrgos.

Un grupo de delfines saltaron de babor a estribor de la barca en una alborotada manifestación de felicidad. El barquero no lo esperaba y se vio obligado a hacer un movimiento violento e inopinado que puso la barca en manos de una seria inestabilidad. La mujer del poeta, mal aconsejada por los miedos, creyó oír en las risas de los delfines a los sicarios del inframundo que venían por ella. Se puso en pie y cayó al agua. El barquero dejó pasar un momento para saber si aquella

mujer sabía nadar. Se hundía y volvía a salir a flote. Miró hacia la banda del este, donde se alzaba Híspalis y donde había pescadores intentando capturar algo que vender por la mañana, bien fresco, en el mercado. Lanzó un cabo de cuerda con tan mala fortuna que cayó lejos del alcance de la mujer del poeta. Tras unos minutos de hacer por rescatarla, el río engulló para siempre el cuerpo de aquella pobre mujer. Paradójicamente le habían recetado darse un paseo en barca por el río para engancharse nuevamente a la vida y lo único que logró fue precipitar su final. La medicina fue peor que la enfermedad. Dejaba viudo y dos hijos, y la plena convicción entre sus deudos de que todo había sido un accidente…

## PROTEGED AL ELEGIDO POR EL EMPERADOR

Gala no había dejado de sentir zumbidos en los oídos desde que recibió aquellas cartas, la de Roma y la de Híspalis. Cuando un romano sentía que los oídos le zumbaban significaba que hablaban mal a sus espaldas, murmuraciones que podían hacer mucho daño. Eso y las palpitaciones que sufría su corazón, sin duda consecuencia de su estado de ansiedad, la llevaban a creer que se le aproximaban días nefastos, toda vez que aquellos pálpitos significaban que algún ser cercano iba a traicionarla. Esperaba al Zurdo a la hora sexta para hacerle un encargo prioritario, por encima de cualquier otro tipo de exigencias. Scaeva fue puntual.

—Siéntate, Zurdo. Ponte cómodo y escucha sin interrumpirme…

—Ni tan siquiera me has besado y no nos vemos desde antes de la procesión de Isis.

—Todo lo que te voy a contar es sumamente delicado, mucho más importante que tus besos y mi deseo.

—¿Ah, sí?

—Tus besos y mi deseo dependen de que esta casa siga funcionando y de que el emperador no pierda en Híspalis a su favorito.

Scaeva no entendía nada, absolutamente nada. Pensó, incluso, que la primavera y la soledad estaban afectando la salud mental de aquella hermosa patricia.

—Ten esta carta y léela. Sabes leer, ¿verdad?

—Un poco. Con trabajo.

—Si quieres te la leo yo. Así ganamos tiempo.

Gala leyó la carta firmada por su marido y conforme avanzaba su lectura observaba en el rostro del exgladiador muecas de sorpresa, intriga y dudas.

Gala concluyó y le preguntó a Scaeva:

—¿Has entendido bien? ¿Sabes ya por qué razón neutralizar esa probable operación es más importante que tus besos y mi deseo?

—Lo he entendido, no soy tonto. Pero ¿cómo te puedo ayudar?

—Me gusta la forma como trabaja tu patrón. Regresa a Híspalis lo antes posible y ponlo en antecedentes. Necesito que él sirva el banquete de la fiesta de Longino Ulpio y a ti vigilando a todo el que entre y salga de Itálica.

—Será un trabajo duro y difícil.

—Pero te aseguro que muy bien recompensado. Quiero la respuesta mañana mismo, y espero que sea una respuesta interesante.

Scaeva se dispuso a marchar, pero Gala le pidió un instante tan solo.

—Alto, Zurdo. Espera un momento. Te vas y no te he leído la otra carta, que también me atañe directamente.

—Tú dirás, Gala —dijo el Zurdo aún atribulado por lo que había desvelado desde Roma el senador Casio Iunius, el marido de Gala.

—Te la leo. Es muy corta. No hace falta que te sientes. Dice así:

> ¿Qué pensaría su esposo si supiera que en su cama y su alcoba recibe a un exgladiador al que ve con cierta frecuencia en Itálica y yace con él?
>
> ¿Qué pensaría, señora, si supiera que ese exgladiador no es sincero con su noble corazón y desde hace tiempo le entrega su amor a una jovencísima y hermosísima judía de Híspalis?
>
> ¿Qué pensaría, señora, si por callar todas estas cosas usted recompensara mi buena voluntad y mi disposición para servirle, con una buena bolsa de plata?
>
> Si es afirmativa su respuesta, solo tiene que dejar en el templo de Isis el exvoto de una pierna de oro y ya recibirá noticias. Que los dioses protejan su vida y pongan de manifiesto sus acreditadas virtudes benefactoras.

Scaeva dominó su furia, pero volvió a sentir aquel pánico que lo atolondró cuando regresó a Híspalis desde la Dacia y quiso ver su futuro y el de su familia a través del oráculo de Astrampsico.

—¡¡¡Es el Cuervo. Debí haberlo matado aquella tarde en el anfiteatro!!!

—Mátalo, Scaeva. Nada puede interponerse en nuestro sagrado deber: proteger al favorito del emperador.

Dándole la espalda, musitó entre dientes y para sí misma:

—De Judea me ocuparé otro día…

20. Las excavaciones realizadas en el Alcázar por el equipo multidisciplinar del arqueólogo Miguel Ángel Tabales aventuran, con razonables dosis de credibilidad, la situación del templo de Isis en esta zona, cercana a las instalaciones portuarias y al barrio comercial de la avenida de San Fernando. Han aparecido exvotos dedicados a la diosa, y en el siglo XVII se descubrió en el Alcázar una imagen hoy, probablemente, en Italia. Su fiesta era fundamental en la vida económica del mundo antiguo mediterráneo, ya que abría el tránsito marítimo para la reanudación del comercio entre las cuatro esquinas del mundo conocido.

21. La escena literaria se sitúa en la actual calle Mármoles, en lo que, tradicionalmente, de forma gratuita, se pensó que era un templo dedicado a Hércules. Blanco Frejeiro consideró en 1976 que eran los restos del pórtico hexástilo de un templo de época hadrianea. Otros autores consideraron ese espacio un templo que, en dirección hacia el este, se abriría a un recinto sacro que hoy ocuparía parte de las calles Vírgenes y Abades, para concluir dicho espacio, definiéndose plenamente, en un templo dedicado a Liber Pater frente a la actual iglesia de San Nicolás. En 2003, Carlos Márquez aporta una versión distinta, considerando que se trataba de una construcción que reutilizaba materiales de edificios previos. En 2011, González Acuña considera factible la reutilización de materiales y sostiene que las columnas formaron parte de una basílica cristiana del siglo VI d. C. No parece descabellado pensar que el edificio cuyos materiales se aprovechan fuera construido en pleno siglo II d. C., justo en el periodo de monumentalización de Híspalis. Hay quien también considera la posibilidad de que fuera parte de un potente colegio comercial.

# CAPÍTULO IX

# ¡¡¡OH, HÉRCULES PODEROSO, AMPÁRAME, PROTÉGEME!!!

*Híspalis*
*Abril de 113 d. C.*

## EL DINERO DEL BARQUERO

La bolsa de sestercios pesaba y saltaba en la mano del barquero, tan feliz como un nido de pájaros al que la madre ha llevado gusanos y hormigas para que coman. Salía de la *domus* de Cara Pescao, donde previamente lo había recibido Crátero, por orden expresa del patrón.

—Toma, barquero. Te lo has ganado. Has hecho un magnífico trabajo.

—Dele las gracias al patrón. Es muy generoso.

—Se las daré de tu parte.

El patrón estaba en su jardín disfrutando de una tarde espléndida bajo los cerezos en flor del mar Negro y excitado por el dulce y embriagador perfume de aquellos árboles que le trajeron de Persia, cuyas flores blancas inundaban con su fragancia todo aquel edén. Sobre su mesa había dos tablas de plomo con un agujero en el centro y una frase brutal escrita en ellos con un punzón: «Que la muerte te lleve, Marco Antonio Pyrgos». El propio poeta se la había llevado a Cara Pescao para que supiera el drama que había estado viviendo en su casa tras la muerte de su hijo. Aquellas tablas de plomo se utilizaban para maldecir y ennegrecer la vida de cualquiera, y el agujero en el centro de estas expresaba, con la violencia de atravesarlas, el remache de su petición, el deseo brutal de hacer realidad la terrible solicitud escrita.

—Lo encargó mi mujer. Acabo de descubrirlo entre sus cosas.

Cara Pescao miró con cierta desconfianza e inquietud aquellas tablillas tan nefastas.

—Eso, afortunadamente, ya pasó. Todo pasó, Marco Antonio. Parece como si el accidente de tu mujer hubiera sido un regalo de los dioses. Tómalo así. La muerte de tu hijo la enajenó. Y te estaba enajenando también a ti.

Cara Pescao miró los ojos, aguados, de Pyrgos.

—Pese a todo la quería. Y pese a todo confiaba en que saliera adelante.

—¿De verdad? Por Mercurio, ¿pensabas eso, si era la encarnación del odio? Esas tablillas de plomo con un agujero en el centro solo las emplean la gente que quiere lo peor para otra persona. Y para ella su mejor deseo era verte muerto…

Pyrgos no pudo evitar un pequeño hipo de dolor, que inmediatamente reprimió su disciplinada autoexigencia pública. Pensaba que el dolor no era manifestable en los hombres de determinado nivel y formación.

—Tal vez lleves razón. Tal vez ese accidente lo dibujó en su destino el inmenso odio que alimentó la desgracia. Y es posible que para mí suponga una liberación.

En ese instante Crátero accedió al jardín y clavó sus ojos en las tablillas de plomo que cara Pescao tenía sobre la mesa. Dijo:

—Señor, el barquero pregunta si lo va a necesitar esta semana para ir hasta Itálica.

—¿Sigue ahí?

—No, ya se ha marchado, contento porque mi señor sigue contando con él.

—Me gusta ese barquero. Trabaja muy bien. Si hay que ir hasta Itálica lo avisaremos… Por cierto, Marco Antonio, quédate en casa el tiempo que necesites para escribir y para hablar del futuro de tus hijos. Necesitan una madre, y creo que tengo una dulce y amable mujer…

—Aún es pronto, patrón.

—Las camas frías nunca hicieron feliz a nadie.

Pyrgos esgrimió una agradecida sonrisa.

—Gracias, patrón. Eres muy generoso. Sigues siendo fundamental en mi vida.

Cara Pescao se levantó y se fue hasta uno de aquellos árboles persas que inundaban de una exótica fragancia el jardín. Cogió varias de sus flores blancas y se las llevó a la nariz para olerlas con profunda avidez.

—¿Sabes lo que pienso, Marco Antonio?

—No. Tu cabeza supera las estrategias militares del gran Julio César.

Cara Pescao rio de forma vanidosa.

—Te lo adelanto. Cuando seas responsable político en esta ciudad, trataremos de arbolar un parque público dedicado a tu esposa. Llevará su nombre, y lo poblaremos con esta especie tan exótica que traje de Persia. Su olor te recordará los mejores tiempos que pasaste con ella.

—Me parece una idea magnífica, patrón. ¡¡¡Qué mejor recuerdo a la memoria de mi pobre mujer!!!

—Solo te pido una cosa.

—Lo que sea, patrón.

Con cara de repugnancia y miedo, le dijo:

—Llévate cuanto antes de mi casa esas tablas de plomo. Con ellas no viene nada bueno…

## Cara Pescao va de putas

—No lo vuelvas a hacer más, Zurdo.

—¿Qué cosa, patrón?

—Citarme en una de tus casas de putas.

—Creí que te gustaría saber cómo progresan mis negocios.

Cara Pescao hizo un movimiento afectado con una de sus manos y le contestó a Scaeva:

—Vendré más a gusto cuando en vez de tanta meretriz con pelucas naranjas pongas ante mis ojos los efebos más bellos y hermosos de Híspalis…

En aquella casa todo eran gemidos y resoplos. Parecía que la primavera exaltaba la sangre caliente de los meridionales hispalenses que, contentos y seguros por el nuevo curso marítimo, adelantaban sus éxitos comerciales bebiendo, fornicando y cantando. Scaeva, tras contemplar que su patrón había acogido la broma de la cita con su buen humor de siempre, le dijo:

—Vamos patrón. Vamos arriba. Hablaremos más seguros y estaremos más cómodos. Tengo que decirte algo importante.

Arriba estaba la bailarina gaditana que confortaba las noches de Scaeva. Su concubina leal, hermosa, curvilínea y siempre dispuesta a complacer a su amo. A Scaeva no solo le servía como yegua de placer o almohada sobre la que confesar secretos muy privados, también era sus ojos y sus oídos en el fértil lupanar de Híspalis, donde crecían las flores del mal y los frutos prohibidos por la justicia tenían allí su más abonado vergel. Scaeva llamaba a la muchacha *Asinus,* culito, por la esplendorosa grupa de aquella jaca gaditana. Ojos verdes, pelo negro, labios carnosos, piel trigueña, cintura mínima y una gracia para el baile como solo la tenían las muchachas de aquella tierra al sur de Híspalis.

—¿Quieres que baile para tu invitado, Zurdo?

—Creo que le gustaría más que le bailara un chico.

Terció Cara Pescao y la invitó a bailar.

—Baila, por favor, para mí. Eres muy amable.

La chica se puso los crótalos en los dedos y una fina y transparente túnica que mostraba la espléndida carnalidad de un cuerpo fibroso y joven. Empezó a bailar y Cara Pescao no pareció sentirse incómodo. Al revés:

—Qué cintura tiene esta chica, Zurdo. Eres un hombre afortunado.

—Esa cintura es capaz de mover el mundo, patrón.

Cara Pescao se encendió y pasó a hacer palmas con las manos al ritmo que marcaba Asinus con sus crótalos. No se pudo contener y salió a bailar.

—¡¡¡Parece que te gusta, patrón…!!!

—Me vuelve loco, Zurdo. Ya casi ni me importa que sea una hembra…

Realmente, Cara Pescao estaba excitado. Y era cierto. Estaba muy excitado. Tanto que se arrimaba a aquella espléndida mujer con el mismo deseo con el que se acercaba a sus efebos o al negro esclavo aquel que le espantaba el Pudor de su zona rectal. El Zurdo lo jaleaba, como si su Asinus fuera a obrar el milagro del cambio de inclinación sexual de su patrón. Cara Pescao paró absolutamente agitado y asfixiado.

—Que sepas —le dijo al Zurdo—, que la he respetado porque sé que es tuya y solo tuya, pero me ha hecho sentir cosas que solo he sentido con los hombres. Estas bailarinas son hijas de Venus, por todos los dioses.

Scaeva rio y brindó con vino por su patrón y por su concubina. Luego le hizo una imperceptible señal con la cabeza y Asinus entendió que allí no había sitio para ella. Se retiró, y los ojos de Cara Pescao se clavaron en el culo de la chica, visible tras su túnica transparente.

—Ni Apolo lo tiene tan bien hecho —dijo teatralmente desesperado.

—Es bueno que rías y goces ahora, patrón. Lo que tengo que decirte es muy delicado. ¿Estás preparado?

—Por Mercurio, claro que lo estoy. A ver…

—Somos responsables de que a Longino Ulpio, el favorito del emperador para sucederle en Roma, no le ocurra nada en Híspalis.

—Pero si está en Roma…

—Llega en días al puerto, y para entonces tú ya habrás recibido desde Itálica el encargo de montar una fiesta, con un banquete digno de la gente del otro lado del río, con una exhibición de gladiadores y quizá con algunas de mis mejores peregrinas del lupanar. Chicas escogidas y que harán lo que las matronas romanas tienen prohibido hacer con sus maridos.

—¿Mucho dinero?

—Mucho, patrón. Tanto como para recompensar un servicio directo al emperador. Dinero y relaciones…

—¿Es fiable la información?

—Muy fiable. Me llega de la casa de Itálica, la del viejo senador Casio Iunius, aquel que montó en el anfiteatro una pelea de los mejores gladiadores contra el Cuervo y yo, y en la que el Cuervo debió morir…

—¿Por qué, Zurdo?

—Porque lo que no se hace en su día te lo reclamará el destino, y el destino juega con nosotros buscando siempre sorprendernos.

—Acabas de hablar como Pyrgos, por todos los dioses.

—Quizá.

Cara Pescao no le dio importancia al asunto. Lo entendió como una vieja rivalidad entre dos gladiadores, una cuenta pendiente que ninguno de los dos era capaz de clausurar.

—¿Cuándo vamos a Itálica a cerrar este delicadísimo trabajo, Zurdo?

—Tu barquero siempre está dispuesto. Llámalo y vamos cuanto antes…

## Los progresos del gladiador

Africano el lanista observaba, desde la amplia balconada de la escuela de gladiadores, las duras exigencias prácticas que el Cuervo, como doctor, imponía a sus atletas. *Doctor* era el término con el que se denominaba al instructor de los gladiadores, que está en posesión de un conocimiento que puede transmitir y enseñar. Realmente enseñaba bien a quien bien estimaba, que no eran muchos. Quizá los suficientes para sentirse arropado por una especie de guardia personal dentro del colegio que lo ponía a salvo de cualquier venganza a plazo fijo de alguno de aquellos pobres desgraciados. Desde que entró Valentiniano en la escuela, los gladiadores ajenos a su simpatía habían llevado una vida más fácil, exentos de la implacable ferocidad del doctor. Africano observaba todo con detenida atención no sin pensar alguna que otra vez que el Cuervo era duro, demasiado duro con unos y no tanto con otros pocos. A Valentiniano le imponía un ritmo de instrucción verdaderamente insoportable. Pesas, combate, esgrima, saltos y natación. Nunca un gladiador tan joven e inexperto había soportado tanta carga de entrenamiento. Pero Valentiniano lo aguantaba con la arrogancia y la soberbia de lo que era, un guerrero con ganas de matar

romanos, esa deuda pendiente con la memoria de su padre. Hubo días en que el doctor lo castigaba sin comer las gachas de los gladiadores por una cuestión tan nimia como escupir en el suelo. Otras, simplemente, le cubría la espaldas de latigazos. Como aquella tarde en la que, tras la instrucción, el Cuervo le dijo:

—Te crees bueno, pero eres una mierda.

—Llévame al anfiteatro y te responderé con la sangre de mi adversario.

—Voy a llevarte nuevamente al campo para que ares con los bueyes.

—Hazlo y te dejaré los huevos como la pierna que te inutilizó el Zurdo.

El doctor volcaba sobre el chico todas las frustraciones derivadas de su insoportable derrota ante Scaeva, una derrota que lo expulsó de la gloria de los campeones para tirarlo en el fango de los olvidados. Nada de eso se le escapaba a Africano que, desde lo alto de la balconada, observaba cómo su doctor trataba de vengarse del pasado a costa de arruinar, probablemente, un estimable presente desperdiciando las cualidades de aquel chico. El lanista gritó desde el balcón:

—Está bien, doctor. Sube. Me gustaría hablar contigo.

El Cuervo echó a andar arrastrando su pierna muerta y dándole a cada movimiento de su cuerpo el abominable compás de los monstruos. Una vez arriba, en el balcón, Africano lo invitó a sentarse.

—Siéntate, doctor. Y bebe algo.

—Gracias, señor.

—Te veo especialmente dedicado a Valentiniano. ¿Le ves futuro?

El Cuervo meditó la respuesta.

—Es atolondrado, impulsivo, tiene la sangre demasiado caliente...

—Esos defectos los puede convertir en virtudes un doctor de tu categoría y experiencia. Yo le veo posibilidades al chico. Es más, desde que entró aguanta los entrenamientos más duros sin rechistar, se somete a tus duras exigencias y te brinda las espaldas sin desconsuelo cuando tú crees que hay que castigarlo.

—Me llevará tiempo, mucho tiempo sacar algo bueno de él.

—Sabes, doctor, que mi tiempo es oro y que no puedo convertir esta escuela en una casa de huéspedes. Quiero verlo en la arena lo antes posible, si tú no tienes inconveniente…

—Ninguno, señor. Si se trata de ahorrarte una boca, lo coloco en la primera ocasión que nos brinden unos juegos.

—Así sea, doctor. Bebamos y brindemos por la suerte de esta escuela.

—Por la escuela de gladiadores de Africano…

—Eso es todo —dijo resumiendo y cerrando la reunión Ulpio Celso, el padre de Ulpio Longino.

—¿Quedó todo claro? —preguntó Gala.

—Ha quedado tan claro como el agua de una fuente —dijo Cara Pescao.

Scaeva asintió con la cabeza.

La reunión se había celebrado en casa de Ulpio Celso, en Itálica, para trazar las líneas maestras del plan de seguridad que incluía un riguroso control de la comida del banquete que serviría Cara Pescao y una vigilancia militar de la casa y los alrededores por parte de los hombres de Scaeva.

—Lanista, ¿tu espectáculo estará a la altura de lo que merece mi hijo? —preguntó con soberbia Ulpio Celso.

—La última vez que mis gladiadores vinieron a esta casa enterré a cinco y el Cuervo dio una lección de valor y honor. ¿No lo recuerda?

—Por todos los dioses, fue ejemplar. La casa se llenó de sangre y esa sangre revitalizó la de nuestra familia. Imposible olvidar aquel día ya lejano en el que Ulpio Longino marchaba a Roma a estudiar Derecho y hacer el cursus honorum.

—También esta vez será inolvidable.

—Pero ya no lucha el Cuervo —dijo Ulpio Celso, y las miradas de Gala y Scaeva se cruzaron instintivamente.

—Pero es él quien instruye a mis gladiadores. No temas. Seguro que te sorprenderé.

Intervino Cara Pescao:

—Señor, corre por mi cuenta la velada teatral que le ofreceré a su hijo en el teatro de Itálica. Ya busco compañía por Mérida y Córdoba. Creo que sería del agrado del joven Ulpio Longino la obra *Las suplicantes*.

—Un bonito regalo. Seguro que nos gustará a todos.

—¿Algún ofrecimiento más? Me abruma vuestra generosidad —dijo con picardía el padre del sucesor.

Tras un espeso silencio que medía la alta responsabilidad adquirida por Cara Pescao y sus socios, el liberto ofreció otro regalo en honor del posible sucesor en el trono imperial de Trajano:

—Te ofrezco, Ulpio Celso, la posibilidad de que el mejor escritor de Hispania y uno de los mejores del imperio loe las virtudes de tu hijo.

Con desprecio y sorna, Ulpio Celso respondió:

—¿Y quién es ese Plauto?

A Cara Pescao se le encogió el corazón de la misma forma que se

encogía físicamente cada vez que oía sonar un látigo, acto reflejo condicionado por sus años de esclavitud donde recibió más de un castigo.

—No me refiero a Plauto, obviamente, señor. Me refiero a Marco Antonio Pyrgos.

—Ese borracho no pisará esta casa ni leerá nada en honor de mi hijo, porque simplemente sería una falta de respeto a esta familia y a mi hijo que un borracho leyera algo en su honor. Puedes echarlo a los leones, si es que los leones son capaces de soportar el sabor alcoholizado de su carne.

Gala medió para suavizar tan desagradable y descortés respuesta.

—Queremos que todo salga bien, como se merece el joven sucesor de Trajano. No debemos transmitir preocupación, pero tampoco relajo. Creo que la mejor recomendación es actuar con normalidad.

Se puso en pie el anfitrión de la casa invitando a cerrar la reunión:

—Longino estará en casa dentro de unos días. Para los idus de abril, el día trece de este mes, celebraremos la fiesta. Queda poco tiempo y hay mucho trabajo que hacer. En vuestras manos está el futuro de Roma. Hacedlo bien y el futuro césar os lo sabrá recompensar.

Antes de subirse a la barca que los llevaría a Híspalis, Gala hizo un aparte con Scaeva para recordarle algo que le transmitió con un tono imperativo:

—Mata al Cuervo. ¡¡¡Cuanto antes, mejor!!!

Scaeva la escuchó en silencio y salió de la casa para encontrarse en el jardín a Cara Pescao y al lanista. El mercader le preguntó:

—¿Qué quería la señora de Casio Iunius?

—Me transmitía la preocupación de los días en los que Longino no contará con nuestra vigilancia.

—¿Y…?

—Algo tendremos que hacer. ¿O vamos a dejar solo al sucesor de Trajano para que cualquier bandido le rebane el cuello en una plaza?

Cara Pescao miró a Scaeva y al lanista, y dijo:

—Ocúpate de eso, Scaeva. Y si tienes que echar mano de algunos gladiadores de Africano, hazlo.

—¿Y tú que harás? —le preguntó el Zurdo.

—Visitar en la isla de Sancti Petri al Hércules gaditano. Solo él sabe cómo saldremos de este negocio…

## UNA PIERNA DE ORO

En la pared del templo de Isis dedicada a colgar los exvotos apareció,

al poco tiempo de que Gala recibiera la carta anónima de Híspalis, uno pequeño en oro puro, de una pierna. Mediría cinco o seis centímetros. Deslumbraba su iridiscencia en mitad de las otras peticiones y súplicas que, por las que allí se amontonaban, hablaban de las preocupaciones de las mujeres hispalenses por el útero. En la parte del Tíber en la que se encontraba la isla Tiberina de Roma, donde Esculapio tenía templo y se había labrado un frecuentado hospital, era costumbre que las mujeres romanas arrojaran úteros votivos que reclamaban el favor de los dioses para curarlos o hacerlos fértiles. En Híspalis no se arrojaban al río, pero en el templo de Isis también abundaban, junto con orejas, ojos, brazos y hasta hígados. Aquella pierna de oro la hizo colgar una esclava de Gala, no como rogativa para una curación, sino como señal de aceptación de un chantaje que sellaba un acuerdo. El chantajista cobraría dinero por callar; la chantajeada estaría siempre dispuesta a pagar bien ese silencio. Lo que desconocía el Cuervo es que Gala estaba perfectamente informada de quién era el miserable que la extorsionaba. ¿Por qué lo consentía la atractiva patricia? Cuando la esclava salió del templo, una de las ratas del doctor descolgó el exvoto para llevársela.

—Aquí está la señal. Es bonita. Y vale más…

El Cuervo no le permitió la broma. Imaginaba que lo que iba a decirle no le agradaría. Sabía que su pierna valía poco, menos que una hecha de barro, pero no por eso iba a permitir que bromearan con su desgracia.

—Más vale que te calles, estúpido. Ahora hay que pensar cómo vamos a cobrar. Esa mujer es muy poderosa, y la única ventaja que tenemos sobre ella es que no nos conoce, y así debemos seguir.

—¿Cobraremos en Itálica o en Híspalis?

—Debo pensarlo. Quizá ni aquí ni allí. Hay muchas tabernas en el camino a Mérida. Debo pensarlo.

—¿Cuánto vas a pedir, Cuervo?

—Eso no te importa lo más mínimo. Tú tendrás tu parte. Lo demás, sobra.

La rata tenía un tic en el ojo que se convulsionaba más cada vez que el Cuervo se manifestaba duro. Fue nuevamente a hablar y el otro lo paró.

—Te he dicho que me dejes pensar. Vete, mira y escucha. Haz tu trabajo. Y luego vuelve. Si traes algo de interés, te invitaré a vino.

La clandestinidad, el anonimato, las cloacas. En esos escenarios creía el Cuervo que podía manejar su negocio con la rica, hermosa y ardiente patricia. Una pequeña equivocación desbarataría el sueño de

su vida: vivir de una mujer a la que tenía pillada por un silencioso adulterio. Esposa de un senador, hija de muy buena familia bética, lo tenía todo para que el Cuervo pensara que había encontrado en Itálica una mina de plata.

«Y, llegado un momento, puedo apretar mis exigencias hasta gozar de ella en su más hermosa plenitud», pensó mientras miraba a unas jóvenes que pasaban delante de sus dilatadas y rijosas narices.

De su ensueño lo bajó el recadero de la escuela de gladiadores, que llegó agitado:

—¡¡¡Cuervo, Cuervo, el lanista quiere verte de inmediato!!!

—¿Ha pasado algo?

—No lo sé, pero nunca me han dado una orden para ti de una forma tan urgente y preocupada.

El Cuervo miró al chaval y le dijo que marchara, que él llegaría antes y así le podría comunicar a Africano que ya estaba en camino. El chico volvió sobre sus pasos corriendo, como si fuera Filípides en Maratón, y el Cuervo arrancó su pesado caminar, tan desajustado como monstruoso, sin dejar de pensar:

«¿Sabrá algo el lanista de la mina de plata que tengo en Itálica?».

## La primera pelea de Valentiniano

—Disculpa, doctor, la urgencia con la que te he hecho venir. Sé de sobra que moverse no es para ti un asunto liviano y debes creerme que más de una vez le he pedido a Mercurio que te concediera alas en los pies…

El Cuervo bajó la cabeza, entre resignado y agradecido a las palabras de su lanista.

—Gracias, Africano. Pero las cosas son como son. Quizá aquel día en el anfiteatro no debiste pelear tanto para que me perdonaran la vida.

—¿Habrías deseado la muerte?

—Como el mejor gladiador que nunca tuvo Híspalis, sí. La deseaba. La pelea fue hermosa y viril, y quizá la muerte en la arena me habría convertido en leyenda.

—Discúlpame entonces. Actué así porque fuiste el gladiador más completo que jamás tuve. Te debía mucho, tanto como la vida, y quise prolongar tu estilo, tu forma de pelear haciéndote doctor de esta escuela. Pero veo que me equivoqué.

—Así es, lanista. Te equivocaste. Tú alimentaste la vida de un deforme inútil e Híspalis se quedó sin su leyenda.

Africano se pasó la mano por la cabeza, totalmente rapada, hasta dejarla descansar en su cuello con un gesto preocupado. No había empezado aquella conversación de la mejor forma. El Cuervo la llevó hasta donde más cómoda le resultó a su amo.

—He corrido como los caballos númidas. Aquí estoy, dispuesto a escuchar lo que pasa hoy y no lo que pasó hace años. Dime, lanista.

Africano se relajó y comenzó a informar a su doctor.

—¿Recuerdas a Longino Ulpio?

—Lo recuerdo, Africano.

—Fue el comienzo de toda tu carrera. Te enfrentaste en la *domus* de Ulpio Celso contra un grupo selecto de los gladiadores de la escuela y los venciste a todos. A todos menos a uno que se perdió con una esclava por las habitaciones.

Rompieron los dos a reír.

—Buenos tiempos, lanista. Pero ¿por qué recordar hoy tantas cosas que pasaron?

—Porque, sencillamente, van a volver a pasar.

—No logro entenderte. El vino me está embotando la cabeza.

Africano cogió una manzana de un frutero que estaba situado en el centro de una sencilla pero bien tallada mesa de madera de su escritorio. La mordió con fuerza, y del bocado se escapó un dulce y áspero olor a fruta que hizo que las aletas de la nariz del Cuervo se inflaran.

—Aquel chico regresa a Híspalis. Ha hecho carrera en Roma y sus dotes han sido valoradas por el propio Trajano. Se le da como posible sucesor, es el elegido por el augusto. Viene a despedirse de los suyos porque acompaña al emperador a la guerra contra los partos.

El Cuervo abría la boca sorprendido por el nivel de las noticias.

—Su padre quiere hacerle una despedida a la altura de su cariño y de su prometedor futuro, y tú intervienes directamente en dos cosas.

—¿En dos cosas? Habla, lanista. Parezco un viejo interesado ante un oráculo por saber qué será de mi vida.

—Mis socios y yo nos hemos hecho cargo no solo del espectáculo de gladiadores, también somos responsables de la seguridad de Longino Ulpio. ¿Entiendes ahora?

—Creo que sí… —dijo sin mucha seguridad.

—Quizá yo no acabo de explicarme correctamente. Cuervo, tu harás la selección de los seis mejores gladiadores de la casa que, seguramente, irán hasta Itálica a pelear a vida o muerte en honor de un futuro emperador de Roma. Y vas a seleccionar a los mejores.

—Sin duda, lanista.

El Cuervo no acababa de entender las intenciones de su señor.

—Pero además tendrás que facilitarle a Scaeva los hombres que él te pida como guardia personal del futuro césar. Esa guardia estará a su lado día y noche hasta que vuelva otra vez a embarcarse con destino a Ostia.

—Me parece muy razonable. Pero ¿por qué tantas precauciones si aún no es el emperador de Roma?

El lanista calibró su respuesta. ¿Era bueno que el Cuervo supiera más allá de unas órdenes estrictas? ¿Era aconsejable que una persona más conociera que existía una trama urdida entre Córdoba e Híspalis para acabar con la carrera del joven Ulpio Longino?

—Cuervo, con lo que sabes ya lo sabes todo. Ponte a trabajar. El barco del futuro emperador de Roma está a punto de llegar a Híspalis, y nada más bajar del barco, esa guardia personal lo rodeará y lo acompañará hasta donde haga falta. Si es preciso ir con él a las letrinas, irán. ¿Comprendido?

—Ahora sí. Desde el principio hasta el final.

Al Cuervo le galopó por la mente una idea que fue a compartir con el lanista pero al final no lo creyó conveniente. Pero si el encuentro entre gladiadores en Itálica iba a ser a vida o muerte, ¿qué mejor ocasión para mandar hasta allí al joven Valentiniano? ¿No quería Africano que lo empezara a mover para conocer sus posibilidades? El Cuervo fue incapaz de reprimir una sonrisa perversa que se le descolgó de aquella boca con metálico sabor que tanto repugnaba a los que la sufrían. Ese día sería inolvidable. Scaeva vería impotente cómo jugaban los veteranos con su rebelde dacio, hasta que uno de ellos lo atravesara con su espada, o quizá por orden del doctor, solo lo malhirieran, dejándolo manco o cojo. Sería cuestión de pensarlo. Porque hasta Itálica llevaría a los gladiadores que formaban parte de su círculo de confianza. Tan solo uno no gozaba de ese privilegio. Pero era fundamental su concurso para que la noche fuera una de las más felices de su vida…

—Te veo feliz. Hasta sonríes, Cuervo. Sigue gustándote la acción.

—Sí, Africano. Me encanta la acción…

## Los planes de Córdoba

En una mano tenía un puñal reluciente. En la otra, una bolsita de cuero con un veneno mortal. Sopesaba ambas posibilidades como si sus manos fueran los platillos de una balanza.

—¿Cuál creéis, amigos, que es la fórmula más práctica, idónea y efectiva para acabar con Ulpio Longino?

No había en el complejo termal de aquella fastuosa villa cordobesa más de cinco conjurados para acabar con la vida del favorito de Trajano. Sudaban. Y uno de ellos dijo:

—Este calor me impide pensar.

Los demás callaron. Unos fijaban la vista en los delfines del mosaico del suelo; otros, en una bellísima composición alusiva a la pesca de atunes en el estucado de las paredes. A nadie parecía gustarle ninguna de las opciones. La primera era suicida. El que apuñalara a Longino debería pillarlo por sorpresa, y desde Orippo la conjura cordobesa estaba informada de que el posible sucesor del emperador contaría con una guardia personal, escogida entre los gladiadores más preparados de la escuela hispalense, imposible de sorprender con tan parcos medios. La del veneno parecía más probable, pero también habían recibido información desde Orippo de que el banquete iba a estar vigilado desde la misma cocina donde se prepararía el suculento menú. Siguió hablando el conjurado:

—A mí también me parecen ambas opciones muy arriesgadas, pero he pensado que nos quedan otras….

—Habla —dijo un aristócrata cordobés vinculado a la familia de los Annio Vero.

—El veneno puede llevarlo una prostituta con experiencia, en su rostro. La más hermosa. La que hará las delicias del joven Longino.

—¿Y quién nos garantiza que el joven Longino elegirá precisamente a la prostituta que porte el veneno?

—No haría falta que la eligiera. Ella misma besaría al joven, sin más, como un ofrecimiento de sus cálidos servicios, independientemente de que después de besarlo la rechazara, cosa improbable pero posible.

Un tercer conjurado terció en la conversación.

—Creo que también tenemos una completa información desde Orippo de que las prostitutas saldrán del lupanar del famoso exgladiador Scaeva. El control de la vigilancia, protección y placer de la fiesta lo dirigirá él, y eso resta muchas posibilidades de comprar a una de sus meretrices. Podría incluso delatarnos.

—Llevas razón —dijo el conjurado que lideraba la conversación—. Había pensado en eso, pero quería saber vuestra opinión.

Hubo un prolongado silencio. El cargado aire de la terma casi impedía ver los rostros de los allí convocados. El aristócrata que lideraba el grupo prosiguió:

—Han buscado por Córdoba, Écija y Mérida una buena compañía de teatro para representar una obra en el teatro de Itálica. Puede que ese sea el punto más débil que tiene el sistema de protección del joven

Longino. Creo que tengo un buen plan.

Los conjurados se levantaron de sus asientos y preguntaron al unísono:

—¡¡¡Habla, explícate!!!

—A su debido tiempo conoceréis los tres actos de esta tragedia griega que se va a desarrollar en Itálica. Ahora nademos un poco. Y después cada uno se va a su *domus* sin comentar nada con nadie. Ni con vuestras conciencias…

## Entre Cádiz y Roma

Crátero prosiguió su viaje hasta Roma, pero Cara Pescao dejó el barco en Cádiz y desde allí, con ánimo peregrino, se dirigió hasta el templo del Hércules gaditano, en el otro extremo de la isla, que de punta a punta alcanzaba las doce millas romanas, unos 18 kilómetros aproximadamente. Durante la bajada del Betis habían sufrido muy mala mar: una turbulenta tormenta de primavera había obligado al liberto y a su esclavo y fiel colaborador Crátero a pasar una jornada de navegación realmente incómoda. Además, el macareo, esos remolinos traicioneros que se formaban por la colisión de las aguas que buscaban la desembocadura y las que llenaban el río por efecto de la marea alta, había sido muy duro. No se equivocó Estrabón, el geógrafo e historiador griego, cuando lo registró en sus estudios y alertó a marineros y viajantes desprevenidos más de cien años atrás. El macareo había llevado la desgracia a muchas familias marineras y comerciantes, bien porque se había tragado a sus hijos, bien porque se había tragado el barco y las ricas mercancías que transportara, dejando a más de un mercader al borde de la ruina cuando no en la ruina misma. Cara Pescao parecía atormentado por las palabras de Ulpio Celso referidas a su poeta preferido, Marco Antonio Pyrgos, pero el mercader no bajaba hasta Cádiz para rezar ante Hércules por esa razón. Navegó hacia la desembocadura del Betis para pedirles a los oráculos del templo el resultado final del trabajo que iba a emprender para que el futuro sucesor de Trajano saliera vivo, complacido y feliz de los festejos de Itálica, de los que él y sus socios, Scaeva y Africano eran directos responsables.

Además, no dejaba de pensar en el maligno influjo de las tablillas de bronce que la malograda esposa de Pyrgos le había dedicado a su marido pudieran tener, indirectamente, sobre su vida y sobre aquel delicado trabajo que le esperaba en Itálica. Desde el día en que Pyrgos se lo enseñó en su magnífico jardín estuvo practicando ritos de

limpieza y fortalecimiento espiritual contra los demonios más nefastos. Solo lo tranquilizó la salida de su *domus* para embarcarse para Cádiz cuando escuchó el *omen* más bonito de su vida. Cara Pescao dejó su magnífica casa con cuidado de no tropezar con ningún escalón ni romperse la trabilla de su sandalia, todos estos, signos de consecuencias negativas, y ya en la calle se cruzó con un chico que gritaba a otro:

—Ve rápido río abajo…

El *omen* oral no era otra cosa que un mensaje imaginado encerrado, al azar, en un juego de palabras pronunciado por una tercera persona ajena a tu vida. Podía ser positivo o negativo, y lo escuchabas en la calle, en tu casa, en la vecindad, y estaba relacionado con algo importante que fueras a ejecutar. Fue famoso el que escuchó Marco Licinio Craso, aristócrata, general y político republicano, hombre que venció a Espartaco y que ayudó económicamente a Julio César. Antes de decidirse a ir a la guerra le oyó pregonar a un vendedor de higos por la calle:

—Cauneas, higos de Cauno.

Pero la frase, deconstruida fonéticamente, se podría interpretar como *Cave ne eas,* ten cuidado, no vayas… Craso fue a la guerra, no siguió el consejo que encerraba el *omen* y murió en Siria. Dicen que lo obligaron a beber oro fundido para saciar su desmedida ambición.

Cara Pescao estaba mucho más relajado desde que escuchó al joven gritar «Ve rápido río abajo»… porque eso era precisamente lo que iba a hacer aquel día. Cuando llegó a Cádiz acompañado de su fiel servidor Crátero, el liberto enfiló el camino hasta el templo de Hércules, y Crátero prosiguió hasta Roma.

—Ya sabes, Crátero: nuestro objetivo es que te enteres por boca directa del patrón de lo que pasa en la Domus Áurea en relación con Ulpio Longino. Y también entrégale esta carta. Ahí llevas la propuesta para que nuestro patrón en Roma apoye la carrera política de Marco Antonio Pyrgos. Regresa pronto y con buenas noticias. Que los dioses te protejan…

## El templo de Hércules

Tenía fama desde antiguo, y en el siglo ii d. c., el venerable templo labrado por los comerciantes de Tyro que fundaron Cádiz ya llevaba en funcionamiento cerca de novecientos años. Su aspecto era imponente. Algunos lo asemejaban, en su arquitectura, al templo judío de Jerusalén. Los sacerdotes hacían sacrificios diarios para aspergear

de sangre los altares del semidiós y oficiaban su culto con los pies desnudos, al modo oriental, vestidos con túnicas de lino blanco sin ceñir. Iban descalzos para que ninguna impureza ajena al recinto sagrado manchara tan bendito suelo. Las cabezas las tenían rapadas y llevaban una cinta ajustada a la frente. Las mujeres tenían prohibida la entrada. El único animal que no estaba permitido sacrificar en honor del héroe era el cerdo, tan impuro. Sus oráculos interpretaban sueños o consultas directas. Aníbal, el cartaginés, preguntó por sus campañas itálicas; a Julio César le interpretaron un sueño que le anticipaba un enorme poder. Cara Pescao realizó una pregunta muy directa:

—¿Cómo saldrá el trabajo que tengo encomendado?

Él mismo sacó una especie de ficha, y el oráculo se la interpretó.

—No tendrás problemas para salvaguardar tus intereses. La empresa saldrá bien, pero dos morirán…

Cara Pescao dejó una suculenta bolsa de plata en el templo, con monedas emitidas en el año 100 por orden de Trajano dedicadas al semidiós. Y, como hacía cada vez que lo visitaba, antes de marchar pasó a orar ante uno de los tres altares que tenía el héroe y en los que siempre había prendida una llama de incesante combustión. Dos de esos altares eran de bronce; el tercero, de piedra, el preferido por Cara Pescao, ya que llevaba esculpidas las escenas de Hydra y los caballos de Diomedes y los doce trabajos de Hércules. En ninguna de las tres aras se veneraba una escultura propiamente dicha del semidiós. Hércules, quizá por la antigua tradición cananea que inspiraba su culto, no se representaba de forma antropomorfa, aunque en alguno de los altares ubicados en el gran espacio sacro externo al sanctasanctórum hubiera representaciones estatuarias del héroe tebano producto, quizá, de la presión cultural y religiosa ejercida por la helenización y romanización de los tiempos. El templo medía linealmente 300 metros, con un recinto externo de forma rectangular repleto de columnas con capiteles corintios y basas áticas. En las monedas acuñadas en Cádiz en el año 4 a.C. se aprecia un gran frontispicio en la entrada con un escudo y, en la cornisa, unas palmas. Igualmente se accedía al templo por una enorme puerta de bronce donde estaban representados los diez trabajos del héroe: Hydra de Lerna, León de Nemea, Perro Kerberos, Caballos de Diómedes, Jabalí de Erymanthos, Cierva de Kyrenea, Antaíos, Nessos, Acheloús y Apoteosis del héroe en el monte Oeta. Siempre ante esta puerta, Cara Pescao se demoraba pensando de forma recurrente que si Julio César había llorado en aquel templo ante la estatua de Alejandro Magno por respeto y consideración militar al guerrero macedonio, a él se le

saltaban las lágrimas de pensar lo vulgares que eran las vidas de los humanos frente a experiencias vitales tan heroicas como las de Hércules, cuyos restos mortales, como se aseguraba en el norte de África, reposaban en aquel templo, ya que Hércules murió en España.

Al fondo del recinto sagrado se levantaba el sanctasanctórum dedicado al dios, precedido por pequeños santuarios de divinidades acogidas bajo su protección. Resulta curioso hacerse a la idea de que en el gran templo gaditano había altares dedicados a deidades sumamente extrañas: la Vejez, la Muerte, la Pobreza, el Arte, el Año, el Mes… El culto a la Muerte, según parecer de algunos historiadores de la época, solo se practicaba en Cádiz. Venerando al altar de la Vejez, los gaditanos honraban a la edad abundante de experiencia; con el consagrado a la Muerte, al descanso eterno y a la última morada; rezando a la Pobreza pretendían que esta les fuese llevadera, y con el altar dedicado al Arte buscaban encontrar el alivio espiritual que distorsionaba la miseria. Los visitantes del templo admiraban también las reliquias, como el cinturón de Teukros, el hijo de Telamón que viajó hasta las columnas de Hércules, o el olivo de oro y aceitunas de esmeraldas de Pygmalion. En este exvoto se ha querido ver cierta vinculación con el árbol sangrante que crecía sobre la tumba de Gerión, que al parecer no era otro que el drago y que en Cádiz conocen bien. El Herákleion estaba habitualmente muy concurrido de fieles y devotos. Una vía, la Heraclea, llegaba desde Roma casi a sus altares. Y la primera obligación de un marino, mercader o viajero que arribaba a sus costas tras un negocio cerrado positivamente y una larga travesía era ir a dar gracias a Hércules. No hacerlo no era aconsejable y solía torcer todo lo que, antes de semejante falta de respeto, se había trazado de forma recta y segura.

Cara Pescao abandonó el templo del Hércules gaditano, tebano y egipcio, como también se le conocía, con un cierto sabor agridulce en su corazón. Alegre porque todo iba a ir bien, pero desazonado porque alguien iba a morir. Quiso que el oráculo fuera más preciso, pero el sacerdote no vio o no pudo ver más de lo que le había augurado.

—¿Quiénes perderán la vida en este trabajo, oh, Hércules poderoso, que tantos y tan abnegados trabajos hiciste? —se preguntó en voz baja mientras caminaba hacia Cádiz una vez abandonado el templo en el otro extremo de la isla, en Sancti Petri. De vez en vez, el mercader suspiraba y, pensando en el semidiós, le imploraba—: ¡Ampárame!

## La llegada del elegido

En el puerto de Híspalis había levantado una expectación inusitada la presencia de Scaeva con cinco gladiadores de la escuela de Africano. ¿Qué hacían allí esos gladiadores perfectamente equipados? ¿Iban a realizar una demostración pública de sus habilidades? ¿Iban a convertir el duro suelo de las instalaciones portuarias en una improvisada arena para alegrar la tarde de los hispalenses? El puerto parecía la celebración del día de la fundación de Roma, pero en realidad no había anunciada ninguna fiesta y los rumores entre los paisanos eran continuos:

—Yo creo que esperan a alguien importante.

—Imposible. No hay anunciada ninguna llegada.

—Pues a algo habrán venido…

—Yo creo que se trata de un anuncio de Africano para adelantar algún juego en el anfiteatro con carácter extraordinario.

—¿Y ese joven tan rubio quién es?

—A mí me recuerda al esclavo del Zurdo…

El barco en que llegaba Ulpio Longino maniobraba ayudado por pequeñas embarcaciones del puerto. El Zurdo le preguntó por enésima vez a Valentiniano:

—¿Todos los gladiadores que están con nosotros son de confianza?

—Todos han peleado en la arena y todos soportan el desprecio del Cuervo. Solo yo no he peleado en la arena, pero sí, soy el más despreciado por esa rata coja, y eso me llena de orgullo.

—No podemos fallar en la protección de Ulpio Longino. Por eso descarté los que él seleccionó.

—Hiciste bien, romano. Te odia tanto o más que a mí.

—Eso ahora no importa. Cuando desembarque Longino lo rodeamos, por encima de lo que diga la familia. Los abrazos y los besos se quedan para Itálica. ¿Comprendido?

—Romano hay veces que piensas con el culo.

Scaeva miró al dacio sorprendido.

—¿Qué quieres decir?

—Que si yo fuera tú no dejaría que Ulpio Longino bajara del barco. Subiríamos nosotros.

Scaeva reflexionó.

—Cierto. No hay necesidad de que espere a la embarcación familiar que lo llevará hasta Itálica fuera del barco. Subiremos nosotros. Estará menos expuesto.

Un borracho se acercó al grupo de gladiadores y comenzó a esgrimir con ellos un simulacro de combate. Llevaba una caña de río en la mano a manera de espada. Los legionarios miraron a Scaeva, y este sonrió. Tan solo Valentiniano se alertó y se puso al lado de sus

compañeros de escuela, que se reían:

—Cuidado con la espada. Tiene afilada la punta.

—Este año serás el gladiador más aclamado en Híspalis, pero creo que deberías beber más vino y menos agua.

—¡¡¡Aparta esa caña de mi cara, mamarracho!!!

El barco atracó en el puerto y los gladiadores pasaron por encima del borracho con un solo guiño de ojo de Scaeva. El joven militar de la casa Ulpio se sorprendió al verlos, y él y sus acompañantes echaron mano de sus gladios. Scaeva le dio una carta lacrada con el nombre de Ulpio Celso, su padre, donde se le explicaba el despliegue de seguridad. Se dieron la mano y Longino le dijo a Scaeva:

—Creí que sería el Cuervo quien vendría a protegerme. Lo vi pelear hace años en casa, antes de marchar a Roma. ¿Murió?

—Casi.

—Qué le ha pasado?

—Cosas de gladiadores. Ya te lo contarán en casa. Ahora no podemos entretenernos con charlas. Abramos bien los ojos y embarquemos cuanto antes camino de Itálica.

—Extraño a mis padres…

—Resultó muy difícil convencerlos de que no vinieran. Eres el elegido de Trajano, y no podemos facilitar a los conjurados blancos tan fáciles.

El borracho con la caña en la mano se fue dando tumbos hacia una taberna. Allí se sentó al lado de un tipo que parecía esperar una noticia.

—¡¡Habla!!

El borracho hizo desaparecer su embriaguez de repente.

—Acaba de llegar. No le han permitido bajar del barco. Irá hasta Itálica en una embarcación familiar, junto con los hombres que lo acompañan y la guardia de gladiadores de Scaeva.

—¿En total?

—No menos de quince hombres perfectamente armados, la mitad militares de su confianza, la otra mitad, gladiadores de la confianza de Scaeva.

—Regresemos a Orippo. Allí se lo contaremos a nuestra gente de Córdoba.

El usurero que estafó al padre de Scaeva, que esclavizó y vendió a su hermana, que indujo la muerte desesperada del padre del Zurdo, era el enlace en Híspalis de la conjura cordobesa. La guerra iba a comenzar, pero era en Roma donde se movían las piezas de este juego por el trono imperial…

# CAPÍTULO X

# LAS ANGUSTIOSAS HORAS QUE PRECEDEN A UNA MUERTE ANUNCIADA

«¡Forastero!: hay sueños inescrutables y de lenguaje oscuro y no se cumple todo lo que anuncian a los hombres».

*Odisea*

*Roma*
*Mayo del 113 d. C.*

## EL OMBLIGO DEL MUNDO

Crátero había estado varias veces en la capital del Imperio, por tanto, nada de lo que allí pasara ante sus ojos, sus oídos y su olfato debía parecerle nuevo. Pero se lo parecía. De una vez para otra, Roma lo sorprendía con esa fuerza telúrica y seductora de mostrarse siempre como una ciudad distinta, diferente, nueva, por descubrir. El barco que llevó a él y a su amo, Cara Pescao, hasta Cádiz siguió costeando por el litoral bético oriental hasta llegar a un puerto del Mediterráneo hispano para, desde allí, alcanzar las islas Pitiusas, el archipiélago balear. Tras un par de días de reparaciones, aprovisionamiento y carga y descarga de mercancías, la proa del mercante enfiló hacia Ostia, el puerto más ambicioso de toda la península itálica y situado a treinta kilómetros de Roma. El servidor griego había viajado hasta allí en una misión especial que le encomendó Cara Pescao: enterarse de todo lo que en la corte se decía sobre la elección, por Trajano, de Ulpio Longino como su sucesor y saber si Claudio Luparius, el gran patrón de Cara Pescao, apoyaría la idea del sagaz liberto para convertir a Marco Antonio Pyrgos en un prometedor político en Híspalis. Luego regresaría de inmediato a la colonia Julia Rómula, porque en Híspalis se estaba decidiendo el futuro de Roma y la designación del sucesor de Trajano, y su amo y los socios de su amo estaban en eso.

Crátero viajó por el Tíber hasta la isla Tiberina, donde tenía templo el dios de la medicina, Esculapio. Desde allí, cruzando el puente Cestio, se dirigió al foro boario, la feria del ganado. Cuando sus

sandalias pisaban el firme pavimento romano, el griego se transformaba, sintiéndose ingrávido y asombrado, como si viajara por el cielo de la ciudad a lomos de Pegaso. Sus ojos parecían espejos que reflejaban la monumentalidad de lo que lo rodeaba frente a la pequeña escala de su cuerpo; sus narices aspiraban una amplia gama de olores que iban desde las fritangas de las tabernas al aire libre hasta el fuerte olor a excrementos de las bestias de carga; sus oídos percibían lenguas ignotas, pregones de vendedores, oraciones y cánticos que salían del entorno de los templos y un vocerío insoportable de romanos que chillaban, reían, peleaban y vivían aquel sueño inabarcable que se llamaba Roma. Crátero no tenía mucho tiempo para disfrutar del paseo, pero sabía andar rápido y en menos de lo que esperaba se había encajado en el teatro Marcelo. Luego visitó uno de sus lugares preferidos en la capital: el campo de Marte, único desde que más de cien años atrás lo embelleciera la política urbanística de Augusto, el emperador que se jactaba de haber heredado una Roma de ladrillo para dejarla vestida de mármol. Las calles largas y rectilíneas del campo de Marte, con sus hileras interminables de columnas clásicas, contrastaban con el caos y la asimetría de las calles estrechas más populares. Roma era otro mundo, un mundo que se sostenía gracias a la explotación ejercida sobre los pueblos del norte, del oriente y de occidente, y a los miles y miles de soldados que amurallaban con sus vidas las fronteras de un imperio donde casi nadie pensaba en el futuro y todos apostaban por el *carpe diem*.

Mientras Crátero se dirigía hacia el Capitolio para hincarse de rodillas ante el Júpiter capitolino en agradecimiento por haber tenido un viaje placentero y para rogarle que el encargo de su patrón fuera bendecido por la fortuna, el esclavo griego rememoraba las ventanas de vidrio de las termas de Agripa; los olores de ungüentos y el vapor de sus saunas; la multitud de estatuas de bronce y mármol que por doquier se levantaban; las fuentes, los templos, los jardines, los parques de uso público y aquellas amplias avenidas sombreadas por laureles y plátanos que daban la dimensión de lo que era una ciudad con cerca de un millón de habitantes.

Hacía años que no se removían en el estanque de sus sentidos las aguas voluptuosas de aquel caudal sensorial, un mundo que embotaba los sentidos para vincularte, por empatía, a un sentimiento de orgullosa pertenencia: formar parte de algo grandioso haciéndote creer que por el hecho de ser romano eras lo mejor que se podía ser sobre la tierra. ¿Qué otra nación del mundo echaría a la arena del anfiteatro a sus gladiadores con corazas de plata, como hizo en su día

Julio César? ¿Qué mandatario del planeta pondría a sus gladiadores sobre la arena con armaduras de ámbar, como hizo una vez Nerón? ¿Qué rey o emperador que no fuera Domiciano convertía la noche en día haciendo bajar sobre el anfiteatro un círculo de miles y miles de antorchas para que la gente pudiera seguir la fiesta sin que se lo impidiera la oscuridad? ¿Quién en el mundo conocido era capaz de levantar, como Vespasiano, un Coliseo donde los vestíbulos estaban adornados con estatuas, estuco y yeso de colores brillantes? Todo era un colosal despliegue centelleante de colores, olores, sonidos y consentida desproporción que te encaminaba hacia la absoluta convicción de ser partícipe de algo grandioso y único. Eras romano. Eras un elegido de los dioses. Eras un ser afortunado por vivir bajo el cielo protector de la capital del mundo.

Como un tributo al césar bético, a Marco Ulpio Trajano, Crátero no quiso quedarse sin ver la culminación del foro y de la columna trajana. Se conmovió ante la grandeza de lo que vieron sus ojos y reflexionó en voz muy baja mirando, espantado, tanta monumentalidad:

—Roma es la ciudad de los dioses; Híspalis, una cabaña de pastores…

Tras un paseo por el foro, Crátero pagó una litera para que lo llevara lo antes posible a la colina de los béticos, al Esquilino, donde estaba la casa del gran patrón de Cara Pescao, a la *domus* impresionante de Claudio Luparius, aquel hombre tan cercano al emperador…

## En honor de Marte

—Déjame, Crátero, la carta que me envía nuestro buen amigo Cara Pescao.

Claudio Luparius podría tener unos largos sesenta años. Mantenía un pelo afortunado que gustaba de peinar elevando, de manera desmesurada, la parte del tupé, para enmascarar algunas zonas libres de pelo en su cabeza. No era ni alto ni bajo, pero su rostro era huesudo, y la toga, pese a ser de muy buena confección, no encajaba bien sobre la percha excesivamente canija de su cuerpo. Su voz era muy aguda, con un ligero toque aflautado en su musical acento bético. Recibió al hombre de confianza de Cara Pescao en un enorme jardín de geométricos dibujos vegetales, jaulas de pájaros exóticos, árboles frutales y juegos de agua y fuentes. Era inmensamente rico, un mercader que se hizo a sí mismo a base de buenos negocios y

extorsiones comerciales a sus deudores, algunos de los cuales, aseguraban en Roma, flotaron sin vida aguas abajo del Tíber. Dada su fortuna, ofreció préstamos ventajosos a senadores y aristócratas romanos ahogados por un golpe de mala fortuna, lo que le hizo ganar un sitio de privilegio para acceder a las mejores familias cercanas a la Casa Imperial. En aquel vertedero de ánforas de vinos y de aceites que con el tiempo pasaría a llamarse monte Testaccio, había muchos envases de barro que habían llevado hasta la Annona y a las legiones de las fronteras cientos y cientos de miles de litros de aceite y vino de sus tierras béticas. Su capital no solo creció a base del préstamo y el comercio, también invirtió su dinero en el siempre noble y ponderado oficio de cultivar la tierra, que con su prestigio histórico lo ayudaba a limpiar las manchas de la usura. Sus ojos eran despiertos; sus manos, habladoras; su latín, horrendo; y su gracejo, casi siempre malintencionado por la picardía de su carácter, tan cómico que en las grandes fiestas de la aristocracia romana era un luto no contar con él. No se le conocía mujer. Tenía un perro que les ladraba a los aurigas del equipo de color blanco, y en su casa había un mosaico de plata, oro y teselas alejandrinas que representaba su devoción primera: el Júpiter Capitalino, el gran poder del panteón romano.

Miró a Crátero y le dijo:

—Dile a Cara Pescao que no tengo ningún inconveniente en apoyar la carrera política de Marco Antonio Pyrgos. Es más: me parece una idea excelente poner un pie firme en la política local, ahora que Híspalis vive con Trajano un periodo de expansión urbana.

Luparius calló y se quedó parado frente a una enorme jaula donde centelleaban los colores de pájaros orientales.

—¿Los ves, Crátero? Tan hermosos y sin libertad. Es injusto, pero a mí me proporcionan una agradable sensación de paz. ¿Cómo está Cara Pescao? ¿Sufre por algo? ¿Necesita que le abra alguna puerta?

—Señor, ya sabrá que se le ha asignado el banquete, la vigilancia y la seguridad de Ulpio Longino, que está en Híspalis despidiéndose de la familia para unirse al emperador en la campaña de Partia.

—Sí, sí, sí. Todo eso lo sé. Pero ¿no necesita nada más? —dijo mientras le daba de comer con sus manos a un hermoso pájaro de vivos colores y larga cola.

—Mi patrón, señor, quiere saber todas las claves que se mueven en palacio para la posible sucesión de Trajano.

—Nosotros apoyamos a Longino Ulpio y lo llevaremos en volandas hasta el trono imperial si Augusto no cambia de opinión, que no creo que vaya a cambiar. Ese es nuestro hombre. Nuestro futuro. Y el futuro de Roma.

—Pero Córdoba y ciertas casas señaladas de Híspalis apuestan por Tito Annio Vero.

—Cierto. Pero ¿qué sería de un complot de provinciales si no contaran con afectos en la capital del Imperio?

Luparius vio un rictus de desconcierto en el rostro del griego y trató de sacarlo de la duda.

—La dimensión de este complot político no la da que varias familias béticas estén maniobrando para situar a Tito Annio Vero en el Palacio Imperial. La dimensión de esta maniobra política la da, y ahí está la engorrosa gravedad de la situación, la siguiente circunstancia: hay en palacio gente muy cercana a Trajano que la apoyan, la dirigen y la estimulan.

Crátero siguió mudo.

—Dile a Cara Pescao que abra los oídos en Córdoba, en el círculo más cercano de los Annio Vero. Allí saben quién sopla desde Roma la vela de este barco para llevarlo, con Trajano dentro, contra el farallón de un golpe sucesorio. Dile que escuche debajo de las piedras, en los cementerios y en las cloacas. Dile que solo así podremos enterarnos no ya de quién quiere matar a Ulpio Longino, sino de quién está moviendo los hilos en palacio para que Trajano no nombre a su heredero preferido.

—¿El emperador está al tanto?

—Claramente. Los *frumentarii* están en Córdoba haciendo su trabajo de espionaje. Todo lo que allí se habla o se piensa le llega a Augusto, pero el emperador está absorto preparando su marcha a Partia para el año que viene. El rey parto Osroes ha roto el tratado de paz y ha suplantado el derecho de Roma de nombrar sucesor en el trono de Armenia. Ha colocado a su hermano Parthamarasis. El emperador lo ha considerado causa de guerra.

—¿Para el año que viene habrá guerra contra los partos?

—Eso te he dicho, griego. En estos momentos no se le puede molestar. Trata de marchar hacia el este con once legiones procedentes de todos los puntos del Imperio. Quiere conseguir su sueño y acercarse a la India, como hizo el gran Alejandro.

Crátero bajó la cabeza en un claro gesto de postración.

—Disculpe, amo, que sea tan obtuso. ¿Sabe el emperador que es objeto de un complot?

—¡¡¡Por Júpiter, qué cabeza tan dura tienes, griego!!! Te he dicho que el servicio de espionaje de los *frumentarii* está en Córdoba, apuntando, incluso, el vuelo de las aves. Claro que Trajano sabe perfectamente lo que trama Tito Annio Vero, pero él se encarga de hacer crecer a Roma en fronteras y riquezas. Esa es su obligación. La

nuestra, la de los senadores y poderosos comerciantes béticos leales a sus deseos, es que nada a su alrededor lo entretenga o desvíe de sus altos objetivos. Vigilamos las calles, las tabernas, las casas de los senadores más tibios. También su alcoba…

—¿La alcoba?

—Sí, la alcoba. Ve hasta Híspalis y transmítele a Cara Pescao esta información tal y como te la he contado.

—¡¡¡Parto de inmediato!!!

—Nooooo. Por favor. Acabamos de celebrar las Floralias y ahora nos disponemos a honrar la fiesta de los lemures, las almas de los muertos. Hoy es nueve de mayo, y desde hoy hasta el trece vivirás estas fiestas en mi casa. Una de estas madrugadas tendré que levantarme para echar sobre el puño de mi espada una tanda de habas negras. Esa es la liturgia de estas fiestas. Solo así serán expulsados de mi casa los malos espíritus de los antepasados, y tú me ayudarás a percutir los bronces para ahuyentarlos. ¿Te gusta la idea?

—Señor, me encanta y me honra la idea, pero Cara Pescao me necesita…

—Por unos días aquí no van a cambiar las cosas. Además, ¿has estado en el anfiteatro Flavio?

—Lo he visto, pero nunca he asistido a ningún juego.

—El doce, dentro de dos días, se celebran los juegos en honor de Marte. Eres mi invitado. Tienes garantizados el pan, el circo y la información. ¿Qué más le puedo ofrecer al esclavo de mi protegido en Híspalis?

Crátero bajó los ojos en señal de agradecimiento y sumisión. Claudio Luparius le guiñó un ojo y le formuló una pregunta delicada de contestar, pero envuelta en el gracejo picante que acompañaba a aquel potentado hispalense:

—Dime, Crátero, ¿sigue Cara Pescao empeñado en convertir su culo en un *hospitium,* en una posada bien concurrida?

Crátero se sonrojó, y el patrón de patrones rompió en una carcajada tan estentórea que los exóticos pájaros de aquella descomunal jaula se asustaron y dejaron en el aire una nube de plumas multicolores que firmaba el susto sobrevenido.

—Jajajajajajajaja —prosiguió riendo Luparius con las manos alzadas al cielo, en evidente señal de ser capaz de reírse, por todos los dioses, de sí mismo.

*Córdoba, mayo del 113 d. C.*

Un *frumentarius* se disfrazó de mendigo; otro se hizo pasar por un rico comerciante de Alejandría y el de mayor rango dentro de los servicios de inteligencia traía todos los papeles en regla que demostraban que era un alto funcionario de la Annona, el organismo estatal encargado de comprar a un precio establecido el aceite y el vino que producían las tierras de los aristócratas para alimentar a Roma, a sus legionarios y a sus clases más populares. Con seis orejas, seis ojos y tres cerebros hechos y dispuestos para saber qué sombras levantaban sospechas y en qué tabernas se hablaba más de la cuenta, los tres agentes de la inteligencia romana al servicio del emperador hacían su trabajo en la capital de la Bética. Llevaban en Córdoba unos días antes de que Crátero llegara a Roma, y habían conseguido una muy buena información.

En el siglo II de nuestra era, los servicios de inteligencia romanos tenían dos sólidas patas, los *peregrini* y los *frumentarii*. Ambos servicios de información trabajaban en paralelo y tenían su sede en un sólido edificio del monte Celio, al sureste de Roma, colina que en la época republicana había estado colonizada por renombradas familias aristocráticas y por ricos emprendedores comerciales. Ambas ramas de la inteligencia imperial no solían cruzarse en sus caminos pese a tener en común un alto mando que los regía: el *princeps*. Los primeros, los *peregrini,* ejercían su control y vigilancia sobre los ciudadanos no romanos e incluso sobre estos. Los *frumentarii* tenían un ámbito de actuación definitivamente más amplio, porque a su labor de espionaje en la paz o en la guerra unían la de servir como correo imperial, como recaudadores de impuestos y como policía secreta. Todos sus miembros, al parecer no muy numerosos, tenían origen militar. Estaban facultados para hacer arrestos e investigar por orden del emperador cualquier asunto o a cualquier persona, ya fuera tan miserable como un pobre mendigo exhibiendo el muñón de su pierna cerca del templo de Júpiter capitolino o, por el contrario, un miembro de la aristocracia, un gran comerciante o un reyezuelo molestos en los confines del Imperio. Si las circunstancias lo exigían, sus manos, por órdenes superiores, estaban facultadas para mancharse de sangre cometiendo asesinatos políticos al servicio de la causa.

El *frumentarius* disfrazado de mendigo no les arrancó nada a las voces de la calle; el que se hizo pasar por un rico mercader de Alejandría llegó a percibir una inevitable frustración entre cierta élite comercial cordobesa que deseaba que el futuro sucesor de Trajano fuera un Annio Vero o cualquier otro paisano con poder, dinero y

ascendencia militar y política en Roma; el otro espía que trabajaba como enviado de la Annona y que trató en sus labores de espionaje con mercaderes libertos, altos funcionarios y aristócratas tuvo más suerte. Pegó su oído a una lengua despechada, cercana a los Annio Vero, pero maltratada por estos por un asunto de minas.

—Quieren matar a Ulpio Longino. Solo sé eso. Ni cuándo ni cómo, pero lo quieren matar para dejar el camino de la sucesión libre a Tito Annio Vero, que tiene sus protectores en Roma.

—Eso lo sabemos. Y sabemos que esos protectores viven muy cerca del emperador. Muy cerca.

—No puedo ayudarte en más. No sé mucho más.

—Eso que sabes te obligaría a ser testigo de cargo en un juicio contra los conjurados. Por supuesto, nada es gratis, y posiblemente el emperador vería con buenos ojos tus intereses mineros.

—Que los dioses protejan al emperador. No tengo ningún problema en ejercer de testigo de cargo en juicio alguno contra esos miserables Annio Vero.

Por la noche, a la luz de una lucerna amplia con forma de toro, generosamente alimentada por aceite cordobés, el espía que se hizo pasar por alto funcionario de la Annona enviaba un mensaje cifrado al cuartel de los *frumentarii,* en el monte Celio de Roma, donde se corroboraba la información obtenida en la capital imperial y facilitada por senadores y potentes mercaderes béticos de inquebrantable adhesión a Marco Ulpio Trajano. Evitar el magnicidio de Ulpio Longino era cuestión de ganarle al tiempo el que los tres *frumentarii* necesitaban para, con una orden en la mano del alto mando del cuartel del monte Celio, hacerla valer y fulminar a los conjurados.

*Itálica, mayo del 113 d. C.*

## TODO A PUNTO

La espectacular *domus* de Ulpio Celso parecía la toma de Troya por la federación aquea. Entre la guardia personal del joven Longino y los gladiadores que lideraba Scaeva, el ruido de metales y correajes había apagado el de las liras, flautas y cantos que, desde el día de la llegada del joven sucesor, no dejaban de sonar para darle la bienvenida.

—Padre, ¿no te parece excesivo? Con mi guardia personal habría sido más que suficiente.

—Creo, hijo, que ninguna precaución es innecesaria. Realmente tenemos noticias de que corres peligro.

—Lo sé. Pero para un militar eso entra dentro de su normalidad. Tan normal es para mí correr peligro como para un mercader correr el riesgo de que una mala mar acabe con su barco en el piélago del océano.

Entre padre e hijo se firmó un silencio. Ulpio Celso admiraba el coraje y valor de su primogénito, pero temblaba al pensar que podría perderlo, tan joven, para la gloria de Roma y su familia.

—¿Quién es ese Scaeva, padre? —preguntó Longino mientras miraba a sus espaldas y veía al Zurdo con sus gladiadores, vigilando el paseo que padre e hijo daban por los jardines de aquella casa.

—El mejor gladiador que ha dado Híspalis. Su carrera fue corta, pero intensa. Y derrotó a…

—… al Cuervo, que no era mal gladiador. Aquí, en esta casa, lo demostró. Siempre soñé con verlo algún día en Roma.

—Así son las cosas, Longino. Pudo ser un gladiador de renombre en Roma y se quedó cojo para siempre en el anfiteatro de Híspalis a manos de un compañero de escuela.

—Scaeva…

—Sí, Scaeva. Fue una jornada inolvidable para los hispalenses. Unos juegos patrocinados por el senador Casio Iunius, el esposo de nuestra querida y leal vecina Gala. Logró reunir en la arena a todos los mejores gladiadores de aquel tiempo, para que lucharan entre sí y solo quedara un vencedor. Hizo lo mismo que nosotros hicimos en esta casa cuando te fuiste a estudiar a Roma. Al final quedaron solos el Cuervo y Scaeva, y fue este último quien se llevó la palma de oro.

Continuaban paseando bajo una esplendorosa mañana de mayo. De pronto, entre los arbustos y hierbas aromáticas de una parte del jardín, pareció moverse algo o alguien. Todos detuvieron su camino, y los hombres de Scaeva rodearon a Ulpio Longino trazando a su alrededor una muralla humana. Valentiniano sacó una flecha y tensó su arco antes incluso de que el Zurdo diera una orden. Disparó, y de entre aquel frondoso bosquecillo de espliego, romero, hinojo y mirto salió un desgarrado chillido que inundó el aire con su dolor y llenó de miedo los corazones más débiles de aquella casa. Las esclavas gritaron y sus alaridos se contagiaron a los familiares de Longino y a algunos de los invitados que ya habían llegado hasta Itálica para no perderse la fiesta del llamado próximo emperador de Roma. Todo estaba a punto para que comenzara la gran recepción en honor de Longino Ulpio. Un banquete descomunal; un enfrentamiento entre gladiadores de la escuela de Africano y una noche en el teatro de Itálica, donde una compañía de Emerita Augusta (Mérida), iba a interpretar *Las troyanas* de Eurípides. El único rostro que no se inmutó ante aquel

chillido mortal fue el de un usurero de Orippo, como si supiese que todavía no era llegada la hora del dolor…

## PURO TEATRO

Cara Pescao había recalado en Mérida para contratar a una buena compañía de dramáticos para que interpretaran en el teatro de Itálica *Las troyanas* de Eurípides. Era el broche regalo con el que el mercader hispalense devolvía a la casa de Ulpio Longino la confianza que habían depositado en él para que organizara el banquete y la vigilancia del sucesor. Los actores ya estaban en Itálica y los tramoyistas preparaban el proscenio del teatro. No era la primera vez que representaban en la ciudad que fundó Escipión el Africano más de trescientos años atrás. Tenían buena fama entre el público más exigente, y a Cara Pescao su contratación, mantenimiento y cama le habían costado un buen dinero, en realidad muy poca cosa para la tajada que iba a sacar de aquel negocio y mucho menos aún de lo que podría venir si este negocio complacía plenamente a sus clientes. A fin de cuentas, estaban trabajando para el futuro emperador de Roma. Y eso abría las puertas de los sueños. Las puertas de cuerno pulido, no las de marfil. Cara Pescao sabía que las puertas de marfil por donde se escapaban los sueños que asaltaban el descanso de los hombres eran sueños que no se cumplían. Este sí. Este sueño se cumpliría, porque había salido de la puerta buena y sincera labrada sobre cuerno pulimentado.

Mientras que los mozos preparaban el teatro y se habilitaban camerinos para los actores, Cara Pescao no dejaba de examinar, personalmente, a todos y cada uno de los integrantes de la compañía. Se había demorado dos o tres días en Mérida no para cerrar el acuerdo con los cómicos; estaba claro que esa compañía era de las mejores de Hispania. Su demora se debía a que se empeñó en saber la vida de todos aquellos hombres que con caretas de felicidad o de tristeza iban a encoger el corazón con los llantos de *Las troyanas,* una obra realmente dramática, que hablaba de las miserias de la guerra, del infortunio de las mujeres y niños de Troya que fueron muertos o esclavizados por los griegos que sitiaron la ciudad, y de la venganza que los dioses tomaron contra aquellos invasores que profanaron sus templos, quemaron sus imágenes y no respetaron las leyes de la guerra. Quizá una obra que llevara a la reflexión al futuro general Ulpio Longino en la inminente campaña contra los partos.

Cara Pescao era tan listo y prudente que no estaba dispuesto a otra

sorpresa como la que aquella noche lejana en el tiempo le dieron unos ladrones al asaltar sus almacenes en el puerto. Esta vez no sería así, porque no se trataba de proteger los solicitados fardos de papiros de Alejandría ni los perfumes llegados de Arabia, ni el ámbar importado a golpe de sestercio desde el mar Negro. Esta vez la mercancía era altamente valiosa. Carísima. Tanto que no podía tasarla nadie. ¿O es que acaso tiene precio la vida del sucesor de un emperador? Cara Pescao se vino desde Mérida con la mejor compañía de teatro y con un informe sólido de todos y cada uno de sus integrantes, y no halló en sus investigaciones motivo ninguno para la sospecha. Pero, en Cádiz, un oráculo del Hércules gaditano le había dicho que en este trabajo se iban a registrar dos muertes. Dos. Y nada más pudo saber. Eso lo desconcertaba, lo angustiaba, y no había hora del día en que su cabeza no repitiera la voz grave del oráculo gaditano diciéndole que en su próximo trabajo habría dos muertes. Mientras que no fuera la del sucesor, cualquier deceso podría asumirse. Pero jamás la del joven Ulpio Longino. Si moría él, morirían todos, y una col embarrada del mercado tendría más prestigio que cualquiera de los socios que formaban su entramado empresarial: desde Scaeva a Africano. Trataba de relajarse y ver las cosas con sentido común. Pero había algo, más allá también de la certeza del oráculo, que no lo dejaba vivir. La compañía de teatro estaba limpia y eso no le gustaba. ¿Cómo una compañía teatral donde caben desde bandidos a indigentes puede tener un expediente tan blanco, puro y níveo como el que él pudo recabar en la hermosa ciudad lusitana de Emérita Augusta?

## El jabato

Valentiniano se dirigió hacia la parte del jardín de las hierbas aromáticas donde había hecho diana con la flecha. Había sacado su gladio, pero el arco, para moverse con más agilidad si falta hiciera, lo dejó sobre el suelo, justo delante de la muralla humana de gladiadores y militares de la guardia personal del sucesor que lo blindaban.

—Ve con precaución —le indicó Scaeva.

—No creo que haya mucho que temer. El quejido de dolor ha sido tan desgarrado que…

De repente, desde lo más tupido del jardín, se removieron las plantas como si algo o alguien quisiera moverse para salir a atacar o darse a la fuga. Valentiniano paró en seco. Sin dejar de mirar hacia aquel vergel de mirto, espliego, romero, hinojos y menta que temblaba espasmódicamente, dio otro paso hacia el frente y, de nuevo, un

chillido desgarrado salió de entre el follaje. Valentiniano no se lo pensó más. Empuñó el gladio y soltó varias estocadas allí donde creyó que estaba escondido lo que andaba buscando. Una de las estocadas pilló carne y la hoja salió manchada de sangre. No hubo más gritos. Solo silencio. Scaeva le comentó:

—El que fuera o lo que fuera, fue…

Valentiniano lo miró sin terciar palabra. Luego hurgó con la punta de su gladio donde manaba la sangre y sacó un jabato, un pequeño jabalí que había bajado de los bosques que rodeaban Itálica, buscando comida. Todos rieron, pero a quien no le hizo gracia alguna tanta tensión aparentemente gratuita fue a Ulpio Longino que, de forma brusca, salió de aquella muralla humana. Su rostro lo decía todo, y nada de ello parecía bueno.

—¡¡¡Por todos los dioses, esto es absolutamente innecesario!!!

Su guardia personal se alineó tras él y los gladiadores quedaron tras Scaeva. El sucesor se dirigió al Zurdo.

—Quiero hablar contigo. No voy a vivir secuestrado en mi propia casa. ¿Entendido?

—Entendido, señor. Pero no lo voy a obedecer. Sus órdenes no prevalecen sobre las que tengo dadas, y a ellas me debo.

La guardia de Ulpio sacó las espadas y los gladiadores las suyas. Ni el sucesor ni el Zurdo tocaron las propias, pero ambos hicieron un gesto desprovisto de violencia invitando a que todos envainaran. De forma imperativa, el sucesor le ordenó al Zurdo:

—¡¡¡Ven a casa, Scaeva. Tú y yo hemos de hablar. Tus hombres esperarán fuera. Los míos entrarán y me guardarán!!!

—No puedo hacer eso, señor. No puedo. Donde usted vaya, irán mis gladiadores.

—¡¡Por Júpiter, qué testarudo eres!!

Valentiniano se unió al grupo con el jabato en la mano. En el fondo de su estómago, junto con la acidez nacida de la tensión del momento, crecía un indescriptible deseo de honrar la memoria de su padre matando a aquellos militares de Ulpio, romanos a los que odiaba de una forma absolutamente sincera.

—¿Por qué no peleáis? El vencedor puede quedarse con este trofeo —dijo Valentiniano con sarcasmo sosteniendo al jabato por las patas traseras.

—¡¡¡Insolente!!! —le gritó Longino.

Y uno de los de su guardia desenfundó y fue a abrirle la cabeza al dacio con el gladio. Logró esquivarlo, tiró el jabato al suelo y desenvainó. Con solo dos pasos al frente recuperó la situación del combate, y con otro golpe de gladio desarmó al soldado. Ya le tenía la

espada en la garganta cuando oyó la voz de Scaeva:

—¡¡¡Quieto, gladiador!!!

A Valentiniano le gustó que Scaeva lo llamara así, y bajó la espada y retrocedió. Cogió al jabato del suelo y dijo en voz alta y desafiante mientras miraba de forma descarada a Ulpio, al soldado al que deshonró y al resto de la guardia:

—¡¡¡Me lo quedo. Yo he ganado este combate!!!

Los gladiadores rompieron a reír, pero Scaeva los calló.

—¡¡¡Silencio. El primero que se ría cenará esta noche en el infierno!!!

El padre del sucesor rebajó tanta tensión innecesaria, sin duda producto de los nervios enjaulados durante los últimos días, y propuso una razonable vía intermedia.

—Lleva razón mi hijo, Scaeva. Y tú no dejas de llevarla tampoco. Creo que sería conveniente que los tres entráramos en la casa. Solo los tres. Y que mi noble primogénito y tú hablarais de lo que tengáis que hablar.

—Creo que es lo más razonable que he escuchado hasta ahora, señor.

—De acuerdo, padre. Entremos los tres en casa…

Uno de los actores de la compañía de teatro había presenciado, absolutamente inmovilizado por el miedo, la tensa escena. En diez minutos estaba en el teatro de Itálica contándoselo todo a los suyos. El usurero de Orippo alcanzó a oír nítidamente la narración, y comentó para sí:

«Si el gran Julio llevaba razón en que dividiendo se comienza a vencer al adversario, esta guerra empiezan a ganarla los señores de Córdoba…».

## UN BRAVO SOLDADO (1)

—No ha sido buena idea la demostración de fuerza exhibida ahí afuera —dijo grave Ulpio Celso.

Ni Longino ni Scaeva dejaron de mirarse mutuamente, como si fuera el tanteo inicial de una pelea de gallos. Tampoco daba la impresión de que estuvieran escuchando al anfitrión de la casa, que proseguía hablando.

—Y tampoco es positiva la actitud desafiante que mantenéis ahora. Nos hemos sentado en estos triclinios para aclarar una situación y obrar en consecuencia, y aquí la única consecuencia valorable es que mi hijo llegue sano y salvo a Roma.

Scaeva dejó de mirar a Longino para mirar al padre. Y lo soltó:

—Por eso estoy aquí. Por eso y para eso. Esa es mi misión. Y no me apartaré ni un palmo de lo que tengo que hacer.

Displicente, preguntó Longino:

—¿Y estás seguro de lo que tienes que hacer? Podría fiarme de ti si me dieras clases en la escuela de gladiadores. Pero no como guardia personal.

El padre intentó frenar la locuacidad atolondrada de su hijo, tan ajena a su carácter. Levantó la mano, pero Longino prosiguió:

—¿Qué sabrás tú de defender a nadie?

Scaeva no se mordió la lengua.

—Sé defender muy bien a quien cae bajo mi protección. Y usted está bajo mi protección.

—Antes me guardaría mejor el pastor de un rebaño de ovejas.

—Lo dudo —dijo sin inmutarse el Zurdo.

—¿Lo dudas? Fíjate el espantoso ridículo que has hecho por un jabato entre el follaje del jardín.

—Mi obligación es garantizar su seguridad. ¿Sabía usted que lo que había allí abajo era un jabato?

Nuevamente terció Ulpio Celso.

—No creo que vayamos por el buen camino. Es más: por ahí no salimos del atasco.

Longino miró al padre y le dijo:

—Padre, no lo necesitamos. Es un vulgar matarife de la arena. Si al menos fuera el Cuervo… de él me fiaría. Peleó en Oriente, y este cabrero no se ha movido de Híspalis.

Seguía sin inmutarse Scaeva, que no obstante saltó para contestar.

—Si Híspalis formara parte de la Dacia sería razonable pensar como usted lo hace.

Longino se extrañó y preguntó:

—¿La Dacia? ¿Qué tiene que ver la Dacia contigo? ¿Acaso sabes lo que dices?

—Yo sí. Usted no.

Longino se levantó enérgico y fue a desenfundar su espada. Se interpuso su padre, con cierta violencia que desorientó al joven. Scaeva permanecía sentado, como una estatua sedente. Habló Ulpio Celso:

—Longino, este hombre puede darte lecciones sobre la Dacia.

Longino apartó la mano de la empuñadura del gladio y miró desconcertado los ojos de su padre. Más tranquilo, Ulpio Celso invitó a Scaeva a que hablara.

—Con su permiso, señor —dijo Scaeva antes de hablar—. Sí, sé

perfectamente lo que es la Dacia. Tres años, los tres años de la última campaña del emperador en aquellas tierras, los peleé contra sármatas, roxolanos y dacios. Fui soldado auxiliar en la Legión II Trajana Fuerte y viví la victoria, pero también la horrible experiencia de pelear con bárbaros que salían de donde menos te los esperabas.

Ulpio Longino fue tomando asiento poco a poco, sin quitarle ojo al veterano gladiador.

—Vi morir a muchos de los nuestros. Caían atravesados por las flechas que nos sorprendían desde los bosques o bien en enfrentamientos abiertos con aquellos guerreros que utilizaban falces, una especie de hoces largas que rebanaban piernas y brazos, y todo era una corriente de sangre interminable. Yo viví aquella muerte y aquella gloria.

—¿Y eras soldado auxiliar?

—Sí.

—¿Y cómo sobreviviste a aquel infierno siendo un soldado auxiliar?

—Con fe y con rabia. Mataba pensando en mis antepasados.

—Curiosa forma de motivarse.

—Cada uno tiene la que mejor le sirve.

El tono ya era muy distendido, y el padre de Longino reclamó al atriense de la casa para que los esclavos sirvieran vino y algo de fruta. Bebieron y comieron mientras que Scaeva iba desgranando su aventura. Tras haber escuchado lo que tenía que escuchar, el padre de Longino se dirigió a su hijo:

—¿Crees que está lo suficientemente preparado para garantizar tu seguridad?

Longino se levantó, le pidió disculpas a Scaeva y le estrechó la mano diciéndole:

—Me he dejado conducir por la soberbia y por la vanidad. Te pido que me sepas disculpar, y ten por seguro que en Roma le hablaré a Trajano de aquel día en el que te lo encontraste en el bosque de la capital dacia y te regaló un esclavo.

—No creo que lo recuerde.

—Estoy seguro que el emperador nunca olvida a un soldado que tenga su mismo acento. Salve, Scaeva. Sé bienvenido a esta casa.

—Salve, cónsul Ulpio Longino. Mi sangre está dispuesta a verterse si tu vida corre peligro.

## Un bravo soldado (y 2)

Aunque días atrás ya se había cribado escrupulosamente la lista de

invitados, Scaeva propuso, con obsesión cuartelera, repasar nuevamente los nombres más sospechosos de esta, para volcar toda la atención de aquellas jornadas en su vigilancia. Seguían sentados en sus triclinios y ahora la posición de Longino había cambiado radicalmente, hasta el punto de tratar a Scaeva como a un compañero de armas por el que sintiera todo el respeto del mundo. No hay nada como tener una hoja de servicios impoluta después de haber luchado en el infierno.

—La cocina es guardia y jurisdicción de Cara Pescao, y ahí la seguridad es absoluta. Me preocupan los invitados cordobeses —dijo Scaeva.

—Y algunos de Híspalis —matizó Ulpio Celso.

—Y algunos de Híspalis, lleva razón. Analicemos la lista. ¿Dónde van a pasar la noche los Annio Vero? Y quiero saber si Tito Annio Vero está invitado.

Habló el padre del cónsul.

—No lo sabemos. Pero aquí, en Itálica, no van a pernoctar. Puede que en Híspalis.

—En Híspalis no están —contestó con sequedad Scaeva—. Si la fiesta comienza mañana con el banquete y continúa hasta la madrugada con el enfrentamiento de gladiadores, no deben de estar lejos de aquí. Les gustará llegar descansados.

—¿Y Tito está entre los invitados?

—Está, sí. Pero ha declinado la invitación por deberes militares. Me cuentan que está en Roma.

—Yo no lo he visto en Roma —dijo Longino.

—Da igual dónde esté si no está aquí. El caso es que hay un elemento menos de tensión, y eso es importante en un día en que se beberá como si las gargantas fueran arenas del desierto y se comerá hasta vomitar en acción de agradecimiento. Y luego, por la noche…

—… Correrá la sangre de los gladiadores, de tus compañeros —dijo el padre de Longino.

El cónsul miró a los ojos del Zurdo y le vio un inapreciable rasgo de tristeza. Habló:

—Padre, he pensado que no sería conveniente un combate a muerte. Me gustaría que pelearan de manera incruenta. ¿Para qué añadir más tensión a un día tan intenso?

—Sea como tú quieres, Longino, pero le quitarás espectacularidad a tu despedida.

—No importa. El espectáculo que esperamos es el que tratamos de evitar aquí. Ese es el que me interesa, el espectáculo de unos amotinados que quieren darme muerte. Y sería fácil hacerlo en mitad

de una velada sangrienta de gladiadores.

Scaeva prosiguió concienzudamente.

—Bien, no sabemos dónde se alojan los Annio Vero ni tampoco quién es su contacto en Híspalis, pero es evidente que tienen un contacto allí.

—O en alguna ciudad muy cercana a Híspalis o Itálica —dijo el padre de Longino.

—Es razonable. Entre el trasiego doméstico de estos últimos días, ¿os ha parecido ver alguna cara vagamente conocida o algo extraordinario, fuera de lo común?

—Scaeva, hemos estado más pendientes de que nuestro hijo nos contara de su vida que de lo que por aquí se movía.

—Es lo lógico, disculpa, Ulpio Celso. Pero me gustaría averiguar dónde pasarán la noche los cordobeses y tener vigilado el camino hasta aquí. Creo que es hora de que le comunique a mi patrón que hay invitados en paradero desconocido que pueden darnos alguna desagradable sorpresa.

—¿Tendréis tiempo de averiguar algo? —preguntó Longino.

—Las horas corren como caballos en el circo —dijo Scaeva dándose cierta importancia. Se levantó y miró por una de las ventanas de la *domus* el ajetreo continuo de los preparativos de la fiesta del día siguiente. Ulpio Celso contestó a la pregunta de su hijo.

—Y le sobrarán horas…

Scaeva, de espaldas a padre e hijo, mostró cierta tensión delante de aquella ventana. Con urgencia llamó al sucesor y a su padre para que se levantaran y acudieran a su lado.

—¿Quién es aquel que habla con algunos actores de la compañía de teatro?

Padre e hijo se miraron y fijaron su atención en el hombre al que señalaba el Zurdo.

—Es la primera vez que lo veo.

—Y yo también. No lo conozco de nada.

—Pues yo sí. Y es de Orippo. Y no hay razón alguna para que esté aquí, salvo que sea muy amigo de los cordobeses conjurados…

## DÉJATE VER SI QUIERES OCULTARTE

Sostenía Séneca que las cenizas nos igualan a todos; también podría decirse lo mismo de la ambición. Siendo el filósofo cordobés tan estoico, su ritmo de vida y el capital que poseía derivado de múltiples inversiones también podría haber dejado escrito que la ambición

iguala a los hombres. Unos logran que les sea rentable, otros mueren encadenados por una ambición fatal y sin suerte. El usurero de Orippo era un tipo ambicioso. Muy ambicioso. Y se había dejado comprar por el clan cordobés por dinero y nuevas influencias. A los cordobeses les pareció que tenían en aquel hombre sin escrúpulos morales y sin miramientos a la hora de ejecutar órdenes su hombre perfecto. Era vasallo de algunos patrones gaditanos, y estaba en posesión de una red clientelar tan profesional y eficaz como la de Cara Pescao. El usurero tenía oídos, voces y manos en Córdoba, Híspalis e Itálica. Sobre todo en Itálica, hasta donde fue, simple y llanamente, a dejarse ver, a que lo vieran, a que los que tenían que preguntarse qué hacía allí un tipo como él se lo preguntaran, y que lo hicieran con una elevada dosis de sospecha: ¿qué hacia aquel tipo nauseabundo acompañando a algunos miembros de la compañía contratada por Cara Pescao en Mérida y hablando con ellos?

—¿Te quedó claro el plan, Cayo?

—Muy claro.

—¿Seguro?

—Completamente.

—¿Te importa repasarlo en voz alta?

—No. Pero ¿a ti te importa recordarme en voz alta el dinero que se me ofrece si ejecuto la orden con efectividad?

—Una bolsa de plata, un seguro de fuga y una barca para llevarte río abajo para que en Caura (Coria del Río) puedas esconderte y, más tarde, embarcarte hasta el norte de África. ¿Te gusta, Cayo?

—Sueño ya con mañana.

—Pues dime qué tienes que hacer.

—En un momento determinado del desarrollo de la obra de teatro, un incendio provocado organizará un revuelo. Durante ese momento de confusión yo dejaré la escena y me dirigiré hacia Longino Ulpio para asestarle varias puñaladas mortales. No me pasará nada porque la guardia al completo está comprada por Córdoba. Ellos mismos cubrirán mi salida hacia el embarcadero. Un barquero de tu confianza me llevará hasta Caura, y desde allí saltaré al norte de África. Al teatro solo regresaré como espectador rico y prestigioso, mas nunca como un actor muerto de hambre y comido por las pulgas.

—Perfecto. Reza a Mercurio para que este reto comercial sea de su agrado y nos guarde bien.

—Así lo haré. Hasta mañana.

El usurero abandonó Itálica, satisfecho con su trabajo, sintiéndose acribillado por los ojos de Scaeva desde una ventana de la *domus* de Ulpio Celso. Su cara dibujaba una curva de satisfacción como la del

medio punto de un arco triunfal, y salía por ella con una seguridad tan aplastante como la que te da sentirte seguro de que los que están por encima de ti mandan mucho y apuestan por proyectos muy, pero que muy ambiciosos. No solo las cenizas, amado Séneca, igualan a los hombres.

—También los iguala el tamaño de sus huevos, se dijo para sí mismo el usurero mientras salía de la ciudad y se dirigía al embarcadero.

## ENTRE LOS ELEGIDOS

La tarde anterior a la fiesta, el Cuervo pasó por la casa de Ulpio Longino y ambos se abrazaron. En verdad no tenían nada en común ni habían acumulado relaciones como para guardarse aquella visible simpatía. Se cayeron bien el uno al otro, quizá porque el Cuervo luchó como un valiente en aquella lejana fiesta de despedida que le ofrecieron antes de marchar a estudiar a Roma, y para un joven militar, ver luchar como luchó aquella jornada el Cuervo era una forma de sentirlo y hacerlo uno más de los suyos. Por su parte, el Cuervo encontraba su cercanía con el sucesor en un grato recuerdo de su agridulce experiencia: fue en aquella *domus* de Itálica donde comenzó a emerger su figura como gladiador único e imbatible. El abrazo fue cálido, como el de dos camaradas que dejaron de verse hace muchos años y volvían a reunirse en una fiesta de soldados veteranos.

—¡¡Estás muy bien, Longino!!

—Gracias, Cuervo. Tú tampoco estás…

El Cuervo lo interrumpió.

—No, no. Yo no estoy bien. Mira mi cuerpo y mi pierna. Soy un inútil, y prefiero que me recuerdes como aquel día en tu casa, en el que terminé con todos los que lucharon conmigo…

—Tus palabras te hacen parecer un resentido con el mundo, y no tienes motivos para ello, Cuervo. Eres el doctor de una magnífica escuela de gladiadores. Vives de forma desahogada. Eres un hombre libre. Y creo que solo te falta buscarte una buena hembra que caliente tu cama todos los inviernos.

Ambos rompieron a reír.

—Longino, no soy tan desgraciado como para no tener cubierta esa necesidad. Y no solo tengo una mujer que me caliente la cama en el invierno, también me la destapan en verano.

Nuevamente rompieron a reír.

—He venido a saludarte, Longino, y a explicarte que los mejores y más bravos gladiadores de la escuela van a pelear a sangre y muerte por tu deslumbrante futuro.

Longino no se atrevió a desdecir al Cuervo, al que vio entusiasmado con la idea de ofrecerle lo mejor de la escuela para que combatieran en la fiesta. Prosiguió hablando:

—Además, quiero que sepas que entre tu guardia de seguridad, la compuesta por gladiadores, hay un joven dacio que también peleará en tu honor.

—Escucha, Cuervo, hay circunstancias por encima de la nobleza y generosidad de tu ofrecimiento que nos disuaden de que se celebre esa pelea a sangre y muerte.

El Cuervo sintió como si su rostro se le descolgara.

—Pero…

Longino levantó su mano para impedir que siguiera hablando. Quería explicarse sin interrupciones.

—Imagino que sabes el complot que se ha tramado contra mí. Hemos analizado la situación. Mañana será un día de fiesta muy generoso en comidas, bebidas, danzas, bailarinas y vuelta a empezar: comidas, bebidas, danzas, bailarinas… Al final de la jornada, con la luna fuera, empezaría esa pelea a sangre y muerte, un momento de escasos reflejos para todos los invitados, y para el ambiente en general que presidiría esta casa; el momento perfecto para perpetrar sus objetivos. Yo quiero disfrutar de la fiesta. Puede ser la última que pase con mi familia y no quiero darles ventaja a los que no me aprecian. No es aconsejable que me exponga a tanta incertidumbre.

—Pero llevo preparando esa pelea para ti dos semanas…

—Dime, amigo, ¿valoras más el regalo que me ofreces o la vida que pones en peligro?

El Cuervo se calló. Le deseó buena suerte en aquellos días y le expresó su más absoluta lealtad pese a su pierna inútil.

—Te garantizo, Longino, que mi brazo aún puede lanzar un *pilum,* una lanza, y atravesar a dos soldados con ella.

—No lo dudo. Siempre creí que llegaste del templo de Marte…

Se despidieron hasta el día siguiente. El Cuervo salió de la casa y se dirigió hasta donde estaban los gladiadores que lideraba Scaeva. Delante del Zurdo le dio una orden a Valentiniano:

—Mañana pelearás con los gladiadores en la fiesta de Ulpio Longino. Tienes suerte, no será a sangre y muerte.

El dacio le contestó:

—La suerte la tienen todos tus gladiadores, que te besan el culo. Porque estaba escrito que mañana, si se enfrentaban contra mí, tenían

asegurados dos viajes en barca: uno hasta Híspalis para enterrarlos en nuestro cementerio; el otro con Caronte, para viajar hasta el inframundo…

El Cuervo escupió sobre el suelo, y Valentiniano lo miró con desprecio.

—Algún día, doctor, no tendrás saliva ni para tragar tu miedo…

## La última reunión

En el aire volaba la preocupación, y esta se posaba, como las moscas que buscaban su mejor banquete, sobre todos y cada uno de los que allí estaban reunidos en torno al patrón Cara Pescao. Era la noche previa a la fiesta en Itálica, y el liberto, Scaeva, Africano, el Cuervo y Marco Antonio Pyrgos estaban reunidos para repasar todos y cada uno de los pasos que tenían que dar al día siguiente sin que nadie tropezara. En cualquier otra ocasión ni las risas ni las más groseras bromas habrían faltado; esa noche de mayo, tibia y perfumada, todos padecían la gravedad de una responsabilidad quizá superior a sus posibilidades de controlar la situación.

—El oráculo del Hércules gaditano me predijo dos muertes, y no tengo forma de desterrar de mi cabeza que pueden acabar con nosotros —dijo el rico mercader.

—Yo estoy seguro de que al sucesor no le pasará nada. Se ha avenido a razones, y su guardia y la que nosotros reforzamos con nuestros gladiadores lo hacen invulnerable —dijo Scaeva para calmar un poco a su patrón.

—Además, todo va a estar más controlado sin la pelea de gladiadores a sangre y muerte —comentó Africano.

Ni Pyrgos ni el Cuervo se decidieron por decir nada. Solo escuchaban. El poeta, con el corazón abierto; el doctor, con sus recuerdos convertidos en cicatrices: venían días de acción y él solo intervendría como un mutilado de guerra. Habló Scaeva:

—Hoy, en Itálica, he visto al usurero de Orippo. No tenía nada que hacer allí, puesto que ni está invitado ni tampoco tiene vinculación alguna con la compañía de teatro, y en cambio hablaba con algunos de los actores.

Cara Pescao se extrañó de que Scaeva se lo comunicara tan tarde.

—¡¡¡Por Hércules, Zurdo, ¿cómo es que no me lo comunicas hasta ahora?!!!

—Porque antes estaba en Itálica guardando a Longino. Teníamos previsto reunirnos después de cenar en tu casa y es ahora cuando

puedo decírtelo.

Cara Pescao entró en pánico, perdió el autocontrol. Arrojó al suelo el vaso de vino y le dio una patada a la mesa sobre la que estaba dispuesta la cena.

—¡¡¡¡Que Júpiter nos asista. Tenemos a un extraño de pésimos antecedentes infiltrado en Itálica y tú no me envías un mensajero para decirme nada. Es una locura, Scaeva. Y palpo en el ambiente la misma falta de seguridad que aquel día en que me robaron en los almacenes portuarios!!!!

Pyrgos quiso hablar, pero el patrón no lo dejó.

—Disculpa, Pyrgos. Quiero controlar esta situación. Mañana puede ser demasiado tarde, y si hace falta ir ahora hasta Orippo…

Lo interrumpió Scaeva:

—No hace falta. Es más: merodear por Orippo puede dar a entender que no controlamos la situación en Itálica, que es sin duda lo que pretenden.

—¿Entonces…? —preguntó Cara Pescao dominado por la ansiedad.

—Entonces lo que hemos hecho inmediatamente es infiltrar entre los tramoyistas de la compañía algunos hombres nuestros para que tengan abiertos los oídos. La orden es muy concreta: si oyen o ven algo anormal, nos lo comunican, sin importar la hora.

—El oráculo del Hércules gaditano me aseguró que se producirían dos muertes —repitió tembloroso Cara Pescao, con ese miedo incontrolable que le producía escuchar un látigo o la noticia de un robo en sus almacenes.

Africano trató de calmarlo:

—Patrón, es imposible que le ocurra algo al cónsul. Hay un refuerzo extra.

—¿A qué te refieres?

—A los gladiadores que llevaremos para la exhibición en la fiesta. Ellos también están allí y se unirán a la fuerza que manda el Zurdo.

El Cuervo miró a Scaeva con un rencor y odio de años acumulados en una pierna inútil y en un corazón negro. El Zurdo lo evitó. No estaban las cosas como para buscarse un enemigo más en aquel Dédalo de presunciones, alertas, miedos, profecías y la seguridad evidente de que había un complot para acabar con la vida del sucesor. De todas formas, a Scaeva no le gustó nada la oferta realizada con muy buena voluntad por el lanista Africano. Ese refuerzo atendería antes a las órdenes del doctor que a Scaeva, por mucho que él estuviera al mando de la guardia de gladiadores del cónsul.

—Debes tranquilizarte, patrón. Todo saldrá bien —concluyó Africano.

Cara Pescao temblaba como un corderito. Ante determinadas situaciones, la firmeza de su carácter se perdía, se diluía para que afloraran, quizá, la inseguridad y la ansiedad del antiguo esclavo que fue, siempre temeroso del látigo y de que su trabajo no fuera apreciado por el amo. Lo llevaba metido en la sangre, y ese temor solo desaparecía con la seguridad que le proporcionaban la riqueza, el dinero y la subordinación a su todopoderoso patrón en Roma.

—El oráculo del Hércules gaditano me aseguró que se producirían dos muertes —volvía a repetir sin zafarse del pánico.

Esta vez, Marco Antonio Pyrgos sí se decidió a hablar para explicar la situación con un pasaje de la *Odisea* que presumiblemente todos iban a comprender. Incluido, quizá, su estimado patrón:

—«¡Forastero!: hay sueños inescrutables y de lenguaje oscuro/y no se cumple todo lo que anuncian a los hombres…». ¿Te tranquiliza lo que escribió Homero, patrón?

—No. Pero suena bien…

Scaeva esbozó una sonrisa y le dijo:

—Para tu tranquilidad, regreso ahora a Itálica. Descansa. Si pasa algo, no será inevitable. Mañana será un día muy largo, tanto como las horas que se comen una batalla contra un enemigo que no da la cara —terminó Scaeva mientras apretaba con fuerza en su mano la concha que llevaba como amuleto atada a su cuello.

# CAPÍTULO XI

# *A CANE MUTO ET AQUA SILENTE CAVE TIBI* (CUIDADO CON EL PERRO QUE NO LADRA Y EL AGUA SILENTE)

*Itálica*
*Mayo del 113 d. C.*

## EL BIZCO

El estrabismo del ojo de aquel aristócrata borracho era espectacular. Todos se detenían a verlo para reír o especular con el grado de desviación de su vista. El tipo se había quedado como si fuera una estatua de piedra, incapaz de moverse, agarrado a su copa de oro y con la vista perdida en algún ignoto punto de un horizonte inalcanzable para los demás y solo a la altura de los efectos indescriptibles de su cogorza. Era uno de los muchos invitados a la fiesta de Longino que a esa hora de la tarde noche ya habían bebido y comido tanto que, en algunas habitaciones de la casa, había charcos espesos de vomitonas caudalosas y anónimas. Aquella reunión estaba siendo un éxito, y solo la guardia personal y los gladiadores de Scaeva seguían saciando su sed con agua. Valentiniano observaba con desprecio lo que pasaba en aquella casa:

—Son cerdos con collares de oro…

Una aristócrata lo invitaba continuamente a que la acompañara; bueno, lo invitaba a él y a todos los gladiadores que estaban a la orden de Scaeva. Parecía que estuviera pescando con varias cañas y la misma carnada. Pero hasta el momento ninguno de ellos se indisciplinó abandonando los lugares estratégicos de entrada y salida de la *domus* fijado por el Zurdo. Cuando alguien necesitaba algo más que comer y beber para continuar manteniendo muy alto su nivel de euforia, se conjuraba en torno al aristócrata al que el vino había convertido en estatua humana con visión estrábica.

—Vamos a ver al bizco, que sigue igual desde hace dos horas…

—Pero están actuando los malabaristas…

—¿Vas a comparar los juegos de manos de esos estúpidos con el juego de ojos de nuestro convecino?

—Jajajajajajaja. Llevas razón. Vamos a ver ese lagar…

—Propongo que al primero que sea capaz de averiguar hacia dónde mira lo premiemos preparándole la bailarina que mejor mueva el pubis, ¿de acuerdo?

Todos gritaron de acuerdo, claro, por todos los dioses; no había nada más distraído que esa propuesta.

—¡¡¡Vamos a ver al bizco…!!!

—¡¡¡Vamos!!!

Lejos de allí, en una sala cerrada a los invitados, Longino y su padre, Celso, hablaban serenos.

—Dime, hijo, ¿qué grado de certeza tienes de las palabras de Augusto?

—¿Te refieres a que sea nombrado su sucesor si algo definitivo le ocurriera en Partia?

—Sí, a eso me refiero.

—Toda, padre. De hecho, como sabes, ya soy cónsul sufecto, cónsul suplente, a la espera de una provincia o de que el emperador me lleve como general a la campaña de Partia.

—¿Y esa sucesión está escrita o es de palabra?

—De corazón. Este pasado invierno, en Roma, en una de mis asiduas visitas a la casa imperial, escenificó incluso la sucesión colocándome su anillo de emperador.

—Vaya, eso es como hacerte su heredero.

—Es hacerte su heredero, padre.

—¿Y Adriano?

—Mantiene con él una relación antojadiza. Tiene días buenos y otros que son todo lo contario. Sus opiniones no son firmes y varían como las veletas con el viento, pero te puedo decir que no le gusta su inclinación helenizante. A veces, en voz baja, le he oído referirse a él en tono despectivo llamándolo «el griego»…

—¿Y la emperatriz? ¿Cómo ve Pompeya Plotina todo esto?

Pensó la respuesta antes de darla, como para ser justo y certero en su análisis.

—Sin estridencias. Sin frío ni calor. Sin agua ni sed. A veces me da la impresión de que es como una sombra que se desliza por las paredes de palacio para hacer y deshacer más de lo que podamos imaginar…

—Pero ¿se muestra amable contigo?

—Se muestra, padre. Pompeya Plotina es así. Se muestra, pero no se deja ver. Ni un mal gesto, ni una buena palabra. Puede decirse que es amable conmigo o con cualquiera de los senadores béticos influyentes en Roma. Pero si tiene inclinación favorable por alguien es

por Adriano, el sobrino segundo del emperador…

—Ya. Creo entender…

—Alguna vez he asistido a encuentros entre el emperador y su esposa. Ella expone sus argumentos de una forma muy elegante, de manera tan delicada que disfrazan la contundencia de lo que esconde.

—¿Y cómo reacciona Trajano? ¿Es, quizá, un calzonazos?

—Ya sabes, padre, las preferencias sexuales de nuestro emperador. Por ahí Pompeya no tiene mucho que hacer. Pero Trajano escucha, medita y luego hace lo que cree conveniente.

Callaron un momento y bebieron. Aunque lejanos a los salones donde la aristocracia italicense se abandonaba en un río de pasiones venales que cifraba el grado de su contento por la futura designación del sucesor del viejo Trajano, la música, las voces, los gritos y un ruido casi volcánico llegaban hasta los silentes salones donde padre e hijo hablaban con seriedad. No todos los días un padre y un hijo podían hablar de un futuro tan grande y complicado. Del futuro, nada más y nada menos, del hombre que sucedería al más grande de los emperadores. Llamaron a la puerta. Era un soldado de la guardia personal de Ulpio Longino.

—Señor, sería conveniente que saliera al jardín.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? He dejado dicho que no me molesten…

—Un invitado está a punto de ahogarse en una tinaja de vino.

Padre e hijo se miraron y rompieron a reír.

—¿El bizco?

—Creo que sí, señor.

Salieron para el jardín riendo, absolutamente relajados, mientras Longino le decía con complicidad al padre:

—Mal empieza mi hoja de servicios si es mi primera baja un borracho…

—*¡Miles gloriosus!* —contestó Ulpio Celso aludiendo a la obra satírica de Plauto.

## UN TRIÁNGULO MUY IRREGULAR

Entre los estertores de la tarde noche y el arranque de la madrugada, Cara Pescao había previsto aplacar la euforia de los invitados ofreciéndoles una sesión de mimos. No era aconsejable entrar en la lucha de gladiadores directamente desde las tinajas de vino, las mesas copadas de manjares exóticos, el baile lascivo de las danzarinas gaditanas y más de un centenar largo de invitados que parecían

escapados de un bosque infestado de poseídas y lujuriosas bacantes. La propuesta estaba orientada explícitamente a sosegar los ánimos, a relajar el ambiente, para luego dejar escapar la pasión con el combate de gladiadores que, aunque no fueran a muerte, iba a verter sangre. Quizá mucha sangre. La compañía de mimo representaba la leyenda mitológica de los gemelos gigantes Oto y Efialtes que, pese a su ciclópeo tamaño, no eran monstruos. Homero los describió como «los más grandes que la fértil tierra haya nutrido con su pan/y también los más hermosos, tras el incomparable Orión». Virgilio subrayó más su insensata ambición, el pulso que le echaron a Zeus inspirados en una irracional codicia: «Gemelos gigantescos que con sus manos intentaron destruir la bóveda celeste/y derrocar a Júpiter de su trono sobrenatural».

Los actores que representaban a Oto y Efialtes eran hermosos y bien proporcionados, y caminaban sobre zancos que los hacían parecer monumentales. El mimo se desarrollaba con normalidad y parecía tener sus mejores efectos relajantes. Hasta el aristócrata estrábico por culpa del vino parecía tener la mirada más limpia que nunca y atendía ensimismado a lo que tramaban ambos gemelos para llegar hasta el Olimpo: amenazaron con unir dos montes de la región griega de Tesalia, el Osa y el Pelión, para de esta forma alcanzar el cielo, la morada de los dioses.

Pisando la tierra con fuerza y con todos los sentidos libres de embotamiento estaba Gala, la amante de Scaeva y la mina de plata del Cuervo. Gala escrutaba todos los movimientos del Zurdo y… los de su deleznable extorsionador. Hizo lo posible por acercarse de forma taimada al doctor de los gladiadores, que sintió temblar hasta su pierna muerta, no tanto por sospechar que Gala pudiera tenerlo identificado como su chantajista, sino por el deseo voraz que le provocaba aquella hermosa aristócrata que se acostaba con su peor enemigo. El Cuervo hizo el intento de levantarse, pero Gala se lo impidió.

—No, por favor, no te levantes. Prefiero sentarme a tu lado.

—Señora… —dijo agradecido el Cuervo.

—Me he enterado de que que no habrá combate a sangre y muerte…

—Así es, señora. No se ha creído conveniente, dadas las circunstancias.

De forma delicada y suave, Gala descargó sobre la conversación una bomba de piedra para indagar qué grado de cohesión interna tenía la empresa de Cara Pescao, esa empresa que velaba por la vida del hombre que, llegado a gobernar el mundo, sería vital para la

protección, impulso y multiplicación de los intereses de su esposo y de su casa.

—Es cierto. Mejor evitar el peligro que buscarlo. Quizá Ulpio Longino no haya estimado que la seguridad que lo guarda tuviera todo lo necesario para hacer un buen trabajo…

El Cuervo calló y la miró a los ojos, donde vio la intratable seguridad de los que por nada tienen que preocuparse en la vida. Gala prosiguió su avance.

—De todas formas, la fiesta es comparable tan solo a las de las opulentas *domus* de Roma. Vuestro patrón es un eficaz sirviente y muy ingenioso administrando los tiempos entre comida y espectáculo. Creo que es de los mejores que he conocido.

—Sí, señora. También a mí me lo parece.

Gala buscó con la vista a Scaeva, que en ese momento hablaba con Longino. La aristócrata le lanzó un medido guiño que luego disimuló llevándose un dedo a ese mismo ojo, como si el parpadeo hubiera estado provocado por alguna perturbadora mota de polvo. Scaeva no pudo evitar un apreciable desconcierto personal.

—¿Te ocurre algo, Zurdo? —le preguntó Longino.

—Nada, nada, señor. Todo está bajo control.

—Parece como si se te escapara algo que no dominaras, algún aspecto de la fiesta…

Scaeva tiró de humor para evadirse de la insinuación del cónsul.

—Se me escapa algo y muy importante, Longino: se me escapan la oportunidad y las ganas de beber hasta ponerme bizco…

—Jajajajajajaja. Por todos los dioses. Cuando todo esto termine, te juro que nos emborracharemos juntos. Aunque me tengan que llevar al barco de vuelta en una parihuela de difuntos.

Gala había avanzado unos pasos más para ganarse la confianza del Cuervo. Era una serpiente tras su víctima. Sutil, sigilosa, sinuosa…

—Siempre he creído que mi casa estaba en deuda contigo, Cuervo.

—¿Por qué, señora?

—Por aquel juego en que perdiste la pierna aún siendo el mejor gladiador de Híspalis.

—Señora, nadie me debe nada…

—Sí, sí. Quizá mi casa no ha tenido la sensibilidad suficiente para tratar a un héroe como tú. Mi marido patrocinó aquellos juegos, y en ellos perdiste la pierna y tu sitio en el corazón de los hispalenses.

—Pero eso pasó hace ya mucho tiempo.

—¿Sabes lo que solía decir Ovidio?

—¿O quién, mi señora?

Gala rompió en risas para acomplejar aún más a aquel burro

iletrado y poner así de manifiesto su superioridad intelectual y social.

—Perdona, Cuervo. Me ha resultado muy cómico lo de «O quién»… Como bien sabes, Ovidio es un famoso escritor romano. Él solía escribir «el que vive bien, vive inadvertido». Es una frase que a mí me parece magnífica, de una obra también magnífica llamada *Tristia*.

—Ahhh —dijo el Cuervo, que comenzaba a sudar y a sentirse realmente incómodo con aquella conversación.

—Yo creo, Cuervo, que nosotros, los que vivimos bien, hemos vivido inadvertidos de todo lo que pusiste en juego aquel día y lo que perdiste para agradarnos y hacernos pasar una jornada feliz.

—Le repito, señora, que nadie me debe nada. Lo que tenga pendiente solo lo sé yo. Pero le recuerdo que yo salí de aquel anfiteatro con vida. Otros salieron directamente para el cementerio.

—Y uno directamente para la gloria. Allí está —dijo señalando con su mirada a Scaeva.

—Lo conozco tan bien como usted…

La aristócrata no dejó entrever ningún tipo de reacción ante una respuesta tan directa.

—Como toda Híspalis. Scaeva es un nombre reconocido y reconocible más allá de nuestras fronteras. Solo él sabe por qué razón nunca quiso ir a Roma. Pero eso no nos importa demasiado. Quiero hacerte una propuesta.

—Dígame, señora…

—Voy a invertir dinero en la escuela de gladiadores. Quiero comprar varios esclavos que tengan condiciones para la lucha, y me gustaría que hablaras con el lanista para llegar a un acuerdo.

—Así lo haré, señora.

—Y estoy dispuesta a compartir contigo el dinero que ganen con sus triunfos. Quiero ser justa con uno de los hombres más valientes de Híspalis. Solo te pido que vengas cuando yo te lo pida a mi casa… para seguir de cerca mis intereses —dijo de una forma ambigua.

Un estruendoso aplauso apagó la respuesta del Cuervo. Los mimos terminaron su representación con la venganza de Artemisa: los gemelos gigantes habían perseguido por el bosque de la isla de Naxos a una hermosa corza que la diosa había hecho aparecer para que los colosos dejaran de perseguirla. Los hermanos se separaron para darle caza y dieron con ella en un claro de la selva, pero emboscados tras los matorrales no se veían el uno al otro. Lanzaron sus jabalinas a la corza, pero se atravesaron mutuamente. Gala se levantó para aplaudir tan ejemplar final. Se despidió del Cuervo haciendo referencia al mito representado por los mimos:

—La ambición desmedida siempre se vuelve contra el ambicioso. Es

sabia la lección que nos dan Oto y Efialtes.

El Cuervo se despidió con inseguridad.

Gala lo abandonó con una sonrisa y caminó segura para hacerse encontrar con Scaeva.

—¿Qué hablabas con ese maldito, Gala? —dijo el Zurdo sin que su conversación dejara traslucir que hablaran de algo que no fuera profesional.

—Hablaba de literatura y del duro precio que siempre se paga por una ambición desmedida…

—Te conozco bien.

—Y yo también a ti. En tus mejores habilidades —le contestó mientras le acarició imperceptiblemente el pecho.

—¿No quieres que lo mate?

—Te lo imploro. Pero aún no. Ahora esa basura comprenderá bien el alcance de nuestro sabio proverbio: «Cuidado con el perro que no ladra y con el agua silenciosa». No, aún no tienes que matarlo. Tiene llaves que abrirán puertas más tenebrosas que las de las jaulas de las fieras del anfiteatro…

## La sangre de Valentiniano

El Cuervo salió de su encuentro con Gala absolutamente motivado. Le pareció un logro que la aristócrata lo hiciera intermediario de sus deseos mercantiles de invertir en la escuela, y la insinuación de seguir los intereses de cerca invitándolo a su casa era una propuesta que aún no sabía calibrar, pero que a él le pareció que le abría la puerta de su alcoba.

«Isis sigue protegiéndome: ahora me va a meter en el lecho de la amante de mi peor enemigo, quiere pagarme por mi pierna, es la mina de plata de mi chantaje y encima quiere repartir conmigo las futuras ganancias de sus gladiadores. No es posible que el cielo me brinde tanta fortuna. No lo niego: a veces sudo miedo de que el mundo me sonría de esta forma», pensó mientras iba para una zona de la casa, exenta de esta, donde esperaban los gladiadores la hora de la exhibición.

—Lucharéis como si en vez de madera y plomo vuestras espadas fueran de hierro persa. Quiero decir que los invitados verán correr la sangre. No hay nada que los excite tanto como eso, como ver correr la sangre y que salpique sus esmeradas y costosas túnicas.

—Así lo haremos, doctor.

—Sé que no vais a defraudar a nadie, pero quiero que tampoco me

defraudéis a mí.

Los gladiadores se miraron entre sí. Uno de ellos le preguntó:

—¿Y cómo no te defraudaremos, doctor?

El Cuervo les hizo una señal para que se arrimaran e hicieran una piña a su alrededor. Luego comenzó a hablar.

—Esta pelea no es a muerte, solo a sangre. Lo sabéis. Ya os lo he comunicado. Y es así por expreso deseo del sucesor. Pero los accidentes lo son porque nadie los puede prever ni evitar.

Al unísono, los gladiadores dijeron:

—¡¡¡Sí, doctor!!!

—Pues os pido que ocurra un accidente. Un lamentable accidente.

—¿Quién será el afortunado? —preguntó otro legionario mientras los demás reían su sarcasmo. El Cuervo también dejó escapar una carcajada infernal y metálica.

—El dacio. Todos pelearéis contra todos, pero todos haréis lo posible por entorpecer la pelea del dacio. Y sabéis mejor que nadie que incluso con una espada de madera y plomo se puede matar a un adversario. Lo quiero ver salir de esta fiesta muerto. Ni tuerto ni cojo. Muerto para siempre.

Los gladiadores levantaron sus espadas y miraron al Cuervo:

—¡¡¡Por la gloria del Cuervo, por el deseo del doctor!!!

El Cuervo levantó su mano para saludar y agradecer la lealtad de sus gladiadores.

—Descansad. ¿Habéis comido bien?

—Muy bien, doctor. Solo nos ha faltado saborear la carne fresca de estas mujeres que parecen tener su *porcus,* su coño, tan caliente como la caldera de unas termas.

Rieron todos y el Cuervo recordó la ambigua invitación de Gala de asistir a su casa para seguir sus intereses de cerca…Él también pensaba que aquellas aristócratas estaban sexualmente desatendidas y que el mejor regalo para sus gladiadores tras aquella noche de exhibición sería dejarlos hacer a su voluntad en la larga y tibia madrugada de mayo.

—Preparaos para la pelea. Repasad vuestras armas, vuestras corazas y vuestros escudos. Y, sobre todo, no dejéis de rezar a Némesis, solo ella sabe lo que es la justicia, la fortuna y la venganza… —dijo arrastrando la última palabra mientras en su cabeza se imaginaba a un dacio ensangrentado y muerto, en justo desagravio por los padecimientos a los que su amo lo había sometido desde que lo dejó inútil para el combate.

Scaeva hizo un breve aparte con Valentiniano. El dacio estaba eufórico pese a que la pelea no iba a ser a muerte. Esa euforia la mostraba en todas y cada una de sus palabras y acciones. Scaeva estaba profundamente preocupado. Tanta euforia en un gladiador era el camino más corto para morir.

—Te prevengo, gladiador. Te prevengo contra el resentimiento que el Cuervo me tiene y que querrá descargar sobre ti.

—Con eso cuento. Pero él no cuenta con el que te tengo a ti, a él y a todos los romanos. Suma y verás que mi odio rebasa ampliamente al suyo.

—Está bien. Haz lo que quieras, pero al menos escucha y luego eliges la forma que te apetezca para morir.

—Está bien, te escucho.

—Estoy seguro que el Cuervo habrá maquinado un plan para que salgas maltrecho del combate de exhibición. Es más: estoy seguro que todos van a pelear entre sí de mentira y que estarán más pendientes de dejar escapar un espadazo para doblegarte.

—Hasta ahí yo también he podido llegar. Pero ¿sabes algo para contrarrestarlo?

—Sí.

Valentiniano no esperaba una respuesta, sino una de las vaguedades con las que a veces el Zurdo solía escaparse de las encerronas dialécticas.

—Procura no tener a nadie a tu espalda, y espadazo que des, espadazo que debe tocar, al menos, a dos contrarios. Uno irá contra el que te tocó en pareja; otro contra el que pelee más cerca de ti. Debes ir tocando en cada paso a dos contrarios. Sois seis peleando. Si eres hábil y capaz de controlar tu alocada euforia, saldrás vencedor de este combate. Y entonces…

—… Y entonces Africano será el que me lleve al anfiteatro de Híspalis porque el Cuervo me odiará ya tanto como a ti.

—Sin duda.

—Gracias por tu consejo. Voy a calentar mis músculos.

—¿No rezas a Némesis, la patrona de los gladiadores?

—Está demasiado ocupada atendiendo las plegarias de los luchadores del doctor. Yo rezaré a mi dios, a Zalmoxis, el único al que un dacio encomienda sus oraciones de guerra. ¿Te importa?

—En absoluto. Si te entiendes bien con él, adelante.

Scaeva se separó del muchacho y fue hasta la cocina. Allí estaba Cara Pescao nadando en sudor, nervios, vigilancia y malos

presentimientos. Había puesto, al menos, a cinco esclavos a probar la comida que solo iba en el plato destinado al cónsul sufecto. Cinco paladares diferentes para saborear si iba religiosamente condimentada o endemoniadamente contaminada por algún veneno.

—Hola, Zurdo. ¿Hay novedades?

—Ya te las di a primera hora de la mañana, cuando nuestros infiltrados en la compañía de teatro nos dijeron que no habían percibido nada raro. Debes relajarte, patrón. Todo está controlado. Ahora lucharán los gladiadores y todos tendremos los ojos bien abiertos.

—¿Dónde se situará Ulpio Longino?

—Tendrá la espalda cubierta, oculto a cualquier ángulo de tiro desde el que pueda alcanzarlo una flecha, y su guardia y nuestros gladiadores serán los encargados de hacer el círculo en que peleen los hombres de Africano. No hay posibilidad alguna de que nadie lo alcance.

Cara Pescao pareció relajarse un poco, pero el efecto pasó rápido.

—Me preocupan los actores de la compañía, Scaeva. Demasiado limpios para ser gente de teatro. Por favor, no los pierdas de vista. Que los nuestros tengan los oídos muy abiertos.

Le presentaron a Cara Pescao un plato elaboradísimo de carne de jabalí con ciruelas, miel y hierbas aromáticas.

—Señor, este plato es para Ulpio Longino.

Scaeva se adelantó, y tomó un trozo de carne y mojó en la salsa un rubio pan de trigo.

—Lo hago para que te quedes tranquilo, patrón. Nadie va a envenenar a nadie en esta casa. Anda, cámbiate y sal de la cocina. Creo que Valentiniano nacerá hoy como un nuevo héroe de Híspalis…

## El combate

Valentiniano miró a cada uno de los cinco gladiadores afectos al Cuervo, y en ninguna de sus miradas pudo observar ni una pizca de nobleza, ni una mota de respeto al código de lucha de los guerreros de los anfiteatros. Ninguno de aquellos tipos iba a tratarlo como a un hermano, como a un guerrero que come, duerme, pelea y se alimenta bajo el mismo techo, compartiendo los inseguros días de una vida que puede acabar en una mañana en la arena o ante las fieras. Los ojos de todos y cada uno de los cinco gladiadores llevaban escritos en las pupilas una señal fácil de leer para el que está acostumbrado a vivir peleando: matar al dacio. Una campana dio la señal y cada gladiador

comenzó a pelear contra la pareja que le había tocado en suerte. Valentiniano buscó protegerse la espalda con los gladiadores afectos, con los gladiadores comandados por Scaeva que hacían el círculo donde se estaba desarrollando la lucha, todos camaradas de la escuela y compañeros en la guardia del cónsul Ulpio Longino. Pero pronto fue una evidencia de que allí peleaban cinco contra uno. Las espadas no acababan sobre el cuerpo de sus contrarios, sino que, accidentalmente, iban una tras otra a caer sobre la anatomía del dacio, hasta el punto de que algunos gladiadores compañeros de Valentiniano metían los pies y los cabos de sus *pila,* de sus lanzas, para enredar a los luchadores y darle una ventaja a Valentiniano.

—Lo van a destrozar —dijo Cara Pescao.

—Puede que sea la lección que viene mereciendo desde hace mucho tiempo —respondió Scaeva.

Cara Pescao hizo un mohín de tristeza.

—Con lo bien que yo lo habría tratado en mi casa, cerca de mi alcoba…

—Habría acabado contigo, patrón. Es tan desagradable como un grifo, esos animales de leyenda que son mitad pájaros y mitad leones.

Ulpio Longino no estaba contento con la pelea. Se le veía incómodo, y su incomodidad también se transmitía a los invitados, algo que no podía consentirse. Había pactado una pelea de exhibición, pero no una pelea de cinco gladiadores contra un joven inexperto. Sobre la marcha, se le ocurrió una idea que quiso compartir con su padre.

—Dime, hijo, ¿qué te preocupa?

Al oído, le respondió Longino.

—Creo que el Cuervo trata de verter todo su odio sobre ese joven dacio, que tengo entendido que es o ha sido esclavo del Zurdo.

—A mí me está gustando la pelea. El chico no se arredra y combate con una furia que le nace de la barriga.

—Es cierto. Pero ¿no te parecería más apropiado ver al joven dacio pelear a muerte con el mejor de esos gladiadores?

—¿A muerte?

—Sí, a muerte. Lo de ahora es una encerrona para apalear al chico. De la otra forma veremos un combate espectacular. El mejor de esos cinco gladiadores con el joven dacio. Seguro que los invitados nos lo agradecerán.

Ulpio Celso hizo una señal a Africano y sonó la campana que paralizaba el combate. El lanista explicó al público que el futuro general de Trajano en Partia quería más emoción, más vértigo en una lucha más equilibrada, por lo que cambiaba la configuración del

combate. Pelearían a muerte el joven dacio y un galo que pasaba por ser el más experimentado y hábil de aquellos seis luchadores. El rostro del Cuervo se iluminó, y volvió a implorar a Isis:

—¡¡¡No puede ser verdad lo que estoy viviendo. Oh, Isis, te prometo atender tu templo en lo que me pidas. Quería ver morir a este muchacho hoy mismo. Aquí, en esta casa. Pero cambiaron los planes. Ahora tú haces que vuelvan a su principio, a como estaban pensados, todo a favor de mis deseos. Oh, Gran Maga del Mundo, eres capaz de atender mis súplicas y alegrar mi corazón. Nunca te faltará mi plata en tu limosnero!!!

La casa de Ulpio Celso parecía un pequeño anfiteatro. Voces, apuestas, aplausos, vítores y una electrizante sensación de que en aquella sala iba a morir un gladiador para que todos durmieran tranquilos y relajados esa noche. El galo era el doble que el dacio, fuerte y musculoso como si hasta durmiendo levantara pesas de piedra. Valentiniano era más bajo que su oponente, y su musculatura, aunque definida, aún no estaba inflada por la lucha y los entrenamientos. Se le veía mucho más ágil de movimientos, y en la primera esgrima de espada quedó claro. El galo trataba de acorralarlo con sus demoledores espadazos y buscaba intimidarlo empujándolo contra los gladiadores que marcaban el círculo de la pelea, pero Valentiniano no solo lo esquivaba, sino que mandaba su espada contra el escudo del galo.

—¡¡¡Mátalo, galo, mátalo!!! —gritaban los gladiadores afectos al Cuervo.

—¡¡¡Juega con él, Valentiniano, juega con él. Es un gigante con la cabeza de un pajarito!!!

—¡¡¡Yo apuesto por el galo!!!

—¡¡¡Yo me juego esta bolsa de sestercios a favor del rubio!!!

Longino miró a su padre y le guiñó un ojo en señal de aprobación. No había sido malo el cambio. Todos estaban absortos en la pelea, que, aunque a sangre y muerte, era mucho más controlable que la de seis gladiadores peleando sin piedad. Scaeva le dio un codazo a Cara Pescao.

—Dime, Zurdo…

—¿No vas a apostar nada?

—Me apuesto saborear el culo de tu puta preferida a que hoy pierdes un esclavo que trajiste de la Dacia.

—Yo apuesto a que tendrás que pagarme por la victoria de Valentiniano una buena bolsa de sestercios. ¿Hecho?

—¡¡¡Hecho, por Mercurio. Claro que está hecho!!!

Los dos rieron mientras Valentiniano hacía sudar al galo. En un

lance de la pelea, el joven dacio amagó con un golpe a la cabeza y que, por su felina versatilidad, convirtió en un golpe certero y pleno en la pierna derecha del galo, que se quedó sin apoyo. La gente comenzó a gritar y a jalear el nombre de Valentiniano. Mientras, el galo se retorcía de dolor en el suelo, con media pierna cortada, dando brincos sobre el piso como los pavos que corren sin cabeza. Ese golpe era muy parecido al que dejó al Cuervo sin gloria muchos años atrás. La historia se repetía para amargura de este.

—Creo que me he quedado sin el culo de tu amada meretriz…

—Y yo creo que te he ganado una bolsa de sestercios —le contestó Scaeva a Cara Pescao.

Valentiniano miró al cónsul sufecto, y este no le perdonó la vida al vencido. El dacio empuñó su gladio y lo hundió en el cuello del galo. No era el primer hombre al que mataba, pero sí el primero al que vencía en un combate de gladiadores. Creyó que la experiencia iba a ser más intensa. Lo creyó. Sus compañeros lo auparon a hombros y lo pasearon por la *domus* sobre sus escudos. Veía los ojos suplicantes de aquellas matronas romanas por poseerlo, y también recibió la mirada aprobatoria del posible sucesor de Trajano.

«Por Zalmoxis, que no me haga ir con él hasta Partia», pensó para sí.

Lejos de aquella explosión de vitalidad y alegría se movía una sombra por los jardines de la *domus* de Ulpio Celso con no más soltura que un cíclope. Era el Cuervo, profundamente amargado por un nuevo revés del destino.

—Isis, ¡¡¡¿por qué me pones la miel en los labios para luego verter sobre ellos la hiel de un arenque?!!!

## Un día muy teatral (1)

Augusto había convertido el teatro romano en un canal de propaganda de la nueva política y religión imperial. A través de los innumerables proscenios que animaban las ciudades del Imperio se distribuía la elaborada ideología pensada en Roma y sostenida y costeada por las élites locales en cada una de las ciudades con rango. En Itálica, en el 113 d. C., el teatro era un edificio monumental hijo de la política augustea donde se mezclaron, con gran habilidad y gusto arquitectónico, la arcaica traza tardorrepublicana y el nuevo espíritu imperial octaviano. Se comenzó a dictar órdenes senatoriales que reglamentaban la forma en la que se debía asistir a los espectáculos. Suetonio, historiador romano, recoge esa orden senatorial y explica:

«La manera de asistir a los espectáculos no podía ser más desordenada y negligente. Augusto la corrigió y la sometió a un reglamento, incitado por una afrenta inferida en Pozzuoli (ciudad cercana a Nápoles) a un senador a quien, con ocasión de unos juegos muy concurridos, no se hizo sitio entre los numerosos espectadores que se hallaban sentados. Se promulgó un decreto del Senado por el que debía reservarse a los senadores la primera fila de asientos cada vez que se diera en cualquier parte un espectáculo público y prohibió que en Roma ocuparan asientos de la orquesta los embajadores de los pueblos libres y aliados, pues se había dado cuenta de que incluso se enviaba a algunos de la clase de los libertos. Separó a los soldados del pueblo. Asignó a los plebeyos casados unas gradas especiales, así como su propia sección a los que todavía vestían la pretexta (toga de los niños), y la contigua a sus preceptores, y prohibió ocupar las gradas centrales a toda persona vestida de oscuro. En cuanto a las mujeres, no les permitió presenciar siquiera los combates de gladiadores, a los que desde hacía tiempo era habitual que asistieran mezcladas con el público, sino desde las gradas más altas y ellas solas…».

Las obras teatrales, por imperativo del nuevo orden ideológico, sufrieron el rigor de tan cambiantes tiempos, tanto que estuvieron prohibidas las escritas por los clásicos autores griegos e incluso romanos. El teatro era el lugar para representar mimos y obras de escaso calado, dirigidos a complacer y divertir a un público al que se le quería menos exigente y crítico con el poder. El de Itálica era hermoso. Estaba construido sobre un viejo cerro y, después de su restauración y embellecimiento en época altoimperial, presentaba tras la escena un amplísimo patio porticado donde se alzaban pedestales con estatuas de hombres y nombres significativos de la ciudad: los Polliones, los Traiani, los Aeli… Estos disputaban su prestigioso espacio a los altares dedicados a dioses y musas, especialmente las del teatro: Talía y Melpómene. En aquel magnífico teatro que, aun siéndolo, no alcanzaba la innovación estructural y tecnológica de los de Cartago Nova (Cartagena) y Malaca (Málaga), estaba todo dispuesto para, saltándose las reglas impuestas desde Roma, despedir a un futuro general de Trajano con una obra de Eurípides, *Las troyanas,* una reflexión sobre los horrores de la guerra sufridos por mujeres y niños. El teatro estaba abarrotado, y los espectadores no dejaban de buscar con los ojos al hombre central para quien se había montado aquel espectáculo teatral: Ulpio Longino, situado en un lugar preferente de la proedria, el arco ubicado tras la orquesta y que marcaba la jerarquía social y aristocrática de sus ocupantes. El padre

de Longino estaba sentado justo al lado de su hijo.

—He creído que sería una buena idea aceptar este regalo de Cara Pescao. Le pregunté a nuestra vecina Gala si era interesante la obra, ya sabes lo culta que es, y me dijo que sin duda era una obra oportuna para un joven general que pronto partiría para el frente.

—Me parece una buena idea, padre, y al término de la obra le agradeceré a Gala su recomendación, pero en Roma estoy más acostumbrado al mimo teatral que a las obras de los antiguos autores griegos y romanos.

Sonaron tambores, trompetas y comenzó la obra con el diálogo entre Poseidón y Atenea. La gente guardó silencio y la magnífica acústica del teatro italicense multiplicaba el hondo sentido trágico de los lamentos de las troyanas. Nada parecía indicar que sobre aquel teatro sobrevolaba otra tragedia…

## UN DÍA MUY TEATRAL (Y 2)

Valentiniano y los demás gladiadores bajo la dirección del Zurdo estaban situados en las escaleras laterales desde donde se accedía al lugar asignado al sucesor. El resto de los custodios estaban distribuidos entre los vomitorios de acceso y los vestuarios de los actores. Hacía mucho calor. Era una tarde noche de mayo en que las chicharras gritaban con fuerza y los grillos parecían competir con el desgarro de la reina troyana destronada, Hécuba, que doliéndose de su suerte gemía así a los espectadores:

—¡Ay, ay! ¿A quién la paciente anciana serviré, en qué lugar de la tierra, como un zángano, este despojo, esta silueta de un cadáver, esta imagen inútil de los muertos? ¡Ay, ay! ¿Seré portera a la entrada o nodriza de niños, yo, que tuve el honor de gobernar Troya?

Gala seguía la obra con inusitado interés. La conocía de haberla leído y estudiado con sus maestros de griego. Casi era capaz de ir recitando las palabras a la vez que las declamaban los actores. Pensó en Hécuba, en sus hijas, en la muerte de la menor, y rememoró, fugazmente, que su vientre jamás estuvo preñado y que no pudo darles un hijo ni a su esposo ni a su amante, pese a que se lo pidió en varias ocasiones y las mismas ocasiones lo rechazó, tumbando los planes trazados por Scaeva para que el embarazo de la aristócrata no fuera descubierto ni por su esposo ni por sus vecinos. Gala se sintió estremecer rememorando la tragedia de las mujeres troyanas, botín de guerra de los aqueos, rebajadas del pedestal de su posición para convertirlas en simples esclavas. A los lamentos de Hécuba le

respondió el coro de troyanas amedrentadas por un destino incierto:

—¡Ay, ay! ¡Con qué lamento desgranas los ayes de tu ruina! ¡Ya no moveré de un lado a otro mi lanzadera en los telares del Ida! Por última vez contemplo los cuerpos de mis padres, por última vez… Mayores serán mis sufrimientos unidos al lecho de un griego (¡maldita sea esa noche y mi destino!) o yendo por agua a la sagrada fuente de Prienne como miserable esclava. ¡Ojalá marcháramos a la ilustre, a la próspera tierra de Teseo! Mas nunca a la corriente del Eurotas, a la odiosa mansión de Helena donde tendré que saludar como esclava…

Llegado a este punto, comenzó a arder, al fondo del teatro, un fuego que pronto tomó proporciones terribles. La gente comenzó a chillar despavorida y el desconcierto fue tal que los actores abandonaron la escena. Uno de ellos, integrante del coro de las lamentaciones troyanas, bajó ágilmente y de un salto cerca de donde Ulpio Longino estaba sentado. Ahora, ante el inesperado alboroto, se vio rodeado de la guardia de gladiadores y de la del cónsul, que, ante el incendio, abandonaron sus puestos para ir a protegerlo. Su padre estaba dominado por el pánico y solo sabía decir:

—¡¡¡Hijo, hijo, hijo…!!!

Longino no perdió la serenidad. Se mantuvo dentro del cinturón que formó la guardia en torno a su persona y sacó el gladio de su funda. Miraba a todos lados y estaba atento a las órdenes que se gritaban.

—¡¡Nadie, nadie que no sea de la guardia debe estar alrededor del Longino!! —gritaba Scaeva.

—Está perfectamente blindado —contestó Valentiniano, aún caliente del combate que había ganado un par de horas antes.

—Hagamos la tortuga con nuestros escudos y saquemos al cónsul para llevarlos hasta la casa —propuso el Zurdo.

La confusión era brutal, como si se hubiera enfrentado un cuerpo de infantería con los elefantes de Aníbal. En ese momento, el actor que había saltado de la escena se presentó ante las mismas narices del cónsul con una larga daga en la mano, sigilosamente, haciendo valer su condición de actor vestido de troyana. En mitad del caos nadie le prestó mucha atención. Era Cayo, el actor al que la mañana anterior había comprado el usurero de Orippo para perpetrar el asesinato. El pobre diablo estaba convencido de que la guardia no se iba a oponer por estar al lado de los conjurados cordobeses e hispalenses que apoyaban la carrera de Tito Annio Vero al trono imperial. Con esa confiada seguridad se puso frente a Longino. Scaeva vio la luz, una de esas corazonadas que te anticipan un peligro máximo, y antes de que Cayo pudiera alcanzar el cuello de Longino, el Zurdo había dado ya

una orden incuestionable:

—¡¡¡Detenedlo, detenedlo. El actor de teatro lleva una daga en la mano. Detenedlo y proteged al cónsul!!!

Los gladiadores no tuvieron que emplearse a fondo con Cayo, una pobre rata que acababa de comprender la trampa que le habían tendido. Se derrumbó, y su sueño ansiado de asistir al teatro como espectador en el norte de África se volatilizó allí mismo.

—Maldito y mil veces maldito sea ese cabrón de Orippo —dijo para sí.

—No le hagáis daño. Quiero hablar con él —gritó Scaeva.

No había dejado de hablar el Zurdo cuando el zumbido mortal de una flecha atravesó la garganta del actor. La saeta había venido de la parte superior del teatro, donde se había originado el fuego que ahora actuaba de pantalla para ocultar la identidad del arquero. Cayo regurgitaba sangre por la boca y por la nariz, y moría casi instantáneamente con una sílaba en su boca:

—Po… po… po…

Nadie lo entendió. El teatro se quedó vacío, con Scaeva, Valentiniano y los gladiadores rodeando a aquel inofensivo e incauto autor cuyo pecado fue soñar demasiado. Una sombra se deslizaba por entre las gradas superiores del teatro. Era el *frumentarius,* que se había hecho pasar en Córdoba por un alto funcionario de la Annona. Respiró profundamente al ver que la guardia personal y los gladiadores que protegían a Longino habían hecho un excelente trabajo. Pero ya no iba a esperar que un mensaje de Roma llegara a sus manos para actuar como había que actuar, visto lo visto. Iba a moverse aconsejado por el sentido común: si moría el sucesor en el viaje de regreso a Roma, él y el *princeps* del servicio de inteligencia de Trajano habrían dado por finalizadas sus carreras. Se embarcaría para Roma con Ulpio Longino, como alto funcionario de la Annona o como simple marinero; en cualquier caso, como espía al servicio de la causa del emperador. En toda Itálica la gravedad del suceso cegó una noche de amable despedida a uno de sus hijos más queridos. Uno. Tan solo un personaje de aquella tragedia real sonreía feliz y saltaba de contento: Cara Pescao.

Mirando al cielo, dijo:

—Por Hércules bendito: me dijeron en tu templo gaditano que habría dos muertes, y dos muertes se han firmado: la del gladiador galo y la de ese miserable actor, mas ninguna es la de Ulpio Longino, el hombre intocable de nuestro trabajo, al que hemos sabido proteger y salvar. Esta noche soy capaz de perder a manos de los piratas un cargamento de papiros alejandrinos y no sentirme angustiado…

*Córdoba, finales de mayo del 113 d. C.*

## Buen trabajo

—Estamos muy satisfechos con tu trabajo. Pero ahora es cuando empieza el trabajo de verdad, el trabajo serio —le dijo el conjurado cordobés al usurero de Orippo en una reunión muy discreta en su villa.

—Gracias, patrón.

—No me las des aún. Ya te digo que hace falta rematar el asunto.

—Y así se hará. Córdoba colocará pronto en el trono de Roma a uno de sus hijos más queridos y preparados: Tito Annio Vero.

El conjurado observó los ojos ambiciosos del usurero y reflexionó sobre la lealtad del hombre al dinero. Siempre se es más leal al dinero que a las ideas, y si a las ideas no las acompaña el dinero, se quedan huérfanas o en manos de locos y héroes en los que nadie confía. Una moneda de plata mueve más cosas que el libro de un filósofo, y las guerras nunca se declaran en nombre de la libertad de un supuesto pueblo sometido al que se quiere desencadenar o hacer más feliz. Las guerras se hacen por dinero, como la que va a decretar Trajano contra Partia para lograr el acceso directo al golfo Pérsico en la ruta de la seda. La mejor muralla que pueda guardar a una ciudad de enemigos potenciales es su pobreza. Aquel tipo tan repulsivo de Orippo parecía reunir todo lo que Córdoba necesitaba para dar un golpe de sucesión en Roma: un amor desmedido a la plata, una lealtad de perro a sus ambiciones y una comprobada aversión por los principios nobles que mueven a los hombres… más tontos.

—¿Cuándo sale el barco para Ostia?

—Debió de salir ayer u hoy. Con el cónsul Ulpio Longino y su guardia personal a bordo.

El conjurado se levantó del banco de piedra que estaba adosado a un muro sombreado de su villa campestre. Se echó la mano al rocoso mentón y pensó en voz alta.

—Imagino que también va nuestro marinero…

—Nuestro marinero que también es cocinero, señor.

Se produjo otro silencio, que rompió una liebre despistada que salió de entre los arbustos de la finca para toparse con los dos conjurados. Un esclavo cercano cogió una honda y, de una certera diana en la cabeza, acabó con ella. El conjurado sonrió.

—Por Júpiter, si todo fuera tan fácil como acabar con una liebre…

El usurero rio.

—O con un estúpido actor de teatro…

Prosiguieron hablando y el cordobés conjurado le dijo al usurero:

—Regresa a Orippo. Dedícate a tus obligaciones más comunes y olvida este asunto, hasta nueva orden. Espérame aquí un momento.

Entró en la villa y sacó dinero de su estudio. La bolsa pesaba tanto como la dimensión de la conspiración para la que trabajaba y que tan divinamente lo había hecho. Casi en la puerta de entrada a la villa, flanqueada por dos estatuas de togados familiares, el usurero recibió su pago. Hincó una de las rodillas, inclinó la cabeza y apoyó su puño en la tierra en señal de agradecimiento y subordinación.

—No hace falta tanta ceremonia. Págame con tu trabajo y tu silencio.

—Así lo haré, señor.

—¿Cuándo llega ese barco a Ostia?

—En siete días, si la mar no lo complica. Llegará el barco y nuestro marinero…

# CAPÍTULO XII

# HACER POLÍTICA ES MÁS FÁCIL QUE HACER HEXÁMETROS Y TE ENRIQUECE SIEMPRE

«Consigue dinero ante todo, la virtud vendrá después».

Quinto Horacio

*Domus Flavia*
*Finales de mayo del 113 d. C.*

## PALABRAS IMPERIALES

Los ojos del emperador reflejados en el salón de los espejos de la Casa Imperial proyectaban un amplio catálogo de espectros histriónicos. Iban de lo fantasmagórico a lo cruel sin que su estado de ánimo reflejara ninguno de sus cambios de humor. Hablaba sosegadamente, pero con frases trufadas de ironía y segundas interpretaciones. La emperatriz, circunspecta, lo escuchaba y daba la impresión, ahora más que nunca, de ser esa sombra que se desliza por las entrañas de la Domus Flavia haciendo y deshaciendo, como Ulpio Longino se la definió a su padre durante su estancia en Itálica.

—La dimensión del complot contra Ulpio Longino es importante. Mis espías lo han detectado en Córdoba.

—¿Le ha ocurrido algo malo al joven Longino?

—En absoluto. Está más vivo que yo y que tú…

Sin atender la indirecta, Pompeya contestó:

—Me alegro. Lo tengo en alta estima.

—Yo también, esposa. Yo también. Tanto que tú sabes mejor que nadie que es mi preferido para sucederme, por encima de Adriano y sin posibilidad alguna para Tito Annio Vero, cuyo nombre quizá te suene… por el ruido que han formado en la corte sus seguidores.

—Conozco a los Annio Vero cordobeses, gente estupenda y que te ha prestado magníficos servicios. A Tito no, ni he oído nada sobre él…

—Tantos y tan buenos servicios me han prestado los Annio Vero, querida emperatriz, que incluso se preocupan de que si algo me pasara en Partia, Tito se sentaría en ese magnífico trono —dijo señalando la

poltrona real.

Trajano seguía sorprendiéndose de las formas irreales y terroríficas que tomaban sus ojos reflejados sobre las planchas de plata a modo de espejos que llenaban aquella sala de la Domus Flavia.

—Hay algo que me inquieta, querida emperatriz.

—Háblame. Descarga tu ansiedad sobre mis hombros…

Pompeya dio unas palmadas y mandó a un esclavo que le sirviera una copa de vino con algo de amapolas al emperador. Trajano le lanzó una sonrisa serena, casi paternal.

—Qué bien me cuidas, Pompeya. Sé que a tu lado no corro peligro alguno…

Pompeya le alargó la copa de vino y le acarició la mano donde Trajano llevaba el sello imperial. Augusto retiró la suya en un gesto instintivo de rechazo imperceptible, y prosiguió:

—Pero has de saber que en este palacio, cerca de nosotros, respirando a la vez que tú y yo, hay personas que, teniendo la plena confianza de mi corazón, me han traicionado. Me lo dicen mis espías del cuartel del monte Celio.

—Abriremos los ojos, emperador.

—Los abriremos, emperatriz. Los abriremos. Ningún provincial, por loco que esté, se mueve conjurado contra el emperador si no tiene el respaldo suficiente en Roma.

—Es una locura, es una auténtica locura.

—O una estrategia suprema digna de un cerebro privilegiado para moverse entre las sombras y hacer parecer una locura lo que no es más que un plan perfectamente orquestado y medido para conseguir unos objetivos políticos concretos.

—¿Puedes explicarte, querido esposo?

Trajano bebió otro sorbo de vino con amapolas. Se llevó la mano a la frente acariciando el placentero y sosegado momento que le proporcionaba el alcohol mezclado con el relajante, que desterraba de su cabeza cualquier preocupación.

—Quizá otro día, emperatriz. Te agradezco tu interés por mi bienestar personal. Hoy has logrado rebajarme la tensión que me provocaron las noticias. Sin duda eres mi primera benefactora, oh, dulce Pompeya.

Le besó la frente y se retiró hacia su alcoba, pensando que Pompeya Plotina, su esposa y emperatriz, era, posiblemente, una de las más agudas, listas y astutas mujeres que había conocido en su ya larga vida…

*Monte Celio, Roma, junio del 113 d. C.*

## UNA TERRIBLE NOTICIA

El despacho del *princeps* de los *frumentarii* en el cuartel del monte Celio era severo y sobrio, con una estrecha ventana que apenas si dejaba entrar el sol del junio romano. Sobre una pared estaban colgados un escudo y unas armas, y en un lugar preeminente de la sala lucía un busto de Trajano. Estaba sentado ante su mesa de trabajo y ordenó que Fabio, el *frumentarius* que en Córdoba se hizo pasar por alto funcionario de la Annona, se sentara al otro lado de la mesa. Estaba abatido.

—Es imposible, Fabio. Es imposible que Ulpio Longino haya llegado muerto hasta Roma.

Con gesto grave, Fabio pasó a informar a su alto mando.

—Señor, Ulpio Longino comenzó a sentir náuseas y vómitos el segundo día de navegación, pero nadie se preocupó. Son frecuentes este tipo de padecimientos en el joven cónsul cada vez que embarca. La mar le podía.

—Como a Augusto. El gran Octaviano no podía con los viajes por mar. Pero nadie se muere por mareos en un barco. ¿Qué ha pasado?

—Al tercer día le atacaron unas fiebres fortísimas, como las que padecen nuestros legionarios que pelean en las zonas pantanosas.

—Que yo sepa, Itálica no es una zona pantanosa.

—No, pero sí de marismas…

—¿Qué dijo el médico que lo atendió?

—Estaba confuso. No sabía dictaminar bien el origen de unas fiebres tan virulentas.

—¿Crees que lo envenenaron, Fabio?

—No lo creo, señor. Las fiebres no lo atacaron hasta el segundo día de navegación, y el marinero que los conjurados habían infiltrado en el barco como cocinero nunca pudo ofrecerle ni comida ni veneno.

—¿Por qué?

—Porque la comida fue cocinada en Itálica, en su propia casa, y siempre estuvo vigilada por su guardia personal.

—Ese cocinero infiltrado pudo aprovechar cualquier momento de relajación de la guardia… —se malició el *princeps*.

—Yo tenía bien abiertos los ojos.

—¿Sabes una anécdota sobre la atención de los espías? Creo que a ti nunca te la he contado.

—Diga, señor.

—Le ocurrió a Aníbal, aquel animal púnico que se plantó ante las

puertas de Roma sembrando el terror en el pueblo y el Senado. Había enviado a uno de sus espías a una misión específica, pero el informante confundió los pueblos de Casinum y Casilium, lo que obligó al general africano a realizar un recorrido extra. ¿Sabes lo que le ocurrió a su espía?

—Lo desconozco, señor.

—Lo mandó crucificar. Para que supieran el valor que tenía su trabajo. Una equivocación, un despiste o una mala interpretación de unos movimientos militares cuestan tiempo, dinero, vidas, una batalla y quizá una guerra. Siempre machaco esta idea en el cuartel a nuestros *frumentarii*.

—Señor, le aseguro que puse mis cinco sentidos en el barco y estoy convencido de que Longino no murió envenenado.

—De acuerdo, pero ni tú ni el médico podéis certificar una muerte natural por fiebres y no por envenenamiento, ¿verdad?

Fabio dudó…

—Ciertamente no…

—El emperador nos matará. Nos crucificará a los dos. En el mejor de los casos, permitirá que nos clavemos nuestras espadas en el estómago para no descender al inframundo manchados por la deshonra. Si el cocinero de los conjurados estuviera vivo…

—Señor, cuando supe, tras repasar la lista de a bordo, que era junto a mí el único pasajero nuevo en aquella tripulación y que se enroló como marinero y cocinero, supe que era el hombre que Córdoba había enviado para asesinar a Longino.

—¡¡¡Y dejaste que lo asesinara, por Júpiter!!!

—No hay ninguna prueba que demuestre eso, señor. Él no pudo ejecutarlo. Lo encadené la primera noche tras nuestra partida. Al día siguiente apareció ahorcado en sus propias cadenas.

Fabio miró serenamente al *princeps,* para luego lanzar otra mirada al escudo con armas que estaba colgado de la pared de aquel despacho de tan siniestro cuartel. El *princeps* lo observó:

—Sí, Fabio. Están afiladas sus hojas. Cuando yo termine podrás utilizarlas tú.

El *frumentarius,* el espía, esbozó una cómplice sonrisa que algunos militares, en situaciones de extrema adversidad, se regalan para animarse mutuamente y demostrar así su desapego a la vida. El *princeps* dejó de trastear con un punzón que tenía entre los dedos y le preguntó a Fabio:

—¿Dónde está el informe del doctor suscribiendo la muerte de Longino?

Fabio se lo dio. El alto mando lo leyó y el *princeps* dejó escapar un

ligero alivio con un respiro silbante muy largo.

—Te podrá parecer paradójico, pero la muerte de Longino puede salvar nuestras vidas. Aquí el doctor es contundente, especifica claramente la naturaleza del deceso: muerto por fiebres, pero no pronuncia jamás la palabra envenenamiento. Encomendémonos al padre Júpiter. En sus manos estamos. Salgo para la Domus Flavia. Voy a informar al emperador de una terrible noticia.

*Roma, junio del 113 d. C.*

## Una denuncia en el Senado

Un hombre de los servicios de seguridad del emperador llegó a la casa en el Esquilino de Casio Iunius, el esposo de Gala. Le entregó un documento lacrado y sellado por el anillo del emperador. El correo *frumentarius* fue terriblemente explícito en el segundo *atrium* de su descomunal casa capitalina:

—Actúa rápido. Es el deseo de Augusto.

Aquel anciano senador de Roma, leal hasta las últimas consecuencias a la causa trajana, se fue hasta su escritorio para leer atentamente el mensaje del emperador. Los años lo habían hecho más lento, pero también más sabio y conservador. Leyó el mensaje de Trajano y se llevó la mano a la boca con cierto alegre nerviosismo, para exclamar:

—¡¡Por todos los dioses, ya era hora!!

Hacía un día radiante en Roma, y el Tíber empezaba a despedir esa humedad pegajosa que anticipa los veranos duros de la capital del Imperio. Casio dudó qué hacer, si salir al jardín y poner la cabeza en el orden que la buena noticia imperial le había desbaratado o encaminarse directamente a la biblioteca y buscar en los textos jurídicos la forma de darle un profundo sentido patriótico a lo que Trajano le ordenaba. Al final optó por llamar a una esclava britana para que lo calmara con una suave felación.

«Nunca le estaremos lo suficientemente agradecido al tonto de Claudio por la conquista que realizó en Britania… pensó mientras la esclava lo liberaba de tensiones. Ya más tranquilo se fue hasta las termas de la casa, y nadó suavemente en la piscina de agua templada. Allí, absolutamente relajado, creyó estar en el momento intelectual preciso, sin turbaciones que pudieran perjudicar su estilo y su forma de expresarse, para ponerse a escribir una denuncia contra Tito Annio Vero por alta traición y ser la cabeza visible de una conjura contra el

emperador. Trabajaría con sus abogados durante toda aquella tarde, y al día siguiente, con su mejor toga senatorial, iría hasta el Senado para que se comprendiera que Roma paga a los traidores con la muerte…

En la Domus Flavia todo lo que rodeaba al emperador denotaba tristeza, pena y dolor. Trajano se emborrachó como nunca antes lo había hecho, hasta el extremo de que, a los servidores más veteranos, les recordaba las brutales borracheras de Domiciano. El emperador exigió que se contratara a un numeroso grupo de mujeres para que lloraran y se tiraran de los pelos en señal de profundo dolor por la muerte del joven italicense. Pompeya Plotina trató de consolar a su esposo, angustiado por una noticia tan terrible.

—Acabaré con todos los Annio Vero, por Júpiter. Acabaré con ellos y no me servirán ni para darles de comer a los leones del anfiteatro.

—El Senado lo decidirá mañana, noble esposo.

Pompeya medía sus palabras como nunca, con más cálculo y prudencia que los arquitectos que levantaron la cúpula del panteón de Agrippa. Trajano la miró con esa terrible desinhibición que te dan el poder y el vino cuando maridan en un corazón atormentado, y solo le respondió:

—Ya tiene Adriano vía libre para ser emperador… Espero que esa sea una buena noticia para ti en un día tan triste como el de hoy para mí.

*Híspalis, junio del 113 d. C.*

## Adolescentes bañándose en el río

No habían pasado muchos días desde que Crátero regresó de Roma, pero aún tenía en su memoria las imágenes impactantes de algunos rincones inolvidables de la capital imperial. A menudo se descubría ido, con la cabeza en la hermosa vía Labicana que, arrancando del centro de Roma, te conducía hasta la casa del gran patrón Luparius en el Esquilino y más adelante a la colina Viminal, o bien ante las puertas del templo de Júpiter, uno de los más importantes de Roma, donde el dios supremo estaba acompañado por Juno y Minerva, la triada más común del panteón romano. Aquel templo lo maravillaba. Con varias hileras de seis columnas corintias de mármol y el techo resplandeciente de oro, era como la casa de los dioses allá en lo alto, en la cima de la colina Capitolina, donde concluían los grandes desfiles triunfales de los más gloriosos generales romanos. Recordaba también la visita que hizo al anfiteatro Flavio, invitado por su gran

patrón, el día de los juegos en honor a Marte. Aquel anfiteatro era el más grande del mundo y en él se celebraban cacerías, ejecuciones en masa de condenados a muerte y alguna que otra batalla naval. Los combates entre gladiadores lo hicieron famoso en todo el mundo mediterráneo, y llegar hasta allí para pelear delante del césar para desafiar a Roma era el sueño de un joven gladiador dacio residente en Híspalis: Valentiniano.

—¿En qué piensas, Crátero? Desde que llegaste de Roma pareces tonto…

—Disculpe, señor. Es verdad que me siento ausente.

—Pues no son días para sentirse así. Me trajiste una maravillosa noticia del patrón, de mi querido Claudio Luparius, y hay que ponerse a trabajar.

—¿Se refiere a la carrera política de Pyrgos?

—¡¡Por Júpiter, claro que sí. No me voy a referir a que una puta de Scaeva haga los votos del templo de Vesta. A veces pareces más griego de lo que aparentas, querido Crátero!! —le dijo con sorna y guiñándole un ojo.

—Patrón.

—Dime, Crátero.

—El señor Luparius fue muy insistente en que no se dejara de mirar y escuchar lo que pasaba en Córdoba, y me habló de que estuviéramos atentos a la alcoba de Trajano.

—Lo sé. Me lo dijiste nada más saltar del barco que te trajo medio atontado desde Roma. En eso estamos, y creo que en Córdoba somos capaces de escuchar hasta el diálogo de las pulgas, pero ese asunto ya no está en nuestras manos. Longino salió vivó de Híspalis y ya estará vivo en Roma. Ahora nuestro negocio se llama Marco Antonio Pyrgos, un magnífico poeta que pronto será un espléndido edil.

—Estamos a principios de junio. Para octubre o noviembre serán las elecciones. ¿Nos dará tiempo? —preguntó Crátero.

—Nos dará. Si hay dinero, si hay influencias, si hay imaginación en nuestra oferta política, dará tiempo más que suficiente para hacer de Pyrgos un político amado por Híspalis. Y todo eso lo tenemos.

—¿El poeta está ilusionado?

—Más que nunca, Crátero. Más que nunca. Tanto que creo que se ha creído él mismo que la política cambia las cosas y hace feliz al pueblo. Sigue teniendo un corazón demasiado noble. Habrá que contaminárselo…

Cara Pescao se quedó pensativo para romper inmediatamente su silencio con una calurosa idea:

—Oye, Crátero, el calor empieza a apretar en Híspalis y los niños y

adolescentes se van a bañar al río. ¿Por qué no me preparas una litera y una cesta de comida y me llevas a verlos? Me encanta ver a los jóvenes en el río, bañándose desnudos, como yo mismo hacía hace ya demasiado tiempo…

Crátero sonrió y se le vino a la cabeza lo que Claudio Luparius le había dicho en su casa romana sobre el mercader hispalense: «¿Sigue Cara Pescao empeñado en convertir su culo en un *hospitium,* en una posada bien concurrida?».

—Enseguida, señor, enseguida le preparo la litera y una cesta con abundante comida y frutas…

## Los besos de la judía

Debajo de un enorme laurel, centenario sin duda, descansaba Scaeva mientras observaba de cerca cómo la granja de su padre vivía, quizá, su mejor momento. Por un tiempo se temió lo peor. Valentiniano había llevado con rigor y diligencia el cuidado de la granja, pero su empeño por ser gladiador dejó la gestión en las manos del hijo de un convecino que, por todos los dioses, había mejorado casi el trabajo del joven dacio. De inmediato comenzaría la recolección del trigo y los olivares mostraban en las varetas de sus frondosas y verdes ramas unas diminutas aceitunas que para octubre o noviembre, cuando Pyrgos se presentase a edil, habría que recolectar y vender a la Annona. Todo le marchaba perfectamente bien. Todo parecía el mejor de los sueños posibles. Ni búhos ni aullidos de perros. Todo eso había quedado muy atrás, en una de las peores etapas de su vida, cuando parecía que Salambó le había dado las espaldas y los dioses romanos no lo aceptaban entre sus fieles. Tan solo inquietaba a su corazón la desesperante angustia del paso de los años. Se quedaba sin tiempo para formar una familia y tener hijos. Con más de treinta años ya debería haber sido padre de tres o cuatro mocosos malcriados, pero ni la guerra, ni las penurias pasadas tras ella, ni su época de gladiador, ni los amores clandestinos con Gala le habían dado oportunidad para crear una familia. Durante un tiempo albergó la peregrina idea de que Valentiniano fuera el hermano pequeño que le dio la guerra, pero jamás el dacio le permitió siquiera una leve esperanza para creerse aquella estupidez. Ahora intentaba lograrlo con otra hija del infortunio: Arusa, la bella judía.

Soplaba un aire reconfortante bajo aquel laurel y Scaeva no dejaba de pensar en los labios de la chica, en sus pechos turgentes, en su cintura estrecha, en sus piernas torneadas y fuertes. Pensaba en ella

más de lo que había pensado jamás en ninguna otra mujer, incluidas Gala y su hermana Clelia, que vivía una existencia placentera y cómoda.

«¿Por qué pienso tan a menudo en Arusa? —Se preguntó Scaeva—. ¿Qué estará haciendo en estos momentos? ¿No estoy perdiendo el tiempo aquí tirado bajo este laurel y viendo cómo las hormigas trabajan para el invierno cuando podía estar con ella?».

Hacía tiempo que no se veían. Los preparativos para guardar a Longino le habían impedido cortejarla y casi desde que se vieron el día consagrado a Isis no recordaba haber cerrado otra cita con aquella mujer que le sorbía el seso.

«¿Qué tendrá que no tengan otras?», se dijo.

Con Gala tenía asegurada una pasión fuera de lo corriente; con Asinus, una lealtad a prueba de martirio; con Arusa… ¿qué le daba Arusa sino besos de niños y continuas prohibiciones sexuales por culpa de aquella maldita religión que profesaba?

«¿Qué tendrá esa mujer que no tengan las otras para tenerme aquí tendido pensando continuamente en ella?».

No tenía a nadie en su círculo a quien preguntarle qué era el amor al que tanto ponderaban los poetas. ¿Poetas, había dicho? Era realmente un estúpido. Un necio. Tenía a su lado, en su círculo de amistades y socios, al hombre que mejor podía explicarle lo que es el amor, ese sentimiento que iba más allá del sexo, del deseo y de la pasión. Ese sentimiento capaz de hacer rico al pobre y un pobre andrajoso al rico que jamás lo viviera. Marco Antonio Pyrgos, el futuro edil de Híspalis, seguro que tenía una respuesta, e incluso algún poema suyo que regalarle, como si Scaeva lo hubiera escrito, para dedicárselo a aquella hermosa judía llamada Arusa…

## El cuervo en Itálica

Las uñas de Gala estaban pintadas con polvo de oro y refulgían con la luz del junio italicense como si fueran los rayos de Júpiter. La aristócrata se miraba las manos con una devoción ilimitada y jugaba con ellas a que la luz las bañara para gustarse en la infinitud de matices lumínicos que lograban anudar el polvo de oro, el color de sus manos y la luz del medio día. Estaba en su alcoba y decidida, además, a recibir allí, en su alcoba, al Cuervo, su extorsionador y su socio. Gala escuchó que sus esclavas invitaban a pasar al doctor al interior de la casa. Subió las escaleras de manera fatigosa, pero, en aquel momento, no se sintió ni inútil ni mutilado, más bien todo lo contrario, quizá

porque la ilusión de una conquista amorosa es capaz de hacer correr como caballos en el circo al corazón más aplastado por la vida. El Cuervo llamó a la puerta de la alcoba de Gala y sus ojos no pudieron evitar la evidencia de tan gratísima sorpresa. Gala vestía una túnica de seda de color rojo, corta y al muslo, con un escote atrevido pero medido a su vez. Todo en ella era un primoroso juego calculado de exhibición y comedimiento que turbaba a quien la veía. Estaba sentada sobre su cama y dio unas palmaditas saltonas y graciosas sobre ella invitando al Cuervo a que se sentara a su lado. Aquella bestia era incapaz de descifrar los mil y un sentimientos que galopaban por su estómago, no sabía ponerles nombres, parecían pisadas fugitivas en una playa virgen en la que desembarcaran los argonautas.

—Siéntate a mi lado, doctor. Somos socios y quiero que me informes relajadamente de cómo van las gestiones de nuestros gladiadores.

El Cuervo jamás había vivido una situación similar ni parecida. Sus manos tocaban la plenitud sensorial de unas sábanas pulcras y luchaba para no caer embriagado por el provocativo perfume de aquella señora, su socia y quien sabe qué cosa más le tenía destinado Isis para vivir con ella una existencia inolvidable.

—Verá, señora. Hemos adquirido en el mercado de esclavos a dos buenos hombres, que pueden servirnos.

—¿Africano, el lanista, dio su aprobación?

—Sin duda. Él me acompañó para verlos con sus propios ojos, y la compra se resolvió al instante. Uno es britano, un picto; el otro, un guerrero bereber.

—Que Némesis los proteja y Mercurio nos guíe para sacarles buenas ganancias.

Gala se levantó de la cama y se puso de espaldas al Cuervo. Sus curvas se apreciaban debajo de la seda roja de su túnica, y sus piernas eran tan salvajes y atractivas como las de Diana cazadora. El doctor intentó ponerse de pie, pero se lo impidió Gala.

—No, no te levantes, Cuervo. Descansa. Estos días han sido desasosegantes para todos. ¿Tienes tiempo para acompañarme?

—Me sobra, señora. Me sobra el tiempo.

—Me gustaría hablar contigo de negocios, saber cuándo serán rentables esas dos inversiones en gladiadores que he hecho y que también a ti te reportarán ganancias.

—Ya le dije, señora, que eso no puede ser así, que su casa y su esposo no me deben nada.

Gala se dio la vuelta y avanzó hacia donde el Cuervo estaba

sentado. Se acercó tanto que el doctor se intimidó y echó su cuerpo hacia atrás. Gala estudiaba a su adversario con cada movimiento, con cada mirada, con cada gesto. Voluntariamente dejó caer una de sus pulseras, que, como un perro de caza, fue a buscar el tullido. Aquel miserable se arrastraba como una serpiente por entre un roquedal y la aristócrata no dejaba de sentirse plenamente satisfecha observando a su extorsionador besar el suelo donde pisaba. Gala no se movió un palmo de su sitio, y el Cuervo rozó con sus manos los pies de la aristócrata.

—Perdón, señora.

—No me pidas tanto perdón, Cuervo. Eres mi socio.

Le dio la pulsera, pero Gala se la devolvió para que él mismo se la colocara.

—Es un honor para mí que el hombre que más triunfos consiguió en la arena de Híspalis me atienda tan gentilmente como tú lo haces, estimado socio.

El Cuervo no supo qué decir. Buscaba alguna frase que no fuera «gracias, señora», que no reflejara la posición de sumisión que él mismo se exigía, pero que la bella aristócrata no se empeñaba en hacer tan explícita. Gala le habló.

—¿Qué sabes de Scaeva, doctor?

Al Cuervo le cambió la feliz expresión del rostro. Gala se dio cuenta y matizó la pregunta.

—Te lo refiero porque su esclavo, Valentiniano, deslumbra con sus artes de lucha. Parece que tiene un futuro grande delante de él.

El Cuervo comenzó a masticar acidez de estómago y a sentir ese sabor metálico en la boca.

—Señora, le prometo que haré dos grandes gladiadores con el picto y el bereber. Se lo juro por Júpiter.

—Lo sé, lo sé. Despreocúpate de eso. Estoy interesada en saber qué hace por Híspalis el Zurdo. Me cuentan que se lleva muy bien con una de sus prostitutas, Asinus —dijo mientras ella misma se daba palmaditas en la nalga…

—Eso es un entretenimiento, señora. Está más interesado en una joven judía. Hay quien dice que busca formar una familia.

Gala reprimió los celos. Esos celos que cuando la atacaban descomponían sus serenas facciones y sus templados nervios. El doctor, más pendiente de su figura y de sus movimientos, no se percató del brusco cambio de semblante de la aristócrata. Gala dejó pasar unos segundos durante los que le pareció estar sufriendo un martirio en la hoguera, para volver a parecer y sentirse normal, en posesión de todos sus recursos intelectuales, emocionales y femeninos.

—¿Te gustan las mujeres, Cuervo?

—¿Señora?

—Te he preguntado que si te gustan las mujeres.

—¿Por qué, señora?

—Porque me miras con un deseo voraz.

El Cuervo se amilanó. Fue a pedir perdón, una vez más, pero ella se lo impidió.

—No, no me vayas a pedir perdón otra vez. No tienes por qué hacerlo. Para una mujer de mi edad es muy agradable que los hombres la miren aún con deseo. ¿Quieres beber vino para brindar por nuestra sociedad?

—Claro que sí, socia.

—Me gusta que, privadamente, me llames así. Solo privadamente.

Gala llamó a su esclava y esta les sirvió el vino. Alzaron sus copas y brindaron. Gala lo miró a los ojos y mojó sus carnosos labios en el dulce licor de Éfeso.

—Por nuestra sociedad, Cuervo.

—Por nuestra sociedad —dijo aquel tullido, absolutamente sobrepasado por la situación.

—Por una sociedad fructífera, intensa y llena de sorpresas agradables… —concluyó Gala con una ambigüedad solo a la altura de su capacidad de ser tan inteligente como perversa.

El Cuervo se levantó y Gala se le aproximó hasta intimidarlo. Se situó frente a frente y sus ojos, por efecto de la diferencia de estatura, miraban al Cuervo de abajo arriba. Suavemente, le deslizó la mano y le dejó en la suya un regalo.

—Póntelo, Cuervo. Es mi regalo de compromiso… societario.

## De regreso

Cada impulso del barquero sobre el agua le parecía al Cuervo un paso de gigante hacia una nueva frontera emocional. El barquero entonaba una canción popular que hablaba de amor. El doctor le dijo:

—Cántala más fuerte, barquero. Hoy tengo el corazón en los oídos.

Se sentía absolutamente feliz, y más cuando se colocó en el brazo derecho el regalo que, momentos antes, le había proporcionado Gala.

—Es un magnífico brazalete de oro que me voy a colocar ya. Canta, barquero, no dejes de cantar hasta que lleguemos a Híspalis. Y por todos los dioses, te pagaré bien si no desafinas mucho.

Los dos rompieron a reír, y el Cuervo se animó a cantar con el barquero aquella cancioncilla que tan popular era entre los marineros

del río Betis.

Lejos de la barcaza, en su jardín de Itálica, Gala repasaba todos y cada uno de los movimientos que había obligado a dar al Cuervo en la alcoba. Se paró frente a un grupo escultórico donde Eros disparaba una flecha envenenada de amor. Sonrió con la íntima satisfacción de quien maneja su destino con solvencia y el de los que la rodean a su antojo y gusto. Se sentía poderosa, como las águilas que sobrevuelan los montes más altos y ven en los corderos del valle no solo el objeto de su alimento, sino la justificación de su poder. Gala pasó la mano sobre Eros y susurró:

—Apunta bien, apunta bien al corazón negro y solitario del Cuervo. Atraviésalo. Cuanto más confiado se eche en los brazos del amor...

El barquero había llegado a los muelles de Híspalis, pero ambos seguían cantando. Una de las muchas ratas de ribera que trabajaban informando al Cuervo o haciéndoles trabajos sucios fue a atenderlo inmediatamente.

—Apóyate en mí, doctor —le dijo.

—Hoy puedo moverme con la agilidad de Venus por encima de las aguas. Gracias, pero no necesito tu hombro.

La rata se extrañó, pero más aún cuando vio que el Cuervo invitaba al barquero a seguir cantando.

—Por todos los dioses, Cuervo, ¿qué te pasa?

El Cuervo lo miró, se acercó a su oído y siguió cantando aquella graciosa cancioncilla de los marineros. Luego le enseñó el brazalete de oro que llevaba en el brazo derecho:

—Oro, es de oro macizo —dijo la rata—. Tan macizo y firme como el futuro que se abre ante mí.

—¿Te puedo preguntar algo, Cuervo?

—Hazlo rápido, porque nos vamos a encerrar en esa taberna para bebernos el vino de tres legiones.

—¿Estás enamorado?

—Estoy absolutamente seguro de que el oro y la plata le sientan divinamente a mi corazón…

Rompieron a reír y entraron en la taberna, pero el Cuervo no dejaba de pensar en la pregunta que le había hecho su informante:

—¿Estás enamorado?

## El solsticio de verano

Africano pasaba el dedo por la afilada hoja de un gladio. Apretó demasiado y se hizo un pequeño corte del que manó sangre. Se llevó

el dedo a la boca para cortar la pequeña hemorragia, y el Cuervo, de buen humor, le dijo:

—Lanista, cómo te gusta la sangre. Eres capaz de beberte la tuya… ¿Qué no harás con la nuestra?

Africano miró al Cuervo, agradablemente sorprendido por el buen talante de aquel hombre torcido, osco y feroz.

—La vuestra la cuido como si fuera la mía. Esa sangre la mantengo bien limpia para que ganemos todos, vosotros y yo como lanista. No soy un padre, pero tampoco un espartano maltratando a sus esclavos.

—Cierto, señor. Eso dicen de los espartanos: que son crueles con sus esclavos.

—Aquí no hay esclavos, Cuervo. Aquí hay gladiadores, y les exijo lo máximo, porque yo les devuelvo mucho. Entran aquí queriendo abrirse las puertas que se les cerraron en una guerra, en una hambruna o en una bancarrota. Aquí pueden rehacer sus vidas peleando, luchando, y eso les gusta a los espectadores.

—La segunda oportunidad, señor…

—Eso es, Cuervo. La segunda oportunidad. Creo que eso le lleva a pensar a la gente que la vida en Roma no es tan cruel como a veces denuncian los mimos de la calle, algunos autores de teatro y esa tribu de piojosos que nos ha llegado de Judea atendiendo al nombre de cristianos.

Callaron por un momento como si estuvieran reflexionando sobre lo dicho. Luego Africano fue directo al grano, tomando nuevamente en sus manos el gladio con el que se había cortado y que había dejado sobre la mesa. Habló y apoyó la hoja de la espada en su rostro…

—Doctor, Valentiniano tiene que estar en los carteles de los juegos del anfiteatro del veintitrés de junio, el solsticio de verano. Un día de fiesta en todas las ciudades del mundo romano.

—Es el día en el que contrajeron matrimonio Júpiter y Juno. El día que las parejas, en un gran número, eligen para casarse, y celebramos la fertilidad de las mujeres y de los campos. Lo sé. Es un día en el que la gente abarrota el anfiteatro.

—Pues ese día quiero que Valentiniano pelee en la arena. Creo que estamos ante un magnífico gladiador.

El Cuervo fue a interrumpir al lanista con sus argumentos de siempre, y Africano le impidió hablar diciendo él lo que el doctor iba a comentarle:

—Lo sé, sé lo que me vas a decir sobre su fogosidad, sobre su alocada forma de pelear. Lo sé, doctor. Pero hemos de reconocer que en ese estilo, peleando de esa forma, el chico es imbatible. Por ahora…

—No se preocupe, patrón. Estará en la arena del anfiteatro el próximo veintitrés de junio. ¿Quiere que lo informe sobre el picto y el bereber?

—Dime.

—Creo que ambos son dos magníficos guerreros. Solo tenemos que entrenarlos en una nueva forma de combatir. Pero son jóvenes, fuertes, duros, valientes y odian el tipo de vida que llevaban y que los trajo hasta aquí.

—Hasta aquí, Cuervo, llegan muchos, pero no te imaginas las ganas que tengo de llegar con alguno de mis gladiadores hasta Roma. Hasta el circo Flavio. Y creo que Valentiniano nos llevará a Roma.

—¿Seguro, lanista?

—Tan seguro como que el filo de este gladio es capaz de hacerme sangrar de nuevo…

Africano apretó la hoja del gladio sobre su antebrazo sin presionar demasiado, haciendo saltar, como un alborozado surtidor, un rojizo brote de sangre sobre la mesa a la que estaba conversando en la escuela de gladiadores.

—¡¡¡Iremos a Roma, por la sangre que estás viendo, Cuervo!!!

## UNA REUNIÓN POLÍTICA (1)

—¿Quién escribirá en las paredes el nombre de nuestro candidato a la magistratura como edil? —preguntó Cara Pescao. Y continuó interesándose por la nómina de escribas propagandísticos—. ¿Tenemos o no tenemos a alguien, además del poeta, que sepa escribir? Porque ya sabéis que el aspirante a la magistratura no puede hacer propaganda de sí mismo.

Intervino Scaeva.

—No creo que eso sea un problema. Podemos pagar a escribas para que hagan ese trabajo.

—Encárgate tú de esa cuestión —le dijo el patrón a Scaeva.

Estaban reunidos en casa del rico mercader abordando la primera reunión de la candidatura política de Marco Antonio Pyrgos al gobierno de la ciudad. El poeta reunía todos los requisitos exigibles por la ley: venía apoyado por una prestigiosa familia, no era esclavo ni liberto, había adelantado la fianza que supuestamente iba a manejar durante su mandato, estaba apoyado por diversas curias importantes de la ciudad y las redes clientelares que manejaban Cara Pescao, el Zurdo, Africano y muchos seguidores de la escuela de gladiadores le daban suficiente ventaja a Pyrgos para salir elegido edil. El Cuervo

levantó la mano derecha, donde centelleaba el oro del brazalete que le había regalado días atrás Gala, para pedir la palabra.

—Habla Cuervo —dijo Cara Pescao.

—A todos esos apoyos hay que sumar el muy prestigioso y sólido que nos presta la casa de Casio Iunius. Así me lo hizo saber el otro día en su *domus* de Itálica su esposa, Gala.

El Zurdo se sintió confuso al escuchar aquello. No eran celos ni tampoco se sentía engañado. Conocía perfectamente a Gala como para desechar, por irracionales, cualquiera de aquellos dos sentimientos. Pero sabía que Gala tramaba algo y que su astucia podía superar a todos los cerebros reunidos allí esa tarde para ordenar la campaña política de Pyrgos.

«¿Qué estará tramando esa mujer? —pensó el Zurdo, mientras recordaba lo que le dijo en la fiesta de Itálica—: Voy a utilizarlo y no sabes bien cómo…».

Cara Pescao rompió a aplaudir gozosamente.

—Es un honor que esa casa nos apoye. Creo que, definitivamente, la candidatura de Pyrgos tiene las bendiciones de los dioses. Me siento enormemente feliz. —Se dirigió a Pyrgos y le preguntó—: Dime, poeta, desde tu preclara inteligencia. ¿Qué te resultará más fácil: hacer hexámetros o hacer dinero con la política?

El poeta rio y alzó su copa en señal de complicidad con su patrón, y le respondió convirtiendo en pregunta una famosa frase de Quinto Horacio, el escritor:

—Dime, patrón, ¿qué debo conseguir antes: el dinero o la virtud?

—Si te aconsejara por experiencia, te diría que no hay virtud sin dinero. El dinero es el dios más poderoso de la tierra y del cielo. No lo olvides. Solo los locos y los tontos lo rechazan. Ni un buen culo negro tiene para mí tanto valor como una bolsa de oro. Por los dioses, hasta el olor que despide es pura fragancia capaz de convertir en mierda un pebetero repleto de incienso.

Llamaron a la puerta de la sala y un esclavo dio paso a Crátero.

—Crátero, por todos los dioses, te estás perdiendo una tarde sensacional. Tan divertida o más como la que pasé el otro día en el río, viendo a los muchachos bañarse.

El rostro de Crátero no reflejó ningún atisbo de buen humor. Cara Pescao notó en su corazón la preocupación de su fiel sirviente griego.

—Por Mercurio, Crátero, no me traigas malas noticias. ¿Qué ha pasado?

—Señor, Ulpio Longino ha llegado muerto a Roma.

—¿Asesinado?

—Puede ser, pero nadie lo asegura.

Los reunidos se miraron absortos, perplejos.

—Por todos los dioses, ¿qué más sabes, Crátero?

—Que un senador de Itálica, el esposo de Gala, Casio Iunius, ha denunciado el hecho en el Senado de Roma acusando a Tito Annio Vero de alta traición y complot contra el emperador.

El Zurdo y el Cuervo coincidieron en sus miradas y ambos pensaron lo mismo:

—Gala debe de saber de este asunto mucho más que todos los que aquí estamos…

—¡¡¡Por Júpiter, Crátero!!! —gritó Cara Pescao—. ¿No te insinuó nada en Roma Claudio Luparius?

—Lo que me dijo en Roma se lo dije: que tuviéramos los oídos abiertos en Córdoba y que fuéramos vigilantes con la alcoba de Trajano…

Era la primera vez que el Zurdo oía aquello. Y sin saber muy bien por qué razón, se le quedó dando vueltas en la cabeza aquel enigmático mensaje de Luparius: «La alcoba de Trajano, la alcoba de Trajano, la alcoba…».

## Una runión política (y 2)

El silencio se comió, como un león a una gacela, la alegría de aquella reunión política donde todo el sistema clientelar de Cara Pescao diseñaba los primeros pasos de la irrupción del Pyrgos en política. Nadie se atrevía a hablar, y en algunos labios murieron los intentos de realizar preguntas sin respuestas o con unas muy difíciles. El Zurdo observó la preocupación de Cara Pescao y rompió el silencio.

—Patrón, si ha muerto, como dice Crátero, ha sido lejos de Itálica y de Híspalis. Y nuestro compromiso nos llevaba a protegerlo en Itálica e Híspalis. Profesionalmente, eso no nos debe preocupar.

—Eso es cierto. Absolutamente cierto. Y no sabemos en qué circunstancias ha muerto. Si fue asesinado o se lo llevó un demonio —contestó el mercader tratando de autoconvencerse.

Scaeva se levantó y fue a servirse una buena copa de vino. Nunca supo disimular muy bien sus emociones y era evidente que algo lo preocupaba, pese a haberle quitado importancia al asunto para rebajar la angustia del mercader.

—¿Y a ti qué te ocurre, Zurdo?

—Nada, nada importante.

—Dímelo, por todos los dioses. Te conozco mejor que tú las curvas de las nalgas de Asinus. Habla.

—Pienso, patrón, que nos han engañado como a niños.

—¿Quién? ¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, Zurdo?

—Los conjurados, patrón. Los conjurados nos han engañado como a niños…

Expectante y dando muestras de cierta ansiedad, cara Pescao prosiguió.

—¿Cómo, cuándo, dónde nos han engañados esos hijos de puta?

—Atended todos —dijo Scaeva. Y todos atendieron como si el veterano gladiador fuera un general en el día de la batalla.

—En Itálica se representaron dos obras. —Se miraron todos sorprendidos—. Sí, dos obras —continuó Scaeva—. Una, *Las troyanas;* la otra, una farsa de los conjurados. Nunca pensaron asesinar a Longino en Híspalis o en Itálica, y lo que sucedió en el teatro fue tan solo una cortina de humo, un anzuelo para que picáramos como finalmente picamos.

Cara Pescao mandó silencio porque los allí reunidos habían comenzado a cavilar en voz alta.

—Sigue, Scaeva.

—No cabe en ninguna cabeza razonable que un pobre diablo como el actor al que contrataron para asesinar a Longino fuera de verdad la mano ejecutora de este magnicidio. Lo pusieron ahí para interpretar ese papel, pero los conjurados sabían que aquel pobre diablo no iba a matar a nadie.

—En cambio lo mataron a él —dijo Pyrgos.

—Efectivamente, poeta. Porque de no hacerlo nos lo hubiera contado absolutamente todo, y matarlo le dio más veracidad aún a la farsa. A ese actor lo engañaron como a nosotros, porque el objetivo era matar a Longino en el barco o en Roma.

Cara Pescao se pellizcaba la cara y fruncía los labios, regordetes, lo que indicaba que pensaba y pensaba bien. Intervino el mercader:

—¿Y para qué montar todo ese lío para no matarlo?

—Para que la conjura se diera por finiquitada y poder actuar más profesionalmente en el barco de regreso a Roma. Nos han engañado, amigos. Pero afortunadamente no ha muerto bajo nuestra protección.

Se miraron todos y el mercader sentenció:

—Es una razonable y lógica explicación. Muy útil en las batallas, donde al enemigo se le suele intentar engañar con una estrategia para ganar su confianza y atacarle por el flanco que menos esperan. ¿Es eso, Scaeva?

—Eso mismo es, patrón.

Cara Pescao se levantó del triclinio y fue a saludar a la enorme estatua de Mercurio que tenía en la sala.

—¡¡¡Gracias, Mercurio, por haber llevado lejos de nosotros un crimen tan horrendo!!!

Lugo se volvió a los suyos y le preguntó al poeta:

—El alcance de la denuncia del senador Casius Iunius es el esperado en estos casos, ¿verdad?

—Sin duda, señor. Tito Annio Vero es hombre muerto. Se abrirá las venas en una bañera con agua tibia para salvar lo que pueda salvar del honor de su familia, del patrimonio de esta y algunas que otras cabezas de conjurados…

Volvió a hablar Cara Pescao.

—Eso significa que, en Córdoba, los Annio Vero y sus colaboradores van a pasar días muy angustiosos. Saberlo es interesante… Cuando se vigila la vida, se desatienden los negocios…

Terció el Zurdo:

—Perdone, patrón. Yo tengo un negocio pendiente desde hace muchos años…

—¿En Córdoba? Me inquietas Zurdo.

—En Córdoba no. Mucho más cerca. En Orippo…

Cara Pescao se puso ojiplático y dejó que continuara hablando Scaeva.

—Yo estoy más interesado en saber si usted, patrón, cree que ha llegado ya el día y la hora en que pueda ajustar cuentas en Orippo. Recuerde: el usurero que compró al actor de *Las troyanas* para engañarnos es el mismo que engañó, estafó, arruinó, humilló e indujo a quitarse la vida a mi padre, arrebatándole lo poco que le quedaba, incluida mi hermana Clelia. Desde hace años espero este día. No crea que el paso del tiempo ha cerrado esa cicatriz, me ha seguido doliendo como solo duelen las cosas importantes que no se deben dejar de hacer en la vida.

Cara Pescao lo miró a los ojos y le dijo con absoluta frialdad:

—Ve a Orippo. El león se ha convertido en gatito. Ya no tiene patrones que lo protejan. Ve a Orippo y que ese usurero duerma pronto en el infierno…

Scaeva se levantó presto. Fue a salir, pero antes de abandonar la estancia se detuvo, y, como el que ha descubierto la salida del laberinto del Minotauro, les dijo a los reunidos:

—Una cosa más: el estúpido actor al que mataron en el teatro de Itálica, en su agonía, con una flecha que le atravesaba la garganta, balbucía un sonido ininteligible: «Po, po, po». ¿Sabéis qué trataba de decirnos?

Nadie supo qué decir. Se miraron como bobos. En cambio, a Cara Pescao se le iluminó el rostro con esa luz invisible que encienden los

hallazgos más ocultos:

—Orippo… Trataba de indicarnos que el traidor era de Orippo…

Scaeva lanzó una sonrisa que aplaudía la astucia de su patrón a la par que movía afirmativamente la cabeza.

—Para allá me dirijo, a cobrar lo que me deben…

## UN SUEÑO

El Zurdo quiso dormir aquella noche en Híspalis. Le apetecía un tajo de soledad, de aislamiento, abandonar su cabeza en lejanos recuerdos, rememorar nombres que alguna vez fueron una presencia viva en su existencia y que ahora, con el paso de los años, parecían espectros, fantasmas vagando en la niebla de una memoria desconchada por el tiempo. Y recordó a Tercio. «¿Dónde estará Tercio? ¿Qué habrá sido de mi mejor compañero de armas en la Dacia?». Aquella noche no cenó, pero bebió, quizá demasiado, y se durmió pronto, con la botella en la mano. La noche en Híspalis era apacible, clara, tibia, aunque, sin duda, le faltaba alguien a su lado. Alguien que no habría distorsionado sus ganas de aislarse y pensar en tiempos pasados. Arusa… Los ataques de nostalgia se llevan bien a solas, pero si se comparten con alguien muy querido pueden incluso ser tan dulces como aquel vino que lo estaba dejando muy cerca de las manos de Morfeo.

Durmió profundamente, y en tan hondo descanso su mente comenzó a fabricar sueños. Soñó con Tercio y con aquella jornada en el bosque de Sarmizegetusa rebanando cuellos de dacios moribundos, y la irrupción, desde el bosque, de un Trajano invicto y omnipotente, montado en su caballo y hablando con él. Pero el rostro de Trajano que veía en sueños no tenía nada que ver con el que lució aquel día, tan pleno y risueño. Por el contrario, veía a Trajano desencajado, sufriente, con los ojos enrojecidos por el llanto y el rostro embotado por el vino. No era un emperador, más bien parecía uno de aquellos judíos que se empolvaban la cara con cenizas y se golpeaban el pecho para expresar un dolor insufrible por la pérdida de un ser querido. Y, tras esa imagen, una palabra resonaba en su sueño: «la alcoba, la alcoba, la alcoba de Trajano». Las mismas palabras que, horas antes, Crátero había pronunciado en casa de Cara Pescao como advertencia que, desde Roma, le enviaba el gran patrón Luparius. «La alcoba, la alcoba, la alcoba de Trajano…».

Antes de que amaneciera, la pesadilla despertó al Zurdo. Estaba inquieto y desasosegado. No comprendía bien lo que los dioses le acababan de decir a través de aquel sueño. Se echó por encima una

piel de oveja y salió para que la fría brisa de la última hora de la noche le despejara la mente. «La alcoba, la alcoba, la alcoba…». ¿Qué significaba aquello, por Salambó? Sin poder dominar la velocidad de sus pensamientos, cayó en la cuenta de que los dos jóvenes aspirantes al trono del emperador, Ulpio Longino y Tito Annio Vero, estaban marcados por la muerte. Como si alguien hubiera dibujado aquella estrategia a la luz de una perfecta hoja de cálculo político, el camino estaba libre para que Adriano, si algo le pasara al emperador en Partia, fuera su sustituto, y un fogonazo de lucidez lo llevó a pensar que no solo ellos habían sido víctimas de una teatral farsa en Itálica. Era muy probable que también los conjurados cordobeses hubiesen sido manipulados y utilizados para redondear una brillante operación de limpieza que dejara libre el camino a los incondicionales del joven Adriano.

—Por todos los dioses, qué necios hemos sido —dijo el Zurdo mirando las estrellas de Orión.

Le dio un puntapié a un gato que se le aproximó maullando y entró nuevamente en casa sin que en su cabeza cesara el martilleo de aquella letanía que había llegado desde Roma sin mucho sentido: «La alcoba, la alcoba, la alcoba…». Pero ¿por qué eliminar a dos jóvenes aspirantes al trono para que prosperara la posición de Adriano? ¿Qué sentido tenía todo aquello? Y nuevamente, como un tambor que dirige el ritmo de boga de una nave, volvió a resonar en su cabeza la frase maldita: «La alcoba, la alcoba, la alcoba de Trajano…».

# CAPÍTULO XIII

# ¡¡OH, VENUS ALABADA, CURARSE QUIERE ESTE DESDICHADO!!

*Híspalis*
*Junio del 113 d. C.*

## LAS PAREDES CON TU NOMBRE

—Todos conocéis la ley electoral. ¿O me equivoco? —preguntó Cara Pescao a los reunidos en su casa para concretar la campaña de propaganda política que llevara a Marco Antonio Pyrgos a desempeñar una magistratura. Menos el Zurdo, estaban todos.

—¿Por qué no ha venido el Zurdo? —preguntó Marco Antonio.

—Ha ido hasta Orippo en viaje de placer… —contestó Cara Pescao de forma irónica—. Pero no me preocupa su ausencia. Su tarea, por ahora, es llenar las paredes de Híspalis con el nombre y las bondades cívicas de Marco Antonio Pyrgos.

El poeta intervino:

—Y lo ha conseguido. No dejo de sentir cierto pudor al ver todas las paredes de Híspalis con mi nombre.

—¿Acaso prefieres seguir en el anonimato, escribiendo poemas para los aristócratas para que luego te den un puntapié cuando hayas llegado al punto final?

Africano y el Cuervo sonrieron. Cara Pescao prosiguió:

—Eres muy inteligente, Marco Antonio, y no creo que deba hacerte un resumen de la situación. Pero lo voy a hacer para aclarar mi obtusa cabeza. Esas paredes gritan tu nombre porque una familia aristócrata de Itálica, la de Casio Iunius, te apoya desde Roma; también desde Roma tenemos la cobertura de uno de los hombres más ricos de la Bética, mi patrón Claudio Luparius; la extensa, diversa y ramificada red de clientes que tengo en Híspalis también están a tu favor, y las muchas amistades del Zurdo, de Africano y del Cuervo suman suficientes votos como para que, en este momento, celebres ya tu triunfo político. Todos te votarán porque todos saben que tú vas a defender sus intereses, les vas a proporcionar juegos y comidas, vas a pagar de tu dinero (del mío y del de los patrones, quiero decir) templos relucientes, mejoras en el anfiteatro, unas nuevas termas

públicas, un parque con árboles persas como los de mi jardín y vas a llenarles el camino al circo con estatuas de los aurigas más aclamados por el pueblo.

—También me gustaría seguir aquella iniciativa del gran Octaviano… —comentó Pyrgos.

—¿A cuál de ellas te refieres? —preguntó Cara Pescao.

—A la de fundar escuelas públicas para niños de la calle.

Cara Pescao, por un momento, pensó que Pyrgos era un puto tonto. ¿Por qué gastarse el dinero con niños que no le importaban a nadie y ninguna ganancia iban a reportar? Pero inmediatamente tuvo una de sus luminosas ideas.

—Claro, claro, claro. Por todos los dioses, Marco Antonio. Realmente la inocencia, cuando se encuentra con la inteligencia, pare negocios redondos. Cuando terminemos esta reunión iré a casa de Fabia Hadrianilla. Ella siempre se preocupó mucho por los niños de la calle. Y, de hecho, sigue preocupada.

—Cierto. El pasado 25 de abril fue la fiesta de su cumpleaños, y siempre les da a las niñas más necesitadas cuarenta sestercios de ayuda. El día uno de mayo acostumbra a dar treinta a los niños. Esos actos le proporcionan un gran prestigio a su familia —aclaró Pyrgos.

—Y a nosotros también nos lo dará, porque hablaré con ella para indicarle que los niños y niñas que ella premia anualmente también irán a la escuela que Marco Antonio Pyrgos les construirá —sonrió con malicia el mercader.

—Magnífica idea patrón —dijo Africano.

—No, no, no. La buena idea no es esa. La buena idea es que una familia aristócrata más, con un amplio prestigio aquí y en Roma, también apoyará la carrera política de Marco Antonio Pyrgos.

El Cuervo rio con maldad al comprobar como aquel liberto de los demonios convertía la necesidad en virtud. Cara Pescao, absolutamente feliz, volvió a preguntar:

—Todos conocéis la ley electoral. ¿O me equivoco?

El poeta entendió esta vez lo que le reclamaba Cara Pescao y pasó a explicar algunas cosas para que Africano y el Cuervo las tuvieran presentes:

—En dos años previos a la presentación de mi magistratura no he podido dar banquetes públicos ni dinero a los votantes; si se me antoja invitar a comer en mi mesa no deben pasar de nueve las personas invitadas; está prohibido comprar el voto a través de regalos; como candidato, no puedo pedir el voto, pero sí mis amigos y familiares; cuanto mayor sea la clientela que me apoya, más segura será mi elección; he de repasarme la carta que sobre temas electorales le

escribió Cicerón a su hermano, porque resulta de gran ayuda en estos asuntos. Y debo insistir en que las pinturas que ponderen mi nombre no se hagan ni en templos ni en edificios públicos. Solo en las casas privadas y bajo la fórmula clásica.

—¿Qué fórmula es esa? —preguntó el Cuervo.

—La clásica, Cuervo. Nombre del candidato con un adjetivo laudatorio, firma del solicitante y, a continuación, la solicitud formal «os ruego deis el voto a…», seguido del nombre de la persona que pide el voto.

Cara Pescao le guiñó un ojo lleno de complicidad al poeta, que dio por terminada su información. Intervino el mercader:

—Debemos tratar de propagar las grandes virtudes cívicas de Pyrgos. Es un poeta, un hombre sensible, cercano a la gente, con capacidad de ver las cosas bellas de la vida y de reflexionar sobre sus peores reveses. Es un hombre que sufre igual que ellos y que sabe lo que es el dolor de perder a un hijo y a su amada esposa. Y, sobre todo, es un tipo honesto. Yo diría que aburridamente honesto…

Rieron todos menos el poeta, que no captó la intención del chiste. Cara Pescao prosiguió:

—Un hombre honesto y sensible con las desgracias y las alegrías del pueblo, y con la de sus hijos más abandonados, con los niños de la calle. Todo eso, para un edil, es un gran e ímprobo trabajo, porque tendrá que construir muchas cosas, y construyendo mucho se gana mucho. —Sonrió y levantó su copa.

—Brindemos por Pyrgos, nuestro futuro edil —dijo Africano.

—Brindemos por el mejor edil que tendrá Híspalis en mucho tiempo, y el primero que hará un castillo del agua[22] monumental para abastecer sin complicaciones a las grandes *domus* cercanas a la puerta de levante.

—Te refieres a esta zona, ¿verdad patrón? —le comentó con sorna el Cuervo…

Cara Pescao comenzó a reír a grandes carcajadas y le dijo a Pyrgos:

—La política es mucho más grosera que la poesía. Pero créeme: hace muy felices a los que la hacen…

## En Orippo (1)

A babor y a estribor del barco que lo llevaba hacia Orippo los peces hambrientos dibujaban círculos concéntricos en el agua, disputándose la casquería que soltaba un niño para entretenerse. El Zurdo había clavado los ojos en aquella imagen mientras acariciaba,

instintivamente, el amuleto que le colgaba del cuello, aquella concha de un viejo altar turdetano. Escondido entre el cinturón llevaba el cuchillo ibérico con el que rebanó tantos cuellos dacios en la ya lejana campaña de Trajano, un regalo paterno para que honrara la memoria de un viejo y desaparecido pueblo del que descendía y que en menos de doscientos años se había tragado el águila imperial romana. También llevaba un cántaro de una deliciosa y dulce miel de romero. Faltaban pocas jornadas para el solsticio de verano, y el día en que se decidió a visitar a Arusa en su tienda de especias y perfumes, le había pedido una cita en un trozo de papiro. La vería el día del solsticio, durante las fiestas de la mañana o de la noche, cuando mejor le viniera, con la promesa de que le tendría preparado un hermoso poema.

—Oh, Venus alabada, curarse quiere este desdichado/ ingenuo, ignorante, ajeno al amor puro…

Desde que se lo entregó Pyrgos días atrás no hacía otra cosa que memorizarlo, ya que su capacidad de lectura no era muy ágil. Pyrgos le dijo que eran unos hexámetros especiales. No lo había escrito el poeta, sino una joven poetisa llamada Stella, hija de una familia aristócrata hispalense, que había estudiado en Roma y conocía los clásicos y leía con soltura el griego. El Zurdo creyó entender que Marco Antonio estaba enamorado, en silencio, sin que la chica lo supiera, de aquella poetisa que tan bien sabía expresar los males y dolores que acarreaba ser asaeteado por las flechas de puntas de oro de Cupido.

—¡Construye en mí la esperanza, bendígame tu fértil mano!/Habite en mis alas de paloma, espinas de tus rosas…

Y así llegó, una hora más tarde, al embarcadero de Orippo, repasando mentalmente, una y otra vez, aquellos versos con los que pensaba seducir y consumar su inflamable amor por Arusa. Unas bellas palabras tenían más poder que cualquier pócima de amor de las que solían preparar las brujas, e incluso la misma persuasión que unas plegarias a Venus, a Cupido, a Psique o a Ninfea. El Zurdo puso los pies en tierras de Orippo y secó de su mente el surtidor amable de los versos de amor para ocuparla en un solo objetivo: llegar a casa del usurero y recordarle una vieja cuenta pendiente. Antes debía encontrar un sitio adecuado donde dejar la tinajilla con miel de romero, el regalo más dulce que podría esperarse de un hombre profundamente enamorado…

## En Orippo (2)

—¡¡¡Por tu Fortuna y tus Genios!!! Salve, Scaeva. Hacía mucho tiempo que no nos veíamos.

—Salve, Demetrio. En cambio, yo hace poco más de un mes que te vi en Itálica —le respondió el Zurdo al usurero de Orippo, que atendía al nombre de Demetrio. Su casa respiraba ese aire inasible y desmayado que embarga los espacios cuyo dueño se va y que se cerrarán *sine die*…

—Ah, sí, aquel día de Itálica —dijo el usurero absolutamente derrotado.

—Aquel día de Itálica en que nos tendiste una trampa de hombres para que picáramos como niños. Desde entonces han cambiado las cosas, ¿verdad, Demetrio?

El usurero no habló. Lo miró y se tendió en el suelo para abrazarle las rodillas en señal de sumisión. El Zurdo lo esquivó apartándose con cierta repugnancia.

—Te pido perdón, te ruego que no me hagas daño. Déjame ir.

Scaeva se sintió dueño absoluto del destino de aquel hombre y eso le hizo pensar en lo inalcanzables que son los dioses que juegan con las vidas de los hombres, llevándolos de un lugar a otro, de la vida a la muerte, del amor al odio, de la serenidad a la locura. Sentirse como un dios debía de ser algo tan sobrenatural que los hombres solo podían intuir algo de ese poder en situaciones como la que estaba viviendo en esos momentos.

—No he venido hasta Orippo para escuchar a un hombre que quiere correr más que su destino. Yo creo que puedes burlar a tu destino. Sé que en Córdoba va a comenzar a correr la sangre de los Annio Vero. —Scaeva miró a su alrededor y vio como los esclavos llenaban arcas y baúles con urgencia y encordaban fardos con pertenencias imprescindibles del usurero. Sin apenas fuerzas para hablar, totalmente dominado por el pánico, Demetrio, el usurero de Orippo, le preguntó a Scaeva:

—Entonces, ¿a qué has venido?

El Zurdo lo miró con dureza para que sintiera la vulnerabilidad del momento, dejando claro quién mandaba en aquella situación.

—He venido a hacer negocios contigo. Hace tiempo que lo hicimos. Entonces estabas tú en una situación muy ventajosa. La Fortuna te ha dado la espalda y ahora me mira a mí con sus dulces y seductores ojos. Demetrio, yo soy ahora el hombre fuerte, y quiero negociar contigo.

—Negociaré lo que tú quieras. Habla.

—Veo que te vas con urgencia hoy mismo. Ya te habrán dicho desde Córdoba o desde Híspalis que resulta muy aconsejable para la

salud de tu cuello que abandones la Bética y marches a África. O al norte. Como quieras. Como te apetezca. Yo estoy en condiciones de darte esa cobertura, de proteger tu retirada.

—¿A cambio de qué, Zurdo?

—De que me entregues todas las propiedades de las granjas que rodeaban a la de mi padre y que te apropiaste como el usurero que eres.

—Era solo negocio…

—Esto también es solo negocio, Demetrio. Quiero todas esas granjas y esta hermosa casa de Orippo. Dame la propiedad y te dejaré marchar. Yo mismo protegeré tu retirada.

—Pero me parece excesivo el precio, abusas de mi situación de debilidad…

El Zurdo lo miró de arriba abajo y escupió sobre sus sandalias.

—¿Acaso no ha sido ese tu sistema de vida? ¿Acaso no fue siempre tu abuso sobre el débil el que te llevó a amasar la fortuna de oro y plata que ahora te llevas guardada en esos arcones? No seas miserable y defiende tu vida con lo único que puedes defenderla: con ese dinero tan suciamente obtenido. ¿O prefieres la muerte?

—Ya casi me matas con lo que me ofreces...

Scaeva dio media vuelta, buscó la puerta de salida, accedió por ella al *atrium* y le dijo:

—Sea como quieres. Que tengas una muerte rápida y dulce. Eres tan nauseabundo que antepones tu riqueza a la vida. ¡¡¡Sin vida no hay nada, asno!!!

El usurero le chilló:

—¡¡No te vayas, no te vayas aún. Bebamos y discutamos!!

—Ni bebo ni discuto. Mi oferta es esa. No tengo nada más que decirte —hizo una teatral interrupción de su diálogo para redondear su amenaza—: Te doy un consejo: que suene el látigo sobre las espaldas de tus esclavos, porque no tienes mucho tiempo. Estoy seguro de que los Ulpio de Itálica ya han salido a buscarte…

Demetrio, el usurero, echó a correr para evitar que Scaeva se fuera. Se puso delante de las grandes puertas de entrada a su casa.

—Está bien, Zurdo. Te doy lo que me pides. Ven a mi escritorio y te firmo la cesión de las granjas y la de esta casa. Todo será tuyo. Y luego…

—¿Y luego? No te dejaré solo. En el embarcadero tengo preparado un barco que te llevará hasta Gades, y allí haz lo que tengas que hacer.

—Nunca me han tenido como tú, entre el altar y la piedra, entre la espada y la pared…

—Siempre hay una primera vez, y sales de ella con vida y dinero. Eres un hombre afortunado.

—Si tú lo dices…

—Antes de embarcar, Demetrio, quiero llevarte a un lugar cercano al puerto de Orippo, un olivar donde he dejado un dulce regalo para tu viaje.

—Gracias, Zurdo. Te estaré agradecido siempre.

—Quiero que lo disfrutes en toda su intensidad. Di a tus esclavos que nos lleven en la litera, y que dos escoltas personales te guarden. Y empieza a saborear el futuro; otros en Córdoba no tendrán tu suerte.

Demetrio mandó preparar dos literas y se llevó a dos escoltas consigo. Dio órdenes de no dejar de embarcar bártulos para zarpar lo antes posible. Las dos literas abandonaron la casa sin que Demetrio dejara de sentir en su corazón un pellizco de inusitada fuerza, casi como el que sienten los soldados cuando ven caído a su general y se emprende una fuga incierta y desesperada ante una derrota previsible…

## En Orippo (y 3)

—¡¡¡Alto!!! —gritó Scaeva—. Es aquí. Puedes bajar, Demetrio.

El usurero bajó de su litera escoltado por sus dos matones.

—No pretenderás que coja aceitunas… —le dijo con cierto gracejo el confiado Demetrio.

—Jajajajajajaja. No, Demetrio. Tú serías incapaz de llenar un zurrón de aceitunas. Ya no estás para esos esfuerzos. Te he traído hasta este olivar porque aquí está tu regalo. Mira hacia el sur. ¿No ves un robusto olivo con una tinajilla en su pie?

—Lo veo. Perfectamente.

—Pues ese es tu regalo, para que tu viaje sea infinitamente dulce.

Scaeva hizo un rápido movimiento neutralizando a un escolta y, agarrándolo del cuello, lo redujo con su cuchillo ibérico. Luego les habló a los escoltas y a los esclavos:

—Tenéis dos caminos para elegir vuestro destino. Elegid bien, porque ninguno sois Jano bifronte. Esos caminos pasan por seguir siendo leales a vuestro patrón o dejarlo como él os habría dejado a vosotros sin mayores remordimientos.

El usurero empezó a correr por el olivar. Desesperadamente. Patéticamente. Cayéndose y levantándose. Con los ojos desencajados. Babeando agónicamente y tiritando de miedo. Scaeva dijo:

—Marchar con él os garantiza la muerte; dejarlo en mis manos

asegura la libertad y un buen puñado de sestercios para celebrar el solsticio de verano. ¿Quién será el primero en ir a por él para traérmelo aquí?

Los dos esclavos salieron corriendo para atraparlo, y un escolta le dijo al otro:

—Esta situación adelanta nuestro plan, así que vamos a por ese hijo de puta.

Dos horas después, Demetrio, el usurero de Orippo, estaba atado y amordazado a un olivo. Su cuerpo, desnudo, enmelado con la rica miel de romero. El cuchillo ibérico de Scaeva le había sacado varias lascas de carne, por donde manaba sangre. Las hormigas comenzaban a subirle por los pies. En menos de media hora, miles de ellas lo cubrirían para devorarlo poco a poco, si es que la sangre que manaba de sus heridas no llamaba a voces a algún lobo o zorro hambriento. Scaeva apuró el tiempo, saboreando una venganza que llevaba esperando muchos años. Demetrio lo insultaba, lo ofendía y, al mismo tiempo, le imploraba por su vida. El Zurdo volvió a sentirse como un dios, con ese derecho abominable que emborracha la capacidad de hacer justicia y que te empuja a jugar con la vida y la muerte de los hombres.

—Me puedes insultar lo que quieras, Demetrio. Pero en cada grito de tu desesperación escucho la alegría de mi padre, de quien te burlaste, a quien engañaste, a quien estafaste y a quien le quitaste lo único que tenía: la vida y a su pequeña hijita, Clelia, mi hermana. Estoy convencido de que los dioses hoy celebrarán en el cielo tu muerte como un acto de estricta justicia y reposición del honor que también manchaste enviándonos al fango y al arroyo.

—¡¡¡Eres un maldito perro, Scaeva!!!

—Lo soy. Y espero que otros perros con los dientes más afilados que los míos vengan pronto a saborear tu dulce carne.

Scaeva se agachó, cogió un puñado de tierra en la mano y fue dejándola caer lentamente.

—Pronto serás como esta tierra que cae de mi mano, y esta noche sabrás la diferencia que hay entre el río Betis y la laguna Estigia. Buen viaje, Demetrio. Que los demonios que embrujaron la vida de tantos para que tú tuvieras mucho sean hoy los que te atormenten en el inframundo, donde ya no tendrás nada. Solo miedo y terror…

Abandonó el olivar acompañado por un estado de serenidad y paz del que no había gozado desde que era niño y su padre le contaba historias hermosas de aquel pueblo vencido que les dio su sangre y orgullo. Se sentía tan ligero, tan libre y tan feliz, que, sin quererlo, mientras se dirigía al embarcadero para buscar el barco para Híspalis,

recitaba con el corazón más grande que nunca:

—Si cambiar hubiera, notoriedad de combates y luchas/por saber qué siento, por descifrar esta arcana amargura./Oh, deidad loada, ilumina el camino hasta mi hebrea…

*Fiesta del solsticio de verano, Híspalis, 23 de junio*

## UN POEMA DE AMOR

El día con más horas de luz del año se bendijo y santificó en todos los rincones del mundo, ya fuera en oriente u occidente, al norte o al sur. La tradición del culto solar se encuentra entre los primeros anhelos del hombre por encomendarse a la protección de un ser supremo que aliviara y justificara su infinita vulnerabilidad. El padre Sol, el fuego de los dioses, proporcionaba calor y estímulo suficiente para que la madre Tierra fecundara en su seno las cosechas más abundantes y los ciclos agrícolas se cumplieran. En Roma el día más largo del año se celebraba con fuego y agua. Desde primeras horas de la mañana las puertas de las casas se adornaban con guirnaldas de flores y en las plazas públicas se leían composiciones poéticas en honor de Helios y Jano. Jano, el dios bifronte, el dios que miraba al pasado y al futuro, lo era también de los cambios, de los inicios, de los finales y de las puertas. Jano estaba al principio y al final de todo, y si el solsticio de invierno se consideraba la puerta de los dioses, la del solsticio de verano era la puerta de los hombres. El fuego, como símbolo purificador, era un elemento vital en este día, y para santificar la fiesta era preceptivo mantenerse toda la noche sin dormir, encender velas, lucernas y antorchas para iluminar la oscuridad y prolongar simbólicamente la luz solar. Pero sobre todo era costumbre encender fogatas en las plazas y en las calles para potenciar la fuerza del sol y que las cosechas fueran buenas. Saltarla tres veces, como camino de purificación y para atraer la fortuna era un ritual seguido por todos, desde niños a mayores en buena forma física. Los ríos y lagos se poblaban de barcas engalanadas con flores que, generalmente, usaban los enamorados y futuros matrimonios, ya que junio, mes en el que se celebraba el matrimonio entre Júpiter y Juno, se consideraba el mes idóneo para contraer matrimonio e invocar la fecundidad.

—Nunca había visto tantas barcas y tan hermosas en el río —dijo Arusa.

—Quizá sean los ojos con los que las estás viendo hoy —le respondió Scaeva.

—¿Qué insinúas? —respondió la judía con una cálida sonrisa.

—Nada. No insinúo nada. Te lo digo con claridad: hoy ves el río tan hermoso porque tus ojos están hechos para disfrutar de la belleza, y no hay mejor estado de ánimo para contemplar la belleza que estar enamorada.

Arusa hizo un coqueto remilgo, como si no le importara lo que le decía el Zurdo, y encogió los delicados hombros. Luego metió una de las manos en el agua y mojó a su enamorado. Este agradeció tan refrescante regalo en una tarde noche muy calurosa.

—¿Sabes que este mes es el ideal para casarse? —le preguntó Scaeva.

—Cualquier mes es bueno para casarse si estás enamorado.

—Pero este es especial, el recomendado por todos. Me gustaría casarme contigo el año que viene por estas fechas, pero antes tendré que convencerte de algo y a tus padres de que tu casamiento con un romano no tiene por qué ir en contra de vuestra religión.

—No te va a ser fácil lo último, pero me gustaría saber de qué me tienes que convencer.

Scaeva no dijo nada. Creyó que no era el momento adecuado y evitó dar una respuesta.

—¿Te gustaría que saltáramos juntos sobre el fuego esta noche?

—Será divertido. Pero antes dime de qué me tienes que convencer —insistió Arusa.

Scaeva se arrimó a su amada, la estrechó contra sí y le dijo que lo escuchara atentamente, sin interrumpirlo. El Zurdo comenzó a recitar el verso que Stella le había escrito a Pyrgos como un encargo especial para un amigo:

—¡Oh, Venus alabada!, curarse quiere este desdichado
ingenuo, ignorante, ajeno al amor puro.
¡Construye en mí la esperanza, bendígame tu fértil mano!
Habite en mí alas de paloma, espinas de tus rosas.
Si cambiar pudiera, notoriedad de combates y luchas
por saber qué siento, por descifrar esta arcana amargura.
¡Oh, deidad dorada!, ilumina el camino hasta mi hebrea.

Triste lates, corazón aciago, sabido de pena,
ingenuo a la verdad intuida y oquedad de entrañas,
sólido futurible por un fin marcado sueño mudo,
sin saber de tus olas que vienen y no ceden, rezagadas por la luna.
Dolor en el etéreo cuerpo semita que del gozo ahuyenta,
pulcritud del deseo que me impide verte, yacer concluso.
Muerte en el abismo de tu piel sensible, placer lúbrico.

Mente torpe que me vuelve terco, si delata mi apetito
acusando la realidad que soy expuesto ante ti,
irreconocible a los ojos, inerme al sentimiento,
latido de patria, piel henchida en tu boca abierta.
No vive verbo que marque el látigo de tu pardo cuerpo
ni ocaso existe perfilando el latido de mi vientre,
obstinado pensamiento insano, enloquecida lucha.
Quisiera dejarme morir, como sutil beso de tu boca.

Arusa se estremeció, lo miró a los ojos y vio en ellos lo que solo el amor es capaz de ver más allá de los límites del tiempo. En un instante cruzó por su mente yacer con Scaeva en aquella noche ardiente de enamorados y cruzar el fuego de una única hoguera: la de sus dos cuerpos abrazados y abrasados por un amor imposible. Fue a decirle algo al Zurdo, que no dejaba de mirarla también a los ojos, como si esperara una respuesta, pero la judía se la tragó, para hablarle tan solo a su corazón.

—Para qué voy a entregarme si no puedo tenerte…

## SALTANDO SOBRE EL FUEGO

En el foro se habían encendido cuatro grandes hogueras, una en cada esquina, y en el cardo máximo y en el decumano también crepitaban con fuerza las candelas de olivo, encinas y vides que muchachos y muchachas saltaban entre risas e invocaciones a la fortuna. Ya era de noche, pero por Híspalis se escuchaban comentarios del gran día que dio Valentiniano en el anfiteatro.

—Es mejor que el Cuervo y que el Zurdo. Mucho mejor.

—Pero no tiene la técnica de ninguno de los dos.

—¿Y qué importa la técnica si es capaz de abatir a lo que se le ponga por delante?

—Yo creo que tenemos gladiador para tiempo en Híspalis. Es muy joven, aprende en cada combate y tiene una ambición desmedida por llegar a Roma.

—Qué suerte tuvieron nuestros legionarios de no encontrárselo hecho un hombre en las guerras dácicas…

Valentiniano había luchado aquella mañana de fiesta y lo había hecho tan bien, tan sobrado, que cuando acabó con sus dos adversarios pidió a Gala, la aristócrata que pagó aquellos juegos, que lo dejara luchar contra un toro. Hubo problemas de reglamento, porque las cacerías de toros en el anfiteatro estaban fijadas para el 25

y 26 de junio, cuando se celebraban los juegos taurios. Gala creyó oportuno conceder la petición a aquel joven y rubio Apolo dacio, propiedad de su amante Scaeva, que no dejaba de proporcionarle a su fogosa imaginación el ardor suficiente para soñarlo como un bello y adorable enamorado. Gala le dio ese gusto, pero, a su vez, se concedió a sí misma el gusto supremo de romper con las reglas establecidas y soltarle un toro dos días antes de los juegos taurios. Esa determinación dejaría en el pueblo un mensaje claro: la esposa de Casio Iunius pagaba los juegos y ponía las reglas.

Valentiniano acabó también con el toro y todo el anfiteatro vitoreó su nombre. Gala cruzó su mirada con el Cuervo acompañándola de una sonrisa ambigua. Africano no daba crédito a lo que veía y le comentó al doctor de su escuela:

—Es increíble, Cuervo. He tenido buenos gladiadores. Excelentes gladiadores. Pero este es el mismo Marte enfurecido. No pelea. Arrasa. En un año nos lleva a Roma. Esta noche saltaré el fuego invocando a la diosa Fortuna para que haga llegar hasta Roma la fama de Valentiniano.

Africano miró hacia la presidencia y vio que Gala lo invitaba a subir. Llegó presto, como si Helios lo hubiese transportado en su carro, para inclinarse ante la dama de Itálica:

—Señora, aquí me tiene —le dijo mientras inclinaba leve y cortésmente su cabeza.

—Gracias, socio —y cuando dijo esta palabra la bordó con una sonrisa cómplice. Prosiguió—: Ese chico, el esclavo de Scaeva y ahora tu más afamado gladiador, pide más arena. Anfiteatros más colosales.

—También pienso lo mismo, señora.

—Me alegra que coincidamos. ¿Crees que para el año que viene podría pelear en Roma?

—Seguro. Pero antes quiero que pelee en Córdoba, Écija, Mérida, Évora, Tarragona y alguna gran ciudad del norte de África. Creo que con esa experiencia garantizaremos no solo una buena pelea en Roma, sino también la integridad de nuestro negocio. El chico tendrá suficientes horas de combate para que no lo aniquile cualquiera.

—Tus palabras rebosan inteligencia. Solo los tontos exponen al peligro sus mejores tesoros. Voy a escribir a mi esposo y le pediré que empiece a mover el nombre de Valentiniano. Te aseguro que el año que viene lo veremos pelear en el Coliseo.

—Gracias, señora. Eso allanará el camino.

—Por supuesto. El trabajo de Casio Iunius en Roma siempre es beneficioso para Híspalis, y antes de que pelee en Roma, mi casa, costeará otros juegos para celebrar la victoria política de Marco

Antonio Pyrgos. Con Valentiniano en la arena, por supuesto. El viento sopla impulsando las velas de nuestros negocios comunes, apreciado socio.

—Se lo transmitiré al patrón. Se tirará al río de alegría —dijo el lanista riéndose y viendo como la aristócrata esbozaba una suave y cortés sonrisa ante su ocurrencia. Después le dijo—: Lanista, dile al doctor que lo espero en Itálica. Quiero entregarle una réplica de mi carta para que tengáis constancia de lo que le pido a Roma. Lo espero sin demora. Que los dioses te protejan y que en el día de la boda de Júpiter y Juno tengas el lugar que te mereces en su banquete.

—Gracias, señora. Iguales deseos para usted.

Híspalis, bajo el influjo de los fuegos controlados de la fiesta, parecía una ciudad en llamas vista desde cualquiera de las vías que salían de las puertas de sus murallas. Las plazas y sus calles rebosaban alegría, y la noche se prolongaba en un extenuante esfuerzo donde el vino, la comida y el sexo más salvaje de los lupanares del puerto coronaban una noche inolvidable de solsticio de verano. En una de las mejores celdas de la escuela de gladiadores, un joven dacio, triunfante, pletórico, soberbio e hinchado como el buche de un palomo oraba ante una figurita de madera toscamente tallada y que no representaba a ninguna deidad que fuera familiar en el Imperio. Quizá era el dios de los dacios. Un dios abatido y vencido como su pueblo. Quizá. Valentiniano alzó la vista al techo de su celda, austeramente iluminada para no cumplimentar la liturgia de la noche de fiesta romana, con las dos manos abiertas, donde había colocado los aretes y brazaletes de oro de su padre, a los que embriagó con la sangre de los gladiadores romanos muertos por su espada en la mañana. En una lengua extraña invocó a algo o a alguien, y su grito desgarrado se perdió, como risas en un cementerio, en la fantasmagórica noche incendiada del solsticio de verano. Nadie se enteró de nada, pero si el griterío de la ciudad se hubiera apagado en ese mismo instante tampoco nadie habría entendido lo que el joven gladiador dacio decía. Sonaba como un desgarro, como un grito de venganza, como el aullido de un lobo que es incapaz de saciar su deseo de muerte por más muerte que propague. Solo un dacio como él sabía lo que había gritado para honrar la memoria de su padre:

—¡¡¡Juro por la sangre derramada de mi padre que la vengaré con odio, ira y fuego. Odio eterno a Roma. Odio eterno a Trajano!!!

## CERRANDO APOYOS

La fuente del jardín de Fabia Hadrianilla estaba bañada por el sol, que multiplicaba en el agua los colores de sus peces exóticos. Cara Pescao esperaba en el jardín a la aristócrata para exponer su plan de asistencia social y educacional a los niños de la calle, una de las propuestas más novedosas y cívicas con la que la magistratura de Marco Antonio Pyrgos iba a sorprender a sus electores. El liberto jugaba con los peces y gustaba de acariciarlos suavemente entre las manos, imitando con su boca la de aquellos fuera del agua. Le provocaba risa. Era una de sus simplezas más divertidas. Entró Fabia en el jardín sin saludarlo, pero con un magnífico talante mientras le explicaba al liberto:

—Son realmente adorables, y veo en ellos a Venus y Cupido transformados en peces para escapar del monstruoso gigante Tifón. Ya sabes, estimado vecino, que Venus y Cupido se amarraron por una cuerda para no perderse en la turbulencia de las aguas y que así, unidos por una cuerda, se reflejaron en el cielo y hoy forman la constelación de Piscis.

—Hermosa e inteligente vecina, no tenía ni idea de lo que me cuentas, pero a partir de ahora, en las noches claras del verano, miraré esas estrellas en tu honor y reproduciré mentalmente tus palabras. Porque para las palabras sabias siempre hay un sitio en mi dura cabeza. ¡Salve, Fabia!

Ambos se sentaron bajo una pérgola cubierta de frondosas hojas verdes y como era aún temprano prefirieron no beber vino. Fabia lo invitó a frutas frescas y a agua.

—Disculpa el sabor del agua, vecino. No llega a esta parte de Híspalis con la calidad que necesitamos.

Cara Pescao vio el flanco abierto para entrar por ahí y ganar la batalla que lo había llevado hasta la casa de una aristócrata del abolengo de Fabia.

—Mi agua tampoco es de buena calidad, señora. Somos vecinos y compartimos la misma distribución, y pese a que esta zona es una de las mejores de Híspalis, realmente no está bien abastecida de agua, y esa es una de las cosas de las que quiero hablarle.

Fabia puso cara de extrañeza. Aquel mercader astuto quería hablarle de agua, de agua de calidad para abastecer uno de los barrios más distinguidos de Híspalis. Con serenidad y elegancia, Fabia le respondió:

—Creía que venías a hablarme del interés de Pyrgos por los niños de la calle.

—A eso he venido, señora. A eso y a explicarle el programa de nuestro prometedor edil, que también contempla un amplio margen

de mejoras de infraestructuras y enlosado de calles y foro.

—Por Hércules, tenemos en Híspalis a un seguidor de Augusto —dijo con templada sorna la aristócrata.

—Augusto es inalcanzable, señora. Un dios. Pero muchas de sus iniciativas están ahí para seguir el gran ejemplo que nos dio embelleciendo Roma.

—Nuestro Trajano ha promovido una reforma urbanística impactante en Híspalis y en otras ciudades del Imperio. Creo que es hora de que un magistrado con la sensibilidad de Pyrgos la aborde —dijo convencida la aristócrata.

—Y las abordará a partir de octubre o noviembre, cuando las curias lo elijan como edil. Pero antes quiero pedirle su apoyo.

—¿Acaso no os basta con los que ya tenéis en Roma y aquí en Híspalis?

—Señora, estamos suficientemente respaldados por esos apoyos. Pero el suyo nos resulta tan natural como lo es la lluvia a la tormenta. Es *vox populi* que sus acciones caritativas con los niños y las niñas de la calle pueden complementarse con el anuncio de unas escuelas de formación para que esos chicos no se pierdan y generen beneficios con sus trabajos.

—Sobre todo en el campo, querido vecino, donde cada vez hay más esclavos y menos propietarios. Y los esclavos no trabajan ni ponen su corazón en tierras que no son suyas.

—Cierto, señora. Cierto. El campo cada vez se despuebla más y las ciudades no pueden soportar la carga de los que lo abandonan y de su improductividad. Por eso creo que es muy natural que sus inquietudes sociales y la propuesta octaviana que hace suya Marco Antonio Pyrgos se vean refrendadas por un pacto de mutuo apoyo.

La aristócrata se levantó y fue a oler una hermosa rosa azul.

—Es persa, como esos árboles tuyos que huelen magníficamente en marzo y abril, cuando Híspalis se despide del invierno.

La aristócrata se hizo esperar. No contestó tan rápido como habría deseado Cara Pescao. Se entregó a jugar con el tiempo y escoger como compañía de juego las vaguedades.

—¿Algún día me darás un esqueje de aquel cerezo blanco que hiciste traer del Ponto Euxino, en el mar Negro?

Cara Pescao se mordía las uñas de impaciencia.

—Señora, si es necesario le trasplanto el árbol yo mismo a su jardín.

Fabia rompió a reír viendo como su juego de vaguedades sacaban a relucir los nervios y la impaciencia del rico mercader.

—Bueno, serás mi Vertumno, estimado vecino.

—¿Su qué, señora?

—Te lo explico el día que me trasplantes el cerezo blanco. ¿Te parece?

Cara Pescao no lo pensó dos veces.

—No, señora. Perdón. No si su voluntad me lo permite. Me lo explica hoy mismo porque hoy mismo doy orden de que le trasplanten ese árbol en el lugar del jardín que usted quiera.

Fabia no pudo contener más la risa y explotó en una blanca, equilibrada y perfecta carcajada con sabor a menta.

—Déjalo, vecino. Lo dejamos para el otoño. Quizá para celebrar la victoria de nuestro común candidato: Marco Antonio Pyrgos.

Cara Pescao se tiró al suelo y fue a besar los pies de Fabia Hadrianilla, que no los escondió.

—Señora, lleva en este beso a sus pies y en esta quizá exagerada reverencia mi más sólida lealtad a un proyecto político que nos une por la grandeza de Híspalis.

—Levanta y sacude tu túnica, que te la has puesto perdida. Creo que el sol ya está demasiado alto como para no brindar con un buen vino, ¿no te parece, mercader?

—Moría esperando que me lo ofreciera.

Una campanita sonó para llamar a sus esclavos, que, pronto, volvieron con una jarra de vidrio con vino de Antioquía. Fabia reanudó la conversación:

—Yo prestigio socialmente la carrera de Pyrgos. ¿Y vosotros qué me ofrecéis?

—Usted, señora, podrá prestarnos el dinero para hacer las escuelas al interés público obligado, que nunca será un incordio para realizar las correcciones de proyectos oportunas en cualquier encargo público. Creo que hay un margen de interés muy beneficioso para su préstamo.

Fabia se quedó pensativa y resolvió con una pequeña broma:

—Bien está esa propuesta. Pero no te olvides del cerezo blanco del mar Negro…

—Jajajajajaja. Por supuesto, señora. Ni del cerezo ni del agua que lo regará, que vendrá limpia, transparente y abundante desde el castillo del agua que levantará Marco Antonio Pyrgos sobre los restos de la antigua necrópolis republicana[23] para aliviar la sed de esta zona tan distinguida de Híspalis.

Fabia alzó su copa y brindó:

—Por Híspalis —dijo Fabia.

—Por nosotros, hispalenses… —dijo cara Pescao.

*Córdoba, finales de junio del 113 d. C.*

## *POST MORTEM NIHIL…*

La bañera de alabastro egipcio estaba llena de agua tibia. Sin aceites ni perfumes. Agua limpia, tibia y que iba tiñéndose con formas ingrávidas y caprichosas de rojo sangre. En la bañera, Tito Annio Vero reposaba la cabeza sobre una almohada de plumas colocada en uno de los extremos del baño. Estaba desnudo, con sendos tajos en las venas de sus muñecas y en ambas piernas. Había escogido esa forma de irse de entre los vivos para honrar la memoria de un venerable sabio, filósofo y rico cordobés llamado Séneca, asesor de Nerón y condenado a morir por este por un supuesto delito de conspiración. Tito pensaba que, al menos, en su despedida iba a ser tan elegante y valiente como su antiguo paisano. Uno de los esclavos que lo atendía llevaba en la mano un vaso bien servido del veneno griego, de cicuta. Esperaba una orden de su señor para entregárselo. Tito había concentrado la atención de sus últimos minutos de vida en un gran mosaico de aquella casa paterna donde se veía a Hércules ceñido por una corona de laurel triunfal que le colocaba el dios Apolo. Él no había podido sacar adelante su trabajo sucesorio, el complot apoyado por personajes muy cercanos a la Casa Imperial y, en vez de ser de laurel, su corona era de ceniza y derrota. Poco a poco, de manera dulce, iba perdiendo fuerzas y sentía como si su cuerpo ingrávido se lo tragara el fondo de la bañera. Ese fue el momento en el que pidió el vaso de cicuta y su padre, madre y hermanos que lo acompañaban en su despedida no pudieron contener sus lágrimas y ayes. Su madre le suplicó:

—¡¡¡No lo hagas, hijo. No te vayas!!!

En una mesa de refinado trabajo, con escenas de pavos reales y aves exóticas decorando su tapa, había un papiro enrollado en cuyo exterior se podía leer «Senado de Roma». Dentro iba, pormenorizada, la denuncia de su alta traición al emperador. Desde que la vio supo que no tenía muchas salidas. La ley era inexorable, y aunque el emperador jamás debía figurar en aquel tipo de sentencias, era evidente que él era el que estaba detrás, de forma absoluta y poderosa. No tenía muchas salidas, la situación. O te declarabas en rebeldía y errabas por la tierra para escapar del poder de Roma o te suicidabas y evitabas así una muerte indeseable para un hijo de la aristocracia. El enviado del Senado de Roma que había llevado la orden permanecía, igualmente, en aquella sala, observando el estricto cumplimiento de la inmolación. Tito bebió de un sorbo, como si fuera el mejor vino que había probado nunca, la cicuta que en poco tiempo apagaría su vida

para siempre. El joven pensó: «El mejor vino te gratifica con dulces sueños; el veneno griego te duerme para evitarte la pesadilla de vivir». Fue perdiendo la vista, el Hércules del mosaico se le desdibujaba, las fuerzas enflaquecieron y una agradable sensación de finitud se apoderó de él. Hizo un esfuerzo y tendió su mano para estrechar la de su padre y acariciar la de su desconsolada madre. Luego miró a sus hermanos y dibujó una casi imposible sonrisa, y fue cuando, acordándose de Séneca, dijo en un agradable latín:

—*Post mortem nihil, ipsaque mors nihil;* después de la muerte nada, la muerte misma no es nada.

Y expiró. Para suavizar la cólera imperial, Tito, antes de morir, dejó escrito en su testamento que las minas de plata propiedad de la familia pasaban a manos de Marco Ulpio Trajano, firmando así un gesto de generosidad con el emperador que, en realidad, llevaba implícita una petición de clemencia para su familia. La capital de la Bética estaba desconsolada y de luto clandestino. Solo un aristócrata mal avenido con la familia conjurada parecía vivir sus mejores días. Era aquel aristócrata cordobés que convino con el *frumentarius,* el espía Fabio del monte Celio, que denunciaría ante un tribunal la conjura de los Annio Vero para asesinar a Ulpio Longino. Tarde o temprano la Casa Imperial de Roma sabría compensar su lealtad concediéndole, por algún tiempo, la explotación minera que el emperador acababa de heredar tras la última voluntad de Tito. Un año después, en Córdoba, se comentaba que Trajano fue muy generoso premiando la lealtad de aquel chivato…

---

22. El castillo del agua *(castellum aquae)* es la enorme cisterna que debió mejorar aún más a una ciudad tan bien abastecida hídricamente como fue Híspalis. Hoy es visible en la Pescadería y se construyó en el siglo II, tiempo histórico de esta novela. Debió de formar parte del gran ensanche de la ciudad y su plan de monumentalización, que se concretó en realidades tan potentes como este almacén hídrico y el barrio donde vivían Cara Pescao y Fabia Hadrianilla, vecinos entonces de suntuosas *domus* aparecidas hoy en la Encarnación.

23. El área que ocupaba el castillo del agua fue, en época tardorrepublicana, una zona cementerial de la ciudad y que sufrió un proceso de urbanización en época julio-claudia. Su transformación urbanística fue completa y rotunda con la construcción del ya explicado castillo del agua conformando el ensanche de la ciudad hacia su área de influencia urbanística.

# CAPÍTULO XIV

# HACIA EL PAÍS DE LOS RINOCERONTES

*Híspalis*
*Invierno del 114 d. C.*

## UNA CARTA DE TERCIO

El invierno estaba siendo crudo. Muy crudo. Y desmentía los buenos auspicios que toda Híspalis quiso ver cuando el verano anterior, durante el mes de julio, una gran marea inundó parte del foro portuario dejando varado en su retirada un gracioso delfín que no dejaba de emitir sonidos y que se devolvió al río. Todos los hispalenses celebraron aquella inesperada visita y la entendieron como una buena nueva enviada por los dioses para el año que estaba por venir, el 114. El frío estaba siendo tan intenso que algunas de aquellas mañana invernales la ciudad apareció cubierta de blanco, con una especie de agua nieve que cuajaba por momentos y que después desaparecía haciendo charcos en los pavimentos. Una de aquellas mañanas tan inusuales en la soleada Híspalis llegó un correo a manos de Scaeva que, de alguna forma, le quitó el frío y reconfortó su corazón. Hay noticias que dan más alegría que un verano de trigos, soles y amapolas. La carta venía fechada dos años atrás y procedía de la provincia africana de Numidia. La trajo un comerciante hispalense tras diversas peripecias con los piratas, con las tormentas desérticas y con los salteadores de caminos. No fue un regreso fácil. Todas aquellas desventuras retrasaron más de la cuenta su vuelta, pero dos años después llegó a Híspalis con la carta. La firmaba Tercio, aquel compañero de Scaeva en la Legión II Trajana Fuerte, donde sirvió como soldado auxiliar, rebanando cuellos de dacios muertos o moribundos en el bosque previo a la ciudad amurallada de Sarmizegetusa, la capital dacia. Tercio no sabía escribir, a diferencia de Scaeva, que escribía y leía el latín con apuros. Pero la carta venía firmada por él, por Tercio, y su nombre lo pudo ver con claridad el Zurdo. Evidentemente la carta se la había escrito alguien de su compañía, quizá un suboficial o muy raramente algún compañero. Scaeva se arrimó al fuego de la estancia principal de la granja, donde su padre le había contado tantas y tantas aventuras que iluminaron su

fantasía infantil. Aquel hogar le traía muy buenos recuerdos. Tomó la carta en las manos y lentamente, muy lentamente, empezó a leerla.

«Querido amigo Scaeva:

Espero que tú y los tuyos estéis bien, gocéis de buena salud y la vida os haya tratado con benevolencia. Es la primera carta que te escribo desde que dejamos, hace ya muchos años, aquellos bosques dacios donde un mocoso casi te mata. ¿Se llamaba Valentiniano? Creo recordar que sí. Aquel muchacho que salió de entre los muertos y quiso mandarte al infierno. Recuerdo, con orgullo, cómo el emperador Trajano te lo regaló como esclavo y la conversación que mantuvisteis por culpa de aquel cuchillo de tus antepasados. Han pasado muchos años, Zurdo, pero ahora me da la impresión de que lo estoy viviendo conforme dicto esta carta. Sé que la Fortuna estaba de tu parte y que te habrá tratado bien a lo largo de estos años. Eso es lo que deseo.

A mí tampoco me ha ido mal. Sigo enganchado al ejército y en Roma he llevado una vida de soldado respetado por todos. La guerra en Dacia no solo proporcionó mucha plata y oro para el emperador, nos prestigió a todos los que luchamos allí y regresamos victoriosos. Dejo para cuando nos veamos en Híspalis, si los dioses lo quieren, el momento para contarte cómo fue el triunfo de Trajano en Roma, con la cara maquillada de rojo y su túnica roja con brocados de oro. Tendría que emplear toda una mañana de vinos, brindis y mujeres para contarte lo más grande que hasta ahora vieron mis ojos.

Cuando te escribo esta carta me encuentro formando parte de una expedición de unos doscientos hombres que seguiremos la pista del oro subsahariano. Roma necesita más oro. No fue suficiente con el que llevamos a Roma tras vencer a Decébalo. Esta ciudad se bebe el oro como los camellos el agua. Por cierto, no sé si sabes lo que es un camello, pero te adelanto que es uno de los animales más feos que conozco. Viven en el norte de África y los bereberes los utilizan en sus caravanas que cruzan el desierto por su resistencia física y su capacidad para soportar la sed. Apestan como muertos, y se pueden oler desde muchos metros de distancia. Te decía que me encuentro en Numidia, desde donde partiremos hacia el sur, en dirección al reino de los Garama, para atravesar las provincias desérticas del África proconsular, Túnez y Libia, hasta llegar al país de los rinocerontes. Nuestro objetivo es seguir la pista del oro africano, como anteriormente se hizo en época de Nerón, según

les he oído comentar a los oficiales. No es una expedición fácil. Temo que el calor, la escasez de agua y de comida doblegue nuestro ánimo. Que Hércules nos acompañe.

Dado lo incierto de esta incursión africana te ruego, querido amigo, que le envíes a mi familia en Ilipa Magna la noticia de que estoy bien y pienso volver bien, para dejar el ejército y gozar del dinero y las tierras que se me concedan. También a ellos les he escrito una carta adelantándoles esta última aventura militar. Si te escribo otra a ti es, entre otras cosas que solo interesan a nuestras vidas de soldados y amigos, para tener seguridad de que algunas de ellas llegarán a su destino. Reza por mí a Salambó, tu fe más recompensada. Y no abandones nunca el estado de alerta, porque el día menos pensado llego a Híspalis para estrecharte en el abrazo que mi corazón quiere darte desde que nos despedimos con uno aquel último día en que yo seguí para Roma y tú volviste a Híspalis. Una cosa más, querido amigo: si mi familia está muy apurada y tú puedes ayudarla, te ruego que lo hagas. Esa deuda me animará a protegerme de la adversidad y sobrevivir a las duras jornadas que me aguardan. No podría descansar en paz sabiendo que te debo lo que fuera porque ayudaste a mi familia en Ilipa Magna. Que los dioses te protejan.

Tercio».

## Una carta de Tercio (y 2)

Scaeva fijó sus ojos en el fuego del hogar y vio a través de las caprichosas figuras que desprendía aquel tronco de olivo escenas que el tiempo había sepultado en lo más profundo de su memoria. Tercio fue lo mejor que le pasó en la Dacia, y en momentos muy concretos de su vuelta a Híspalis, cuando la Fortuna le dio la espalda y se sintió perdido y atrapado por los fantasmas del miedo, lo echó de menos, como cuando peleaban juntos y uno y otro se defendían de los tajos dacios. Lo extrañó como al veterano compañero de armas con el que compartía rancho, vida y peligros de muerte. Aquel amigo de aventuras y desventuras, de risas y penalidades, de marchas agotadoras por bosques infestados de bárbaros locos por hacer correr la sangre romana. Todo aquello unía más que la brea con la que se calafateaban los barcos y encadenaba sentimientos, emociones, recuerdos y vivencias para hacer indisolubles amistades por encima del olvido y del tiempo. También para él, para el Zurdo, remover las

aguas estancadas de los viejos recuerdos le supuso un pellizco en el corazón, muy similar al que Tercio le había dejado traslucir en su carta. Todo estaba vivo ahí adentro, entre el corazón y el alma, aunque los años se hubieran encargado de echar sobre días tan lejanos toda la tierra que hay desde Híspalis a Partia.

El Zurdo cayó en la cuenta de que la carta estaba fechada dos años atrás y de que a nadie en Híspalis le había oído comentar nada sobre una expedición militar al país de los rinocerontes. Llegaron claras y frescas las noticias de Trajano y su intención de invadir Partia buscando, precisamente, el oro de aquel reino. Igualmente la ciudad estaba al tanto de los deseos del emperador de abrirse camino hasta la India y la China, ampliando un mercado con Oriente que demandaban las clases más poderosas de Roma y el Imperio. Pero nadie había comentado nada sobre el intento del emperador de buscar el oro de los lejanos, exóticos y peligrosos reinos que estaban más allá del amplio y agotador desierto sahariano. Dos años, pues, hacía que Tercio se había internado con doscientos compañeros más hacia el país de los rinocerontes, y nadie sabía nada de ellos, como si el desierto se los hubiera tragado o como si aquellos hombres peludos que atacaron y mordieron a los hombres del gobernador de Numidia, Julio Materno, bajo el reinado de Domiciano, en el transcurso de una anterior expedición al Sudán, se los hubieran comido. Los hombres peludos eran conocidos por los aborígenes como *gorilas*.

Scaeva pensó que lo más probable era que nunca más viera a Tercio, por lo que decidió, pese al frío y brumoso día que estrenaba la ciudad aquella mañana, encaminarse hacia Ilipa Magna para buscar a la familia de su amigo y ayudarla en lo que necesitara. Era rico, poderoso y prestigiado, y tenía a su alcance todos los recursos para ayudar a la familia de su amigo si lo necesitara. Se hincó ante un pequeño altar donde veneraba a Salambó y quemó incienso y astillas de laurel seco. Oró por la suerte de Tercio y se sorprendió implorando, igualmente, al Dios de Arusa, su novia judía con la que el próximo mes de junio quería contraer felices nupcias.

—Ojalá que para entonces Tercio haya vuelto del país de los rinocerontes…

## Siguiendo a Petronio

El Cuervo vivía en la cima del mejor de los mundos posibles. Y allá en la cima, en lo alto, se sentía como un rey. Aquella indomable atracción que ejercía Gala sobre todos los actos de su vida le había

perfumado el cuerpo y el carácter, hasta el punto de que vestía togas caras y cuidaba su cuerpo más que nunca. Había adelgazado y su vuelta al ejercicio atlético, aunque muy limitado por su minusvalía física, le devolvió cierto tono atlético a su definida pero hasta entonces flácida masa muscular. Sus monstruosos andares se habían convertido en una simple cojera ante los ojos de los demás, quizá porque había secado todo el vinagre que agriaba y emponzoñaba la más profunda herida de su alma. Venus hizo sufrir a Psique por celos. Ahora era Venus la que le regalaba los mejores dardos de su hijo Cupido, todos de oro, que atravesaban directamente su corazón y transformaron a un hombre rabioso como el cancerbero en un hombre divertido y, hasta cierto punto, atractivo. Pasó de ser un infecto ciudadano a convertirse casi en un Petronio, en un tipo elegante y asiduo de las termas. Seguía siendo tan infantil como un niño y tan vanidoso como un hombre, pero a su garganta no llegaban los reflujos de la acidez que destilaba su alma… antes de conocer a Gala.

Tenía dinero, manejaba prestigio como doctor de gladiadores, formaba parte de una sociedad en franca ascensión como la que comandaba Cara Pescao y tenía en Itálica a una aristócrata que cada vez se le insinuaba más y más, y que algún día inflamaría su encendido corazón con algo más que indirectas y zalamerías. Aquella mañana de invierno se levantó más temprano que nunca. Tenía que ir hasta Itálica para informar a Gala de que sus dos gladiadores, el picto y el bereber, avanzaban en su formación y probablemente para marzo, el día dedicado a Isis, se estrenaran luchando en el anfiteatro. También le diría algo sobre Scaeva, algo que no le iba a gustar a Gala y que a él le daría muchas posibilidades como amante en expectativa si Venus seguía siendo con él tan piadosa…

—Hace frío, mucho frío, Cuervo. Necesito el calor de la primavera. Decididamente, no me gusta el invierno, querido Cuervo.

—A mí no me molesta, socia. Casi ni lo siento. Estoy siempre acalorado, agitado, como si estuviera…

—¿Enamorado? ¿Tú también estás enamorado, Cuervo?

Cuervo se derrumbaba ante las insinuaciones de Gala que, aquel día, compartía con él en el salón de su casa, perfectamente aclimatada por los braseros de bronce de que disponía la estancia y la salida de viento caliente que alimentaban las calderas de las termas y que, por derivación, también confortaban las amplias salas de aquella *domus*.

—Todos los hombres de nuestra sociedad están enamorados. Venus os protege. Os quiere. Yo, en cambio, cada vez me encuentro más sola en esta enorme jaula de oro.

—Yo haría por mi socia lo que me pidiera.

—Lo sé, Cuervo. Sé de la enorme generosidad de tu corazón. Serías incapaz de hacerme nada malo.

El Cuervo no supo cómo interpretar aquellas palabras, sobre todo porque continuaba extorsionando a Gala y cada dos meses colgaba una piernecita de oro del muro de los exvotos del templo de Isis a modo de aviso de cobro. Era la consigna para avisar a la aristócrata de que los silencios hay que pagarlos. ¿Era necesario seguir manteniendo esa situación?

—Por eso mismo, estimado socio, sabiendo que eres incapaz de hacerme daño, me gustaría pedirte un favor.

Gala se levantó de su silla y se puso tras la espalda del Cuervo, y en un calculado gesto de osadía le pasó la mano por el cabello, deslizándola por su nuca y asiéndolo por sus aún musculosos deltoides, como si lo masajeara.

—Estás tenso, socio. Debes relajarte y disfrutar de lo que la vida te pone tan a mano…

—A mano me pone ahora ayudarte…

El Cuervo levantó la mano para encontrarse con la de Gala en su cuello, y aquel encuentro le pareció una explosión volcánica que siguió atemperando con el respeto que le inspiraba aquella rica e inteligente mujer.

—Tienes la mano dura, encallecida por el uso de las armas. Fue una pena lo que te pasó en el anfiteatro aquel día con Scaeva. Siempre he creído que tú eras mejor gladiador que ese estúpido vanidoso.

—No hablemos de eso, socia. Vengo de muy buen humor. Dime qué necesitas de mí, en qué puedo ayudarte.

Gala hizo una magnífica interpretación teatral. Anduvo rodeando la silla donde estaba sentado el Cuervo como si fuera una distinguida cortesana intentando estimular el instinto sexual de su presa. Iniciaba una frase y la disolvía con un silencio, como si no le gustara la manera de enfocarla. Luego se inclinó ante la silla del Cuervo, aproximó su tibio aliento al oído del doctor y le dijo, rozándole con los labios su oreja:

—Me llevan extorsionando desde el pasado año, desde el mes de marzo, y no tengo más ganas de seguir sucumbiendo a ese chantaje, Cuervo. Necesito que identifiques a los chantajistas y los elimines.

El Cuervo no pudo con la tensión del momento ni con el punto y final que Gala le dio a la confesión de su secreto, que no fue otra cosa que pasarle su dulce lengua por detrás de la oreja y acariciar con su mano aquel brazalete de oro que le regaló en uno de sus primeros encuentros en Itálica. La aristócrata miró al Cuervo y le dijo:

—En mi alcoba nunca es invierno. Ven y disfruta conmigo…

Un día de primavera en pleno invierno.

Estaban desnudos sobre las sedosas sábanas de la cama de Gala, que se superaba a sí misma desplegando todo su arte amatorio sobre aquel hombre con cabeza de niño y niño con pasiones de hombre. El cuerpo del Cuervo estaba señalado por las heridas de su pasado en la arena, y esas cicatrices atraían los labios de Gala, que no dejaba de besar su torso y su espalda.

—Siempre pensé que eras más hombre que Scaeva. Más valiente, más osado, mejor gladiador…

Conforme le susurraba esas palabras, Gala iba extendiendo sus besos a las partes más sensibles del doctor que, inerme, desarmado ante un despliegue amatorio tan abrumador, se dejó hacer, se dejó morir en las manos de aquella bellísima mujer. Gala sabía que las limitaciones físicas del Cuervo podían ensombrecer su alma, recordarle su alta incapacidad física. Entonces le dijo:

—Tú permaneces tirado boca arriba sin moverte, que aquí mando yo y yo le digo al Sol cuándo debe calentar más para que de tu cuerpo broten mil primaveras a la vez y me inundes con las flores de tu deseo.

El Cuervo no entendía nada, solo que debía permanecer boca arriba y que Gala, su socia, la señora aristócrata de Itálica, era la que mandaba allí y allí se haría lo que ella quisiera. Gala se sentó sobre el pene del Cuervo y galopó sobre él mirándolo a los ojos como diciéndole: «Ahora sí que deseo que me ayudes, que persigas dentro de mí los pétalos más sensibles de mi pasión y los hagas reventar en mil colores, en mil tibias primaveras, como a mí me gusta». Debió de llegarle el deseo silente de Gala a su nuevo amante, porque el Cuervo, sacando fuerzas viejas que le demandaba un nuevo amor, convirtió su miembro en un ariete de guerra y, pese a la inutilidad de su pierna, apoyándose solo en la buena y curvando hacia arriba la cintura con una fuerza ciclópea, levantó a Gala de la cama hasta suspenderla en el aire cosida materialmente al pene del doctor. Gala chillaba de placer y arañó el torso del Cuervo. Aquel gesto le recordó a las reacciones de las putas más baratas con las que había yacido en el puerto, y decidió que pasado era ya con creces el tiempo del respeto y la inhibición. Venus castigaba a los malos amantes o a los hombres y mujeres que rechazaban jugar con el amor. A él no le pasaría eso. Tomó a Gala entre sus dos poderosos brazos y la subió y bajó sobre su descongelado miembro como las poleas que suben y bajan las cestas de comida de los pisos más altos de las *insulae,* de los edificios en altura que habitan los menesterosos.

Excitado por un clímax tan intenso, el Cuervo fue a sujetar por el pelo a Gala que, sin dudarlo, cubrió el instante de agua helada, como

si nunca hubiera sentido el fuego que la estaba abrasando, y mirándolo a los ojos le dijo sin tibieza alguna:

—Eso se lo haces a las putas del puerto. Nunca vuelvas a intentarlo, socio. Yo soy la que manda aquí y la que aquí decide lo que me tienes que hacer o no, y del pelo no me tira nadie.

Inmediatamente le regaló una cálida sonrisa y se zafó del pene del Cuervo para darle las espaldas y galopar sobre él. Volvió a alcanzar en minutos el clímax más elevado de excitación mientras que el Cuervo aún se debatía, como un niño, entre el placer del caramelo y la intimidación de la brusca reacción de Gala. Pronto se le olvidó la reprimenda y la gozó como nunca antes pudo soñar que lo haría. Gala volvió a sentir que la vida se le iba por debajo del vientre y gritó de plena satisfacción, elevando los brazos al cielo, dibujando su pecho un perfecto y empinado busto. Sudaba. Y descansando ahora al lado del Cuervo, le dijo:

—En mi alcoba nunca sentirás el frío de la calle ni el insoportable hielo de la soledad…

El doctor la besó arrebatadamente, consciente de que aquella mujer era capaz de sacar de él los días más felices de su vida. Fue a hablar y Gala le selló los labios con los dedos.

—Solo te pido, Cuervo, que me salves de ese chantajista, y seré tuya para siempre…

El Cuervo la miro y la besó nuevamente.

—Daré con él y te traeré su cabeza si hace falta, aunque tenga que poner Híspalis patas arriba.

—¿Por qué sabes que es de Híspalis, Cuervo?

Dudó y mostró una cierta indecisión, apenas perceptible, pero Gala se dio cuenta de que su dardo había alcanzado a su contrario.

—Es una manera de hablar, pero en Híspalis hay bandas organizadas que son expertas en ese tipo de delitos.

Gala se levantó de la cama. Desnuda, mostrando la plenitud de su espalda, cintura y nalgas, tan duras como las piedras del teatro de Itálica, abrió un cajón y sacó dos bolsas con dinero. Regresó a donde estaba el Cuervo, que ahora la vio volver hacia él como si fuera una Venus abandonando el mar. Gala le dijo:

—Esto es para ti, para que atiendas bien tu trabajo y gastes lo que tengas que gastar en buscar a esos canallas.

—Lo haré gratis. Lo haré por tu corazón.

—No seas tonto, Cuervo. Coge ese dinero que a mí me sobra y a ti no te falta, pero será necesario para que hablen los borrachos y las putas del puerto, que es donde está la llave de mi libertad.

El Cuervo tomó el dinero como un asunto profesional. Antes de

emprender el regreso para Híspalis, en aquella tarde fría y prematuramente ganada por la oscuridad, le dijo a Gala:

—¿Quieres saber algo de Scaeva?

Gala disimuló y no dejó ver su tremendo interés.

—Quiero saber pronto de ti. Lo demás me interesa más bien poco.

—Él forma parte de nuestra sociedad. Es también tu socio, y creo que debes saberlo. Se dice por Híspalis que en la próxima primavera se casará con esa judía que le tiene secuestrado el corazón.

Gala cerró el puño de la mano izquierda contra sus uñas, hasta clavárselas de rabia, pero despidió al Cuervo con un beso en la boca y una frase para recordar:

—Entonces, mi amor, le tendré que hacer un regalo inolvidable…

El Cuervo se marchó para Híspalis absolutamente convencido de que Scaeva ya no significaba nada en el corazón de Gala y que su lugar lo había ocupado él. Nadie en la tierra ni en el Olimpo era tan inmensamente feliz como aquel tullido que había vivido un día de primavera en pleno invierno.

—¡¡¡Gracias, Isis; gracias, Maga del Universo!!!

## El castillo del agua

Marco Antonio Pyrgos había ganado su magistratura de largo. Varias curias lo votaron, y sacó su plaza de edil con tanta soltura y elegancia como podía desprenderse de un hexámetro de Virgilio. En las paredes de Híspalis aún resonaba la fuerza de un eslogan pintado que hizo suyo para movilizar a la ciudad: «Amo a Híspalis». Y era verdad. Desde que en el octubre pasado el pueblo hispalense mayor de 25 años lo eligió casi por unanimidad, apenas si dormía para poner en marcha una auténtica campaña de reurbanización que siguiera la inercia de años previos. Su mayor apuesta era construir un hito hídrico en la zona centro de la ciudad, un poco más abajo del gran edificio de columnas de granito egipcio que albergaba un colegio de una corporación mercantil. Aquella cisterna tenía por objetivo acabar con la mala calidad del agua que abastecía los barrios que la explosión y reordenación urbana de principios del siglo II había hecho emerger al noroeste de la ciudad, cerca del río. Sobre plano, la cisterna o castillo del agua era el reflejo de una gran ambición. Aquel edil pensaba a lo grande y quería hacer cosas grandes para una ciudad que contaba en Roma con un emperador nacido muy cerca de Híspalis y con senadores hispalenses medrando en los pasillos del poder. La cisterna medía cuarenta y cinco metros de largo por más de veinte de ancho y

se distribuía en varias naves cerradas por arcos de medio punto. Por su parte norte comunicaría con un ramal del acueducto que traía agua desde Alcalá de Guadaíra. La inversión sería potente, y los beneficios para los que adelantaban el dinero (el consorcio poderoso que capitaneaba Cara Pescao con el apoyo de varias familias aristocráticas de Híspalis e Itálica), también.

Pyrgos observaba el terreno *in situ,* con la compañía inseparable de Cara Pescao, que no acababa de tener plena confianza en los arrebatos políticamente románticos del poeta. La zona donde se levantaría el castillo estaba en profunda transformación. Había sido necrópolis en época tardorrepublicana y la construcción de esta enorme cisterna variaría rotundamente el paisaje urbano que caía bajo su influjo. Se podría decir que aquella construcción dibujaría otra Híspalis a partir de sus consecuencias urbanísticas.

—Será una obra imponente, patrón.

—Será la mejor forma de expresar tu amor a Híspalis. Un amor de verdad, no de mentira. Un amor de hechos consumados del que gozarán muchos ciudadanos. Ya tengo prevista la lápida del ara que glorificará tu nombre y sobre cuyo soporte irá un busto tuyo. La pagaremos nosotros, evidentemente.

—No me preocupan tanto los altares ni las estatuas como que el agua llegue a todo el mundo del nuevo barrio del noroeste, donde tanta gente necesita el agua limpia.

—Principalmente Fabia Hadrianilla y tu patrón, este que está delante de tus ojos y que necesita agua para sus termas, sus fuentes, su cocina y su jardín. No lo olvides. Esa cisterna tiene que satisfacer a todos, a los que la hacemos y la pagamos y a los ciudadanos que te votaron. Yo doy, tú me das.

Pyrgos miró la cara sonriente y malévola del patrón, y se guardó una sonrisa. Aquel tipo seguía en posesión de unos recursos mentales valiosos para sacar beneficio de cualquier situación. Pyrgos sabía que, a mitad de la obra, habría que rectificar el presupuesto con la Administración para obtener los beneficios extras de los capitales avanzados, pero eso no cambiaría nada y el grado de satisfacción popular sería grande. Neptuno, el rey de todas las aguas, con cuyo tridente era capaz de hacer manar fuentes de la tierra o provocar maremotos, debería presidir el castillo, glorificando así su poder sobre un elemento que, en los ciclos de sequía local, iba a resultar muy beneficioso para una ciudad sedienta. El liberto le preguntó al edil:

—¿Cuándo empiezan las obras?

—Mañana. Y no me importa que diluvie. Hay que empezar ya y que la gente vea crecer una cisterna que le garantizará 1.300.000 litros de

agua cuando el suelo se agriete y los pájaros abran la boca muertos de sed.

## PALMAS DE ORO

Valentiniano había hecho una gira triunfal por los principales anfiteatros béticos y lusitanos, acopiando dinero para él y para su escuela. También la parte correspondiente de Scaeva, el propietario que lo había cedido a Africano para que el joven dacio saciara su sed de pelea y venganza. Desde Córdoba a Cartagena, desde Cartagena a Écija, desde Écija a Mérida, desde Mérida a Lisboa y desde Lisboa a Tarragona. En todas esas arenas luchó el dacio con esa insolencia y seguridad que ya se había hecho eco a lomos de la fama y traspasaba las fronteras hispánicas. Hasta Roma llegó el sonido invencible de su espada, que amplificaba el esposo de Gala, Casio Iunius, al que cada vez le resultaba menos incómodo y difícil meter su nombre en una pelea cumbre en el Coliseo para la primavera siguiente. ¿Sería la mejor ocasión esperar la entrada en Antioquía, donde Trajano se pondría al mando de once legiones para la campaña de Partia? ¿O era preferible esperar a una buena fiesta del calendario romano en honor a Marte o a Isis para que Roma quedara prendada con lo que era capaz de hacer aquel joven dacio? Había tiempo para pensarlo. Pero algo había cambiado. Ya no era Casio quien hablaba a los demás de un gladiador de Híspalis capaz de vencer la furia de Zeus. Ahora eran los lanistas y jefes de apuestas de los juegos los que iban hasta Casio Iunius para que este les hablara de Valentiniano.

Antes de llegar a Roma debía pasar por África. Lo acompañaba el lanista, Africano, al que escuchaba en asuntos tácticos y estratégicos, al menos lo que el indomable jovenzuelo era capaz de escuchar. Africano prefirió que el Cuervo siguiera en Híspalis, al mando de la escuela, trabajando con los nuevos gladiadores para ofrecer un espectáculo digno tras la apertura del ciclo de navegación. En África, cuyo clima permitía ampliar el calendario de juegos, Valentiniano tenía un doble compromiso. Primero en Volúbilis, Marruecos; después, en una ciudad estratégica en Numidia, Lambaesis, donde se asentaba la Legión III Augusta, encargada de controlar el paso de las montañas Aurasius, a cuya espaldas ondeaban los estandartes de las tribus gétulas del desierto. La pelea en Volúbilis fue también un paseo para Valentiniano, que quedó sorprendido de que el público conociera su nombre y lo coreara conforme acababa con sus adversarios. Todos sus combates se contaban por palmas doradas, por triunfos y bolsas de

sestercios, pero en Numidia le vio por vez primera las fauces al lobo.

No tuvo enfrente a ningún gladiador especial. Más bien podría decirse que estaba peleando con un gladiador de segunda o tercera categoría. Pero Valentiniano ya peleaba con una intratable confianza, con un muy poco recomendable desprecio al adversario. Africano siempre le recordaba antes de cada combate:

—Tu pelea no es esta, pero tienes que salir de ella para pelear en Roma. Concéntrate y lucha como si tuvieras enfrente a un general romano…

Valentiniano se reía con complicidad con esa frase, pero la verdad es que se dejaba empujar por sus estados de ánimo, y aquella mañana en el anfiteatro de Lambaesis parecía que estaba pasando unas horas en las termas. Incluso así mandaba en la pelea, y el otro gladiador reculaba y se defendía como Némesis le daba a entender. Valentiniano estaba de cara al viento, a un viento que bajaba de las montañas y procedía del desierto. Ardiente. Infernal. Abrasador. Ese viento levantó la arena y Valentiniano, ajeno a la concentración que le demandaba su lanista, no tuvo reflejos suficientes como para darle la espalda y no pelear en desventaja. Una fuerte ráfaga levantó la arena, que le cayó en los ojos. Fue el momento que aprovechó su contrario para atacarle y herirlo de consideración en un hombro.

—¡¡¡Lo van a matar!!! —se dijo Africano.

—¡¡¡Mátalo, mátalo, mátalo!!! —gritaban la soldadesca y los espectadores que llenaban el anfiteatro.

Aquello espoleó al joven dacio y despertó el dragón de rabia que llevaba dentro. Gritó al cielo una frase en su idioma, que fue abucheada por los espectadores. Sangraba abundantemente por el hombro y cambió la espada de mano para manejarla con más fuerza. Avanzó colérico hacia su adversario, tiró un espadazo contra su izquierda para rectificar el golpe sobre la marcha. El intento de esquivar el amago del dacio se estrelló con la espada, que rajó al gladiador desde el hombro al brazo, dejando su cuerpo mutilado y sobre la arena el miembro descuartizado con la mano agarrada al escudo. El público prorrumpió en risas ante semejante tajo. Valentiniano miró desafiante a las gradas y le hundió la espada entre el hombro y el cuello a aquel desconocido luchador que casi lo envía al infierno.

Una semana estuvo Valentiniano en el hospital de la Legión III Augusta. Hasta allí lo llevó el hecho de que la pelea había estado sufragada por el gobernador de la provincia y, dada la fama que arrastraba el gladiador, se le concedieron, por especial deferencia a tan magnífico luchador, cuidados y emplastes de un médico de

campaña. Perdió varias veces el conocimiento y tuvo que luchar contra las fiebres que le provocó la herida de su hombro. En su convalecencia no supo ordenar las imágenes que lo habían asaltado durante aquellos días. ¿Qué era sueño y qué era realidad? De su mente no se borraba una cara familiar, lejana en el tiempo, borrosa, casi desdibujada, como los colores de una pared que la lluvia no dejó secar. Un rostro muy… Un rostro que Valentiniano miraba y que le devolvía la mirada con la misma extrañeza, como preguntándose ambos de qué se conocían. No volvió a verlo en el hospital. Seguro que debió de ser un fantasma de los que la fiebre introduce en tu cabeza delirante para que confundas la realidad con los sueños…

## UNA CABEZA

Las ratas habían estado bebiendo todo el día. Las ratas habían estado gozando toda la tarde. Las ratas habían gastado en un lupanar del puerto el dinero que el Cuervo le dio al principal para que los muchachos pasaran un día inolvidable.

—Por vuestros buenos servicios —le dijo el doctor al principal de sus canallas, y le entregó una bolsa de sestercios.

Muy buen pago. Las ratas devoraron todo lo que vieron a su paso: desde pollos, pichones y pechugas a prostitutas de pelo encendido de amarillo o naranja. Cuando el sol se escondió por los cerros que se alzaban frente a Híspalis, por donde siglos atrás Astarté tuvo un magnífico templo donde era venerada por un pueblo que desconocía aún los dioses de Roma, las ratas eran absolutamente incapaces de pensar ni hacer nada. Tan solo el principal se mantenía frío, sereno, como si solo hubiera bebido aguamiel durante un día tan largo.

—Vamos a dar una vuelta, muchachos. Estas putas van a terminar con nuestro dinero.

—¿Y dónde mejor lo vas a dejar? —le respondió uno de ellos.

—Cierto. ¿Dónde mejor que en este *porcus* devorador de pollas? —dijo otro señalando y enseñando el coño de una de ellas. ¿Dime, dónde?

El principal se puso serio.

—Tenemos que terminar un encargo del jefe, y el Cuervo es muy exigente en su trabajo.

Se levantaron y rodaron por los suelos. Estaban absolutamente ebrios, incapaces de recordar sus nombres o la última fechoría que hicieron. El principal los despidió, menos a uno, al que hacía los cobros de la extorsión a Gala a través de la esclava de mayor

confianza de la aristócrata. Esa rata se fue con él.

—Vamos a pasear. El frescor de la noche te vendrá bien. El Cuervo tiene un trabajo importante para ti. Te lo pagará generosamente. Atiende.

Puso su hombro por debajo de la axila para sostenerlo y ayudarlo a caminar. Tenía los ojos idos, la boca abierta como si exhalara la vida, tropezaba con su sombra y era incapaz de saber quién era ni dónde estaba. Vomitó y manchó los pies del principal. Siguieron caminando un poco más. La rata borracha preguntó:

—¿Quién es el Cuervo? ¿Por qué me quiere pagar?

El principal lo miró. Sacó una daga y se la hundió en el corazón, dejando en los ojos de aquella rata una estúpida expresión de sorpresa. Cayó redondo al suelo. El principal tenía que darse prisa y hacer su trabajo. Lo hizo eficazmente. Luego se dirigió a caballo hasta la escuela de gladiadores, atravesando toda la ciudad y saliendo por la puerta de levante. Llegó a su destino. Preguntó por el doctor y lo hicieron pasar.

—Aquí tienes Cuervo tu encargo.

—Quédate esta noche aquí. Hay buena comida para los dos. Gracias. Toma esta bolsa y bebamos.

## El testamento del cerdito (1)

Cara Pescao observaba detenidamente el regalo de Pyrgos. El poeta le reconocía así la confianza depositada en él para desempeñar una magistratura de tanta responsabilidad como la de edil. Lo miraba y lo tocaba, y en sus manos regordetas aquel coral tenía la propiedad de estilizarlas, de convertirlas en finas y delicadas.

—Sí, patrón. Es coral, la piedra que influye en los ánimos y la suerte del que lo porta.

—Pero lleva grabada una figura. ¿Es Hécate o la Gorgona?

—La Gorgona, patrón. La misma Gorgona que luce en las corazas de muchos de nuestros generales y que los protege con su mirada de los ojos del enemigo.

—Gracias, poeta, eres un verso desde la cabeza a los pies.

Pyrgos se sintió satisfecho del piropo y de que el regalo le gustara tanto a Cara Pescao, y para ponerle broche de oro a su obsequio terminó diciéndole:

—Patrón, ese coral con la Gorgona grabada en su anverso es el mejor repelente de sueños incómodos y apariciones fantasmagóricas. Además, te hará invulnerable a los hechizos, al trueno, al rayo y será

el mejor escudo que tengas para evitar las heridas que te quieran hacer los demonios más malignos.

Cara Pescao le dio un abrazo a Pyrgos y lo invitó a seguir trabajando sobre aquel escritorio lleno de planos de obras.

—¿Todos son planos de obras, poeta?

—Sí, todos son planos de obras, de las muchas que vamos a emprender. Quiero seguir la política urbanística de Augusto en Híspalis. Quiero crear la misma sensación de decencia, orden y buen gobierno que transmitió el gran Octavio en su plan urbanístico en Roma. Jugaremos con las vistas, el espacio, la geometría y la luz. La luz de Híspalis debe ser un elemento esencial de su nueva arquitectura…

Cara Pescao dejó de oír en primer plano la voz del poeta por imposición de la voz de su conciencia, que lo alertaba del peligro de tener a un intelectual en mitad de la cadena productiva de sus negocios. Trató de volver a escuchar lo que decía el poeta, agarrando con todas sus fuerzas el coral con la Gorgona, por si Pyrgos continuaba castigándolo con aquella tormenta de rayos y truenos tan idealista como peligrosa.

—… y si Roma es un águila imperial que sobrevuela el mundo, Híspalis será uno de sus polluelos más aventajados. Quiero hablar con Crátero, patrón. Él conoce perfectamente Roma. Quiero que me indique cómo es la columnata de Livia, esa parra gigante bajo cuya sombra el pueblo ha encontrado otro foro; quiero que me hable de los elefantes de obsidiana pulida que se alzan en el templo de la Concordia de Augusto; quiero que me explique cómo son los dibujos del friso del Ara Pacis para reproducirlo, parcial o totalmente, en alguna de nuestras fachadas más emblemáticas; quiero…

Cara Pescao lo interrumpió con un poco de sorna y también con la esperanza de hacer que se ausentara de Híspalis el tiempo necesario para encauzar una política más realista.

—¿Quieres, poeta, viajar a Roma y conocerla de una vez para siempre?

Pyrgos enmudeció. Le encantaría ir a Roma y verla, disfrutarla, conocerla, amarla y repetirla a escala en Híspalis. No había otra cosa en el mundo que deseara más. Roma. Tocarla, besar las manos de las estatuas de César y Augusto; ver el Coliseo; maravillarse ante el canal que construyó Nerón desde el lago del averno, cerca de Nápoles, hasta el Tíber, 160 millas para transportar el grano desde Pozzuoli hasta la siempre hambrienta de pan subsidiado capital del Imperio. Amaba Roma tanto como Híspalis. Ver el teatro Marcelo. El Templus Pacis, el lugar donde los romanos leían y en cuyos pasillos podían admirar las

obras de arte procedentes de Asia Menor, Grecia y Egipto; un centro policultural a pocos metros del Coliseo que levantó el emperador Vespasiano, tan cercano a los senadores hispanos. Amaba Roma, aunque su amor fuera de oídas, de lo que le habían contado unos y otros que era aquella inmensa ciudad de más de un millón de habitantes. El patrón le facilitaba un viaje a Roma, pero se lo impedía su sentido del deber.

—Tengo mucho trabajo que sacar adelante, patrón. Pero tendré que ir algún día. Quizá pronto, cuando Valentiniano luche en el Coliseo.

Cara Pescao cogió de la mano, dulcemente, a Pyrgos y lo invitó a dejar por un momento el escritorio, el lugar donde el poeta soñaba con hacer de Híspalis una Roma pequeñita siguiendo la política de Augusto.

—Ven, poeta. Ven. Salgamos a la calle. Quiero explicarte algo.

Salieron y el día era fresco pero luminoso, un bonito día de invierno. Caminaron hacia el área donde ya se empezaba a trabajar en el castillo del agua, en la gran cisterna que garantizaba el abastecimiento hídrico a la parte media y baja de la ciudad, tirando hacia el noroeste. Y relajadamente, mientras lo miraba a los ojos y lo cogía de su brazo, sin prisas para que la cojera del edil no se notara demasiado, Cara Pescao le dijo:

—Pyrgos, no olvides nunca esto. Nosotros adelantamos el dinero y nos adjudicamos los concursos públicos de las reformas urbanas a través de tu dedo… Las obras construirán tus sueños, pero las realidades las esperamos los que solo soñamos con el oro y el prestigio. Convierte Híspalis en una pequeña Roma, pero haz a tus socios los hombres más ricos del mundo. Solo así tú podrás seguir escribiendo versos sin que las moscas te coman. Perdona mi forma tan ruda de hablar, pero yo no sé hacer hexámetros, solo sé ganar dinero para mí y para los míos.

Pyrgos enmudeció, porque estaba convencido de que lo bello podría ser útil, de que lo sublime no estaba reñido con la realidad. Una obra de arte podía ser un buen negocio para todos. Ahí estaban las obras pendientes y que él había asignado a sus socios: las que había que acometer construyendo un hermoso jardín de árboles persas fuera de las murallas, surcado por el arroyo oriental del Betis. Ahí estaba el proyecto por acometer de una escuela para los niños de la calle que garantizarían el futuro del campo hispalense. Ahí estaba el proyecto de crear una gran avenida hasta el anfiteatro con cipreses y estatuas de dioses y héroes mitológicos escoltando ambas aceras. Había tanto por hacer y con buen gusto que no veía en el gasto de la inversión una huida para el negocio. Paseaban en silencio hasta que

un corro de ciudadanos, que lo reconocieron y aclamaron, lo invitaron a quedarse a ver la representación callejera del *Testamentum porcelli, El testamento del cerdito,* una grosera e hilarante parodia que hacía furor entre la gente más simple del pueblo. Muchos de ellos lo habían votado.

—No, gracias, gracias tengo mucho trabajo, ciudadanos.

Cara Pescao le tiró de la manga de su toga y le dijo al oído:

—Quédate. Son tus ciudadanos y quieren que disfrutes con ellos. Pon atención a lo que vas a ver. La calle muchas veces nos da lecciones que nunca encontraremos en los libros.

Pyrgos se quedó y prestó atención a la parodia. *El testamento del cerdito…*

## El testamento del cerdito (y 2)

El actor que iba a declamar en público aquel hilarante testamento se había disfrazado de cerdito. Orejas de cerdo, mofletes de cerdo, pezuñas de cerdo en las manos y un cómico rabo en espiral en la trasera de su disfraz. La gente, al verlo, prorrumpió en risas y chanzas.

—Acaba pronto, que queremos comerte.

—Nos encanta la carne de lechón…

—Termina el testamento pronto, que soñamos con verte convertido en morcilla y salchichas…

Todos reían aquellas ocurrencias del pueblo simple y desocupado que deambulaba por la ciudad buscando recursos para matar sus horas. El actor también reía las gracias de los parroquianos. Empezó a declamar intentando imitar los gruñidos del cerdo:

—Marcos Gruñón Bin Mantecón, el cochinillo, ha hecho este testamento. Como no puedo escribirlo por mí mismo, lo he dictado. Dice así: «A mi padre, Cerdo Mantecoso, le dejo cuarenta mordiscos de bellotas, y a mi madre, la Puerca Vieja, le dejo cuarenta mordiscos de trigo, y a mi hermana, Gruñonesa, a cuya boda no podré asistir, le dejo treinta mordiscos de cebada. Y de mis órganos, dejo mis cerdas a los zapateros; mi grueso cráneo, a los luchadores; mis orejas, a los sordos; mi lengua, a los abogados y los chismosos; mis entrañas, a los salchicheros; mis muslos, a los fabricantes de rellenos; mis lomos, a las mujeres; mi vejiga, a los chicos; mi cola, a las chicas; mis músculos, a los afeminados; mis talones, a los corredores y los cazadores; mis pezuñas, a los ladrones… Y quiero un monumento que lleve inscrito en letras doradas: “M. Gruñón Bin Mantecón, el cochinillo, vivió novecientos noventa y nueve años y medio; de haber vivido otro

medio, habría completado el millar…”».

El actor señaló cada una de las partes de su cuerpo que iba a donar a sus herederos, y el público lo celebraba con risas estentóreas y groseras insinuaciones. Cara Pescao miró a un Pyrgos realmente decepcionado ante lo que veía. El patrón le hizo un gesto con la cara para que pusiera atención al actor, que iba a proseguir con la lectura del testamento porcino.

—«Mis buenos amigos, os pido que os ocupéis de mi cuerpo de forma apropiada, sazonadlo bien con sabores de nueces, pimienta y miel, de modo que mi nombre sea famoso y perdure en el tiempo. Mis señores y mis parientes, que están presentes en la redacción de este testamento, firman como testigos. Chuletón firmó. Oinc Oinc firmó. Chillador firmó. Tocinillo firmó. Morro frito firmó. Cerdo de boda firmó».

El público no paraba de reír y de gastarse bromas. Tampoco se cansaban de mirar a Pyrgos buscando su complicidad; este, condescendiente, también celebraba el jolgorio, aunque con tibieza. Saludó a sus votantes y partió justificándose con el gran trabajo pendiente que le quedaba por hacer. No estuvo fino, pero Cara Pescao siempre estaba al quite. Fue él quien comenzó a repartir dinero entre los espectadores y el actor. Todos los cerdos engordaron aquella mañana con la mano protectora del gran mercader hispalense. Lejos de la escena, el liberto le dijo a Pyrgos de forma aleccionadora:

—¿Ves? Solo quieren risas fáciles y dinero regalado. Puedes construirles Roma en Híspalis, pero te van a agradecer más que les des comida diaria en un comedor social y buenas peleas en el anfiteatro durante las fiestas más señaladas. Ese es el pueblo, amigo Pyrgos… No esperes otra cosa de él.

## Misión cumplida, señora

No más de dos días tardó en volver hasta Itálica el Cuervo. Sin previo aviso, con la confianza y la seguridad que te reporta conocer por dentro a tu socia… Llegó temprano a la aristocrática ciudad del otro lado del río, y llevaba en la mano una talega. Gala preparaba su caballo para dar un paseo por el verde y soleado invierno de aquellas colinas que rodeaban su ciudad y la hacían realmente bella.

—Salve, Cuervo. Qué sorpresa tan agradable. Me disponía a dar un paseo a caballo. ¿Me acompañas?

—Sin duda. Hace un magnífico día para cabalgar…

Gala sonrió con malicia y le brindó que cambiara de caballo.

—Tengo uno de Numidia precioso. Negro y listo. Como algunos esclavos…

—Lo acepto. Es un placer cabalgar sobre monturas nuevas…

Gala volvió a sonreír con malicia y creyó conveniente que el mando de la conversación estuviera ya en sus manos.

—¿Qué te trae por aquí, Cuervo? ¿Yo o los negocios?

El Cuervo se desataba la pierna inútil de la barriga de su caballo, donde la sujetaba con correas para que no resultara ingobernable, una tarea fatigosa que en cualquier otra ocasión le habría dado un bocado en el corazón al verse tan mermado de facultades, pero que ahora, tan enamorado, tan entregado a las artes de Gala, le parecía una labor tan doméstica como lavarse la cara en la fuente de la escuela después de un duro entrenamiento.

—Una promesa cumplida.

Gala lo miró con gesto teatral, dibujando una falsa sorpresa en el rostro y frunciendo su hermosa y fresca boca.

—¿Una sorpresa cumplida? ¿A qué te refieres, Cuervo?

—Eres libre, mi amor. Absolutamente libre —le dijo mientras levantaba con su mano el saco donde iba la cabeza de la rata que realizaba el cobro del chantaje a la aristócrata.

—Han pasado solo dos días desde que te pedí que dieras con esa rata. ¿En dos días has hecho tu trabajo? Ni Hércules invirtió tan poco tiempo en hacer los suyos.

—Ha sido fácil, socia. Muy fácil. Estos miserables no saben guardar los secretos de sus oportunidades cuando beben, y no hay mejor servicio de información en Híspalis que las tabernas donde ejercen las prostitutas.

Gala calló. Dejó pasar un momento mientras subía a su caballo favorito, el mismo que acompasaba su paso con cierta pulsión estimulante del clítoris de la aristócrata. Y propuso:

—Deja el saco a mi esclava, ella me dirá si era el criminal que buscábamos. No quiero que una repugnante visión me nuble un día tan agradable. ¿Estás listo, Cuervo?

La esclava de confianza de Gala cogió la talega y se la llevó para examinarla. El Cuervo seguía esforzándose en cambiar de montura. Lo ayudaron los mozos de cuadra, pero apenas se dejó. Con rabia, determinación y orgullo subió a aquel hermosísimo caballo negro y amarró su pierna inútil al vientre del animal.

—Ya estoy listo para disfrutar contigo de un día más que me regala el cielo. Tú dices hacia dónde vamos.

Salieron uno tras de otro, al paso, hasta que perdieron de vista Itálica y se adentraron en un bosque de encinas, coscojas, lentisco,

jara, aulagas y retama. De vez en vez veían algún lince correr detrás de una liebre, o un ciervo berreando y mandando sobre la manada. Gala, con toda intención, quiso romper el silencio.

—Cuervo, eres como ese ciervo, poderoso y dominante. Nunca podré olvidarte en la arena. Me fascinaba tu cuerpo, tu carácter y tu espíritu de combate.

—Creo que todavía está intacto. Lo pudiste comprobar la otra noche…

Gala sonrió.

—Es cierto. Tu alma sigue intacta y eso habla muy bien de tu fuerza interior, de tu gran dominio de las adversidades. Sobre todo si yo soy la que lo disfruta…

El Cuervo soltó una carcajada repleta de vanidad.

—Tengo para más —le dijo ufano.

—No me extraña. Pero me refiero a otras cualidades tuyas que quizá se estancaron para que otro las usurpara…

—¿Qué me quieres decir, Gala?

—Nada importante. Tal vez mi amor me empuja a la melancolía, pero pienso que tú y solo tú eras el llamado a ser el gladiador más celebrado de todos los tiempos en Híspalis y que Roma se te fue porque el destino te miró mal.

—No sigas por ahí, mujer —dijo con tono imperativo.

—Sí, sigo por ahí, gladiador. ¿Sabes una cosa? Te diré que sufro mucho cada vez que veo como Scaeva es enormemente feliz y tiene tanto cuanto tan poco vale y menos ha hecho para conseguirlo.

El Cuervo empezó a sentir desaparecer la música que en los últimos días lo acompañaba para que, nuevamente, la parte más oscura de su alma llenara de gritos de venganza y de odio su maltratado corazón. Gala siguió hablando.

—No dejo de sufrir por ver como ha ocupado tu lugar y te ha desplazado a un tercer plano, cuando tú eras un hombre al que Híspalis adoraba como a un dios y al que los aristócratas se acercaban para empaparse de tu prestigio entre el pueblo. Es verdad que perdiste una pierna; pero no tu cabeza y tu capacidad de liderazgo.

El Cuervo miró hacia el frente y dejó perder la vista entre las encinas para ver entre sus boscosas copas algunos instantes fatales de su pasado, aquel día en que Scaeva lo mutiló para siempre. Gala le extendió la mano y se la acarició. Luego dejó brotar unas lágrimas de los ojos, como si fuera la vestal Emilia a la que se le apagó el fuego sagrado del templo y lloró amargamente por su suerte, de cuyo tremendo dolor la rescató Vestal, apiadándose de ella.

—No debes llorar por eso, Gala. A tu lado nada me importa ni me

siento relegado a puestos que no me corresponden. Creo que soy un hombre afortunado, muy afortunado. Isis me protege, y estoy seguro de que tú y yo seremos felices sin importarnos la felicidad de los demás.

Gala siguió llorando, bajó de su caballo y posó la boca sobre la pierna del Cuervo.

—Tú volverás a ser un hombre envidiado en Híspalis, por todos los dioses.

Sus manos empezaron a acariciar el muslo del Cuervo y, sin más dilación, Gala empezó a succionar el miembro del doctor, que seguía montado y atado a su caballo.

—No, no hagas eso. Eso solo lo hacen…

—… las putas que tú conoces y las señoras que te quieren con locura. Como yo a ti.

Gala continuó su trabajo mientras en su cabeza se forjaba la convicción de que a los hombres hay que tratarlos como a niños. Primero un azote y luego una caricia. Solo así comprenden que la guerra la hacen los hombres para ganarla las mujeres… listas.

## Una fecha

El sándalo se iba quemando en el pebetero en una incandescencia casi de piedra volcánica y esparcía por aquella habitación de la casa de Isaac la fragancia de su perfume oriental. Isaac era el padre de Arusa, un mercader de perfumes y fragancias orientales en disposición de un acomodado estatus, hispalense de nacimiento, pero descendiente de los judíos que tras la destrucción del templo de Jerusalén por Tito y el padre de Trajano, entre otros generales, decidieron buscar horizontes más tranquilos y apropiados para sus negocios. Scaeva lo escuchaba con atención.

—Mi familia procede de la casa de David, somos descendientes de la familia Abravanel. Miembros de mi familia llegaron a Híspalis hace mucho, mucho tiempo, cuando Nabucodonosor destruyó nuestro templo por primera vez. Mis más directos antepasados llegaron hace dos generaciones a Híspalis, tras la toma de Jerusalén por los romanos.

El judío hablaba despacio, ceremonioso, tratando de subrayar con sus palabras la importancia de su sangre y de su blasón. Continuó:

—Ningún descendiente de mi familia ha mezclado su sangre con la romana.

Scaeva saltó como un tigre en el circo.

—La mía tampoco. Mi familia no pactó alianzas de ningún tipo con los romanos que invadieron mi nación, se apoderaron de ella, implantaron sus leyes, esclavizaron a los rebeldes y explotaron nuestras riquezas. Otras familias aristócratas de mi vieja nación sí pactaron y se cruzaron con romanos venidos de Italia. La mía siempre fue fiel a su destino.

Tras la puerta de aquella estancia, Arusa y su madre trataban de escuchar la conversación entre Isaac y Scaeva.

—No obstante esa interesante puntualización tuya, Scaeva, te anticipo que no va a ser fácil que puedas casarte con mi hija.

—¿Puedo preguntarle la razón?

—Nuestras creencias nos separan con una insalvable distancia.

—Cierto es que también sois extraños a vuestra fe original, porque os proclamáis seguidores de un tal Jesús de Nazaret, un charlatán según los judíos más ortodoxos y un impostor según la ley romana. Yo creo que eso hace más corta la gran distancia que dices que nos separa.

Scaeva siguió aspirando aquel perfume penetrante que serenaba el ambiente y ayudaba a pensar. Fijó sus ojos en un pequeño dibujo en la pared donde se veía un pez, muy parecido al que llevaba colgado en el cuello Arusa y que decía representar la fe de los cristianos, esa amargante secta judía que solo propagaba el fin de los tiempos y negaba los placeres más agradables a los sentidos de los hombres.

—Si me permites, Isaac, te diré lo que puedo ofrecerte para que me concedas en matrimonio a tu hermosa hija Arusa.

—Habla, pues.

—Ni tú ni yo nos consideramos romanos. Vivimos con ellos y ganamos nuestro sustento dentro del marco de sus leyes impuestas. Ni tú ni yo poseemos las tierras de nuestros antepasados, hoy en manos de Roma. Ni tú ni yo queremos mezclar nuestras sangres con la sangre de esos bárbaros prepotentes. Pero no es menos cierto que yo luché por ellos en la Dacia y tú tributas a su emperador sometiéndote a sus caprichos. Tienes una ventaja aún sobre mí: tu pueblo existe, pelea, sobrevive y mantiene en pie su fe y su Dios, aunque el tuyo no sea ahora el mismo que veneran los sacerdotes del viejo templo de Jerusalén, arrasado por Roma. Yo no tengo nada de eso, tan solo las ruinas de los viejos templos turdetanos y la memoria que me trasladó mi padre, sin voces ni acentos propios, en latín, la lengua de los invasores.

Isaac lo interrumpió:

—¿Eso es lo que me ofreces por Arusa?

—Eso es lo que nos une, Isaac. Mucho más de lo que imaginas.

Estamos más unidos que separados por cuestión de fe, religión y sangre como apuntabas al principio. Y no. No te ofrezco eso por Arusa. Por Arusa te ofrezco amor y respeto, comodidad y bienestar para formar una familia y ver crecer a mis hijos, a tus nietos. Eso es lo que te ofrezco.

Isaac guardó un largo silencio. Luego tocó las palmas e hizo entrar a su mujer y a su hija:

—Sé que habéis estado escuchando todo detrás de la puerta…

Madre e hija rieron y abrazaron a Isaac. Luego se dirigió a su esposa:

—Esposa mía nuestra hija dejará pronto esta casa para vivir en la suya y darnos nietos que bendigan nuestros últimos años en la tierra. Scaeva acaba de pedirla en matrimonio. No he visto ninguna razón para no entregársela. Al revés: todo lo tiene a favor para que un padre y una madre se sientan felices de que su hija abandone su casa para formar su hogar con este buen hombre. Déjame que te bese, Arusa, y pongámosle fecha a vuestra unión. Que Jesús bendiga vuestros corazones.

Scaeva intervino:

—Tanto Arusa como yo queremos casarnos la próxima primavera, en junio, el día del solsticio de verano, si no os parece mal…

—Es un buen día, el de mayor luz del año. Que esa luz ilumine vuestra unión y os haga infinitamente felices…

# CAPÍTULO XV

# NUESTRA VIDA ES BREVE, PERO SE HACE MÁS LARGA POR CULPA DE LOS INFORTUNIOS

*Híspalis*
*Invierno del 114 d. C.*

## VOLAR COMO PÁJAROS

Los días volaban como los pájaros y ellos se sentían igualmente ligeros como aves y capaces de cualquier cosa. El amor está hecho con la materia que hace invencibles a los héroes, y el que bebe de su energético licor alcanza un determinado grado de feliz demencia que empequeñece los obstáculos y minimiza los riesgos. Te sientes capaz de todo, o quizá muy pocas cosas puedan convencerte de que eres mortal y que hasta a la muerte eres capaz de echarle un pulso. Scaeva y Arusa pasaban el máximo tiempo de los días juntos, viendo casas que comprar por la zona norte de la ciudad, cerca de donde vivía Cara Pescao o caminando por el barrio sur de Híspalis, desde donde gustaban de mirar la monumentalidad del templo de Isis, sobre todo en las horas tempranas del día, cuando el sol lo iluminaba y le daba a su arquitectura un plus de sacralidad que solo Arusa se negaba a reconocer.

—Me gusta ese templo, Arusa, siempre me ha gustado, y es la primera gran visión que se tiene de nuestra ciudad cuando vienes del sur navegando en un barco. Tanta monumentalidad no deja de ser impactante incluso para mí, pese a que mi templo más venerado está en ruinas, allá en los cerros del otro lado del río, hacia poniente.

—Es bonito, Scaeva, no te lo negaré, pero más bonito sería si ahí dentro en vez de adorarse a Isis sobre el altar hubiera un bonito mosaico con la figura de un pez.

Scaeva la agarró por ambas manos y la miró a los ojos con todo el sentimiento del mundo.

—A veces me pregunto si me amas tanto y con tanta determinación como amas tu religión. Si solo me abrazaras con la tercera parte de la intensidad que pones en tu fe, yo sería el hombre más feliz del mundo.

Arusa le dio un beso y luego lo miró a los ojos.

—Son amores diferentes y complementarios. Si supieras que cuanto

más te necesito, más cerca me encuentro de la palabra del Maestro, y cuando digo que te amo, entiendo lo que debe de ser el amor que él predicó entre los que nunca lo tuvieron.

Scaeva le soltó las manos y fijó los ojos en el templo de Isis, situado arriba del barrio portuario, por donde paseaban.

—Tengo la sensación de que estoy empezando a vivir porque antes he estado dormido —dijo Scaeva.

—Yo, en cambio, amado mío, tengo a veces miedo, mucho miedo. No creo que esté preparada para ser tan feliz y temo que algún día…

Scaeva le tapó la boca con dos dedos de la mano, que pronto se incendiaron con los besos de Arusa.

—No pienses en lo que no debes pensar. Vive la felicidad, que suele ser tan breve como la vida. No dejes que los demonios te invadan la cabeza y oscurezcan tu corazón.

Se besaron y Arusa se sintió más segura, más reconfortada, pero no tanto como cuando, acto seguido, Scaeva, ya sobre su caballo, la colocó sentada delante de él, junto a su pecho, y dejó volar la fantasía:

—Como te llevo ahora llevaré muy pronto a mi hijo, para que desde pequeño sepa que la vida se ve mejor desde la altura de un caballo que desde el suelo por donde se arrastran las sandalias.

—¿Qué nombre le daremos? —preguntó ilusionada Arusa.

—Víctor, porque venció la derrota de los mundos de sus padres, sometidos por Roma.

—A mí me gustaría más Jesús —replicó tímidamente, pero con decisión, la judía.

Scaeva soltó una enorme carcajada y movió la cabeza con incredulidad:

—Por Salambó, por nada en el mundo le pondría a mi hijo el nombre de un loco crucificado. Víctor será su nombre, la mejor corona de nuestra próxima unión.

## Recojo mis cosas

—Hoy he soñado con un ratón, Scaeva. Y ya sabes lo que significa eso —le dijo Asinus al Zurdo mientras un rayo de tibio sol se colaba por los vitrales de la ventana e inundaba el lecho donde ambos dormían.

—No importa. No eres esclava de nadie. Y quien sueña con ratones lo hace porque es un esclavo doméstico y tan tímido como esos bichitos.

Asinus, la mejor prostituta de los lupanares de Scaeva, la mujer con la que firmaba una relación de difícil encasillamiento donde el sexo, la

lealtad y la complicidad tejían un cesto sobre el que el Zurdo volcaba su plena confianza, se levantó de la cama donde había dormido con su patrón. Scaeva no pudo evitar sentir el picotazo dulce y placentero del deseo al verla de espaldas, desnuda, con un cuerpo tan bello que Venus podría llegar a envidiarla. Asinus le contestó:

—No estoy tan segura de eso, Scaeva.

—¿De qué no estás segura, Asinus?

—De que no sea una esclava doméstica y demasiado tímida ante una serie de hechos que van a ocurrir en tu vida y que nos afectarán.

Scaeva abandonó también la cama y, desnudo, luciendo quizá las mejores galas físicas de sus ya maduros años, avivó la chimenea de la habitación para, después, invitar a la mujer a compartir el hogar.

—No acabo de entenderte. Eres mis ojos y mis oídos en este negocio tan difícil…

—También soy tu corazón. Y a eso me refiero, Zurdo. A que tu corazón ya está empeñado con otro corazón y que pronto, en primavera, lo uniréis, y te va a ser difícil dormir conmigo en este lecho a no ser que me convierta en tu esclava, como me anuncia soñar con ratones. Tu esclava doméstica, cosa a la que, por Venus, yo estaría dispuesta, pero probablemente tu mujer no.

Scaeva la abrazó y sintió que su corazón estaba confuso y que los sentimientos encontrados del amor son más difíciles de tratar que a un dacio enloquecido con una espada en la mano. Si aquel abrazo pudiera hablar habría dicho:

—Quédate conmigo, Asinus. Te quiero, te aprecio, te valoro y te respeto, pero he elegido a la que quiero que sea la madre de mis hijos. Nunca podré olvidar la alegría y la felicidad que me transmites cuando bailas o cuando me informas del estado de mis negocios. Me eres tan útil como el agua a los molinos, y tan necesaria como el sol a las rosas.

Pero en vez de decirlo, Scaeva calló y se expresó como solo sabía hacerlo. La amarró entre sus brazos, la levantó y la colocó nuevamente en la cama. Luego le hizo el amor como si todas las fuerzas de la naturaleza se hubieran aliado con su deseo. Asinus disfrutó, como siempre, hasta esos límites inabarcables a los que es capaz de llevarte el deseo voraz de fundirte con la persona amada. Cuando terminaron, la bella bailarina gaditana besó a su hombre y se levantó.

—Voy a recoger mis cosas, Zurdo. Me iré a vivir a otra casa. Tenemos lupanares de sobra donde poder instalarme y seguir controlando el negocio.

—No, no lo hagas, Asinus. Aún no. Queda tiempo para el día de mi

boda.

La bailarina lo miró con ternura y le brindó una sonrisa. Luego comenzó a sentirse mal. Palideció y sintió náuseas.

—¿Qué te pasa, Asinus?

Sonrió y dijo:

—Debo de estar haciéndome vieja para el trote de tu caballo. No me pasa nada. Tranquilízate. No me pasa nada, solamente que soñar con ratones no me sienta bien…

*Hospital de campaña romano, Lambaesis*
*Invierno del 114 d. C.*

## Cara contra cara

Había acercado tanto la cara a la de Valentiniano que este, bajo el sopor de las drogas, abrió los ojos y lo primero que vio fueron los de aquel soldado que, como alobado, miraba los suyos. Valentiniano creyó que soñaba. Seguía recuperándose de la seria herida recibida en el anfiteatro de Lambaesis y los médicos de la Legión III Augusta allí establecida lo trataban como si fuera uno de sus altos oficiales. De hecho así se lo había hecho saber a los doctores el general al mando de la legión. Africano, el lanista, lo visitaba todos los días y lo animaba en su recuperación, pero cada vez tenía más dudas sobre si el joven gladiador dacio estaría completamente recuperado y con la forma exigible a una estrella de la arena para pisar el Coliseo romano. A Roma había que ir a ganar, nunca a perder.

Aquel soldado que miraba a los ojos de Valentiniano era Tercio, que convalecía en el hospital de unas fiebres recurrentes que cogió bebiendo el agua estancada de algún arroyo infecto del país de los rinocerontes. Daba la impresión de que había superado otro rebrote y ahora se recuperaba en el hospital con tan solo una preocupación: saber quién era aquel gladiador que, dibujado su rostro en el viejo papel de la memoria, le resultaba familiar. Empujado por una febril obsesión, Tercio acercó aún más su cara a la de Valentiniano, que ya tendría a menos de una cuarta los ojos del otro clavados en los suyos, como buscando en su apagado brillo convaleciente la pista que necesitaba para identificarlo. El joven dacio siguió creyendo que soñaba, que deliraba. Alguien llamó a Tercio y le recomendó que se retirara de aquella cama:

—Tercio, por Júpiter, deja descansar al muchacho. Si le pasara algo probarías la vara de vid del centurión…

Tercio se retiró de la cama y contestó con una bravata de soldado veterano:

—Sobre mis espaldas solo se rompen las caricias de las mejores putas de Numidia…

Aquellas palabras se quedaron jugando, colgadas, como balanceándose sobre el sopor de la droga en la cabeza de Valentiniano, al que le pareció muy cercano y conocido el acento latino de aquel romano.

—Habla como en Híspalis —divagó en su semiinconsciencia.

Y se angustió, porque no sabía si soñaba, vivía o dormía ya para siempre en el mundo de los muertos de los guerreros dacios.

## CIEGO Y DESARMADO

Sobre un pétalo de la rosa roja y aterciopelada que Gala cortaba en su jardín había una gota de fresco rocío que le imprimía más lozanía a la flor. La aristócrata gustaba de cortar sus flores para, posteriormente, encargarle a su esclava de confianza que hiciera bonitos ramos para adornar la casa. El invierno amenazaba con escaparse hasta el año próximo y tanto las bestias como los pájaros daban muestras de que la estación invernal estaba próxima a su fin. A Gala la acompañaba el Cuervo, cuya transformación física y emocional continuaba causando sorpresa. Mucho más delgado, ejercitado en la escuela de gladiadores, parecía que el amor lo hubiera rejuvenecido y, más milagroso aún, que hubiera cambiado su carácter. Miraba al cielo de un celeste puro y joven de aquella mañana viendo llegar desde el sur, desde África, las primeras bandas de aves.

—Mira, Gala, anuncian la primavera. Pronto los campos estarán florecidos y oliendo a romero y espliego, las hierbas que tanto te gustan cuando sales a pasear.

—Así es, Cuervo. Pronto viviremos una primavera más, algo que siempre hay que agradecer a los dioses. Pero…

Gala interrumpió conscientemente su frase para provocar la curiosidad del Cuervo.

—… pero qué. Continúa, mi señora.

—Nada, olvídalo. Hace un día maravilloso para disfrutar.

—Te ruego que me lo digas, ¿tienes algún problema?

—Yo precisamente no, amado Cuervo, lo tienes tú. Y no pareces querer darte cuenta.

El Cuervo le hizo un gesto de extrañeza a Gala, de no saber qué problema tenía con la llegada de la primavera, ahora que todo le

sonreía.

—¿Te puedes explicar, Gala?

—Claro, si así lo deseas, pero no es mi intención acongojarte ni hacer volar de tu bonito rostro esa sonrisa alegre que te acompaña siempre.

—Siempre que te veo y estoy a tu lado. Dime. Juro que no me afectará.

Gala decidió sentarse sobre un elegante banco de mármol griego del jardín, profusamente trabajado con motivos vegetales, sobre el que caía un sol suave y bondadoso.

—En primavera se celebrará en Híspalis un matrimonio sonado. No hace falta que te diga más.

—¿Y eso cómo me afecta? No lo entiendo, Gala.

—Te afecta y mucho. El Zurdo tendrá lo que nunca acabarás teniendo conmigo. Una familia, unos hijos, un hogar propio y un futuro donde realizar tus sueños. Su mujer lo atenderá solícitamente cuando él quiera, y sus hijos llenarán de alegría su nuevo hogar.

El Cuervo seguía sin comprender. Gala se dio cuenta y apretó el nudo de la soga.

—Nada de eso tendrás tú, y tú eres el que se lo ha ganado por su bondad, generosidad, compromiso y lealtad. A ti es a quien el futuro le debe tanta y tanta felicidad como le va a regalar a Scaeva.

—Ya la tengo contigo, Gala.

—Conmigo no tienes nada. Tan solo somos socios unidos por dos futuros gladiadores y una relación pasional que no te dará más que algunos días de placer y muchos de melancolía.

Gala volvió a teatralizar la situación y dejó escapar algunas lágrimas mientras aspiraba el perfume de una rosa.

—No puedo resistir tanta injusticia. En la boda te relegarán al puesto de un miserable doctor de una escuela de gladiadores y no al héroe que lo fue de una Híspalis que se inclinaba a tu paso. Los honores serán para él, para Scaeva, el mismo que te apartó de la gloria, de una gloria que era única y exclusivamente tuya. Cuervo, ese día será tan negro para mí que yo excusaré la invitación. No iré. No quiero verte relegado al puesto de un vulgar doctor.

—No llores por eso. Solo me importa seguir a tu lado y multiplicar los días felices para contrarrestar los de melancolía.

—De acuerdo. Eres tan noble de corazón que pasarás por alto todo eso y más, pero yo les pido a los dioses que me escuchen y que parte de esa felicidad que van a disfrutar muy pronto te la lleves tú. Solo una parte, la que te corresponde por lo que eres y por lo que fuiste, y te aseguro que pelearé con todas mis fuerzas para que sea así.

El Cuervo fue a abrazarla, pero Gala lo impidió.

—Aquí no. En el jardín jamás. Nos pueden ver, y no quiero que en Roma mi marido escuche por alguna boca envidiosa que el Cuervo abraza a su mujer en el jardín de su propia casa. Las caricias, en mi alcoba. Pero la verdad te la digo en cualquier sitio. Ese matrimonio enfangará más aún tu posición dentro de la sociedad. Scaeva añadirá a su rico suegro judío al patronazgo de Cara Pescao, lo que devaluará tu ya endeble situación, y eso no debe suceder, Cuervo. Tú no te lo mereces. Haz algo por ti, por tu honor, por tu dignidad. Solo te pido que les robes un poco de tanta felicidad como disfrutan, un poco tan solo de ese tesoro que los dioses del amor regalan tan caprichosamente…

## Pensando en Roma

Pyrgos se demoraba en explicaciones detallistas sobre el trazado de aquella amplia avenida que llevaba hasta el anfiteatro y que el edil trataba de embellecer con altos cipreses y estatuas de héroes mitológicos. Cara Pescao daba la impresión de que lo escuchaba atentamente:

—Mira, patrón, la idea es hacer un bonito paseo hasta el anfiteatro, un paseo del que pueda disfrutar el ciudadano que se dirija a los juegos, que le transmita sensaciones de seguridad y poder, y, por supuesto, de belleza. Por eso quiero conjugar mármol y vegetación: cipreses, pinos, héroes mitológicos y, llegando a la arena, dos colosales estatuas de nuestros dos gladiadores más grandes: el Cuervo y Scaeva…

Cara Pescao, conforme hablaba Pyrgos, más se alejaba de la conversación y se sumía en graves reflexiones sobre el futuro. ¿Qué pasaría si Trajano no volviera de Partia? ¿Qué se movería en Roma, en aquella brutal guerra de intereses, si Adriano ocupara el trono? ¿En qué situación quedarían los senadores más fieles al augusto y cómo afectaría su muerte a los ricos comerciantes que representaban intereses de los aristócratas que apoyaban al emperador? Tanto su patrón, Luparius, como Casio Iunius, el marido de Gala y hombre muy cercano a Trajano, eran ya longevos y, quién sabe, algún día podrían embarcarse con Caronte… Todo eso lo sumía en un desasosiego incómodo, en esa clase de situaciones que detestaba por no poderlas controlar. Cara Pescao miraba con simulada atención todo lo que le contaba Marco Antonio Pyrgos, pero en realidad su cabeza estaba en Roma, y eso no era bueno, porque quien tenía que estar en Roma no

era solo su cabeza, tenía que estar él para que ninguna eventualidad lo sorprendiera. Dos o tres semanas faltaban para que se abriera el curso de navegación y estaba decidido a viajar hasta la capital del mundo para enterarse dónde estaba y dónde podría estancarse si el gran emperador Marco Ulpio Trajano sufriera algún indeseado y grave percance en su campaña de Oriente. De la pobreza se sale, de la esclavitud también, pero a ambas se puede volver si no eliges bien el camino que te aleje de ellas.

—¿Le gusta, patrón? ¿Le gusta lo que ve?

—Me encanta, Pyrgos. Estás haciendo un trabajo magnífico, tanto que cuando lo veo pienso en Roma…

## UN CABALLO LOCO

Eolo premiaba a Híspalis con una brisa de tibieza prematura, y Arusa, como era su costumbre, mandó preparar el caballo para disfrutar de tan hermosa mañana. Montó y lo notó algo nervioso. Salió de la ciudad por la puerta de levante buscando siempre la paz y la belleza del bosque que crecía, frondoso y verde, en los dominios del alegre arroyo oriental del Betis[24]. De vez en vez, con suerte, contemplaba algún venado o a un osado jabalí, cosa que no perturbaba el ánimo de la hebrea, pese a ir indefensa. Al entrar en el bosque, el caballo, asombrado por alguna extraña razón, comenzó a parecerle ingobernable y por más que lo obligaba con su fusta y el bocado, el animal solo obedecía a su angustia. Nunca le había pasado nada parecido. Ambos se conocían bien, formaban a diario una pareja indivisible, un centauro que se regía por la cabeza de la judía y que cabalgaba como el viento con la elegancia de los buenos corceles. Cada vez iba más veloz y poseído. Arusa sintió miedo. El caballo se había desbocado y no tenía forma de controlarlo. En su angustiosa huida hacia donde el instinto le dictaba, abandonó el sendero más claro del bosque para adentrarse en la espesura. Casi sin poder evitarlo, la hebrea fue a estrellar su cabeza con el brazo bajo y grueso de una encina. Su mente pasó del color alegre de la mañana al negro cerrado de la noche, y su cuerpo, como la muñeca de trapo de una niña, quedó convulsamente tendido en el suelo. Tal vez había abandonado a un último, fugaz e incontrolado pánico, el miedo que semanas atrás le había expresado a Scaeva por ser tan feliz, ese miedo abisal que se asoma a nuestra alma para indicarnos que somos vulnerables y que cuanto más felices seamos, más temor tenemos a que la fiesta acabe pronto y mal, como acabó aquella linda mañana

hispalense con la vida de una de sus mujeres más felices y hermosas.

*Lambaesis, Numidia*

## MALDITO DACIO

La herida era un tajo severo, aunque, afortunadamente, la infección había remitido. Aún estaba fea. Sin embargo, los médicos descartaban que el dacio pudiera perder el brazo. Es más: le recomendaron que caminara por el exterior del hospital y comenzara a recuperarse físicamente. En eso estaba Valentiniano cuando Tercio, que lo observaba desde el interior del hospital de campaña, vio en un movimiento del chico la clave de su enigma.

—Se mueve igual que el niño dacio que se llevó Scaeva de aquel puto bosque dacio. Qué burro soy. Es el niño que Trajano le regaló a Scaeva. Han pasado los años, pero se mueve igual que aquel demonio maldito que casi nos mata.

Tercio no pudo contenerse y fue al lugar donde Valentiniano respiraba aire puro y ejercitaba un poco sus piernas.

—¡¡Salve, loco!! —le dijo con sorna el dacio al reconocer que aquel soldado era el que lo miraba a los ojos en el hospital, acercando el rostro al suyo hasta casi rozarlo.

—¡Loca será la puta de tu madre. Maldito cabrón!

Valentiniano se quedó sorprendido ante la reacción de Tercio. Sin darle importancia, le respondió:

—No conozco a un romano que no esté endemoniado…

—Pues mírame bien. Aquí tienes a uno. Aquí tienes a un romano con la cabeza en su sitio y que reconoce a quien alguna vez lo quiso matar.

Valentiniano continuó mirándolo sin darles más importancia a las divagaciones de aquel loco.

—Sí, fíjate bien en mis ojos, en mis labios, en mis piernas. Fíjate bien y recuerda aquel día en el bosque de Sarmizegetusa, en la Dacia, cuando trataste de matarnos a mí y a Scaeva, mi compañero.

Valentiniano no se inmutó ni mostró sorpresa alguna y le contestó con desprecio:

—No me pierdo en recordar fantasmas. Hace ya tanto tiempo…

—El tiempo que deberías llevar muerto. Te salvó lo que te salvó, que eras un regalo del emperador a uno de sus mejores soldados. Por eso no te cortamos la cabeza y te descuartizamos como a aquellos bárbaros.

—Como a mis padres, quieres decir…

Tercio lo miró y titubeó, pero era más poderoso el odio que aún le guardaba a aquel chico por quien su mejor amigo había demostrado entonces tanta inclinación y tolerancia.

—Como a tus padres y a todos los padres y madres de aquellos bárbaros que aniquilaron a tantos soldados romanos desde los tiempos de Vespasiano.

—Defendíamos nuestra casa. Estábamos en nuestro territorio. Los romanos no.

—Nosotros os íbamos a proporcionar un mundo mejor.

Valentiniano rompió a reír y lo hizo con tantas ganas que notó una fuerte punzada en el hombro herido.

—Decididamente, estás loco, romano.

Tercio se calmó un poco y dio paso a su curiosidad. Estaba ante el esclavo de su mejor amigo de armas, al que no veía desde hacía diez años y del que nada sabía. En cambio, aquel maldito bárbaro medio romanizado podía contarle muchas cosas.

—¿Qué sabes de tu amo?

—Vuestros dioses lo bendicen a diario. Vive muy bien en Híspalis. Tuvo serios problemas a su regreso de Dacia, pero se recuperó. Se hizo gladiador, como yo, y ganó fama, dinero y prestigio.

—¿Por qué no peleó en Roma?

—Cosas suyas. Yo sí voy a pelear en Roma.

Tercio le miró el hombro e hizo un gesto de contrariedad:

—Lo dudo. Ese brazo no lo recuperas hasta el próximo invierno. Al Coliseo no llevan gladiadores mancos…

—Con una mano me basta y me sobra para acabar con esos desgraciados…

—Eras insolente de pequeño, tanto que me desesperabas, pero ahora de adulto, con la fama que te precede, eres realmente insoportable. Tu vanidad y tu soberbia te matarán.

—Pero no me matará un romano…

Tercio se dio la vuelta contento por saber que a su amigo el destino lo trataba con dulzura y porque estaba harto de aquel impertinente gladiador al que, casi diez años atrás, quiso quitar del mundo para salvar a su mejor amigo en la Legión II Trajana Fuerte. Cuando se había retirado un par de pasos, Valentiniano le preguntó:

—¿Tú has vivido en Roma?

—Llevo viviendo en Roma desde que rendimos a vuestros ejércitos. Ahora convalezco de unas fiebres que me atacaron en la expedición al país de los rinocerontes. Pronto regresaré a Roma y, posteriormente, me licenciaré para instalarme en Híspalis.

—¿Y sabes dónde vive el centurión de las tropas auxiliares de aquella legión?

—¿Te refieres a Cornelio? Somos amigos. Soldados, veteranos y amigos. Claro que sé dónde vive. ¿También te gustaría matarlo?

Valentiniano no dijo nada, solo le regaló una sonrisa entre el desprecio y la conjetura…

## DOLOR

Habían lavado su rostro, perfumado su cuerpo y limpiado su herida. Arusa, pálida como la cera, aún desprendía una belleza inasible, que no nacía ya de la intensidad de sus juveniles años, sino tal vez de la bondad de su alma que aún no la había abandonado. Mientras que los rostros de los dolientes eran la geografía trágica del dolor, el suyo dibujaba en su boca casi un rictus de sonrisa, muy leve, tal vez imaginado, que no te permitía hacerte a la idea de que un fatal accidente había acabado con una vida tan joven y plena. Su madre y su padre estaban abrazados y desconsolados, arrancándose los pelos y tiznando sus rostros de cenizas para expresar el inmenso dolor por una pérdida tan irreparable. Cara Pescao y Marco Antonio Pyrgos acompañaban a Scaeva, al que ni una sola lágrima le pudieron anotar las contables del luto que cifraban el amor sincero de una persona en las muestras externas de dolor que manifestaran en una ocasión como aquella.

El Zurdo dejó su sitio al pie del lecho de Arusa y miró a Isaac y a su madre. Era insoportable el dolor de aquellas dos personas que sobrevivían, de forma antinatural, a su hija, a la flor más preciada de su jardín. Estaban aterrorizados porque el invierno más frío cubriría de escarcha los recuerdos de su hogar, helando las risas pasadas en un dolor silencioso e insoportable. Lo peor de la muerte son los ecos fantasmas que deja entre los vivos, los recuerdos que alguna vez fueron de carne, hueso y corazón, y que el deceso condena a vagar entre el dolor de sus deudos con un puñal clavado en tan definitiva ausencia. La muerte mata, a veces, más a los vivos que a los muertos, sometiéndolos a una tortura tan desmesurada que ni el propio Tántalo podría soportar tanta desesperación. Los abatidos padres de Arusa miraron a Scaeva y asintieron con las cabezas. El Zurdo se inclinó y besó a su amada sintiendo el mismo miedo y pánico que, muchos años atrás, sobrellevó como pudo cuando le dijeron que su padre, su madre y quizá su hermanita habían muerto. Los labios fríos e inertes le recordaron los suyos de aquel tiempo en el que la vida se le viró del

revés y nada salió como había planeado con su padre mientras él peleaba en Dacia para llevar más bienestar a la familia. Otra vez aquel miedo, aquel pánico, ese que solo supo descubrirle Valentiniano, pese a su insultante juventud.

Se le aguaron los ojos, pero supo dominarse. Luego le colocó al cuello una cadenita de oro con un pez realizado con puntas de piedras preciosas, que era el regalo que le tenía preparado a Arusa para la fiesta de pedida. El pez era el signo con el que los cristianos se reconocían en su fe, un acróstico que en griego significaba «Jesús Cristo hijo de Dios Salvador». Las contables del luto se miraron y asintieron. El Zurdo no lagrimeaba, pero estaba reventando de dolor por dentro. Antes de irse de aquel día que el destino le había preparado para hacerlo el hombre más infeliz del mundo, miró a Pyrgos y le dijo:

—Alguna vez te oí decir que la vida es breve pero que los infortunios la hacen más larga. Amigo mío, hoy para mí se hace insoportablemente eterna…

## El amor mata

—¿Sabes qué epitafio lleva la tumba de la chica, Cuervo?

—Lo desconozco.

Cesó la conversación y Gala prosiguió concentrada en las cuentas de la casa, que cuadraba inclinada sobre su escritorio y de espaldas al doctor. Tras una pausa prolongada, donde solo se oía silbar alegremente al Cuervo, Gala se respondió a sí misma:

—Yo le habría dedicado este epitafio: «Mi último día dictó sentencia y la muerte me quitó el aliento, pero no el esplendor de mi vida». —Hizo una pausa y se llevó el punzón a la boca. Luego habló para el Cuervo—: Creo que es apropiado para ella. ¿No crees?

El Cuervo seguía silbando y canturreando coplillas callejeras que irritaban a la aristócrata. Solían ser de muy mal gusto; no obstante, se las pasaba por alto porque sabía que así disfrutaba.

—Su vida fue muy breve, Gala. Tanto que no creo que llegara a disfrutar de su esplendor…

—¿Qué sabes de Scaeva?

—Se dice que ha intentado quitarse la vida, pero creo que son habladurías. No está en Híspalis, creo que se ha refugiado en la casa de sus padres.

—Si lo hiciera, si decidiera quitarse la vida por amor, es posible que se encontrara con su amada en los Campos de la Aflicción, donde

dicen que Eneas vio a la reina Dido de Cartago cuando bajó al infierno, una de las amantes más sinceras y generosas que conoce el mundo. Realmente conmovedor.

—Yo, en cambio, me encuentro contigo en los Campos de Itálica, cada vez más verdes y desbordantes, a la espera de que la primavera los convierta en nuestro mejor rincón para amarnos.

—Te veo feliz, eso me gusta.

—Lo estoy, Gala. Lo estoy. Muy feliz. Llevabas razón. Quizá tenga ahora esa parte de felicidad que me correspondía y que la Fortuna les había entregado por entero a Scaeva y a esa judía.

Gala abandonó las cuentas y se giró hacia el Cuervo.

—Un mortal accidente te hace más feliz. Qué paradójica es la vida, Cuervo.

—Sí, un mortal accidente —dijo con cierto tono cómplice.

Gala así lo quiso oír. Se levantó de su asiento y fue hasta donde estaba sentado el Cuervo para darle un beso apasionado. Después le volvió a insinuar:

—Solo fue eso, ¿verdad, Cuervo?: un mortal accidente…

—Bueno…

—¿Bueno? ¿Insinúas algo, querido? Háblame, dime, soy tu secreto y tú eres el mío. Qué pasó.

—El caballo. Se desbocó…

—Lo sé. Eso lo sabe toda Híspalis. Pero tú sabes cosas que no sabe Híspalis —le dijo desplegando todo su encanto y zalamería.

—Fue perfecto, querida. Uno de mis hombres entró en los establos y refregó por los hocicos del caballo orina de una yegua en celo… El amor mata.

Gala se llevó una mano a la boca y pasó a interpretar una de sus escenas recurrentes.

—¡Por todos los dioses, Cuervo, cómo se te ocurrió asesinar a una pobre chica!

El Cuervo dio un respingo y abrió la boca sorprendido, como si unos bandoleros lo hubieran asaltado en su propia casa.

—Tú, tú, tú bueno, tú me lo insinuaste...

Gala se puso frente a él, lo miró a los ojos con los suyos completamente bañados en lágrimas y, con firme determinación, le dijo:

—¡¡¡Nunca jamás te insinué que mataras a esa chica para obtener tu parte de felicidad. Nunca. Eso es solo producto de tu habitual forma de hacer las cosas. Te dije que merecías más de lo que te había dado la vida, que merecías una mujer que te amara y cuidara como Arusa iba a hacer con Scaeva. Te dije que la incorporación del judío a la

sociedad de vuestro patrón te iba a relegar a un lugar de absoluta subordinación, cuando tú, Cuervo, tú habías sido el hombre más amado y vitoreado de Híspalis. Solo te dije que merecías más felicidad de la que yo, eventualmente, podría darte. Pero jamás te dije, ni tan siquiera te insinué, que mataras a esa pobre chica. Jamás…!!!

El último jamás lo dejó arrastrar en su boca de víbora hasta hacer que la palabra silbara como si fuera el aviso de una serpiente. Gala vio como se desmoronaba aquel hombre que tan feliz se mostraba solo un momento antes. Aflojó la intensidad de su látigo y pasó a interpretar el papel de madre.

—Bueno, cálmate. Mejor dicho: vamos a calmarnos —le dijo acariciándole la cabeza y besándolo en la frente—. Dime, Cuervo, ¿tienes controlado al hombre que mandaste al establo?

—Sí.

—¿Qué significa sí? —le preguntó con suavidad.

—Que a estas horas debe de estar en el norte de África. Le di la bolsa de dinero que tú me adelantaste para los gastos, para deshacernos del malvado que te extorsionaba.

—Bien. ¿Contaste las monedas? —preguntó la aristócrata con cierta maldad irónica.

—No. ¿Tenía que hacerlo? —preguntó absolutamente confundido el Cuervo.

—No lo sé. Pero iba el dinero justo con el que yo pagaba mi silencio. Otra paradoja más: ahora está sirviendo para pagar el silencio de un crimen que puede costarte más caro.

—¿Caro?

—Muy caro. ¿Quién te dice que cuando se lo gaste en vino y prostitutas no volverá por Híspalis para pedirte más o contárselo a Scaeva?

—Antes lo mataría.

—Antes debiste hacerlo —le contestó Gala con una determinación fría y rotunda.

El Cuervo se quedó confuso, perdido, desorientado. Gala lo percibió y pidió vino para tranquilizarlo. Le hizo beber mucho vino, tanto que aquel día parecieron dos animales en la cama, dos fieras en celo incapaces de saciar el deseo de sentirse fundidos uno con el otro como si fueran dos perros callejeros. Cuando lo derrotó, ella siguió jugando sola, con los consoladores griegos. Se sentía absolutamente feliz. Feliz y poderosa. Capaz de disfrutar con el vértigo de la manipulación, con la indefinición de sus insinuaciones, con esa facultad demoníaca que poseen las inteligencias sutiles puestas al servicio de uno mismo y de sus más abominables caprichos. Arusa había pagado la osadía de

alejar de la vida de Gala al único hombre al que, quizá, había conseguido amar tanto como a sí misma. Juno, diosa de la venganza y los celos, no dejaba de admirarla desde allá arriba, desde el Olimpo… La aristócrata miró al Cuervo desparramado en su cama y absolutamente ebrio. Con un aristocrático desprecio recordó en voz alta sus palabras:

—Tienes razón, querido: el amor mata…

Y se besó con deleite uno de los pechos…

---

24. Se trata del arroyo Tagarete, que en el siglo II d. C. formaba el brazo oriental del río Betis que abrazaba la elevación del terreno sobre el que se erigía la ciudad. Es plausible que fuera una zona de esparcimiento y ocio de la cercana Híspalis, boscosa y agreste, quizá también influida hacia el sur por el ambiente portuario del gran puerto hispalense.

# CAPÍTULO XVI

# LA ALCOBA, LA ALCOBA, LA ALCOBA

*Híspalis*
*Verano del 114 d. C.*

## ACTAS DIURNAS

Desde la época de Julio César, a modo de informativos escritos, se redactaban noticias en grandes carteles de papiro que el pueblo solía leer o escuchar con gran interés. Eran las conocidas y demandadas Actas Diurna Populi Romani (hechos diarios del pueblo romano), donde se vertía mucha doctrina y consignas imperiales reflejadas en noticias y hechos asombrosos. No era nada infrecuente ver escrito en aquellos enormes carteles asuntos de Estado como aclamaciones a los emperadores, acciones de los magistrados y de los príncipes, nacimientos o exequias de los miembros de la familia reinante, donativos, funerales de aurigas famosos e, incluso, la fidelidad de un perro. Aquellas Actas Diurnas, se redactaban en Roma, pero llegaban a todos los puntos importantes de Italia y del Imperio. En Híspalis se mostraban en el foro. Y en aquel verano del 114 pudieron leer, entre otras cosas, el paso firme y decidido de las legiones de Trajano en la campaña parta.

—En un año Trajano llega a la capital de esos cabrones.

—No hablaría yo tan ligero. Hay que luchar contra los temidos catrafactos.

—Armenia se ha conquistado sin apenas sangre, pero es cierto lo que dices de los catrafactos.

—Ya los venció Escipión cuando Aníbal los utilizaba, y ahora también los vencerá nuestro emperador.

—Dicen que ha entrado en Armenia con once legiones, y que para restar el poderío de la caballería acorazada de los partos, los catrafactos, ha organizado una unidad a caballo con auxiliares bátavos disciplinados y feroces.

La gente de Híspalis se arremolinaba sobre aquel punto de encuentro informativo a la vez que leía, comentaba y expresaba sus sentimientos. Todos estaban convencidos de que Trajano, una vez más, colocaría las águilas de Roma en la capital de aquel belicoso

imperio que les impedía acceder, sin intermediarios, a los suntuosos productos de India y China: incienso, sedas y especias. Aquella campaña se hacía para que Roma viviera mejor, disfrutara más con su caprichosa demanda y pagara mucho menos por ellos. Era una guerra que el pueblo comprendía y que, visto lo fácil que había sido entrar en Armenia y, más tarde, acabar con la ciudad fortaleza de Nisibis (protectora de la ruta comercial del norte de Mesopotamia, bajo control de un reino judío vasallo de Partia) casi se estaba obligado ya a celebrar.

—Daría mis huertas por ver el triunfo de Trajano…

—Por esas huertas solo te darían gritos. ¡¡¡Hay más piedras que coles!!!

Rieron la ocurrencia, pero otro hispalense salió al quite.

—No te preocupes. Lo veremos en estas Actas Diurnas y después lo celebraremos con vinos y banquetes de nuestros gobernantes. ¿No es así, Marco Antonio Pyrgos?

El edil, el hombre que aspiraba a hacer de Híspalis una pequeña Roma, el poeta político que llevaba muy adelantadas las obras del castillo del agua, el literato al que jamás aceptó la aristocracia y que se convirtió en el mejor cantor de las hazañas de un rico y listo liberto hispalense también estaba leyendo las Actas Diurnas. Miró al ciudadano y esbozó una sonrisa. Y le dijo:

—Ese día, hispalenses, no solo habrá comida y vino. También colgaremos en este foro versos tan leales y fieles a Trajano que ni el propio Plinio fue capaz de escribirle tras la victoria en Dacia. Y esos versos irán firmados por mí, por Marco Antonio Pyrgos.

## La partida

Valentiniano había regresado de Numidia al inicio de la primavera pasada. Ahora se sentía lo suficientemente recuperado como para ir a Roma. Pero no al Coliseo, sino a un confortable barrio pegado al foro de Trajano donde vivía Cornelio, el centurión de la Legión II Trajana Fuerte que en el saqueo de Sarmizegetusa se había llevado a su hermanita como parte del botín. Su guerra ya no estaba en el Coliseo, en asombrar a un pueblo sediento de sensaciones fuertes y regalos sorpresas que con ansias los esperaban en las gradas. Su guerra era encontrar a su hermana, llevar cartas de recomendación de aristócratas de Híspalis y de Roma que pudieran convencer a Cornelio de que la manumitiera incluso pidiendo un exagerado precio. El joven dacio había ganado dinero suficiente con sus peleas en la arena y no

pensaba regatear una pieza de plata. Su mayor victoria en Roma, la gloria de su éxito en la capital del Imperio, no estaba en una palma dorada entregada tras cortarle la cabeza a un reciario, sino en encontrar a la única sobreviviente, junto con él, de su familia y marchar hacia el norte, hacia la Dacia o lo que quedara de ella, más allá del río Dniéster, más allá de la muralla inexpugnable de la cerca de los Cárpatos. Las cartas que avalaban su petición las llevaba consigo. Fabia Hadrianilla le había dado una, y en Roma tendría que pasar por la *domus* de Luparius que, sin muchos quebraderos de cabeza, conseguiría alguna otra más de aristócratas béticos que le debían favores.

A su llegada a Híspalis se encontró con muchas, demasiadas novedades, y ninguna buena para su antiguo amo, Scaeva. Sintió en el corazón lo que jamás había sentido antes en Híspalis por nadie. La muerte de Arusa, a la que tantas veces llevó a la granja del Zurdo, le produjo un especial dolor. Se había enterado en Numidia de que el esfuerzo último realizado por el emperador Tito para terminar las obras del Coliseo se sufragó con el oro, la plata y las piedras preciosas del saqueo y destrucción del templo de Jerusalén, donde tantos hebreos murieron a manos de las legiones de Roma. Siempre Roma rapiñando, destruyendo, arrasando, incendiando y robando dioses y tierras, familias y reinos, felicidad y armonía. Aquellos enloquecidos seres no parecían humanos, sino escapados del Tártaro y capaces de sembrar el mal y la destrucción por el mundo como si fueran una plaga de centauros enloquecidos. Saber que el Coliseo habría sido terminado gracias al expolio del tesoro sagrado de los judíos les dio más fuerza a sus argumentos para no pelear y divertir a los romanos en aquel gigantesco anfiteatro. Aunque aquella postura incumpliera la promesa hecha al espíritu de su padre: matar a cuantos más romanos mejor. En su trato con Arusa creyó ver a una hermana de similar destino al suyo, sin templo, con su país invadido, con familiares masacrados por las legiones imperiales, viviendo un curso de la Historia muy similar al suyo. El dacio fue a despedirse de su antiguo amo.

—He venido a decirte adiós y a darte lo que te debo —dijo Valentiniano.

El Zurdo estaba bajo la sombra del emparrado de su granja. No tenía buen aspecto y no dejaba de beber. La muerte de Arusa también lo había matado, y, como si fuera una oración, repetía continuamente aquel poema que le entregó a su amada escrito por una aventajada literata amiga de Marco Antonio Pyrgos: «quisiera dejarme morir como sutil beso de tu boca…». El Zurdo le contestó medio borracho:

—No creo que me debas nada. El acuerdo de rescindir tu contrato con el lanista me ha parecido justo. Le has hecho ganar mucho dinero. Mucho. Y Africano ha entendido que dejes la arena para buscar a tu hermana y a tu pueblo, si es que aún existen…

—Sí, te debo un abrazo que me envió Tercio para ti desde Numidia, y un regalo que ahora te ofrezco. Lamento no habértelo dicho hasta ahora, pero ya sabes que he estado ocupado preparando mi partida.

EL Zurdo le regaló una mirada de incredulidad:

—Por todos los dioses: ¿Tercio vive?

—Pese a lo loco que está…

—¿Y cómo está?

—Ya te lo he dicho: absolutamente loco.

—Recibí una carta suya escrita casi dos años atrás donde me informaba de una expedición al interior de África. Lo he dado por muerto y tú acabas de resucitármelo. ¿Y me dices que me manda un abrazo?

—Así es.

—¿Tú me vas a abrazar a mí, Valentiniano?

—Yo no. Yo solo transporto el deseo de un viejo compañero tuyo de armas que, te adelanto, regresará pronto a Híspalis y que está loco, auténticamente loco. Pero te quiere.

Scaeva se levantó y él mismo percibió el descuido personal que tenía. Le llegó el olor empapado del alcohol y sudor que flota en los bajos tugurios portuarios. Podría decirse que iba tanto a la bodega como poco a las termas. Vacilante, esperando que el desagradable carácter del dacio le reprochara su baja estima, llegó hasta donde estaba Valentiniano.

—Aquí me tienes.

Valentiniano dio un paso y, sin vacilar, abrazó a su antiguo amo.

—Te lo manda Tercio. Con lealtad de compañero y soldado.

Scaeva se zafó cuando pudo del abrazo y le pegó otro trago a la botella.

—Veo que tu sed es insaciable. Deberías darle a la garganta la oportunidad de que se secara, y a tu corazón la oportunidad de que bebiera las alegrías que aún te ofrece la vida. Arusa nunca habría esperado esto de ti.

Scaeva evitó entrar en discusiones.

—Me decías que traías un regalo de Tercio, ¿verdad?

—Toma. Ahí lo tienes.

Era un bonito cuchillo de marfil labrado con motivos de animales africanos.

—Me dijo que te lo trajo desde el país de los rinocerontes, hasta

donde Roma lleva a sus pobres soldados buscando oro y más oro para los ladrones que la gobiernan.

Scaeva siguió sin entrar en discusión, aunque en este caso estaba absolutamente de acuerdo con el gladiador.

—Yo también tengo algo para ti.

—Espero que no sea un abrazo, hueles fatal.

Ambos rieron.

—No, por Salambó, no es un abrazo. Es lo que te corresponde.

Scaeva le soltó tres bolsas de plata. Tres. Producto de las comisiones por victorias que le correspondían por ser el dueño de aquel gladiador.

—Es tuyo. Lo ganaste tú. Yo nunca quise que fueras gladiador. Y en cambio, mira, eres rico. O al menos tienes el dinero suficiente como para encontrar a tu hermana y buscar un refugio placentero lejos de Roma, más allá del Dniéster…

Valentiniano lo abrazó, esta vez en su nombre, pese al hedor espeso de aquel atribulado hombre.

—Gracias, Scaeva. Quisiste que fuera tu hermano. Era imposible. Vi como rematabas a mi padre y vi como tus compañeros se llevaban a mi hermana y pasaban a cuchillo a mi pueblo. No me maldigas ni me llames ingrato, pero no podía ser tu hermano. A partir de ahora te recordaré como una víctima más de aquella guerra que tal vez a ti tampoco te correspondía, pero que cruzó nuestros destinos para llevarnos, tras muchos años, al sitio de donde jamás debimos partir. Adiós, romano.

—Adiós, bárbaro.

—Deja de beber. Me gustaría volver a verte algún día. Al fin y al cabo, yo, como Tercio, también he peleado muchas veces a tu lado.

—¡Salve Valentiniano. Que Salambó te guíe!

—¡Que Zalmoxis te proteja!

## TOMANDO POSICIONES

—El calor es insoportable. Este verano está siendo de los más calurosos que recuerdo. Paso todo el día en la piscina y tomando granizados de frutas…

—Es usted muy afortunada, señora. Traer el hielo desde los neveros de Constantina no es barato, pero más caro, al menos para mí, es no saber nadar. Yo no me meto en mi piscina por miedo a ahogarme, tan solo si dos esclavos de mucha confianza me escoltan me atrevo a hacerlo.

Cara Pescao estaba en casa de Fabia Hadrianilla. Tras su estancia en Roma venía con información suficiente y consejos razonables como para empezar a mover alianzas y tomar posiciones para que el destino más inmediato no los pillara desprevenidos. Él no era tan tonto como el perro cancerbero del infierno a quien la temerosa Psique, en un viaje al mundo de Proserpina para preguntarle por un hechizo de belleza que le demandaba Venus, fue capaz de engañarlo con un trozo de pastel. Cara Pescao había vivido tantas vicisitudes que sabía lo caprichosa que es la vida y lo mudables que son los intereses de los hombres. El emperador estaba en Partia, era sexagenario y no resultaba nada descabellado pensar que le pudiera pasar algo inevitable. En Roma había detectado demasiada expectación por el futuro de Adriano, y ese era el motivo por el que Cara Pescao estaba en casa de un familiar del sobrino nieto del emperador. Antes de que la tierra tiemble es aconsejable alejarse de los edificios que se vendrán estrepitosamente abajo.

—Sé que estás recién regresado de Roma. ¿Contra quién conspira la capital del mundo? preguntó Fabia Hadrianilla con una sonrisa elegante en su bonita boca.

—Señora, en Roma se conspira hasta con los muertos. —Ambos rieron. Prosiguió Cara Pescao mientras bebía un sorbo de aquel frutal granizado—. En realidad, querida Fabia, se habla mucho de la campaña de Partia, del paso firme de Trajano y sus once legiones por Armenia y de su decidida apuesta por controlar la ruta mesopotámica del comercio del norte.

—¿Y de Adriano, qué se dice de Adriano?

—Solo cosas buenas. Yo no he oído nada más que cosas buenas.

Fabia pintó en su rostro una imperceptible mueca de escepticismo. Luego continuó.

—No sería un mal emperador. A Adriano le gusta más Grecia que Oriente, que la India y China, pero eso puede ser hasta razonable, habida cuenta de la extensión que tiene el Imperio, el elevadísimo coste que genera el mantenimiento de las fronteras y la escasez de grano que en Roma provoca, a veces, este desmesurado esfuerzo.

—El emperador trató de evitar esos periodos de escasez agrandando el puerto de Ostia y transportando el grano directamente de nuestro mayor granero en Oriente, Egipto. Pero así y todo, señora, lleva usted razón. Las fronteras son muy amplias y a los soldados hay que abastecerlos.

Fabia hizo un comedido gesto con la mano, pasándosela por la frente para dar a entender que hacía calor y que le gustaría estar metida en su piscina. Cara Pescao captó tan sutil mensaje y pasó a la

acción.

—Señora, hace demasiado calor como para entretenerla más. Me gustaría decirle algo.

—Por favor, di lo que tengas que decir.

—Verá, señora, Marco Antonio Pyrgos está encantado con la escuela para niños abandonados que usted ha sufragado, y hemos pensado que hay que hacer una severa corrección en algunos muros que encauzan el Betis por Ilipa Magna. El concurso va a salir publicado pronto, y Pyrgos me insiste en que se presente su familia, porque tiene plena confianza en su manera de hacer…

—Eso estrecha aún más nuestra unión, estimado socio.

—Es cierto. La estrecha aún más. Pero todos estamos contentos con el resultado de sus trabajos.

—Dile a Pyrgos que lo estudiaremos y que es posible que nos decidamos a presentarnos al concurso de esa obra. Todo lo que sea mejorar el río significa mejorar los negocios de esta ciudad.

—Eso mismo pensamos todos, señora.

—¿Sabes una cosa? —preguntó retóricamente Fabia Hadrianilla.

—Dígame, señora.

—Estas iniciativas son las que le gustarían a Adriano si fuera emperador —dejó caer la fina aristócrata dándole a entender a Cara Pescao que si en Roma conspiraban los muertos, los vivos en Híspalis no se quedaban quietos y tomaban posiciones con vistas al futuro.

—Yo también lo creo, señora.

Cara Pescao se levantó, le hizo una teatral reverencia a Fabia Hadrianilla que, nuevamente, se pasó la mano por la frente con estudiada elegancia.

—No puedo más, amigo mío. Me voy a dar un baño.

Cara Pescao quiso dejar una nota de simpatía y picardía en su despedida.

—Yo también, señora. Voy directo al agua de la mano de mis dos esclavos favoritos. Ellos siempre me hacen flotar en mis mejores días…

Ambos rieron, y antes de que Cara Pescao abandonara su casa, Fabia se había desprendido de su túnica para entrar, poco a poco, como una diosa bajando por escalones de mármol con dibujos marinos, en la piscina que se situaba en el segundo atrio de la casa. El liberto admiró su espléndida figura, y en ese momento no le habría importado nada bañarse con ella y que Fabia condujera sus torpes brazadas en el agua. Pero todo se le olvidó cuando salió de aquella magnífica casa.

—Es bueno ir tomando posiciones, porque el mundo cambia y no te

puede sorprender cazando moscas…

## UN PROYECTO DE FUTURO

Cara Pescao se acomodó en su litera que, como siempre, formaba una algarabía de sonidos metálicos que le precedía, que ahuyentaba a los demonios con sus sonidos y que ponía en alerta a los ciudadanos de que, allí, en esa litera, pasaba por las calles de Híspalis uno de los más poderosos mercaderes de la ciudad.

—¡¡Ligero, holgazanes, vamos a buscar a Marco Antonio Pyrgos!!

El sol fundía las piedras y del cielo caía plomo líquido. Las calles estaban desiertas y los mendigos empujaban las paredes para hacer más grandes las sombras. Los porteadores de la litera del mercader sudaban como animales y, al igual que los mendigos, también buscaban las sombras como si fuera oro. La ciudad sufría el calor en el silencio de aquel infierno al que solo le ponían música el vuelo de las golondrinas y el parloteo estridente de las chicharras. Llegaron al estudio de Pyrgos y Cara Pescao, al salir, dio con la cabeza en aquellos sonajeros metálicos que colgaban de la litera y que espantaban a los demonios. Sonrió. Aquel sonido le infundía mucho optimismo.

—Pyrgos, disculpa que te moleste.

—Patrón, nunca me molestas. Toma asiento. ¿Quieres algo de beber?

—Agua fría, muy fría. Del pozo más frío que tengas.

—Te noto agitado. ¿Qué te pasa? ¿Llegan malas noticias de Roma?

—Aún no, querido poeta. Aún no. Pero estoy seguro de que llegarán. Y para entonces, nuestra sociedad debe estar situada en la parte donde las flechas no hieran. ¿Comprendes?

—No muy bien.

Llegó el agua fría para Cara Pescao, que se la bebió de un trago.

—¡Más. Traedme más. Por Júpiter, una jarra, ¿no hay en esta casa una jarra de agua bien fría?!

Pyrgos hizo una señal al sirviente, que salió corriendo para buscar el pedido.

—Es fácil de comprender, Pyrgos. Vengo de casa de Fabia Hadrianilla precisamente de eso, de buscarnos una posición aventajada ante una posible nueva situación política, porque me temo lo peor.

—¿Lo peor?

—Lo peor, Pyrgos. En Roma los senadores africanos se mueven con generosidad monetaria y adhesiones inquebrantables clandestinas en

pos de la carrera de Adriano. ¿Te imaginas que la Annona pasara de ser dominada por los aristócratas béticos a las manos de los senadores africanos? Significaría nuestra muerte, nuestra decadencia, viviríamos como arañas a la espera de que un miserable mosquito cayera en nuestras redes. ¿Y qué hacemos con un mosquito para repartirlo entre tantas bocas?

—¿Qué tiene que ver Fabia Hadrianilla en todo esto que me cuentas, patrón?

—Todo. Ella es el eslabón más sólido que tenemos para establecer una nueva alianza con los tiempos que anuncian su llegada. Ella es familiar de Adriano, y es necesario que reforcemos esa alianza.

—Ha recibido prestigio a montones, patrón, y eso le abre las puertas para participar en nuestros mejores negocios.

—Más, Pyrgos, más. Muchísimo más. Eso es una salchicha en la boca de un oso. Querido amigo, Fabia debe ser, a partir de ahora, tan importante para nosotros como lo ha sido Gala, la esposa de Casio Iunius. Lo mismo.

—¿Y qué se te ocurre?

—¡¡¡Tú eres el poeta, por Júpiter!!!

—¡¡¡Pero tú eres el mercader, el hijo de Mercurio…!!!

Le gustó a Cara Pescao la metáfora y, como siempre, le brindó una sonrisa a Pyrgos. Luego se levantó del asiento y se fue al oído del edil. Estaba contento y le masculló algo.

—¡Eso es imposible! —dijo Pyrgos, alarmado.

—Solo es imposible lo que no se intenta.

—Pero nos echaremos encima al gremio de madereros que transportan los troncos de las sierras del norte por el Betis hasta Híspalis; esa obra entorpecerá su llegada. Y a los constructores de naves tendremos que apuntarlos, en la lista de nuestros nuevos enemigos.

—Que los ingenieros hagan sus cálculos. Y que los hagan bien. No estoy pidiendo un puente de un kilómetro sobre el Danubio como el que levantó Apolodoro de Damasco a Trajano para conquistar Dacia. Estoy pidiendo una obra pública en la ribera del río en Ilipa Magna. Una obra pública que encauce y estreche el río lo suficiente como para llenar de oro y confianza plena en sus socios la casa de Fabia Hadrianilla. Eso es lo que te estoy pidiendo, poeta. Nuestra salvación. Todo un proyecto de futuro. D-E N-U-E-S-T-R-O F-U-T-U-R-O…

## Encuentro en la arena

A mediados de agosto se celebraban en casi todas las capitales de rango del Imperio las fiestas de Diana. Ella era la diosa de los bosques y su padre, Júpiter, le concedió la potestad de no casarse nunca. Iba siempre acompañada por un séquito de ninfas y portaba un arco. En el lenguaje de los símbolos, estos atributos hablaban de que la diosa lo era de las doncellas, de los bosques y de la caza. Por esa razón, el día de su fiesta, los bosques se llenaban de fieles que hacían hogueras e invocaban su protección. Aprovechando días tan señalados, Marco Antonio Pyrgos había hablado con el lanista Africano para ofrecerles a los ciudadanos de Híspalis una ceremonia en la arena, sorpresiva, inesperada, pero no por ello menos espectacular. Pagaba Cara Pescao. Mejor dicho, el consorcio que formaba su clientela de mayor rango. Y dada la festividad que se celebraba, la de la diosa de la caza, se organizó en el anfiteatro de Híspalis una cacería de animales salvajes: toros, osos y lobos. Pero la sorpresa no la sabía nadie en Híspalis, tan solo los que tenían que saberla.

Los gladiadores que iban a participar en aquella divertida jornada eran todos del lanista Africano. Por vez primera iban a pisar la arena de verdad el picto y el bereber, los dos gladiadores que Gala había comprado meses atrás y que se habían formado en la escuela de gladiadores hispalense, bajo las duras exigencias del Cuervo. Por tanto, Gala, aunque le resultaba un engorro trasladarse hasta Híspalis en días tan calurosos como los que se estaban viviendo, creyó oportuno ir a ver qué clase de gladiadores había comprado el Cuervo en su nombre. También asistió al anfiteatro, tras muchas e insistentes indicaciones, un abatido Zurdo, aunque bien limpio, afeitado y perfumado por las esclavas de Cara Pescao. El Zurdo no faltó. No por interés alguno, sino para no defraudar al liberto:

—No faltes. Sal de la cueva. Mira la luz y el cielo. Vives. En la tumba no estás tú. Sal del cementerio…

Gala no veía al Zurdo desde antes de la muerte de Arusa, aunque le había hecho llegar una carta expresándole su dolor y pesar. Ahora, en la tribuna de autoridades, lo tenía al alcance de la mirada y de las manos. El Cuervo andaba demasiado ocupado con los preparativos de sus pupilos, aconsejando, sobre todo, al picto y al bereber, a los que quería ver triunfar para compartir, en la distancia de los secretos cómplices, la sonrisa de Gala con la suya.

—Me alegro de volver a verte, Zurdo. Estaba muy preocupada con las noticias que me llegaban y me hablaban de tu profunda tristeza.

Scaeva la miró y sintió un hormigueo en el estómago. Ese hormigueo que se experimenta cuando uno ve, tras una larga ausencia donde se ha vivido y sufrido en extremo, a alguien que en el pasado

significó mucho porque te hizo feliz. Gala estaba impresionante, magníficamente maquillada y con un bonito peinado de trenzas y tirabuzones que magnificaban su bello rostro. Scaeva solo pudo contestar moviendo la cabeza. Gala se dio cuenta del bajón anímico de su antiguo amante y por ahí quiso ganárselo nuevamente.

—Busca un día que te plazca. Me avisas con uno de tus sirvientes y nos vemos en casa. Para hablar. Solo para hablar y ayudarte. No quiero manchar el aún temprano recuerdo de la muerte de la que iba a ser tu esposa ni distorsionar tus sagrados sentimientos. Sigo siendo tu amiga. Y tu socia. Quiero ayudarte. Oírte. Y si supiera y pudiera, no me importaría ser el láudano de tus infortunios.

Scaeva miraba al suelo. Solo asentía con la cabeza, pero era incapaz de apagar el hormigueo de su estómago y articular una respuesta. Era como si el corazón le pidiera tirar por un camino y la razón se lo negara, instalándolo en una situación confusa y angustiosa. Gala fue a acariciarle una mano. Rebosaba en deseos de hacerlo, pero se quedó a medio camino. Demasiada gente para tener un gesto tan delicado aunque, tras la duda, su deseo le aconsejó que tomara la mano del Zurdo y la acariciara, como amigos y socios que eran.

—Siento profundamente lo que te ha ocurrido. Sé que esa mujer te iba a dar lo que andabas buscando y que yo jamás podría darte. Sé que estás sufriendo tanto como Erisictón, aquel loco que taló la encina de Ceres y fue condenado a comer sin que la abundancia calmara su hambre. Hoy nada va a calmar tu dolor, Zurdo, pero deja que te ayudemos los que te queremos.

Scaeva levantó la cabeza y miró a Gala. Las hormigas seguían allí, en su estómago, a punto de subir por su esófago y salir al exterior por sus ojos en forma de lágrimas rojas. Se contuvo y se levantó del polvo donde su alma abatida lo había tirado, y acarició la mano de Gala para multiplicar aún más su hormigueo.

—Ven a casa cuando quieras. Solo tienes que avisarme con anterioridad. Los asuntos de Roma me tienen muy ocupada. Ven a casa y cuéntame tus penas.

—Si el Cuervo te descubriera sería capaz de matarte…

—En mi vida solo reino yo. Mi único imperio por defender es mi patrimonio, mi lealtad al emperador y mis silentes aventuras. Todo lo demás es perfectamente reemplazable…

—Tú sabrás lo que haces…

A Gala le brillaron especialmente los ojos. Ese brillo que emite la lucidez, la inteligencia, la perspicacia cuando juega a tu favor. Contestó con una media sonrisa que no era maldad, pero tampoco bondad:

—Sé perfectamente lo que hago, querido Scaeva…

## La sorpresa (1)

Sobre el cielo del anfiteatro se habían descorrido unas velas de telas multicolores que protegían a los espectadores del sol invencible de aquel mes de agosto hispalense y proyectaba sobre la arena una alegría luminosa que todos celebraban. Los patrocinadores de los juegos habían regalado pan, tortas, vino y frutas entre los asistentes. Se divertían con lo que estaban viendo y con lo que se estaban jugando. Porque durante la jornada se abrieron listas de apuestas para ganar dinero apostando por el gladiador que antes matara a una fiera, que antes hiriera a una o que antes fuera gravemente atacado por uno de aquellos animales a los que el griterío ensordecedor del público había atemorizado al principio. Solo pasado un tiempo empezaron a desplegar su ferocidad.

Los gladiadores de Gala habían pasado la prueba pese a que ni el picto ni el bereber estaban entrenados para enfrentarse con fieras. Tan solo quedó al final un magnífico toro colorado en la arena. Resoplaba contra el suelo y mugía, y se encaraba con los espectadores de las gradas que le arrojaban frutas y lo incordiaban azuzándole velos y trapos. Así pasó un tiempo. Cinco, diez minutos quizá. Pero allí estaba el toro, mirando a unos y a otros sin que nada ocurriera. El público no entendía nada. Los gladiadores se habían retirado y ningún sonido de tambor o trompeta anunciaba que fuera a pasar otra cosa. El toro se fue hasta la mitad del anfiteatro buscando, quizá, algo que no veía por allí. Pronto comenzaron a sonar palmas de desagrado y pitos.

—¿Esta es la sorpresa? ¿Un toro aburrido en mitad de la arena?

—¡¡¡Que salga Cara Pescao a matarlo!!!

—¡¡¡O que el edil poeta le haga unos versos!!!

—¡¡¡Por Júpiter, qué manera de engañarnos!!!

Inesperadamente se abrió una puerta y apareció un gladiador joven, rubio e inconfundible. Era Valentiniano, que antes de partir quiso agradecer a Híspalis el fervor y el apoyo con el que lo había tratado. En la tribuna, Gala miró a Scaeva y este miró al cielo. No se lo podía creer. Aquel dacio estaba loco. Mucho más que Tercio, dijera él lo que dijera. Al Cuervo se le viró la cara del revés y buscó la mirada de Gala. Cuando la encontró no recibió signo de reprobación alguno. Por el contrario, le brindó una sonrisa que el Cuervo no pudo entender.

—¿De qué se ríe esta mujer? Toda la gloria de hoy se la llevará

Valentiniano, y nadie se acordará de lo que han hecho sus dos gladiadores.

El anfiteatro empezó a corear su nombre. Nunca antes como aquel día de la fiesta de Diana Híspalis había escuchado tantas muestras de cariño y adhesión a un gladiador, por encima incluso de las que en su día le brindaron al Cuervo y a Scaeva. El público de Híspalis siempre fue del último que triunfó. Diez minutos después de su salida a la arena, el joven dacio había acabado con el toro. Se acercó a Cara Pescao y le pidió que el animal, descuartizado por el bestiario, se regalara al público en su nombre. Él lo pagaría. Luego Valentiniano se dirigió hasta la tribuna de autoridades donde estaba Scaeva. Lo saludó alzando su espada ensangrentada y le gritó desde la arena a todo lo que daban sus pulmones:

—¡¡Por Scaeva, el gladiador más grande que tuvo Híspalis. Salve, Zurdo. Que tus dioses te devuelvan la fuerza de cien toros como el que acabo de matar…!!

Fue suficiente. El público, emocionado, empezó a gritar los nombres de Valentiniano y Scaeva mientras que, allá abajo, en las entrañas del anfiteatro, donde se descuartizaba a los animales muertos y las paredes parecían clamar venganza por la sangre de los inocentes allí sacrificados, el Cuervo volvía a cosechar una nueva derrota, tan dura como la que lo dejó sin pierna: la derrota de verse relegado al olvido. Llevaba razón su amada Gala: le correspondía una porción de felicidad de la montaña que disfrutaba su otrora odioso rival, y la mejor porción era ver absolutamente infeliz al Zurdo. Hay sentimientos más fuertes aún que el amor y que pueden hacer feliz a un hombre: la venganza. El Cuervo llegó a pensar aquel día en el que se celebraba la fiesta de Diana cazadora que Isis puso en su camino a la joven hebrea para hacerlo feliz, tan feliz como un cazador que abate en el bosque a una gacela…

## La sorpresa (y 2)

Días después, Valentiniano embarcaba en un mercante en dirección a Roma. Atrás dejaba el escenario de una peripecia vital sorprendente y que ni su propio destino se creía. Llegó como esclavo, lo hicieron granjero y su determinación acabó por sorprender a todos al convertirse en un afamado gladiador que adoraba Híspalis. Vino como un prisionero de guerra y se marchaba como un joven luchador enriquecido y premiado por la Fortuna. En su corazón solo bullía un sentimiento ingobernable: encontrar a su hermana en Roma, ir a casa

del centurión Cornelio y pagar por ella lo que fuera o sacarla de allí si falta hiciera a golpe de gladio. Después marcharía hacia la tierra de sus padres, hacia la hermosa Dacia para encontrar lo que, quizá, ya había perdido para siempre. En su mente recordaba las advertencias que Scaeva le había hecho al respecto: su nación era ya un montón de piedras y cenizas, como la del propio Zurdo, no más que una nostalgia supurante que denotaba el grave alcance de su enfermedad emocional. Uno puede perder a los padres, a los hermanos, su casa y las tierras que le dan de comer, pero si además de todo eso pierde también la identidad de su pueblo, no hay nadie que le garantice la paz de su corazón. El pasado nunca vuelve. El futuro es un edificio que se hace en el presente. Y su pueblo dejó años atrás de tenerlo. Fue uno de tantos que Roma se tragó en el imperial banquete de su expansionismo y depredación.

No obstante, Valentiniano no se dejaba dominar por estas pesimistas previsiones. Un pueblo como el suyo, indómito y libre, incapaz de soportar yugo enemigo alguno, nunca jamás dejaría de existir. Es posible que los sobrevivientes se hubieran refugiado en las montañas, y hasta las montañas iría él llevando de la mano a su hermana, aquella chiquita llorosa y atemorizada que gateaba entre las ruinas de su casa cuando Scaeva entró en la capital dacia para rematar sobrevivientes y engordar su botín de guerra. El joven perdía su mirada en los reflejos del agua y cada caprichosa forma que adoptaba lo transportaba a sus más lejanos recuerdos. Estaba seguro de que, entre los suyos, entre los que quedaran de su pueblo, encontraría la paz. Y quién sabe, lo mismo hasta podría liderar una resistencia contra Roma, ahora que conocía bien a los romanos y cómo peleaban sus legiones. De pronto, la dura paliza que un comerciante le propinaba a una de sus esclavas lo sacó de su ensimismamiento. Aquel tipo la había tirado al suelo, la golpeaba con una vara de olivo y no dejaba de insultarla:

—¡¡¡Perra, debí dejarte tirada en aquella tierra mugrienta para que te devoraran los lobos!!!

El rostro le pareció vagamente familiar a Valentiniano. Aquella boca, aquellos dientes… La paliza continuaba y el comerciante le propinó una patada en el costado a la esclava y luego le soltó un escupitajo en su magullado rostro. Un fogonazo de luz alumbró la conciencia de Valentiniano. ¡Era él! ¿O no? El paso de los años deforma a las personas, las convierte en sombras de lo que fueron en su juventud para transformarlas en fantasmas de lo que fueron, en ecos lejanos y casi imperceptibles de lo que fue una alegre canción. No obstante siempre queda algo insignificante, tan leve como el sonido de

una hoja que cae sobre el estanque, que nos ayuda a recordarla, a reconstruirla en nuestra memoria sobre el paisaje derribado que los años destruyeron sobre sus facciones, carnes y huesos. La chica comenzó a gritar y a hablar en su idioma materno. Nadie la entendía.

—¡¡Calla, perra, aquí nadie entiende esa lengua bárbara en la que suplicas o, quizá, imploras la muerte de tu amo!!

Pero Valentiniano la entendió perfectamente, tanto que estuvo a punto de ceder a su instinto más primario, a su indomable arrojo exento de prudencia. Llevó la mano a la empuñadura de su gladio… pero lo frenó en seco la razón misma por la que había luchado durante estos últimos años: la de volver a la Dacia con su hermana. Disimuló. Se alejó de la escena donde aquel hombre con una boca deformada por dientes imperfectos y brutales apaleaba a su esclava, evitando que el fuego de ira y rabia que incendiaba la situación lo empujara a hacer lo que un dacio como él tenía que hacer para desagraviar a una mujer de su pueblo. Aquella esclava era dacia, igual que él, tendría casi su misma edad y era la primera compatriota con la que se encontraba tras la forzada salida de su nación. Los gritos de la mujer le dolían en el alma. Era como volver a resucitar los chillidos y lamentos que oyó nueve años atrás en aquella guerra que llevó Trajano hasta la misma puerta de su casa. Era como revivir la masacre que sufrieron sus padres y sus abuelos. Era, en fin, como ver en presente el pasado de su pueblo que, si no se lo había comido la insaciable Roma, estaría como aquella chica: maltratada, vejada y esclava de un poder que dominaba al mundo.

Valentiniano volvió a refugiarse en sus pensamientos. Esta vez intentaba descifrar la identidad de aquel comerciante que apaleaba a su compatriota. Y dos elementos inconexos se enredaban en su mente buscando una conclusión definitiva. Por un lado, la boca asnal de aquel tipo; por otro, la patada en el costado y el escupitajo en la cara con los que había maltratado y humillado a su servidora. ¿Quién era ese tipo? ¿Por qué le resultaban tan familiar su rostro y sus bestiales maneras? Se le ocurrió una estrategia de aproximación y fue decididamente en su busca.

—Salve. Veo que su esclava le da demasiados problemas.

—Salve, amigo. Demasiados problemas. Tanto que voy hasta Cádiz para venderla. No soporto más a esta perra dacia.

—Es bonita, pero parece indomable.

—Es la hija de una burra. Por más palos que le doy, más rebelde parece. Más de una vez he estado tentado a pasarla a cuchillo. Solo me lo impidió el dinero, el dinero que me pueden dar por ella en el mercado de esclavos.

El mercader estaba furioso y hablaba atropelladamente, tanto que salpicaba de saliva el rostro de Valentiniano. Y esa saliva lo delató. Porque el joven dacio unió, ahora sí, la patada en el costado y el escupitajo en su rostro con aquellos con los que lo humilló un legionario en su pueblo, justo cuando estaban a punto de acceder a la casa destruida de sus padres y Scaeva lo llevaba atado de una cuerda. Fue aquel día en que su hermanita, gateando entre muertos y derribos, lo abrazó con todas sus fuerzas por última vez, antes de que el centurión Cornelio se la llevara para Roma y Scaeva lo llevara a él para Híspalis. ¿Cómo se llamaba aquel cabrón hijo de puta? ¿Cómo le decían los legionarios a aquel ser abominable que tenía boca de burro y que también se llevó para sus tierras a una chica desarmada por la guerra y vencida por Roma?

—¡¡Denter, ven y come algo con nosotros. Olvida ya a esa maldita esclava!!

Otros comerciantes que lo acompañaban en el viaje con destinos diferentes lo reclamaban para que el vino y el queso apaciguaran su ánimo. Valentiniano, al escuchar su nombre, despejó todas sus dudas. Denter. Así lo llamaban Scaeva y Tercio cuando él no tenía idea del latín pero sí guardó en su alma, alimentado por el rencor y la rabia que Roma sembró en su corazón, aquel sonido como otro de los que tenía que apagar en su vida para que esta fuera razonablemente serena. Denter. El boca de burro que escupía y daba coces en los costados a los niños atados y a las esclavas vulnerables.

—Disculpa, Denter. Antes de marcharte con tus amigos. ¿Me venderías esa esclava?

Denter lo miró sorprendido.

—Antes de llegar a Cádiz será tuya y nunca más la volveré a ver.

—¿Te puedo preguntar de dónde es originaria?

—Me la traje de Dacia, de una población en el valle de Tapae, donde estuve luchando con las legiones de Trajano.

—Todo un honor, soldado. Admiro tu valentía. ¿Cuánto dinero quieres por ella?

—El mismo que me ofrecían en Cádiz.

—¿Mucho?

—¿Quién va a pagar mucho dinero por una bestia ingobernable?

—Hecho. Cuando el mercante haga escala en Sanlúcar, tendrás arreglados los papeles y yo te pagaré en el acto. ¿Me dejas que la examine?

—Hazlo. Es tuya. Voy a recobrar el humor con los amigos. El vino y el queso hacen felices a los hombres.

Valentiniano recogió del suelo a la esclava. Le palpó los brazos, los

muslos, las caderas y el rostro. Cuando fue a ponerle la mano sobre la cara, la chica la retiró, como si su rostro fuera intocable para los romanos. Valentiniano se le acercó al oído y le dijo en dacio:

—No temas. Somos hijos, los dos, del mismo infortunio, pero nuestros dioses no nos abandonan. Regresamos a nuestro pueblo.

Un par de días más tarde, ya el mercante camino de Cádiz, los amigos comenzaron a echar en falta a Denter. Nadie lo volvió a ver desde que bajó en el barco en Sanlúcar.

—Como ha vendido a la esclava habrá decidido quedarse en tierra y emprender el regreso hasta Córdoba —dijo uno de sus conocidos.

—Es un cabrón. Ni saluda ni se despide. Por Júpiter, nunca tuvo buenos modales —dijo otro.

Valentiniano los escuchaba sin sorpresa, porque él mejor que nadie sabía que Denter alimentaba a los peces en el fondo del mar, con sus huevos y su polla arrancados con un cuchillo de su cuerpo y metidos en la boca, como casi diez años atrás había soñado acabar con aquel legionario que lo pateó y le escupió mientras él estaba atado por una cuerda. Denter se fue hasta el infierno con una puñalada en el corazón, un puntapié en un costado y un escupitajo dacio en el rostro… Valentiniano le había amputado las dos manos para ofrecérselas a la memoria de su padre. Era el primer romano no gladiador que mataba, un viejo legionario que no escapó a sus ansias de venganza. Viajó hasta Roma con una esclava de edad similar a la suya y una paz interior que había dejado de tener el día en que Scaeva mató a su padre.

No tenía otro destino que la casa del centurión Cornelio.

—Rescataré a mi hermana, lo quiera o no el centurión. Me he dado cuenta de que ver correr la sangre de un romano tonifica mi alma más que el mejor vino…

*Itálica, final de agosto*

## El día fijado por el destino (1)

—Quiero un día inolvidable, amor.

—Lo será, mi señora.

—El día en que alcance el placer más absoluto. El día en que en mi cuerpo y en mi alma no queden sombras alguna de insatisfacción. Ummmmm. Sigue, sigue así…

Gala y el Cuervo estaban bañándose en la amplia y hermosa bañera de alabastro de la rica aristócrata. El agua parecía un mineral en

estado semilíquido: tal era la espesura de aceites, esencias, perfumes y flores que se habían vertido sobre ella. La mano del Cuervo acariciaba las delicadas espaldas de su amante, desde la nuca hasta el final de su cintura. Aquellas caricias surtían sobre el cuerpo de Gala el mismo efecto que una tea encendida sobre las astas de un toro. No podía soportarlo. Enloquecía de deseo y se dio la vuelta para acoplarse en la bañera con el doctor. Allí hicieron el amor y se devoraron como siempre. ¿Como siempre? El Cuervo percibía algo nuevo en el deseo de Gala. No sabía descifrarlo, porque la aristócrata ardía como siempre, pero su fuego parecía no quemar.

—¿Te pasa algo, mi amada?

—Sí… Algo me pasa.

—¿Es algo que yo pueda solucionar?

Gala lo miró a los ojos y le dijo con picardía:

—Tú eres la solución...

Gala cogió de la mano al doctor y abandonaron la bañera. Le susurró algo al oído, y el Cuervo mostró extrañeza.

—No hace falta que pegues duro. Solo tienes que señalarme…

—Pero no puedo hacerte eso. No eres mi esclava. Ni me has traicionado. Ni me has robado. Eres la razón más poderosa que tengo en el mundo para que el mundo no me sea hostil.

Gala lo mandó callar con un *shhhhh* cariñoso. Después, ella misma se ató las manos al enrejado de su amplia ventana en la alcoba y le señaló al Cuervo con la mirada una vara de olivo fina y envuelta en cuero que tenía sobre una mesa. Con determinación, le dio una orden:

—Cógela…

## El día fijado por el destino (2)

El Zurdo estaba llegando a casa de Gala. Él y la aristócrata habían fijado aquel día de finales de agosto para reencontrarse y hablar del pasado, del presente y quizá, solo Venus podría saberlo, del futuro. Conforme se acercaba a Itálica percibió que el hormigueo de su estómago era más intenso y cierta angustia parecía dominarlo. Seguía confuso, y en la conciencia del Zurdo se movían dos sombras antagónicas, dos voces discordantes, dos impulsos en direcciones contrarias. Sabía que viajaba hasta Itálica solo para conversar con una antigua amiga. Él mismo quería convencerse de eso, pero a su vez se sabía absolutamente vulnerable si Gala desplegaba sus argucias sentimentales y sus dotes amatorias, y eso no le gustaba. El recuerdo de Arusa era tan limpio y transparente, tan dulce y cercano que no

quería mancharlo con una tentación ante la que se intuía muy vulnerable.

Sería como traicionar lo más limpio que había pasado en su vida. Scaeva se extrañaba de la naturaleza de los hombres hechos, como él, para matar sin piedad en la guerra o en la arena y tan débiles para luchar contra los recuerdos. Contra algunos recuerdos… Para huir de aquellos chocantes pensamientos, el Zurdo fustigó a su caballo, que se gustó en su galope para alcanzar la visión amurallada de Itálica sobre la que destacaban las obras de restauración del teatro…

## El día fijado por el destino (y 3)

—¡¡¡Más fuerte, pega más duro, en las espaldas y en las nalgas, fuerte, duro, azótame, te lo ordeno, Cuervo!!!

—Me dijiste que te señalara tan solo, y ya estás a punto de sangrar.

—Pues hazme sangrar y penétrame después. Quiero que el placer y el dolor se amen como tú y yo nos amamos. Azótame más fuerte. Como si fuera tu esclava. Como si fuera la esclava que acaba de venderte a tu peor enemigo…

—No puedo hacer eso, Gala. No tengo fuerzas.

—Haz lo que te ordeno. Y piensa que alguna vez este cuerpo fue poseído y disfrutó como una puta de la Subura con tu peor enemigo, con el hombre que te dejó lisiado, con el gladiador que te quitó la corona de laurel. Piensa en él mientras me azotas, y penétrame a la vez.

El Cuervo detestaba hacer aquello, y eso lo ponía de mal humor, porque evidenciaba una debilidad de su carácter que, hasta entonces, desconocía, puesto en evidencia ahora por unas prácticas amatorias que le repugnaban. No obstante, los consejos de Gala dieron su fruto, y proyectó sobre la aristócrata los celos como espadas que le encendían su odio eterno a Scaeva. ¿Le dio él más placer que yo? ¿Fue para ella más hombre que yo? ¿Lo quiso más que a mí? Aquello espoleó la rabia del doctor que, ahora sí, azotaba duramente a la aristócrata, que ya sangraba y gritaba. El Cuervo enloqueció y la penetró analmente. La aristócrata lloraba y gemía de placer. Gritaba y le susurraba:

—Más, Cuervo, quiero más, más duro…

El Cuervo obedeció y un desgarrado grito de dolor estremeció la casa. Abajo, en el atrio, estaba ya Scaeva, que al oír los gritos en la alcoba de la señora subió a toda prisa para encontrarse con una escena de sangre, dolor y lágrimas.

—¡¡¡Zurdo, ayúdame. Te lo ruego!!!

Scaeva descubrió a un Cuervo con la vara de olivo en la mano, su miembro erecto y a Gala sangrando por las espaldas, las nalgas y el esfínter. Era evidente que había forzado a la aristócrata, a la mujer de un senador de Roma tan influyente allá como acá, a una socia del consorcio de intereses mutuos que encabezaba Cara Pescao y, sobre todo, a una antigua amante. Sacó su cuchillo turdetano y le asestó una puñalada en el cuello. El Cuervo ni siquiera hizo por defenderse, pero antes de que aquel afilado hierro cortara su yugular, un rayo de lucidez le iluminó la mente para revelarle la realidad de la situación:

«Todo ha sido un engaño, una trampa. Nunca me quisiste. Solo jugaste conmigo. Eres la mujer más fría y venenosa que he conocido. Ninguna gorgona iguala el poder de tu maldad. Me sedujiste para que matara a Arusa y hoy has preparado todo esto para que el Zurdo me matara y fuera testigo de cómo te violentaba. Tú eras la trampa, Gala; yo tan solo un conejo miserable incapaz de oler el peligro. Me siento tan traicionado y engañado que siento vergüenza de mí mismo. Ahora entiendo el largo alcance de tus palabras: hoy será un día inolvidable para ti. También para mí, querida. Porque no voy a delatarte. Mi venganza sigue tu consejo: la infelicidad del Zurdo es mi felicidad. Y desde el infierno reiré si ese estúpido hispalense vuelve a caer en tus manos, en las manos que maquinaron el asesinato de Arusa… Que la vida te sea leve, querida. La muerte para mí es la salvación de mi deshonor, la limpieza de mi vergüenza y la revelación de tanto desengaño. Búscame un epitafio bonito. A ti se te dan bien esas cosas. Tal vez me cuadre hasta el que pensaste para la hebrea. Quién sabe…».

El Cuervo quedó tendido en un charco de sangre, con la pierna lisiada en posición grotesca y con una enorme mueca de tristeza en la cara. Muy triste, como el que ha descubierto al borde de la muerte que todo lo más bonito de su vida fue un engaño, una patraña urdida por un ser capaz de llorar y reír a la vez, de amarte y matarte al mismo tiempo. De protegerte y venderte. De rejuvenecerte y sepultarte. De ilusionarte y amargarte. Pobre Cuervo. Vino al mundo para ganar y lo perdió todo por los celos enfermizos de una mujer. ¿O de un demonio?

## UNA ESTATUA DE BRONCE

La violenta muerte del Cuervo causó conmoción en Híspalis. Era una vieja gloria de la arena y un reconocido doctor de gladiadores. Sus redes de información en los bajos fondos llegaban hasta límites

insospechados, por lo que podría decirse que su muerte fue bastante comentada tanto en las *domus* más prestigiosas como en las habitaciones de las ínsulas más destartaladas. Scaeva supo sacar de aquel embrollo a Gala. Mejor dicho: a la aristócrata que mantenía unas relaciones clandestinas con un doctor lisiado, que era esposa de un poderoso senador bético en Roma. Habría sido escandaloso, pero Scaeva siempre tuvo la cabeza fría para resolver problemas en momentos tan calientes. Logró sacar el cadáver de Itálica envuelto en un amplio serón que portaba una mula, camuflado con mimbres y juncos, como si aquel serón envolviera materiales para hacer el techo de un chozo. Luego, en el camino hacia Mérida, buscó un paraje lo suficientemente adecuado para dejar el cadáver del Cuervo y que no fuera difícil su hallazgo. La zona llevaba semanas siendo presa del pillaje de una banda de salteadores de caminos, nadie iba a extrañarse de que el doctor fuera una víctima más de aquellos desalmados. Cuatro o cinco días después, enterraban el cadáver del Cuervo en el cementerio de gladiadores de Híspalis. Al sepelio asistieron todos sus socios, los gladiadores e incluso Gala. La verdad solo la conocía Cara Pescao. Solo él, nadie más, e incluso así temblaba de miedo como de miedo temblaba cada vez que oía el zumbido de un látigo que le recordaba su tiempo de esclavitud. Todo lo que pudiera alterar o volcar su bienestar y relajada vida lo aterrorizaba, y estaba aterrorizado de que en Roma, en la casa del senador Casio Iunius, pudiera conocerse lo que pasó aquel día de finales de agosto en su magnífica casa de Itálica.

En el cementerio enterraron al Cuervo con gran respeto y solemnidad. Una lápida de buen mármol llevaba grabado un epitafio: «Cuervo, liberto de Africano, notable gladiador de Híspalis y doctor de la escuela de gladiadores, yace aquí. Que la tierra te sea leve. Hicieron este monumento tus compañeros de escuela y el lanista Africano». Cuando terminó la ceremonia de enterramiento, Gala pidió la palabra. Cara Pescao comenzó a sudar frío, muy frío, temiendo lo peor. Gala, vestida de negro, más para ocultar posibles rastros y secuelas de aquel sangriento día en su alcoba que por la exigencia del luto, habló con tono pausado pero sentido.

—Hoy hemos enterrado a uno de los hombres más grandes que pisó la arena de Híspalis. Su carrera, que lo habría llevado, sin duda, hasta el Coliseo romano, quedó truncada en unos juegos que patrocinó mi marido, el senador Casio Iunius. Desde entonces, mi casa, la casa del senador Iunius, creyó estar en deuda con él…

Scaeva no daba crédito a la calculada frialdad de aquella mujer, a la capacidad de sobreponerse a situaciones tan extremas y

complicadas. Cualquier otra, pensaba el Zurdo, no solo habría sido incapaz de hablar con aquella serenidad y elaborar un discurso tan equitativo a los oídos de los demás, simplemente, no habría ido. Jamás habría ido al entierro del tipo que la violó, la azotó y casi la destroza si no llega a ser por su rápida intervención. Scaeva miró a Cara Pescao. Y este lo miró mucho más tranquilo, llevándose teatralmente la mano al corazón. Gala seguía hablando:

—Esa deuda la quisimos saldar, en nuestro nombre y en el de Híspalis, que lo adoraba como héroe local, colaborando con Africano. Dos de los gladiadores que hoy han venido aquí para despedirlo para siempre forman parte de esa vinculación, puesto que fueron adquiridos para la escuela con dinero de nuestra casa. Me consta, como pude observar el día de los juegos en honor a Diana, que su evolución es notable y que, en manos del doctor, habrían llegado lejos. Estoy segura de que con lo aprendido en estos largos meses tendrán la base suficiente como para no decepcionar la memoria de su inolvidable entrenador. No quiero extenderme más. Creo que mis palabras explican la razón por la que yo estoy hoy aquí representando a mi esposo. Los dioses quieran que pronto se dé con el maldito asesino que le quitó la vida y le robó a Híspalis una de sus glorias más veteranas. Delante de su cuerpo yacente quiero decir aquí que la casa del senador Casio Iunius y de su esposa Gala sufragará el alzamiento de una estatua de bronce en su honor para que, si nuestras autoridades lo creen conveniente, presida la tribuna más noble del anfiteatro. Que Mercurio sepa dirigirlo hacia los Campos Elíseos.

Marco Antonio Pyrgos llevaba preparada una sencilla pero hermosa composición en honor al Cuervo. Tras las palabras de Gala, creyó oportuno no decir nada, tan solo felicitar a la aristócrata.

—Señora, es usted admirable.

—Gracias, Marco Antonio. Es lo menos que podía hacer mi casa por el hombre que tan buen servicio le prestó…

Los gladiadores se retiraron cabizbajos, y Cara Pescao y el poeta se fueron hablando de las obras fluviales en Ilipa Magna que, en concurso público, había ganado la familia de Fabia Hadrianilla. Un poco más rezagados quedaron Scaeva y Gala.

—Eres admirable, Gala. Tu autocontrol no es humano.

—Sí lo es, Zurdo. Claro que lo es. Tan humano como los sentimientos que aún te guardo. Pásate por casa cuando quieras. Ninguno de los dos tenemos ataduras. Somos tan libres como cuando nos conocimos.

—Tu casa se ha vuelto muy peligrosa, Gala.

—Tómate el tiempo que necesites, pero no tardes mucho. Los años

ya no pasan por mi piel como cuando tenía quince…

Africano se había quedado parado esperando a que llegaran Gala y Scaeva.

—Tengo que pedirte un consejo, Scaeva. ¿Es inoportuno el momento?

Gala se excusó y siguió el camino hacia su litera. Se despidió de ambos.

—Tú dirás…

—Me he quedado sin doctor y el único en quien puedo confiar es en ti. He pensado que podrías sustituir por algún tiempo al pobre Cuervo. Solo por algún tiempo, el necesario para buscar o contratar otro buen entrenador de gladiadores que lleve alguna vez a un gladiador nuestro a Roma. No me tienes que responder ahora. Tómate tu tiempo.

Scaeva le dio la mano con franqueza al lanista y luego pensó:

«Todos me dan tiempo para que me piense las cosas. Quizá sea eso lo único que me sobra ahora: tiempo para pensar… Tengo demasiado tiempo para pensar».

## ESTE ES TU HIJO

Scaeva no volvió nunca jamás por casa de Gala, pese a los continuos mensajes que la aristócrata le enviaba. Ocupó su tiempo en sustituir al Cuervo y convertirse en entrenador de gladiadores de la escuela de Africano. Aquello lo rejuveneció y le hizo tener la cabeza ocupada en asuntos que lo alejaban de los campos de la tristeza y la melancolía. Noviembre, tras aquel verano tan caluroso, se había presentado dulce y con una herida en su luz otoñal que hacía agradables los paseos por la urbe. En la granja todo iba bien. Se había procedido a abonar y arar la tierra para oxigenarla, y los lupanares seguían proporcionando más dinero que dolores de cabeza. Durante el tiempo que estuvo al frente de la escuela de gladiadores, el Zurdo prefirió quedarse a vivir en el centro de luchadores. No solo por una cuestión de comodidad y cercanía, también porque el ambiente y la compañía de aquellos jóvenes le resultaban estimulantes y tranquilizadores. Una mañana, mientras vigilaba la intensidad de entrenamiento de los gladiadores, que se afanaban en golpear sólidos troncos de madera suspendidos en el aire por argollas y en combatir unos contra otros con espadas de madera, una mujer encapuchada se presentó en la puerta.

—Vengo a ver a Scaeva.

—Ahora no puede atenderla, venga más tarde.

La mujer, que llevaba una canasta de mimbre cogida de un brazo, dio media vuelta y se fue. El nuevo doctor la vio marchar y le resultó, por un momento, familiar su manera de moverse.

—¿Quién era, portero?

—Preguntaba por ti, Scaeva. Seguramente una buscona. Le he dicho que vuelva más tarde, que estabas ocupado.

Scaeva no le dio más importancia al hecho. Una de tantas que, seguramente, venía a buscar trabajo en alguno de sus lupanares.

Africano se acercó al Zurdo para darle una buena noticia. Podía ser una buena noticia.

—Zurdo, acabo de encontrar a nuestro hombre. Me va a costar caro, pero es muy bueno. Se trata del doctor de la escuela de Córdoba. Quiero que empiece a primeros de año. ¿Qué te parece?

—Magnífico —dijo el Zurdo sin estar muy convencido—. Aunque ciertamente me estaba gustando el regreso a la actividad.

—Si quieres lo paro. En mejores manos no puede estar esta escuela con un doctor como tú.

Scaeva no dijo nada y solo le dio una palmada cariñosa en el hombro.

—Lo que sea, será.

—¿Quieres un trago?

—No. Creo que durante estos meses he bebido todo lo que tenía que beber en mi vida.

Africano se echó a reír y le dijo:

—No creas. Siempre queda sitio para más…

Aquella mañana, tras el entrenamiento, el nuevo doctor se quedó solo en la palestra. Meditó lo mucho que había vivido, reído, sufrido y bebido desde que regresó de Dacia, y sobre todo le apenaba ver que el tiempo se le iba y que no lograba construir lo que más deseaba: un hogar, una familia, tener hijos. Muchos hijos. Desde la verja exterior del patio de gladiadores una mujer encapuchada con un cesto de mimbre asido del brazo lo llamó:

—¡¡¡Scaeva, Scaeva!!!

El Zurdo se giró con rapidez. Su voz le resultaba muy, pero que muy familiar.

Corrió hasta la verja y vio como la mujer se descubría la cabeza y dejaba visible su bello rostro.

—¡¡Asinus!! ¿Qué haces aquí? No has dado señales de vida en todos estos meses.

—Respetaba tu dolor…

Scaeva calló, pero reaccionó al instante.

—¿Qué haces aquí? ¿Tienes algún problema? ¿Va todo bien en los

negocios?

—Todo bien. Te he mandado noticias y cuentas a tu granja, pero jamás contestabas. Supuse que estabas muy abatido y sin ganas de nada.

—Supusiste bien. Pero insisto: ¿qué haces aquí?, ¿qué llevas en ese cesto, que pareces una vendedora de manzanas?

—Algo más dulce que la más dulce de las manzanas. ¿Quieres verlo?

—Sí, claro.

Asinus destapó el cesto y apareció el rostro sorprendido de un sonrosado bebé.

—¿Es tuyo?

—Y tuyo, si así lo quieres. Es el producto de aquellas náuseas que tuve más de nueve meses atrás. ¿Lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

Scaeva enmudeció. Se quedó perplejo, sin decir palabra y mirando la cara de aquel niño que le sonreía.

—¿Es mi hijo, Asinus?

—Si tú lo quieres, es tu hijo.

Scaeva se agarró a su amuleto, a aquella vieja concha turdetana que lo protegía como si fuera su madre y miró hacia Poniente, en dirección al viejo templo donde alguna vez reinó la diosa de su pueblo, y exclamó:

—¡¡¡Bendita seas, Salambó!!!

*Itálica, invierno del 114 d. C.*

## ALACRANES

—Este frío se mete en los huesos. Solo me alivian tus manos y esos masajes en la espalda…

—Gracias, señora. Ya sabe que disfruto dándoselos. La mezcla de aceites y hierbas con la que le froto les viene bien a sus huesos y a las marcas de su bonita espalda.

Gala contrajo su cuerpo de puro placer y le dijo a su esclava de máxima confianza:

—Nunca más me volveré a azotar para implorarle a Juno un deseo. Las venganzas son más dulces si la paciencia arrincona a la sangre.

—Pero ya están muy bien. Apenas si dejan un rastro rosado sobre su piel. En primavera lucirá una espalda tan hermosa como la ha tenido siempre, señora. Y, por supuesto, nunca más se azote para

implorar a Juno.

Gala calló y hundió la cabeza sobre los brazos, que tenía estirados sobre la camilla donde recibía los masajes. La esclava le formuló una pregunta que solo podía realizar desde la consideración en la que la señora la tenía.

—La semana pasada le entregué la quinta carta suya a Scaeva. Y tampoco me dio respuesta.

—Ya vendrá. El tiempo siempre te lleva a tus mejores recuerdos. Y aquí, el Zurdo vivió los mejores de su vida.

La esclava se mordió un labio en señal de duda y luego se decidió a hablar:

—Señora, el Zurdo tiene un hijo…

Gala se levantó de la camilla como un resorte, absolutamente desencajada.

—¿Un hijo? ¿De quién? Eso es imposible. Alguna puta lo habrá engañado.

—De Asinus, la bailarina que lo ayuda a llevar los negocios de sus lupanares.

—Pero eso no es tener un hijo. Eso es tener a un hijo de puta en su casa… Nunca me molestó que tuviera sus encuentros de alcoba con esa bailarina tan bella y exótica, lo reconozco. Pero no era más que una puta. Nunca Scaeva aceptará una sangre tan manchada. Ese niño acabará en la calle, como su madre…

—Señora, él la trata como si fuera su esposa, y el hijo es de Scaeva. Por eso no le contesta a sus cartas ni ha vuelto más por aquí. Además, se le ve alegre, contento, enamorado dicen en Híspalis.

Gala cerró los puños y, como era corriente en sus ataques de cólera, clavó las largas y cuidadas uñas sobre las palmas de sus manos.

—¡¡El Zurdo solo ha estado enamorado de mí, no ha querido nada más que a una mujer en el mundo. A Gala!!

La esclava no le respondió. Ni se le ocurrió pronunciar el nombre de Arusa. Con sus pechos al aire y las espaldas brillantes de los aceites vertidos para eliminar las secuelas de los varetazos que meses atrás le propinó, contra la voluntad del doctor, el engañado y estafado Cuervo, la aristócrata se dirigió hacia una imagen de Juno que tenía en su habitación. Le encendió incienso y astillas de laurel, y se encomendó a la diosa de las venganzas pidiéndole un deseo nacido del volcán rabioso de sus celos:

—¡Oh, Juno, me siento una engañada amante, vuelca todo tu justo poder sobre la vida de Asinus, para que sepa qué peligro tiene remover piedras bajo las cuales pueden encontrarse alacranes mortales. Te imploro que hagas caer sobre ella la maldición de Medea

y que yo, traicionada amante, vea como ella misma sacrifica a su propio hijo!

## UN SUEÑO REVELADOR

Arusa era real, palpable, creíble. La envolvía un silencio musical o una melodía silenciosa. Perfecta. Armónica. Sosegada. Besaba al hijo de Asinus, y Scaeva la contemplaba risueña, complacida, contenta de que, al fin, el Zurdo hubiera alcanzado el sueño de formar una familia. Luego, Arusa miró a Scaeva con unos ojos brillantes de felicidad y dulzura a la vez que su imagen se retiraba de un primer plano para apartarse de la escena y emprender una lentísima fuga hacia un horizonte irreal donde se fundían la línea del tiempo y la del espacio. Y así, poco a poco, hasta que desapareció. Su lugar lo ocupó un siniestro ejército de búhos con rostros de soldados. Un ejército infinito, inquietante, perturbador. Al frente de estas legiones macabras figuraba el emperador, montado sobre un caballo de bronce que no lo dejaba desplazarse y lo tenía inmovilizado, sin poder ir hacia delante ni hacia atrás. El rostro de Trajano parecía irritado, rojo, como el rescoldo de un brasero tras haber consumido su porción de leña. Daba órdenes sin ser escuchado. Gritaba sin que sus palabras sonaran. Todo en él expresaba una impotencia insoportable. Espoleaba al caballo consiguiendo que del bronce solo saltaran chispas. Su ejército de búhos nefastos emitía desgarradores sonidos de dolor y pena. Parecía que Trajano había sucumbido a su propia ambición y, atacado por algún demonio, caía del caballo para permanecer sobre el suelo sin poder moverse. Cualquier movimiento que intentaba para incorporarse moría en una parálisis general que solo le permitía babear. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Estaba el emperador viviendo su muerte? En la escena sonó nítida una risa perturbadora con ecos graves y dorados que parecían salir del Palacio Real, pero todo era muy confuso, puesto que se superponían imágenes de la Casa Imperial con las de alguna ciudad oriental, quizá de Partia, y sombras y rostros intrigantes cuchicheando secretos entre senadores alejados de Trajano. Finalmente se hizo visible el lecho de muerte del emperador, a la espera de ser incinerado para llevar sus cenizas al arca de oro donde iba a reposar en su famosa columna del nuevo foro romano. Fue entonces cuando una voz le susurró al oído a Scaeva: «La alcoba, la alcoba, la alcoba… Lo que buscas y no ves está en la alcoba».

Scaeva despertó del sueño angustiado y tenso. Debió de haber pasado unas horas muy inquietas porque, al volver a la vigilia, vio a

Asinus al borde de la cama, como si la hubiera desplazado involuntariamente durante la convulsa ensoñación. Se levantó, se mudó el camisón con el que dormía, que estaba empapado de sudor, y se puso una ropa de abrigo porque la noche era fría, como todas las de diciembre. Fue a la cocina y bebió agua. Se sentó y buscó el sosiego en el silencio de la noche.

«Lo que buscabas está en la alcoba…».

Fueron las últimas palabras que registró su memoria antes de despertarse, y comenzó a encajar el mensaje que le enviaban los dioses desde la altura de un Olimpo que no estaba sujeto a las leyes físicas y temporales de los humanos. Bebió nuevamente agua y, ya más tranquilo y sereno, empezó a cavilar. Luparius le había dicho en Roma a Crátero que algo se movía contra Trajano en las alcobas. Pero ¿en qué alcoba? ¿Por qué no fue más explícito? Y pronto entendió que la alcoba donde se trazó toda la conjura para asesinar a Ulpio Longino y, posteriormente, buscar en Tito Annio Vero una cabeza de turco que pagara la autoría material del asesinato del preferido de Trajano había sido el cubículo real. Si su sueño era premonitorio y Trajano moría en Partia, Adriano no tendría competidores para el trono, y su camino hacia Roma, dejando el consulado de Siria, sería despejado y dulce. Toda la conjura cordobesa contra Longino era producto de un plan de largo alcance que tuvo por objetivo la eliminación del preferido de Trajano a quien Adriano instalaba en la duda permanente, en una pegajosa incertidumbre sobre su valía para sucederle. El sello intelectual de tan sibilino plan compartía alcoba con Trajano y solo aceptaba un posible sucesor del emperador: su sobrino nieto.

El niño de Scaeva se despertó y comenzó a llorar. Era la hora en que la madre debía darle el pecho. Asinus se levantó y le puso a su hijo en la boca un pecho como una granada plena. Scaeva, mirando tan familiar situación, pensó:

—Quiera Salambó que ese niño nunca sueñe con búhos…

# EPÍLOGO

## LA ÚLTIMA CARTA

*Selinunte, Turquía*
*Agosto del 117 d. C.*

Era una mano fina pero firme, y no había dedo que no refulgiera con el oro, las gemas, las perlas o los diamantes. Una mano acostumbrada a mandar, a ordenar, a exigir. Pero también una mano que revelaba unas formas elegantes, exquisitas, manipuladoras… Esta vez no escribía sobre una hermosa mesa de madera oriental incrustada en marfil con figuras de elefantes y tigres. Aquella mesa estaba en la alcoba imperial de la Domus Áurea, en Roma, y sirvió para que en las Saturnales del 112 se escribiera una carta de alerta a Tito Annio Vero para animarlo, de alguna forma, a obstaculizar la carrera imparable que llevaba Longino Ulpio como favorito de Trajano en la sucesión. Esta vez la mano escribía sobre un escritorio mucho más modesto pero igual de práctico. Porque aquella mano, fina pero firme, lujosamente enjoyada como una mano imperial, ponía en conocimiento de Adriano lo siguiente:

> Creo que Cronos ha marcado dos horas, querido Adriano. La hora de la muerte del emperador, al que ahora trasladamos hacia Roma, y la hora de tu acceso al trono imperial. La vida es así de caprichosa. Una misma hora sirve para el dolor y el llanto y, a su vez, para la celebración y la alegría. Tengo que decirte que el emperador enfermó inopinadamente en la pasada primavera en Antioquía, quizá por un golpe de calor o un ictus o ambas cosas a la vez, dicen los doctores, para ir agravándose con los días y caer muerto hace tan solo dos aquí, en Selinunte. Cuando recibas esta carta en tu consulado de Siria ya es posible que el más grande emperador que tuvo jamás Roma sea solo cenizas y recuerdos. Grandes recuerdos, como corresponden a un césar tan justo, osado y valeroso. Entiende, pues, el motivo de esta carta como el final feliz de un largo recorrido que iniciamos entre Híspalis y Córdoba años atrás y que tenía como objetivo que tú, querido Adriano, fueras el único posible

sucesor del emperador. No creo que te tenga que recordar la fina trama conspiratoria que salió de la alcoba imperial para impedir que Longino Ulpio, el preferido de César, fuera su más firme sucesor. Aquel infortunado muchacho, tan preparado y valiente, era el preferido para el relevo, pero el destino y los cordobeses más ambiciosos lo impidieron. A veces se malinterpreta lo que se lee en las cartas y una sutil indicación se convierte en un abominable complot…

Fiel a tu destino, que no es otro que el de ser nuevo emperador de Roma, me tomo la libertad de indicarte que ese camino está libre, que no hay obstáculos en tu paso firme y seguro hacia la Domus Áurea. Pero para no pecar de confiados e incautos, faltas que en la intrigante Roma en la que nos movemos serían de funestas consecuencias, no me atrevería a dejar de indicarte que no sería imprudente que le mostraras a Attiano, el prefecto del pretorio, lo higiénico que sería despejar algunos obstáculos que puedan salir en el camino. Hay senadores muy, muy leales a la memoria de Trajano que podrían interponerse entre el pueblo y tu gobierno. No sé si será necesario que te adelante sus nombres, pero tampoco van a hacer más larga esta carta. Te prevengo de la engorrosa oposición que ejercerá uno de sus mejores y más fieles generales, Avidio Nigrino. Y tampoco serán inocuos los movimientos de los también altos mandos del ejército Cornelio Palma, Publio Celso y Lucio Quieto. Todos te darán dolores insufribles de cabeza, porque entienden la lealtad como los perros y aullarán la fatal ausencia del emperador cada vez que tomes una decisión contraria a la política del finado. Si Attiano hace un buen trabajo, te evitarás en el futuro chocantes complicaciones extras, y si tu prudencia desaconseja que el prefecto acometa una labor tan delicada, no la escuches. A veces la prudencia es la peor de las imprudencias. Recuerda que ya eres el emperador y que Attiano, ante una decisión final tuya sobre la conclusión de sus días, no tendría más capacidad de respuesta que la de un cristiano en el Coliseo frente a tres leones hambrientos. Rezar. Solo podría rezar.

Tuya es, a partir de ahora, la responsabilidad de tus decisiones. Por el bien del Imperio y por el tuyo propio. Ahora me despido para vernos en Roma en los próximos días, durante las exequias del gran hombre que no pudo alcanzar su gran sueño: llegar hasta donde llegó Alejandro Magno. No lo hizo, pero sí hizo al Imperio más grande que ningún otro emperador.

Larga vida y buen gobierno, Adriano, ya desde hace dos días emperador de Roma. Salve, César. Tu más fiel servidora dentro y fuera de palacio…».

FIN

Gines, enero-julio de 2015

# Nota histórica

Esta novela es, fundamentalmente, un relato literario que se sustenta sobre documentación histórica contrastada y fiable, pero el lector nunca deberá interpretar los hechos argumentales como datos verídicos y a sus personajes como reales. Solo Trajano, su esposa Pompeya Plotina y los generales de su confianza que se asoman, tímidamente, al paisaje narrativo lo son. También lo es la familia cordobesa Annio Vero, de marcado acento aristocrático y de mucho peso en la Bética de la época que, con el tiempo, colocaría al frente del Imperio a uno de sus hijos más ilustres: Marco Aurelio, el emperador filósofo. Igualmente es real, aunque forzada la fecha de su vida por exigencias narrativas, la interesantísima figura de Fabia Hadrianilla, hija de cónsul, mujer de senador, hermana de senador y madre de senador; una poderosa aristócrata hispalense que sufragó de sus arcas una especie de ayudas sociales para los niños abandonados de la época. Tampoco responde a la fantasía la idea de una sucesión irregular de Trajano destacada por algunos historiadores de la época y que apunta a que la emperatriz y esposa del emperador participó activamente en aquella chocante sucesión imperial. En cualquier caso, lo que el lector debe saber es que el relato del complot contra un hijo destacado de la familia de Trajano en Itálica es pura ficción y nunca se produjo.

Sí, en cambio, es muy real el intento literario de describir la vida cotidiana de la clase media de la época, o al menos así se ha pretendido en una tentativa de aproximar al lector al alto grado de inseguridad vital en el que se desarrollaba su existencia. El liberto enriquecido, el soldado auxiliar que se arruina tras su desenganche del ejército, las castas clientelares alimentadas por el dinero de los patrones, la subordinación de estos hacia los aristócratas de los que dependían y para los que trabajaban, las fiestas, el circo, los miedos, las supersticiones, las procesiones y la insaciable necesidad de prestigio que tenían las clases dirigentes, un prestigio que abarcaba un amplio espectro de acciones sociales, gastos festivos, inversiones urbanas y monumentales con los que ganarse el favor del pueblo y

garantizarse así el lucro personal accediendo a negocios públicos.

No tengo noticias de ninguna novela desarrollada en Híspalis. Ese es otro de los afanes de este trabajo. Describir, sobre las escasas y, a veces, contradictorias referencias históricas, cómo fue Híspalis en el siglo II d. C. Para ello se ha manejado diversa y abundante información arqueológica que, en el apartado «Híspalis posible», podría servirle al lector interesado como una especie de guía o plano de aquella ciudad marcada por el ritmo de su gran puerto, ese que cuando fue grande hizo grande a la ciudad y que cuando encalló en sus recurrentes crisis nos estancó en largos periodos de insustancialidad. Híspalis, como la Sevilla árabe y la americana fue, sobre todo, su río.

# BIBLIOGRAFÍA


Blanco Freijeiro, Antonio. Comp. (1990). *La Bética en el Imperio romano, Andalucía y el Mediterráneo,* varios autores, Junta de Andalucía-Consejería de Cultura.

Chic García, Genaro. (2009). *El comercio y el Mediterráneo en la Antigüedad.* Madrid: Akal.

Chic García, Genaro; Caballos Rufino, Antonio; Domínguez Monedero, Adolfo J.; Ferrer Albeida, Eduardo; De la Hoz Montoya, Joaquín; García Vargas, Enrique. (2014). *Historia de Europa (s. X a. C – V d. C.)*. Sevilla: Universidad de Sevilla. Secretariado de Publicaciones.

García Bellido, Antonio. (1963). «Templo del Hércules gaditano», *AespA*.

Graves, Robert. (1998). *Claudio el dios y su esposa Mesalina.* Barcelona: Orbis, S. A. Biblioteca de Novela Histórica.

Grimal, Pierre. (1984). *Les jardins romains.* París: Editorial Fayard.

Knapp, R. C. (2001). *Los olvidados de Roma. Prostitutas, forajidos, esclavos, gladiadores y gente corriente.* Barcelona: Ariel.

Massie, Allan. (1986). *Augusto. Las memorias presuntamente extraviadas del auténtico fundador del Imperio romano.* Barcelona: Ediciones Martínez Roca, S. A. Novela Histórica.

Ordóñez Agulla, S. y Beltrán Fortes, J. (2014). *La ciudad romana. Hispalis en época republicana y altoimperial,* «Sevilla Arqueológica. La ciudad en época protohistórica, antigua y andalusí», varios autores, coordinados por José Beltrán Fortes y Oliva Rodríguez Gutiérrez. Universidad de Sevilla. Ayuntamiento de Sevilla. 2014.

Ordóñez Agulla, Salvador. (1998). Edificios de espectáculos en Híspalis: una propuesta de interpretación de CIL, II 1193. *Habis 29*, 143-158.

Tabales, Miguel Ángel. (2015). *Excavaciones arqueológicas en el Patio de Banderas.* Sevilla: Alcázar de Sevilla, Memoria de Investigación 2009-2014. Patronato del Real Alcázar y Casa Consistorial de Sevilla.

Toner, Jerry. (2009). *Sesenta millones de romanos. La cultura del pueblo en la antigua Roma*. Barcelona: Crítica.

Vioque Cubero, Rafael; López López, Nerea (arquitectos) y Pozo, Florentino (arqueólogo), Directores del Avance del plan especial de protección del conjunto histórico de Sevilla. (2011). *Plan Especial del Sector 7 (Sector Catedral)*. Sevilla: Gerencia de Urbanismo del Ayuntamiento de Sevilla.

# AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría sido posible sin la guía histórica y el paciente sentido de la docencia de un universitario sevillano de la talla del catedrático jubilado de Historia Antigua Genaro Chic, de cuyos libros, charlas, orientaciones y explicaciones creo haber sacado una idea aproximada del pensamiento de la sociedad del siglo II d. C. en la Bética y en Roma. Sus preclaras y atinadas observaciones forman la columna vertebral de este maridaje entre la Historia y la Literatura. Si el lector diera con algún error imperdonable, la responsabilidad sería única y exclusivamente de este autor, nunca del magisterio de un hombre que ha sabido poner en pie toda la historia de la Bética a través de la industria del aceite. Igualmente quiero darles las gracias a los arqueólogos y profesores titulares de la Universidad sevillana Enrique García Vargas y Miguel Ángel Tabales, así como al arqueólogo Florentino Pozo, a los cuales, en pasajes concretos de este libro, consulté directamente para hacerme una idea lo más real posible de aspectos específicos de la vieja Híspalis: desde sus características urbanas hasta el conjunto portuario que definía la ribera del río y la actual calle San Fernando. No sería justo dejar pasar la ocasión sin expresar mi agradecimiento a una filóloga y financiera como Estrella Caballero, una de las primeras personas que leyeron el libro y que aligeró, de forma notable, sus muchas impurezas. También ayudó a limpiar este texto de contaminaciones ortográficas el compañero y amigo de *ABC* José María Aguilar. El doctor José Luis Villar fue muchas veces interrumpido en su labor pedagógica e investigadora para intercambiar charlas y consultas sobre aspectos muy concretos de la Híspalis que nos ocupa. Tampoco quiero olvidarme de la primera crítica favorable que tuvo la novela y que me animó a publicarla, firmada por un compañero del periodismo e infatigable lector como Carlos del Barco. Igualmente querría agradecer a Andrés Gil Pineda las mil y una discusiones sobre el desarrollo de la trama para darle a la fantasía su lugar preciso al lado de las exigencias objetivas de los datos históricos. Un libro siempre es la suma de muchos esfuerzos sinceros y desinteresados que en esta pequeña nota no sería decente

dejar de cumplimentar. Finalmente, gracias a los lectores que, antes de la publicación del libro, ya lo reclamaban con urgencia, con mi más ferviente deseo de no defraudarlos. Gracias a todos.

Edición en formato digital: 2016

© Félix Machuca, 2016
© Algaida Editores, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9067-691-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es